LAURIE FOREST

# LA VARITA NEGRA

LAS CRÓNICAS DE LA BRUJA NEGRA III

Rocaeditorial •

# La varita negra

## Las crónicas de la Bruja Negra

VOLUMEN III

Laurie Forest

Traducción de Laura Fernández

Roca editorial

# LA VARITA NEGRA
# (Las Crónicas de la Bruja Negra III)

Laurie Forest

LA SOMBRA VIENE A POR TI CON TODO SU PODER. LA PROFECÍA YA ESTÁ AQUÍ,
Y NO HAY FORMA DE ESCAPAR DE ELLA. LA BRUJA NEGRA HA VUELTO.

Elloren Gardner esconde el más poderoso secreto de toda Erthia, y con él está destinada a triunfar o bien a ser utilizada como la última arma de destrucción. Separada de todos aquellos a los que ama, deberá recurrir a la última persona en la que puede confiar: su compañero Lukas Gray. Con las fuerzas de Gardneria preparadas para conquistar Erthia, Elloren no tendrá más remedio que aliarse con Lukas para protegerse de las garras del líder gardneriano. Con solo unas pocas semanas para entrenarse y convertirse en guerrera, y sin control sobre su propia magia, Elloren encontrará aliados inesperados entre aquellos que aparentemente están destinados a matarla. Ha llegado el momento de dar un paso al frente, de defenderse y de seguir adelante antes de que la destrucción sea todavía mayor.

## ACERCA DE LA AUTORA

**LAURIE FOREST** vive en las afueras de Vermont, y delante de sus bosques y con una taza de té imagina mundos posibles y sueña con cuentos de dragones, dríadas y varitas. *La varita negra* es la tercera novela de la serie de fantasía juvenil que empezó con *La Bruja Negra* y a la que le siguió *La flor de hierro*.

## ACERCA DE LA OBRA

«Nos sentimos bajo el hechizo de este rico y diverso mundo universitario a lo Harry Potter. Preparaos para convertiros en fans de esta nueva serie.»
*JUSTINE MAGAZINE*

«Con fuertes mensajes feministas, grandes personajes secundarios y un rival especialmente conseguido, los fans de Harry Potter devorarán las más de 600 páginas de este libro, y exigirán la secuela.»

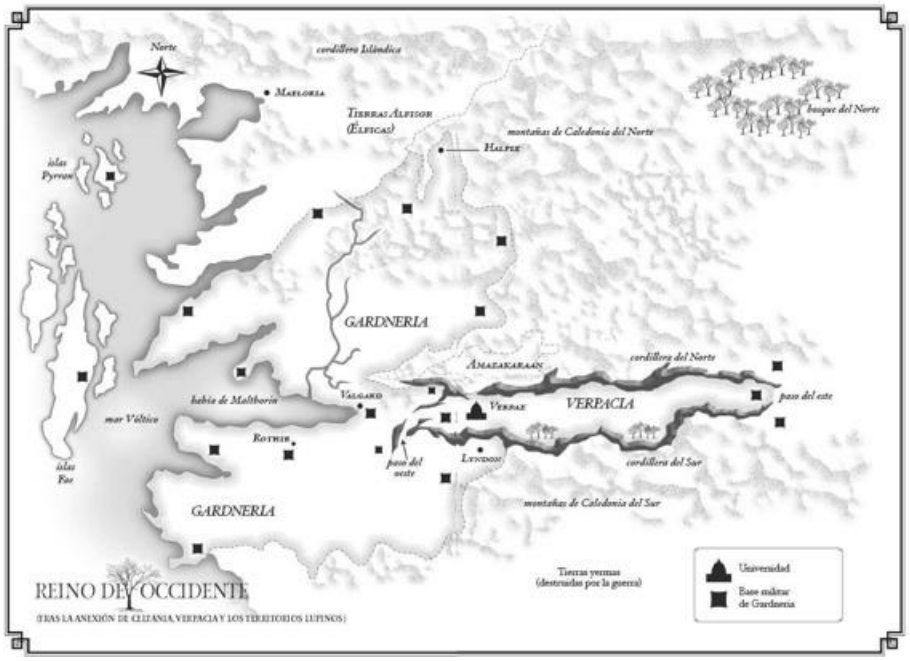
*PUBLISHERS WEEKLY*

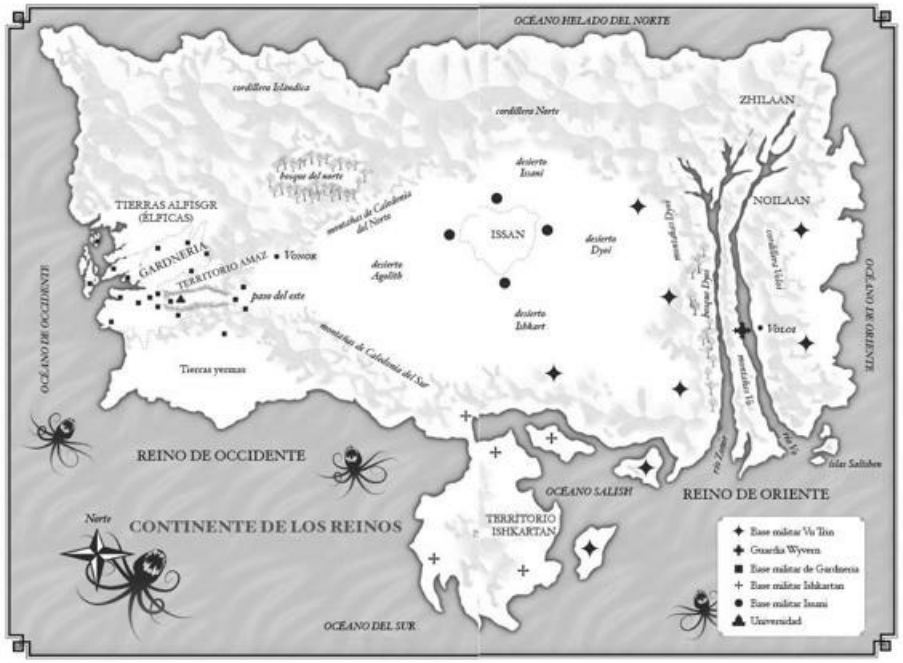
«Esta novela trepidante promulga el poder transformador de la educación, creando unos personajes muy interesantes en un universo rico y alternativo que nos ayuda a comprender mejor el nuestro.»
*KIRKUS (starred review)*

«He devorado absolutamente La bruja negra. Una lectura repleta de energía que aborda con elegancia un tema muy difícil y relevante en un entorno de fantasía. ¡Perfecto tanto para nuevos lectores como para lectores antiguos del género!»
Lindsay Cummings, autora *bestseller* de *THE NEW YORK TIMES*

«Me encanta *La Bruja Negra*. No puedo esperar para leer el segundo libro. Máximo suspense, y un tratamiento inusual de la magia; un acercamiento completamente nuevo y apasionante.»
Tamora Pierce, autora *bestseller* de *THE NEW YORK TIMES*.

Para Liz, que se embarcó en el viaje de esta historia desde el principio.
Para mamá y para Diane, vuestro luchador legado perdura en estas páginas.


Norte
cordillera Islándica
Maeloria
Tierras Alfisgr
(Élficas)
montañas de Caledonia del Norte
bosque del Norte
islas
Pyrron
Halfle
GARDNERIA
Amazakaraan
cordillera del Norte
paso del este
Valgard
Verpax
VERPACIA
bahía de Maltborín
mar Véltico
Rothir
paso del
oeste
Lyndon
cordillera del Sur
islas
Fae
montañas de Caledonia del Sur
GARDNERIA
Tierras yermas
(destruidas por la guerra)
Universidad
Base militar
de Gardneria
REINO DE OCCIDENTE
(TRAS LA ANEXIÓN DE CELTANIA, VERPACIA Y LOS TERRITORIOS LUPINOS)


OCÉANO HELADO DEL NORTE
cordillera Islándica
cordillera Norte
ZHILAAN
desierto
Issani
bosque del norte
TIERRAS ALFISGR
(ÉLFICAS)
montañas de Caledonia
del Norte
ISSAN
desierto
Dyoi
NOILAAN
montañas Dyoi
cordillera Vólos
GARDNERIA
TERRITORIO AMAZ
Vonor
desierto
Agolith
paso del este
desierto
Ishkart
bosque Dyoi
Volos
montañas de Caledonia del Sur
Tierras yermas
OCÉANO DE OCCIDENTE
OCÉANO DE ORIENTE
montañas Vo
río Zamor
río Vo
islas Saltshen
REINO DE OCCIDENTE
OCÉANO SALISH
REINO DE ORIENTE
Norte
CONTINENTE DE LOS REINOS
TERRITORIO
ISHKARTAN
Base militar Vo Trin
Guardia Wyvern
Base militar de Gardneria
Base militar Ishkartan
Base militar Issani
Universidad
OCÉANO DEL SUR

# *La profecía gardneriana*

*(adivinada mediante la cleromancia de la madera de guayaco por el sacerdote seers de los Primeros Hijos)*

**Un gran ser alado pronto se alzará**
**y proyectará su temible sombra sobre la tierra.**

**Y tal como la noche termina con el día**
**y el día termina con la noche,**

**también se alzará una nueva Bruja Negra**
**para enfrentarse a él,**

**con un poder inimaginable.**

**Y cuando sus poderes se enfrenten en el campo de batalla,**
**los cielos se abrirán, las montañas temblarán,**
**y las aguas se teñirán de carmesí.**

**Y sus destinos determinarán**
**el futuro de Erthia.**

# *La profecía noi*

*(adivinada mediante la taseografía del ginkgo negro por la Gran Diosa Vo)*

**Un niño Wyvern será invocado**
**por la gran Diosa Vo,**

**y será bendecido con**
**el fuego dragón de la diosa,**
**sus poderes y su virtud.**

**Pero envuelta en sombras,**
**también se alzará una Bruja Negra.**

**Para sembrar el terror y la corrupción**
**por toda Erthia.**

**Ambas criaturas se enfrentarán en el campo de batalla**
**mientras el mundo pierde sus colores.**

**Y es consumido por la Sombra.**

# *La profecía amaz*

*(presagiada mediante la astragalomancia del olmo rojo sagrado por los seers de la Diosa)*

**¡Hijas de la Diosa, prestad atención!**

**Una gran fuerza oscura se alzará**
**desde el maldito mundo de los hombres.**

**Y, entre esa oscuridad, un varón Wyvern**
**y una Bruja Negra se alzarán y se enfrentarán,**
**sembrando la destrucción en el mundo.**

**¡A las armas, benditas Hijas!**
**¡Ha llegado la hora de salvar Erthia!**

## PRÓLOGO

***Hace quince años...***

Edwin Gardner aguarda sentado en la silla tapizada de seda sumido en un mar de culpabilidad.

Observa cómo su consternada hermana Vyvian se pasea por su lujoso salón deseando poder desentenderse del maldito legado mágico de su familia.

Y que la noticia que acaba de darle Vyvian no fuera tan horrenda.

Por extraño que parezca, en ese día llamado a cambiar el destino del mundo, Vyvian viste más impecable que nunca. Lleva su larga y brillante melena perfectamente trenzada, no tiene ni un solo cabello fuera de sitio. Tanto su ceñida túnica de seda negra medianoche como su larguísima falda están perfectamente planchadas y adornadas con exuberantes ramitas de pino. Y aquella maldita y opulenta estancia está adornada con lujo: hay oscuros y pulidos árboles de guayaco encajados en las paredes, y sus ramas negras cuelgan desde el techo; tienen una alfombra con un estampado de hojas de roble bajo los pies, y hay unos ventanales panorámicos rodeados de vides y formados con luminosos vitrales con vistas a los extensos jardines de rosas rojas de Vyvian.

«Lo mejor de lo mejor», piensa Edwin con amargura. Toda la riqueza que le había proporcionado el cruel reinado de fuego de su madre. Edwin espera que las generaciones futuras no hereden sus horribles y corruptos poderes.

Vyvian sigue paseándose sin molestarse siquiera en mirar a los tres niños que aguardan muertos de miedo acurrucados en un rincón, mientras el dolor que siente Edwin amenaza con destrozarlo en mil pedazos.

Su hermano Vale, y la pareja de Vale, Tessla, han muerto.

Edwin tiene la garganta acartonada y le cuesta respirar: acaba de perder a dos de las personas a las que más quería en el mundo. Desearía tirarse del pelo y gritar angustiado con todas sus fuerzas. Enfrentarse con el puño alzado a su poderosa hermana y al monstruo que es Gardneria. Pero no puede desmoronarse. Hay tres niños que necesitan su protección. Los hijos de Vale y Tessla.

Rafe, Trystan y Elloren.

—No puedes enfrentarte a los gardnerianos —le advirtió a Tessla hacía tan solo unos meses presa de la preocupación mientras hablaba con ella en su casa de Valgard—. No tienes ni idea de lo cruel que puede llegar a ser mi madre. Su poder se ha vuelto oscuro, Tess. La está consumiendo.

—Tengo que pelear —contestó Tessla con tono desafiante—. ¡Están acechando a los fae, Edwin! A los niños también. ¡Tenemos que ayudarles!

—Tú no puedes hacer nada.

—Pero tenemos que hacerlo. ¿Es que no te das cuenta? ¡Los gardnerianos están haciendo lo mismo que los celtas y los uriscos nos hicieron a nosotros! Están encerrando a los niños. Familias enteras. ¿Sabes lo que es eso? ¿Ver cómo reúnen a tu familia, a tu gente, para matarlos? ¿Oír gritar a los niños?

Tessla hablaba con las mejillas encendidas y los ojos verdes llameantes.

Estaba tan hermosa que a Edwin le costaba incluso mirarla.

Había intentado razonar con ella.

—Piensa en tus hijos. —Cada vez se los dejaban durante periodos de tiempo más largos mientras Vale y Tessla luchaban contra aquel mal invencible—. ¿Qué será de Rafe, Trystan y Elloren si algo llegara a ocurriros?

Tessla negó con la cabeza.

—No puedo quedarme sentada de brazos cruzados sin hacer nada contra este horror.

—¡No puedes ganar, Tess!

Edwin sabía que ella y Vale estaban tentando al destino. Al colaborar en secreto con la Resistencia, se estaban enfrentando al espantoso poder de su madre y de los militares gardnerianos. Tanto Vale como Tessla estaban involucrados en el tráfico de niños y familias fae por el paso del este, y ambos colaboraban con Beck Keeler, Fain Quillen y Jules Kristian. Y otros.

El perpetuo nudo de pánico se estrechó dentro de Edwin.

Temía que fuera cuestión de tiempo antes de que Vale y Tessla fueran apresados y ejecutados, para, a continuación, hacerlos pasar por héroes de guerra y ocultar eficazmente su colaboración con la Resistencia.

Todo para proteger la reputación de la Bruja Negra.

Y ahora aguarda allí sentado, abrumado por la culpabilidad, pues es exactamente lo que ha ocurrido: Vale y Tessla fueron apresados hacía tres días mientras intentaban evitar que mandaran a un grupo de niños asrai fae a las islas Pyrran. Los habían trasladado a la base militar más próxima y habían sido ejecutados siguiendo las órdenes

de su madre, y la verdad acerca de sus actividades con la Resistencia se había ocultado a todo el mundo, a excepción de unos cuantos elegidos.

Y esa mañana, justo después de esa catástrofe y como si de un ciclón se tratara, habían recibido la noticia que había conmocionado por igual a ambos reinos:

Su madre, la Bruja Negra, había muerto.

Asesinada por un ícaro que pereció mientras la mataba con un rayo de fuego wyvern, un final muy adecuado para un reinado de fuego que había amenazado con esclavizar a los reinos de occidente y oriente. Que había destruido leguas de bosque y había convertido las exuberantes llanuras del este y las tierras uriscas del sur en un desierto abrasado.

Un mal presentimiento anida bajo las costillas de Edwin y le oprime el pecho.

Los gardnerianos buscarán venganza. Y ya no son débiles. Gracias a su madre, ahora Gardneria es diez veces más grande de lo que era al principio, y sus habitantes serán la fuerza más numerosa durante mucho tiempo, rivalizando únicamente con sus incómodos aliados, los elfos alfsigr.

Y se pondrán a buscar a su próximo Gran Mago.

Edwin siente cómo la alarma crece en su interior mientras mira a los niños.

Su sobrino Rafe Gardner está sentado sobre la alfombra de hojas y no deja de mirar fijamente a sus tíos. A sus cinco años, Rafe ya posee el temple de un niño mucho mayor, erigido como protector de sus hermanos menores. Llora en silencio mientras abraza con actitud protectora al pequeño Trystan.

Trystan está hecho un ovillo y no deja de sollozar:

—Papi. Mami. Papi. Mami.

A Edwin se le encoge el corazón. Trystan es un niño frágil propenso a las lágrimas y a sentir miedo. En los ojos del escuálido niño de dos años se advierte el miedo y la confusión.

Y después está Elloren, de tres años.

Está acurrucada junto a sus hermanos abrazada a la colcha que le hizo Tessla, una manta que le tejió con cariño cuando todavía la llevaba en el vientre, y en la que bordó un árbol con muchas ramas lleno de hojas verdes pegadas a la tela, con pájaros y animales por todas partes. Elloren solloza enterrada en los pliegues de la colcha.

Abrumado, Edwin se acerca a Elloren, se arrodilla y la abraza. La niña alarga sus bracitos para agarrarse a él y a la colcha al mismo tiempo, mientras todo su cuerpecito tiembla agitado por los sollozos.

Edwin mira a Vyvian y la expresión de su hermana le provoca un gélido escalofrío que lo recorre de pies a cabeza.

Vyvian está fulminando a los niños con la mirada como si fueran un contratiempo repugnante, y el odio que siente por Vale y Tessla brota de sus ojos y se vierte sobre aquellos seres inocentes. Edwin estrecha con más fuerza a Elloren mientras contempla la cruel e implacable expresión de su hermana y comprende lo que debe hacer.

Los niños le necesitan, y él los quiere.

—Los niños se quedarán conmigo —le dice a Vyvian con la voz ronca pero firme, y se sorprende de advertir lo decidido que se muestra frente a su intimidante hermana.

Vyvian frunce el ceño con fuerza mientras aprieta los puños y le clava los ojos a Edwin. Parece extrañamente inquieta, y Edwin sabe que es por motivos equivocados.

—Está bien —contesta, y aprieta los labios mientras lanza una última mirada resentida a los niños, como si quisiera deshacerse de aquel desagradable asunto y de ellos.

Hace ademán de marcharse, pero se detiene en la puerta y se vuelve lentamente mientras sigue mirándolos de un modo que eriza el vello de Edwin, que observa asombrado cómo la mirada de odio de su hermana se transforma en una de evaluación.

Vuelve a mirar a Edwin y se dirige a él con una expresión y un tono incisivos.

—Tendrás que hacerles el examen de varita —insiste—. Y pronto. Si tienen algún poder, deberás comunicármelo enseguida. Mamá hubiera insistido en ello. —Se le quiebra la voz y algunas lágrimas asoman a sus ojos. Parpadea con firmeza para evitar que se le escapen—. Quizá nuestro legado familiar no haya muerto con mamá. —Gesticula en dirección a los niños haciendo ondear su elegante mano—. Sus padres eran unos traidores, pero, tal vez, si se los educa como es debido, los niños sean buenos líderes para nuestro pueblo.

Edwin mira a su hermana y, en ese momento, la odia.

«Sus padres.»

«No, Vyvian —le gustaría gritarle—. ¡Nuestro hermano y su pareja!»

Pero Edwin sabe que Vyvian lleva una venda en los ojos. Ella no entiende de matices. Para Vyvian el mundo está perfectamente dividido en dos: están los malignos y los gardnerianos. Y tienes que elegir en qué bando estás.

«No.»

Edwin ya sabe lo que hará. No hará lo que quiere Vyvian. Pero tampoco hará lo que hubieran querido Vale y Tessla.

«Perdóname, Vale. Perdóname, Tessla.»

Estrecha a Elloren con fuerza preso de un feroz sentimiento de cariño.

Si alguno de los niños ha heredado el poder de su madre, él se lo ocultará a los gardnerianos. Él protegerá a los niños de todo aquello.

No permitirá que se queden con ellos.

Ni los gardnerianos. Ni la Resistencia.

Ese legado de magia malvada terminará ahí.

Algunos meses después, Edwin decide hacerles el examen de varita a Rafe, Trystan y Elloren.

Los examina por separado desplazándose a las afueras de Valgard y llevando a cada uno de los niños a zonas recónditas del bosque, donde nadie pueda presenciar cualquier muestra de magia.

Una magia que Edwin espera que no exista.

Hasta el momento, sus inquietas plegarias han sido escuchadas.

Edwin había temido que Rafe pudiera haber heredado las poderosas habilidades de su madre. Es un niño bueno, con una presencia sorprendentemente fuerte. Físicamente agraciado y seguro de sí mismo, Rafe tiene una confianza de acero poco habitual en los niños de su edad. Pero es tan bondadoso como poco poderoso, pues solo dispone de un poco de magia de tierra.

Es evidente que Trystan va a ser un mago de gran poder, pues el precoz niño de dos años ya es capaz de recitar algunos hechizos y acceder a su magia de agua. Pero no es un mago excepcional. No posee ni gota del asombroso y abrumador poder que tenía su abuela, y su magia de agua alcanza el nivel cinco, pero no va más allá. Además, es un niño sensible y tranquilo, sin ninguna inclinación por la violencia.

Y después está Elloren.

Mientras Edwin se adentra en el bosque con la dulce Elloren, sosteniendo firmemente su minúscula manita, va recitando una plegaria:

«Te lo ruego, Gran Ancestro, que esta niña no tenga poderes».

La pequeña camina despreocupada a su lado. Se siente muy a gusto en el bosque. Como todos los gardnerianos desprovistos de poderes.

Pero a Edwin ya hace un tiempo que le preocupa lo mucho que Elloren se siente atraída por la madera, pues no deja de coleccionar pequeños trozos que después guarda en cajones, bolsillos o esconde debajo de la cama.

Edwin baja la vista para mirar a Elloren y fuerza una sonrisa que la niña le devuelve multiplicada por mil.

Su tío piensa que la pequeña tiene los mismos rasgos que Vale. Unos rasgos demasiado angulosos y firmes para una niña tan alegre y bondadosa. Pero entonces, de golpe, cambia de parecer.

«Es clavada a su abuela.»

Edwin intenta olvidar ese aterrador pensamiento. Vale también se parecía mucho a su madre, y era poderoso, pero no era un Gran Mago. Y aunque Elloren se sienta atraída por la madera, eso no tiene por qué significar nada; el propio Edwin tampoco puede apartarse de ella, y pasa horas al día tallando mástiles de violín. Y él solo es un mago de nivel uno.

«No, Elloren no tendrá poderes —se dice para tranquilizarse—. Igual que yo.»

Edwin se detiene en un pequeño claro donde se cuelan los rayos del sol y los pájaros cantan. La pequeña Elloren se ríe y gira sobre sí misma sonriéndole al sol, como una semilla de arce cayendo de las ramas. Entonces se detiene, se tambalea después de tanto girar, y le sonríe a su tío.

—Ven, Elloren —le dice Edwin metiéndose la mano en la capa cada vez más nervioso —. Tengo algo para ti.

Saca la varita y se la tiende a su sobrina.

—¿Para qué es? —pregunta ella cogiendo la varita con sus minúsculas manos y mirándola con curiosidad.

—Es un juego —dice Edwin mientras coloca una vela sobre un tronco antes de regresar junto a ella señalando la varita—. Y eso es un palo mágico, pero tendré que enseñarte a utilizarlo. —Pone una rodilla en el suelo y la ayuda a poner la mano de la varita en la empuñadura, con las manos temblorosas alrededor de la pequeña mano de Elloren—. Sujeta así el palo, Elloren.

La pequeña le mira con evidente preocupación, pues está notando cómo tiembla, pero Edwin se obliga a sonreír y ella le devuelve el gesto más animada mientras coloca los dedos en posición.

—Muy bien, Elloren —dice soltando la mano de la niña y levantándose—. Ahora voy a pedirte que repitas unas palabras muy divertidas. ¿Podrás hacerlo?

Elloren sonríe con más ganas y asiente.

Edwin se pone cada vez más nervioso. Es una niña muy obediente. Siempre dispuesta a complacer.

«Tan influenciable…»

Edwin recita varias veces las palabras del hechizo para encender velas, palabras de la lengua antigua, palabras extranjeras, con inflexiones sutiles, que no son fáciles de pronunciar.

—¿Crees que podrás recordarlas? —le pregunta a su sobrina.

Elloren asiente señalando con la varita hacia delante con mucha determinación, y Edwin repite las palabras varias veces más para que la niña las retenga.

—Pues adelante —la anima mientras la ansiedad le contrae la garganta y se le acelera

el corazón, tanto por la intensa esperanza como por el miedo paralizante.

Elloren recita el hechizo con claridad y corrección con un ligero temblor en el brazo y el cuerpo tenso.

Y entonces la cabeza se le va hacia atrás.

Una intensa ráfaga de fuego brota de la punta de la varita y explota más allá del tronco, atravesando un árbol gigantesco y varios más. Edwin se tambalea y Elloren grita cuando el bosque estalla en llamas.

Edwin le arranca la varita de la mano, la tira, coge a la niña y corre mientras el bosque se derrumba a su espalda.

Edwin pasa el día siguiente intentando que Elloren olvide lo ocurrido.

Cuando la niña se despierta gritando de una terrible pesadilla, él insiste en convencerla de que lo que recuerda no es más que una tormenta. Una tormenta violenta y aterradora, un infierno de fuego provocado por un rayo extremadamente violento.

E insiste en ello una y otra vez.

Con el tiempo, la niña termina por creerlo. Y el verdadero recuerdo se desvanece y queda enterrado.

Pero el bosque lo recuerda.

Los árboles se comunican de ese modo que tienen de hacerlo tan inquietante, tan despacio como la savia desplazándose por las raíces enredadas, un árbol tras otro y otro. Y, lentamente pero sin descanso, el mensaje llega al bosque del Norte. Hasta los guardianes dríades.

Hasta III.

«La Bruja Negra ha vuelto.»

# PRELUDIO

# 1

# Los malignos

THIERREN STONE

***Presente***
***Mes cuatro***
***Bosque de Gardneria del Norte***

El caballo de Thierren sigue el paso de su unidad de magos de élite. Todos avanzan a caballo siguiendo a su joven y confiado comandante, Sylus Bane, mientras se internan en el bosque de Gardneria del Norte.

Las hojas crepitan mecidas por la brisa y Thierren contempla el bosque que lo rodea con bastante asombro.

Jamás había visto esa clase de árboles. Tan antiguos. Un bosque antiguo y virgen.

Primordial.

Los troncos son tan gruesos que se necesitarían tres hombres como él para rodear uno de ellos con los brazos. Observa la exuberante y oscura arboleda de guayacos con crujientes doseles de intensas hojas de color verde esmeralda, y escucha el ocasional rugido de los truenos al oeste. Percibe la fértil fragancia de los árboles flotando en el aire.

Y algo más.

Un hormigueo de inquietud le eriza el vello de la nuca.

A medida que se van espesando las sombras del día, es como si los árboles se cernieran sobre ellos. Y no lo hacen de un modo agradable.

«Los árboles no nos quieren aquí.»

El pensamiento lo asalta por sorpresa y Thierren resta importancia a sus imaginaciones. Mira el bosque de soslayo, resopla y niega con la cabeza mientras mueve el cuerpo en sincronía con el caballo. No hay ningún motivo para dejarse asustar por los árboles, precisamente. No hay ningún motivo para temer a nada. Thierren baja la cabeza para contemplar su uniforme de soldado recién estrenado, impecable y adornado con

cinco brillantes franjas plateadas que dan constancia del dominio que tiene de los poderes de agua y de viento, un dominio casi inigualable.

—¿Estás preparado para cazar unos cuantos fae? —le pregunta el fornido Branneth, esbozando una sonrisa excitada—. ¿Listo para hacer explotar sus cabezas de orejas puntiagudas?

Thierren mira a Branneth, una molesta y ordinaria presencia que siempre está intentando ganarse su favor. Ambos son magos gardnerianos de nivel cinco, pero las similitudes entre ellos terminan ahí. Branneth es imperdonablemente profano y suele tener un comportamiento completamente inmoral, como el resto de su familia. Mientras que la familia de Thierren forma parte de la secta styvian, los gardnerianos más devotos y cumplidores.

Los auténticos gardnerianos.

Thierren mira a Branneth sin apenas ocultar su desagrado mientras siguen el paso de su unidad. Branneth no lleva el colgante de esfera plateada alrededor del cuello y en su uniforme luce la esfera de Erthia, no el pájaro blanco del Antiguo Ancestro que insisten en llevar los gardnerianos más devotos. Thierren siente el peso de su collar de plata alrededor del cuello, la forma apropiada de llevar la esfera de Erthia del Gran Ancestro, como símbolo del sometimiento de la Tierra al Reino Mágico Sagrado. Y el uniforme de Thierren va debidamente decorado con el pájaro blanco.

Se levanta una brisa más fuerte y en el viento parece flotar una evidente orden:

«Marchaos».

Thierren se pone tenso y mira a su alrededor con cautela. Siente un hormigueo en el cuello que le baja por la espalda, como si unos dedos esqueléticos le acariciaran la piel. Como si le estuvieran palpando.

Procede de los árboles.

Antes de que pueda deshacerse de sus imaginaciones, la rabia se apodera de él. Thierren fulmina a los árboles con la mirada. El maldito bosque. En *El Libro de los Ancestros* dice claramente que el bosque es la guarida de los malignos y que los árboles deben reducirse a simple madera para que los gardnerianos puedan hacer uso de ella.

Madera para hacer varitas, iglesias y casas donde levantar el Reino Mágico.

Por lo que los bosques deben ser arrasados. Subyugados y controlados, tal como ordena el Libro.

«Te vamos a despedazar —jura rebosante de resolución—. Te reduciremos a cenizas, a ti y a todas las criaturas malvadas que viven en tus entrañas.»

No es una amenaza vacía. Las fuerzas gardnerianas están quemando grandes extensiones del bosque del Norte para hacer espacio para las nuevas granjas y para

conseguir que salgan los fae que viven escondidos entre los árboles. Los malvados fae, que los gardnerianos consideraban aniquilados tras la guerra de los Reinos; pero que algunos habían sobrevivido permaneciendo ocultos en los bosques remotos del norte.

Hasta que los magos empezaron a quemar los bosques en serio.

Los fae son monstruos: bestias criminales e inmorales rebosantes de violencia y depravación. A Thierren ya le han explicado la gran amenaza que suponen los fae, criaturas de los bosques con poderes malignos que quieren atacar a los magos con el objetivo de expulsarlos de sus propias tierras.

Thierren siente una punzada de valor embriagador.

Por muy peligrosos que sean los fae, le resulta estimulante estar dispuesto a dar la propia vida, de ser necesario, para proteger a su pueblo de su terrible amenaza. Y formar parte de su magnífica y bendita historia. La única historia verdadera.

La Voluntad del Gran Ancestro.

—He oído decir que hay hembras —comenta Branneth de pronto. Levanta las cejas mirando a Thierren y entorna sus ojos verdes con malicia—. Creo que deberíamos desnudarlas del todo e inspeccionarlas bien antes de deshacernos de ellas.

Vuelve a sonreír mostrando sus grandes dientes sucios, como si Thierren y él fueran grandes amigos.

Thierren aprieta los dientes, aparta la vista y clava los ojos en la columna de soldados que avanzan por parejas delante de él.

«Desnudar hembras fae», piensa ofendido.

La idea es depravada y sencillamente… está mal. Es tan perverso como desnudar demonios.

Thierren fulmina a Branneth con la mirada, esta vez lo hace con evidente odio. El gigantesco idiota debe de advertir parte del asco de Thierren, pues se le borra la sonrisa y traga saliva, escupe una flema y a continuación se centra en el camino que tiene por delante.

«¿Qué problema tiene?», se pregunta Thierren. La única forma aceptable de sentir esa clase de deseo es entre magos. Entre parejas comprometidas.

Le viene a la cabeza el rostro de Elisen y se relaja.

«La preciosa y maravillosa Elisen.»

Se mira las marcas de compromiso que tiene en las manos y piensa en los labios carnosos y los brillantes ojos verdes de Elisen. Su reluciente pelo negro. Su piel suave, que emite un intenso color verde a la luz de la luna.

Le ha permitido que le diera un único y breve beso embriagador. No hace ni dos semanas, los dos habían disfrutado de un maravilloso momento sin carabina detrás del

espeso seto de su terreno. Thierren todavía puede sentir esos suaves labios, el contorno de su esbelta cintura bajo las palmas de sus manos, el cuerpo de Elisen pegado al suyo.

Piensa que pronto podrá sentirla mucho más. Los dos acaban de cumplir los dieciocho, y su compromiso será sellado y consumado dentro de una semana.

Cuando terminen con la cacería de fae.

«Estás destinado a grandes cosas», le había dicho esa misma mañana el mago Sylus Bane.

Thierren mira a Branneth con resignación recordando la advertencia de su madre:

«Nuestra pureza y rectitud conservan el Reino Mágico según los dictados del Gran Ancestro. Los magos que no pertenecen a la casta styvian visten nuestras túnicas, pero cuando llegue el tiempo del esquilado, si no empiezan a seguir las doctrinas del Antiguo Ancestro como lo hacemos nosotros, el Gran Ancestro los liberará y los considerará malignos».

La vida es simple. Si sigues las leyes del Libro, serás bendecido. Si no lo haces, serás desterrado.

«Marchaos.»

Una inquietante ráfaga de odio brota de los árboles directamente hasta Thierren. Algunos de los caballos reculan como si también pudieran sentir la malicia que flota en el aire. Thierren mira hacia los árboles mientras tira de las riendas de su caballo y ve cómo Branneth hace lo mismo. Se acerca una tormenta y las sombras se espesan a su alrededor.

Branneth mira a Thierren con inquietud.

—Todo será mejor cuando hayamos talado estos malditos bosques.

Traga saliva mirando hacia los árboles. Tiene la inquietante sensación de que el dosel de hojas está haciéndose cada más tupido. Las ramas se entrelazan. El aire está cada vez más cargado.

De hostilidad.

Brota de los árboles como una brisa malvada, pero Thierren se niega a acobardarse. Se conoce el Libro de cabo a rabo y sabe muy bien cómo termina esa historia.

«Con vuestra completa aniquilación», les advierte mentalmente a los árboles. Siente una repentina ráfaga de valor y comodidad junto al feroz deseo de que llegue el esquilado y poder luchar por el Reino Mágico.

El viento sopla con más fuerza y los árboles parecen abalanzarse un poco más sobre ellos. Los caballos se encabritan y relinchan, y los jinetes se ven obligados a volver a tirar de las riendas.

«Marchaos.»

—¿Lo sientes? —pregunta Branneth con un hilo de voz y el miedo escrito en la cara—. Es como si estuviéramos rodeados. Como si… —Hace una mueca, como intentando convencerse de que todo aquello no es más que un cuento—. Es como si nos estuviéramos metiendo en una trampa. —Deja escapar una risa grave, pero el miedo sigue asomando a sus ojos mientras mira las sombras del bosque, y entonces murmura para sí—: El único fae bueno es un fae muerto. —Se vuelve hacia Thierren, como buscando su aprobación—. ¿Verdad, Thierren?

Desde la cabeza del contingente, el comandante Bane levanta la mano para llamar la atención del grupo. El olor a madera quemada flota en el aire.

El grupo se detiene al llegar al final del camino cuando se encuentran con dos magos que van a pie. Thierren se sorprende al ver el abrupto final del camino y se asombra de lo mucho que han avanzado en dirección norte.

«Decisivo —piensa con un hormigueo en la piel al advertirlo—. El final del camino del norte. No se puede llegar más lejos. A partir de aquí ya solo se extienden los bosques.»

Uno de los magos se adelanta y saluda al comandante Bane con expresión seria, se lleva el puño al pecho y después hace un gesto con la cabeza en dirección a la pared de bosque que tienen delante.

—Están allí delante —le dice—. Acabamos de encontrar una manada entera de fae. Son todos dríades.

«Fae de los árboles.»

Thierren entorna los ojos en dirección al bosque con el corazón acelerado y sus sentidos se agudizan anticipando su primer enfrentamiento con los fae. Inspira hondo y se reafirma con un renovado propósito sagrado, ansioso de poder enfrentarse al fin con aquellos horribles malignos para defender el Reino Mágico.

—Desmontaremos aquí, magos —ordena la voz del comandante Bane desde la cabeza del grupo; él siempre adopta un tono dominante que le sale sin esfuerzo.

Todos atan los inquietos caballos a los árboles para que se ocupen de ellos los magos de la caballería, y se internan en el bosque siguiendo el firme liderazgo de su comandante y percibiendo el olor a humo, que cada vez es más intenso.

Thierren desenvaina la varita y la prepara mientras recita hechizos de viento y aire mentalmente.

Los fae de los árboles son peligrosos, algunos de ellos son capaces de acceder a cierto poder elemental y alimentarlo a través de las ramas de los árboles. Y a veces utilizan animales para atacar. No hacía mucho los habían informado de que un grupo de dríades habían tendido una emboscada a un grupo de magos un poco más al sur de allí

empleando pequeños ciclones y bandadas de aves de rapiña como venganza por haber despejado algunas tierras.

Unas tierras que pertenecen al Reino Mágico.

«No importa. —Thierren mira fijamente los amenazantes árboles mientras su unidad se interna en el bosque—. Pronto conjuraré un enorme ciclón para destruiros a vosotros y a vuestros compinches fae.»

El estridente grito de un niño llega a oídos de Thierren, que aminora el paso. Mira a los demás soldados algo confundido, pero todos parecen ignorar el sonido.

Inquieto, Thierren sigue a su unidad pisando raíces y hundiendo sus botas en el blando y musgoso terreno.

El llanto de un niño.

El alarido de un bebé atraviesa el cielo.

Mujeres suplicando con murmullos dolientes en lenguas extrañas.

Thierren se siente cada vez más confuso. Pasa por entre los árboles y ve una pequeña pradera que muere ante una arboleda todavía más espesa. A ambos lados de la pradera arden los árboles que los soldados han incendiado.

Y ahí están.

Los dríades.

Una hilera de fae de los árboles con las orejas puntiagudas aguardan de pie, uno tras otro, ante una pared de árboles intactos del bosque del Norte.

Como si estuvieran formando una barrera con sus cuerpos.

Pero es la barrera más patética y fácil de superar que Thierren haya visto en la vida.

Está totalmente desconcertado. Ha visto muchas fotografías de dríades, seres horrendos cubiertos de vegetación podrida. Ojos desencajados, dientes afilados. Demoníacos y peligrosos.

Y esos fae no tienen nada que ver con aquellas fotografías.

Sí, son muy verdes, de su piel emana un brillo verdoso mucho más intenso que el propio de la piel gardneriana, tienen el pelo negro, los ojos verdes abiertos al de par en par y las orejas de punta. Y visten ropas que parecen haber confeccionado con hojas.

Pero ahí terminan las similitudes con las monstruosas ilustraciones que él ha visto.

Una anciana mujer dríade, con el pelo blanco como la nieve, tiene las manos unidas como si estuviera rezando. Se ha puesto de rodillas y suplica en un idioma ininteligible. Hay un niño pegado a ella, y llora con la cara enterrada en sus ropas. Y otro niño de apenas diez años aguarda junto a ellos sosteniendo una gran piedra en la mano, con una expresión de odio y la respiración entrecortada. De su boca brotan palabras ásperas y

hostiles. Lanza la piedra por la pradera en dirección a la larga hilera de magos, pero su lanzamiento es débil y se queda corto.

Mujeres, ancianos, niños, adolescentes.

Y todos parecen cubiertos de hollín, tienen la piel y la ropa salpicada de motas negras, como si les hubieran llovido del cielo. Todos tienen la respiración agitada y van encorvados, como si alguna fuerza invisible los empujara hacia el suelo.

—¿Qué les ha pasado? —pregunta Thierren a nadie en particular.

—Han intentado atacarnos con viento.

Thierren se vuelve hacia el soldado barbudo que está a su lado.

El hombre lo mira con cansancio.

—Ese chico de allí. —Señala a un chico que podría tener unos doce años, no lleva camisa y está cubierto de motas negras, y no deja de gritar improperios a los magos—. Lanzó a dos magos a unos veinte metros con un chorro de agua que hizo brotar de una rama. Le rompió la pierna a Kerlin contra un árbol. Así que les lanzamos una lluvia de polvo de hierro. Eso los calmó un poco. Eso los deja sin sus malditos poderes.

Thierren se vuelve hacia los fae con la cabeza hecha un lío.

Hay un bebé. Con las mejillas redondeadas. Está cubierto de hierro, y grita. Lo lleva en brazos una preciosa jovencita. El bebé mira a los magos horrorizado mientras intenta arañarse la cara con sus minúsculas manos. La jovencita intenta calmarlo desesperadamente y llora intentando evitar que se arañe la cara y quitarle el hierro al mismo tiempo.

—¿Y habéis sometido a los kelpies que encontramos? —le pregunta el comandante Bane al teniente que está junto a él. Emplea un tono aburrido mientras examina unos papeles ignorando las súplicas, las amenazas y los llantos de los fae.

—Los hemos envenenado, mago. Hemos metido tornillos de hierro en todas las fuentes de agua.

El comandante Bane asiente aparentemente complacido, a continuación enrolla el documento y lo mete en su mochila. Contempla la hilera de fae como si se sintiera resignado y satisfecho a la vez.

—Fae de los árboles purasangre —comenta el comandante asombrado mientras los niños lloran y la anciana prosigue con sus incesantes súplicas. Vuelve a mirar al teniente —. Habéis hecho un buen trabajo haciéndolos salir.

Thierren no deja de mirar a los niños; la bilis le trepa por la garganta. Los que son lo bastante mayores como para hablar se comunican en lo que debe de ser dryadin, pero, si cierra los ojos, su llanto es igual de inquietante que el de los niños gardnerianos.

Y se parecen muchísimo a los gardnerianos.

A Thierren se le encoge el estómago y le asalta una sensación de vértigo que le hace perder el equilibrio. Levanta la vista y percibe un breve destello blanco entre las ramas de los árboles, por encima de los dríades.

Pájaros blancos. Translúcidos como la niebla. Observando.

El odio emana de los árboles en abrumadoras oleadas multiplicando el vértigo de Thierren. Nota un fuerte tirón en sus líneas de afinidad, como si los árboles estuvieran jugando con sus poderes. Como si estuvieran intentando arrancarle sus poderes de raíz. Se esfuerza para intentar erigir un escudo interior y toma aire hasta que consigue formar una capa bien densa alrededor de todas sus líneas. La va fortaleciendo capa tras capa, pero sigue notando el incesante ataque de los árboles, la sensación de las ramas golpeando el escudo. Tratando de atravesarlo.

Le da vueltas la cabeza y el bebé llora y llora y llora.

Thierren recuerda el entrenamiento de su unidad. Cómo escuchaba a medias lo que, en aquel momento, le parecía evidente. Consejos para magos ingenuos y sentimentales.

«Quizá tengáis la sensación de que son humanos. Así es como la Gran Sombra juega con nuestras mentes. Pero debéis ver a través de ella. Y seguir la bendita voluntad del Libro.»

Pero él jamás imaginó que pudiera haber un bebé. O aquella preciosa joven. Y Thierren sabe, en lo más profundo de su alma, que eso no es una ilusión.

La joven acuna al bebé, y sus movimientos son como los de una rama al mecerse, suaves y elegantes. Los poderes de afinidad de Thierren tiran hacia ella.

La joven levanta la vista y lo mira directamente a los ojos.

Cuando sus miradas se cruzan, Thierren siente una oleada de conmoción abrumadora al ver esos ojos tan verdes como las hojas del verano llenos de lágrimas. La muchacha separa sus labios verdes y su dolor se interna en Thierren deslizándose hasta su corazón.

Desde uno de los laterales se oye a alguien hablar en la lengua común, aunque con mucho acento.

—Magos. Parad.

Thierren vuelve la cabeza hacia la anciana del pelo blanco. Ahora la mujer tiene los brazos tendidos en señal de súplica, y en sus ojos verdes anida una feroz urgencia. Gesticula hacia el oscuro bosque que tiene a su espalda como si estuviera intentando transmitir una advertencia vital.

—Dejad en paz nuestro bosque —dice la mujer imprimiendo un peso amenazador a sus palabras—. Si los árboles mueren, nosotros también morimos. Vosotros moriréis. Todos moriremos.

Sus apremiantes palabras llegan al corazón de Thierren, que tiene la inquietante

sensación de que lo que está oyendo es verdad. Le asalta una feroz y confusa necesidad de detener todo aquello.

—La Sombra se acerca —advierte la anciana con un murmullo teñido de una ineludible certeza.

—De rodillas —ordena el comandante Bane a los fae, casi con despreocupación, y Thierren le clava los ojos asombrado de que pueda actuar con tal indiferencia. Hay un brillo malvado en los ojos del comandante Bane. Como si aquello le gustara.

Thierren siente una punzada de asco. Vuelve a mirar a la joven fae y sus miradas se cruzan de nuevo. Como si los dos fueran participantes involuntarios de una pesadilla. De pronto no hay nada que Thierren desee más en el mundo que coger a la joven y al bebé y sacarlos de allí.

La joven apela a Thierren en su dialecto fae, con una voz tan melodiosa como devastada. Él abre la boca como si fuera a contestarle justo cuando la voz del comandante Bane anuncia:

—Por orden del gobierno de Gardneria —empieza a leer de un pergamino—, se os ordena que os retiréis y renunciéis a nuestro soberano territorio. —El comandante Bane suspira, como si todo aquello fuera demasiado sencillo, vuelve a enrollar el pergamino y se lo mete en el bolsillo de la túnica. Da un paso adelante, desenvaina la varita y apunta con ella a los fae—. He dicho que os pongáis de rodillas.

La hilera de fae avanza desafiante haciendo, en apariencia, un gran esfuerzo, ahora con los brazos extendidos, como si quisieran fortalecer la barrera entre los magos y el espeso bosque. El odio que arde en las expresiones de los fae se intensifica. El chico los fulmina con la mirada; tiene los ojos entornados y les grita una retahíla de furiosas palabras en driadín mientras la joven estrecha al bebé contra su pecho con un rictus triste y tembloroso en los labios.

Thierren está horrorizado. La desesperada necesidad de rescatar a la joven y al bebé es cada vez más apremiante. Atisba otro destello procedente de los pájaros blancos en las ramas suspendidas sobre las cabezas de los fae. Una hilera de criaturas etéreas idénticas a las que lucen algunos de los soldados gardnerianos en sus uniformes. Como los que él lleva en su uniforme.

Thierren parpadea asombrado como si se hubiera vuelto completamente loco.

—De rodillas —ruge el comandante Bane—. Ahora.

«Espera —quiere gritarle Thierren mientras todo su mundo se derrumba de repente—. ¿Es que no lo ves? Ha habido un error y tenemos que parar. Esto no es lo que pensábamos. Aquí no hay guerreros monstruosos.

»Son familias.»

La anciana ignora la postura amenazante del comandante Bane y su varita. Se levanta, avanza tambaleándose y le tiende las palmas para detenerlo.

Veloz como una víbora, el comandante Bane agita la varita y balancea el brazo hacia delante. De la punta de su varita brota una lanza de hielo que se interna directamente en el pecho de la anciana.

Su agudo grito se convierte en un borboteo mientras se desploma con un ruido sordo, sobre su propia sangre.

Se desata el caos. Los fae gritan y forcejean contra el hierro para correr hacia ella. Los niños gimen aterrorizados.

El comandante Bane observa la escena impasible.

—Por orden del gobierno de Gardneria —repite—, se os ordena que os rindáis y renunciéis a nuestro soberano territorio.

—¡No nos rendiremos jamás! —grita el chico en lengua común pero con mucho acento e irguiendo todo lo posible su escuálido cuerpo. El poder del bosque se alza con él, como una oscura ola ineludible. Thierren puede sentirla hasta en los huesos.

El niño aprieta los puños.

—Ahora somos débiles, pero nuestros guardianes no lo son. Ellos sabrán lo que nos estáis haciendo. Los árboles se lo dirán. ¡Y vendrán a por vosotros y os atacarán con todo el poder de los bosques!

El comandante Bane abre los ojos con alegría. Mira a los magos que aguardan a su alrededor como si quisiera compartir con ellos su incrédulo gozo. A continuación mira al niño con desdén.

—Así que los árboles vendrán a por nosotros, ¿no? ¿Con sus patitas de árbol?

Thierren levanta la vista, las copas de los árboles no dejan de inclinarse. Las hojas crujen. El tirón que siente en sus líneas de afinidad es cada vez más fuerte.

—¡Nosotros defendemos los árboles! —grita el niño con una ferocidad desatada.

El comandante Bane hace un ruidito de desdén y se vuelve hacia el mago que tiene al lado poniendo los ojos en blanco.

—Por el Gran Ancestro, tenemos que hacerlo callar. —Entonces adopta una actitud militar—. ¡Magos! —ordena mirando a derecha e izquierda de sus soldados en formación —. ¡Preparad las varitas!

La joven está de rodillas junto a la anciana fae muerta, llorando, y el bebé que tiene en brazos no deja de gritar. Levanta la cabeza y clava sus aterrorizados ojos en Thierren.

Thierren, horrorizado, ya no lo soporta más. Se adentra en el claro y se da media vuelta para enfrentarse a los magos.

—¡Deteneos! —grita alargando la palma de la mano.

El comandante Bane baja un poco la varita y mira a Thierren.

—¿Te has vuelto loco?

«Sí», piensa Thierren con inquietud.

—¡Tienen niños! —grita a la formación de magos que aguarda frente a él—. ¡Tenemos que parar!

—¡Son fae! —ruge el comandante Bane—. Apártate, mago Stone. ¡Ahora!

Thierren mira a la joven por encima del hombro. Los fae se han quedado en silencio, ya solo se oye el llanto de los niños. Todos miran a Thierren. Él mira a la joven. Y de pronto se siente arrastrado por una sensación de alianza tan intensa que destruye cualquier resto de sensatez que pudiera quedarle, y deja de preocuparse por sí mismo.

Se vuelve de nuevo hacia el comandante Bane.

—Tenemos que parar —afirma con mayor firmeza—. Estamos cometiendo un error.

—Por el Gran Ancestro, Thierren, ¡apártate! —aúlla el comandante Bane.

Él se mantiene firme.

—No. —Señala a los fae manteniéndose completamente inflexible—. No son guerreros. Aquí hay niños.

El comandante Bane se rasca la nuca y después sacude la cabeza como si ya hubiera visto aquel absurdo comportamiento antes pero jamás lo hubiera esperado de Thierren.

—Thierren, ya sabes a lo que hemos venido —dice con razonable calma. Como un padre regañando a un hijo rebelde—. Y también sabes por qué. —Señala a los fae sin mirarlos—. Estos engendros impíos que están justo ahí atacaron a los granjeros magos y a los soldados que no hacían más que preparar las tierras para nuestras granjas. Ese niño de ahí… —señala al rabioso niño sin mirarlo— ha intentado matar a uno de los nuestros. —Clava su furiosa mirada en Thierren—. ¿Quieres dar tu vida por un grupo de fae impíos?

Superado por su propia rabia, Thierren levanta el brazo y apunta con la varita hacia el pecho del comandante Bane.

—Tenemos que parar. Ahora.

Rápido como un áspid, el comandante Bane agita la varita y de ella brotan unos hilillos negros que rodean la varita de Thierren y se la arrancan de la mano. Antes de que Thierren pueda reaccionar, el comandante Bane vuelve a agitar la varita y los hilos negros rodean todo el cuerpo de Thierren, inmovilizándole los brazos a ambos lados y extrayéndole el aire de los pulmones. El comandante Bane agita la varita hacia atrás y los hilos que Thierren tiene alrededor de las piernas se ciñen con fuerza y lo tiran al suelo. Se desploma en el suelo con un ruido sordo mientras pelea contra las ataduras.

—¡Preparaos! —ordena Sylus Bane al resto de los magos.

Los magos alzan sus varitas.

—¡No! —grita Thierren perdiendo el control. La razón. El bosque oscurece.

—¡Apunten!

—¡Deteneos! ¡No! —aúlla Thierren mientras de los árboles empiezan a emanar oleadas de rabia—. ¡Hay niños!

—¡Fuego!

Los fae gritan mientras el poder de los magos brota de las varitas e impacta en ellos. La ira se extiende por el bosque. Los ensordecedores gritos del niño, de la chica y del bebé fae se confunden con los de Thierren.

# 2

# Guardianes del bosque

VYVIAN DAMON

***Mes cuatro***
***Auditorio del Consejo de Magos***
***Valgard, Gardneria***

Los truenos resuenan en el cielo y la maga Vyvian Damon levanta la vista hacia el techo de cristal. La violenta tormenta que jarrea fuera viene acompañada de rayos y de un viento que azota el imponente edificio del Consejo de Magos, al tiempo que el cielo se cubre de nubes oscuras.

Vyvian está sentada junto a los doce miembros del Consejo de Magos alrededor de una mesa de madera de guayaco, en cuya superficie se ve representada la imagen de un árbol enorme rodeado por una espiral de pájaros blancos. Tiene la mano apoyada sobre una suave raíz oscura que remata el final de la mesa, y una embriagadora excitación crece en su interior.

Cuando se abren las imponentes puertas de madera de guayaco de la estancia, a Vyvian se le acelera el corazón, y una oleada de calor la recorre de pies a cabeza cuando el Gran Mago Marcus Vogel entra en la sala seguido de dos enviados del consejo; los miembros del consejo se ponen en pie.

El joven Gran Mago es la imagen perfecta de la elegancia: sus rasgos cautivadores, sus rasgos angulosos, su mirada de fuego verde. La energía del poder contenido de Vogel recorre toda la estancia y resuena en las líneas de Vyvian, y todos los colores de la sala adoptan tonos negros y grises.

Vyvian parpadea tratando de acostumbrar la vista al desorientador cambio de tonalidades que desaparece tan rápido como ha aparecido.

Vogel toma asiento a la cabeza de la mesa, donde las ramas del árbol se entrelazan formando una corona. Sus dos serios enviados se colocan tras él con actitud protectora mientras Vyvian y el resto de los miembros del consejo vuelven a tomar asiento. Por

encima de la inmóvil figura de Vogel cuelga un gigantesco árbol de madera de guayaco invertido, sujeto por cadenas a las vigas del techo acristalado, loa que conforma una enorme lámpara boreal, pues la madera negra del árbol está tan pulida que brilla. Por entre los huecos y los rincones de las ramas del árbol hay candiles que proyectan su brillo por toda la estancia oscurecida por la tormenta.

La expectante tensión que flota en el aire se intensifica cuando el mago del consejo Snowden moja su pluma en un tintero de cristal y deja la punta negra suspendida sobre la hoja de pergamino que tiene ante él. Mira a Vogel y se prepara para tomar nota de todas las mociones y normativas del consejo con su neta caligrafía.

Vyvian mira su ordenado montón de documentos, todos ellos marcados con la M del consejo en la cabecera de la página. La luz de los candiles parpadea sobre las meticulosas listas que ha hecho con los nombres de los últimos invasores descubiertos en suelo gardneriano: fae escondidos tras algún glamour, fae de pura sangre, uriscos huidos de las islas Fae, y una larga retahíla de otros malignos a los que han descubierto con alguna intención de corromper el Reino Mágico. Por suerte, todos los invasores de la lista ya han sido capturados por la guardia de magos y enviados a las islas Pyrran.

La mayor parte de esa purificación de las tierras magas ha sido supervisada por la propia Vyvian.

Deja escapar un discreto y tranquilizador suspiro convencida de que sus informes están en perfecto orden y que el Gran Mago Vogel quedará muy complacido con sus incansables esfuerzos.

Sin embargo, no consigue deshacerse de esa perpetua intranquilidad que ahora se ha instalado bajo su piel y que incrementa su deseo de demostrar su valía a la brillante estrella en la que se ha convertido Vogel. Para conservar su frágil puesto en el consejo, Vyvian sabe que debe demostrar que es absolutamente leal y devota, a diferencia de los injuriados y traidores miembros de su familia, su corrupto hermano y sus sobrinos, además de la inesperada rebeldía de su sobrina, que ha huido solo el Gran Ancestro sabe adónde.

Ni siquiera el prometido de Elloren, Lukas Grey, parece saber dónde está la maldita chica.

La amenazante intranquilidad de Vyvian aumenta y arde hasta enfurecerla.

«Te encontraré, Elloren. Y cuando te encuentre…»

—Empecemos —anuncia Vogel con su pálida mirada gris, penetrante como la de un halcón, y los dedos apoyados sobre la varita negra que ha dejado sobre la mesa ante él.

Vyvian se emociona al escuchar la sedosa voz de Vogel y olvida su enfado atrapada en la conciencia del poder del Gran Mago, que se extiende por toda la sala.

Vogel guarda silencio un buen rato mientras su febril mirada arde como un presagio.

—Han encontrado un varón ícaro en las islas Noi.

Las palabras golpean la estancia como un martillo. La sala se deshace en exclamaciones de asombrada indignación y Vyvian se deja llevar por la consternación colectiva. Vogel aguarda silencioso como la muerte hasta que los murmullos de la estancia cesan y se hace un doloroso silencio expectante mientras todos los presentes miran al Gran Mago.

—¿Dónde?

A Vyvian se le escapa la entrecortada pregunta antes de poder reprimirla, incapaz de mostrarse todo lo cauta que debiera a causa de lo asombrada que está de saber que el bebé demoníaco de Sage Gaffney no es el único ícaro varón que sigue con vida.

Vogel posa su inquisidora mirada sobre Vyvian y ella la nota deslizarse por su espalda, casi puede oír el zumbido de la magia de Vogel en el aire, y las débiles líneas de tierra de Vyvian tiran con fuerza hacia ese poder.

—Nuestros espías han localizado al ícaro en el interior de la base militar que las vu trin tienen en Oonlon. —Las sinuosas palabras de Vogel siguen avanzando por el interior de Vyvian—. El demonio ícaro es un celta, y es el hijo del ícaro que acabó con la vida de nuestra querida Carnissa Gardner. —La sala se deshace en exclamaciones de indignación y Vogel mira más intensamente a Vyvian—. El nombre que ha estado utilizando es Yvan Guriel.

Una intensa conmoción se apodera de Vyvian mientras la sala se llena de murmullos.

«Yvan Guriel. El celta que estaba en la cama con Elloren. Es un ícaro.»

—El ícaro de la profecía —jadea Vyvian casi sin poder respirar. Incapaz de moverse. Sintiendo que el suelo se mueve bajo sus pies. Al final el ícaro de la profecía no es el bebé de Sage Gaffney, sino el maldito hijo de Valentin Guryev, el ícaro que mató a su madre.

No es Yvan Guriel.

Es Yvan Guryev.

Vyvian está completamente alterada, pero se esfuerza por sostener la inquisitiva mirada de Vogel. El Gran Mago entorna los ojos y ella siente cómo el miedo le atenaza el estómago mientras toma una decidida resolución: «Nadie puede enterarse de que Elloren estaba con el demoníaco hijo de Valentin Guryev».

—Hay que matarlo enseguida —le dice el mago Greer a Vogel con un tono cargado de brusquedad.

La penetrante mirada de Vogel se desliza hasta los dos guardias de nivel cinco que flanquean las puertas de la estancia.

—Haced pasar a Mavrik Glass —ordena.

Los guardias abren las puertas y un joven mago de nivel cinco alto y elegante entra en la sala seguido de su capa negra. Posee una belleza elegante, movimientos fluidos, y tiene la mano posada sobre la empuñadura de la varita de caoba que lleva envainada al costado. Porta tres varitas más hechas con diferentes maderas dispuestas en la otra cadera, y dos más pegadas al brazo.

—Maestro de Varitas Glass —dice Vogel esbozando una astuta sonrisa—, muestra al consejo lo que nos han pedido las vu trin.

El mago Glass le sonríe con complicidad, se mete la mano en el bolsillo de la túnica y coloca seis piedras de luz sobre la mesa redonda. Todas las piedras lucen idénticas runas noi y proyectan una suave luz de color zafiro.

Vyvian suspira con asombro.

—¿Son las piedras de los portales noi? —pregunta mirando a Vogel.

—Así es —afirma él.

La incomodidad se apodera de la estancia y todos los presentes adoptan expresiones de auténtica confusión. El uso de brujería impía está terminantemente prohibido por *El Libro de la Antigüedad*.

El mago Greer se aparta de las piedras con un gesto de odio bajo su barba negra.

—La brujería noi es magia contaminada.

—No podemos arriesgarnos a mezclar esta magia con la nuestra —interviene el mago Snowden; el hombre de pelo cano parece completamente indignado.

—Nadie pretende mezclarla —contesta Vogel. Agarra con más fuerza la varita negra que tiene delante mientras pasea la vista por todos los presentes—. Se trata de consumirla.

Vogel pega la punta de su varita a las piedras y las va tocando una a una, y Vyvian se aparta parpadeando asombrada al ver que el brillo azul de las runas circulares es absorbido por la varita de Vogel dejando una marca negra; a continuación las formas de las runas se llenan de unas sombras ondulantes, y unos dedos de humo gris ascienden de sus trazos transformados.

—Esas malditas paganas tienen poder —murmura Vogel mientras un delicado hilillo de sombra emerge de su varita—. Tienen capacidad para crear portales y hechicería rúnica, una magia que les ha concedido grandes ventajas durante demasiado tiempo. Y ese poder pertenece a los magos. Nosotros somos los únicos que podemos emplear la magia para cumplir la voluntad del Gran Ancestro. Por lo tanto, nosotros somos los únicos que deberíamos controlarla. Toda la magia.

Vogel mira el árbol invertido y se concentra; por detrás de una de las ramas se oye un revoloteo de alas negras. Uno de los pájaros que ya se había escondido baja volando y se

posa sobre el hombro de Vogel.

Igual que el resto de los miembros del consejo, Vyvian se aparta presa del asombro y la repulsión.

El pájaro parece un cuervo, pero tiene un montón de ojos repartidos de un modo grotesco por toda la cabeza, la mayoría son de un cambiante color gris, como si contuvieran una incipiente tormenta.

Pero el ojo que el pájaro tiene en el centro de la cabeza…

Es del mismo color pálido y penetrante que el de los ojos de Vogel.

—¿Qué clase de brujería es esta? —susurra el mago Gaffney con evidente alarma.

El pájaro está cubierto de humeantes piedras rúnicas, las tiene por los costados, el pecho y en lo alto de su cabeza negra.

Tanto Vogel como el pájaro vuelven la cabeza hacia el mago Gaffney con aterradora sincronía. Vyvian siente un escalofrío que le recorre la espalda.

—Es un ojo rúnico —dice el Gran Mago, y Vyvian tiene la certeza de que Vogel no solo está viendo a través de sus dos ojos, sino también a través del ojo central del pájaro.

—¿Cómo es que esta cosa tiene tantos ojos? —espeta el mago Greer sin despegar los ojos del pájaro.

Vogel y el animal se vuelven hacia él al mismo tiempo, y Vyvian se estremece de nuevo.

—Es un efecto de la magia que he invocado —explica Vogel.

Del consejo brota un murmullo incómodo.

—¿Hay más pájaros alterados? —pregunta el mago Greer.

—Solo este —dice Vogel con frialdad levantando la barbilla. El pájaro alza el vuelo y se posa sobre el hombro de Mavrik Glass. El joven mago permanece impertérrito ante el monstruoso pájaro y sigue con su sonrisa cómplice en los labios—. Por ahora —añade Vogel lanzando una mirada cargada de intención al consejo, como si quisiera dar a entender las posibilidades de ese nuevo descubrimiento.

—Un espía rúnico —susurra el mago Snowden con asombro mirando a Vogel con renovada admiración.

—Una ventaja militar —interviene el mago sacerdote Alfex con reverencia—. Con la que nos ha bendecido el Gran Ancestro.

Vyvian observa el horrible pájaro y la varita negra de Vogel. Por un momento no puede evitar pensar que están jugando con una magia peligrosa que no deberían haber utilizado. Una magia corrupta, primitiva y mala.

Una magia que no puede controlarse.

Pero entonces en su mente se forma otro pensamiento más poderoso.

¿Y si esa magia acaba cayendo en manos de las razas impías?

«No», se dice, rebatiendo su miedo reflexivo a aquella magia sombría. Vogel tiene razón. Claro que sí. Los gardnerianos tienen que controlar toda la magia de los reinos. Porque los gardnerianos son los únicos guiados por el Gran Ancestro de los cielos.

—¿Quiere que les muestre más, excelencia? —pregunta Mavrik Glass.

Vogel transmite su aprobación mediante un sutil gesto con la cabeza.

La sonrisa cómplice de Mavrik se transforma en un gesto calculador. Saca una piedra completamente diferente y la enseña a los miembros del consejo. Esa piedra de luz oscura está marcada por una oscura runa distinta, los ondulantes diseños interiores impactan unos con otros como mecanismos de un reloj hechos de niebla.

Mavrik coge la piedra entre los dedos y la aprieta con fuerza al tiempo que desenvaina la varita de caoba que lleva en la cadera. A continuación cierra los ojos, agacha la cabeza, y se lleva la punta de la varita al hombro adoptando una expresión que parece de gran concentración.

A Vyvian se le escapa un pequeño jadeo cuando ve cómo la silueta del joven se emborrona hasta convertirse en una nebulosa oscura. Su cuerpo se transforma en una masa amorfa que al poco vuelve a verse nítida transformada en una musculosa soldado vu trin con una trenza morena, rasgos angulosos y el uniforme militar negro propio de una soldado noi, con el horrible pájaro posado en el hombro.

Todos los presentes jadean asombrados.

—Un glamour —murmura el mago Flood asombrado por las nuevas ventajas descubiertas por Vogel, pues la capacidad de ocultarse tras un glamour había sido hasta el momento algo exclusivo de los fae, de la misma forma que la magia de los portales siempre había sido dominada por las fuerzas de las vu trin noi.

En los falsos ojos oscuros noi de Mavrik Glass brilla una expresión maliciosa.

—Las piedras del portal ya casi están cargadas del todo —le dice Mavrik a Vogel; su profunda voz masculina no concuerda con el glamour femenino tras el que se esconde. Sonríe mirando al resto del consejo—. Esta noche haré una visita al Reino del Este.

—El ícaro todavía tiene que acceder a todo su poder —explica Vogel mientras Mavrik se toca el hombro con la varita y recupera su forma gardneriana—. El mago Glass cruzará el portal con el ojo rúnico —afirma Vogel—. Buscará al ícaro. Y lo matará.

El alivio aplaca el asombro de Vyvian, que se olvida del miedo que ha sentido al presenciar los nuevos poderes rúnicos de Vogel cuando la promesa de un nuevo mundo en orden se instala en su cabeza.

Sí, su propia sobrina no había demostrado ningún escrúpulo al relacionarse con un demonio ícaro. El demonio ícaro.

«Pero Yvan Guryev estará muerto dentro de unos días», se consuela obligándose a respirar acompasadamente. Los gardnerianos harán añicos La Gran Profecía y la muerte de su madre será vengada.

Vyvian se da cuenta de que ahora el poder gardneriano es imparable y se le pone la piel de gallina. Con la magia del portal, espías aéreos y la habilidad de ocultarse tras un glamour en manos de los magos, ya no habrá forma de parar la era del esquilado.

Los miembros del consejo asienten mirándose unos a otros y murmuran con seguridad, como si se hubieran ajustado rápidamente a la rotunda demostración de poder de Vogel; y a todos les brillan los ojos con renovada resolución.

Alguien llama con insistencia a la puerta y todas las cabezas se vuelven hacia el único sonido que se oye en la sala.

Vogel asiente mirando al pájaro y la criatura cierra todos sus ojos excepto los dos originales, y sus sombras rúnicas también desaparecen a la vista. Mientras abren las puertas de la estancia una vez más, Vyvian vuelve a asombrarse de la facilidad que tiene el pájaro para camuflarse.

Un joven mensajero militar muy delgado entra en la sala. Parece nervioso y se le ve tenso. Traga saliva sin dejar de mirar a Vogel y los dos guardias cierran las puertas a su espalda.

Se hace el silencio.

—Gran Mago, hemos recibido noticias del norte —dice con la voz temblorosa.

—¿De qué se trata? —pregunta Vogel con un tono pausado y controlado.

—La unidad del comandante Sylus Bane… Consiguieron sacar a otro grupo de fae de los bosques, excelencia. —El mensajero frunce el ceño—. Esta vez eran dieciocho. Dríades.

Vyvian repugna mentalmente la palabra mientras los presentes murmuran preocupados.

—¿Dríades? —exclama el mago Snowden.

—¿Los fae de los árboles? —se maravilla el mago sacerdote Alfex con los ojos muy abiertos—. Eso es imposible.

—Se supone que están todos muertos —dice el mago Greer—. Todos. ¿Cómo es posible que sigamos encontrando más?

Al final todos terminan guardando silencio y miran a Vogel; la tensión se palpa en el ambiente.

—Ya ha empezado. —Vogel adopta un tono grave que resuena por toda la estancia. Sus palabras adquieren un tono apasionado cuando cierra los ojos y recita un pasaje de *El Libro de los Ancestros* con cadencia sacerdotal—. Los bosques serán corrompidos y

proyectarán su sombra sobre la tierra. Y el rebaño del Gran Ancestro convergerá sobre esta corrupción en poder y en gloria.

Vyvian se emociona y se endereza, decidida a ser incluida en el bando correcto de esa peligrosa saga celestial: los Primeros Hijos contra todo el poder de los malignos.

Vogel luce en el pecho de la túnica un pájaro blanco bordado, y en la pared, por detrás de él, cuelga la insignia de la nueva bandera gardneriana: el pájaro blanco del Gran Ancestro sobre un fondo negro.

«El rebaño del Gran Ancestro», repite mentalmente Vyvian con lágrimas beatíficas en los ojos.

Vogel abre los ojos y mira al mensajero.

—¿Se han ocupado de esos dríades?

—S-sí, excelencia —reconoce el joven—. Han acabado con ellos. Con todos.

Se intercambian exclamaciones de alivio.

—Pero… pero hay amenazas, excelencia —añade el mensajero proyectando una desagradable nota de duda en la estancia.

A Vyvian se le acelera el pulso mientras todos miran al mensajero, que parece encogerse bajo el peso de la atención de todos los miembros del consejo.

—¿Amenazas? —pregunta Vogel sin apenas un parpadeo.

—Los dríades que sacaron del bosque —dice el joven con la voz apelmazada—, los que podían hablar en la lengua común… Bueno, dijeron que tenían guerreros que lucharán por ellos.

Los presentes vuelven a sumirse en una preocupada e iracunda conversación. El mago Snowden y el mago Flood se hacen el signo de la estrella de cinco puntas en el pecho a modo de protección.

—Esos fae son muy peligrosos —afirma el mago Flood con tono sombrío.

—No suponen ninguna amenaza para el Reino Mágico —espeta el mago Greer.

—Algunos de ellos son capaces de blandir ramas como si fueran varitas —contesta el mago Snowden frunciendo sus cejas blancas—. Pueden extraer mucho poder de los bosques.

—Entonces los atacaremos con flechas con la punta de hierro —se burla el mago Greer —. Eso seguro que sofoca de golpe sus poderes.

—¿Qué más han dicho, mago? —le pregunta Vogel al mensajero aparentemente insensible a las asombradas y furiosas reacciones que se multiplican a su alrededor.

Los magos del consejo dejan de hablar y en la estancia vuelve a reinar el silencio.

El mensajero mira a su alrededor como desconcertado por la renovada atención. El chico mira a Vogel como un animalillo arrinconado y traga saliva.

—Han dicho que los dríades han amenazado con venir a por nosotros. Con el poder de los árboles.

De pronto todas las miradas se posan en Vogel como si esperasen que los guíe para superar los nuevos problemas.

Vogel extiende los brazos como si estuviera abrazando la estancia y adopta una expresión dolida mientras cierra los ojos agarrando con fuerza su varita negra.

—Rezad conmigo, magos.

Vyvian agacha la cabeza junto al resto de los ocupantes de la silenciosa estancia mientras Vogel empieza a rezar y todos se dejan llevar en la familiar cadencia de sus palabras:

—¡Oh, santísimo Gran Ancestro, purifica nuestras mentes, purifica nuestros corazones, purifica Erthia! Protégenos de la mancha de los malignos.

Después Vyvian imita al resto de los presentes y se hace la señal de la bendita estrella de cinco puntas en el pecho, una punta por cada poder de afinidad.

Vogel baja lentamente los brazos, pero mantiene la cabeza agachada, y el consejo sigue silencioso como una tumba.

Esperando.

Al final, Vogel levanta la cabeza y abre los ojos; nadie puede escapar a su mirada. Los observa bien a todos. Vyvian siente una euforia embriagadora.

«Su poder.» Todavía puede sentirlo emanando de Vogel y de su poderosa varita. Surcando el aire.

Vogel clava su penetrante mirada en el mensajero justo cuando un relámpago brilla en el cielo y un trueno resuena al otro lado del techo de cristal.

—Dile a tu comandante que envíe una unidad de magos de nivel cinco al bosque del Norte —ordena con un tono siniestro—. El día del ajuste de cuentas del Gran Ancestro está a punto de llegar. ¿Esos dríades han dicho que vendrán a por nuestros magos? ¿Dicen que atacarán el Reino Mágico Sagrado? ¿Dicen que pelearán mediante los árboles? Muy bien. Pues arrasaremos todo el bosque. —Entorna los ojos con precisión letal—. Después encontraremos a los dríades que queden. Y los aniquilaremos.

A continuación se vuelve hacia el consejo y levanta la punta de la varita justo cuando otro trueno sacude el edificio.

—Queridos magos, el Gran Ancestro nos ha elegido para que recuperemos Erthia, palmo a palmo. Pronto las fronteras del Reino Mágico Sagrado serán protegidas por runas contra cualquier invasor maligno. Y las tierras de los magos se limpiarán de su mancha profana.

De la oscura varita de Vogel brotan unas líneas de magia sombría formando una

ondulante espiral de humo, y Vyvian se asombra de la gran belleza de la imagen.

—La era del esquilado ha llegado —entona Vogel con un brillo tan intenso en los ojos como el relámpago que centellea sobre sus cabezas—. Ha llegado la hora de destruir hasta al último invasor malvado de nuestra querida tierra de magos.

# 3

# Hereje

THIERREN STONE

***Mes cinco***
***Valgard, Gardneria***

—¿Eres consciente, mago —le pregunta el comandante Sylus Bane a Thierren Stone—, de que la expulsión con deshonor de la guardia de magos te incapacitará para el servicio? ¿Que te quedarás fuera de todos los gremios para siempre? Ni los pobres granjeros de Lower River contratan traidores.

Sylus Bane está sentado a su escritorio rodeado de soldados de alto rango, y todos están fulminando a Thierren con la mirada.

Él también está mirando mal a Sylus Bane, tiene los ojos empañados y hace caso omiso a la censura. No le importa lo que piense ninguno de ellos. No le importa nada.

Cuando Thierren volvió a casa, sus padres quedaron desconsolados y absolutamente confusos a causa del sorprendente cambio de su hijo mayor, su niño de oro: aterrorizados por sus continuas pesadillas, los terroríficos gritos a medianoche y el insomnio que padecía; se encontraban a Thierren levantado a horas intempestivas, en lugares extraños, mirando fijamente la pared como si estuviera en medio de un horrible sueño, con la mirada perdida y los ojos rodeados de profundos círculos negros.

Al principio intentaron comprenderlo. Incluso le pagaron a un sacerdote para que le aplicara un exorcismo, convencidos de que su hijo había sido manchado por su cercano contacto con los malignos.

Pero al poco su preocupación dejó paso a la ira cuando Thierren se descontroló. Deambulaba por las calles toda la noche. Conseguía bebidas alcohólicas ilegales e intentaba tomárselas descaradamente en casa. Sus padres le confiscaron la primera botella que encontraron y se deshicieron de ella, pero Thierren trajo más, pues el alcohol conseguía sofocar esa abominable escena que se aferraba a él como una enfermedad.

No conseguía quitarse de la cabeza la cara de aquella joven dríade.

El bebé.

Sus padres consultaron con muchos sacerdotes y sanadores, su madre era incapaz de ocultar la humillación y se le saltaban las lágrimas mientras se retorcía las manos al confesar la debilidad moral de su hijo. Cómo un único encuentro con los malignos lo había destruido y lo había convertido en ese ser siniestro que cada vez demostraba peor comportamiento: había hecho trizas su uniforme militar gardneriano y había prendido fuego a la bandera gardneriana.

Thierren bebía todo el alcohol que podía. Compraba nilantyr a un granjero celta y mascaba las amargas bayas dejándose llevar por su oscuro olvido. Pronto se convirtieron en lo único que lo ayudaba a aliviar ligeramente la continua pesadilla en la que se había convertido su vida.

Elisen, su prometida, vino a verlo en una ocasión y se marchó histérica, negándose a volver a verle jamás, y su familia buscaba desesperada una forma de romper el compromiso. A Thierren no le importaba. Solo podía pensar en la joven fae y en aquellos niños. Y en el sonido de sus gritos.

Empezó a colgar pájaros blancos por todas partes. Los recortaba en papel, los ataba con cordeles y después clavaba los cordeles a las vigas. Al principio aquello animó a su madre y a los sacerdotes que venían a verlo. Quizá fuera una señal de que estaba regresando al camino del Gran Ancestro.

Pero entonces, y quizá fuera lo peor de todo lo que había ocurrido antes, encontraron a Thierren en su habitación rodeado de páginas arrancadas del *Libro de los Ancestros*, mientras él hacía añicos la página que tenía en las manos.

Fue entonces cuando sus padres empezaron a considerar seriamente la idea de mandar a Thierren al manicomio de Valgard.

Thierren piensa en todo aquello sin inmutarse mientras aguarda ante el comandante Sylus Bane y el resto de los soldados, observándolos como si estuviera contemplando un paisaje desde el interior de un carruaje. Ya no le importa nada de todo aquello. Pero no piensa seguirles la corriente. No piensa dejar que crean sus propias mentiras.

—Había niños —dice Thierren con tono despiadado mirando fijamente a Sylus Bane.

Sylus hace un ruidito de mofa esbozando media sonrisa muy desagradable.

—No, Thierren, allí lo que había eran engendros impíos. Estás olvidando quién eres.

Pero Thierren sigue impasible.

—Había bebés.

A Sylus se le borra la sonrisa y entorna los ojos hasta que parecen dos fisuras.

—Había engendros fae.

La furia se apodera de Thierren con tanta intensidad como una tormenta de hielo. Y

ahora, cuando le ocurre eso, la reacción es salvaje. Ciclónica.

Es evidente que Sylus Bane lo percibe. Él también sabe que Thierren se ha convertido en otra cosa. En algo no gardneriano. Y quisiera eliminarlo allí mismo. Pero, por desgracia, el protocolo es el que es.

—Eres afortunado por tener unos padres tan influyentes —dice Sylus con la voz preñada de asco—. Han suplicado por ti hasta que han encontrado al único comandante de la guardia dispuesto a aceptarte desprovisto de rango. —Esboza una sonrisa maliciosa y le lanza una mirada conspiradora—. Pero créeme cuando te digo que estarías mejor rodeado de un millón de huevas de kraken. Porque tus poderes son un juego de niños comparados con los de tu nuevo comandante. Y se dice que le gusta mucho… reconducir a los traidores.

«¿Quién?», se pregunta Thierren impasible.

—¿Quién es?

Sylus Bane sonríe con más ganas.

—El mago Lukas Grey.

# 4

# Evasión

SPARROW TRILLIUM

***Mes cinco***
***Sudeste de la isla Fae***

Sparrow está en la costa este del sudeste de la isla Fae y contempla el turbulento mar Vóltico en dirección al continente del Reino de Occidente.

Un grupo de nubes se están reuniendo sobre su cabeza. Varias secuencias de relámpagos iluminan las olas. Las espesas nubes se desplazan por el vasto cielo impulsadas por el viento haciendo que Sparrow se sienta muy pequeña frente al amenazante paisaje marítimo que tiene ante los ojos.

El crepúsculo es extrañamente frío. Una áspera brisa azota sus finas ropas de trabajo y hace que se rodee con los brazos tiritando. El viento salado enreda su melena violeta en su pálido rostro lavanda mientras contempla el agua revuelta que se extiende ante los pies de la oscura y descomunal masa de tierra que tiene ante ella.

El punto más occidental de la Gardneria continental.

Sparrow se pone tensa al contemplar nerviosa la brillante línea verde que avanza por el horizonte sobre la lejana costa como una serpiente luminiscente.

Es la nueva frontera rúnica de Gardneria. Creada con la misteriosa magia rúnica potenciada de los magos y construida con miles y miles de runas gardnerianas que se multiplican a una velocidad asombrosa.

En especial teniendo en cuenta que los gardnerianos solo tienen un mago de luz y es un anciano.

Sparrow contempla la frontera de runas con los ojos entornados y la evalúa como si se tratara de un enemigo cruel mientras se coloca el pelo por detrás de las orejas puntiagudas.

La frontera mágica que los gardnerianos están construyendo discurre por la costa oeste de la Gardneria continental en dirección norte hasta donde alcanza la vista, y por

el otro lado se extiende hacia abajo justo hasta donde ella está mirando en ese momento: una corta lengua de océano infestada de krakens que discurre entre el punto más oriental de las islas Fae y Gardneria.

Todo el poder de Gardneria dedicado a conseguir que los uriscos —como ella y Effrey —, se queden en las islas de trabajo y fuera de la Gardneria continental.

Y cuando toda Gardneria esté rodeada por una frontera rúnica, nadie podrá salir del continente para llegar al Reino del Este.

La frontera rúnica avanza hacia el sur cada semana, y pronto toda la costa oeste de Gardneria continental será impenetrable. Y solo es cuestión de tiempo que las islas Fae también acaben rodeadas de una frontera rúnica impenetrable.

Se está terminando el tiempo para escapar.

Con el rabillo del ojo, Sparrow ve una sombra extraña que se desliza por el océano, y la joven vuelve la vista para seguirla sintiendo un escalofrío que le resbala por la espalda.

Un kraken. Deslizando su aceitoso cuerpo negro por las olas en dirección norte.

Antes era muy difícil verlos por allí, eran criaturas que solían encontrarse en las profundidades del océano, alejadas de la costa, pero, por algún motivo, los kraken cada vez se sienten más atraídos por la Gardneria continental.

Como si alguien los estuviera llamando.

Sparrow evalúa la situación mientras ignora el terror que le trepa por la piel. Está acostumbrada a sopesar horribles y desgarradoras opciones. Como todos los uriscos.

«No. Esa noche no puede ser la elegida.»

Es demasiado peligrosa como para hacer un viaje por aguas turbulentas en un barquito endeble con krakens deambulando tan cerca. Lo va a cancelar. Ella y Effrey tendrán que esperar.

—¿Planeando tu evasión?

Sparrow se sobresalta y se da media vuelta clavando los talones de sus sandalias en la arena fría y húmeda y con el corazón acelerado.

Tilor la está observando con sus pequeños y brillantes ojos desde las sombras de la pineda, a solo unos metros de distancia. Sparrow se siente asqueada.

«Ese cruel y arrogante bastardo.»

Es tan patético, allí espiándola con su túnica militar gardneriana bien planchada en cuyo borde luce una única franja, no es más que un débil mago sin poderes poco mayor que Sparrow, que ya tiene diecinueve años. Y sin embargo, por cómo se pasea por todas partes dando órdenes a los uriscos, cualquiera pensaría que posee el poder de uno de sus grandes magos.

Sparrow aspira hondo tratando de tranquilizarse. Normalmente no se permitiría pensar siquiera en un motín. Bastaba con transmitir un ápice de desafío en el tono al hablar para conjurar la ira de aquellos cuervos.

Tilor avanza con una sonrisa en su rostro de rasgos angulosos, y Sparrow se esfuerza por mantener una expresión cuidadosamente neutral, incluso a pesar de que de pronto es muy consciente del cuchillo robado que lleva envainado y escondido en el lateral de la bota, justo por debajo de los bajos de su falda larga.

Agacha la cabeza con actitud deferente.

—Me gusta pasear por la costa, mago Bannock.

Tilor hincha el pecho, como si se sintiera visiblemente aliviado por el gesto sumiso de la joven.

«Si pudiera salirme con la mía, desenvainaría el cuchillo y te lo clavaría», grita Sparrow mentalmente. Pero es imposible que pueda salirse con la suya, atrapada como está en esa maldita isla.

Eso de fingir ser agradable con Tilor es un juego peligroso, pero ¿qué más puede hacer? Él es el mago encargado de supervisar su grupo de trabajo y sabe muy bien que ella no tiene más opciones. Y cada vez se aprovecha más de ello.

«El asqueroso bastardo.»

La recorre con la mirada.

—Bien. Me alegro de que solo hayas salido a pasear —ronronea acercándose demasiado.

Últimamente siempre se le acerca demasiado. Alarga la mano, le pone un mechón de pelo por detrás de la oreja y después se la toca mientras ella aprieta los dientes y reprime la necesidad de apartarse de su repelente contacto.

—Eres en verdad encantadora —murmura, pero entonces frunce el ceño como si se sorprendiera y se avergonzara de su propio sentimiento. Aparta la mano. Sparrow se esfuerza por evitar su mirada abrumada por las náuseas y el feroz impulso de arañarle la cara.

Suena la sirena de niebla y los dos miran hacia el faro que tienen al norte, erigido al final de un largo y rocoso camino. La altísima estructura parece pequeña y estrecha a aquella distancia, como un dedo pálido que señala acusadoramente al cielo.

—Me mandaron allí arriba ayer por la noche. —Tilor se da la vuelta y le sonríe con frialdad—. Un grupito de murciélagos pensaron que podían llegar al continente.

Niega con la cabeza sonriendo, como si estuviera hablando de un grupo de niños traviesos.

Dos emociones despiertan en Sparrow al mismo tiempo con la fuerza de un

relámpago. La rabia que siente en cuanto oye la palabra que utilizan para burlarse de las orejas de los uriscos y de sus poderes de geomancia latentes. Y una preocupación lacerante. Porque ella conoce a los uriscos de los que está hablando; Sparrow y otros como ella los habían estado ocultando con el objetivo de darles un día o dos para poder escapar.

—Recorrieron la mitad de la distancia que hay hasta el continente —sigue diciendo Tilor—, y el kraken los devoró.

La última parte la dice acompañando las palabras de un fuerte suspiro.

Sparrow recibe un fuerte impacto y apenas consigue aguantarse en pie.

«No. No puede ser.» Enna'lys. Y Marrillya. Y la pequeña Silla'nil, que subieron envuelta en una manta en la barca abarrotada, aferrada a una muñeca de trapo que Sparrow le había hecho con mucho cariño. La dulce Silla'nil, con su colección secreta de conchas. Con sus mejillas sonrosadas y sus rizos de color rosa pálido. Esa niña que cantaba, siempre estaba cantando, como un pajarillo. Ni los crueles gardnerianos habían sido capaces de destruir su bondadosa y burbujeante alma.

Tilor resopla y frunce el ceño.

—Yo lo vi todo desde mi telescopio. Vi cómo la bestia se los tragaba. Fue terrible. Le arrancó la cabeza a la niña —dice acompañando su explicación de un sonido muy desagradable—. En realidad ellos tuvieron la culpa. Francamente, ¿en qué estaban pensando? ¿Es que no vieron los kraken? Se ven perfectamente desde la orilla. —Se encoge de hombros, arruga los labios y suspira—. Por lo menos me animaron la noche de lo repugnante que fue. —Mira por encima del hombro en dirección a las fábricas, a los invernaderos y las granjas que se concentran al otro lado del risco, y pone los ojos en blanco—. Siempre es bienvenida cualquier cosa que ayude a soportar el aburrimiento de este sitio olvidado de la mano de Dios.

La ira se apodera de Sparrow, fría y condenatoria, junto a un terrible y desgarrador dolor. Intenta pelear contra ello. Se esfuerza por ocultarlo, pero esta vez no lo consigue. La indignación es demasiado grande y se erige como una ola que crece sin parar.

—Está mal. —Su voz es tan despiadada como las oscuras profundidades del océano—. La forma en que nos tratáis. Está mal.

Tilor levanta la cabeza y la mira como si ella acabara de darle una bofetada.

«¡Tonta, tonta!» Un retazo de sensatez trata de advertirla desde lo más recóndito de su mente. Pero ahora mismo no le importa. Mueve los dedos nerviosa con ganas de desenvainar su cuchillo y acabar con él, incluso aunque sea demasiado fuerte para ella.

La expresión asombrada de Tilor se disipa y esboza una sonrisa beligerante.

—Vosotros no tenéis alma —afirma—. Lo pone en el Libro. Sois cascarones vacíos. —

La mira de arriba abajo suspirando con tristeza—. Un cascarón precioso, en tu caso, pero vacío de todas formas. Algún día, cuando muráis, será como si no hubierais existido. —Esboza una mueca amarga con la boca—. Así que no importa cómo os tratemos, ¿verdad?

La feroz rabia de Sparrow aumenta por la bola de ardiente dolor que se está formando en su interior.

Silla'nil. Se suponía que la niña debía de estar de camino a Valgard. Y de allí a Verpacia, para cruzar el paso del este. Y, algún día, llegar a la seguridad de las islas Noi. Un grito hierve en la garganta de Sparrow y amenaza con brotar de entre sus labios.

Tilor alarga la mano para volver a juguetear con su melena, y Sparrow se clava las uñas en las manos para evitar atacarlo.

—Ya sé que odias estar aquí —murmura él mientras le acaricia la mejilla como si le importara su situación—. Pero tienes que aceptar tu destino. El Gran Ancestro dispuso que debíais servirnos. Lo pone en el Libro. No hay forma de escapar de nosotros o de nuestro poder. En especial ahora que hemos capturado a vuestra Bruja Negra.

Sus palabras son como otro debilitante puñetazo en el estómago. Primero Vogel se hace con el poder, y ahora… ¿ahora también tienen a su Bruja Negra?

Sparrow sabe exactamente quién se supone que debe de ser esa Bruja Negra.

—Fallon Bane —susurra Tilor con admiración y una mirada rendida en los ojos—. Los ishkart intentaron matarla, pero fracasaron. Se está recuperando. Y su poder está creciendo.

Sparrow se siente aterrorizada. Es demasiado espantosa como para entenderlo. Fallon Bane es la razón de que ella y Effrey estén en ese espantoso lugar. Y todo por aquel día, hace ya tantos meses, cuando la maga Elloren Gardner eligió la misma tela que había elegido Fallon para su vestido.

La maga Florel, la maga más bondadosa que Sparrow y Effrey habían conocido en su vida, se negó a dejarse amedrentar por el trato intimidante de Fallon, incluso cuando regresó a la tienda y le prohibió a Heloise Florel hacer el vestido. Muy indignada, la maga Florel decidió desafiarla subestimando la personalidad vengativa de Fallon Bane.

Poco después, Fallon hizo correr la voz de que nadie debía volver a la tienda de la maga Florel. Jamás.

Y así fue como Heloise Florel perdió su negocio y acabó sumida en la pobreza. Sparrow se tensa al recordar cómo ella y Effrey fueron compradas por los Bane como castigo por haber trabajado en el vestido prohibido y después las mandaron a ese campo de trabajo en las islas Fae, donde pronto estarían todos los uriscos que quedaban en tierras gardnerianas.

—Termina de dar tu paseo —dice con fría indulgencia alejando a Sparrow de su tormenta interior—. Después ven a mi cuarto.

Sparrow no puede creer lo que oye.

—¿A tu cuarto?

Tilor endurece la expresión.

—Sí, a mi cuarto —espeta como si estuviera indignado—. Ya me has hecho esperar bastante. Te he estado dando comida de más durante todo el invierno. También te he dado más mantas y ropa de abrigo. —Se endereza y la mira de arriba abajo como si estuviera evaluando algo que está a punto de adquirir—. He sido muy paciente, Sparrow. Mucho más de lo que lo hubiera sido cualquier otro mago de por aquí. Así que termina tu paseo y ven a mi cuarto. Ya me he cansado de esperar.

Sparrow advierte un destello de crueldad en la expresión del chico que por poco le congela el corazón, como si él pudiera percibir el amotinamiento interior de ella y estuviera a punto de castigarla por ello.

Tilor se marcha enojado, se detiene justo antes de que el camino desaparezca en el interior de la arboleda, y se vuelve hacia ella una vez más con expresión engreída.

—Sparrow —le dice—, si me haces esperar demasiado, informaré a nuestro comandante de tus paseos nocturnos. —Lo reafirma con la cabeza—. No me obligues a hacerlo.

—No lo haré, mago —le promete mientras se imagina partiéndole la cabeza en dos con un hacha afilada.

Él la mira de arriba abajo una vez más antes de dar media vuelta y marcharse.

Sparrow espera a que se pierda el sonido de sus pasos mientras empieza a caer una punzante llovizna. Cuando está convencida de que ese asqueroso memo se ha marchado, da media vuelta y se interna en otra arboleda, veloz como un ciervo camino del agua.

El pequeño Effrey levanta la cabeza cuando Sparrow sale de la arboleda; la mira con los ojos bien abiertos desde su escondite en la pequeña barca oculta entre los arbustos. Sus grandes orejas puntiagudas asoman por encima de la capa y la manta en la que está envuelto. El color violeta de su piel ha oscurecido hasta adoptar un intenso tono púrpura en la oscuridad, y la mira con sus ojos lilas despiertos y vigilantes mientras la intensa lluvia empieza a empaparlos a los dos. Ya han subido a bordo algunas cosas para el viaje.

Oyen la cuarta sirena de la noche, la que señala el inminente cambio de guardia y, por tanto, una relajación temporal de la vigilancia. Sparrow mira el agua atentamente.

No hay rastro de ningún kraken desplazándose por entre las olas. Lo más probable es que el kraken que ha visto hace un rato ya esté mucho más al norte. Esas bestias nadan en manadas y, generalmente, no cambian de dirección, por lo que probablemente aquel kraken formara parte de un grupo que ya estuviera lejos.

—¡Nos vamos ya! —susurra Sparrow con urgencia.

Corre hacia Effrey medio agachada. No piensa quedarse y verse obligada a meterse en la cama de Tilor, y solo es cuestión de tiempo que los gardnerianos descubran quién es Effrey realmente. Y entonces los matarán a los dos.

Sparrow lanza una última mirada hacia el interior de la isla atenta a cualquier movimiento o sonido por encima del incesante vaivén de las olas y el tamborileo de la lluvia. No oye nada y se recoge la falda para afianzarla bajo el cinturón de la túnica. A continuación empuja la barca por la arena hasta que nota el frío del agua lamiéndole los muslos. Effrey se coloca en el lado opuesto de la barca para hacer contrapeso mientras Sparrow se sube a bordo, coge los remos y empieza a avanzar hacia el continente.

Sparrow no se detiene a descansar hasta que están a medio camino.

El violento viento deja de soplar y para de llover durante un maravilloso momento mientras las olas mecen la barca. Sparrow jadea con fuerza, tiene los labios salpicados de gotas de lluvia y los hombros y los brazos le arden de remar contra la fuerza del océano de unas corrientes que pretenden arrastrarlos hacia el sur y desviarlos en dirección a los peligrosos remolinos del mar Vóltico del Sur.

Se estremece empapada por la gélida lluvia. Mira preocupada a Effrey, que con la manta mojada a causa de la lluvia y las roladas del mar no deja de temblar. Ya tiene un buen resfriado.

—¿Podré ser yo mismo en las islas Noi? —pregunta Effrey, algo por lo que intenta no interesarse nunca.

—Sí —afirma Sparrow esforzándose por sonar optimista—. Allí podrás ser tú mismo.

Pero en las islas Fae no. Allí, Effrey tiene que vestirse como una chica urisca, porque ser un varón urisco —un varón que puede tener poderes de geomancia— provoca muertes en el Reino de Occidente.

Sparrow mira las islas Fae que dejan a su popa mientras la barca cabecea en aquellas aguas impredecibles. Los destellos de los relámpagos van iluminando el mundo de vez en cuando. Las islas son como la joroba de un monstruo encorvado sobre el mar. Vuelve a mirar hacia el continente, a la extensa masa de tierra despiadada que se extiende entre ellos y el ansiado este.

Sparrow se imagina un barco más grande con una buena cabina navegando en algún punto de las aguas del Reino del Este. Con una cama cómoda donde poder arropar a Effrey. Mantas suaves. Mucha comida. Libros. Y todas las herramientas que ella necesita para desempeñar su profesión: una máquina de coser, hilos y telas, y todo lo que podría necesitar una costurera perfectamente organizado.

Es todo lo que siempre ha deseado. Ganarse la vida como costurera, y una casa propia, incluso aunque fuera en un pequeño barquito. Donde puedan vivir a salvo, calentitos y secos, en las aguas del Reino de Oriente.

Pero en aquel mundo cruel sería mejor que desease una casita en lo alto de una montaña.

Y, sin embargo, en aquel maravilloso y breve instante, suspendida entre las fauces de la prisión de Gardneria, Sparrow disfruta de ese breve momento de seguridad. Tilor no está. Allí no hay soldados de la guardia de magos. No pende sobre ella la amenaza del abuso.

«Libertad.»

De pronto, una pequeña y reptiliana cabeza asoma por debajo de las mantas de Effrey, esbelta y blanca como el hueso. La pequeña criatura posa en Sparrow sus ojos rasgados de color rubí, y la ilusión de seguridad de la joven se desvanece.

—No —jadea Sparrow retrocediendo—. Oh, no. Dime que eso no es un dragón robado.

El dragón entorna los ojos luciendo un par de puntiagudos cuernos de marfil en la cabeza. Tiene heridas en la cara y un collar metálico en el cuello grabado con brillantes runas gardnerianas de intenso color verde. Unas runas que cuestan un buen dinero.

Y eso significa que ese dragón es propiedad de algún mago rico.

Effrey frunce sus temblorosos labios con gesto abatido.

—Debía salvarlo. Lo estaban usando como cebo. No tenía a nadie. Solo a mí.

El dragón se esconde bajo la manta y mira a Sparrow con sus desafiantes y feroces ojos rojos.

—¡Sin ese collar debe de ser un dragón adulto! —exclama Sparrow reconociendo el collar rúnico que se usa para evitar el crecimiento de los dragones—. Effrey..., es una criatura peligrosa. Y los magos pagan mucho dinero por los dragones que usan como cebo. —Cada vez tiene más miedo—. Si nos pillan y se dan cuenta de que nos lo hemos llevado...

—No lo encontrarán —insiste Effrey abrazando a la bestezuela—. Yo lo esconderé. Y pronto tendrá el ala curada y podrá volar.

—Es un dragón de luna —advierte Sparrow cada vez más aturdida—. Dicen que dan mala suerte. Por eso los cuervos lo utilizan como cebo.

Effrey abraza al dragón de color marfil mientras se oye el rugido de un trueno sobre sus cabezas y la lluvia arrecia de nuevo.

—Cualquier cosa que pueda traerles mala suerte a ellos nos traerá buena suerte a nosotros.

Tanto el dragón como Effrey miran a Sparrow como si eso tuviera todo el sentido del mundo.

La joven aprieta los labios dibujando una fina línea de frustración. «Estúpido niño y estúpido dragón.»

Su barca se sacude con violencia hacia un lado.

Sparrow grita al sentir el golpe inesperado, esforzándose por agarrarse a la borda de la barca con una mano, y cogiendo a Effrey con fuerza con la otra mientras una cabeza enorme emerge del océano rodeada de una explosión de espuma blanca, con una mandíbula gigantesca, los ojos negros como el carbón y azotando sus tentáculos.

Un terror ardiente como el acero se extiende por el pecho de Sparrow.

«¡Un kraken!»

La criatura se abalanza hacia ellos y empuja a Effrey y al dragón al suelo de la barca, mientras Sparrow se agarra con desesperación del borde de la embarcación para evitar que acaben cayendo por la borda junto al resto de sus pertenencias, y unas olas dolorosamente frías los empapan mientras la barca oscila con violencia de un lado a otro.

Otro impacto. Fuerte. Effrey grita cuando la barca está a punto de volcar, y Sparrow mira a todos lados presa del pánico.

El agua empaña la imagen de la boca abierta del kraken, que se abre ante ellos dejando ver una aterradora cueva de dientes largos como espadas, de una bestia que es una demoníaca mezcla entre un calamar gigante, una serpiente y una araña con colmillos. Una nube de su fétido aliento gélido y salado los envuelve cuando la criatura agacha la cabeza cada vez más y más y más. Y entonces clava las garras que tiene al final de sus muchos tentáculos a los laterales de la embarcación haciendo crujir la madera.

El kraken emite un potente rugido que resuena por todo el cuerpo de Sparrow.

La chica mete la mano temblorosa por debajo de su falda y desenvaina el cuchillo en un inútil intento por protegerlos mientras abraza a Effrey con fuerza y el niño solloza aferrándose a ella al tiempo que el gigantesco kraken ruge y borbotea agitando la barca con sus potentes tentáculos.

Las lágrimas le nublan la visión a Sparrow.

«Es el fin.»

«Lo siento, Effrey. Lo siento mucho.»

El pequeño dragón se libera del abrazo de Effrey y corre hacia la enorme bestia.

Cuando el kraken ve al dragón recula haciendo ondular su gelatinoso cuello, después se abalanza de nuevo hacia delante y se para en seco ante el pequeño animal.

Sparrow se queda de piedra.

La silueta plateada del dragón se refleja en uno de los enormes ojos del kraken; mira a la bestia marina dando una serie de minúsculos gritos, siseos y chasquidos.

Effrey llora despavorido escondiendo la cara en el pecho de Sparrow mientras ella mira el enorme ojo membranoso del kraken.

El serpenteante cuello del kraken recula como si estuviera sorprendido. Entonces se acerca al dragón. Effrey solloza mientras la gigantesca bestia pega la cabeza a la de su amigo alado.

La barca cabecea mientras las olas se levantan a su alrededor y Sparrow mira confusa la zarpa negra que tiene al lado, tan larga como el cuerno de un carnero, y con la que el kraken ha atravesado la madera.

«Están hablando», advierte asombrada.

Las zarpas del monstruo chasquean cuando el kraken suelta la barca, y la embarcación golpea las olas con repentina y dolorosa violencia mientras la bestia recula, suelta un salobre resuello y vuelve a hundirse, desapareciendo bajo la superficie del agua.

En el cielo se ve el destello de un relámpago seguido del rugido de un trueno y sigue diluviando.

Sparrow busca nerviosa la oscura silueta del kraken entre las olas mientras tiembla y se aferra a Effrey, que está completamente empapado.

La negra y rugosa cabeza del kraken reaparece tras ellos, esta vez más despacio, y asoma sus gigantes ojos justo por encima de las olas: la chica se pone rígida presa del pánico. Empuja a Effrey hacia atrás y empuña el cuchillo mientras los tentáculos del kraken vuelven a asomar para pegarse a la barca.

Y entonces empiezan a avanzar hacia delante, cada vez más rápido, en dirección al continente. El kraken está prácticamente sumergido. La punta de la colosal cola negra de la criatura se mueve de delante hacia atrás a medida que la barca va ganando velocidad.

Y entonces Sparrow lo entiende: «Nos está empujando».

—¿Qué está pasando? —pregunta Effrey con tono suplicante, los ojos abiertos de par en par y sin dejar de temblar.

El pequeño dragón le lanza a Sparrow una mirada triunfal desde la popa de la embarcación, y ella se lo queda mirando perpleja. De pronto siente un alivio tan intenso que le produce hasta vértigo, y encuentra de nuevo la voz.

—El dragón. Me parece que ha hablado con el kraken. —Resopla con incredulidad—. Está… Nos está salvando.

Effrey suelta una feliz carcajada mezclada con algunas lágrimas.

—¡Te dije que Raz'zor nos traería buena suerte!

Sparrow sonríe a la bestia con gratitud.

—Gracias —dice con sinceridad—. Muchas gracias, Raz'zor.

El dragón agacha la cabeza y esboza una feroz sonrisa enseñando todos sus dientes, a continuación regresa con Effrey; su esbelto y aerodinámico cuerpo brilla como si estuviera iluminado desde el interior. Raz'zor se acurruca junto al niño.

—Está caliente, Sparrow —dice Effrey con una alegre sonrisa abrazando a la reptiliana criatura.

Raz´zor levanta la cabeza para mirar a Sparrow y ella adivina la misma esperanza que siente Effrey en la afilada cara de la criatura, y sonríe ella también. Porque ese momento es extrañamente maravilloso.

Sparrow ha hecho cálculos: una joven costurera urisca y un niño urisco disfrazado de niña escapando de las islas Fae con la intención de llegar a Gardneria. Y de allí dirigirse a la Verpacia controlada por los gardnerianos para cruzar el traicionero desierto del este, y a continuación llegar a las islas Noi.

Tienen muy pocas posibilidades.

Y le rompe el corazón ver la esperanza en los ojos de Effrey. La misma esperanza que brilla en la mirada de ese dragón de la mala suerte. Lo más probable es que haya gardnerianos patrullando la orilla, guardacostas o partidas de magos voluntarios exaltados, ansiosos por atormentar a cualquier refugiado.

Pero al menos pueden disfrutar de ese maravilloso momento, ¿y no es ese el fin de todas formas? Un kraken aterrador los está llevando hasta la costa. Un dragón de la mala suerte alivia el frío de Effrey. La tormenta se desplaza hacia el sur mientras un grupo de nubes grises dejan paso a la luna creciente. Por entre los espacios que van dejando las nubes empiezan a brillar las estrellas, y el océano reluce bajo la plateada luz de la luna.

Sparrow inspira la gélida y salobre brisa marina y saborea ese breve momento de libertad.

«Sí, deja que Effrey disfrute de sus esperanzas.» Ese será el regalo de Sparrow.

Pero cuando se acercan a la orilla y el kraken se retira y desaparece en las profundidades del mar Vóltico, la chica cae presa de una profunda vulnerabilidad. Coge los remos sin despegar los ojos de la orilla en busca de potenciales atacantes mientras la sensación de libertad se desvanece y vuelve a caer presa de la opresión de Gardneria.

Sabe perfectamente que solo está ganando un poco de tiempo para ella y para Effrey. Los gardnerianos están reuniendo unas fuerzas titánicas, y ellos tienen los días contados.

Por culpa de Fallon Bane. La próxima Bruja Negra.

Después de Marcus Vogel, quizá sea la más cruel de todos ellos.

«¿Por qué tiene que ser Fallon Bane?», se pregunta Sparrow desesperada. Pero ¿de verdad importa? Ha oído a los soldados burlarse de la débil Resistencia. Y el ícaro de la profecía, la única esperanza del pueblo urisco, no es más que un bebé indefenso en brazos de su madre acechado por la guardia de magos. Solo es cuestión de tiempo el que consigan matar al bebé ícaro, se cumpla la profecía y desaparezca toda esperanza tras el alzamiento de la Bruja Negra.

Un gélido terror envuelve a Sparrow con sus alas negras.

Una Bruja Negra, con todo su poder, acompañada de las fuerzas de Marcus Vogel, llevará la era del esquilado de los cuervos hasta el último rincón de Erthia. Al final terminarán asesinando o esclavizando a cualquiera que no sea gardneriano.

Sparrow mira a Effrey con desesperación mientras observa la confiada esperanza en el rostro del niño. Intentará salvar a Effrey y a su dragón. E intentará salvarse ella también.

Lo intentará.

Sparrow baja de la barca de un salto justo antes de chocar contra las rocas negras de la orilla. Guía su minúscula embarcación hasta una pequeña y escondida cueva mientras el agua gélida se mece a su alrededor como si fuera tinta. Ahora la luz de la luna se ha convertido en una amenaza, y las nubes siguen separándose y disipándose. Le hace señas a Effrey para que no haga ruido mientras le ayuda a bajar de la barca, y él esconde al dragón de piel perlada bajo su capa.

El sonido de unas botas en la arena paraliza a Sparrow, que está escondida tras unas rocas.

—¡Alto! —grita una fuerte voz masculina justo por detrás de la enorme roca que tienen a la derecha.

Temblando, Sparrow se aventura a echar un vistazo entre las rocas mientras ella y Effrey se encogen asustados envueltos por las sombras de la noche.

Hay una joven urisca de rodillas en la arena alzando sus manos azules en señal de rendición; tiene la cabeza agachada y tiembla de pies a cabeza.

Con una sola mirada, Sparrow ve a los tres magos que rodean a la mujer, dos jóvenes soldados de nivel tres y otro mayor, con barba negra, de nivel cuatro, que lleva una linterna en la mano. Todos están apuntando las varitas a la cabeza de la mujer mientras iluminan su asustada figura con los haces de luz de sus linternas.

—¿Papeles? —ordena el mago de nivel cuatro.

La mujer no se mueve.

El mago con barba resopla con satisfacción y murmura un hechizo. Sparrow se estremece al ver los hilillos negros que salen de su varita e impactan contra el cuerpo de la mujer. Deja escapar un breve grito sofocado cuando las ataduras le tapan la boca y después rodean todo su cuerpo, inmovilizándola sobre la arena fría.

Sparrow se siente ultrajada y le asalta el intenso impulso de abalanzarse sobre los magos, que se llevan a la mujer a rastras, pero sabe que no tiene nada que hacer. No podría vencer a tres magos con poderes. Y, en realidad, Sparrow jamás ha blandido un cuchillo.

Empujada por el feroz deseo de sobrevivir y conservar la libertad, la joven coge a Effrey del brazo y escapan en dirección opuesta, mientras las graves risotadas de los hombres y los sofocados sollozos de la mujer alimentan el pánico de Sparrow, que corre con el niño sobre las algas secas de la playa, ignorando el punzante frío.

Al poco ven lo que parece una construcción abandonada en lo alto de un pequeño altozano.

Sparrow y Effrey trepan por el peñasco y llegan a lo que resulta ser un establo en ruinas. A la joven se le acelera el corazón al oír cómo los hombres se gritan unos a otros en la playa que han dejado abajo.

Rodean la maltrecha estructura de madera de guayaco, se internan en el oscuro y desierto establo, y corren por su interior hasta llegar a la última cuadra cerrando la puerta a su espalda.

Sparrow encuentra los asustados ojos de Effrey en la oscuridad. Un rayo de luz de luna se cuela en el establo a través de una ventana visible por entre los tablones de madera de las paredes de cuadra.

La puerta del establo se abre y después se cierra de un portazo, y a Sparrow se le hace un nudo en la garganta. Abraza a Effrey con fuerza y los dos se pegan a la pared acurrucados en la esquina más oscura con el dragón todavía escondido bajo la capa mojada del chico.

Sparrow se echa a temblar cuando percibe unos pasos avanzando hacia ellos seguidos de una luz que baila caóticamente por las paredes.

A través de los barrotes de hierro ve a un joven gardneriano de serios y elegantes

rasgos, vestido con el clásico uniforme militar. Avanza con una rabia casi palpable. Deja el candil sobre el antepecho de la ventana; tiene la respiración entrecortada y aprieta los dientes. Lleva una brillante runa de color verde oscuro en el cuello y marcas de compromiso sin cerrar en las manos. Coge una botella de cristal carmesí de detrás de una bala de paja, la levanta, la descorcha y toma un buen trago. Sparrow percibe el hedor medicinal desde el otro lado de la cuadra.

Alcohol.

Cada vez siente más miedo. Ella sabe muy bien lo que ocurre cuando esos magos beben y están a solas con mujeres uriscas.

Aguanta la respiración mientras el pequeño cuerpo de Effrey tiembla a su lado.

«No nos encuentres. No nos encuentres.»

Su ruego desesperado acompaña cada latido de su corazón. Desliza lentamente la mano sudada por debajo de su falda hasta encontrar la empuñadura de su cuchillo y se prepara para clavarlo justo en el pájaro blanco que el cuervo lleva bordado en el pecho, a pesar de que él tiene una varita envainada al costado y las franjas que lo identifican como un mago de nivel cinco en las mangas del uniforme.

El joven deja la botella y se quita la túnica con rabia.

Sparrow se sobresalta cuando el cuerpo del chico queda escandalosamente expuesto y ve, desde su escondite, la flexión de sus poderosos músculos; su piel gardneriana emite un intenso brillo verde a la luz del candil.

El joven se detiene con la respiración agitada y contempla la túnica militar que agarra con fuerza, dando la impresión de que si pudiera asesinaría el uniforme. A continuación vuelve a coger la botella y vierte el alcohol sobre la túnica, se lo tira por encima del cuerpo y continúa por encima de la paja que lo rodea. Desenvaina la varita, murmura un hechizo y de la punta emerge una pequeña llama.

La alarma de Sparrow deja paso al pánico cuando se da cuenta de lo que está a punto de suceder.

La joven se levanta de un salto, abre la puerta de la cuadra y se abalanza hacia él extendiendo las palmas de las manos.

—¡Para!

El joven vuelve la cabeza y recula con evidente sorpresa, los mira con un caos de emociones en los ojos mientras Effrey empieza a sollozar por detrás de Sparrow y Raz'zor emite un grave y amenazador rugido.

El mago traga saliva con la mirada perdida y el fuego de la punta de su varita se va apagando hasta extinguirse del todo.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunta Sparrow con un hilo de voz y con la sensación

de que el suelo se está hundiendo bajo sus pies. Está acostumbrada a morderse la lengua, pero ¿qué más da cómo le hable a ese cuervo? Él los tiene arrinconados, tiene la varita en la mano, y lo más probable es que ya se haya dado cuenta de que han huido de las islas.

El joven mago baja la varita y se queda mirando a Sparrow como si fuera una aparición. Después mira por detrás de ella cuando el rugido del dragón se intensifica. Sparrow se da media vuelta. Una sensación de vértigo se apodera de ella y palidece.

El dragón está agachado sobre el suelo de paja, pálido como la luz de un faro y preparado para atacar con sus ojos rasgados rojos como el fuego.

Y Effrey, el dulce Effrey.

El niño tiene una piedra de la playa en la mano, y la blande temblando con violencia. La piedra emite un brillante tono violeta, revelando los prohibidos poderes de geomancia de Effrey y su género prohibido.

«Es el fin —advierte Sparrow con una creciente depresión—. Se acabó.» No hay duda de que Raz'zor y Effrey son valientes, pero ante ellos hay un mago de nivel cinco.

Sparrow se vuelve lentamente hacia el maldito mago sin nada que perder.

—¿Por qué te ibas a prender fuego? —le pregunta con la voz entrecortada mientras las lágrimas empiezan a empañarle la vista.

El mago traga saliva y en sus ojos verdes brilla lo que parece una salvaje desesperación. Coge su túnica militar con fuerza.

—Los matamos —espeta con gravedad y la voz temblorosa presa de la angustia—. Nuestros guardias se internaron en el bosque y asesinaron a los dríades. Mujeres. Niños. Bebés. Yo intenté… —Tensa el rostro como si quisiera pelear contra una pesadilla insoportable—. Intenté detenerlos… No pude frenarlos…

Se le quiebra la voz y el dolor engulle sus palabras.

Se miran a los ojos y el miedo que le tiene Sparrow desaparece momentáneamente mientras asimila el horror de la situación. Lo que fuera que les ocurriera a esos dríades es como una violenta ola en un lago muy lejano que aumenta hasta abarcarlos a todos sin dejar nada a salvo de su temible paso.

—¿Qué llevas en el cuello? —pregunta Sparrow con aspereza mientras se pasa un dedo por su propio cuello y se detiene con actitud reflexiva. Con esos magos nunca es buena idea atraer la atención sobre el propio cuerpo, y ese ya está medio desnudo. La joven agarra con más fuerza la empuñadura de su cuchillo.

Preparada para pelear.

El joven mira el cuchillo sin inmutarse, como si no le importase mucho si Sparrow se lo clava. A continuación vuelve a mirarla a los ojos y esboza una mueca amarga.

—La guardia de magos me ha marcado con una runa rastreable. Para que no pueda escapar. Mis padres han pagado mucho dinero para evitar que me metieran en una cárcel militar y me han obligado a volver a ejercer como soldado. —Entonces sonríe con alegría—. Pero no pienso seguir formando parte de esto —espeta con un tono grave y apasionado, y los ojos llenos de lágrimas cargadas de rabia.

Una ráfaga de comprensión flota entre ellos que deja muy confusa a Sparrow.

Se acerca a él aguantando su mirada torturada.

—Si no formas parte de esto, ayúdanos —consigue suplicar con énfasis. Se le encoge el estómago en cuanto lo dice, pues es muy consciente de los peligros a los que se está exponiendo al pedirle ayuda a ese mago al que acaba de impedir suicidarse. Pero ¿qué alternativa le queda?

Se hace un tenso silencio entre ellos y el joven mago adopta una expresión confusa. Sparrow advierte enseguida que tiene los rasgos elegantes propios de las clases superiores.

La observa de arriba abajo y ella se incomoda a pesar de no advertir ninguna lascivia en su mirada. Después vuelve a clavarle sus ojos verdes y sus serios gestos se tensan con genuina y confusa preocupación.

—Estás mojada.

Sparrow se endereza y aprieta con más fuerza la empuñadura de su cuchillo al escuchar un comentario acerca de su cuerpo. Imprime un tono amenazante a su voz a pesar de lo mucho que le tiembla el labio. «Guarda las distancias, mago.»

—Hemos escapado de las islas —le dice—. En mi barca. Queremos llegar al este.

Él abre un poco más los ojos.

—¿Habéis recorrido todo ese camino… esta noche?

Sparrow asiente con aspereza incapaz de reprimir el escalofrío que le provoca tanto la fría humedad que le empapa la ropa como el miedo que le tiene a él. El miedo que les tiene a todos esos malditos magos.

—Hay krakens ahí —dice él, y a Sparrow le dan ganas de gritarle: «Sí, sé muy bien que hay krakens ahí, maldito cuervo estúpido». Effrey tose a su espalda y empieza a sollozar.

—¿Por qué lo has hecho? —le pregunta el mago de pronto acercándose a ella como si la pregunta fuera un salvavidas—. ¿Por qué te arriesgaste a morir?

Sparrow se pone tensa, lo mira incrédula y espeta las palabras más sinceras que ha dicho jamás:

—Porque los magos sois unos monstruos.

# 5

# El despertar de la oscuridad

WYNTER EIRLLYN

***Mes seis***
***Territorio amaz***

Los pájaros se acercan volando hasta Wynter Eirllyn dibujando enormes espirales.

Toda clase de pájaros.

Wynter se arrodilla sobre la fría hierba cubierta de rocío de los pastos de las montañas; la oscuridad de la noche sigue extendiéndose por los bosques de Caledonia que tiene a su espalda, y está ante la ciudad amaz de Cyme, hogar de sus protectoras amaz.

Tiene un dolor alojado en la garganta por su querida Ariel, un dolor que ahora es su constante compañero, una añoranza que jamás consigue aliviar.

«Te quiero, dulce Ariel», dice Wynter mirando hacia el cielo del este que se prepara para recibir el alba, como si Ariel se hubiera marchado allí tras dejar esta vida y, de alguna forma, las palabras consiguieran llegar hasta ella algún día.

La niebla envuelve los confines del cielo añil y los tonos rosados empiezan a teñir los picos de la pálida y brillante cordillera que rodea la frontera sur de la ciudad. Wynter observa cómo el precioso color va avanzando por el cielo mientras las pinceladas de las plumas la envuelven con sus caricias.

Lleva varias semanas encontrándose con sus amigos alados en ese lugar aislado antes del amanecer para poder leer sus pensamientos y comunicarse con ellos mediante sus imágenes empáticas. Los envía al este con la esperanza de que encuentren a Naga, su pariente dragón.

Wynter había enviado a otros seres alados al oeste para poder ver lo que vieran ellos. Y ahora los pájaros regresan a ella en bandadas.

La émpata aguarda inmóvil y con la cabeza gacha mientras los pájaros se reúnen a su alrededor, inquietos y excitados, y se acercan a ella para poder tocar su esbelta figura.

Hay muchas especies de pájaros de muchas tierras distintas.

Grullas doradas maelorin y estorninos azules. Pinzones rosados y palomas plateadas alfsigr. Un par de enormes halcones del desierto con rayas de brillante color azafrán y ese reluciente color escarlata que les ayuda a camuflarse en las tierras rojas del este.

Un diminuto colibrí con la cabeza violeta zumba junto a su oreja, y el batir de sus alas emite un zumbido que produce una gélida brisa en el cuello de Wynter antes de que el pájaro se pose sobre su hombro y se pegue contra su piel de alabastro.

Ella agacha un poco más la cabeza para escuchar a todos sus parientes y cierra los ojos mientras coge a uno de los pájaros con las manos. Después coge otro. Y otro.

Una punzada de terror amorfo despierta en Wynter; es cálido y urgente; mientras miles de imágenes le inundan los sentidos procedentes de las mentes intermitentes de los pájaros.

Algo maligno está siendo liberado en el bosque.

Algo que los pájaros están viendo desde los árboles.

Piscinas de agua negra sin reflejo. Un fuego oscuro que avanza hacia abajo, y no hacia arriba. Una muralla de niebla de otro mundo que se extiende destruyendo todos los colores.

Un vacío. Oscuro e impenetrable, que empieza a extenderse a través de los elementos naturales.

Una sombra.

Wynter inspira hondo algo temblorosa y abre su mente empática a los seres alados dejándose caer desde el borde de un acantilado al vacío mientras se rinde a la visión colectiva de los pájaros.

Enseguida se ve arrastrada a otro sitio. Se agacha envuelta por ese mundo ceniciento y mira a su alrededor: está rodeada por un paisaje aterrador.

Cercada por un montón de árboles muertos cuyas retorcidas y calcinadas ramas se elevan hacia un cielo rojo como la sangre. Y hay una pared de sombras que se cierne lenta y silenciosamente sobre el bosque muerto.

En su visión, Wynter se alza sobre sus temblorosas piernas y cruza los árboles hasta un pequeño claro donde encuentra una densa niebla gris. Ella se protege envolviéndose en sus alas y espera para ver de qué tienen tanto miedo los pájaros.

Una figura borrosa emerge de la pared de sombras, es la silueta de una joven mujer gardneriana.

Lleva una varita negra en la mano, y tanto de la mujer como de la varita brota el humo.

La mujer se acerca y Wynter se asombra al reconocerla mientras los gritos de los

pájaros arden en su interior junto al recuerdo de un poder que había sentido hacía mucho tiempo. Un nivel de poder asombroso que había percibido al rozar el brazo de Elloren Gardner. De la misma forma que había sido capaz de percibir las alas ícaras ocultas de Yvan hacía ya varios meses al tocarle la mano.

—No —jadea Wynter dirigiéndose a los pájaros, que agitan la cabeza al ver su terrible imagen y estrechan las alas a su alrededor—. No puede ser Elloren.

Wynter nota cómo la multitud de cuerpos alados y pensamientos tratan de llegar a ella y se queda atrapada en esa imagen asaltada por una certeza; se le llenan los ojos de lágrimas.

—La oscuridad viene a por ti —le susurra Wynter a la horrible imagen de Elloren que tiene ante los ojos; y mientras lee los pensamientos de los pájaros del bosque siente mucho miedo por su amiga—. Va a ir a por ti con toda su fuerza.

Porque lo sabe. Esa sombra lo sabe. Y también lo sabe su enemigo, el bosque.

La profecía ha llegado y no hay forma de escapar.

El ícaro se ha alzado… y la Bruja Negra ha vuelto.

# PARTE I

Ley 366 del Consejo de Magos

Todos los ícaros de los reinos de occidente y oriente de Erthia serán rastreados y ejecutados.

Ayudar a un ícaro a esconderse o a escapar es uno de los peores crímenes contra el Reino Mágico Sagrado de Gardneria.

Se castigará sin clemencia.

Mandato interno militar de las vu trin

*Enviado a la hechicera rúnica Chi Nam de parte de la comandante Vang Troi*

Si la maga Elloren Gardner, heredera del poder de la Bruja Negra, demuestra habilidades mágicas iguales o superiores a las de su abuela, deberá ser ejecutada de inmediato.

# 1

# La Bruja Negra

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Desierto Agolith central***

Contemplo el desierto con la varita blanca de la profecía en la mano y respiro hondo para animarme: estoy muy nerviosa.

Siento el repentino deseo de tener a Yvan aquí conmigo para mi primer examen de varita de verdad.

«¿Dónde estás, Yvan? —me pregunto con el corazón encogido mientras contemplo el estéril mar de arena roja que se extiende ante mí—. ¿Las vu trin también te han llevado a algún desierto para averiguar hasta donde alcanza tu poder?»

Ya llevo varias semanas separada de Yvan, pues he estado viajando hacia el este con las militares vu trin tras cruzar un complejo portal rúnico, y después de varios días más cabalgando a lomos de unos caballos rapidísimos hasta llegar aquí, un lugar secreto en pleno desierto Agolith. Un lugar donde pueden valorar mi poder y enseñarme a utilizarlo.

Un lugar lo bastante remoto como para ocultar que ha aparecido la auténtica Bruja Negra.

La roja arena del desierto Agolith se tiñe de un intenso color bermejo debido a los rayos del sol rojo como la sangre que está a punto de ponerse, y el aire que me acaricia la cara y las manos ya se está enfriando: el crepúsculo comienza a descender y el mundo del desierto se va desprendiendo del brutal calor del día. Hay algunos racimos de cactus lilas, arbustos, y formaciones rocosas repartidas por el paisaje, pero básicamente es un mar de arena.

Todo está en calma y vacío, a excepción de un pájaro solitario que sobrevuela las alturas.

Empuño la varita con más fuerza y paso el pulgar por su fría empuñadura espiral presa de una sombría anticipación que va creciendo en mi interior.

Me vuelvo un poco y miro por encima del hombro a la comandante Kam Vin y a su hermana Ni Vin, justo a su lado, las dos vestidas igual que yo, con el uniforme negro militar de las vu trin. Junto a ellas aguardan seis hechiceras vu trin muy serias, que me observan y esperan. Cuatro de ellas son jóvenes, pero dos, Chi Nam, con el pelo blanco, y Hung Xho, calva, son Lo Voi, ancianas poderosas expertas en hechicería rúnica y portales.

La hechicera rúnica Chi Nam, apoyada en su bastón rúnico, me está observando con atención, y es la más poderosa de todas.

Todas siguen esperando; se puede cortar la tensión con un cuchillo.

Vuelvo a mirar el desierto vacío que se extiende ante nosotras y el deseo de tener a Yvan aquí conmigo me produce una añoranza tan intensa que apenas puedo respirar.

Él estaba conmigo la última vez que hice esto. Aquella ocasión en la que nos dimos cuenta de que éramos los dos extremos de la profecía. Pero, por algún motivo, con él creí que todo iría bien. Que lo superaríamos. Que podríamos hacer del mundo un lugar mejor. Pero ahora, cuando estoy a punto de descubrir el auténtico alcance de mi poder, ya no estoy tan segura.

Tengo miedo.

Miedo de ser, realmente, el ser destructor vaticinado por la profecía.

Quiero creer desesperadamente, como cree Yvan, que las profecías no son más que supersticiones peligrosas que se acaban cumpliendo por creer en ellas. Que el poder que está creciendo en mi interior no es retorcido como el de mi abuela. Pero incluso los escasos árboles que hay en ese desierto… es evidente que perciben algo irredimible en mí.

«Bruja Negra», aullaban los árboles al viento con un tono grave y acusador cada vez que pasábamos por algún bosque. Desde que quemé una arboleda e Yvan y yo descubrimos lo que verdaderamente soy, los árboles no han dejado de proyectar su aura de odio hacia mí con creciente intensidad, tanto fue así que resultó un alivio cruzar el portal y salir de aquel bosque hostil para adentrarnos en un paisaje más estéril.

«¿Y si es verdad? —me pregunto angustiada mientras preparo la varita de la profecía —. ¿Y si de tener el mismo poder corro el riesgo de convertirme en lo mismo que mi abuela? ¿Y si soy un peligro para Yvan y para todas las buenas criaturas de Erthia?»

Bajo la vista hacia la varita sintiendo una repentina reticencia a utilizarla, incluso a pesar de que ha estado inactiva desde que rescatamos a Naga. Incluso aunque mi hermano Trystan no pudo hacer con ella ni un sencillo hechizo para encender una vela.

—No puedo utilizar esta varita —le digo a Kam Vin con la voz temblorosa. Me vuelvo y se la ofrezco—. Tengo la sensación de que es demasiado poderosa. Ya te he explicado lo que puedo hacer con una ramita.

Kam Vin me mira enfadada.

—Elloren Gardner, por eso estamos en Agolith. —Gesticula en dirección al extenso desierto—. Aquí no hay nada. —Señala agitando la mano—. No hay nada en varios kilómetros a la redonda.

El pánico me encoge el estómago mientras vuelvo a contemplar la arena del desierto rojo y siento que algo terrible está a punto de ocurrir. Recuerdo cómo provoqué un incendio enorme con solo una ramita.

Recuerdo cómo gritaba el bosque.

—Dame otra varita —insisto dándole la espalda al vasto desierto y volviendo a tenderle la varita a Kam Vin—. Una más débil. Entonces lo haré.

Kam Vin hace un ruidito cargado de fastidio con el puño apoyado en la cadera. La luz rubicunda del sol se refleja en las estrellas asesinas que lleva prendidas al pecho. No se molesta en suavizar su severa mirada.

—Eso es una tontería, Elloren Gardner.

—Me da igual —contesto—. No voy a probar el hechizo. No sin una varita más débil.

Entorna los ojos y me mira durante un buen rato antes de hacerle un gesto con la barbilla a la joven Chim Diec.

Chim Diec es fríamente formal y elegante como una garza. Como la mayoría de las integrantes de nuestro grupo, parece mirarme con desconfianza y ha intentado mantener las distancias. Se acerca a mí con recelo, se mete la mano en el bolsillo de su túnica negra y coge la varita más sencilla de madera de las cuatro que lleva; esta está hecha de una madera clara y tiene vetas de color caoba.

«Madera de serbal.»

—Esta varita está un escalón por encima de una ramita —me dice Chim Diec con mucho acento.

Con el corazón acelerado, envaino la varita blanca en el cinturón que llevo alrededor de la cintura y cojo la varita nueva.

Noto el poder inferior de esa varita en cuanto la toco, mi magia desciende deslizándose por mis pies y regresa a la tierra. Percibo que la madera tiene varias capas, están amontonadas con aspereza y de cualquier forma.

Cuando toco mi varita noto esas capas y capas de madera y, a veces, si la tengo en la mano cuando estoy en el bosque, apenas puedo soportar el poder que emana de Erthia

para encontrarse con ella. Conjuré un hechizo a través de esa ramita. Y desde entonces descubrí lo que realmente soy.

Se ha liberado algo en mi interior. Y el potencial de destrucción que tiene me aterroriza.

Y aunque la varita que tengo en la mano es débil, sigue siendo una varita.

—Apartaos —ordeno nerviosa a las hechiceras recordando los escudos rúnicos que son capaces de crear—. Y formad un fuerte escudo común.

Kam Vin parece estar quedándose sin paciencia y aprieta los labios con más fuerza.

—No será necesario —espeta—. Y nos llevará casi una hora.

—Hazlo por mí —insisto.

La hechicera rúnica Chi Nam le dice algo a Kam Vin en el idioma noi, y Kam Vin asiente con reticencia antes de fulminarme con la mirada. A continuación, Kam Vin, Ni Vin y las demás vu trin retroceden hasta donde han dejado los caballos atados a estacas.

Las hechiceras rúnicas Chi Nam y Hung Xho colocan piedras rúnicas en el suelo dibujando un círculo alrededor de las hechiceras, después se van agachando sobre las piedras y dan unos golpecitos en cada una para imprimirles los códigos rúnicos con brillantes agujas de color azul.

Unas luminosas líneas azules se desplazan de una piedra a otra y dibujan un arco por encima de las hechiceras, una hebra delicada tras otra, mientras Chi Nam y Hung Xho se esfuerzan por ir tejiendo la estructura del escudo.

Al final las dos hechiceras se levantan y Chi Nam toca su cercado rúnico con el bastón.

El escudo cobra vida, es una cúpula traslúcida que emana del bastón de Chi Nam y viaja por las hebras entrelazadas hasta abarcar a todas las hechiceras vu trin y a la mayoría de sus caballos, y el escudo palpitante proyecta una luz azul a su alrededor.

Tanto Chi Nam como Hung Xho se vuelven hacia mí expectantes y con sus agujas rúnicas en la mano.

—Ya estamos protegidas —me informa con impaciencia Kam Vin desde el interior de la cúpula radiante.

Yo observo la situación algo nerviosa. La yegua negra de Ni Vin no está dentro del escudo, pero está amarrada por detrás de él a la que parece una distancia prudencial.

Me doy la vuelta. Los colores del ocaso se han apagado y ahora flota una bruma roja que colorea el horizonte. Nuestra parte del desierto está iluminada por la luz azul de las runas. Bajo la vista para mirar la varita con la mano decorada con las marcas de compromiso ceñida con fuerza a su empuñadura. Se me obstruye la garganta, y no es debido al aire seco del desierto.

Un rápido cric, cric, cric suena ante mí y levanto la vista. No muy lejos de allí, un

pequeño animal del desierto pasa entre unos arbustos y se mete por un agujero.

«Eso es —pienso—. Ve a esconderte. Intérnate todo lo que puedas en la tierra.»

Vacilo esperando a que el animalito tenga tiempo de esconderse en la tierra y ponerse a salvo de mí.

Y entonces respiro hondo con los labios temblorosos y alzo la varita.

Empiezo a recitar las palabras del hechizo para encender velas. Las palabras brotan de mis labios como si fuera la varita quien las estuviera sacando, y entonces empieza.

Cuando las palabras comiezan a extraer el poder de Erthia, siento cómo me sube la tensión por el cuerpo, cálida y palpitante. La sensación no me sorprende. Ya la he notado antes.

Pero entonces el rugido de energía que brota de mis líneas se fusiona de una forma completamente nueva. El poder se contrae y se intensifica, y a continuación brota hacia la mano con la que sostengo la varita con una fuerza asombrosa, y una magia de fuego arde por mis líneas de afinidad.

Jadeo sintiendo cómo me arde la mano y empieza a ponerse roja sin que me duela nada, mis dedos parecen fusionarse con la varita y todo mi cuerpo se contrae a su alrededor, me saca todo el aire de los pulmones y me clava al sitio. Los temblores empiezan en mis pies y van subiendo por mis piernas. Caigo presa del pánico. Enseguida me tiembla todo el cuerpo, que vibra envuelto por una energía muy intensa, y no puedo hacer nada para detenerlo. Jadeo y me resisto a él sintiendo que estoy completamente a merced del masivo e impredecible poder de Erthia.

Aúllo cuando de la tierra brota otra sobrecogedora ola de poder que se extiende por mi cuerpo, continúa por mi brazo derecho y se desliza por la varita.

De la punta de la varita brota una furiosa ráfaga de fuego que enseguida se divide en gruesos regueros de llamas; se extienden por el desierto para después fusionarse en una ardiente corriente que envuelve hasta la última planta mientras yo me encorvo y tiemblo, completamente a merced de ese extraordinario poder.

El mar de fuego avanza y se traga todo el paisaje acompañado de numerosas y explosivas bolas ígneas que destruyen todo lo que encuentran a su paso.

El fuego avanza hacia el horizonte, en dirección a las colinas que se alzan a lo lejos, elevándose hacia el cielo, cada vez más caliente. Cuando el gran océano de brasas llega al punto más alto y empieza a enroscarse hacia atrás, de él emanan unos pilares de humo negro, y todo se transforma en un catastrófico mundo envuelto en llamas.

Horrorizada, me esfuerzo para apartar la mano de la varita y del poder que ha cogido vida propia, justo cuando el enorme arco de fuego empieza a retroceder hacia nosotras.

Se me escapa un grito.

Mi salvaje conexión con la varita cede de golpe y aparto la mano cayendo de espaldas al suelo. La varita se me cae y el rugiente infierno se cierne sobre mí, es un cielo de fuego que se desploma sobre la tierra.

«Cuando el ardiente calor se desploma sobre nosotras acompañado del ensordecedor rugido del fuego, oigo los asombrados gritos en el idioma de las hechiceras. Los relinchos de los caballos.»

Cierro los ojos con fuerza sin dejar de ver el titilar rojo del fuego a través de los párpados, y espero a sentir el terrible dolor. Las prendas vu trin que llevo están hechas para proteger a quien las lleve de las llamas, pero es imposible que me protejan de esto.

«Me voy a quemar viva.»

Grito mientras el fuego arde a través de mí y espero a sentir cómo se me funde la carne hasta dejar mis nervios expuestos, después los huesos, y quedar reducida a cenizas. Sigo aullando, pero el rugido del fuego ahoga mis gritos y su fuerza me agita como si yo fuera una muñeca de trapo.

Y entonces me rindo y me dejo llevar por las llamas de la misma forma que una persona que se ahoga accede a someterse al agua, mientras espero a que la muerte transforme el rojo en negro.

Llega el negro y el rugido empieza a disiparse.

Tendida en el suelo me palpo el cuerpo y me asombra descubrir que sigo de una pieza. Me rodea el seco y chisporroteante sonido de las brasas, y percibo el acre sabor a humo en la boca cuando una fría brisa me acaricia la mejilla.

La piel de la mejilla.

Alzo la mano confusa y me toco la carne de la cara, que milagrosamente sigue ahí.

Me siento extrañamente desconectada por el aterrorizado relinchar de los caballos que se oye a lo lejos, los gritos de las hechiceras que se llaman las unas a las otras en su idioma: todo ese estruendo es para mí como un sueño lejano.

Abro los ojos y me siento temiendo lo que pueda encontrarme y sin acabar de confiar del todo en mi cuerpo.

Ante mí se extiende un ardiente paisaje carbonizado, incluso las formaciones rocosas han quedado reducidas a cenizas. Hay pequeños arbustos en llamas aquí y allá hasta donde alcanza la vista. Un cielo rojo como la sangre y lleno de nubes de humo negro se cierne sobre todo lo que veo.

Levanto las manos incrédula y las giro una y otra vez.

Están cubiertas de hollín negro, pero siguen ahí, con sus marcas de compromiso. Agacho la cabeza para mirarme el cuerpo. Mi ropa ignífuga vu trin está llena de hollín, pero las prendas siguen intactas. Sin embargo, la mochila y el cinturón para llevar

varitas que colgaba de mi cintura se han consumido, y solo quedan algunos retales de piel; no veo por ninguna parte la varita blanca.

Me acerco las manos hasta los ojos, asombrada de verlas intactas.

Presa de una curiosidad temeraria, acerco el dedo a un pequeño arbusto en llamas que hay a mi lado. El calor trepa por mi dedo mientras yo lo hago girar como si lo estuviera empapando en rica miel, pero… nada. Meto toda la mano en el fuego, después meto el brazo. De nuevo, nada.

Soy inmune al fuego.

El motivo me asalta desde los confines de mi mente:

«Yvan. El beso».

Entonces me doy cuenta de que al darme su fuego Wyvern, Yvan me ha hecho inmune a las llamas, igual que él. Pero las hechiceras. Y sus caballos… vuelvo la cabeza y me concentro en sus aterradas voces, pues siguen gritándose las unas a las otras en el idioma noi. Me siento muy aliviada cuando veo sus oscuras siluetas a través de la niebla de humo, y el brillo azul del escudo que las rodea disminuye rápidamente.

Han sobrevivido.

Pero solo gracias al escudo.

Veo el caballo que se había quedado fuera del escudo, la yegua de Ni Vin, y se me encoge el estómago. La yegua está tendida en el suelo, muerta, medio fundida sobre la arena.

Asombrada por la devastación que he provocado, vuelvo la cabeza hacia las hechiceras justo cuando su escudo se disipa. Una de las ancianas Lo Voi, la calva Hung Xho, me señala y ruge algo a la comandante Kam Vin en su idioma, con un tono y unos gestos evidentemente acusadores. Se enzarza en lo que parece una feroz discusión con Chi Nam, Kam Vin, Ni Vin y Chim Diec, pues las hechiceras parecen haberse dividido en bandos opuestos.

Mientras yo aguardo con las piernas temblorosas, Hung Xho me mira con tal odio que me quedo helada y se me acelera el corazón.

Aunque solo consigo entender algunas palabras sueltas de su lengua, es evidente por cómo me están fulminando con la mirada y me señalan que no están de acuerdo con el uso de mi monstruoso nivel de poder. Y es entonces cuando entiendo, por el pánico que llevan escrito en el rostro…

Soy más poderosa que mi abuela.

Y ellas no lo esperaban.

Observo asustada cómo se gritan unas a otras y me doy cuenta de que me he convertido en un elemento de división y disputa, pues he hecho que incluso las aliadas

se enfrenten entre ellas.

Una de las hechiceras jóvenes, Quoi Zhon, una robusta mujer con el pelo de punta y una zancada poderosa, se separa del grupo como un cuervo asesino alejándose de su bandada y se encamina directamente hacia mí.

Una confusión que enseguida se convierte en miedo se apodera de mí.

—¡Elloren! —grita Kam Vin mientras ella y Ni Vin corren también hacia mí desenvainando sus espadas rúnicas.

Quoi Zhon hace ademán de coger una de las estrellas plateadas que lleva prendidas al pecho, y yo empiezo a retroceder rápidamente con el pulso desbocado.

Me deslizo hacia un lado justo cuando Quoi Zhon estira el brazo y pierdo el equilibrio.

Me caigo al suelo y una ráfaga plateada me roza el lateral de la cabeza al pasar de largo, y siento un lacerante dolor mientras la espada de Kam Vin dibuja un amplio arco por detrás de las piernas de Quoi Zhon. Esta alarga el brazo para coger otra estrella y Kam Vin le da un codazo en el brazo, y la estrella de plata refleja la luz del fuego antes de caer sobre unas brasas ardientes. A continuación, Kam Vin golpea a Quoi Zhon en la cabeza y la hechicera se desploma sobre la arena.

Chi Nam golpea el suelo con su bastón rúnico, se oye un fuerte chasquido y un destello de luz azul ilumina el cielo. La luz se disipa y enseguida puedo ver a Chi Nam rodeada de lo que parecen un montón de lanzas hechas de luz azul que flotan alrededor de la hechicera de pelo blanco y señalan a Hung Xho y al resto de las hechiceras, que parecen haberse aliado con Hung Xho y contra mí.

Kam Vin, Ni Vin y Chim Diec están apuntando con sus estrellas plateadas a Hung Xho y a sus aliadas. Hung Xho y las hechiceras que la rodean han desenvainado sus espadas rúnicas, que emiten una amenazadora luz de color zafiro. Es evidente que están en un callejón sin salida, y enseguida se enzarzan en otro colérico debate.

Observo el enfrentamiento de los dos grupos de mujeres armadas consciente, con el corazón acelerado y un reguero de sangre goteándome en el cuello, de que mi vida está en juego. Mi instinto de supervivencia toma el mando y miro el suelo en busca de una varita, pero no encuentro ni mi varita ni la que me ha dado Chim Diec.

Enseguida entiendo que la búsqueda es inútil.

Si por algún milagro consiguiera encontrar una varita que no se haya calcinado, ¿qué iba a hacer con ella? ¿Apuntar con ella y acabar con la vida de mis aliadas al mismo tiempo que mato a mis enemigas? ¿Además de acabar con todos los caballos que quedan? Me quedaría sola en el desierto, donde probablemente moriría de hambre.

Soy la maga más poderosa que ha pisado Erthia… y no puedo utilizar una varita para protegerme.

Las guerreras siguen discutiendo con rabia durante un buen rato más y yo cojo una piedra y la levanto para utilizarla como posible arma mientras el corazón desbocado me aporrea el pecho. Pero entonces, y para mi gran alivio, Hung Xho y sus aliadas bajan las armas y las tiran al suelo.

Chi Nam golpea la arena con su bastón rúnico y las lanzas de luz desaparecen tras un destello. Hung Xho señala a Chi Nam y a Kam Vin, y después hace un gesto en mi dirección. De pronto, las dos jóvenes hechiceras que había junto a Hung Xho corren hacia mí.

Me entra el pánico y reculo alzando mi piedra afilada para lanzarla, pero la bajo cuando veo que las dos hechiceras recogen a Quoi Zhon, que se había quedado semiinconsciente en el suelo, y la llevan hasta uno de los caballos que han sobrevivido. Yo me las quedo mirando mientras las integrantes de esa mitad de nuestro grupo —la mitad que me quiere muerta— suben a tres de los caballos, me lanzan palabras de odio y se marchan.

Se quedan cuatro hechiceras que se agrupan y susurran mirándome.

Ni Vin está claramente indecisa, y Kam Vin argumenta con Chim Diec. Quizá esté discutiendo para salvarme la vida. Chi Nam se apoya con calma sobre su bastón rúnico y escucha.

De vez en cuando Ni Vin mira el cadáver carbonizado de su yegua y el dolor asoma a su rostro.

Me ataca el remordimiento. «La yegua de Ni Vin. Su querida yegua.»

De pronto la yegua que yo creía muerta vuelve a la vida con un relincho y un borboteo, moviendo la cabeza de un lado a otro y con la boca llena de espuma. Abre los ojos de par en par, y el terror se refleja en sus ojos negros mientras el animal se retuerce con agonía.

Me quedo con la boca abierta y se me agarrota el pecho.

Hay que hacer algo. No podemos dejarla sufriendo de esa forma tan grotesca. Miro a mi alrededor como si me hubiera quedado atrapada en una pesadilla y, a través de la bruma de humo, diviso una fina silueta pálida.

La varita blanca de la profecía.

Está sobre una piedra plana no muy lejos de mis pies, intacta, como si se me estuviera ofreciendo. Corro hasta ella y la cojo con las manos temblorosas notando cómo mi poder tira con fuerza de su madera en espiral. Me tambaleo hasta la yegua deteniéndome a algunos metros de distancia, asombrada de la barbaridad que he hecho y desesperada por poner fin al sufrimiento del animal.

Con el rabillo del ojo veo un pájaro blanco que vuela en círculos sobre mi cabeza. Brilla con la fuerza de una estrella y su imagen abre una esquina oscura de mi mente.

De pronto no es un caballo lo que estoy viendo, sino un soldado con el uniforme tan quemado que apenas se distingue, y con la mitad inferior del cuerpo fundida en el suelo. Me mira aterrorizado. Pero no está solo. Miro a mi alrededor horrorizada al ver soldados de todas las razas del reino, muriendo, quemándose, gritando. Un campo de batalla lleno de soldados: gardnerianos, alfsigr, noi, ishkart, amaz. Pero no hay solo soldados: mujeres, hombres, niños, incluso bebés, todos quemados, todos horriblemente lastimados por mi espantosa magia.

Entonces al fin comprendo lo que es mi poder, lo que subyace en su maligno fondo.

La visión se desvanece y es reemplazada por la de la yegua moribunda.

Ni Vin aguarda junto a su querido animal, con la espada rúnica desenvainada en la mano sana. Mientras ella observa al caballo con su estoicismo habitual, yo le miro la mano y la oreja quemadas, las cicatrices que le cubren casi todo el cuerpo.

Ella ha sufrido en sus carnes el mismo poder destructivo que anida en mi interior.

Me estremezco cuando Ni Vin deja caer la espada sobre el cuello de su yegua con diligencia. La mira con el rostro inexpresivo hasta que el animal se queda inmóvil, como si se resignara a aceptar la muerte de un ser que ha sido su compañero durante años.

La miro con actitud suplicante.

—Lo siento, Ni Vin —siseo—. Lo siento mucho.

Ella se vuelve y me mira a los ojos.

Y ahí está, un destello de rabia fruto del dolor, tan breve e intenso como el ataque de una cobra, que desaparece antes de que vuelva la cabeza, limpie la hoja de su espada y la envaine de nuevo.

Consternada, vuelvo a mirar la pila de carne que yace donde hace solo unos momentos se erguía un magnífico animal, y todo por mi culpa. La visión de un campo sembrado de muerte vuelve a acudir a mi mente y la cabeza me da vueltas.

Tiro la varita, me dejo caer de rodillas y me echo a llorar.

Al poco, mientras mis lágrimas caen sobre el suelo chamuscado, noto la presencia de Chi Nam delante de mí incluso antes de que empiece a hablar. La anciana se inclina sobre mí y apoya sus arrugadas manos sobre mis hombros.

—Anímate, niña.

La miro atenazada por las lágrimas y el humo. Su cuerpo maltrecho, su rostro arrugado y su finísima piel hacen que por un momento me cuestione su capacidad para ayudarme a controlar el monstruoso poder latente en mis líneas de afinidad. En este

instante, y frente a lo que anida en mi interior, esta mujer es como una brizna de paja frente a una violenta tormenta. Igual que todas nosotras.

Noto cómo las zarpas de mi poder intentan aferrarse a mí, chisporroteando por mis líneas de afinidad. Un poder que no deseo. Un poder terrible.

—No os sirvo de nada. No puedo controlar este poder. —Gesticulo hacia Ni Vin y su caballo muerto—. ¡Mirad lo que ha pasado! —Miro a Ni Vin muy arrepentida.

Esta adopta una expresión tensa y da media vuelta.

Intento apartarme de las manos de Chi Nam cada vez más desesperada.

—¡Esto no puede traer nada bueno! En cuanto ha tomado el control ha sido como si el poder me esclavizara. ¡No puedo controlarlo!

Un zumbido de potencia emerge de las manos de Chi Nam y se interna por mis hombros. Jadeo al sentir las poderosas vibraciones de las líneas mientras la energía centellea en mi interior. Levanto la cabeza para mirar a Chi Nam mientras me recorre el cuerpo y se desliza por mis líneas de afinidad al tiempo que va disolviendo mi pánico.

—Mucho mejor —dice Chi Nam. El peso de la línea azul de su magia me presiona con más fuerza y me obliga a relajarme. De pronto ya no parece una brizna de paja.

Chi Nam me aferra los hombros con más fuerza.

—Deshazte del miedo y recomponte.

Niego en silencio y ella presiona su magia azul con más fuerza para aplacar la reaparición de mi pánico.

—Sí, tienes mucho poder —insiste con feroz seguridad—, pero aprenderás a controlarlo. Tienes que aferrarte a ese pensamiento, ¿eh?

Entonces sube las manos con delicadeza hasta mi cabeza herida. De sus dedos brota otro haz de luz azul y casi enseguida noto cómo desaparece el palpitante dolor que sentía en las sienes y mi piel lacerada vuelve a unirse.

Chi Nam me suelta, coge la varita blanca del suelo y me la entrega. Yo vacilo, luego la acepto mientras me mira intensamente, y mis líneas de afinidad tiran automáticamente hacia ella mientras el hechizo para encender una vela baila en mis labios preparado para salir.

—Debes recordar —dice Chi Nam posándome la mano en el hombro— que la varita de la profecía, la Zhilin, te eligió a ti, Elloren Gardner.

Pienso en lo mucho que hay en juego y me mareo. Tanto mi magia como el creciente poder de Vogel son una auténtica pesadilla.

Recuerdo cómo Vogel asesinó a los lupinos, cómo arrasó sin piedad familias inocentes, niños. Cómo asesinó a toda la familia de Diana. Siento una dolorosa agonía al pensar en que los gardnerianos y sus aliados, los elfos alfsigr, están decididos a hacerse

con el control de los reinos y a inculcar sus demoníacas visiones del mundo en todas partes.

—¿Qué hago ahora? —le pregunto a Chi Nam con aspereza mientras me esfuerzo por superar la violenta angustia.

La anciana se pone en cuclillas y hace chasquear la lengua mientras me mira con la blanca cabellera cubierta de ceniza.

—Bueno, tenemos que aprender a gatear antes de aprender a caminar, ¿verdad? Me parece que de momento debemos mantenerte con vida.

Chi Nam se levanta como puede e intercambia una mirada con Kam Vin cuando la hechicera le devuelve su bastón.

—Nos estamos quedando sin aliados, Elloren Gardner —me dice Kam Vin con cara de preocupación.

Mira a Chim Diec. La elegante hechicera me está mirando con evidente indecisión. Ni Vin aguarda junto a ella muy seria y metida de nuevo en su interior.

—¿Dónde han ido las otras hechiceras? —le pregunto a Kam Vin llevándome la mano a la sangre seca que aún noto en la cabeza.

—Al conclave noi en Voloi —me contesta Kam Vin mirando en la dirección por la que se han marchado las demás—. Quieren que el cónclave mande asesinas kin hoang para matarte. Quieren que seas ejecutada de inmediato.

Palidezco. Es lo que había imaginado, pero escuchar cómo alguien lo dice con tanta claridad lo convierte en algo aterradoramente real. Miro a Kam Vin.

—¿Qué debería hacer?

Ella vacila y después se enfrasca en una conversación en idioma noi con Chi Nam. Las únicas palabras que distingo son un nombre: Lukas Grey. Me sorprende ver una sonrisa iluminando el rostro de la anciana hechicera, que intercambia una mirada conspiradora con Kam Vin.

—Ah, sí, Lukas Grey. —Chi Nam me golpea el hombro con el reverso de la mano y se ríe para sí—. Es como un gato, ese. Solía entrenar con él cuando tenía un rango inferior. Él lo convirtió en un juego y también me ponía a prueba a mí. Parecía disfrutarlo. —Adopta una expresión reflexiva—. Posee un poder elegante. Y es formidable. —Mira a Kam Vin con una fría actitud calculadora—. Sí, lo hará muy bien. Las kin hoang serán buenos rivales para Lukas Grey.

Se vuelve hacia mí poniéndose seria de nuevo.

Yo alzo la mano incrédula.

—Un momento. ¿No estaréis pensando en serio en mandarme otra vez con Lukas?

—Ya está decidido —afirma Kam Vin con firmeza—. Cuando lo encuentres ponte

inmediatamente bajo su protección.

Me quedo mirando fijamente a Kam Vin, Chi Nam y a la silenciosa Chim Diec, sin saber qué decir. Esto no es lo que se suponía que debía pasar. Me trajeron aquí para que pudiera entrenarme con ellas, para que aprendiera a controlar este poder y salvara a todas las personas a las que quiero. Para poder luchar contra los gardnerianos y sus aliados.

¿Ahora quieren mandarme de nuevo a Gardneria con el hombre que afirmó ser mi amigo y después utilizó la muerte de mi querido tío para comprometerse conmigo en contra de mi voluntad? ¿Y se supone que yo debo ir y suplicarle que me proteja?

—No —protesto con firmeza asqueada solo de pensarlo—. Le odio.

—Es la mejor forma —insiste Kam Vin—. Si queremos que sigas con vida.

—Parece que Lukas está flirteando con una brecha del ejército de Gardneria —me dice Chi Nam arrugando ligeramente el labio—. Él y yo nos vemos de vez en cuando.

La cabeza me da vueltas. «¿Lukas Grey? ¿En contacto con Chi Nam?» Pero entonces recuerdo el evidente odio y el desdén que siente por Marcus Vogel. Yo también siento un renovado odio por Vogel, me arde en las entrañas, cuando recuerdo cómo le supliqué a Lukas, a gritos, que rompiera su relación con el ejército de Gardneria, y cómo él se negó a hacerlo.

Miro a Chi Nam con un feroz escepticismo.

—¿Cómo aprenderé a controlar mi poder si me enviáis de vuelta a Gardneria? Si los gardnerianos descubren quién soy, no podré protegerme ni allí. Si lo intentara acabaría asesinando a todo el mundo. Podría llegar incluso a Valgard.

«Mataría a innumerables civiles. Gardnerianos y no gardnerianos por igual.»

—Por eso tendrás que ocultar tu poder —afirma Kam Vin.

—Si descubren quién soy —contesto sosteniéndoles la mirada—, Vogel encontrará una forma de destruir mis defensas. Y doblegarme.

Todas guardamos silencio por un segundo.

—Tienes que arriesgarte, Elloren Gardner —admite Chi Nam con un brillo intenso en los ojos—. Pero estoy convencida de que tu poder es un punto de inflexión. Si te matan, me temo que nosotras tampoco podremos detener lo que vendrá después.

Otro horrible silencio.

Quizá en respuesta a la angustia que hay en mis ojos, Chi Nam me tiende la mano y me lanza una feroz y reafirmadora mirada mientras me ayuda a ponerme en pie. Se saca del bolsillo de la túnica una piedra rúnica de ónice adornada con un dibujo rúnico azul medianoche. La runa emite un brillo de color zafiro. Me la pone en la mano y la noto fría sobre la piel.

—Llévala siempre contigo, pero que no la vea nadie —dice Chi Nam cerrando la mano alrededor de la mía—. Ella me llamará si me necesitas. ¿Lo entiendes? —Asiento una vez y ella alarga la mano para apretarme el brazo—. Eso es, niña. Sé fuerte. No hay otra forma. —Me mira fijamente—. Si vamos a derrotar a Vogel, necesitaremos tu poder. Volveremos a por ti.

—Se acabó la charla —interviene Kam Vin mirando nerviosa hacia donde se han marchado Hung Xho y las otras aliadas. Me clava su áspera mirada—. Tienes que marcharte, Elloren Gardner. Ahora. —Se vuelve hacia su hermana, Ni Vin—. Llévala hasta el portal Phi Na. Cabalga deprisa. Si vacilas, distorsionarás su destino.

El pánico se desvanece. Lanzo una suplicante mirada a Kam Vin, Chi Nam y Chim Diec.

—Pero ¿adónde iréis vosotras?

Kam Vin vuelve a mirarme con una expresión de sombría resignación.

—Viajaremos a Niem y le suplicaremos a Vang Troi que te perdone la vida.

Vang Troi, recuerdo la imagen de su poderosa comandante militar desmontando de un dragón de color zafiro en el campo de la torre norte, con un casco plateado con cuernos en la cabeza.

—¿Creéis que os escuchará? —pregunto.

Kam Vin observa el desastre que nos rodea, las llamas salpican el paisaje a lo lejos mientras la noche desciende. Se vuelve de nuevo hacia mí con una mirada seria, y no contesta. Yo aprieto con fuerza la piedra rúnica.

—Encuentra a Lukas Grey —me dice Chi Nam—. Utiliza tu posición de prometida para asegurarte su protección. Y, si puedes, utilízala también para encontrar el arma que los gardnerianos utilizaron para matar a los lupinos. Cuando vayamos a buscarte nos entregas esa arma. Si eres capaz de encontrar esa arma para nosotras, quizá podamos convencer a Vang Troi para que te perdone la vida. Y a nosotras también.

# 2

# Adicción mágica

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Provincia verpaciana de Gardneria***

Observo a Ni Vin a través de la parpadeante luz de la fogata tumbada en el saco de dormir en el pequeño claro del bosque. La oscuridad de la noche nos rodea.

Ni Vin está sentada en un árbol caído con su uniforme militar negro, afilando la hoja de su espada rúnica curva en una pequeña piedra de afilar, y la hoja del arma brilla a la danzarina luz de las llamas, mientras las runas emiten un brillante azul noi.

Poco a poco voy acostumbrándome con cierta incomodidad a viajar con Ni Vin mientras avanzamos en dirección oeste, primero a través del portal del desierto Phi Na hasta los bosques de Caledonia, para a continuación cruzar un pasaje secreto que queda bajo la cordillera del Norte.

En dirección a la recién anexada provincia celta de Gardneria.

Ahora ya sé que, para Ni Vin, afilar su arma es un tic nervioso. Se sienta noche tras noche y afila su espada rúnica, los cuchillos rúnicos y las estrellas plateadas, a pesar de tenerlas ya afiladísimas.

Entiendo muy bien esa obsesión que tiene porque yo también me siento igual de atraída por la madera, aunque ahora me estoy esforzando para reprimir mi atracción por si pierdo el control y cedo a la creciente necesidad de proyectar magia a través de ella. Así que evito cualquier contacto con los furiosos árboles y sus ramas caídas mientras viajamos a través del espeso bosque que ahora es la provincia verpaciana de Gardneria. La atmósfera de repulsión y miedo del bosque silba por mis líneas de afinidad provocándome unos intensos pinchazos.

Es como si los árboles estuvieran midiendo en silencio el alcance de mis poderes.

Miro a mi alrededor y observo las ramas caídas y las ramitas que hay repartidas por el suelo, algunas de ellas son tan rectas y están tan erosionadas que podrían parecer

varitas. Contraigo involuntariamente la mano derecha mientras el poder de mis líneas se abalanza sobre cada trozo de madera que veo.

Cada vez tengo más ganas de tocar la madera muerta, de alimentar lo que empieza a parecer una poderosa adicción sobre la que no tengo ningún control: el deseo que siento de tocar madera cada vez se parece más a la necesidad que tenía Ariel de tomar nilantyr.

Para luchar contra esa necesidad, aprieto la mano con tanta fuerza que termino clavándome las uñas, a pesar de que la resistencia solo consigue que mi deseo aumente todavía más. Después de utilizar esa varita, por fin comprendo de dónde sale esta obsesión mía.

Mi acceso a un poder atroz que me muero por liberar.

He cogido mucho miedo de tocar la varita blanca, que llevo metida en el lateral de la bota izquierda envuelta en un trapo. Noto su presencia, noto cómo la madera del árbol tira hacia mí, pero lucho contra la atracción, asustada.

Asustada de todas las varitas.

Asustada de mí misma.

Estoy aquí tumbada en mi saco de dormir pensando en esas cosas, mientras oigo el fuerte chirrido del cuchillo de Ni Vin contra la piedra y veo el reflejo de la luz del fuego en la hoja de la espada, que brilla con muda advertencia.

Las dos hemos guardado un serio silencio durante la mayor parte del viaje, y mi poder es como un amenazador tercer compañero del que no podemos desprendernos. De vez en cuando, mi compañera me mira con los ojos entornados y me pregunto si estará imaginando que me corta el cuello con su cuchillo.

Ya hace tiempo que ella conoce la verdadera naturaleza de mi poder. Le resulta un enemigo tan conocido como las quemaduras que tiene en la mano y en la oreja. Y ahora yo también lo conozco por lo que es. No tiene nada que ver con los poderes idealizados de las historias que cuentan sobre las batallas de mi abuela. Es el fuego que mató a la mayor parte de la familia de Ni Vin y destruyó pueblos enteros llenos de gente. Recuerdo que en una ocasión me dijo que ella fue «castigada a seguir con vida».

Mientras sigue afilando la hoja de su espada me doy cuenta de que mi vida está a merced de sus armas. Debería tener miedo de la seria indecisión que veo en sus ojos, pero la conmoción que sigo teniendo después de haber descubierto mi capacidad de destrucción supera cualquier otra preocupación.

A la mañana siguiente, que paso viajando a caballo con Ni Vin sin apenas mediar palabra, como solo lo necesario para conservar las fuerzas y apenas pruebo los

pastelillos cuadrados de cereales mezclados con tiras de fruta deshidratada que se han convertido en la única fuente de nuestro sustento. Bebo para mantenerme con vida, pero el agua me sabe amarga, y no dejo de preguntarme qué clase de monstruo estaré alimentando.

Justo antes de llegar a la cordillera sur, nos detenemos en un rincón tranquilo de la orilla del río, la luz de la mañana se refleja en el agua y oigo el zumbido de los insectos en el aire.

Me deslizo por el cuerpo el pesado uniforme militar de las vu trin con seria reticencia. Las prendas noi protegen del fuego y de las afiladas puntas de flechas y cuchillos, pero lo más importante es que esa ropa me había proporcionado la ilusión de que podía ser aceptada por un pueblo distinto. Que podía ser algo distinto de lo que soy.

Dejo la ropa doblada sobre la orilla pedregosa del río, aprieto los dientes y sumerjo en el río mi cuerpo cubierto por un ligero brillo verde. El agua está tan fría que se me pone la piel de gallina mientras Ni Vin me mira impasible sentada en una roca plana. Las intrincadas líneas negras de la runa protectora que mi amiga Sage me hizo en el antebrazo y la runa para percibir poderes demoníacos que me grabó en el estómago destacan sobre mi piel fría.

Al recordar mi encuentro con Sage de hace unos meses en tierras amaz siento una intensa añoranza por mis amigos y mi familia.

«¿Dónde estás, Sage? —me pregunto—. ¿Tu bebé ícaro está a salvo y conseguiste llegar a tierras Noi? ¿Estás allí con mis hermanos y con Diana y su hermano Jarod y todos mis seres queridos?

»¿Estás con Yvan?»

Me pongo tensa y reprimo la intensa necesidad que siento de estar con mis seres queridos hasta que consigo enterrarla muy dentro de mí.

Cuando consigo recomponerme, termino de lavarme rápidamente. Salgo del río y me envuelvo en una manta áspera, me quedo mirando las prendas gardnerianas y la capa que Ni ha dejado sobre la piedra plana para mí. Una ropa que Chi Nam fue lo bastante hábil como para tener a mano por si acaso yo tenía que huir.

La brisa de la mañana se cuela por debajo de la manta y me provoca un escalofrío.

Con la sensación de estar bebiendo veneno contra mi voluntad, empiezo a ponerme las prendas propias de mi pueblo: la ropa interior de seda y las medias, las esbeltas botas de piel y la amplia falda negra larga hasta los pies. Me paso las manos por la ceñida túnica y, cuando Ni anuda los lazos a mi espalda y los aprieta, me quedo sin aliento.

Después me da la capa, oscura y pesada, yo me la abrocho sobre los hombros.

A continuación vuelvo a esconder la varita blanca en el lateral de la bota izquierda y me meto la piedra rúnica que me ha dado Chi Nam en el bolsillo de la túnica. Sentir el peso de la piedra a través de la seda es lo único que consigue acallar mi creciente sensación de pánico.

Esa misma mañana, un poco más tarde, llegamos a la cordillera sur y veo las cimas puntiagudas de las montañas cerniéndose sobre nuestras cabezas.

Observo mientras Ni Vin hace ondear una piedra marcada con runas noi de color azul por delante del muro de roca bañado por el sol que se alza ante nosotras; esta pared de piedra es más alta que la catedral de Valgard. Siento una punzada de añoranza al recordar la facilidad con la que Yvan escaló esta cordillera mientras yo me agarraba a él con los ojos cerrados aterrorizada de la altura a la que estábamos.

Hoy no la cruzaré por encima.

Un arco de runas de color zafiro parecido a los de la piedra de Ni Vin aparece sobre las rocas de la cordillera, primero no es más que una silueta débil, pero poco a poco se va viendo con más claridad. Ni Vin presiona su piedra con suavidad sobre una serie de runas circulares, y una parte de la cordillera de piedra se vuelve brumosa y desaparece hasta revelar el túnel que será mi camino hacia la nueva provincia celta de Gardneria.

Me vuelvo hacia Ni Vin con mi bolsa de viaje colgada del hombro y espero a que ella me dé la piedra dhantu con la que podré iluminar el camino.

Sin embargo, posa la mano sobre la empuñadura de la espada y adopta una expresión tan letal como la de un ave de presa.

Cuando Ni Vin me clava su despiadada mirada palidezco de golpe. Podría acabar conmigo en un segundo, y las dos lo sabemos.

—Ya sé que has pensado en matarme —le digo con tono grave y serio.

—Lo estoy pensando ahora —me contesta sin malicia.

—Todas las personas a las que quiero —le digo con la voz temblorosa a causa de la emoción—, todos y cada uno, serán destruidos si los gardnerianos ganan.

Sigue empuñando la espada con fuerza.

—Elloren Gardner, sé que cuando estás centrada estás de nuestra parte. Pero los gardnerianos… tienen formas de someter a sus enemigos y doblegar su voluntad.

¿Cómo puedo contestar a eso? Sé que es cierto. Me vienen a la cabeza imágenes de ícaros sometidos y wyvern doblegados. ¿A qué métodos recurrirían los gardnerianos si tuvieran que hacerse con el control de la Bruja Negra? Ambas sabemos que si descubren quién soy no se detendrán ante nada para hacerse con mi poder.

Un poder que no sé controlar, cosa que me hace vulnerable ante ellos.

Un poder que resolvería la profecía de la forma más aterradora posible.

—Mantenerte con vida es un riesgo —afirma Ni Vin tan serena como una noche sin viento.

—Si muero —me obligo a decir esforzándome para evitar que me tiemble la voz—, sigue quedando el problema de Marcus Vogel, Fallon Bane y el ejército gardneriano. Tenéis a vuestro ícaro, pero Yvan no está entrenado y no es lo bastante poderoso para vencer a los gardnerianos. Todavía no.

Ni Vin me mira fijamente a los ojos.

—Y las dos sabemos que Vogel es más fuerte de lo que todos pensabais —insisto negociando por mi vida.

Aprieta la empuñadura de la espada.

—Devolverte a Gardneria… —aprieta los labios negando con la cabeza—… es correr el riesgo potencial de ponerte en manos de Vogel. Dudo del plan de Chi Nam y de mi hermana.

Guardamos silencio durante un momento insoportablemente tenso.

—Lo sé —digo al fin con la voz entrecortada—. Yo también lo pongo en duda. Pero si necesitamos mi poder para vencer a Vogel, entonces tengo que seguir con vida. —Me meto la mano en la bota, saco la varita blanca, la saco de su envoltorio y la cojo; parece poseer una luz fosforescente propia—. Y la Zhilin… Incluso a pesar de ser la Bruja Negra… Me eligió a mí.

Ni abre desmesuradamente los ojos al ver la varita, y veo cómo su elegante cuello se mueve al tragar saliva.

Miro sus ojos oscuros mientras el poder de mis líneas tira con inquietante intensidad hacia la mano con la que sostengo la varita.

—Mantenerme con vida es un riesgo —admito—. Eso ya lo sé. Pero mi muerte podría acabar con la esperanza de derrotar a Vogel.

Aguardo suspendida en el filo del abismo mientras ella reflexiona con el ceño fruncido y la mano apretada alrededor de la empuñadura de la espada.

Tras un largo e inquietante momento, Ni Vin suelta poco a poco la espada.

Cuando se mete la mano en el bolsillo y me da la piedra dhantu marcada con runas vuelvo a respirar. La acepto pensando en las palabras noi que deberé recitar para conseguir que emita su luz de color zafiro.

—Vete, Elloren Gardner —dice gesticulando hacia el túnel con la barbilla—. Cuídate mucho. Y no dejes que los gardnerianos descubran quién eres.

Asiento y a ella se le oscurece la expresión.

—Si te encuentran y te doblegan —dice con gravedad—, no tendré otra salida que venir a por ti.

«A matarme», quiere decir.

Vuelvo a asentir. Después envuelvo la varita en la tela protectora y me la meto en la bolsa de viaje deslizándola por una pequeña rotura del forro para esconderla bien y evitar que alguien pueda encontrarla. Me cuelgo la bolsa al hombro, miro el rostro quemado de Ni e intercambiamos una última mirada cargada de solidaridad.

Después doy media vuelta y me interno en la oscuridad.

Avanzo por los largos túneles durante lo que parece mucho tiempo rodeada por muros de piedra que dan la impresión de ser más inquietantes de lo que son en realidad debido a la luz azul de la piedra dhantu, y hago todo lo que puedo para reprimir el miedo que me da este silencio claustrofóbico y los insectos que corretean por todas partes.

Cuando llego al final del túnel me siento muy aliviada al ver la luz de la tarde que se cuela por la salida, y emerjo ansiosa por recorrer el siguiente tramo de bosque. Dejo la piedra dhantu dentro del túnel tal como me ha dicho Ni Vin, y los símbolos rúnicos que bordean la salida se desvanecen rápidamente cuando las rocas de la cordillera se tragan la puerta.

Después de viajar durante horas a pie siguiendo el mapa que me ha dado Ni Vin, al final llego al mismo mercado de caballos en lo que antes era el nordeste de Celtania y donde había estado hacía ya algunos meses acompañada de Yvan y Andras. Me detengo bajo unos árboles mientras observo con cautela la algarabía que hay en el mercado a última hora de la tarde y que está alterando la tranquila atmósfera que suele reinar habitualmente en este lugar. Ahora en los cercados solo hay caballos de militares gardnerianos, y todos lucen las insignias negras con pájaros blancos bordados en los costados. Un grupo de ancianos celtas se está ocupando de ellos. Enseguida me doy cuenta de que no hay ni rastro de los jóvenes celtas que solía frecuentar en el mercado.

Hay dos soldados gardnerianos apoyados en una cerca con sus uniformes impecables; intentan aguantarse la risa de algo que les ha hecho gracia mientras un celta con el pelo cano y aspecto demacrado les entrega algo metido en una bolsa. Cuando se marcha, los dos hombres miran a su alrededor antes de sacar el cuello de una botella verde de la bolsa y se apresuran a verter su contenido en los termos de agua que llevan colgados del cuello.

«Alcohol. Prohibido por el Consejo de Magos.»

Hago acopio de valor con el corazón acelerado y elijo ese momento para dirigirme a ellos.

Salgo del bosque con mi atuendo gardneriano informal y la sensación de que me estoy embarcando en un viaje sin retorno: soy la viva imagen de mi poderosa abuela. Los hombres se quedan boquiabiertos.

Lanzo una elocuente mirada a la botella que tienen en las manos antes de clavarles los ojos.

—Llevadme ante el comandante Lukas Grey —les ordeno—. Soy Elloren Gardner. Su prometida.

Al poco voy subida a un carruaje más elegante que el de mi tía Vyvian y cuatro soldados de nivel cinco flanquean mi vehículo. Me siento extrañamente desconectada del paisaje que me rodea, y el trayecto es tan tranquilo que parece que no haya ni una sola piedra en la carretera.

El bosque se abre enseguida y llegamos a la intersección del centro de Celtania. Abro los ojos sorprendida.

La amplísima intersección está abarrotada, llena de celtas que avanzan en una única dirección: el nordeste.

Advierto asombrada que todos son refugiados que quieren salir de Celtania, pues acaba de convertirse en una provincia de Gardneria.

Mi carruaje recorre rápidamente la distancia que nos separa de la carretera principal.

—¡Apartaos! ¡Apartaos! —gritan con brusquedad mis guardias, y el tráfico de la carretera se separa ante nosotros para que podamos seguir avanzando hacia el suroeste en dirección opuesta a la marea. Los celtas se apartan a toda prisa mirándonos con temor.

Y con odio. Se esfuerzan por esconderlo, pero está ahí, en el fondo de los ojos de todos ellos.

El carruaje aminora la marcha y me cruzo con los ojos de una niña celta que va agarrada a la mano de su desaliñada madre. Lleva una muñeca con unas trenzas rubias iguales que las suyas. Se me hace un nudo en la garganta. Debe de tener la edad de la nieta de Fernyllia, y cuando me mira con sus ojos azules puedo ver la traumatizada expresión en su mirada.

—¿Qué tal os sienta? —les grita de repente a los refugiados uno de mis guardias haciendo que la niña se estremezca y lo mire aterrorizada—. ¡Es lo mismo que nos hicisteis vosotros! —ruge—. ¡Nos echasteis de nuestras casas! ¡Os quedasteis con nuestra tierra! ¿Cómo os sienta?

Los celtas apartan la vista mientras nosotros aceleramos y dejo de ver a la pequeña.

Me asalta la intensa certeza de que las fauces de Gardneria se están cerrando sobre esa niña. Sobre toda aquella gente. Y que las titánicas fuerzas que me rodean van a arrasar el mundo entero.

«Pero también hay fuerzas titánicas en mi interior», recuerdo de pronto empujada por el poderoso deseo de hacerme con el control de mi poder para detener esta crueldad.

Me estremezco cuando una magia de fuego se desplaza por mis líneas de afinidad con ardiente velocidad, y siento un destello de conciencia respecto a la estructura de madera del carruaje.

Contraigo involuntariamente la mano derecha. La quiero.

Quiero la madera muerta.

Quiero el poder.

«¡No puedes controlarlo! —me advierto desesperada mientras me resisto al impulso de agarrarme a la madera que hay debajo de mi asiento, decir algún hechizo y proyectar mi magia a través de ella—. ¡Tu poder te esclavizará y matarás a todo el mundo! ¡No toques la madera!»

Cierro la cortina de la ventana, me agarro la mano derecha y, sin dejar de temblar, respiro hondo mientras el poder de fuego se desliza por mis líneas de afinidad.

«Debes tener paciencia», me recuerdo con cada nueva bocanada de aire presa del pánico.

Del temor que siento de mí misma.

«Tienes que seguir viva o no podrás luchar contra ellos», insisto peleando contra mis furiosas emociones y mi furioso poder.

Me froto la mano. Primero la aprieto notando cómo me recorre una intensa sensación de fuerza, y después la acaricio mientras se me normaliza la respiración y el poderío de fuego se apaga y se disipa rápidamente. Respiro hondo y me obligo a evaluar mi situación.

Necesito sobrevivir.

Porque soy un arma, tanto si quiero como si no.

Soy un arma necesaria para la Resistencia.

Pronto volveré a estar en el lujoso y podrido corazón de Gardneria bien escondida. Protegida por mi relación con Lukas Grey.

Hasta que la Resistencia venga a buscarme y me utilice.

# 3

# Mago wyvernguard

TRYSTAN GARDNER y VOTHENDRILE XANTHILE

***Mes seis***
***Reino de Oriente,***
***En la isla gemela Wyvernguard del Norte***

Vothendrile Xanthile observa cómo la nave rúnica remonta hacia Wyvernguard cruzando el cielo de la noche. La embarcación es enorme y las runas que zumban a sus costados y en la base envuelven la nave en una penumbra de luz de color zafiro que se refleja sobre la agitada corriente del río Vo.

Cada uno de los instintos depredadores y cambiaformas de Vothe está en alerta y ha aguzado sus sentidos de la vista y el olfato.

La luz azul que emana de los candiles rúnicos encerrados en sus esferas de cristal se proyecta sobre Vothe y las aprendices de militar vu trin vestidas con sus uniformes de color zafiro, que aguardan en posición de firmes en la amplia terraza de atraque, y una tensión explosiva —completamente contraria a sus prendas militares negras— chisporrotea en el aire.

Una áspera brisa azota el fuerte y torneado cuerpo de Vothendrile, y él inspira hondo con actitud reflexiva notando cómo su magia eólica despierta para encontrarse con la corriente de aire wyvern que desciende por el río. Mira por encima del hombro en dirección al imponente pináculo de la isla gemela Wyvernguard del Norte. La colosal isla es una de las dos imponentes masas de tierra que conforman el wyvernguard vu trin, y están rodeadas por el gigantesco río negro Vo.

Vothe vuelve a mirar hacia la nave entrante y su letal determinación se duplica cuando la embarcación toca la orilla y pliega sus velas de color zafiro con el símbolo del dragón justo antes de extender las escaleras.

La comandante wyvernguard Ung Li es la primera en desembarcar.

El rostro de su alta líder de rasgos elegantes es una máscara de evidente rabia, y avanza con brusquedad hasta la plataforma de atraque sin mirar a nadie a los ojos, como si siguiera atrapada en alguna feroz discusión.

El instinto cambiaformas de Vothendrile se centra en el joven que baja de la nave tras ella desprendiendo una hostilidad idéntica a la de Vothe.

«Trystan Gardner.»

El nieto de la vuulnor, la Bruja Negra.

Vothendrile advierte dos cosas sobre Trystan Gardner mientras lo ve acercarse.

Lo primero es que el gardneriano es asombrosamente atractivo. Vothe siente un pinchazo luminoso en respuesta a la sorprendente belleza de Trystan Gardner, y se apresura a reprimirlo desconcertado por la inesperada atracción que está sintiendo por un mago.

Ese gardneriano es alto y esbelto, tiene unos oscuros ojos verdes y rasgos angulosos. Y su piel… Brilla como si estuviera cubierta de gemas verdes, con un resplandor verdoso que no cede bajo la parpadeante luz de las antorchas. Ni siquiera las raídas ropas noi que lleva pueden ocultar lo atractivo que es.

Lo segundo que Vothe advierte acerca de Trystan Gardner es que parece insultantemente indiferente a la situación.

El gardneriano camina con seguridad y determinación, completamente inexpresivo, pero sus ojos… Mientras mira con absoluto desprecio a todos y cada uno de los aprendices vu trin y a los soldados vu trin que aguardan en la plataforma, se adivina en ellos una intensidad comparable a la del fuego blanco.

Vothendrile se pregunta con serio y expectante deleite lo que sentiría al perderse en la ardiente mirada de aquel mago. No puede oler ni un ápice de miedo en él.

Cierra un momento los ojos e inspira con fuerza para leer la magia que flota en el aire. Se sobresalta cuando el aura mágica de Trystan Gardner conecta con la suya.

Vothe abre sus ojos negros. En ellos brilla el resplandor de un relámpago.

Ese mago tiene fuego. Y agua. Casi un tumultuoso océano entero. El nieto de nivel cinco de la Bruja Negra lleva en su interior una auténtica tormenta que amenaza con desatarse.

Se detiene justo detrás de Trystan Gardner y su determinación se reafirma al advertir las iracundas miradas de sus compañeros aprendices de militar alineados a ambos lados del camino. Les lanza una mirada tranquilizadora.

Trystan Gardner es tan peligroso como atractivo.

Y Vothendrile está decidido a echarlo del Wyvernguard.

Trystan Gardner mira a Ung Li a los ojos mientras ella lo mira a él sentada en su despacho con las manos extendidas sobre el escritorio negro que tiene delante. El rebelde deseo de Trystan de estar allí es tan fuerte como el deseo que siente ella de verlo marchar.

«Adelante —la anima Trystan mentalmente sin bajar la mirada—. A ver si consigues echarme. Pienso quedarme, y pelearé por ello.»

Por detrás de Ung Li se alzan unos esbeltos dragones tallados que enmarcan las ventanas. Los cristales biselados ofrecen unas vistas panorámicas del río Vo, la brillante ciudad de Voloi hacia el nordeste y la cordillera Vo irguiéndose por encima de la orilla oeste. Todo lo que hay en la estancia luce los colores propios de los wyvernguard: zafiro, ónice y hueso.

—Un guardia te acompañará adonde quieras ir —le informa Ung Li clavándole sus ojos oscuros.

Tras Ung Li hay cuatro vu trin que observan a Trystan con el mismo recelo que su comandante.

Otro grupo de aprendices vu trin se han desplegado por detrás de Trystan. Puede notar cómo le clavan sus abrasadoras miradas.

—¿Estoy detenido? —le pregunta Trystan tranquilamente sin conseguir ocultar el tono sarcástico de su voz. Un tono que roza peligrosamente la insubordinación.

Cuando la ve entornar los ojos, Trystan se arrepiente inmediatamente de su desliz, es como si lo estuviera evaluando más de cerca solo para ver confirmadas sus peores sospechas.

Trystan sostiene su intimidante mirada. Es evidente que la jerarquía de los wyvernguard y los aprendices de vu trin no le quieren allí. Está claro que solo está allí porque Vang Troi, la brillante e impredecible comandante mayor de las vu trin, ha ordenado que le admitan en el Wyvernguard y le den una oportunidad para demostrar su valía.

—Eres un mago de nivel cinco —le contesta Ung Li sin apenas un parpadeo con un tono grave y cargado de animadversión—. También eres el nieto de la vuulnor. Y la amenaza de guerra entre nuestros pueblos flota en el aire. Si deseas ser un vu trin, Trystan Gardner, irás siempre acompañado de un guardia. —Adopta una mirada beligerante y le tiende la mano—. Dame tu varita.

Trystan se pone tenso y nota cómo su poder de agua se enrosca mientras Ung Li sigue con la mano extendida.

De pronto siente la ausencia de Tierney Calix con mayor intensidad si cabe que la pérdida de su varita, y desearía que la hubieran destinado allí con él, a la isla gemela del

norte. Durante el viaje que hicieron juntos hacia el este, Trystan cada vez se sentía más unido a la cínica amiga asrai-fae de Elloren. Pero a Tierney la mandaron a la isla gemela Wyvernguard del Sur, y ambos se habían quedado muy confusos cuando los habían separado de golpe aquella misma tarde.

Tierney protestó con energía, sin duda percibiendo, igual que le había ocurrido a Trystan, que había algún otro motivo, pero Ung Li no se había dejado convencer, y los había informado a los dos de que Tierney debería unirse a los aprendices fae de vu trin destinados en la isla gemela Wyvernguard del Sur, donde estaban todas las divisiones fae, mientras que Trystan había ocupado su lugar en la isla gemela Wyvernguard del Norte.

Garantizando el absoluto aislamiento de Trystan.

«Es una prueba para comprobar cuánto puede aguantar el nieto de la Bruja Negra», supone Trystan con un profundo cinismo.

Se le encoge el pecho presa de la aprensión, pero reprime esa inútil añoranza de los amigos y la familia. A pesar de ser un renegado, ya sabía que allí no iban a recibir con los brazos abiertos al nieto de la vuulnor.

A su hermano Rafe le ha ido mucho mejor, pues se ha convertido en lupino durante la primera luna llena de su viaje hacia el este y se ha deshecho de su herencia gardneriana: sus feroces ojos ambarinos son una prueba indiscutible de su nueva lealtad. Y Tierney también fue bien recibida por los vu trin, todas las aprendices militares de vu trin fae habían sido aceptadas y nadie había cuestionado su feroz lealtad al cuerpo.

En un principio, la jerarquía de las vu trin había asumido que Trystan estaría ansioso por renunciar al poder de la Bruja Negra que corría por sus líneas de afinidad, y que se convertiría en lupino durante esa misma luna llena para poder estar bajo la protección de la manada.

Pero se equivocaban.

El tormentoso y elemental poder de Trystan se ha convertido en una parte muy importante de sí mismo para él, tan vital como la sangre que le corre por sus venas.

Y ahora no parece que los vu trin estén preparados para enfrentarse a un descendiente de la Bruja Negra con extraordinarios poderes de fuego y agua, y que no tiene ninguna intención de ser una cosa distinta a la que es: un poderoso mago de nivel cinco.

Trystan aguarda inflexible bajo el escrutinio de la poderosa mirada de Ung Li.

—El guardia que te han asignado es Vothendrile Xanthile —anuncia Ung Li al fin con una mirada astuta que a Trystan le eriza el vello de la nuca.

Uno de los aprendices vu trin que aguardaba detrás de Trystan aparece en su campo de visión.

En cuanto lo ve —sin duda el joven más atractivo que ha visto en su vida—, se le acelera la respiración y olvida hasta el último de sus atormentados pensamientos.

El aprendiz tiene una oscura mirada rebosante de seguridad y lleva el uniforme de aprendiz vu trin de color zafiro perfectamente ceñido a su musculoso cuerpo, con la imagen de Vo, la brillante diosa dragón del pueblo noi, bordada en su amplio pecho. Tiene los rasgos finamente esculpidos y los ojos oscuros propios de los noi, el pelo negro, corto y ligeramente erizado, y de cuyas puntas brota un suave brillo plateado, además de llevar varios aros de plata en sus orejas puntiagudas.

Y se advierten finas trazas de rayos repartidas por su piel, negra como la medianoche.

Luz de verdad.

Trystan mira a Vothendrile a los ojos y sus poderes colisionan. Un destello de energía se desliza por las líneas de fuego de Trystan y su relámpago invisible se sacude en respuesta al palpable poder de tormenta que anida en el interior del joven que tiene ante él.

Lo ve en su mirada.

Y… Vothendrile tiene las pupilas rasgadas en vertical. Como un cambiaformas de los que se convierten en dragón.

Trystan advierte que debe de ser un wyvern de Zhilon'ile; ha leído sobre ellos. Un wyvern de tormenta del Reino de Oriente; los dominios de su pueblo están al nordeste de la isla en la que se encuentran. Los wyvern cambiaformas que, junto a algunos fae, pueden controlar el clima de esas tierras. Y que antes controlaban el clima de todas las tierras.

Antes de que la Bruja Negra los expulsara del Reino de Occidente.

Cuando un relámpago brilla entre ellos, Vothendrile frunce los labios con un ligero desdén y Trystan recuerda de golpe la situación en la que se encuentra.

Es uno de los malditos.

Trystan se apresura a reprimir la inquietante atracción que siente hacia Vothendrile Xanthile y aguanta la poderosa mirada del wyvern mientras los rayos del cambiaformas rugen por las líneas de Trystan con lo que él percibe como un zumbido deliberadamente doloroso.

El dolor que le provoca solo sirve para estimular la resolución de Trystan.

«Intenta echarme —piensa desafiando mentalmente a Vothe—. Sí, aquí soy un maldito. ¿Y qué? Allí también lo era. Pero pienso quedarme. Y lucharé contra los gardnerianos a vuestro lado, tanto si os gusta como si no.»

—Vothendrile te acompañará a tu barracón —le dice Ung Li interrumpiendo el combate de miradas de los chicos.

Trystan saluda a Ung Li con seguridad, llevándose el puño al corazón, tal como es costumbre allí, y sin apartar los ojos de la ardiente mirada de la comandante.

—*Hoiyon, Nor Ung Li.*

Se adivina un renovado desafío en el tono enfático con el que Trystan adopta su protocolo y en el deliberado uso que hace de su idioma.

Ung Li no se inmuta. Vuelve a atravesar a Trystan con la mirada y a continuación posa sus feroces ojos en Vothendrile y señala la puerta con el dedo, como si deseara deshacerse de Trystan Gardner más que cualquier otra cosa en el mundo.

Vothendrile Xanthile avanza a paso rápido acompañado de Trystan Gardner y los talones de sus botas resuenan en el suelo de piedra. El pasillo se interna directamente en la montaña de la isla gemela Wyvernguard del Norte, y en sus paredes pueden apreciarse varios emblemas circulares con su dragón. En el techo que tienen sobre la cabeza hay dragones negros tallados en la piedra negra en bajorrelieve, y sus gigantescas siluetas reptilianas están iluminadas por la parpadeante luz azul de los candiles rúnicos clavados en la pared.

Vothe advierte las secretas miradas de aliento que le lanza cada uno de los aprendices de soldado vu trin que deja atrás. Sus expresiones transmiten una muda solidaridad: «Échalo de aquí».

—Así que tengo un guardia —dice Trystan Gardner con cierto tono de burla.

Vothendrile vuelve la cabeza hacia el gardneriano e intercambian una rápida mirada; el aire está muy cargado entre ellos.

El crujido de un rayo atraviesa a Vothe.

—Pues claro que tienes guardia —le espeta reprimiéndose para no hablarle mal—. Yo te vigilaré durante el día, y tendrás otro guardia apostado ante tu barracón por las noches.

Vothe está verdaderamente asombrado por el desdén que le transmite ese mago. Y el increíble descaro que demuestra al cuestionar la necesidad de un guardia.

¿Cómo se atreve? Después de haber impuesto su presencia en ese lugar. El nieto de la Bruja Negra. Allí, en su querida Wyvernguard. A pesar de las protestas. A pesar de la petición que se apresuró en organizar Vothe y que mandó tanto al tribunal vu trin como al cónclave noi. Ambas ignoradas por la comandante mayor Vang Troi, su hechicera de mayor rango militar.

Nadie quiere allí al nieto de la Bruja Negra.

—¿Eso quiere decir que vas a seguirme a todas partes? —pregunta el mago con frialdad mientras caminan.

Vothe le dedica una encantadora sonrisa incluso a pesar de que los relámpagos no paran de centellear en sus ojos.

—Así es, gardneriano. Y si te saltas una sola palabra de las órdenes que han establecido los wyvernguard y Ung Li, te arrastraré hasta el tribunal vu trin agarrado por tu refinado pescuezo gardneriano.

Trystan Gardner sonríe al oír sus palabras mientras ambos se detienen. En los ojos del gardneriano brilla una punzada de ira, y Vothe enseguida se asombra cuando siente de pronto cómo el poder de agua de ese mago aumenta con una violencia implacable.

Trystan mira a Vothe de arriba abajo y en su mirada se adivina el reflejo de sus propios relámpagos.

—Podrías intentarlo —le contesta frunciendo los labios.

«Esa sí que es buena.» Vothe le sonríe con fría diversión mientras permite que sus brillantes cuernos negros broten de su cabeza.

—¿No te han dicho quién soy? —ronronea.

—Imagino que eres un cambiaformas wyvern Zhilon'ile de los dragones de oriente —afirma Trystan con decidida aspereza—. Supongo que eres bastante poderoso.

—Exacto, Trystan Gardner, no lo olvides —canturrea Vothe acercándose a él y sintiendo la repentina necesidad de desplegar las alas—. Ya sé que eres un mago de nivel cinco. Con un poder extraordinario. Un poder en crecimiento. Pero no pienses ni por un segundo que no puedo contigo.

El gardneriano vuelve a adoptar esa mirada de gélida indiferencia acompañada de un ardiente desafío. Trystan vuelve a esbozar otra pequeña y fría sonrisa.

—Jamás me atrevería a sentir otra cosa que la más firme confianza en mi nuevo guardián Vothendrile.

Vothendrile entorna sus ojos haciendo invisibles los relámpagos y mira a Trystan mientras este retoma el paso y Vothe hace lo propio a su lado.

«Vaya, qué cauteloso es», se dice enfadado volviendo a esconder los cuernos. La sensación de enfrentarse a algo completamente inesperado lo tiene muy desconcertado.

Va a tener que vigilar más de cerca de lo que pensaba a Trystan Gardner. Es evidente que el mago Gardner no acepta órdenes de nadie, no importa lo insistentes que sean las amenazas que se le lancen. No, está claro que no se deja intimidar fácilmente.

«Tendré que esforzarme más.»

—Nadie te quiere aquí —le informa Vothe con evidente rechazo.

Vuelve a asomar esa astuta sonrisa.

—Soy muy consciente —contesta Trystan—. Pero estoy aquí y no pienso marcharme, así que será mejor que os acostumbréis a tolerarme.

Vothe no puede evitar sonar un poco sarcástico, y lo cierto es que tampoco lo pretende.

—Entonces ¿quieres estar en un sitio donde todo el mundo te odia?

Trystan sigue luciendo una expresión serena, pero cuando vuelve a aminorar el paso y se detiene ante Vothe, el fuego brilla en sus ojos.

Cuando habla, la voz de Trystan Gardner es controlada, casi educada, pero Vothe percibe el incipiente fuego que arde bajo sus palabras.

—Quiero estar en un sitio donde pueda unirme a un ejército y luchar contra los gardnerianos y los alfsigr, y contra todos sus aliados, con todo el poder que tengo. —Da un paso amenazador hacia Vothe—. No me importa que me odies. No me importa que me odie hasta la última persona del Wyvernguard. No tienes ni idea de a qué te enfrentas.

El mago da media vuelta y empieza a caminar de nuevo con más rapidez, como si estuviera impaciente por deshacerse de su guardia y poder establecerse allí y dedicarse a lo suyo, y en ese momento Vothe tiene una inquietante percepción del verdadero, inobjetable y decidido propósito de ese gardneriano.

Mientras suben por una larguísima escalera de caracol, a Vothendrile le asalta un desagradable conflicto, porque el flujo de poder de ese cuervo y las emociones que puede oler en él no contradicen sus palabras.

«¿Y si dice la verdad?»

—¿Esperas que crea que el nieto de la Bruja Negra está realmente de nuestro lado? —le espeta Vothe a la espalda de Trystan mientras suben por la escalera.

Trystan se vuelve un segundo con una dura expresión en el rostro.

—La verdad es que no me importa lo que creas, Vothendrile.

Dejan la escalera atrás y se internan por otro sombrío pasillo abovedado. Vothendrile abre la marcha; ahora los dos parecen sumidos en sus propios pensamientos.

El cambiaformas recuenta los números que hay en las puertas de los barracones sintiéndose cada vez más desconfiado. Sus rayos centellean descontrolados cuando doblan la esquina y descubre lo que ha hecho Ung Li.

Trystan se queda de piedra a su lado.

Sylla, la fae de la muerte, está ante ellos. Su menuda y oscura figura está rodeada de espesas y vaporosas telas de araña que se extienden por las paredes, el techo y el suelo del pasillo, como si se tratara de un túnel impenetrable. Viste una versión negra del uniforme de color zafiro de los wyvernguard, y lleva un brillante dragón negro bordado

en la tela en lugar del habitual dragón blanco, pues cualquier prenda de ropa que se pone esta fae de la muerte se vuelve negra automáticamente. Tiene el pelo corto y rizado, unos enormes ojos de espesas pestañas, unos carnosos labios oscuros, y lleva la cara y las orejas puntiagudas cubiertas de *piercings* de ónice, del mismo color negro que su piel.

Mientras Sylla los mira con sus insondables ojos, a Vothe le asalta una inquietante claridad.

Están utilizando a los deathkin para espantar al gardneriano, y por eso lo han instalado al lado de las tres fae de la muerte originales que asustan a la mayoría de los wyvernguard por su gran afinidad con los aspectos más aterradores de la naturaleza: la muerte, la descomposición, la enfermedad y el miedo.

Pero Vothendrile piensa alarmado que no está bien utilizarlas como parias monstruosas. Es verdad que estas fae no elementales son reservadas, y que esa cautela y su extraña forma de comportarse los exponen al ridículo y a la superstición, pero Vothendrile respeta a Sylla, Viger y Vesper, y no por miedo, sino por la profunda convicción de que subyace algo sólido y necesario en el centro de su poder. Algo que está tan conectado al orden natural de las cosas como el poder climático del propio Vothendrile.

Y está completamente convencido de que son leales a los mismos principios que los wyvernguard.

Un grupo de arañas corren hacia Vothe y Trystan, y les trepan por los pantalones dibujando curiosas espirales. Arañas de todas clases. Arañas lobo y arañas de tela de embudo, arañas reclusas de color marrón y dos o tres viudas negras.

Trystan levanta lentamente la cabeza y mira a Sylla Vuul.

—Me llamo Trystan Gardner —anuncia con una evidente demostración de serenidad y como si fuera ajeno a las arañas que se le pasean por el cuerpo y la viuda negra que le rodea el cuello—. Me parece que vamos a ser vecinos.

Sylla guarda silencio, pero ladea la cabeza. Al hacerlo, sus *piercings* chocan entre ellos, y lo mira con sus enormes ojos negros sin apenas un parpadeo.

Las arañas se alejan de Vothendrile y de Trystan y vuelven a trepar por las paredes y a internarse en sus túneles de telarañas.

Trystan la saluda con respeto inclinando la cabeza, se da media vuelta y abre la puerta de su barracón lanzándole a Vothendrile una mirada un tanto indignada.

Cuando ven el interior de la estancia, Vothe se queda tan petrificado como Trystan.

Hay una pintada en la pared escrita con espray rojo sangre. Es una furiosa y violenta palabra que Vothe imagina que Trystan no entiende, pues está escrita en el idioma noi.

Pero por la devastadora mirada que por un momento ve en Trystan, Vothe comprende que Trystan la entiende de todas formas.

CUCARACHA

—¿Qué significa? —pregunta Trystan.

Es evidente que de pronto se le ha hecho una incisión en la armadura, pues tiene la voz gutural y una mirada de aflicción en los ojos, como si estuviera recordando algún trauma.

—Significa… —Vothe vacila, pero no entiende por qué.

Él mismo había estado empleando esa palabra esa misma mañana, pues estaba indignado de que le hubieran asignado la vigilancia de alguien demasiado peligroso como para tenerlo allí. Además de cuestionar la sensatez de Vang Troi.

—¿Qué? —insiste Trystan, y la dolorosa herida de su mirada afecta inexplicablemente a Vothendrile—. ¿Qué significa?

Vothe pelea contra su incomodidad. «Contrólate —se ordena mentalmente—. Eres un wyvern Zhilon'ile. No te pongas sentimental con este gardneriano. Es peligroso.»

—Significa cucaracha —dice Vothe fingiendo indiferencia.

Trystan entra en la estancia y abre de par en par la puerta negra del armario salpicada de pintura. En el interior de las puertas han pintado más insultos.

VUELVE A TU CASA, CUCARACHA ASQUEROSA

Los uniformes que le han asignado a Trystan están tirados en el fondo del armario. Hechos trizas y cubiertos de pintura roja.

Trystan se queda paralizado. Es evidente que está desolado, y Vothe vuelve a sentirse mal.

«¡Recuerda quién es! —se reprende mentalmente—. ¿De verdad sientes compasión por él? ¿Por el nieto de la Bruja Negra? ¿Es que te has vuelto loco?»

Trystan guarda silencio durante un largo y tenso momento mientras le da la espalda a Vothe. Y entonces cierra la puerta del armario y se da media vuelta con los ojos en llamas, y Vothe siente el poder de esa mirada resbalando por su espalda mientras su propio rayo reacciona con un chisporroteo.

—Pues llevaré esto —aduce Trystan señalando con aspereza la desgastada túnica y los pantalones noi que lleva puestos.

Vothe se indigna al pensar que puedan permitir que ese mago vista ropas noi.

—Aquí no puedes ir vestido así. Debes llevar uniforme.

Trystan le lanza una mirada cargada de ira.

—¿Y qué sugieres que haga?

Vothe le enseña los dientes.

—Que te marches.

Todo el cuerpo de Trystan emite rayos invisibles. Avanza y roza con el brazo a Vothe cuando hace ademán de coger la manecilla de la puerta, y un destello de magia de tormenta se interna en el cambiaformas. Un poder abrumador. Posiblemente más intenso que cualquier ataque de Vothe.

El cambiaformas vuelve al pasillo cada vez más preocupado y Trystan le cierra la puerta en las narices.

«No debería estar aquí —le espeta Vothe a la puerta cargado de rabia—. Lo mejor es intentar echarlo. Él tiene el poder que tenía ella. O algo parecido.

»Los vu trin no saben a qué se enfrentan.»

Cuando se sienta a su mesa, Trystan advierte el aluvión de arañas que se cuelan por debajo de la puerta y se pregunta si se tratará de un nuevo tormento diseñado para obligarlo a marchar de un lugar que no tiene ninguna intención de abandonar.

Hasta que llegue el momento de luchar contra Vogel. Junto al ejército de los vu trin.

Las arañas lo rodean y él se levanta, abre la puerta y sale al pasillo para encontrarse con esa silenciosa joven, su vecina, la fae de la muerte, que sigue allí plantada en medio de las espesas telarañas.

Las arañas regresan con ella y trepan por su menuda y esbelta figura.

Trystan y la fae de la muerte se miran durante un buen rato.

—¿Tienes miedo de Vothendrile? —pregunta al fin.

Su voz es un zumbido oscuro como la medianoche, y su oscura presencia es como el sereno ojo en la tormenta de la agitada actividad de los insectos. Su mirada es como una profunda sombra de los bosques y hace que Trystan se sienta como si estuviera ante el mismísimo centro de la noche.

A pesar de su intimidante presencia de otro mundo, Trystan reacciona con desdén a su directa pregunta.

—No tengo miedo de Vothendrile —le contesta muy cortante—. Yo también tengo mis rayos.

Ella deja escapar una pequeña carcajada que no alcanza a asomar a sus ojos.

—No de su poder. Ni de su belleza.

Trystan cae presa de un reflexivo pánico, y se pone tenso cuando ella menciona una atracción que en Gardneria estaría prohibida.

La fae de la muerte ladea la cabeza y observa a Trystan con curiosidad mientras un escorpión sale del cuello de su túnica y se le pasea por el cuello. Un pequeño escorpión de color verde lima.

Trystan se da cuenta, un tanto sobresaltado, de que es un escorpión amarillo, una de las especies de escorpiones más venenosas de toda Erthia.

—Me llamo Sylla Vuul —anuncia con serena solemnidad mientras seis ojos negros más aparecen alrededor de los dos con los que ya le estaba mirando.

Trystan se estremece sorprendido.

Una parte de él encuentra divertido que se haya presentado con tanta educación. La verdad es que es irónico que la persona más amable que ha conocido allí sea tan aterradoramente extraña.

—Encantado de conocerte, Sylla Vuul —contesta.

Ella vuelve a ladear la cabeza.

—A mí no me temes —le dice con tono interrogativo.

—No —afirma Trystan.

Ella asiente de forma casi imperceptible mientras otro escorpión verde se le cuela por la pernera del pantalón.

—Deberías saber que eres tan atractivo como Vothendrile, Trystan Gardner —le dice con tono hipnótico—. Te percibo.

A Trystan se le reseca la garganta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Los deathkin podemos percibir el miedo. Yo sé quién eres.

Siguen allí un rato mirándose a los ojos mientras algunas arañas se acercan a Trystan y lo observan a través de sus innumerables ojos.

—Ellos se equivocan —le dice la deathkin a Trystan—. Se equivocan tanto contigo como con nosotros. Ten paciencia con ellos, Trystan Gardner. —Su mirada de múltiples ojos se torna casi triste—. Temen a las cosas equivocadas.

Trystan inspira con fuerza sintiendo una extraña complicidad con aquella deathkin con sus escorpiones venenosos trepándole por la piel. Unos escorpiones que son una auténtica amenaza. Que podrían acabar con él en un segundo.

—Tienes razón —le dice muy serio—. Temen a las cosas equivocadas. Y ahora mismo solo hay una cosa a la que deberían temer.

La fae de la muerte asiente. La complicidad que comparten va en aumento, y cuando

ella vuelve a hablar, sus palabras se deslizan por Trystan como una ola de niebla negra que zumba por sus líneas de afinidad.

—A la gran oscuridad.

# 4

# Fae wyvernguard

TIERNEY CALIX

***Mes seis***
***Reino de Oriente***
***Isla gemela Wyvernguard del Sur***

Tierney baja por las escaleras de la nave rúnica con los ojos llorosos y cubierta con ropas noi muy maltrechas. La siguen de cerca Kiya Wen y Soyil Vho, las jóvenes vu trin que la han protegido durante las últimas semanas. Siguiendo los pasos de sus protectoras, y en plena noche, Tierney baja a la plataforma de atraque wyvernguard en la base de la academia militar de la montaña de la isla gemela del sur.

A orillas del imponente río Vo.

Cuando un grupo de aprendices militares noi se acercan a recibirlas, Tierney siente una repentina conciencia fae del vasto río que ahora la rodea, y cuyas aguas fluyen sin descanso de norte a sur justo al otro lado de la plataforma rúnica y bordean sus terrazas adyacentes que parecen rodear la isla. Las aprendices morenas saludan tanto a Kiya Wen como a Soyil Vho llevándose el puño al pecho, mientras el resto de las aprendices atan la embarcación a unos postes metálicos y miran con curiosidad a la nueva aprendiz de fae asrai. Dos de ellas la saludan asintiendo con amabilidad.

Tierney les devuelve el gesto sin pensarlo, asombrada de poder pasearse entre ellas sin la protección de su glamour, con su larga melena azul meciéndose a su espalda como si fuera una baliza asrai, y luciendo el oscuro tono de su piel azul y sus orejas puntiagudas.

Lucha contra el impulso de esconderse. De prepararse para escapar. De luchar para salvar la vida.

Pero allí solo recibe miradas de bienvenida.

Tierney sigue a Kiya Wen y a Soyil Vho por la extensa plataforma sintiéndose como si alguien le estuviera quitando un agotador peso de los hombros, y mira hacia el cielo para

ver bien la gigantesca isla-montaña que tiene ante los ojos.

Hay hilera tras hilera de edificios wyvernguard rodeando la isla-montaña, y la estrecha masa de tierra se extiende a través de las nubes como si fuera la afilada lanza de alguna diosa. Dragones que emiten lo que parece una intermitente luz interior entran y salen de los confines superiores del Wyvernguard, mientras que embarcaciones rúnicas envueltas de una brillante niebla azul surcan el cielo de la noche y se deslizan sobre el agua como una constelación de infinitas estrellas de color zafiro.

Una áspera brisa procedente del río envuelve a Tierney en un repentino abrazo, le revuelve el pelo y se le enrosca en el cuerpo como un canto de sirena. La caricia le provoca una euforia efervescente y todos sus sentidos cobran vida; su cansancio se desvanece y se para en seco. Tierney se vuelve hacia el gran río y se queda embelesada contemplando su vasta extensión de vibrante agua negra justo al otro lado de la plataforma de amerizaje y de las amplias terrazas adyacentes, admirada por el oscuro esplendor del río más grande de todos los reinos.

Y la irrefrenable sensación de que está completamente concentrado en ella.

Tierney inspira a fondo invadida por una intensa emoción que no termina de entender. Todo lo que la rodea se desvanece salvo el río: los soldados vu trin, la brillante nave rúnica, la isla-montaña, la brillante costa Voloi… Todo está un segundo plano hasta que ya solo queda el agua.

Solo el río Vo.

Las agitadas ondas negras fluyen hacia Tierney, primero formando pequeños y vacilantes cachones, y después oleadas más grandes, como si la vasta extensión del río Vo estuviera despertando a su presencia; su movimiento es completamente independiente del viento y del distante tirón del océano.

Una ola salta por encima del borde de la terraza y rocía a Tierney con su espuma fría. El contacto del agua le provoca una punzada de euforia.

«Asrai.»

La palabra cabalga las olas y la recorre de pies a cabeza. Y se le saltan las lágrimas.

Se acerca al río con la sensación de haber caído en un sueño que esperaba durante mucho tiempo, y enseguida llega al final de la terraza. Todos los soldados vu trin retroceden y, en silencio, y casi con reverencia, observan cómo las olas saltan por encima del borde de la plataforma.

Tierney pasa por encima de la resbaladiza barandilla de piedra y extiende los brazos a modo de apasionado saludo mientras el río Vo impacta contra ella con euforia.

Como si la recibiera con alegría.

Ella deja escapar un grito eufórico rindiéndose a su llamada y se interna en el agua.

El río Vo la rodea en una especie de frío abrazo y Tierney se sumerge en sus profundidades, arrastrada por la adoración del río, y mientras su visión asrai despierta, las aguas oscuras se iluminan y emiten un intenso brillo azul, y aparecen un montón de peces y kelpies que nadan junto a ella.

La joven asrai abre la boca y absorbe una gran bocanada de agua fusionándose con el río y llenándose con ella sus pulmones de fae de agua.

Se siente como si hubiera vuelto a casa.

Empapada y todavía eufórica, Tierney sigue a Kiya Wen y a Soyil Vho por los numerosos pasillos con decoraciones de ónice y zafiro de los barracones wyvernguard del primer piso mientras se va secando al embeber la dulce agua del río Vo con su piel.

Los tacones de sus botas resuenan sobre los suelos de mármol grabados con escenas marciales vu trin y diosas dragón. De los candiles encerrados en esferas de cristal se difunde una luz rúnica de color zafiro que transforma el nuevo mundo de Tierney en un paisaje onírico surrealista.

Kiya Wen se detiene ante una puerta de madera negra marcada —como todas las puertas que hay en esa ala— con una placa redonda y metálica en la que se ve una ola grabada. La joven soldado vu trin se vuelve y le sonríe a Tierney.

—Tú te alojarás aquí —la informa en lenguaje noi, y Tierney no puede evitar llevarse la mano a la runa de traducción que las vu trin le han puesto detrás de la oreja, pues todavía le sorprende tener la capacidad de entender con claridad tantos idiomas distintos.

Kiya Wen se saca un disco rúnico del bolsillo del uniforme negro y lo coloca en la correspondiente runa noi azul que hay en el centro de la puerta de ónice.

—Se abre así —le explica a Tierney.

Llama a la puerta con energía.

—Adelante —responde en idioma noi una voz melódica.

Kiya Wen acciona la manecilla de metal negro de la puerta y la abre.

Y allí, girando en el centro de la pequeña estancia, hay otra fae de agua asrai, tal como le dijeron a Tierney.

—Esta es la aprendiz Asra'leen Filor'ian —anuncia Kiya Wen con formalidad—. Tu compañera wyvernguard.

Tierney abre los ojos como platos de puro asombro al estar cara a cara con aquella joven con la piel de color agua y las orejas puntiagudas. La única asrai desprovista de glamour que Tierney ha visto desde que le impusieron el suyo a los tres años.

El color azul oscuro de la piel de Asra'leen Filor'ian es tan cambiante y ondulante como el de Tierney. Su pelo es blanco como la espuma del mar: una masa de suaves rizos que flotan alrededor de su cabeza. Baja las manos y reduce la velocidad de sus giros hasta detenerse seguida de un remolino de agua que fluye a su alrededor y que enseguida se convierte en un rocío que envuelve su esbelta figura.

Asra'leen abre sus enormes ojos azules y en sus labios añiles se dibuja una efervescente sonrisa.

Entonces el aire que la rodea cristaliza y se convierte en un auténtico arcoíris.

—¡Tierney! —exclama entusiasmada adelantándose de un brinco y abrazando a su compañera como si fuera una amiga a la que hiciera mucho tiempo que no veía, y Tierney se descubre rodeada de brillantes colores.

Asra'leen se retira sin soltar los brazos de la recién llegada.

—Bienvenida a casa —le dice con auténtica calidez y una sonrisa sincera.

Tierney la mira boquiabierta presa de un repentino torbellino de emociones.

Asra'leen va vestida igual que ella, con el uniforme azul zafiro de las aprendices militares de las vu trin y con la marca de su dragón blanco.

Y es evidente que es una fae de agua asrai.

Tierney siente cómo se libera de una tensión que no sabía que sentía al darse cuenta de todo lo que implica haber escapado del Reino de Occidente y ser libre para ser quien es verdaderamente. Una serie de tormentosas nubes negras aparecen alrededor de ella mientras ella intenta reprimir las lágrimas con todas sus fuerzas y se esfuerza por encontrar la voz.

A Asra'leen se le borra la sonrisa cuando ve las nubes y en los ojos irisados de la fae de agua brilla la comprensión y la compasión.

—Aquí estás a salvo —le dice sin soltarla—. Aquí todas estamos a salvo.

La amable expresión de Asra'leen se intensifica cuando mira la espada rúnica que lleva envainada al costado.

—Y ahora estamos armadas.

La mañana siguiente, Tierney se queda asombrada cuando sigue a Asra'leen y a su arcoíris hasta el gigantesco vestíbulo wyvernguard, un vasto espacio abierto en el corazón de la isla gemela del sur. En el centro ve una altísima estatua de alabastro de la diosa dragón Vo rodeada de tallas que representan a mujeres militares vu trin alzando sus espadas rúnicas en alianza con la diosa.

Tierney se toma un momento para observar a las muchísimas aprendices militares vu trin uniformadas que pasan junto a ella, algunas se dirigen a unos ascensores rúnicos construidos en el interior de unas columnas cilíndricas y que se desplazan de un piso a otro para transportarlas a su destino.

Casi todas las vu trin que pasan por su lado son mujeres noi jóvenes y con el pelo negro, pues los hombres noi no poseen la hechicería rúnica necesaria para amplificar las ramas rúnicas o para crear runas. Pero entre las aprendices vu trin hay mujeres uriscas de orejas puntiagudas y piel brillante, e incluso algunos hombres uriscos. Además de mujeres issani rubias, aprendices ishkartan de piel morena que llevan en la cabeza pañuelos dorados marcados con runas, y hombres y mujeres elfhollen con el pelo y la piel gris y arcos colgados del hombro.

Todos ellos llevan una runa de traducción detrás de la oreja que facilita la comunicación entre la mayoría de las lenguas principales de los reinos de oriente y occidente.

También hay cambiaformas de dragón, los wyvern Zhilon'ile, altos y asombrosamente atractivos, que emiten un color ónice a través de palpitaciones de brillantes rayos blancos, algunos de ellos solo van parcialmente transformados, y lucen sus cuernos y sus alas negras.

«Ahora yo también formo parte de esto», piensa Tierney con asombro momentáneamente abrumada por un torbellino de gratitud mirando su uniforme de aprendiz vu trin.

Es extraordinario que haya tanta diversidad en un ejército, en una misma sociedad, y la realidad de aquella situación invade a Tierney, que lo considera con asombro.

Y la invade un feroz deseo de defenderlo sin importar el coste.

Asra'leen le dedica a Tierney una entusiasta sonrisa mientras saca un reloj rúnico del bolsillo del uniforme y mira la hora. Levanta la luminosa órbita para que Tierney pueda verla.

—Tenemos que reunirnos con nuestro grupo dentro de una hora. —Vuelve a meterse la esfera en el bolsillo—. Durante algunas semanas estarás emparejada con Fyordin Lir, el comandante de nuestra división. Trabaja muy de cerca con todos los asrai nuevos.

Tierney se siente nerviosa al pensar en conocer a tantas personas nuevas, su división asrai'lon está compuesta exclusivamente por fae de agua.

—Fyordin tiene un poder notable —le explica Asra'leen muy contenta mientras un dragón vhion'ile entra en el vestíbulo y pasa por su lado acompañado de un grupo de aprendices vu trin noi.

Tierney se queda de piedra.

«Dragones… A la vista de todos. Dragones libres.»

Se le encoge el corazón al recordar al dragón que ella y sus amigos ayudaron a liberar.

«¿Dónde estás, Naga? ¿Conseguiste llegar al este?»

—… y ha adoptado al río Vo, ahora es de su familia.

Tierney vuelve a mirar a Asra'leen, que guarda silencio y deja de sonreír cuando parece advertir la emoción defensiva de Tierney.

La joven asrai vuelve a recordar lo que sintió nadando en las aguas oscuras del río Vo, al fusionarse con él, el vínculo inmediato que se formó entre ella y el río la noche anterior, algo mucho más intenso de lo que ella imagina que pueda llegar a sentir bajo la caricia del mejor amante.

—¿Estás bien? —pregunta Asra'leen con sus ojos de arcoíris anegados de preocupación.

Por un momento Tierney no puede hablar, pues está muy afectada por la idea de que otro fae pueda estar tan unido a su Vo.

Tierney sabe que Asra'leen ha formado su propia unión con una cascada en una pequeña isla al sur del Wyvernguard. La noche anterior estuvieron hablando mucho rato, y Asra'leen le habló de la primera vez que entró en contacto con su cascada y sintió cómo se formaba un profundo y significativo vínculo entre ella y aquel lugar ya desde el primer contacto, la sensación de una conexión inmediata y una euforia incomparable. Y ahora Asra'leen intenta visitar la preciosa cascada siempre que puede, se sumerge bajo ella y a menudo se transforma en agua para convertirse en un solo ser, felizmente rodeada de los muchísimos peces que habitan en ella, anfibios, plantas acuáticas; y, de esta forma, esta pequeña manifestación del agua de Erthia ahora se ha convertido en una importante parte del corazón de Asra'leen.

Tierney sabe, gracias a los kelpies, que todo asrai acaba encontrando sus aguas, un cuerpo de agua que puede reivindicar y por el que, a su vez, es reivindicado.

La pasada noche Tierney encontró el suyo, y no está preparada para compartirlo.

—¿Has dicho que Fyordin Lir ha reivindicado el río Vo? —insiste Tierney con un inconfundible tono de fastidio.

«Mi río.»

En los ojos de Asra'leen brilla un brillo travieso.

—Bueno, ahora tendrás que compartirlo, ¿no? Parece que Fyordin y tú habéis formado la misma alianza.

Todos los instintos fae de Tierney rechazan esa idea.

«No. El río es mío.»

—Ya lo solucionaréis —la tranquiliza Asra'leen rodeada por todos los colores del

arcoíris, y esboza una brillante sonrisa—. Venga. Vamos a conocerlos a todos.

Tierney parpadea molesta por la brillante luz del sol cuando se detiene en el umbral de la puerta de salida del Wyvernguard. La amplia terraza de obsidiana que rodea la base de la isla gemela del sur se extiende ante ella y está llena de aprendices de militar: la sorprendente visión de lo que debe ser la división de fae de fuego a su derecha, los aprendices pelirrojos conjurando llamas que brillan en el cielo, y una división de fae elfhollen a la izquierda; los fae de las montañas están dispuestos en fila lanzando flechas a los objetivos alineados al final de la terraza.

Pero lo que la deja sin aliento es la división que tiene delante.

—*Myl'lynian'ir* —le dice Asra'leen a su amiga con alegría tranquilizándola con las palabras asrai para decir «vamos, amiga», mientras sale a la terraza iluminada por el sol, tendiéndole una de sus manos azules. La cristalina aura de arcoíris de Asra'leen brilla con fuerza iluminada por el sol, y su espumosa cabellera reluce tanto que parece blanca azotada por la brisa procedente del río Vo.

Tierney no puede moverse. Es incapaz de hablar mientras asimila la fantástica escena que tiene ante los ojos, pues el río Vo ha cambiado la dirección de su corriente para recibirla y rocía la barandilla de la terraza.

Hay más de veinte fae de agua asrai reunidos en una gran extensión de la terraza junto a la orilla del río, y todos tienen ese tono de piel azul marino tan cambiante que ondea como el agua, el pelo ondulado, los rasgos grandes y las orejas puntiagudas como las de Tierney, y todos llevan el uniforme de color zafiro de los aprendices militares wyvernguard, igual que el suyo.

Ella los observa asombrada. Una joven mujer asrai con la piel de un tono azul tan oscuro que parece negro está creando enormes remolinos de agua en el frío aire de la mañana, y tiene una masa de algas enredadas en sus largos rizos de color azul marino; un joven con una corona de conchas de marfil conjura una delgada manga de agua junto a la orilla del río, y su creación emerge del agua en dirección a las nubes blancas del cielo; una musculosa y corpulenta joven se vuelve sobre sí misma y hace girar las manos generando unas enormes anguilas de río con el agua brillante, y las conchas negras que le decoran los rizos reflejan la luz del sol, tanto como las criaturas marinas suspendidas.

Los asrai fae hacen demostraciones de sus poderes de agua por todas partes, manifestando abiertamente su alianza con las aguas de Erthia.

Un elegante asrai de apariencia andrógina está lanzando un rayo de agua tras otro por encima del río Vo, y tiene las puntas del pelo azul salpicadas de pálidos nenúfares. Y un

chico con expresión taciturna está formando una pequeña tormenta tropical a un lado mientras la magia fluye de sus manos extendidas. Sus miradas se cruzan y abre sorprendido sus ojos de color añil al tiempo que un rayo brota de su tormenta, como en asombrada respuesta a la presencia de Tierney.

El idioma prohibido de los asrai que le enseñaron sus kelpies allí se habla con total libertad, y se entusiasma al escuchar su fluida cadencia. Hay hileras de armas rúnicas apoyadas en los estantes para armas, runas de poder acuático noi que emiten su brillo de color zafiro en las empuñaduras de las espadas, arcos y lanzas.

Por un momento, es como si todo el mundo se inclinara sobre su eje, y Tierney se obliga a reprimir una exclamación de pura emoción mientras la tormentosa magia que anida en su interior crece y se agita con dolorida alegría.

«Todos somos libres. Libres para ser fae asrai.

»No solo faes asrai…

»Soldados asrai fae.»

Se le llenan los ojos de lágrimas y reprime un mudo sentimiento de emoción por lo maravilloso que es el Reino del Este.

—*Fil'lori mir asrai'il* —dice Asra'leen con una mirada compasiva y la mano todavía extendida. «Mi hermana asrai.»

Tierney sale a la luz con el corazón tan repleto de emociones que parece a punto de estallar.

Su presencia atrae miradas de curiosidad, de la mayoría de los jóvenes asrai y de algunas de las chicas, que se vuelven para mirarla dos veces al tiempo que sus poderes de agua se disipan o caen al suelo de mármol negro de la terraza.

Percibe curiosidad, pero también hay algo a lo que Tierney todavía se está acostumbrando.

Fascinación.

Estas miradas de admiración que atrae ahora suponen un cambio desconcertante para ella y no sabe cómo manejarlo. Se había acostumbrado a las miradas de repugnancia y aversión que le lanzaban en Gardneria cuando estaba oculta bajo ese glamour que la hacía parecer una maga feísima de rasgos afilados. Pero ahora todo ha cambiado.

Tierney habló sobre ello con Trystan durante el viaje que hicieron juntos hasta allí, mientras los dos estaban sentados en una roca admirando la arena carmesí del desierto central de Ishkartan y la luz roja del sol bañaba todo el paisaje.

—¿Te has dado cuenta de lo espectacularmente preciosa que eres? —le preguntó Trystan mirándola con un brillo divertido en los ojos.

—No estoy segura de cómo llevarlo —contestó Tierney frunciendo el ceño al pensar en su asombroso cambio—. Es como si nadie me hubiera visto como realmente era en Gardneria —le confesó abriéndole su corazón, cosa que le resultaba muy fácil hacer con Trystan, pues era una persona amable que nunca juzgaba a nadie—. Pero ahora es como si me siguieran viendo solo por el aspecto que tengo.

Trystan asintió y la miró con comprensión sopesando su aspecto asrai.

—Aunque imagino que esto es un poco mejor.

Tierney no pudo evitar sonreír y admitió que tenía razón lanzándole una mirada irónica. Levantó el brazo y miró el ondeante y precioso tono azul de su piel embelesada por su cambiante color. Después dejó caer la mano sobre la rodilla y miró a su amigo a los ojos, y entonces volvió a caer presa de una familiar melancolía.

—Tengo miedo de que nadie llegue a verme nunca de verdad —admitió con un hilillo de voz apenas audible.

Trystan reflexionó y guardó silencio durante un buen rato. Después se volvió hacia ella con los ojos llenos de emoción reprimida.

—Te entiendo —dijo al fin.

*—Asrai'a'lore Yl'orien'ir!*

El asrai con el pelo decorado con algas se dirige a Tierney desde el otro extremo de la terraza, colándose con entusiasmo en su fugaz recuerdo, y se acerca a ella acompañada de aquel esbelto fae andrógino. «Bienvenida, fae de agua.»

Un torbellino de alegre poder de agua brota en el interior de Tierney en respuesta a su inmediata aceptación.

—Esta es Torryn —dice Asra'leen en el idioma asrai sonriendo y alargando la mano con elegancia en dirección a la mujer de las algas—. Y Ra'in.

Sonríe encantada mientras el fae con nenúfares en la cabeza rodea a Asra'leen por los hombros y le dedica una sonrisa a Tierney a través de sus preciosos ojos de pestañas de color turquesa.

—Estamos encantados de que estés con nosotros —dice Ra'in en el idioma asrai, y Tierney queda embelesada por su belleza y esa rítmica voz que es tan melódica como un arroyo en verano. Y por la estridente individualidad de Ra'in, que se niega a ser confinada, de la misma forma que allí no se confina ninguna de sus naturalezas fae. Es

increíble la sensación que la embarga, la sensación de poder ser uno mismo sin correr peligro.

De pronto se oye una sonora salpicadura en el río Vo, justo en un hueco de la barandilla curva donde la piedra de la terraza se inclina para que puedan despegar las embarcaciones rúnicas.

Un dragón hecho de agua emerge repentinamente de las agitadas aguas del río Vo, y Tierney echa la cabeza para atrás sorprendida. El dragón de agua gira en espiral hacia el cielo extendiendo sus translúcidas alas de agua, tan largas como dos velas.

Un varón fae hecho todo de agua sale de la espuma que aflora por detrás del dragón y entra en la terraza, y una ráfaga de su poder atraviesa a Tierney con la fuerza de un huracán. La brillante silueta del joven se transforma en carne y su mojado pelo de punta refleja todos los tonos del azul a la luz del sol; y tiene unas orejas puntiagudas. Se lleva una mano al hombro para deshacerse sin esfuerzo del agua que le empapa el cuerpo: sus movimientos son tan fuertes y elegantes como los del río.

Tierney lo contempla absorta mientras su magia de agua empuja en dirección del formidable joven asrai y en su interior se forman nubes de tormenta debido a la poderosa fuerza de su presencia; la joven tiene que esforzarse para evitar que se manifiesten sobre su cabeza.

El recién llegado es devastadoramente atractivo y, con sus rasgos azul intenso, es alto y poderoso. Y además no lleva túnica. Es un escándalo. Todo el mundo puede ver sus músculos brillantes por el agua del río Vo y sus oscuros pezones.

A Tierney se le acelera el corazón, aparta la vista rápidamente y traga saliva avergonzada cuando él se acerca.

—¿Ese es Fyordin? —le pregunta a Asra'leen con la voz entrecortada.

—El mismo —contesta Asra'leen, y después alza la mano en dirección al fae medio desnudo—. ¡Fyordin! —Lo saluda con cordialidad, como si allí la desnudez total o parcial fuera de lo más normal.

Fyordin se acerca, y a Tierney le asalta otra intensa oleada de su poder que la recorre con una fuerza embriagadora. La joven inspira profundamente y levanta la vista para encontrarse con los oscuros ojos azules de Fyordin.

Su mirada emite un intenso resplandor de interés mientras esboza una sonrisa, y Tierney se fija muy avergonzada en los aros metálicos azules que lleva en las orejas puntiagudas, al tiempo que es demasiado consciente de que sus pezones, que luce desnudos sin ningún pudor, también están perforados.

—Esta es Tierney Calix —anuncia Asra'leen, y todo el grupo guarda silencio mientras a Tierney se le acelera el corazón y vuelve a apartar la mirada de Fyordin.

—Asrai'il —dice Fyordin rompiendo el silencio; su autoritaria voz fluye hasta lo más profundo de Tierney.

Puede sentir su torrente de poder en esa voz. Y la joven tiene que detener su tormenta interior para evitar ahogarse en ella.

Fyordin le tiende la mano y ella traga saliva, muy nerviosa, cuando alarga el brazo para estrecharla y reprime un jadeo al sentir cómo las orillas de sus respectivos poderes tormentosos se rozan entre sí.

Fyordin sonríe con más ganas y le brillan los ojos.

—No —dice con cierta censura en el idioma asrai—. No como una Vor'ish'in. Como una asrai.

Desliza la mano por el brazo de Tierney y la sujeta del antebrazo.

Una ráfaga de agua brota de la mano de Fyordin y se enrosca en el brazo de Tierney dibujando brillantes lazos; el contacto le empapa la túnica al tiempo que le provoca una excitación que le palpita por todo el cuerpo.

—Une tu agua a la mía, asrai —la invita Fyordin mientras a ella se le acelera de nuevo el corazón—. Así es como se saludan los asrai.

Inesperadamente conmovida por la oferta de olvidarse de las costumbres gardnerianas en favor de las asrai, Tierney respira hondo y proyecta una corriente de agua que fluye de su piel, se enrosca por sus brazos entrelazados y se mezcla con el agua de Fyordin, y las dos corrientes colisionan para, a continuación, fusionarse fortalecidas con un poder que provoca una embriagadora avalancha en el interior de Tierney. Por un momento, no quiere soltar el brazo de Fyordin, a quien mira con lágrimas en los ojos.

«Asrai'il. Mi pueblo.»

Tierney siente una oleada de calor cuando Fyordin sonríe y le estrecha el brazo con más fuerza.

—Bienvenida a casa, asrai'il.

Mientras sigue agarrada a Fyordin se le escapan algunas lágrimas que no logra reprimir azotada por una intensa oleada de emociones, y de pronto brota una ráfaga de agua que se enrosca alrededor de Tierney, pero no procede solo de Fyordin, sino de todos los fae que están a su alrededor.

—Ya no estás atrapada en Gardneria —afirma una joven mujer asrai con el oscuro pelo azul trenzado y decorado con varias hileras de pequeñas conchas.

Tierney siente algo que no había sentido jamás, una emoción que la recorre de pies a cabeza como una de sus queridas olas, y se le abre el corazón.

Pertenencia.

—Yo soy My'raid —dice la mujer de la cabeza decorada con conchas cuando Fyordin

suelta a Tierney y su poder se retira junto al del resto de los asrai.

—Yo soy Tierney Calix —le contesta todavía atrapada en esa avalancha de emociones conjuntas.

Entonces extiende el brazo y la joven lo rodea con un lazo de agua, y Tierney la incorpora a su propia ráfaga de poder, pues es incapaz de reprimir la fuerza de su magia.

La mujer observa la corriente de agua que fluye alrededor de sus brazos entrelazados con evidente sorpresa:

—Eres poderosa, asrai'il —advierte—. Y es muy probable que no conozcas hasta dónde puede llegar tu poder. La mayoría de nosotros no lo sabíamos cuando llegamos a oriente. —Esboza una brillante sonrisa—. Pero ahora estás aquí y eres libre. Y nos ayudarás a nosotros y a los demás fae a construir una nueva Sidhe.

Tierney mira el maravilloso cuerpo medio desnudo de Fyordin y se da permiso para perderse en su cautivadora mirada y en esa sonrisa todavía más fascinante.

Fyordin también la mira con un interés tan intenso que le provoca una punzada de calidez. Ningún joven la había mirado nunca de esa forma. Tierney se siente como una fuente de aguas termales, y por un momento se pregunta, con el cuerpo encendido, qué se debe de sentir al besar a otro asrai.

—Tienes que reivindicar tu nombre asrai —la anima Fyordin poniéndose serio y perdiendo la sonrisa—, y deshacerte de ese nombre gardneriano falso.

Tierney vacila.

—Nunca he podido utilizar mi nombre asrai y no estoy acostumbrada…

—Pero ahora ya lo puedes utilizar —apunta My'raid significativamente con un emocionado brillo en sus ojos azul lago—. Aquí los cuervos no tienen ningún poder.

La nueva sensación de pertenencia de Tierney se tambalea cuando se estremece mentalmente al percibir el insulto.

«Cuervos.»

Lo había oído muchísimas veces mientras estaba de camino hacia allí, pues cuando las vu trin hablaban entre sí lo empleaban para referirse a Trystan. Y lo oía en referencia a su familia gardneriana y a su hermano asrai de quince años, cuyo glamour se niega a desaparecer. El despreocupado uso que se hace de la palabra «cuervo» le preocupaba mientras su madre y su padre gardnerianos y su hermano asrai escapaban hacia oriente. Ahora su familia adoptiva tiene un nuevo papel: son refugiados gardnerianos establecidos en Voloi, la capital de las tierras Noi.

La intranquilidad que siente Tierney ante el insulto se acentúa cuando recuerda lo que ella y Asra'leen han vivido durante el desayuno en el enorme comedor wyvernguard, donde alguien ha explicado que la noche anterior le habían decorado la habitación con

insultos a Trystan Gardner. Y que los tres fae de la muerte eran los únicos aprendices vu trin que le dieron la bienvenida a Trystan.

—¿Estás preparada para pelear con nosotros, asrai'il? —le pregunta Fyordin con tono desafiante colándose en su incomodidad. Un sutil destello de su poder de agua se enrosca alrededor de Tierney, y la mira con un brillo pícaro en sus impresionantes ojos azules.

Ella se pone derecha tratando de no perder el control en presencia de su bello rostro y su corpulento cuerpo tan presente en su desnudez.

—Sí —contesta Tierney proyectando su propia ráfaga de poder de agua invisible hacia Fyordin.

Él la mira con una intensidad tal que Tierney la siente resbalar por su espalda.

—Tu entrenamiento en asrai for'din, tu poder asrai, será rápido e intenso —le dice poniéndose más serio—. Es muy probable que nos desplieguen por el oeste. Y pronto. Las vu trin se están movilizando para entrar en combate con las cucarachas.

«Cucarachas.»

Tierney se incomoda y sobre su cabeza se forma una nube de tormenta que es incapaz de reprimir.

—Estoy preparada para luchar contra Vogel y sus fuerzas —dice mirando a Fyordin a los ojos—. Pero deberíais saber que hay muchos gardnerianos que están de nuestro lado en esta lucha.

Tierney nota cómo cambia de golpe la energía que fluye a su alrededor, se torna inquieta y ya no es tan agradable como hace tan solo un momento.

Fyordin frunce los labios con actitud dominante y su poder de agua invisible crece, y ya no resulta agradable, sino que se agita presa de una vorágine caótica.

—Las cucarachas no tienen lugar entre nosotros.

—Se llaman gardnerianos —le espeta Tierney.

Nota cómo retrocede el poder de agua combinado que la rodea y una parte de ella quiere arrastrarse hasta recuperarlo y volver a sentir esa sensación de pertenencia. Pero se aferra a su obstinada actitud rebelde.

«Este es tu don, ¿verdad? —se pregunta Tierney con amargura—. Ser una extraña allá donde vas.»

De pronto Tierney siente un hormigueo en el cuello al advertir una nueva presencia que le presta atención. No es la atención de los asrai que la rodean con su magia de agua. No. Esto es algo distinto.

Algo que hace parpadear su poder interno, oscuro como la noche, y tiñe sus ondas azules con las turbias tonalidades de una piscina muy profunda.

Su mirada se siente atraída como la aguja de un compás hasta una figura lejana, un joven, alto y callado, que luce una ropa negra a juego con su pelo negro como la noche. Está apoyado en la barandilla de piedra de la terraza al otro lado de la división de los fae de fuego que juegan con las llamas, y la mira fijamente.

Tierney está convencida, incluso a aquella distancia…

Es uno de los tres fae de muerte que hay en el Wyvernguard.

Por lo que ha podido descubrir por las conversaciones de aquella mañana, los fae de muerte son temidos marginados que solo están allí porque Vang Troi, la inconformista comandante de las fuerzas vu trin, quiere utilizar sus habilidades mágicas únicas, de la misma forma que quiere utilizar las de Trystan.

Desconcertada por la presencia del oscuro fae, Tierney se vuelve hacia Fyordin, que la está fulminando con la mirada.

—La mitad de los que estamos aquí —le espeta mientras hace recular su poder de agua invisible y pierde su halo de bienvenida—, la mitad de nosotros fuimos criados por celtas y tuvimos que vivir ocultos tras un glamour. Nos ocultaron los celtas en occidente. Unos celtas que evitaron que los gardnerianos acabaran con nuestro pueblo. La otra mitad viajamos como pudimos hacia oriente y fuimos criados por noi. Que nos salvaron de los gardnerianos.

A Tierney se le eriza el vello de la nuca.

—Mi familia adoptiva es gardneriana —contesta con rabia—. Y ellos me salvaron de morir a manos de otros gardnerianos. Algunos de mis mejores amigos son gardnerianos. Y todos están deseando luchar contra Vogel.

Fyordin se pone tenso.

—Ya he oído que has venido con Trystan Gardner.

—Así es —contesta Tierney con una actitud beligerante a la que Fyordin se suma de inmediato.

—Las cucarachas no tienen sitio aquí —suelta furioso—. Y el nieto de la Bruja Negra, precisamente, no tiene sitio aquí. Si no se marcha voluntariamente, habrá que echarlo.

Tierney sostiene la formidable mirada de Fyordin sin inmutarse.

—Trystan Gardner es amigo mío.

Se hace el silencio y la agradable atmósfera de bienvenida de hace unos minutos desaparece del todo.

—Entonces quizá tú tampoco tengas sitio aquí —afirma Fyordin con frialdad.

Sus palabras son como un cuchillo que la atraviesa lentamente. Muy doloroso. Pero Tierney no está dispuesta a demostrarle a ese arrogante fae lo mucho que la ha herido.

Se aguanta el dolor y lanza a Fyordin una potente mirada mientras la nube de

tormenta que flota sobre su cabeza va ganando fuerza.

—¿Qué ha pasado con asrai'il? —acusa—. ¿O eso solo es aplicable cuando no digo lo que pienso? —Da un paso hacia él muy enfadada—. Me han dicho que has reclamado el río, Fyordin.

—Exacto —le dice con una mirada tormentosa.

Tierney esboza una seria sonrisa.

—Pues desafío esa reclamación.

Se oye un jadeo colectivo y Fyordin se toma su tiempo para mirarla de arriba abajo con una mueca de desdén en los labios, pero Tierney nota cómo la tormenta de su interior le golpea la piel.

—No tienes ni idea de a lo que te enfrentas —le advierte con una sonrisa amenazadora —. Vas a necesitar un ejército para vencerme.

Tierney retrocede, agacha la cabeza y extiende los brazos entonando una llamada asrai en su mente.

Una llamada dirigida al río Vo.

Su Vo.

El agua salta por encima de la orilla de la terraza. Los fae gritan cuando más de veinte kelpies emergen del río, y los aprendices de militar que hay en la terraza se retiran sorprendidos. El agua oscura ruge en el interior de los cuerpos de los kelpies, que se reúnen alrededor de Tierney enseñando sus nuevos dientes de hielo. Su querido kelpie, Es'tryl'lyan, se pone junto a ella. Todos los asrai la miran alarmadas.

Tierney sabe que sus kelpies son independientes de cualquier alianza fae. Y que están aliados con el poder del agua para provocar muerte, un poder a medio camino entre la magia asrai y las fuerzas primitivas.

Las fuerzas de la muerte.

Alarga el brazo para tocar la fría y fluida superficie del lomo de Es'tryl'lyan mientras mira a Fyordin con una sonrisa letal en los labios.

—Ya tengo un ejército, Fyordin Lir. Y pensamos luchar contra las fuerzas de Marcus Vogel con cualquiera que quiera aliarse con nosotros.

Furiosa, Tierney se da media vuelta y se aleja de todos ellos mientras la nube de tormenta que flota sobre su cabeza se intensifica y empieza a escupir rayos. Entonces extiende el brazo y vuelve a enviar a sus kelpies al agua mientras cruza la terraza en dirección al fae de la muerte.

—Tierney —la llama Asra'leen. Se oye el ruido de las botas de la joven fae chapoteando por la terraza empapada.

Mientras su magia de agua se agita resentida, Tierney aprieta los dientes y se detiene

sin dejar de mirar al fae de muerte, que también la mira a ella desde el otro extremo de la terraza.

—Tierney, por favor —le suplica Asra'leen evidentemente apenada.

Ella suspira con fuerza y se da media vuelta. Al ver la expresión de sus ojos se da cuenta de que Asra'leen está sinceramente preocupada. Se le ha apagado su colorido brillo. Pero eso no basta para acallar el furioso dolor que hierve en el interior de Tierney.

—Me parece que ahora deberías evitarme —le espeta Tierney sabiendo, incluso ya al decirlo, que está siendo muy injusta con Asra'leen, que siempre se ha portado muy bien con ella.

Asra'leen se tensa dolida, pero parece desprenderse rápidamente de ese sentimiento. Sus ojos azules se oscurecen con obstinación.

—No pienso hacer eso.

Tierney la mira alzando una de sus cejas azules.

«La he juzgado mal —piensa—. Es más fuerte de lo que parecían indicar sus arcoíris danzarines y su afinidad con una pequeña cascadita.»

—Ya me he dado cuenta de que esto es… complicado para ti —empieza a decir Asra'leen un tanto vacilante. Vuelve a mirar hacia los asrai que están reunidos en la terraza a su espalda.

Tierney mira un momento a Fyordin y comparten un iracundo destello; el poderoso fae agita la mano y hace brotar una manga de agua del río Vo que se dispersa en el aire.

Es una advertencia.

«Muy bien —piensa Tierney fulminándolo con la mirada—. Está decidido. Me voy a quedar con el río Vo.»

—¿Adónde vas? —le pregunta Asra'leen a Tierney frunciendo sus cejas blancas—. Te van a castigar si te marchas…

—No pienso entrenar con Fyordin Lir —contesta acompañando su afirmación con un gesto de la mano—. Voy a pedir que me asignen a una división distinta. —Ladea la cabeza en dirección al joven que aguarda a lo lejos—. Y voy a ir allí a hablar con ese fae de la muerte.

Asra'leen se sobresalta alarmada. Traga saliva mirando de reojo al fae de la muerte.

—Tierney —murmura con un tono grave y empático—, no te acerques a él. Ellos no son como nosotros. Su magia es elemental. Es primitiva y peligrosa. Ni siquiera deberían estar en el Wyvernguard. Todas las religiones que hay aquí los consideran demoníacos…

—No —le contesta Tierney con una mirada burlona—. Acabo de venir de Gardneria. Vas a tener que encontrar algo mejor que un argumento religioso para conseguir que

ignore a alguien. Ya decidiré por mí misma quién es un demonio y quién no lo es.

Asra'leen la coge del brazo mirando nerviosa en dirección al fae de la muerte.

—Son capaces de percibir tu miedo y alimentarse de él. Pueden esclavizarte y ponerte a prueba con animales capaces de matarte. Son capaces de agarrarse a un hilo de tu miedo y controlarte. —Su tono se vuelve insistente—. Tierney, quizá te esté acosando. Ellos hacen esas cosas. Aléjate de él.

Tierney se muestra cada vez más escéptica.

—Y, sin embargo, ellos son los únicos que están dispuestos a darle una oportunidad a Trystan Gardner.

Imprudentemente decidida, Tierney le da la espalda a Asra'leen y se encamina hacia el fae de la muerte.

—Tierney… ¡espera! —le grita Asra'leen por detrás, pero Tierney la ignora; ignora las miradas de sorpresa colectiva que le lanzan los fae de fuego cuando pasa de largo por su lado y se dirige directamente hacia la oscura figura de mirada fija.

# 5

# Fae de la muerte

TIERNEY CALIX

***Mes seis***
***Reino de Oriente***
***El Wyvernguard***

Acercarse al fae de la muerte es como acercarse a un vacío. Aguarda inmóvil mientras Tierney cruza la terraza de piedra del Wyvernguard salvando rápidamente la distancia que los separa. Por un momento tiene la sensación de estar aminorando el paso, incluso a pesar de acelerar, y la distancia entre ella y el fae inmóvil parece aumentar al tiempo que el resto del mundo se desvanece.

Sigue avanzando hacia la hipnótica forma del fae de la muerte con el corazón acelerado mientras él aguarda apoyado en la barandilla de la terraza agarrado a la piedra con sus manos pálidas. Es alto y delgado, pero a ella le parece percibir un vasto poder en su estilizada silueta. Su rostro es un laberinto de ángulos y sombras, lleva el uniforme del Wyvernguard teñido de negro, como si alguien hubiera vertido un cubo de tinta negra por encima de la tela de color zafiro y el dragón bordado del centro.

Tierney se da cuenta de que también tiene las uñas negras. Y de punta.

Son garras.

Unas zarpas que dan la impresión de servir para destripar a cualquiera sin ningún esfuerzo.

Mientras se acerca, el color negro de los ojos del fae se extiende hasta abarcar la zona blanca de sus ojos, por lo que dan la impresión de ser un abismo sin fondo. Tierney se detiene. El cálido zumbido de su pulso le resuena en los oídos y se tensa asediada por una creciente intimidación que se obstina en ignorar. Se obliga a mover de nuevo los pies. A medida que avanza, el mundo se torna cada vez más y más negro, y el fae de la muerte ya solo está iluminado por una ligera niebla plateada que los envuelve a los dos.

Se detiene ante él.

Es como si el mundo se hubiera parado y ellos dos fueran los únicos que lo habitan. Todos los sonidos se han apagado, la terraza, la montaña wyvernguard y el río que los rodea están envueltos por la oscuridad.

El fae de la muerte se endereza ligeramente y parece mirar a Tierney con inquieta curiosidad mientras unos duros cuernos negros emergen de entre su pelo negro de punta.

«Qué negros son sus ojos», piensa Tierney asombrada y con la respiración entrecortada.

Son tan negros como el corazón de Erthia.

Tan negros como los confines más lejanos del cielo de la noche.

De debajo de la túnica del fae emergen unas serpientes negras que se le enroscan a la cintura, los brazos y el cuello pálido, y Tierney traga saliva.

Aguarda mientras sus serpientes levantan la cabeza a la vez y la miran fijamente sacando la lengua. A ella la asalta la repentina y ligeramente divertida idea de que, si el fae de la muerte abriese la boca, de su interior también saldría una lengua bífida.

—¿Por qué me estás mirando? —le pregunta Tierney con un tono desprovisto de acusación, es simple curiosidad.

Él ladea la cabeza, parece mirar directamente a algún punto oculto en el interior de Tierney.

—Tienes familiares que pertenecen al mundo de los muertos —contesta, y Tierney se estremece. Su voz es un arrullo subterráneo que resuena en los huesos de la asrai—. Tus parientes kelpies también son nuestros semejantes —dice envuelto por una fina capa de niebla—. Y el gardneriano habló de ti.

Tierney piensa en ello mientras recuerda las miradas asustadas de los otros asrai cuando ella convocó a sus kelpies. Es evidente que a la mayoría de los fae de agua no les gustan sus agresivos caballos de agua, conectados como están a su letal poder y conocidos por ahogar a cualquiera que consideren una amenaza para las aguas que ellos hayan reclamado como propias.

La muerte cabalga a lomos de esos kelpies.

Pero, aun así, la feroz lealtad de los kelpies hacia las aguas de Erthia resuena en el interior de Tierney, y ella no puede evitar quererlos por ello.

Tierney aguanta la infinita mirada del fae de la muerte, sintiendo una chispa de conexión basada en su aprecio mutuo por criaturas aterradoras e incomprendidas.

Hace acopio de valor frente a la invasora y palpable oscuridad del fae.

—He oído que fuisteis amables con Trystan Gardner y quería darte las gracias. Es amigo mío.

El fae de la muerte alza las cejas y su bruma plateada rodea a Tierney.

De pronto, un montón de arañas y escorpiones negros empiezan a trepar por los hombros y los costados del fae, descienden por su cuerpo y avanzan por el suelo de piedra cubierto de niebla en dirección a la asrai. Los animalitos trepan por sus pantalones junto a dos serpientes negras y ella se estremece al notar su contacto.

Arañas pescadoras venenosas, escorpiones y serpientes de agua.

Un solo mordisco deja la huella de la muerte.

Tierney se subleva al percibir lo que a ella le parece un intento por intimidarla. Mira al fae de la muerte sin inmutarse mientras los brillantes insectos negros y las serpientes la envuelven y su poder de agua se agita acuciado por una energía beligerante.

El fae de la muerte ladea su cornamenta y frunce sus labios negros mientras sigue analizando a Tierney con esos inquietantes ojos vacíos que tiene.

De pronto le crecen los ojos.

Tierney jadea arrastrada por una repentina sensación de vértigo, como si el suelo se hubiera inclinado para hacerla resbalar directamente hacia sus ojos infinitos.

La asrai cierra los ojos con fuerza para evitar caer en su hechizo y siente que está a punto de perder el equilibrio; en su interior la ira se erige como una ola salvaje. Mientras se esfuerza por recuperar el equilibrio, Tierney aspira hondo y abre los ojos: se encuentra con una mirada entornada y lívida, y enseguida se siente acechada por su implacable atracción.

—Déjame en paz —le ordena mientras vuelve a sentir esa especie de atracción hacia él.

Tierney tensa todos los músculos de su cuerpo y crea una tormenta: las nubes oscuras brotan de su piel y disipan la niebla plateada del fae, rodeándolos a ambos al tiempo que escupen finas ráfagas de rayos blancos.

El fae de la muerte parpadea, como sorprendido, y entonces la atracción se desvanece.

Tierney da un vacilante paso atrás para recuperar el equilibrio y después se obliga a erguirse de nuevo mientras le lanza una mirada fulminante muy enfadada.

—Tengo afinidad con los kelpies y con las aguas oscuras —ruge—. Me siento atraída por el fondo de los lagos. Por los arroyos escondidos. Por el mal tiempo. A mí no me gusta el agua clara y cristalina, sino las aguas profundas llenas de criaturas que habitan su interior. Criaturas peligrosas.

Tierney mira cada vez más enfadada los insectos que siguen paseándose por su abdomen y la serpiente que se le ha enroscado en el brazo.

Entonces mira fijamente al fae de la muerte y él lanza una mirada desafiante.

—Adelante, fae de la muerte. Intenta asustarme. Has elegido intimidar a la asrai equivocada. Yo he pasado mucho tiempo viviendo en la oscuridad.

El fae pasea su mirada negra por el rostro de Tierney hasta que de pronto reaparece la parte blanca de sus ojos; esboza una tímida sonrisa.

—¿Te sientes atraída por las criaturas peligrosas de la naturaleza?

«Cielo santo», vuelve a pensar Tierney cuando el mundo se oscurece y se enrosca alrededor de esa sedosa voz subterránea y ya solo queda la imagen de él envuelta por esa nube de niebla plateada.

Y esos profundos ojos cavernosos.

Le mira sin inmutarse.

—Sí.

El fae de la muerte se yergue todo lo que puede y da un paso hacia Tierney. Su ligera sonrisa va creciendo a medida que se acerca a ella.

De pronto ella vuelve a caer presa de esa oscura mirada, hipnotizada, y tiene la sensación de que está siendo arrastrada por una corriente de medianoche.

—¿Estás segura? —le pregunta. Y Tierney nota cómo su aliento le roza la oreja y su voz resuena por su interior con una extraña y agradable resonancia que calienta las líneas de su poder.

Todo en el mundo se apaga hasta prácticamente oscurecerse por completo.

El recelo se apodera de Tierney y va creciendo incluso mientras ella pelea contra lo que se ha convertido en una atracción sorprendentemente fascinante, pues poco a poco se va dejando llevar por la embriagadora sensación que le produce sumergirse en las profundidades del vasto río.

—¿Por qué estás intentando someterme a tu hechizo? —le pregunta tranquilamente mirándolo fijamente mientras su poder se agita cada vez más caliente.

—Por curiosidad —contesta con una sonrisa oscura estudiándola con sus ojos infinitos. Alza un segundo las cejas, como si de pronto le hubiera llamado la atención algo que hubiera percibido en el interior de Tierney—. Tus miedos me intrigan.

—Entonces ¿es cierto? —pregunta ella con picardía tratando de ignorar lo seductor que lo encuentra en ese momento—. ¿Eres un demonio que está a punto de devorarme?

El fae de la muerte conjura una sonrisa traviesa que provoca una punzada gélida en la espalda de Tierney. Pero entonces la mira con mayor intensidad y su sonrisa desaparece tras una energía inquietante.

«Tierney Calix.»

La asrai se pone tensa asombrada de oír la profunda voz del fae en los confines de su mente.

Recula con rapidez, exhala y proyecta un invisible poder tormentoso que impacta contra su hechizo invisible.

—Sal de mi mente —le ruge sintiendo la gélida punzada del pánico.

Sus poderes colisionan, una pared de magia fae choca contra otra, y ninguna de las dos partes se rinde: un muro negro pegado a una marea tormentosa.

—Nadie puede evitar la muerte —le espeta enseñándole los dientes mientras sigue haciendo fuerza contra su tormenta—. Si eres miedosa, no te acerques a la muerte.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Tierney sin dejarse intimidar mientras se esfuerza por mantener a raya su hechizo.

Él parpadea y frunce sus labios negros al tiempo que sus respectivos poderes echan un pulso muy igualado.

—Viger —contesta con un tono grave—. Viger Maul.

—Bien, Viger —dice Tierney con un tono empático—. Pero deberías saber que no soy nada miedosa. Mi mente me pertenece, y si intentas controlarla me opondré con el doble de fuerza.

La succión retrocede de golpe. El poder de Tierney se adueña del espacio desprotegido que lo rodea; el fae queda envuelto en sus inquietas nubes y varios racimos de rayos iluminan sus severos rasgos.

Viger guarda silencio mientras las arañas, los escorpiones y las serpientes regresan a él y desaparecen bajo su ropa hasta que es como si nunca hubieran aparecido.

—Yo no me dedico a controlar mentes —dice al fin con un tono que a ella se le antoja un tanto triste; reaparece también la parte blanca de sus ojos.

—Pero me han dicho que te alimentas de miedo —le espeta Tierney.

Él frunce el ceño con amargura.

—No. Yo interpreto el miedo —sigue explicando aparentemente exasperado—. Mejor que nada. Mejor que vuestras palabras. Mejor que vuestras expresiones.

Tierney está asombrada por la repentina y cansada expresión que tiñe los ojos negros del fae. No puede ser mucho mayor que ella, que tiene diecinueve años, pero en ese momento parece un ser ancestral.

De pronto la asalta una curiosidad espontánea.

—¿Y qué lectura haces de mis miedos? —se aventura a preguntar con la sensación de estar jugando con algo mucho más peligroso que sus kelpies.

El fae de la muerte vuelve a fruncir los labios. Se acerca a ella con los ojos completamente negros y desprovistos de alegría al tiempo que vuelve a emerger parte de su neblinosa oscuridad.

«Temes a Vogel —resuena en el interior de la mente de Tierney—. Y haces bien. Y te preocupas por todas las personas a las que quieres.»

La asrai se pone tensa al sentir esa profunda voz resonando otra vez en su cabeza.

«Tienes miedo de que nunca lleguen a verte por lo que realmente eres —murmura la voz de terciopelo—. Y tienes miedo de no llegar a pertenecer nunca a ningún sitio. —Se le oscurece un poco más la expresión. Ahora está todavía más cerca de ella y en su rostro se refleja algo muy parecido a la simpatía—. Nunca resolverás ninguno de esos dos miedos, asrai. No puedes tener ambas cosas. Estás sola.»

Tierney se separa de él repentinamente asolada por una tristeza que no puede explicar, y sintiendo cómo una inquietante energía se desliza por su poder de agua.

—Ya basta —grita desconcertada por lo vulnerable que la está haciendo sentir a ese fae tan extraño.

Él separa sus labios negros un segundo, como si hubiera descubierto algo que lo ha sorprendido. Arruga la frente con un asombroso tinte de compasión en los ojos.

«Tienes miedo de no llegar a ser amada.»

Un calor defensivo abrasa a Tierney y se aleja un poco más de él.

—Márchate de mi mente.

«No puedo.» El tono de las palabras que resuenan en su cabeza es casi triste, y el fae de la muerte sigue tercamente concentrado en ella. «Interpretar el miedo es como respirar para nosotros.»

—Entonces aléjate de mí, Viger.

La energía entre ellos cambia cuando Viger hace un gesto con las garras y la oscuridad que ha proyectado para que los rodee empieza a convertirse en una nube de humo negro que ruge a su alrededor.

—Tú has venido a mí —espeta enseñándole unos dientes inquietantemente afilados al tiempo que los ojos se le vuelven a poner completamente negros—. Tú me has invitado y me has preguntado por tus miedos.

«Así que afronta lo que llevas dentro, asrai», aúlla en el interior de la mente de Tierney.

De pronto la asaltan todos y cada uno de sus miedos; los momentos más aterradores de su vida y todos los miedos que siente al pensar en el futuro se reúnen y se alzan como un ciclón en su interior.

Separarse de sus padres cuando tenía tres años.

Jugar con su magia de agua cuando era una niña y que los gardnerianos estuvieran a punto de descubrirla.

El día que Vogel asumió el poder.

Encontrar a dos de sus amados kelpies muertos en un lago lleno de estacas de hierro.

Ver en los ojos de sus kelpies las imágenes de cómo los soldados gardnerianos asesinaban a refugiados fae empalándolos con armas de hierro.

Un niño lasair fae con una lanza de hierro clavada en la cabeza.

Y después una visión del ejército de dragones de Vogel sobrevolando la cordillera Vo, dirigiéndose directamente hacia donde están en ese momento, sin que nadie pueda hacer nada para evitar la masacre.

Su familia y sus amigos despedazados por esos dragones sin alma.

Tierney cae presa del pánico y se viene abajo. Es un miedo sofocante, debilitante y espantoso.

Se le escapa un sollozo atenazado y deja de mirar al fae de la muerte escapando de su hechizo. Se vuelve hacia él y le lanza una mirada abrasadora y acusadora. Y, entonces, en los ojos del fae brilla lo que parece ser un profundo arrepentimiento. Pero es demasiado para ella.

Tierney se da media vuelta y se marcha corriendo.

Esa noche, Tierney vuelve a salir a la terraza del Wyvernguard que se abre al nivel del río desesperada por estar cerca de las ondulantes aguas del poderoso río Vo, pues todavía tiene las emociones revueltas debido a su encuentro con el fae de la muerte.

La fría brisa procedente del Vo azota los infinitos tonos azules de su melena mientras ella se apoya en la barandilla de piedra de la terraza. Tiene la cabeza hecha un lío, y lo único que la tranquiliza es ver cómo el río Vo despierta ante su presencia, el batir de sus olas y cómo después crecen hasta lamerle los pies. Como si el río pudiera sentir su agitación.

Tierney suspira y relaja los hombros en respuesta a la caricia del río.

Hay varias naves rúnicas surcando el aire y otras posadas sobre las aguas del río Vo, decoradas con sus respectivas runas de brillante color zafiro en los laterales. Al otro lado del río, y directamente delante de ella, los distintos niveles de la isla gemela Wyvernguard del Norte se elevan iluminados por runas y se bifurcan en distintos pasadizos que conectan las islas gemelas norte y sur como si fueran los peldaños de una escalera gigantesca.

Tierney se vuelve hacia el este y contempla la brillante ciudad de Voloi, capital de Noilaan, construida en el muro vertical de la cordillera Voloi, las impresionantes montañas que rodean la costa oeste.

Gira la cabeza y mira hacia el oeste siguiendo el lecho del río hasta alcanzar el enorme muro negro de la cordillera Vo, que rodea la orilla oeste del Vo y defiende Noilaan de todo aquello que queda al oeste. Una feroz barrera de tormentas creada por los wyvern

Zhilon'ile flota suspendida por encima de esa cadena formando una barrera para los invasores, pues sus rabiosas nubes no dejan de escupir rayos azules.

Tierney conoce muy bien la historia de aquellas tormentas creadas por los wyvern.

La crearon durante la guerra de los Reinos para evitar que pudiera entrar la Bruja Negra.

Frunce el ceño y aprieta con fuerza la fría barandilla de piedra mientras alterna la vista entre la cordillera Vo y la enorme ciudad de Voloi, preocupada por la vulnerabilidad de la ciudad.

A los pies de las montañas, los noi han fabricado una frontera rúnica que se extiende a lo largo de la orilla oeste del río Vo, y se curva por los confines norte y sur hasta cercar todo el país de Noilaan. Desde allí, la frontera rúnica parece un cordón azul, pero de cerca, Tierney imagina que será tan alta como la catedral de Valgard. Sus runas proyectan una cúpula rúnica casi invisible que abarca todo Noilaan, consiguiendo que sea imposible traspasarla y permitiendo que las naves puedan volar, además de proporcionar la magia rúnica que abastece toda la ciudad.

Tierney mira el cielo de la noche y tiene que entornar los ojos y concentrarse mucho para poder ver el ligero brillo azul de la cúpula y divisar alguna de las runas translúcidas que marcan su gigantesca superficie.

Frunce el ceño con fuerza.

«¿Será suficiente para evitar que Vogel entre aquí?»

De pronto siente un hormigueo en el vello de la nuca: alguien la está mirando y eso ha alterado sus poderes de agua.

Se da media vuelta y otea la terraza mal iluminada, cuya superficie de piedra negra emite un ligero brillo azul debido a los pocos candiles rúnicos que hay incrustados en los muros de piedra de las montañas. Ve a varios aprendices vu trin paseando por la superficie curva de la terraza, algunos están solos y otros van en grupos o por parejas, disfrutando de las espectaculares vistas y, sin duda, de la alegría de poder estar tan cerca del río más majestuoso de Erthia.

Ninguno de ellos presta mucha atención a la fae de agua que está de pie al final de la terraza envuelta en las sombras de la noche.

Sin embargo, no consigue deshacerse de la sensación de que alguien la está mirando. Sus poderes de agua se arremolinan en su interior cuando la sensación se torna direccional, como un ligero tirón magnético.

Alza la vista por el muro de piedra wyvernguard en dirección al origen de esa sensación, y enseguida distingue una figura oscura sentada en la pierna de un gigantesco dragón de piedra que hay en la base de la isla esculpido en piedra obsidiana.

Un destello de temerario interés crepita en su interior mientras sus poderes de agua despiertan su aprensión.

Viger Maul.

Parece muy normal, salvo por el hecho de que está desafiando un poco las leyes de la gravedad, como una elegante araña pegada a la gigantesca escultura. No hay ni rastro de sus cuernos con forma de media luna entre las puntas de su pelo corto.

Tierney se pone tensa y se le acelera el corazón mientras espera a que la mente de Viger asalte sus miedos y su amarga voz de otro mundo resuene en su cabeza, pero…

Nada.

Sostiene la intensa mirada de Viger presa de la confusión y la curiosidad mientras se pregunta si será verdad algo de lo que le han dicho algunos de los otros aprendices de militar durante la cena.

¿De verdad los fae de la muerte te acosan una vez que has despertado su interés? ¿Acaban contigo empleando los medios más horribles de la naturaleza? Y cuando captas su atención, ¿estás atrayendo tu propia muerte?

Ella no quiere creer nada de todo eso, pero allí está, mirándola fijamente.

Tierney espera a que descienda el oscuro hechizo de Viger, pero es como si él estuviera reprimiendo sus extraños poderes con educación y prudencia. Y entonces, y sin dejar de mirarla fijamente, su cuerpo se convierte en una nube de humo negro y se enrosca hacia arriba para ocultarse a los ojos de Tierney y desaparecer en la obsidiana en lo más alto del gigantesco dragón.

Tierney siente una punzada de melancolía incoherente que eclipsa la sorpresa que la ha asaltado al ver la facilidad con la que él se ha convertido en humo.

Reprime una carcajada cargada de ironía.

«¿De verdad quieres que vuelva?»

La extraña atracción que siente por ese fae que ha intentado aterrorizarla la coge por sorpresa.

«Pero, en realidad, ¿qué es lo que ha hecho? Él solo te ha mostrado tus propios miedos.»

Tierney lo busca durante un buen rato, preguntándose si se volverá a materializar, tan intimidada por los sentimientos que ha provocado en ella como atrapada en el sorprendente deseo de acercarse de nuevo a él.

Y de no salir huyendo en esa ocasión.

La asrai se pone tensa al percibir una pequeña alteración en sus poderes de agua procedente de otra dirección. Suspira presa de la exagerada sensación que le produce

percibir el poder de otro fae de agua ondeando contra el suyo, que siempre viene acompañada de una deliciosa atracción.

—¿Vas a convertirte en la amante del fae de la muerte? —pregunta una profunda y represiva voz en idioma asrai.

Tierney monta en cólera ante aquella intrusión de su espacio privado.

Y porque reconoce esa voz.

Se da media vuelta y se encuentra con Fyordin Lir. Está allí plantado, luciendo toda su gloria fae, es un asrai alto y asombrosamente atractivo, y su piel refleja los colores nocturnos del río Vo. Tierney se mira la mano, que tiene posada sobre la brillante piedra de ónice.

Se queda de una pieza al advertir que su piel también está reflejando los colores del río Vo, y que una cambiante corriente oscura fluye sobre ella. Vuelve a levantar la vista hacia Fyordin un tanto sorprendida. Está apoyado con despreocupación en la barandilla de la terraza y balancea una esfera de agua sobre la palma de la mano con expresión arrogante. Le lanza una mirada significativa frunciendo los labios y agita la cabeza señalando algo que hay detrás de Tierney, como invitándola a mirar.

Ella sigue la dirección de su mirada y vuelve a asombrarse al percibir una agitación más intensa todavía en sus poderes de agua.

Viger se ha materializado de nuevo en el otro extremo de la terraza, su larga y esbelta figura se inclina sobre la barandilla de piedra, y está completamente concentrado en ella.

Y entonces vuelve a convertirse en una nube de humo negro que se pierde en el cielo de la noche.

—Me parece que está enamorado —se burla Fyordin atrayendo la esfera de agua oscura hacia la palma de su mano derecha.

Tierney fulmina con la mirada a Fyordin mientras intenta ignorar lo guapo que es, pero le resulta imposible. Por lo menos ya no está semidesnudo y viste su túnica wyvernguard de color zafiro. La asrai se esfuerza por no pensar en el recuerdo del musculoso cuerpo que se esconde bajo esa túnica.

—Me alegro de que hayas decidido vestirte, Fyordin —le espeta tratando de parecer indiferente a su presencia incluso a pesar de tener el corazón acelerado, de que sus poderes de agua tiren hacia los de él y de que se le hayan sonrojado las mejillas.

Fyordin arquea una de sus oscuras cejas, e incluso ese gesto resulta embriagador.

Tierney suspira molesta por la poderosa atracción que ejerce en ella.

—En el Reino de Occidente los hombres no se pasean por ahí con el pecho descubierto —explica con un tono punzante—. Y yo poseo una sensibilidad muy gardneriana, ya que

fui criada por gardnerianos. Estoy bastante contaminada.

A Fyordin le brillan los ojos y aprieta los labios. Sus poderes de agua se inquietan tanto como los de ella, y Tierney vuelve a advertir que los dos son un espejo del río Vo.

—¿Qué quieres, Fyordin? —pregunta por fin tratando de no quedarse mirando su idéntica piel de río nocturno con asombrada fascinación—. Pensaba que me estabas evitando.

Fyordin se vuelve, se inclina sobre la barandilla de piedra y observa el río Vo, que parece estar contemplándolos a los dos.

Que parece haberlos reclamado a los dos.

—No pretendo evitarte.

Vuelve a posar sus penetrantes ojos azules en Tierney, su mirada es tan apasionada que ella puede sentir cómo atraviesa su poder.

Nota de nuevo su atracción mágica y se siente dolida.

—Había pensado que este no era mi sitio —le espeta con la voz entrecortada dirigiéndose a él en la lengua común del Reino de Occidente.

Fyordin aprieta los dientes y en su dominante mirada se adivina un disgusto momentáneo. El fae asrai vuelve a dirigir la vista hacia el río Vo, es evidente que ella también lo altera a él. Tierney lo nota en los tirones de su poder.

—Claro que es tu sitio —afirma en un sucinto y casi impaciente asrai, como si no estuviera acostumbrado a disculparse y aquello fuera lo más amable que pudiera conceder.

Tierney le mira con odio y él le aguanta la mirada con recelo; ella siente la repentina necesidad de cogerle del brazo como antes, pero esta vez no para saludarlo como lo hacen los asrai, sino para mostrarle la tormenta que se agita en su interior.

Está muy dolida y siente la tentación de no conceder ni un segundo más de su tiempo a ese asrai tan arrogante. Quiere saltar la barandilla y pasar toda la noche en el lecho del río Vo, rodeada del envolvente abrazo del río.

—Tienes un gran poder —comenta Fyordin con esa voz tan profunda, que parece acentuada por la noche. Tierney lo mira de mala gana mientras él pasea la vista por el cielo estrellado—. Diría que tienes el poder suficiente como para controlar el clima.

Le lanza una mirada muy significativa.

Ella respira hondo. Su habilidad para cambiar el clima es tan caótica y está tan conectada con sus emociones tormentosas que la palabra «control» le parece estar muy lejos de la realidad.

—Sí que puedo cambiar el clima —admite al fin—. Pero… el poder es… volátil. —Guarda silencio un momento, se le está empezando a secar la garganta—. Mis poderes

climáticos nos han puesto en peligro a mí y a mi familia en muchas ocasiones.

A su mente acuden recuerdos de las muchas veces que ha perdido el control: tormentas que se formaban en momentos muy inoportunos, chaparrones, pequeñas ventiscas.

Se esfuerza por olvidar esos horribles incidentes.

«Venga. Olvídalo. Reprime el miedo a afrontarlo.»

De pronto recuerda sin querer la cornamenta de Viger. Sus labios negros y su oscura y misteriosa mirada.

Ahora Fyordin la está observando con más atención, se ha vuelto para mirarla apoyado todavía en la barandilla, y la dura arrogancia que brillaba en sus ojos hace tan solo un momento ha desaparecido. Tierney vuelve a asombrarse de su naturaleza asrai. De sus orejas puntiagudas y ese ondulante tono de piel tan abiertamente fae. A la vista de todos. Sin miedo. Con cuchillos rúnicos pegados a los brazos. Le resulta embriagador contemplar su evidente forma asrai.

—¿Te criaste en occidente? —inquiere Tierney preguntándose cuánto tardará en superar el terror que siente cada vez que utiliza sus poderes. El asustado instinto de ocultarlos y esconderse.

Hasta sus kelpies pasan la mayor parte del tiempo sumergidos en el agua, temerosos de salir a la orilla.

Escondidos.

Todavía.

—Yo no crecí allí —admite Fyordin mirando hacia la tormenta que ilumina la cordillera Vo—. Mi familia consiguió salir antes de que estallara la guerra de los Reinos. Fueron los únicos que consiguieron sobrevivir de toda su banda de asrai. —Vuelve a mirarla a los ojos—. Yo crecí aquí con mis padres y mi hermano.

Se queda asombrada.

—¿Tienes familia aquí?

Se le humedecen los ojos al recordar a su madre gritando su nombre asrai mientras otros asrai la arrastraban y a ella la dejaban en brazos de sus padres gardnerianos.

Unos padres gardnerianos que arriesgaron sus vidas para mantenerla a salvo de la purga fae que llevaron a cabo sus iguales.

El caos se apodera de sus poderes de agua y Tierney clava los ojos en el suelo de piedra parpadeando con fuerza para evitar las malditas lágrimas que han asomado a sus ojos. Nota cómo se empieza a formar la nube de tormenta sobre su cabeza y el crujir de los relámpagos mientras ella se esfuerza por reprimirla, pues no quiere ponerse en evidencia delante de ese arrogante fae cuyos padres no murieron.

Que no entiende lo horrible que es el Reino de Occidente.

Que jamás lo entenderá.

—Quédate en tu división, asrai'il —dice Fyordin, y Tierney levanta la vista hacia él asombrada por el repentino tono solidario que ha adoptado. Bajo la tenue luz, sus ojos de río son tan penetrantes y oscuros como las profundidades del río Vo, y en los aros metálicos de sus orejas se refleja la luz rúnica de la terraza.

—¿Así que ahora vuelvo a ser asrai'il? —espeta Tierney con la voz quebrada mientras trata de contener las lágrimas.

—Siempre lo serás —dice Fyordin, y en esa ocasión en sus ojos brilla una inconfundible disculpa.

Tierney se pone tensa y consigue reprimir la nube de tormenta y hacerse con el control de su caótico poder.

A duras penas.

Después vuelve a mirar a Fyordin.

—Los wyvernguard pueden contar con mi fidelidad —le dice en idioma asrai con una feroz sinceridad—. Y los asrai también. Siempre. Aunque tú me desprecies por decir lo que pienso.

—Yo no te desprecio. —Da un paso hacia ella y una fuerte corriente de su poder se libera para rodearla—. Quédate en tu división, Tierney asrai'il. Quiero ayudarte a controlar tu poder fae. Y entrenarte para que puedas canalizarlo a través de las armas rúnicas.

Tierney siente una punzada de desafío y le lanza una mirada rebelde.

—Trystan Gardner también tiene todo mi apoyo.

Los poderes de agua de Fyordin dan un fuerte tirón, con tanta intensidad como los de ella.

—Los gardnerianos no tienen sitio en Reino de Oriente —afirma con pasión y firmeza.

Ella lo mira con el ceño fruncido mientras la fría brisa del río Vo le agita el pelo y le acaricia el cuello.

Mientras mira a los ojos a ese fae implacable, de pronto siente el inexplicable deseo de estar con su viejo círculo de amistades de la Universidad de Verpax. Pero sus amigos están separados: Trystan está aislado en la isla gemela del norte acompañado por fae de la muerte, a los lupinos los llevaron a una base militar vu trin en algún lugar del nordeste, Wynter está protegida por las amaz.

Y tanto Elloren como Yvan están atrapados en Gardneria mientras la oscuridad de Vogel se afianza y crece.

Tierney se siente presa del pánico y la frustración mientras mira a Fyordin con

exasperación.

«Es un necio terco e intratable.»

Pero recuerda que ella y sus amigos fueron capaces de luchar contra Vogel de un modo muy eficaz cuando unieron sus fuerzas.

A pesar de sus evidentes diferencias.

«Quizá —piensa Tierney mientras dirige una vez más la vista hacia el río Vo—, puede que trabajar juntos signifique colaborar con un asrai arrogante y rígido que está completamente equivocado acerca de lo que costará enfrentarse a Vogel.»

Se vuelve de nuevo hacia Fyordin y ve que la está observando con la misma frustración. Ambos han conseguido controlar sus poderes de agua, pero los dos están alterados.

—Fyordin —le dice empleando el idioma de los fae de agua para ponerse a la altura de ese extraño ser y hablarle de asrai a asrai—, en occidente formé parte de un grupo de la Resistencia con el que también colaboraban Trystan Gardner, su hermano y su hermana. También había algunos fae ocultos. Y amaz. Y lupinos. E ícaros. Juntos destruimos la base militar gardneriana. Rescatamos un dragón al que no habían conseguido domar. Y sacamos al resto de los lupinos del Reino de Occidente. Pero nos necesitamos los unos a los otros para conseguir todas esas cosas.

Fyordin mueve la cabeza y le lanza una terca mirada de negación.

—Escúchame —insiste Tierney—. Yo no puedo permitirme el lujo de odiar con tanta libertad. Y tú también deberías olvidarte de ello. Los gardnerianos dividieron el mundo en bienaventurados y malignos. No podemos ganar esta lucha si pensamos de la misma forma que ellos.

—Jamás pensaremos lo mismo acerca de los gardnerianos —insiste Fyordin, y Tierney nota cómo empieza a formarse una tormenta en el interior del fae.

Sus palabras le llegan al alma y refuerzan la preocupación que siente por su familia gardneriana. La preocupación que siente por Trystan.

De pronto nota una pincelada de atención resbalando por sus poderes exaltados, tan ligera como el roce del ala de una libélula. Levanta la vista y mira por detrás de Fyordin.

Viger Maul está sentado en un saliente de la obsidiana de la isla y la mira fijamente, y ella está demasiado indignada como para sentirse intimidada por la continua atención del fae de la muerte.

«Adelante —piensa Tierney fulminándolo con la mirada—. Lee mis miedos. Léelos todos.»

Se vuelve hacia el implacable Fyordin siendo plenamente consciente de que Viger no deja de observarla, mientras ella y Fyordin se miran el uno al otro, de fae a fae, y

ninguno de los dos cede ni un milímetro.

«¿Cómo sería estar con Viger Maul, enfrentarme a todos mis miedos y dejar de esconderme de ellos? —se pregunta Tierney cada vez más frustrada—. Dejando que todos mis pensamientos oscuros salgan a la luz.

»Sería un alivio. —No puede evitar pensarlo—. Sería un auténtico alivio.»

Y probablemente, también una preparación básica para el avance de Vogel por el Reino de Oriente.

—No acabas de entender lo que va a ocurrir —le dice Tierney a Fyordin cada vez más asustada—. Si lo comprendieras, no perderías el tiempo peleándote con nuestros aliados, por muy imperfectos que sean. —Se acerca a él con firmeza y sosteniendo su feroz mirada—. Tenemos que luchar contra esto todos juntos. Hasta el último de nosotros. O la pesadilla de Vogel nos devorará a todos.

Sus respectivas tormentas emocionales crecen y sus respectivos poderes colisionan el uno con el otro con una fuerza arrolladora.

Tierney aparta la vista de Fyordin, pues de pronto necesita alejarse de él. Necesita alejarse de Viger Maul. Necesita alejarse de todo menos del río.

Fyordin guarda silencio mientras ella se agarra de la barandilla, se sube a ella, estira los brazos y se sumerge de cabeza en el agua.

Cuando su cuerpo impacta con el agua fría, Tierney no dobla el cuerpo para quedarse por debajo de la superficie como hizo la noche anterior mientras las olas del río la acunaban dándole la bienvenida.

No.

Nada hacia el fondo como una flecha directa a la más absoluta oscuridad. Hasta que llega al sólido lecho del río y siente la tranquilizadora presión que ejerce sobre ella el peso del agua, y su cuerpo asrai se hace más fuerte a su contacto.

Se tumba y extiende los brazos sobre el suave lecho del río.

Erthia.

Tierney inspira la limpia agua del río y la deja entrar en sus pulmones; se empapa de la sensación de toda la vida que hay en su interior, una vida independiente del Wyvernguard, de las tierras Noi. El río fluye en su interior cada vez que ella respira, ahora está conectado a ella como una extensísima red de venas que alimenta las suyas. Y durante un segundo, mientras su cuerpo se transforma en agua y disfruta del hermoso caos, Tierney se plantea quedarse allí para siempre.

Pero entonces lo nota.

Una perturbación en el exterior del agua que se interna en el Vo. Un pequeño punto de contacto que resuena en el exterior, casi imperceptible.

Una ráfaga de sombra que entra en el agua.

Lentamente.

La vida se aleja de ese punto de contacto, las plantas se apartan, los insectos corren hacia la tierra, los peces nadan en busca de aguas más limpias.

Tierney afila los sentidos y adopta de nuevo su forma física.

Se queda muy quieta y escucha al agua.

En su mente aparece la imagen de un árbol negro y recuerda lo que le contó Elloren acerca del árbol sombrío de Vogel y su intenso poder antinatural.

El bosque muerto.

Entonces recuerda con inquietud dónde había percibido antes aquel poder sombrío: fue la noche que los asesinos alfsigr marfoir vinieron a por Wynter.

Tierney recuerda las marcas rúnicas de los marfoir, hechas con una magia sombría que desprendía la misma sensación antinatural y corrupta que la que le está provocando la sombra que ha invadido al río Vo.

Por un momento se queda completamente inmóvil en el fondo de las vastas aguas mientras el Vo le va proyectando imágenes.

Y entonces el río se paraliza y se centra en una única cosa: esa sombra entrando en contacto con ese único y delgado afluente.

La amenaza que esa sombra supone para el río toma forma en la mente de Tierney y se prepara para hacerle frente. Se arma de tanto valor que consigue acallar todos sus miedos.

«Lucharé por ti —le promete al río apretando los puños—. Te defenderé de este poder oscuro. Te protegeré de Vogel, de los gardnerianos y de los alfsigr.»

El poder se arremolina a su alrededor mientras crece el amor que siente por el río.

«No permitiré que envenenen tus aguas.»

Empujada por esa firme resolución, Tierney abandona el fondo limoso del río Vo y se dirige a la superficie.

# 6

# Rebelión

THIERREN STONE

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Thierren aguarda frente a Lukas Grey en la sala de mando del puesto fronterizo del ejército en Valgard. En su interior bulle una rebelión prácticamente incontenible.

Porque ya no está de parte de los gardnerianos.

«Contrólate —se advierte mentalmente mientras aguarda en posición de firmes—. Tienes que ocultar el hecho de que ahora estás en contra del Reino Mágico. Lukas Grey es peligroso. Acabará oliendo lo que piensas si no tienes cuidado.»

La estancia está bañada por la luz ambarina de las antorchas de olmo verpaciano que reposan en sus soportes de hierro clavados en las paredes de oscuro guayaco de la sala de mando. De las paredes salen ramas de guayaco que se entrelazan en el techo, confiriendo a la sala la clásica ilusión gardneriana de estar en lo más profundo del bosque.

Thierren piensa que Lukas Gray tiene muchísima presencia. Su aura de poder sumada a su aguda inteligencia resulta intimidante. Pero Thierren no está asustado. Y menos después de haber presenciado la masacre de aquellos dríades a manos de los gardnerianos. No después de haber conocido a Sparrow.

La valiente y decidida Sparrow.

La joven es el único motivo de que Thierren no se haya sentido destrozado, haya desenvainado la varita y haya disparado lanzas de hielo contra Lukas Grey y los demás soldados gardnerianos de esa horrible base.

Ella lo rescató del borde del abismo y lo desafió a reformular su manera de ver el mundo, a darse cuenta de cómo veía una realidad que en su mente estaba del revés: todo lo que creía saber sobre su pueblo y sobre sí mismo estaba mal. Cruel, desastrosa y desesperadamente mal.

Ahora sigue vivo por un único motivo: compensarlos por haber formado parte de eso, para luchar contra ello.

Y para ayudar a Sparrow y a Effrey a llegar hasta el Reino de Oriente.

Thierren ha pasado los últimos días consiguiendo documentos fraudulentos para Sparrow y Effrey, gastándose la mayoría de sus ahorros en ello. Tanto él como Sparrow llevan varias semanas quedándose despiertos hasta altas horas de la madrugada, acurrucados en su escondite y hablando casi hasta el amanecer en los desiertos establos tras haber formado una inquieta y compleja alianza.

Es un vínculo que ninguno de los dos quiere reconocer, y Thierren cada vez tiene más claro el motivo.

—Los magos no dejaban de abusar de nosotros —le confesó Sparrow hacía solo unos días, con una elocuente mirada.

Se miraron a los ojos durante un buen rato.

Y entonces Thierren alargó la mano y le entregó su varita en silencio dedicándole una mirada cargada de remordimiento, desarmándose mientras ella seguía disponiendo de su cuchillo. Ya sabía que no había sido más que un pequeño gesto, pero fue lo único que se le ocurrió para darle a entender que estaba escuchando lo que ella decía, y también lo que no decía.

Conferirle el poder de ser la única que estaba armada de los dos ni siquiera se acercaba a lo que ella había tenido que soportar, el desequilibrio de poder en el que los había sumido el mundo no se podía superar tan fácilmente. Porque el poder de aquel sistema represivo estaba en manos de los magos.

En manos de Thierren.

Al principio Sparrow se limitó a quedarse mirando la varita que yacía sobre la palma de Thierren para después mirarlo a él con absoluta incredulidad. Pero entonces en sus ojos de color amatista brilló una expresión abierta y comprensiva: aceptó la varita y la guardó junto al cuchillo que llevaba enfundado en la cadera.

Y a partir de entonces siempre iniciaban sus encuentros en el cobertizo con ese gesto, Thierren le ofrecía su varita y Sparrow la aceptaba en silencio. Una señal, más que cualquier otra cosa, de que Thierren estaba dispuesto a escucharla. A escucharla de verdad. No conseguía cambiar la opresiva dinámica existente entre sus culturas, pero era un comienzo que alimentaba la chispa de la amistad que se había encendido entre ellos de esa forma tan inesperada. Una amistad que ambos se esforzaban por mantener

a raya, Thierren por respeto a la situación traumática de Sparrow, y ella por motivos evidentes.

Aun así, a Thierren se le encogió el corazón con una intensidad sorprendente cuando llevó a Sparrow y a Effrey, camuflados como trabajadores uriscos sancionados, hasta la oficina de trabajo; dejaron a su pequeño dragón Raz'zor al cuidado de Thierren hasta que se le curase el ala. Mientras él y Sparrow se miraban a los ojos, le asombró advertir que ella parecía igual de triste de separarse de él, y en su mirada, normalmente tan cautelosa, brilló una breve punzada de cariño al despedirse él. Mientras los veía marchar, Thierren sintió el feroz deseo de desenvainar la varita, acabar con todos los magos de la estancia, y huir hacia oriente con Sparrow y Effrey.

Pero no podía protegerlos llevando una marca rúnica en el cuello impuesta por la guardia de magos, una marca por la que los gardnerianos podían matarlo automáticamente, incluso a distancia.

Así que controló sus poderes mientras se llevaban a Sparrow y a Effrey, y vio cómo se perdían en un mar de uriscos a los que un grupo de magos con rostros enjutos procesarían para asignarles distintos trabajos.

Thierren se los quedó mirando un buen rato con el corazón encogido, y sus poderes de aire y agua conjuraron una tormenta en su interior; tomó una firme resolución.

Sí, soportaría cualquier castigo que Lukas Grey quisiera imponerle e interpretaría el papel del buen soldado hasta que pudiera desprenderse de aquella horrible marca que llevaba en la piel.

Después ayudaría a Sparrow y a Effrey a llegar hasta oriente a salvo. Y después regresaría a occidente.

Para luchar contra los magos.

Lukas Grey hace salir con brusquedad a sus guardias de nivel cinco para quedarse a solas con él en aquella imponente sala. A continuación le clava sus ojos verdes con la intensidad de un ave de rapiña.

—Te voy a asignar un puesto en mi guardia personal —afirma Lukas sin dejar de mirar a Thierren como tratando de valorar su reacción.

Él se asombra sin acabar de entenderlo.

¿Dónde está su castigo por haber intentado evitar la masacre de los dríades? ¿Por haber apuntado con su varita a Sylus Bane?

Le han dicho muchas veces que no debía esperar ninguna clemencia por parte de Lukas Grey.

Un pesado silencio flota en la estancia.

—¿Qué objetivos tiene, mago Stone? —le pregunta al fin Lukas con una serenidad letal.

«Luchar contra ti —espeta Thierren mentalmente—. Luchar contra todos los soldados de esta guardia, si es necesario, sacar a Sparrow, a Effrey y a su pequeño dragón de esta espantosa tierra.»

—Me gustaría recuperar la libertad —dice con cautela mientras sostiene la penetrante mirada de Lukas.

Lukas se levanta de la silla, se pasea hasta la parte delantera de su escritorio y desenvaina la varita.

Thierren reúne fuerzas y se prepara para las torturas que vaya a infligirle aquel mago. Traga saliva mientras Lukas le agarra el antebrazo con fuerza, posa la punta de su varita en la marca rúnica del cuello de Thierren y murmura una serie de hechizos.

Nota un hormigueo alrededor de la runa. La sensación se desvanece en cuanto Lukas aleja la varita de su piel y se sienta con despreocupación sobre su gran escritorio.

Thierren se lleva la mano al cuello y se da cuenta de que el continuo y casi imperceptible ardor de la runa ha desaparecido por completo. Está tan asombrado que por poco pierde el equilibrio.

—¿Qué ha hecho? —pregunta.

—Te he liberado —contesta Lukas con una mirada desafiante.

«Es un truco. Tiene que ser un truco.» Thierren lo fulmina con la mirada todavía más asombrado.

—¿Y por qué querría hacer eso? —le pregunta sin conseguir eliminar del todo el tono de ira defensiva de su voz.

Lukas entorna los ojos y adopta una expresión que parece decir: «Ah, bien, ahí está. El auténtico Thierren».

—¿Sabes por qué te he asignado un puesto en mi guardia personal, mago Stone? —pregunta Lukas con un tono casi agradable.

Las rebeldes palabras escapan de los labios de Thierren antes de que él pueda controlarlas.

—La verdad es que no me importa, mago Grey.

Está claro que, de alguna forma, Lukas ha conseguido desenmascararlo.

Lukas suelta una risita. No parece muy impresionado. Mira a Thierren con aprobación.

—Te he asignado un puesto en mi guardia personal porque me han dicho que has traicionado la causa gardneriana y no muestras ningún arrepentimiento.

Thierren se queda de piedra.

«Tiene que ser un truco.»

Lo sabe todo sobre el comandante Lukas Grey. Es muy peligroso.

¿De qué va ese juego tan cruel?

—Tu magia complementa la mía —continúa diciendo Lukas con despreocupación—. Agua y aire, ¿verdad? Mis afinidades más débiles. —Alza una de sus cejas con actitud evaluadora y ladea la cabeza como a modo de invitación—. Juntos seremos un arma invencible.

—¿Para hacer qué? —pregunta Thierren con aspereza.

La mirada de Lukas se oscurece y se le borra la sonrisa. Y entonces contesta con un tono grave e implacable:

—Para derrotar al Consejo de Magos y acabar con Marcus Vogel.

# 7

# El ojo rúnico

YVAN GURYEV

***Mes seis***
***Base militar Oonlon***
***Noilaan, Reino de Oriente***

Yvan Guryev está contemplando la gran planicie Oonlon, la vasta y seca alfombra bermeja que se extiende antes de llegar a las lejanas cimas de las montañas islándicas que coronan todo el paisaje del país.

Su fuego emite una intensa llama de añoranza al pensar en Elloren y en cómo consiguió conjurar un infierno con una pequeña ramita.

A veces le cuesta mucho soportar la separación, y pasa muchas noches despierto con la piel ardiendo mientras su fuego busca el de Elloren sin remedio, desesperado por encontrar a su amada pareja de fuego wyvern.

Pero esté donde esté, Elloren se halla demasiado lejos como para que su poder de fuego pueda contactar con ella, y a veces eso le hace sentir que tanto su fuego wyvern como su corazón se han extinguido.

«¿Dónde estás, Elloren? ¿Las vu trin también te llevaron a algún lugar aislado? ¿Cuándo volveré a verte?»

Reprimiendo el impulso de levantar el vuelo y tratar de encontrarla de alguna forma, en alguna parte, Yvan mira al escuadrón de soldados vu trin que aguardan en la punta norte de las Spikelands, las formaciones rocosas que parecen miles de cuchillos de piedra surgidos del corazón de Erthia; es como si se hubieran quedado allí atrapados apuntando al cielo y su piedra de obsidiana brillase bajo la luz plateada de ese día sombrío.

Vang Troi, la comandante mayor de las vu trin, lo mira con sus penetrantes ojos negros y asiente.

Yvan se da media vuelta y vuelve a posar su mirada en las montañas heladas mientras el viento azota la tundra que se extiende ante él y le revuelve el pelo rojo contra las sienes, le levanta los faldones del uniforme vu trin y las plumas de sus alas extendidas.

Aprieta los puños, toma una buena bocanada de aire frío y se concentra en la bola de fuego wyvern que se ha formado en el centro de su cuerpo, una esfera abrasadora que lleva varios días alimentando.

Nota que se está convirtiendo en un arma poderosa para las fuerzas de la Resistencia, y el deseo que tiene de convertirse en un guerrero aumenta al mismo tiempo que sus poderes de dragón.

Le ha costado mucho llenarse de fuego y resistirse a la necesidad de acceder a él. Resistirse al deseo, casi insoportable, de sentir la liberación de eso que arde en su interior. Pero ha conseguido dejar que ese poder creciera más y más.

Ahora ha llegado la hora de ver cuán poderosa es el arma en la que se ha convertido.

Yvan abandona el control, libera el ardiente infierno dorado de su interior y se abre para recibir una temblorosa bocanada de aire.

Cuando el fuego lo recorre, todo su cuerpo se tensa presa de una sensación muy parecida al éxtasis, y acaba con la gelidez de la tundra. Echa la cabeza hacia atrás y abre la boca empujado por el mero placer del fuego, mientras su mirada se tiñe de dorado y todo el mundo se ilumina.

Y entonces se libera el dragón que anida en él.

Yvan aprieta los puños con más fuerza, clava los ojos en la montaña y se hace con el control de su fuego; lo enrosca dibujando espirales que va apilando, una ardiente capa tras otra, a través de las manos, los brazos, los hombros y todo su cuerpo.

Cada vez es más intenso. Más y más.

El calor de las llamas le empaña la vista. Yvan extiende completamente las alas y unos cuernos wyvern brotan por entre su pelo provocándole una punzada de satisfacción. Se le afilan los dientes y los aprieta con creciente ferocidad mientras su fuego interior aumenta y su poder ruge ansioso por liberarse.

Entonces empieza a conjurar el rugido que resuena en su garganta. A continuación levanta los brazos, los echa para atrás y después los lleva con fuerza hacia delante extendiendo las palmas de las manos.

Ruge con todas sus fuerzas mientras el fuego brota de las palmas de sus manos como el agua escapando de una presa rota, avanza como una avalancha por la tundra y se extiende por las planicies.

Los cuernos se solidifican en su cabeza, sus uñas crecen hasta convertirse en garras y él aprieta los afilados dientes; se abandona al ardiente y violento poder que le brota de

las manos y el fuego galopa por la planicie con una fuerza imparable.

Y entonces suelta la última ráfaga y las llamas se adueñan de la planicie, que ahora se ha convertido en un lago. Arde hasta la última brizna de hierba.

Por un segundo se queda asombrado del alcance de su poder.

«¿A ti te pasa lo mismo, Elloren? —se pregunta dolido por ese conocido deseo de volver a estar con su pareja wyvern. Su amor. Su corazón—. ¿Te sucede lo mismo cuando envuelves en llamas todo el mundo que te rodea?»

Agotado, Yvan baja las manos y parpadea asombrado al ver el infierno que ha provocado. Las llamas de sus ojos desaparecen, la tensión abandona sus alas y el resto de su cuerpo y sus cuernos retroceden, y él empieza a volverse hacia las Spikelands a su espalda, hacia el contingente vu trin que tiene a la espalda.

El aire cambia y, de pronto, flota en él el olor acre de una amenaza.

Yvan se queda de piedra cuando todavía se está dando la vuelta y dilata las aletas de la nariz.

Sus ojos se detienen sobre algo oscuro que está subido en una de las agudas formaciones de piedra obsidiana; vuelve a ponerse tenso por instinto.

Un pájaro. Le está mirando.

Yvan siente una punzada de horror al ver cómo aparece un ojo verde en la frente del pájaro, y después se abren muchos más alrededor de los tres del centro, todos ellos envueltos en sombras. Y enseguida se da cuenta de lo que es.

La magia negra de Vogel.

Las vu trin ya le habían advertido que debería estar atento ante la presencia de esa magia.

Vogel está allí.

Yvan se da media vuelta justo cuando una de las soldados vu trin abandona su formación y sale corriendo hacia él. A su alrededor aparece un escudo verde, y los demás soldados gritan y desenvainan sus espadas.

Yvan se pone en cuclillas, su fuego wyvernguard ha quedado reducido a unas pocas brasas, pues la mayor parte de él está extendido a su espalda por la planicie en llamas.

La vu trin que corre hacia él protegida por el escudo desenvaina una varita e Yvan se da cuenta, presa de una repentina revelación, de que está viendo a una maga oculta tras un glamour. La atacante echa el brazo para atrás y después hacia delante, y en el aire aparece una nube de rayos negros que surcan el cielo directamente hacia él.

Intenta esquivar los rayos, pero están dirigidos, y cambian de trayectoria cuando él intenta agacharse.

Siente una explosión de dolor cuando los rayos le impactan en el pecho, el brazo, las

alas, la pierna.

El corazón.

Se desploma en el suelo y se encorva asolado por el dolor mientras las vu trin gritan y lanzan sus armas contra el escudo mágico que ha creado la maga provocando una cacofonía de explosiones rúnicas. La maga pelea contra las vu trin lanzándoles una descarga de lanzas.

Mientras se le escapa la vida, Yvan vuelve la cabeza con la mejilla pegada al suelo; ya se le ha empezado a oscurecer la visión. Se encuentra con los ojos del pájaro, que ahora está a un palmo de él en el suelo.

Observando.

Observando.

Esperando a que muera.

Yvan se resiste a dejarse ir y aguanta la horrible y cruel mirada del pájaro incluso a pesar de que su sangre empapa la tierra y su fuego interior se vuelve a encender, todo su mundo consumido por el dolor y las llamas.

Dos últimos apasionados pensamientos acuden a la mente de Yvan mientras se rinde a su fuego interior y el pájaro remonta el vuelo.

«Sé fuerte sin mí, Elloren.

»Y lucha contra ellos.»

# PARTE II

# 1

## Comandante Lukas Grey

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Provincia celta de Gardneria***

Yvan.

Es lo único en lo que puedo pensar mientras me miro las marcas de compromiso de las manos y mi carruaje avanza acercándome cada vez más a mi reunión con el mago Lukas Grey, comandante de las fuerzas de la división cuatro de Vogel.

«¿Estás a salvo, Yvan?», me pregunto sin cesar ahora que llevo un mes sin verle y lo único que deseo es poder encontrar un portal que me lleve directamente hasta él.

«Te encontraré», juro presa de una mezcla de determinación y pánico a medida que me adentro sin remedio por la recién anexionada provincia celta de Gardneria en dirección al campamento militar de Lukas.

Vuelvo las manos colocando las palmas hacia arriba y observo las líneas negras que me rodean los dedos.

Unas líneas que me separan de Yvan para siempre.

Mi pánico se enciende y ruge de frustración y rabia mientras una ráfaga de fuego wyvernguard cobra vida alrededor de mis líneas de afinidad. Me cuesta mucho sofocar la ira que brota como un fuego salvaje cada vez que me miro las oscuras marcas de compromiso que ahora llevo en la piel de forma permanente e irrevocable. Siempre me recuerdan la última vez que vi a Lukas.

Cuando se comprometió conmigo en contra de mi voluntad.

Cada vez más enfadada, hago una mueca de dolor recordando cómo Lukas, los sacerdotes y los soldados me obligaron a posar las manos sobre el altar de compromiso. Lo furioso que estaba Lukas, cómo entró en la estancia hecho una furia y apenas me miró en todo el tiempo que estuvimos allí.

Y ahora estoy unida a él, a ese hombre que se niega a romper del todo con Vogel.

Aprieto los puños y pisoteo mentalmente mi rabia consciente de lo que me espera si no consigo la protección de Lukas. Inspiro tratando de serenarme y miro por la ventana del carruaje, por donde veo un día tan oscuro como las escenas que transcurren ante mis ojos.

Todas las poblaciones celtas por las que vamos pasando han sido asombrosamente alteradas por la anexión gardneriana de Celtania. Los celtas que quedan parecen todavía más pobres, más enfermos y más sometidos de lo que lo estaban la última vez que vine aquí con Yvan. Hay soldados magos por todas partes luciendo sus uniformes de seda negra. En contraste con los desaliñados celtas, todos los magos parecen muy animados, y se ríen juntos en las puertas de las tiendas y las tabernas en ruinas.

Hay gardnerianos supervisando a los agricultores celtas, y también varias familias gardnerianas ricas que ahora viven aquí. Los magos parecen residir en las casas más hermosas que vamos dejando atrás. Pero quizá las imágenes más sobrecogedoras de todas sean las negras banderas gardnerianas que lucen con agresividad casi todas las viviendas y plazas como si fueran el síntoma de una enfermedad contagiosa. Y todas las banderas llevan el diseño nuevo, el pájaro blanco del Gran Ancestro sobre el fondo negro.

La bandera de Vogel.

Me asalta un pánico todavía más intenso cuando veo los banderines negros y me muero de ganas de tocar la varita blanca que llevo escondida en el forro de mi bolsa de viaje, la que han metido en el maletero del carruaje.

Alejada de mi mano y de mi poder.

Cuando llegamos al campamento militar gardneriano, bajo del coche y me reciben dos soldados magos de alto nivel que me indican que los siga. Aquí el día está todavía más encapotado, y en el aire flota una gélida brisa muy desagradable. El mar de recias tiendas de campaña negras que se extiende ante mí refleja el sombrío estado del clima.

Miro a mi alrededor con el estómago encogido y avanzo por el suelo húmedo muy nerviosa ante la idea de volver a ver a Lukas. Mientras caminamos a paso vivo, me ciño lo mejor que puedo la capa negra y agacho la cabeza encapuchada para evitar que las gotas de lluvia me mojen la cara, aunque no puedo evitar que la gélida llovizna me salpique las manos.

Todos los soldados que me voy cruzando se paran a mirarme, como hipnotizados por mi repentina presencia. Me esfuerzo por ignorarlos y avanzo bajo la creciente lluvia mientras asimilo la escena que me rodea.

Hay una tienda bastante grande ante mí, muy bien protegida, y parece ser el centro principal de la actividad del regimiento. Sobre ella ondea una enorme bandera gardneriana, y advierto asombrada que es la bandera antigua, la que luce la esfera de Erthia en el centro como si fuera un símbolo de puntuación enfático.

Sé sin necesidad de preguntar que allí es donde encontraré a Lukas.

Me preparo mentalmente y sigo a los firmes soldados en dirección a la tienda sin prestar mucha atención a las inquisitivas miradas que voy atrayendo; me pongo bien derecha y me preparo para enfrentarme a Lukas Grey.

Aprieto los puños marcados mientras recuerdo la terrible forma en que Lukas y yo nos separamos.

«No importa —me digo recuperando la determinación—. Me lo volveré a ganar.»

Quizá no pueda mentirle a Lukas Grey debido a nuestras potentes naturalezas dríades, pero puedo ocultar la verdad y encontrar una forma de asegurarme su protección para poder sobrevivir y llegar a luchar junto a la Resistencia por todas las personas y todo aquello que amo.

Nos acercamos a la entrada de la gran tienda pasando bajo un protector toldo negro.

Uno de mis acompañantes le dice mi nombre al hosco guardia con barba que está apostado en la entrada. El hombre me lanza una mirada animosa antes de asentir con sequedad y desaparecer en el interior de la tienda. Su antipatía me inquieta e intento imaginar la gran cantidad de personas que deben de estar al corriente de la forma en que me resistí a Lukas el día de nuestro compromiso. Y de cómo desaparecí poco después. Incluso de que no tenga marcas de consumación en las muñecas.

Y de cómo mis hermanos traicionaron Gardneria y huyeron al oriente con los lupinos.

El soldado con barba vuelve a aparecer, retira la solapa negra de la tienda y me hace pasar haciendo un impaciente gesto con la mano.

Yo me bajo la capucha y entro.

No estoy preparada para la fría conmoción que me provoca volver a ver a Lukas, y me pongo muy nerviosa.

Tan abrumadoramente apuesto como siempre, Lukas está sentado a un escritorio imponente al fondo de la tienda, rodeado por un séquito de soldados. Algunos de esos soldados lucen las marcas propias de los que tienen poderes mágicos, como Lukas, pero enseguida advierto que él es uno de los pocos magos de esta base que sigue llevando el uniforme antiguo, el que luce la esfera plateada de Erthia en el pecho en lugar del pájaro blanco.

Lukas se toma su tiempo firmando documentos y hablando con varios subordinados militares, que se acercan a él, lo saludan y se marchan para trasladar sus órdenes. Sigue

rezumando poder, como bien demuestra el deferente lenguaje corporal de todos los presentes en la estancia.

Dentro de la enorme tienda reina un ambiente cálido y seco, pues en el centro de la estufa arden varios troncos de olmo verpaciano y, sin embargo, yo sigo tratando de reprimir un escalofrío.

Si Lukas advierte mi presencia no da ninguna muestra de ello, y yo no percibo ninguna señal de sus imponentes poderes de afinidad. Sus poderes de fuego y de tierra están apagados, y yo ansío tener el mismo control sobre mi aterradora magia.

Permanezco en el interior de la tienda hecha un amasijo de emociones y espero alguna señal para acercarme. Los demás hombres presentes en la tienda demuestran la misma falta de interés por mí que Lukas y apartan la vista como si se estuvieran esforzando por ignorarme por completo.

Aprieto los puños muy consciente de las marcas de compromiso que los decoran mientras observo las mismas líneas intrincadas que cubren las manos de Lukas. Vuelvo a recordarlo todo: cómo me obligaron a posar las manos sobre las de él, las monótonas palabras del sacerdote mientras recitaba el hechizo.

Y mi tío.

Mi querido tío Edwin.

Prendido y encarcelado, y básicamente asesinado, por unos soldados como los que me rodean en este momento. Unos soldados que si pudieran matarían a Rafe y a Trystan.

Que matarían a Yvan.

En mi interior brota un odio por el ejército gardneriano que no consigo reprimir. Miro a mi alrededor fijándome en cada varita, cada silla de madera, paseando los ojos por las vigas de madera de abeto que sostienen la cubierta de la tienda.

«Puede que no tenga una varita —les espeto mentalmente con rabia—, pero solo necesito un trozo de madera. Y me sirve cualquier trozo por desgastado que esté, y podría conjurar un fuego tan imponente que os destruiría a todos.»

Mientras yo evalúo hasta el último trozo de madera que me rodea, la tienda se va vaciando poco a poco hasta que estoy prácticamente sola.

Ya solo queda un único soldado junto a Lukas. El joven me mira a los ojos y el destello de reconocimiento que brilla en su penetrante mirada me pone todavía más furiosa. Es alto y serio, tiene unos angulosos rasgos aristocráticos, y desprende la misma aura depredadora que Lukas. Y, al igual que él, su uniforme también luce las cinco líneas plateadas que lo identifican como un mago de nivel cinco.

Lukas firma algunos documentos más y se los entrega a ese joven.

—Puedes retirarte, Thierren —dice sin molestarse en levantar la vista mientras sigue

leyendo el montón de órdenes que tiene delante.

Thierren inclina un poco la cabeza antes de lanzarme otra intensa mirada. Después se encamina hacia la salida esforzándose para no mirarme al pasar por mi lado seguido por el vuelo de su capa.

Y nos deja a Lukas y a mí solos en la tienda.

Intento esforzarme por sonreír y fingir algún cumplido, pero el peso de mi rabia me lo impide, y se apodera de mí el conocido e inevitable impulso dríade de ser sincera con él. Condicionada por esa emoción, solo soy capaz de permanecer allí de pie, con los puños apretados, inmovilizada por un odio repentino por Lukas tan potente que me duele.

Él deja la pluma, se reclina contra el respaldo de la silla y me clava sus gélidos ojos verdes.

—¿Qué quieres, Elloren?

«Te odio, te odio.»

Yo aprieto los puños muerta de ganas de arrancarme las marcas de compromiso.

—He venido a quedarme —me obligo a decir incapaz de ocultar mi rabiosa rebeldía.

Lukas entorna los ojos y hace un ruidito desdeñoso, después vuelve a concentrarse en los documentos que tiene delante mientras esboza una sonrisa burlona.

—¿El chico celta ya se ha cansado de ti?

Un destello de ira me atraviesa de pies a cabeza. Extiendo mis manos con las palmas hacia arriba, mis líneas de compromiso están completamente intactas. Es una prueba de mi castidad.

Lukas las mira, pero no parece impresionado. Sin embargo, después me mira a los ojos muy serio; su expresión se ensombrece y un violento destello de ira le empaña los rasgos mientras su fuego de mago da un repentino y palpable tirón hacia mí.

—Te he preguntado qué quieres —dice con un tono frío como el acero.

—Necesito un sitio donde quedarme —espeto sin poder controlarme por mucho que me reprenda mentalmente mi falta de control.

«Esto no va a funcionar. Tienes que reprimir esa necesidad de ser sincera con él. Se supone que deberías ganártelo para conseguir su protección.»

Me esfuerzo por recuperar la compostura.

—Estoy… estoy preparada para asumir mi lugar junto a ti.

Las palabras son tan espesas como la savia. Es imposible. No puedo luchar contra el impulso de ser sincera con él, tanto en el tono que empleo como en las palabras que elijo.

—Comandante Grey, lamento interrumpir.

Me vuelvo hacia Thierren, que está en la entrada con su capa negra y la capucha

empapada por la lluvia sobre la cabeza. Posa sus afilados ojos sobre mí durante un segundo.

—Ha llegado el teniente Browlin.

—Dile que pase —le ordena Lukas sin mirarme y volviendo a reprimir su fuego de mago—. La maga Gardner y yo ya hemos terminado.

Me vengo abajo.

—Pero..., Lukas, yo...

—Acompáñala fuera —ordena sin mirarme.

—Lukas —digo con la cabeza hecha un lío mientras Thierren se acerca a mí y me coge del brazo con suavidad. Me aparto de él abrumada por la humillación y con los ojos llenos de lágrimas de rabia mientras Lukas vuelve a sus papeles con total tranquilidad y Thierren me acompaña fuera en silencio.

Me tambaleo hasta el exterior de la tienda, me cruzo con el teniente que acaba de llegar, que me mira con una inmediata y asombrada sorpresa. Tiro del brazo para soltarme de la mano de Thierren y me marcho.

—Maga Gardner —me dice confuso, pero yo le ignoro y me limpio las lágrimas que tantas ganas tengo de esconder.

Arrastro los pies por la tierra mojada presa de un creciente pánico. Ya ha anochecido y sigue lloviendo: ¿qué voy a hacer ahora? Cuando paso por su lado, los soldados me miran con evidente desconcierto, no parecen saber si deben fingir deferencia o si pueden demostrar su desprecio abiertamente.

Me cubro el pelo mojado con la capucha; tengo las manos temblorosas y la cabeza hecha un lío.

«¿Dónde puedo estar a salvo si Lukas no quiere ayudarme? ¿Quién me protegerá de las asesinas vu trin armadas que podrían estar acercándose a mí en este mismo momento?»

Si intento protegerme sola sin ningún control sobre mis poderes, toda Gardneria acabará descubriendo quién soy. Y mataré a todos cuantos me rodeen, soldados y civiles por igual.

Voy sorteando las tiendas a ciegas, sin saber adónde ir o por dónde debo girar.

«No tengo dinero. No sé dónde están mis cosas. Y nunca he estado tan sola en toda mi vida. Y quiero la varita blanca...»

Me paro en seco cuando me asalta una luminosa preocupación.

«La varita...»

Está en el carruaje que debía esperarme. Escondida en el forro de mi bolsa de viaje.

Y no tengo ni idea de dónde está el carruaje.

Una instantánea alarma me agarrota los músculos. Me doy media vuelta buscando el coche. No lo veo por ninguna parte.

«¿Y si alguien encuentra la varita?»

Desesperada por tranquilizarme, me deslizo en un espacio más o menos privado que hay entre dos tiendas y me alejo de los grupos de soldados que se pasean por el campamento, me siento en un taburete de madera e intento tranquilizarme. La lluvia ha arreciado y los ríos de agua resbalan por la lona negra de la tienda. Cada vez tengo la capa más empapada.

«Necesito ayuda. Y tengo que encontrar el carruaje.»

Temblando y empapada me asalta el recuerdo de la piedra rúnica de Chi Nam. Se me acelera el corazón mientras me saco la piedra del bolsillo y froto la runa de color zafiro dibujada sobre la brillante superficie negra de la piedra. En voz baja recito el hechizo noi que debería desbloquear la runa y convocar la ayuda de Chi Nam.

No ocurre nada.

Se me oprime el pecho mientras vuelvo a intentarlo: froto la runa y recito el hechizo. Pero, por mucho que me esfuerzo, no consigo pronunciar correctamente las palabras del hechizo y la runa sigue apagada.

Vuelvo a meterme la piedra en el bolsillo. Cada vez estoy más asustada.

La única opción que me queda es una alternativa que no puedo soportar: ir a pedirle ayuda a tía Vyvian. Pero la mera idea me provoca un ardiente y vengativo fuego que me recorre las líneas, y siento un intenso hormigueo en la mano derecha solo de pensarlo.

—Maga Gardner.

Me sobresalto al escuchar una profunda voz masculina.

Doy la vuelta y me encuentro con Thierren, el soldado serio que me ha acompañado hasta el exterior de la tienda de Lukas. Ha asomado la cabeza en el pequeño espacio en el que me he cobijado con una evidente preocupación en su rígida expresión.

—El comandante Grey me ha ordenado que la aloje —me informa, pero hay una tormentosa energía que hierve tras sus palabras, y percibo una ligera sensación de sus poderes de aire y agua.

Miro a Thierren muy confusa tratando de recuperar el control de mí misma. Por un momento soy incapaz de encontrar ningún sentido a sus palabras.

«Pero... si Lukas me ha echado. ¿Ha cambiado de opinión?»

Thierren me tiende la mano con actitud conciliadora.

—Me han ordenado que le procure un carruaje. Irá usted a casa de los padres del

comandante Grey, en Valgard. Está a un día de viaje. Me parece que estas son sus cosas.

Me enseña mi bolsa de viaje y mi corazón da un brinco.

«La varita.»

Me quedo momentáneamente desconcertada por aquel sorprendente giro, y reprimo el impulso de abalanzarme sobre la bolsa para apartarlo de la varita escondida.

Lo miro a los ojos y me obligo a parecer natural.

—Entonces… ¿me vas a acompañar hasta el carruaje?

—Claro —contesta clavándome sus ojos verdes.

Me obligo a incorporarme con el corazón acelerado.

—¿Y Lukas se reunirá conmigo allí?

—Sí, maga —contesta Thierren tras una breve pero significativa pausa, y con un tono tan cauteloso que me hace sentir que los dos estamos interpretando un papel—. Tiene algunos asuntos que atender aquí. Pero después se reunirá con usted en Valgard, poco después de que llegue.

De pronto me asalta un mal presentimiento. Separarme de Lukas me deja en una posición vulnerable ante las posibles amenazas. Pero aun así, si consigo sobrevivir al viaje, podría ser la forma de lograr la protección de Lukas.

—¿Tendré algún guardia? —sigo preguntándole a Thierren con la esperanza de que no se cuestione para qué lo necesito.

Vuelve a hacer una pausa y adopta el mismo tono precavido.

—Claro, maga —contesta con un brillo en los ojos verdes que deja entrever una perfecta comprensión de las dudas que se ocultan tras mis preguntas—. Yo mismo la acompañaré, además de otros tres magos de alto nivel.

Sostengo su extraña mirada cómplice mientras nos observamos el uno al otro con curiosidad.

—Muy bien —acepto—. Pues vamos.

Veo cómo Thierren reprime una sonrisita mientras yo hago acopio de valor y me acerco a él.

Cojo la bolsa que me ofrece y aguanto la respiración un momento mientras la palpo a escondidas en busca de la empuñadura espiral de la varita por debajo de la tela. Cuando la encuentro me siento muy aliviada y tengo que obligarme a permanecer impasible.

Después, me echo la bolsa al hombro, intercambio una última y críptica mirada con Thierren, y le sigo hasta el carruaje.

# 2

## Evelyn Grey

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

—La maga Evelyn Grey desea verla de inmediato.

Ante mí aparece una mujer urisca corpulenta, de expresión taciturna y con la piel violeta, enmarcada por la puerta del carruaje que acaba de abrir. Sostiene un hule sobre su cabeza con la intención de ofrecerme una protección contra la lluvia, y las pesadas gotas golpean la áspera tela. Por detrás de ella veo cómo Thierren se marcha con la capucha calada acompañado de los otros tres soldados que me han escoltado durante todo el viaje.

Preocupada al ver cómo se alejan mis guardias, me levanto de mi asiento en el carruaje con calambres en las piernas debido a las muchas horas sentada, y me quedo helada en la puerta al ver el impresionante tamaño de la mansión que se alza ante mí. La mansión de la tía Vyvian es una casita en comparación con esta.

La propiedad de los Grey es gigantesca, y enseguida me preocupa que un lugar tan grande como este no se pueda proteger bien de los asesinos. Aunque está situada en un lugar elevado, cerca del borde de un risco con vistas a la bahía de Malthorin.

«Un acantilado altísimo, eso está bien —pienso—. Eso dificulta la posibilidad de acercarse a la casa desde el oeste.»

La propiedad también está rodeada por una valla coronada por puntas de lanza que parece estar protegida de cualquier asalto con las brillantes runas gardnerianas que veo pegadas a sus postes.

Las dos plantas de la mansión se asientan sobre unos imponentes guayacos y todas las entradas están enmarcadas por las ramas entrelazadas de los árboles, es como si toda la estructura hubiera sido directamente extraída del bosque. Y hay una arboleda privada

encerrada en un arboreto gigantesco, cuya enorme estructura de cristal está unida a la mansión, y los árboles de su interior se ven difuminados por la lluvia.

Las ventanas del edificio son asombrosas, y no puedo evitar fijarme en su exquisita artesanía al pasar ante ellas, incluso a pesar de mi estado de alerta; tienen forma de diamante y están rodeadas de elegantes sarmientos de cristal oscuro. También hay un invernadero con muchísimos árboles plantados en macetas y vides en flor que resbalan del techo como una cascada.

Frunzo el ceño inquieta.

«A cualquier atacante le resultaría muy sencillo esconderse por entre este denso follaje.»

Me tranquiliza un poco advertir que la hacienda familiar del comandante mayor Lachlan Grey está rodeada de algunos guardias magos, no solo veo soldados apostados en las puertas sino también algunos patrullando los alrededores de la casa, entre ellos Thierren.

«¿La presencia de los guardias y la verja de protección bastarán para mantenerme con vida?»

—Maga —dice la mujer urisca que aguarda ante mí irrumpiendo en mi pausa momentánea.

—Lo siento —me disculpo—. Gracias.

Me echo la bolsa de viaje al hombro y bajo con cuidado los escalones mojados del carruaje, tensa a causa de la ansiedad pero también con muchas ganas de poner punto final a los casi dos días de viaje a la capital de Gardneria.

La mujer urisca aprieta los labios mientras me resguarda bajo el hule y yo bajo. La lluvia resbala por los extremos en gruesos ríos que empapan la capa de la mujer.

De ella emana una hostilidad parecida a la niebla que empuja la lluvia, y yo me pregunto a qué se deberá pensando que quizá esté atrapada en una situación imposible: ser urisca y trabajar para el comandante mayor Lachlan Grey.

Aun así, me asombra y me inquieta su comportamiento mientras sigo sus rápidos pasos en dirección a la entrada más cercana, cuyo dintel también está formado por las ramas entrelazadas de un guayaco. Miro por encima del hombro y veo cómo se marcha el carruaje.

Ante mí tengo una vista panorámica de Valgard y de la bahía de Malthorin, que se extienden al otro lado de la verja de hierro, y a pesar de la niebla se distinguen perfectamente las difusas luces doradas de la capital de Gardneria. De pronto diviso un débil brillo verde suspendido sobre el límite exterior de la bahía. Las islas Fae del otro lado han desaparecido envueltas por la niebla.

«¿Qué es eso?»

Apenas tengo tiempo de preguntarme por aquella cosa tan rara, pues la lluvia vuelve a caer con fuerza, tanto que las gotas parecen piedras al impactar contra el hule que tengo sobre la cabeza. Las tormentas son bien conocidas en Gardneria en esta época del año. Se levanta una ráfaga de viento que me azota el pelo, y la mujer urisca y yo aceleramos el paso en dirección a la entrada.

Hay un grupo de uriscas ataviadas con capas trabajando en los jardines inmaculados que rodean la mansión de los Grey, incluso a pesar de la lluvia, y un grupo de soldados protegen la verja de entrada que se alza tras ellos.

Me siento mal por haberme preocupado tanto por mi propia seguridad. ¿Qué será de todas estas mujeres cuando se haga oficial la ley que obliga a expulsar de estas tierras a todas las personas que no sean magas?

Vuelvo a mirar hacia la parte nordeste del terreno de la propiedad y la densa línea de bosque que se extiende más allá. Advierto que hay muchos más militares cerca de ese trozo de bosque aislado.

Pasamos por debajo del arco de ramas y nos adentramos por un pasillo de piedra. Su diseño geométrico en forma de estrella es de color negro y verde bosque. Mientras la mujer urisca me acompaña hasta una enorme puerta de guayaco haciendo un gesto impaciente con la mano, veo que la lluvia me ha embarrado la falda.

Aminora el paso, abre la puerta y me hace pasar a un pulcro guardarropa. Dobla rápidamente el hule y lo deja a un lado mientras yo me quito la capucha, pero no me da tiempo de colgar la capa.

—La maga Evelyn está esperando —sisea haciendo otro apresurado gesto con la mano para que la siga.

Camino tras ella mientras me guía por una serie de pasillos iluminados por candiles cuyas paredes muestran impresionantes pinturas al óleo que representan exuberantes bosques de guayacos. Al final, la mujer se detiene ante unas puertas ornamentadas en cuya madera hay grabada una escena de caza: un grupo de gardnerianos armados con arcos y flechas con las que apuntan a un grupo de ciervos.

—Espere aquí —me ordena haciendo un gesto en dirección a mis pies, como si yo fuera un perro que necesita entrenamiento. A continuación abre las puertas y entra en la estancia, cierra a su espalda y me deja sola en el vestíbulo.

Yo presto atención y consigo distinguir una conversación apagada al otro lado de las gruesas puertas. Al poco se abre una de las dos hojas y la mujer urisca vuelve a salir al vestíbulo.

—La maga Evelyn ya puede recibirla.

Lo anuncia haciendo un pequeño gesto de desdén, como si yo estuviera a punto de recibir mi merecido. Después se hace a un lado y abre la puerta haciendo una floritura con un desagradable brillo en los ojos.

Entro con reticencia e intento ocultar la mueca de dolor que esbozo cuando la puerta se cierra a mi espalda.

La maga Evelyn Grey, la madre de Lukas, está al fondo de la estancia de espaldas a mí.

Está mirando a través de uno de los ventanales en forma de diamante que ocupa casi toda la pared enmarcada por una elegante cortina marrón atada con borlas de color verde bosque. Es una mujer alta, elegante, y demuestra la misma actitud ceremoniosa que la tía Vyvian.

Hago acopio de valor con el corazón acelerado, dejo la bolsa en una silla y doy algunos pasos vacilantes hacia el centro de la estancia mientras observo rápidamente todo lo que me rodea.

En uno de los laterales de la estancia hay una enorme chimenea de mármol negro, y el fuego se traga el húmedo frío del día. Ante ella veo un grupo de sillas con un elegante tapizado, y en la pared contigua una gran librería. El suave brillo que proyectan las antorchas metidas en esferas de cristal suaviza la apagada luz gris que entra por las ventanas y, repartidos por la sala, veo una serie de jarrones de lo que parece una porcelana muy cara. Todo luce los colores gardnerianos tradicionales: rojo brillante por la sangre de los nuestros vertida por los malignos, el verde de los bosques sometidos, alguna pizca de azul de la flor de hierro, y el omnipresente negro, que simboliza nuestros muchos años de opresión.

Los truenos retumban a lo lejos.

La maga Grey se vuelve ligeramente con una mano apoyada en el alféizar de la ventana y me mira de arriba abajo. Es tan hermosa que resulta intimidante, fina como un cuadro. Viste una túnica de terciopelo negro con un cuello alto muy conservador, y tanto la túnica como su larguísima falda están desprovistas de cualquier adorno. Me clava sus ojos verdes, duros y fríos como el hielo del invierno. Ahora entiendo de dónde ha sacado Lukas su belleza y esa presencia tan imponente. La mecha de pelo plateado que se desliza por la melena negra de la maga Grey no hace más que acentuar su imponente belleza.

Me esfuerzo por no perder la seguridad ante ella.

Sigue observándome lentamente, como si yo fuera un insecto molesto que se muere por aplastar, mientras yo espero a que diga algo. Al poco se da media vuelta, se lleva la mano a la cintura y vuelve a mirar por la ventana en dirección a sus preciosos jardines y al océano que se extiende a lo lejos.

—Maga Gardner, ¿te has parado a pensar en las muchísimas jóvenes que hubieran dado lo que fuera por comprometerse con mi hijo? —comenta con un tono muy controlado.

Se me seca la garganta. No estoy segura de cómo contestar a eso. El reloj esmaltado de negro que hay sobre la repisa de la chimenea también parece estar esperando mi respuesta, y hace resonar su impaciente tictac para romper el silencio.

Evelyn Grey le da la espalda a la ventana para volver a mirarme.

—Y, sin embargo, él ha elegido a alguien que tuvo que ser físicamente contenida, obligada en realidad, antes de comprometerse con él.

La ira arde en mi interior.

«Sí, bueno, él me obligó. Y si hubiera podido controlar mis poderes, hubiera acabado con tu hijo y hubiera escapado.»

Alza las cejas.

—Se arrepiente de haberse comprometido contigo. —Lo dice con absoluta serenidad, pero yo percibo la desesperación que destila su tono mientras ella me fulmina con los ojos como si yo fuera alguna criatura malvada que hubiera atrapado a su hijo—. Deberías ver la cara que pone cuando alguien menciona tu nombre. Lo lamenta amargamente.

Las náuseas me queman la garganta cuando recuerdo por qué estoy aquí.

«Si no consigo la protección de Lukas, las vu trin me matarán.»

—No era yo misma durante la ceremonia de compromiso —me esfuerzo por decir mientras intento mantener a raya mi rabia—. Mi tío acababa de morir. Me ha costado un poco superarlo y… creo que Lukas lo comprenderá.

Ella abre los ojos al máximo y asiente con falsa complacencia.

—¿Eso crees? —Frunce los labios y entorna sus ojos verdes hasta que parecen dos esquirlas de hielo—. Tengo entendido que te ha dado una cálida bienvenida, ¿no?

Me encojo bajo su burlona mirada.

—¿Dónde has estado, maga Gardner?

Su voz se ha vuelto dura como la piedra.

Su pregunta se me clava como un anzuelo en la garganta. Me está mirando tan inmóvil como un gato.

—Yo… acabo de llegar de la provincia celta… —empiezo a decir recordando utilizar el nuevo nombre de Celtania—. Estaba con Lukas.

—No —espeta con acritud—. Ya sabes a qué me refiero.

Tengo la cabeza hecha un lío.

—Se compromete contigo y sella el compromiso —sigue diciendo—, pero tú huyes y el

compromiso no llega a consumarse. —Me clava los ojos en las muñecas desnudas—. No parece que mi hijo pueda contestarme cuando le pregunto dónde has estado y por qué le rechazaste de esta forma tan flagrante —prosigue—, así que te lo pregunto a ti. Este último mes, ¿dónde has estado?

Me esfuerzo por pensar con coherencia y busco la excusa que tenía preparada.

—Estaba tratando de encontrar la forma de ponerme en contacto con mis hermanos —miento.

—Ah, sí, los traidores.

Asiente con aspereza.

—¿Y encontraste algún modo de hacerlo? —inquiere con un hiriente sarcasmo.

Yo niego muy dolida con la cabeza. «No, maldita bruja, no lo encontré —pienso angustiada—. No sé dónde están. Ni siquiera sé si siguen con vida.»

—Pensaba que..., si podía encontrarlos... —le explico vacilante—. Pensaba que podría detenerlos.

—¿Qué pensabas detener? —pregunta ladeando la cabeza.

—Su rebelión.

—A la que tú tampoco eres ajena, ¿verdad? —afirma mientras siento una punzada de pánico que me recorre la espalda. Me clava los ojos y mueve la cabeza como si estuviera muy decepcionada conmigo—. Eres una maldita embustera, Elloren Gardner.

Me quedo helada y me esfuerzo por controlar mi respiración mientras ella se aleja de la ventana y empieza a pasear en círculos a mi alrededor.

—Sé que te sorprendieron en la cama con un celta —dice—. ¿Tienes idea de lo que hemos tenido que hacer Vyvian y yo para intentar ocultarlo? —Dibuja un círculo alrededor de mi cuerpo inmóvil y se para delante de mí. Me abrasa con la mirada y su férreo control empieza a flaquear cuando la supera la furia—. Y ahora estás comprometida con mi Lukas. Una chica de una familia de traidores que aprovecha cualquier oportunidad para escupir en el buen nombre de su abuela y que no tiene ni un ápice de decencia moral. —Esboza una mueca de rabia—. ¿Acaso pretendes mancillar la reputación de mi hijo?

—Yo no soy como mis hermanos —tartamudeo dolida por la mentira.

Se me pega a la cara.

—No eres lo bastante buena para mi hijo —murmura con los dientes apretados—. ¡No vales ni para limpiarle el barro de las botas!

Me coge de las manos con fuerza.

Yo doy un pequeño grito e intento soltarme mientras ella me clava las uñas en la piel.

Me sujeta y me mira las marcas de compromiso con furiosa desesperación.

—Si hubiera alguna forma de romper el hechizo —dice aparentemente desconsolada —, lo haría. He intentado encontrar una forma. —Se le rompe la voz—. En la cama con un celta —se lamenta. A continuación guarda silencio, mirándome las manos y dándole vueltas al asunto—. ¿Sabes lo que hacemos ahora con los traidores, Elloren Gardner? —Está hablando más para sí misma que para mí sin dejar de mirarme las manos—. Los ejecutamos.

—Yo no me acosté con un celta —insisto desesperada para evitar la ira de esa horrible mujer—. Todo fue un malentendido. Mis manos son la prueba de ello.

No tengo ninguna cicatriz como las que tenía Sage en las manos. Y eso es la prueba definitiva de mi castidad.

Evelyn Grey se queda de piedra y parece parpadear reflexiva. A sus labios asoma una oscura sonrisa y me mira las manos como si las estuviera viendo con claridad por primera vez.

Tiemblo desesperada y alarmada, y aparto las manos. Al hacerlo ella me araña con las uñas. Me aparto de ella y me llevo las manos al corazón acelerado con actitud protectora.

La maga Grey se yergue muy derecha y me sonríe como un tiburón.

—Esta noche asistirás al baile del Consejo de Magos.

Lo dice con una renovada determinación, como si estuviera muy complacida con lo inteligente que es y con un brillo malicioso en los ojos.

Yo trago saliva. No me gusta la forma en que parece haber tomado alguna decisión maligna. Y no puedo viajar sin protección hasta un baile cuando es probable que haya asesinos acechándome.

—Debería preguntárselo primero a Lukas —insisto temblando—. Le mandaré un cuervo rúnico…

—No —espeta claramente enfadada—. Harás lo que yo diga.

De pronto soy tan consciente de la madera que hay en esta sala como de la desconocida amenaza que emana de esa mujer. Observo los troncos de guayaco y las ramas entrelazadas que sostienen toda la estructura formando sinuosas vigas sobre mi cabeza. Las planchas de madera de guayaco que tengo bajo los pies.

«Madera muerta. A mi alrededor.»

En mi cabeza aparece una imagen de los guayacos vivos de los que procede esa madera y siento cómo el poder me hormiguea en los talones. Estiro los dedos de los pies para reprimirlo notando cómo el fuego despierta en mis líneas. Suspiro algo temblorosa y reprimo el feroz deseo de prenderle fuego a la madre de Lukas y a toda la casa.

Hay algo por detrás de mí que capta la atención de Evelyn y yo me vuelvo agradecida

de poder alejarme de esa inclinación que parezco tener por usar la magia con fines violentos.

—Maga. —En la puerta hay una mujer urisca distinta a la de antes, más joven, con la piel de color lavanda, el pelo violeta y los ojos color amatista. Sus rasgos son impresionantes, y de pronto tengo la sensación de haberla visto antes. Debe de tener mi edad—. Nos manda Oralyyr.

Agacha la cabeza a modo de saludo.

La pequeña niña urisca que está a su lado repite el mismo gesto. No la había visto antes. Debe de tener unos ocho años. La pequeña tiene unas grandes orejas de murciélago y la piel del intenso color violeta propio de las clases nobles de los uriscos. Hay algo inquietante en la forma que ambas tienen de comportarse, en la deferencia de su saludo, como si temieran que la maga Grey fuera a decapitarlas si hacen algo mal.

La madre de Lukas las mira con desprecio y después vuelve a clavarme los ojos.

—Sparrow y Effrey serán tus doncellas mientras estés aquí, y Sparrow te acompañará a todas partes y me informará de todos tus movimientos. Además, te asignaré dos soldados para que te acompañen al baile. Ellos también me mantendrán informada. ¿Me he expresado con claridad, maga Gardner?

Soy un pájaro enjaulado colgando de su elegante dedo.

Cada vez tengo más miedo.

—No necesito doncellas —contesto sin apenas conseguir ocultar mi alarma.

La maga Grey me clava la mirada.

—Ahora vives bajo mi techo, maga Gardner. Y acatarás mis reglas. No las tuyas.

Palpo la piedra rúnica que me dio Chi Nam por encima de la tela del bolsillo de la túnica y me la pego al muslo.

—Sí, maga —obedezco a pesar de lo enfadada que estoy.

«Te odio, bruja. A ti y a toda tu maldita familia. En especial a tu maldito hijo.»

—Effrey —le dice Evelyn a la niña sin dejar de atravesarme con la mirada—, llévate la capa de la maga Gardner. Y luego tú y Sparrow podéis acompañarla hasta su habitación.

—Sí, maga Grey —se apresura a contestar la pequeña.

Effrey se acerca rápidamente a mí mientras yo me desabrocho la capa y me la quito. Se la tiendo y la niña la coge y vuelve corriendo con Sparrow arrastrando un triángulo del vuelo de mi capa por el suelo. Justo antes de llegar con Sparrow, la pequeña choca contra una pequeña mesa circular sobre la que descansa un exquisito jarrón decorado con flores de hierro.

El jarrón se balancea peligrosamente y Sparrow abre los ojos alarmada. Rápida como el rayo, corre hasta la mesa, coge el jarrón con agilidad y lo pone bien.

Effrey se queda paralizada y abre la boca mirando el jarrón con auténtico terror. La niña se vuelve muy despacio para mirar a la maga Grey, asustada y abrazándose a mi capa como si la prenda pudiera protegerla. Se inclina casi hasta tocar el suelo.

—Por favor, maga, por favor. Lo siento mucho, maga.

La torpeza de la pequeña me refresca la memoria y de pronto las reconozco: la tienda de vestidos de Valgard. Ahí es donde las había visto. El año pasado, cuando llegué a la ciudad con la tía Vyvian. La niña estaba allí, recuerdo muy bien que no dejaba de tropezar con los rollos de tela. Y la elegante Sparrow. Las dos estaban allí.

Evelyn Gardner se acerca a un aparador y se sirve una bebida de un cristalino decantador escarlata.

—Effrey —dice—. ¿Tengo que pedirle a Oralyyr que te quite esa torpeza a base de azotes?

La niña abre los ojos asustada y yo me indigno ante aquella muestra de crueldad contra una pobre niña, y aprieto el puño.

—Sparrow —dice Evelyn con firmeza dándole la espalda a Effrey, como si hubiera perdido todo interés por la niña—, lleva a la maga Gardner hasta su habitación. Debe asistir al baile de la Victoria esta noche en el Auditorio del Consejo de Magos. —Toma un sorbo de su bebida, mira hacia los jardines iluminados por los relámpagos y esboza una sonrisa burlona—. Aséala. Intenta convertirla en alguien que, por lo menos, parezca respetable.

# 3

# Jarrones

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Todavía alterada por mi encuentro con la cruel madre de Lukas, sigo a Sparrow y a Effrey hacia el extremo más alejado de la mansión. Cruzamos innumerables pasillos y estancias exquisitamente decoradas. Tanto mis poderes como mis emociones son tan tumultuosas como la tormenta que avanza fuera.

Se oye un trueno y el sonido resuena en las paredes de guayaco.

«Lukas tiene que llegar cuanto antes.»

Evelyn Grey pretende hacerme daño de alguna forma, estoy segura de ello. Es posible que aquí esté a salvo de las fuerzas de oriente, rodeados como estamos de militares magos, pero no estoy a salvo de los magos.

Pero si encuentro a Lukas, ¿accederá a protegerme?

Llegamos a una puerta de madera con flores de hierro grabadas ubicada al fondo de una sala de estar que también es una pequeña biblioteca. Sparrow abre la puerta y yo me quedo de piedra en el umbral asombrada al ver la enorme cama con dosel. Está cubierta con una lujosa colcha en la que se ve un árbol de color esmeralda, pero eso no es lo que capta la atención de mis ojos y mis poderes. Lo que me atrae son los postes que sostienen el dosel, esas densas columnas de madera oscura que se erigen dibujando espirales.

Parecen cuatro varitas gigantescas.

Me acerco a la cama cautivada y deslizo la mano por la tentadora madera notando cómo el poder empieza a despertar en mis talones mientras me viene a la cabeza la imagen de un árbol colosal con un tronco muy grueso, y respiro hondo.

Ébano de Ishkartan.

«Oh, qué madera más hermosa. Densa y robusta. —Noto un destello en el dedo y el calor empieza a crepitar por mis líneas—. Me resultaría tan sencillo proyectar mis poderes a través de ella…»

Me asusto y aparto la mano de la madera con el pulso acelerado al advertir la facilidad con la que me subyuga la madera. Me cojo la mano con la otra sin que nadie lo vea y me clavo las uñas en la palma tratando de reprimir esa atracción casi irresistible hacia la madera de calidad.

Y el deseo casi irrefrenable de dar rienda suelta a mi poder.

Dejo de mirar la cama haciendo un esfuerzo para olvidarme de esa gran tentación, y veo que Sparrow y Effrey están descorriendo las cortinas verdes para dejar al descubierto los ventanales salpicados por la lluvia, haciéndome sentir expuesta a cualquier cosa que pudiera estar merodeando por allí.

Acechándome.

—Podéis dejarlas cerradas —me apresuro a decirles, pero me encuentro con la breve mirada rebosante de miedo de Effrey seguida de un ligero y cauteloso asentimiento de Sparrow, que vuelve a correr las cortinas—. Gracias —digo tragando saliva tratando de arreglarlo—. Gracias por vuestra ayuda.

—No es molestia, maga —contesta Sparrow sin inmutarse mientras ella y Effrey anudan los lazos que mantienen las cortinas cerradas.

—Ya os había visto antes, ¿sabéis? —presiono a Sparrow empleando el tono menos amenazador que puedo adoptar mientras aprieto y relajo la mano derecha—. Estabais en la tienda de vestidos de la maga Heloise. En Valgard. Hace algunos meses.

—Así es, maga —dice Sparrow con una expresión abrumadoramente vacía.

Como no quiero hacerlas sentir más incómodas de lo que ya están, dejo morir la conversación y me descuelgo la bolsa de viaje del hombro, la pongo en la silla que tengo al lado; el tapizado es de seda y hay una hoja de roble bordada en la tela. Bajo los pies tengo una alfombra con un bordado intrincado de los mismos colores de la cama: tonos verde bosque y negro medianoche que dan vida a diseños de árboles estilizados. Me embarga una frustración culpable al advertir lo atraída que me siento por la abundancia de elementos decorativos con motivos que recuerdan al bosque y la madera muerta que hay en esa estancia. No quiero ser tan gardneriana. No quiero formar parte de este maldito Reino Mágico.

Lo que yo quiero es arrancar uno de los postes de la cama y utilizarlo para luchar contra los gardnerianos.

El rugido de un trueno se cuela en mis rebeldes pensamientos y miro a mi alrededor. Hay dos puertas abiertas junto a la cama, una conduce a un pequeño cambiador, y la

otra al cuarto de las sirvientas. La fría brisa que se cuela por las esquinas de los ventanales está contenida por el agradable calor que emana de una estufa de leña que hay delante de la cama, hecha de hierro y con forma de árbol, cuyas ramas trepan hasta el techo. La estancia está decorada con gusto, veo varias pinturas de ciervos y también algunos de esos jarrones a los que la maga Evelyn parece tener tanto cariño, piezas que dan la impresión de importarle más que las personas que trabajan en su casa.

Frunzo el ceño mirando el jarrón que tengo más cerca. Es de porcelana, fina como el papel, y sobre su lacado fondo negro se ve una escena pintada a mano que representa el asesinato de un ícaro a manos de varios soldados magos.

Me dan ganas de tirarlo de la mesa y ver cómo se rompe en mil pedacitos.

Sparrow se lleva mi bolsa de viaje a la cama, la deja sobre la colcha del árbol y hace ademán de abrirla.

Se me acelera el corazón.

—Yo desharé mi equipaje —digo acercándome rápidamente a la joven urisca.

No puedo arriesgarme a que encuentre la varita y quizá se la entregue a la horrible madre de Lukas, lo que inmediatamente provocaría preguntas acerca del porqué, exactamente, voy armada sin la aprobación del consejo que necesitan todos los magos. En especial las mujeres.

Sparrow me mira con extrañeza, pero obedece y se pone a abrir la colcha y las sábanas de la cama.

Con el corazón acelerado abro la bolsa de viaje y voy sacando mis escasas pertenencias una a una para después colocarlas sobre la colcha. Después cierro la bolsa y la deslizo bajo la cama.

—Me gustaría guardarla ahí —digo señalando hacia abajo y odiando la posición dominante que tengo sobre ellas dos. Las uriscas asienten con solemnidad, lo que solo sirve para aumentar mi remordimiento.

«No deberían estar aquí.» Y menos ahora que los gardnerianos están a punto de mandar a todos los uriscos a las islas Fae: en cuestión de meses pretenden eliminar a cualquier no gardneriano de «territorio mago». Miro a la delgadísima Effrey, que está ocupada metiendo mis cosas en los cajones de la cómoda, y me indigno por ella.

«Solo es una niña. No debería estar sirviendo prácticamente como una esclava para esta horrible mujer en esta tierra hostil. Lo que necesita es llegar al Reino de Oriente, y deprisa.»

—Ya lo hago yo, Effrey —me ofrezco, y ella se encoge asustada, se encorva y vuelve a mirarme con evidente miedo. Yo me arrepiento enseguida de haberla asustado.

Alguien llama con suavidad a la puerta y ambas nos quedamos petrificadas por el

sonido mientras Sparrow cruza la estancia a toda prisa para abrirla.

En el pasillo está Oralyyr, la mujer urisca que me ha recibido en el carruaje.

Me fulmina con la mirada y después le entrega a Sparrow un paquete envuelto en papel.

—Volveré a buscar la ropa que lleva cuando se haya puesto esta —le espeta Oralyyr a Sparrow antes de volver a mirarme con odio y marcharse.

Sparrow cierra la puerta, se da la vuelta y separa las hojas de papel para desvelar un brillante vestido. Vuelve junto a la cama, saca la prenda del envoltorio y la extiende sobre la colcha. Se retira un momento y observa el vestido con asombro, pero parece recomponerse enseguida.

—Para el baile de esta noche, maga —me informa con formalidad inclinando ligeramente la cabeza, pero por cómo entorna los ojos me doy cuenta de que sigue estando confusa.

El temor me apelmaza la garganta mientras observo el vestido, pero una parte de mí no puede evitar quedar asombrada por su espectacular belleza.

Es bastante escandaloso.

Bajo el parpadeo de la luz de los candiles y la estufa, la elegante seda negra de la ceñida túnica y la larguísima falda emite un brillo rojo. Toda la tela está cubierta de rubíes dispuestos en forma de estrella, la bendita estrella gardneriana, y la constelación escarlata va aumentando el número de cuentas a medida que se aproxima a los dobladillos. Y enseguida advierto que la túnica es ceñida y escotada, además de llevar encaje negro en el cuello.

Perpleja, deslizo el dedo por los brillantes racimos de gemas que decoran los bajos de la túnica mientras la chica urisca vuelve a centrarse en organizar mis cosas y preparar la habitación.

Mis temores aumentan.

Tanto la sobreabundancia de rojo como el corte del vestido sin duda provocarán la censura de la estricta Gardneria. Y es más que evidente, por el diseño de esta mansión y por el atuendo de la propia Evelyn Gardner, que la madre de Lukas es incluso más estricta que mi tía en todos los aspectos. Entonces ¿por qué quiere que lleve este escandaloso vestido prácticamente escarlata? ¿Y cómo ha sabido mi talla? ¿Ha estado en contacto con mi malvada tía?

—Sparrow, ¿sabes si Lukas asistirá al baile de esta noche? —pregunto observando el vestido con incomodidad.

—Sí, maga —afirma mirando también la prenda.

De pronto se oye un estruendo que nos sobresalta a las dos y cuando nos volvemos

nos encontramos con Effrey rodeada de los añicos del espantoso jarrón ícaro. La niña se echa a llorar como si acabara de aparecer en medio de su peor pesadilla. Sparrow se queda de piedra mirando aquel desastre con la boca abierta.

Cuanto más llora Effrey, más pequeña y delgada parece.

Levanto la mano.

—Lo he roto yo —digo con firmeza levantando la voz más de lo habitual mientras me esfuerzo por hacerme oír por encima de los consternados sollozos de Effrey.

La pequeña contiene las lágrimas y me mira mientras se convulsiona a causa del hipo. Sparrow está pálida y también me mira con los ojos abiertos como platos.

—Lo he roto yo —insisto—. No me gustaba, así que tampoco es una gran pérdida. Lo recogeremos y le diremos a la maga Grey que no me gustan todos estos jarrones y que preferiría que los quitaran de mi habitación.

Tengo el corazón acelerado. «Está claro que esto no me va a ayudar con la horrible madre de Lukas.»

Sparrow tarda un momento en encontrar su voz.

—S-sí, maga —consigue tartamudear al fin.

Effrey sigue con hipo y me mira parpadeando con evidente confusión mientras yo me agacho y empiezo a recoger los afilados pedacitos del jarrón.

—No, maga —insiste Sparrow—. Usted no debería estar haciendo eso. Ven, Effrey —dice apoyándole la mano en la espalda con suavidad—. Vamos a recogerlo.

Poco después la niña se pone a llorar otra vez porque se corta con uno de los fragmentos.

Me acerco a Effrey y me arrodillo ante ella, saco un pañuelo del bolsillo de mi túnica y aplico presión sobre su temblorosa palma cortada. Enseguida aparece una mancha de sangre en la tela blanca y se extiende por las flores de hierro bordadas en el pañuelo.

—Ve a por un poco de tónico singeroot y una venda —le pido a Sparrow asombrada de la facilidad que tiene la pequeña Effrey para meterse en líos—. He estudiado un poco de farmacia. Puedo curarla.

Sigo presionándole la mano y hago un gesto con la cabeza en dirección a la silla que tenemos al lado.

—Effrey —digo sin perder de vista la asustada mirada de la niña—, vamos a arreglar esto y después te sentarás y descansarás mientras Sparrow y yo hacemos todo lo demás.

—El tónico de singeroot es caro, maga —me dice Sparrow con un tono sorprendentemente directo—. La maga Grey jamás permitirá que lo utilicemos para curar a una de las sirvientas.

—Santo Ancestro —murmuro disgustada por esas horribles normas y por la

desagradable madre de Lukas. Miro a Sparrow a los ojos—. Pues dile a Oralyyr que me he cortado al romper el jarrón —propongo.

Compartimos una sobria complicidad; Sparrow asiente y se marcha a por los utensilios para curar a la niña.

Poco después, Effrey está curada y solloza con suavidad hecha un ovillo en la silla y arropada con la colcha.

La miro detenidamente. Me está mirando de un modo extraño.

—La niña necesita gafas —susurro bajo la tenue luz de la estancia.

—Oh, maga —suspira Sparrow con un tono de nuevo demasiado sombrío.

Effrey vuelve a echarse a llorar mirando a Sparrow, evidentemente asustada por mi observación.

Yo también me vuelvo hacia Sparrow asombrada del terror que veo reflejado en su rostro.

—Effrey no tiene muy buena vista, es cierto —admite la joven urisca con un tono implorante y perdiendo un poco la compostura—. Pero, por favor, no se lo diga a la maga Grey. Yo puedo hacer el trabajo de las dos. Por favor, maga.

Se me encoge el corazón y siento una punzada de compasión. La situación en la que viven estas dos criaturas está mal en todos los sentidos. Por supuesto ya sé lo que voy a contestarle y que las ayudaré en todo lo que pueda.

Y también sé algo más.

Sparrow y Effrey no son aliadas de la maga Grey. Le tienen pánico a esa mujer. Y yo necesito todas las aliadas que pueda conseguir.

Incluso aunque solo sean dos sirvientas indefensas.

# 4

## Baile de la victoria

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Deslizo la uña del pulgar por la áspera pieza de madera que hay bajo el tapizado de mi asiento en el carruaje. En mi cabeza aparece la imagen de un árbol con las hojas oscuras.

Arce negro. De las montañas del norte.

Estiro con cuidado del pequeño fragmento suelto y miro por las ventanas del carruaje advirtiendo la pareja de guardias magos de nivel cuatro que flanquean el carruaje a caballo mientras avanzamos en dirección al baile del Consejo de Magos.

Consciente de lo que podría estar acechándome esa noche.

«¿Esos soldados bastarán para mantenerme con vida hasta que encuentre a Lukas?»

Nerviosa, hago rodar el trocito de madera con los dedos. No es mayor que una aguja de pino y, sin embargo, noto cómo me recorre una pequeña ráfaga de poder.

«Una varita minúscula.»

Sparrow está sentada delante de mí con una mirada tan pálida como la nieve recién caída y clavada en la mitad de la distancia que nos separa.

Hago rodar el trocito de madera entre mis dedos mientras evalúo mi situación.

Si Lukas sigue mostrándose hostil conmigo, no tendré ninguna protección, aparte de mi ingenio, contra las fuerzas que se cernerán sobre mí.

Y probablemente ocurra pronto.

Es probable que hayan encerrado a Chi Nam por haberme dejado marchar, y también a Kam Vin, Ni Vin y Chim Diec. Si eso ocurre, la Resistencia no vendrá a rescatarme en un futuro próximo. Y no tengo forma de ponerme en contacto con mis hermanos, con Yvan o con cualquiera que pueda ayudarme.

No puedo apoyarme en nadie más que en mí misma.

Por muy difícil que eso sea de aceptar, está ahí.

Respiro hondo y aprieto el fragmento de madera con el pulgar y el dedo índice, mientras pienso…

He descubierto que mi poder aumenta gracias a las capas de madera que conforman una varita. La diferencia entre el fuego que puedo conjurar con una ramita y el que proyecto con una varita hecha con varias láminas de madera es increíble.

«¿Y con una astilla de madera?»

Me esfuerzo por no tocar el borde de arce del asiento con la otra mano mientras evalúo la rectitud de la astilla con la mano derecha. El pedacito de madera es tan pequeño que me asalta la sensación de que tengo un ligero control sobre la tentación de proyectar mis poderes a través de ella.

«¿Y si probara esta minúscula varita?»

Tendría que ser extremadamente cuidadosa para ocultarles quién soy a los gardnerianos, pero no puedo evitar preguntarme si podría sofocar lo suficiente mi poder empleando trocitos de madera lo bastante pequeños.

¿Podría encontrar una forma de entrenarme yo sola?

Aprieto la maderita con fuerza convencida de ese nuevo plan y vuelvo a mirar a Sparrow.

—¿Por qué no trabajas ya en la tienda de vestidos? —La joven urisca me mira con sus ojos de color amatista y, por un momento, me asalta la sensación de que está reprimiendo una fuerte emoción—. Evelyn Grey es espantosa —insisto preguntándome cómo es posible que ella y la pequeña Effrey hayan acabado trabajando para una mujer tan mala.

—La maga Grey tuvo la bondad de contratarnos —afirma Sparrow con cautela y gélida naturalidad.

Pero entonces un brillo de feroz coraje asoma a los enormes ojos amatistas de Sparrow mientras me observa durante un buen rato y me deja ver lo que hay al otro lado de su actitud servil.

Y lo que veo es maravilloso.

—Has ayudado a Effrey —dice al fin sorprendentemente decidida—. Has sido muy amable. Pocos magos habrían hecho lo que has hecho tú.

Aprieto los labios y niego con la cabeza confundida por su reflexión e incómoda al ver cómo alguien me da crédito por comportarme con una mínima humanidad.

Sparrow frunce el ceño sin dejar de mirarme con sus ojos rodeados de pestañas violetas y agarrándose al borde del asiento.

—Maga Gardner… Fallon Bane te está buscando —espeta con aspereza—. Sigue enamorada de Lukas Grey.

Parpadeo mientras aprieto el fragmento de madera que tengo en la mano y siento la ráfaga de poder deslizándose por mis líneas. Le tiendo la otra mano para que la vea y extiendo la palma dejando al descubierto las intrincadas marcas de compromiso que la decoran.

—Pues es una pena para ella, ¿no? —contesto con amargura—. Está hecho. Estoy comprometida con él.

Sparrow sigue mirándome muy seria.

—Un sacerdote puede liberar a Lukas de su compromiso si tú mueres.

Se hace un tenso silencio.

Ella sigue mirándome muy seria. Yo reflexiono sobre su evidente advertencia con toda la seriedad que merece, y se me pone la piel de gallina a causa de la preocupación.

Es cierto. Mientras que las marcas de una maga son permanentes pase lo que pase, un sacerdote mago puede liberar a un hombre del hechizo de compromiso si su pareja muere. Está escrito en el texto del hechizo.

Se me entrecorta la respiración al darme cuenta del motivo más plausible por el que Evelyn me ha obligado a ponerme este faro escarlata, tan fácil de encontrar en este mar negro.

Para que Fallon Bane pueda encontrarme fácilmente.

Para que ella pueda romper este compromiso de la forma más fácil posible.

«No —me reprendo mentalmente—. Es demasiado rebuscado. Incluso para Fallon.»

De pronto siento la repentina necesidad de tener la varita de la profecía en la mano. Pero la he dejado en mi habitación, escondida en mi bolsa de viaje, bajo la cama.

Aunque tuviera la varita —o cualquier varita, en realidad—, ¿cómo iba a protegerme con ella? No sé controlar los devastadores poderes que proyecto.

Me inclino hacia Sparrow con el corazón acelerado.

—Si Fallon usa sus poderes para atacar a otra maga, le quitarán el rango militar y la meterán en la cárcel.

Sparrow vacila, a continuación se inclina hacia delante lanzando una rápida mirada hacia los guardias antes de centrarse en mí. Frunce los labios.

—Es la Bruja Negra. Jamás la meterán en la cárcel. —Se le oscurece la expresión y arruga la frente—. Esta mañana ha estado en casa —dice adoptando un tono siniestro—. Ella y la maga Evelyn Grey han hablado.

Noto un sudor frío en la nuca.

—¿Has escuchado lo que decían?

Sparrow niega con la cabeza, pero sigue mirándome con advertencia en los ojos.

Me da vueltas la cabeza.

—Mi tía..., Vyvian Damon —le digo—. ¿Sabes si estará en el baile de esta noche?

Se me revuelve el estómago ante la idea de volver a ver a la tía Vyvian y una ráfaga de vengativo fuego me recorre las líneas de afinidad. Pero por mucho que la deteste y, probablemente, ella me deteste a mí, sé que la tía Vyvian desea que yo viva lo suficiente como para que Lukas Grey y yo traigamos al mundo niños magos muy poderosos.

—La maga Damon está en la provincia de Verpacia con algunos miembros del Consejo de Magos —explica Sparrow muy seria—. Se van a reunir con el consejo real de los alfsigr, para terminar de dividir los territorios lupinos entre los gardnerianos y los alfsigr. No vuelve hasta mañana.

Cada vez estoy más impaciente.

—¿Sabes cuándo llegará Lukas al baile? —pregunto.

—No lo sé. Pero tiene que venir. Vogel ha ordenado que varios de sus comandantes estén aquí esta noche, incluyendo a Lukas. El Gran Mago tiene algo importante que anunciar, y los magos van a celebrar la anexión de grandes extensiones del Reino de Occidente por parte de Gardneria. Lukas fue el comandante que supervisó la anexión de Celtania. Tiene que estar aquí. Quizá ya haya llegado.

No tengo tiempo de preguntarme cómo es posible que Sparrow lo sepa todo con tanto detalle, pues me asalta una feroz aprensión.

«Fallon no puede hacerme nada —trato de convencerme desesperada—. No puede hacerme nada.»

Por mucho que me odien, soy la nieta de Carnissa Gardner, y mis líneas de compromiso están castamente intactas.

Pero ¿de verdad Fallon perdería algo si viniera a por mí? En especial si lo hace a escondidas, como ocurrió cuando las dos estudiábamos en la universidad.

Recuerdo la gélida sonrisa que esbozó la maga Evelyn Grey cuando me dijo que tenía que asistir al baile. ¿Era eso lo que estaba planeando la madre de Lukas? ¿Ponerme en el camino de Fallon?

¿Me han enviado a mi propia ejecución?

—No puedo escapar —digo con la voz apelmazada mirando a los guardias que hay fuera—. La madre de Lukas me tiene bien vigilada. Voy a tener que entrar en el Auditorio del Consejo.

—Es un salón muy grande, maga, y me lo conozco bien —dice Sparrow con serenidad y sin dejar de mirarme mientras noto cómo empezamos a conectar.

—Necesito tu ayuda —admito.

—Lo sé —dice ella asintiendo con seriedad—. Te ayudaré.

Me asombra que me ofrezca ayuda. Al ponerse de mi parte está corriendo un gran

riesgo. Y yo me doy cuenta, mientras la cabeza me da vueltas, de que si es capaz de arriesgarlo todo aliándose conmigo, la situación de Sparrow debe de ser tan horrible como la mía.

—Vas a tener que evitar que Fallon te vea —me advierte—. Intenta evitarla todo lo que puedas.

La miro alzando una ceja incrédula y muy nerviosa.

—Eso va a ser un poco difícil, ¿no te parece? Llevo el vestido gardneriano más escarlata que se ha confeccionado nunca.

Sparrow pasea los ojos por mi ostentoso vestido de rubíes antes de volver a mirarme a los ojos muy decidida.

—Entonces tendrás que encontrar a Lukas antes de que ella te encuentre a ti.

Y quizá así tenga alguna posibilidad de salvar la vida.

Aprieto la maderita con tanta fuerza que se me clava en la piel. Mis poderes se encienden y se abalanzan hacia la madera justo cuando por fin lo veo todo con absoluta claridad: estoy a punto de quedarme atrapada en una ratonera. Con una maga de nivel cinco que controla sus poderes a la perfección.

El carruaje sube por la alta y serpenteante colina que conduce al inmenso Auditorio del Consejo mientras intento prepararme. Estoy muy tensa.

El Auditorio está esculpido en la cara montañosa del peñón de Styvius, y las paredes del peñasco están talladas de tal forma que parece que nos estemos adentrando en un denso bosque. Hay unos gigantescos troncos de piedra que sostienen los seis pisos del Auditorio y sus curvilíneos balcones exteriores. Un bosque de árboles de piedra enmarca la carretera de piedra que conduce hasta la sala, y las ramas talladas de los árboles se entrelazan en lo alto formando un túnel.

Abro un poco la ventana del carruaje aprovechando que ha dejado de llover y respiro la brisa salada procedente del mar Vóltico, que se extiende ante el risco. Las gaviotas graznan y vuelan en círculos por encima del Auditorio, que está iluminado por la luz rosada del atardecer.

Las banderas gardnerianas ondean por todas partes, y el nuevo diseño con el pájaro blanco sobre el fondo negro cuelga de los balcones y ventanales. Veo una gigantesca colocada entre los dos altos árboles de piedra que sostienen el balcón del segundo piso, y las ventanas de todo ese piso están iluminadas con un festivo color amarillo.

En el vasto balcón del segundo piso se ven elegantes gardnerianos luciendo distintos tonos de negro, mientras que otros permanecen en el decorado interior de la estancia.

Las enormes puertas están abiertas y de su interior emana la música de una orquesta que se suma al ruido de las conversaciones y las risas. Y hay una gran presencia militar. La recepción del Auditorio del Consejo está rodeada de poderosos soldados magos con sus respectivas franjas de nivel cuatro y nivel cinco.

Un ejército de magos.

Innumerables antorchas encastadas en hierro iluminan los pasillos y el cálido y almizclado olor al aceite de olmo verpaciano de las antorchas flota en el aire. Las antorchas sofocan la humedad que todavía queda suspendida en el aire a causa de la lluvia, el oscuro atardecer es cada vez más cálido y sereno, y las nubes se disipan para dejar entrever las brillantes estrellas en el cielo.

La noche perfecta para una celebración.

Cuando nos acercamos al Auditorio me preparo para bajar del coche observando a los gardnerianos: sus magníficas ropas, sus alegres conversaciones, y los muchísimos que hay.

Y los brazaletes blancos que todos lucen en el brazo anunciando su apoyo al Gran Mago Marcus Vogel.

Me cuesta mucho sofocar mis malos presentimientos. Jamás había visto tantos carruajes en un mismo sitio, obstruyendo la carretera delante del Auditorio. Mientras sigo mirando asombrada la gran cantidad de gente, mi coche se detiene de golpe cerca de una amplia escalinata que conduce al primer piso.

Me estremezco cuando uno de mis guardias abre la puerta del coche con una desconcertante sonrisa burlona asomando entre la barba mientras pasea su ardiente mirada por mi vestido escarlata y termina posándose sobre mi brazo, probablemente advirtiendo que no llevo ningún brazalete blanco.

Aprieto con fuerza el trocito de madera y bajo del coche con el pulso acelerado mientras el guardia me indica que avance con brusquedad. Preparada para atacar en cualquier momento, empiezo a caminar en dirección a la multitud flanqueada por mis guardias, seguida de cerca por Sparrow y embriagada por la sensación que me produce percibir el poder en mis líneas.

Uno de mis guardias sonríe e intercambia una mirada que me eriza el vello de la nuca con el guardia de la barba.

A nuestra espalda, el coche se marcha, y su ausencia deja un gran vacío en mi interior, pues me priva de mi única vía de escape. Pero la madera que tengo en la mano me produce cierto consuelo; solo es una astilla, pero es como si fuera una espada. O cientos.

O quizá incluso miles.

Sigo a la multitud en dirección a la amplia escalinata sin levantar la cabeza y

agarrándome con fuerza a la barandilla mientras subo, pero no sirve de nada que intente pasar desapercibida cuando parezco un foco de luz roja.

Sin darme cuenta tropiezo con una mujer mayor que viste un pomposo vestido de terciopelo negro con brillos de color esmeralda. La dama se vuelve hacia mí con una sonrisa que enseguida se transforma en una expresión de absoluta vergüenza cuando reconoce mi famoso rostro y advierte mi atuendo sorprendentemente rojo. Vuelve su elegante cabeza agarrada al brazo del mago que la acompaña, a quien le susurra algo. El hombre se vuelve para mirarme. La misma situación se va repitiendo a medida que voy subiendo por la escalera entre la muchedumbre de magos. Las opiniones que los invitados comparten en voz demasiado alta llegan a mis oídos flotando en la cálida brisa de la noche.

—¡La mismísima nieta de Carnissa! ¡Se resistió a su propio compromiso!

—¡Intentó huir con un celta!

—La familia se ha echado a perder.

—La ruina de Vyvian.

—¡Los hermanos huyeron con los lupinos!

—¡Traidores!

—Y mira cómo va vestida.

—¡Como una furcia!

Cada nuevo comentario es como el azote de un látigo que persigue mis pasos. Enseguida me doy cuenta de que Fallon no es la única que está en mi contra. Toda la muchedumbre se muestra hostil conmigo.

Tengo que encontrar a Lukas. Y rápido.

Vuelvo la cabeza por encima del hombro en busca de mis guardias mientras la multitud sube por la escalinata. Los veo plantados a los pies de las escaleras, con la mano sobre la empuñadura de la espada y en sus varitas, y mirándome fijamente.

«Bloqueándome la salida.»

Miro por encima de mis guardias, por detrás de la multitud de carruajes, en dirección a una pequeña plaza rodeada por el bosque de piedra.

Me quedo asombrada.

Hay una estatua. Es casi idéntica a la que se erige frente a la catedral de Valgard, y su brillante silueta de mármol proyecta una luz plateada bajo la luz de la luna. La gigantesca representación de mi abuela, la Bruja Negra, se erige sobre el padre ícaro de Yvan. Mi abuela apunta con la varita hacia el corazón del padre de Yvan mientras le aplasta el pecho con el pie.

Siento náuseas y aprieto la maderita con fuerza. Cuando tomo conciencia de la

gravedad de la situación en la que me encuentro, mi poder palpita por mis líneas.

No puedo utilizar este poder. Todavía no. Ni siquiera para protegerme.

Estoy rodeada de soldados magos. Si cometo solo un error y los gardnerianos descubren que soy la Bruja Negra de la profecía, todo habrá terminado. Me entregarán directamente a Vogel, y él no se detendrá ante nada para controlar mi poder y utilizarme para destruir a Yvan y a todas las personas que quiero.

No, ahora lo único que puedo hacer es sobrevivir.

Presa de una gran reticencia, extiendo el puño por encima del borde del balcón y abro la mano, observando cómo la astilla de madera desciende dibujando círculos en el aire hasta desaparecer en el interior de un arbusto ornamental que crece abajo.

Inmediatamente mi poder se disipa.

«Ya está. Fin de la tentación.»

Empiezo a subir de nuevo las escaleras, pero Sparrow me sujeta del brazo con fuerza y me lo impide.

Cuando me vuelvo hacia ella me asusto enseguida al ver su mirada de pánico. Mira brevemente hacia arriba y yo sigo la dirección de sus ojos hasta el balcón del segundo piso.

Hasta las tres figuras vestidas de negro que veo apoyadas en la barandilla.

Se me obstruye la garganta.

Fallon Bane flanqueada por sus uniformados hermanos de nivel cinco, Sylus y Damion.

Y me están mirando fijamente.

Fallon me lanza una mirada maliciosa que me provoca un gélido escalofrío por la espalda. Me señala con una sonrisa tan retorcida como la de sus maquiavélicos hermanos. Y entonces los tres hermanos Bane se dan media vuelta y se dirigen a las puertas del balcón.

—Sígueme —me ordena Sparrow con un jadeo sujetándome con más fuerza—. Sé por dónde suelen entrar los militares de mayor rango.

Empezamos a avanzar a toda prisa esquivando a la multitud que hay reunida en la escalinata, en la terraza del primer piso y en el salón.

La muchedumbre de magos vestidos de negro se nos traga y percibo el olor a perfume caro y deliciosos manjares en el aire. A pesar del miedo que tengo, mi mente va archivando detalles mientras sigo a Sparrow por el laberinto de pasillos y estancias abarrotadas, y noto cómo mis líneas de afinidad tiran con fuerza hacia una clase de madera tras otra.

Los troncos de cerezo negro que conforman el soporte central de varias estancias

tienen las ramas llenas de hojas de cristal negro y pequeñas lucecitas carmesíes.

El roble rojo que enmarca las numerosas pinturas al óleo de los antiguos miembros del consejo y de los dirigentes de los distintos gremios.

Un piano de cola hecho con madera de palo rojo que ocupa un lugar destacado en un vestíbulo, y cuya extraña madera bermeja exhibe sus brillantes espirales de tonos rubíes.

Aprieto y abro el puño de la mano derecha desesperada por proyectar mi poder por todos los pedazos de madera que nos vamos encontrando, y me esfuerzo todo lo que puedo para resistirme a ese poderoso impulso.

Una joven mujer urisca con la piel azul se coloca frente a nosotras y nos bloquea el paso. Miro delante de ella en busca de Fallon mientras la sirvienta ofrece a los invitados un delicado canapé envuelto en cogollos de lechuga y sujeto por un largo palillo. Me quedo mirando un momento los canapés y por un momento me quedo embelesada. Pero el apetito que siento no es por la comida.

Es por la madera.

«Otra varita minúscula.»

Sparrow me tira del brazo con insistencia, rompe el hechizo de la madera y consigue que vuelva a ponerme en movimiento. Rodeamos a la mujer urisca.

La música disminuye justo cuando nosotras aceleramos el paso, casi al borde de la carrera, mientras cruzamos de una estancia a otra, y donde cada vez nos encontramos menos gente. Nos apresuramos por un salón oscuro y salimos a la gran biblioteca del consejo. Allí hay varios soldados gardnerianos y aprendices de militar, algunos de ellos lucen los distintivos de sus altísimas graduaciones, y conversan con tono grave y digno. Y repartidos por la sala veo varios soldados ataviados con las capas propias de los poderosos magos de nivel cinco.

«Como Lukas.»

Con la respiración acelerada, y con todos los sentidos en alerta máxima, los observo detenidamente desesperada por encontrarle.

—Disculpe —le digo a un mago de pelo blanco que luce el distintivo de teniente en el hombro de la túnica militar.

Cuando se da la vuelta esboza una mueca de desdén, igual que el resto de los soldados magos de su pequeño grupo, que no ocultan su reacción al reconocerme.

Yo me trago la angustia.

—¿Por casualidad no sabrán si mi prometido, Lukas Grey, ha llegado ya?

El mago mira con desdén mi vestido escarlata y resopla con disgusto.

—No le he visto.

Me excuso con educación y me alejo de ellos.

Sparrow se acerca a mí cuando salimos de la estancia.

—Hay un balcón desde donde podemos ver a los invitados que van llegando —me dice esforzándose por parecer calmada y agarrándome con firmeza del brazo para guiarme por la mansión—. Podemos buscar a Lukas desde allí.

Juntas cruzamos una puerta lateral que hay al final de la sala y tomamos un pasillo largo y desierto.

Sparrow y yo entramos agachadas a una pequeña biblioteca, y yo intento recomponerme mientras ella se apresura a abrir una puerta de cristal que conduce a un pequeño balcón con vistas a la entrada del Auditorio. La biblioteca está tan desierta como el pasadizo que hemos dejado atrás, y ahora la música de la orquesta suena muy lejos, y un escalofrío me resbala por la espalda al tomar conciencia de nuestro repentino aislamiento.

Sparrow intenta girar la manecilla de la puerta, pero no lo consigue. Se vuelve hacia mí y me habla con un tono cada vez más agitado.

—Está cerrada. Tendremos que encontrar otro camino.

Oigo pasos en el pasadizo y se me acelera el pulso.

En la puerta aparece una doncella urisca con un uniforme de color azafrán. Me clava sus ojos cetrinos y después mira a algo o a alguien que aguarda en el pasillo mientras nos señala con el dedo.

Fallon Bane entra en la estancia y por poco me fallan las piernas.

Fallon tiene un aspecto magníficamente aterrador. Viste una brillante túnica negra de terciopelo y una falda a juego con un estilizado dragón ónice que resbala por uno de los laterales. En el cuello y en las orejas luce joyas de ópalo negro, y en el pelo lleva un maravilloso recogido sujeto con la garra de un dragón. Además de llevar la varita envainada a un costado.

—Yo a ti te conozco, ¿no? —le pregunta Fallon a Sparrow con una cruel sonrisa en los labios—. Deberías estar en las islas Fae, ¿verdad?

Sparrow se ha quedado de piedra y tiene la respiración acelerada.

—Puedes marcharte —le ordena Fallon con patente menosprecio.

La rabia se adueña de mí superando el miedo.

—Tú no eres quién para darle órdenes.

Fallon, incrédula, abre los ojos como platos mientras suelta una risa ronca y me atraviesa con la mirada.

—Aquí no tienes aliados. —Vuelve a fulminar a Sparrow con la mirada y se le borra la sonrisa—. Márchate.

Sparrow me mira reticente a obedecer, pero yo le hago un gesto afirmativo con la

cabeza sabiendo que para ella es más seguro alejarse de allí. La otra sirvienta urisca entra en la estancia y se lleva a Sparrow con brusquedad, dejándonos a Fallon y a mí a solas.

Ella desenvaina la varita y empieza a darse unos golpecitos en la palma mientras esboza una lenta sonrisa.

Desesperada, busco con los ojos la puerta que hay al fondo de la estancia.

Fallon mira en la misma dirección y entorna los ojos.

—¿Crees que puedes escapar de mí? ¿Y adónde crees que irías? —Suelta una risa burlona—. Estás sola. No tienes amigos. Lukas no está. Todo el mundo te ha abandonado. —Un brillo de salvaje regocijo le ilumina los ojos mientras observa mi vestido escandalosamente rojo—. Pareces una fulana, que es exactamente lo que eres.

Baja los ojos hasta las marcas de compromiso que tengo en las manos y su expresión de triunfo se congela.

Casi puedo sentir la envidia que irradia de ella en grandes oleadas y de pronto tomo conciencia del poste de luz que tengo al lado, el poder empieza a deslizarse por mis líneas y aprieto el puño atraída por la madera.

Y por el deseo de proyectar mi poder directamente hacia Fallon Bane.

«¡Contrólate! —me advierto muy alterada—. No acabarías solo con ella. Matarías a todo el mundo. A Sparrow también.»

—Si te hago algo no le importará a nadie —presume con petulancia enseñando los dientes tras una agresiva sonrisa—. Ahora Lukas y yo estamos juntos. ¿No lo sabías? Con la bendición de su madre. —Su sonrisa adopta un aire hostil—. Estamos hechos el uno para el otro. Lukas ya se ha dado cuenta. Ya no está cegado por lo mucho que te pareces a tu abuela. Nadie lo está.

Está posando. Tiene una mano en la cadera, la barbilla alta y ha adelantado un pie de la misma forma que la varita. Observo su delicado zapato de encaje, con un finísimo tacón muy poco adecuado para correr.

Se me ocurre una idea.

Muy despacio y con mucho cuidado me quito los dolorosos y elegantes tacones. El corazón me va a mil por hora. En cuanto mis pies tocan el suelo de madera de nogal negro, mi poder brota en una gran llamarada.

Es posible que ella note mi desafiante llamarada interior, porque a Fallon se le borra la sonrisa y vuelve a clavar los ojos en mis marcas de compromiso.

—¿Notas cómo te aprietan las marcas cuando Lukas y yo nos abrazamos? —se mofa acercándose lentamente y sin dejar de apuntarme con su varita—. ¿Cuando me toca?

Se está poniendo muy agresiva, como una loba defendiendo su territorio, dispuesta a

hacerme trizas por defender su espacio.

Por Lukas.

De pronto salta hacia delante, me coge del brazo y me clava la varita en el cuello. Yo me estremezco y me quedo paralizada. Trago saliva mientras el frío abrazo de sus poderes me congela la piel, y noto cómo se me tensan los pies contra el suelo de madera, y el fuego arde en mis líneas.

Fallon frunce los labios.

—No pienso permitir que le destroces la vida.

Hay una pelea en el pasillo, dos mujeres discuten en idioma urisco. Fallon sigue clavándome la varita en el cuello cuando yo vuelvo ligeramente la cabeza y veo aparecer a Sparrow.

—¡Maga! —grita mi doncella con los ojos como platos.

Fallon se vuelve hacia ella y baja un poco la varita.

Yo aprovecho el pequeño despiste de Fallon, le aparto las manos y se le cae la varita al suelo.

Entonces lanzo el puño y le golpeo la cara con todas mis fuerzas.

Grita y se cae de lado al suelo.

Presa del pánico, doy media vuelta y cruzo corriendo la estancia en dirección a la puerta del fondo, salgo a otro largo pasillo con el corazón acelerado y el puño dolorido del golpe. Por poco pierdo el equilibrio sobre el suelo pulido, pero enseguida llego a una alfombra. Me levanto la falda y corro por el pasillo.

El grito de Fallon me provoca una punzada de pánico.

—¡Maldita furcia!

Doblo una esquina justo cuando varios carámbanos se clavan en la pared a mi espalda, estropeando un retrato del anterior Gran Mago.

Asombrada al advertir que me está atacando con sus poderes y apremiada por la desesperada voluntad de sobrevivir, corro por otro pasillo y sigo por otro hasta llegar a una estancia llena de gente; voy a apartando a todo el mundo mientras corro, haciendo gritar alarmada a una anciana de pelo gris. Choco contra una mujer urisca y se le cae la bandeja de entremeses.

—¡Ramera! —grita Fallon a mi espalda apremiándome todavía más—. ¡Te voy a matar!

El suelo se cubre de hielo y se desliza bajo mis pies. El caos se apodera de la estancia. Estoy a punto de caerme de espaldas, pero tengo los reflejos muy despiertos. Con el pulso acelerado, me agacho, extiendo los brazos para no perder el equilibrio, y me deslizo sobre el hielo hasta llegar a una salida lateral.

Choco contra la pared y me separo rápidamente de la salida mientras más flechas de

hielo cruzan la puerta y se clavan en las macetas de unos helechos, cuya porcelana queda hecha añicos en un abrir y cerrar de ojos.

Yo retomo mi huida oyendo más insultos a mi espalda y me doy cuenta de que he ganado un poco de tiempo.

«No podrá cruzar esa capa de hielo con sus elegantes zapatos.»

Con renovado vigor, doblo a la izquierda y vuelvo por la misma dirección por la que venía, después me agacho por un pasillo que discurre en dirección contraria, sin sentido, desesperada por despistarla.

Los gritos de Fallon son cada vez más lejanos. La música y las exclamaciones de los invitados se han silenciado. El pasillo por el que estoy corriendo está desierto, y el sonido de mi respiración acelerada es ensordecedor. Noto un calambre en el costado mientras corro y advierto que la música ha desaparecido del todo. Cruzo innumerables pasillos y estancias, la luz es cada vez más tenue, y las paredes de madera se van convirtiendo en muros de piedra.

Veo una puerta delante y entro a una estancia desierta, me detengo y me agarro al respaldo de una silla de esa estancia tan mal iluminada. Allí, encorvada hacia delante, intento recuperar la respiración y escuchar.

«Nada.»

Mientras mi respiración se va serenando, observo el árbol negro que adorna el suelo de la estancia. Ya casi no me duele el calambre del costado.

Levanto lentamente la cabeza y me encuentro cara a cara con la pintura que se extiende por toda la pared que tengo enfrente.

Representa un ícaro. Un ícaro como Yvan. Los soldados gardnerianos lo están lanzeando. Y por encima de todos está el Gran Ancestro, en su conocida forma de pájaro blanco. Contemplando la desagradable escena con benevolente aprobación.

Se me revuelve el estómago y reculo, presa de las náuseas.

«Tengo que salir de aquí. Tengo que alejarme de toda esta gente.»

Me tambaleo hasta la salida posterior de la sala y me interno por otro pasillo desierto. Ahora todo está cincelado en piedra. Corro por debajo del techo abovedado con la imagen de los árboles en la superficie y el olor a sal flotando en el aire. Sobre el suelo de piedra se proyectan los rayos de la luna que se cuelan por las ventanas abovedadas que hay en lo alto de los muros de piedra. Ahora se oye el rítmico vaivén de las olas y cada vez hace más frío.

Doblo una esquina, salgo por una enorme puerta de madera y aparezco en un balcón desierto.

El viento me agita el pelo y siento una automática sensación de vértigo al ver las olas

impactando contra las rocas a mis pies, el turbulento mar Vóltico que se extiende ante mí y esa extraña línea verde brillante que discurre por encima del agua a lo lejos.

Me doy cuenta de que estoy en la parte de atrás del Auditorio del Consejo de Magos, que está integrado en el risco, y por suerte, las ventanas que hay en todos los pisos de este lado están a oscuras. Reculo asombrada ante la intimidante altura del peñón de Styvius.

En la piedra del risco hay árboles gigantes grabados. Se alzan del turbulento océano que choca contra las rocas negras a los pies del risco, donde puedo ver la espumosa cresta plateada de las olas. A mi izquierda veo una serie de escaleras de piedra y balcones que se extienden por las ramas hasta lo alto de este muro de piedra tan alto. La red de escaleras y balcones termina cerca de la cima del risco, y ese último balcón está protegido por un dosel de hojas de piedra. Entorno los ojos para observar mejor ese último balcón. No hay duda de que se curva hacia el otro lado del risco, y me pregunto adónde conducirá.

Quizá sea una salida.

Intentando ignorar la imponente altura, evito mirar las olas, y salgo corriendo escaleras arriba, cruzo un balcón, subo por otra escalera, aparezco en otro balcón, y voy siguiendo hasta la cima.

Cuando llego al balcón más alto, corro hacia la esquina del risco, pero no hay salida.

El balcón está completamente iluminado por la luna. Hay un banco tallado directamente en la piedra del risco, adornado con un grabado de vides. Las vistas desde este balcón son increíbles, y la altura es impresionante. Con la respiración acelerada, me acerco con cuidado hacia la barandilla de piedra.

Ya no veo el Auditorio; la curva del risco es demasiado aguda. Y tampoco veo la ciudad de Valgard, que está justo detrás de otra irregular curva del risco. Me estremezco cuando una enorme ola impacta contra las rocas a mis pies. Las nubes siguen disipándose y cada vez se ven más estrellas en el cielo.

Escucho con atención tratando de distinguir cualquier indicio de que Fallon sigue persiguiéndome.

Nada.

Todas las voces y la música han desaparecido tras la imponente presencia del risco.

Me asalta una punzada de pánico y me apoyo en la barandilla del balcón con la respiración acelerada en busca de algo, cualquier cosa que pueda utilizar como arma. Pero solo hay piedra tallada y algunas flores plantadas en los recovecos.

«Por favor, Gran Ancestro, no dejes que Fallon me siga hasta aquí», rezo mientras me agarro a la barandilla para sostenerme deseando haber tenido el acierto de haber cogido

un cuchillo o algún objeto afilado.

El pánico me atenaza.

«¿Cómo voy a salir de aquí? ¿Y qué le habrá pasado a Sparrow? Si Fallon me ha perdido, ¿se vengará de ella?» El remordimiento me atenaza al pensarlo y me doy cuenta del gran error que ha sido regresar a Gardneria.

Kam Vin y Chi Nam estaban muy equivocadas.

Pero ¿adónde podía ir?

Sin pensar, palpo la piedra rúnica de Chi Nam que llevo escondida en el bolsillo del vestido y me abandono a la relajante energía de su suave textura mientras me asalta el feroz deseo de no estar tan sola.

«¿Dónde estás, Yvan? ¿Qué estás haciendo?»

Al pensar en él se me hace un nudo en la garganta y contemplo las brillantes estrellas y la negra extensión del mar Vóltico. En el aire percibo un dulce aroma.

Rosas.

Me vuelvo para contemplar las flores que crecen en la parte interior del balcón. Su embriagador perfume me hace pensar en el jardín de mi tío, y siento otra dolorosa punzada. Aprieto los ojos con fuerza reprimiendo las lágrimas.

Sé que si Yvan estuviera aquí me rodearía con sus cálidos brazos, extendería las alas y me llevaría lejos de este espantoso lugar. Con él ya no estaría atrapada.

Algo cambia en el aire que me rodea y noto un incómodo hormigueo en la base del cuello. A eso le sigue la molesta certeza de que alguien me observa.

Me vuelvo lentamente y observo con atención las sombras irregulares que proyectan las ramas grabadas en la pared, convencida de que he oído el susurro de algo áspero moviéndose contra la piedra. Justo al doblar la esquina.

Silencio.

No veo a nadie, pero la sensación sigue aumentando.

Observo atentamente el balcón buscando entre las sombras de las muchas alcobas que se abren entre los árboles esculpidos.

«Es mi imaginación. Ahí no hay nadie.»

Pero, aun así, juraría que he oído algo.

A alguien.

La sensación de que alguien me observa muta y se convierte en una palpable sensación de peligro tan intensa que caigo presa de un sudor frío.

¿Cómo he podido ser tan tonta de subir aquí sin protección? Lejos de todo el mundo. Tan lejos que nadie me oiría gritar.

¿Quién se haría preguntas si me tiraran al océano y encontraran mi cuerpo en la

orilla? ¿Quién pondría en duda que hubiera sido un suicidio? Una chica inestable, afectada por la misma semilla diabólica y la misma locura que sus hermanos. Y si yo muriese, un sacerdote podría borrar las marcas de compromiso de las manos de Lukas, dejándolo libre para Fallon Bane. Tal como me ha advertido Sparrow.

Las sombras se mueven… y una figura emerge tras la curva.

Me tambaleo hacia atrás presa del pánico.

«Gran Ancestro, ten piedad.»

No es Fallon Bane. Es peor que ella. Mucho peor.

Damion Bane está allí plantado. Observándome. Con la varita en la mano y un brillo de interés en los ojos.

Miro hacia todos lados con los músculos tensos preparándome para salir corriendo.

Damion me está mirando como si pudiera leerme la mente y en su atractivo rostro se forma una fría sonrisa, y de pronto recuerdo cómo solía espiar a las trabajadoras uriscas de la cocina.

—Me has… me has asustado —tartamudeo esforzándome por parecer despreocupada.

—¿Dónde está Lukas? —me pregunta con un tono agradable, como si estuviera jugando conmigo, como si ya supiera la respuesta.

Veo que las marcas de compromiso que tiene en las manos y las muñecas ya están selladas.

—Vendrá enseguida —miento con el corazón acelerado—. Hemos… Se supone que hemos quedado aquí. —Hago un gesto señalando el océano—. Es precioso. Quería enseñarme las vistas.

—Qué curioso —dice Damion acercándose lentamente a mí mientras hace rodar la varita en la palma de la mano—. Pensaba que llegaba más tarde.

Se acerca un poco más y yo me retiro por instinto hasta chocar contra la barandilla de piedra del balcón que tengo a la espalda. Muy consciente de su varita.

Todo mi interior arde en ganas de cogerla.

«No puedes utilizar su varita», me advierto desesperada.

Damion se para delante de mí con una mirada maliciosa en los ojos. Reculo cuando él levanta la mano para acariciarme el pelo.

—A Lukas no le gustaría que hicieras eso —espeto ultrajada.

Damion no hace ademán de retirarse.

—Oh, ya lo sé —dice sin dejar de juguetear con un largo mechón de mi melena—. La devoción que sientes por Lukas Grey es conmovedora. —Se acerca un poco más—. Todo el mundo sabe que tu tía te encontró en la cama con un celta. —Me coge la mano y observa con atención mis marcas de compromiso; yo tiro de la mano para apartarme de

él—. Por lo que veo Vyvian llegó justo a tiempo. —Se ríe y pasea la vista por el vestido escarlata tan ajustado que llevo—. He oído decir que ibas medio desnuda. —Entorna los ojos—. No, a Lukas ya no le interesas.

Presa del pánico intento pasar por su lado, pero él reacciona enseguida y me lo impide, me coge del brazo y me clava la varita en el cuello.

Yo me quedo de piedra notando la punta afilada de la varita en la piel.

—Ya eras casi mía, ¿lo sabías? —susurra pegándose a mí y echándome su nauseabundo aliento en la cara.

—¿A qué te refieres? —jadeo notando cómo se me clava la barandilla de piedra en la espalda.

—Tu tía dio su consentimiento para que te comprometieras conmigo —dice con un tono sedoso—. Y yo estaba allí, a punto de comprometerme contigo, cuando él apareció. Fue toda una sorpresa. Nadie esperaba que Lukas fuera tan insistente en… su afecto por ti. —Se le borra la sonrisa y frunce el ceño consternado—. La verdad es que no entiendo qué ve mi hermana en él. Está bastante molesta, ¿sabes?

Se me escapa un grito entrecortado cuando él me clava la varita obligándome a levantar la cabeza. Se pega a mí aprisionándome contra la barandilla con un sugerente brillo en los ojos.

—Cree que deberías ser castigada.

—Estás comprometido —rujo con un tono desafiante y apretando los dientes—. Si no te apartas de mí ahora mismo, se lo explicaré a tu pareja y a todos los presentes en la fiesta.

Damion suelta otra carcajada despectiva y me clava la varita con más fuerza.

—¿Crees que tu amiguita Aislinn vendrá a ayudarte? ¿La escuchimizada esa? A mi patética señora ya se le han quitado las ganas de pelear.

Me viene a la cabeza la cara de Aislinn y me enciendo de rabia.

—¡Desgraciado!

Avanzo sobre él e intento quitarle la varita, pero Damion se me adelanta y agarra la varita con más fuerza. Yo cierro la mano sobre la suya y mi dedo índice entra en contacto con la madera.

Mis líneas de afinidad chisporrotean adoptando la forma de las ramas de un árbol mientras el poder emerge del suelo, atravesando la piedra; los poderes de fuego se extienden por mi interior, cabalgando por mis líneas de afinidad y regándolas con un palpitante poder asesino.

Damion abre los ojos desmesuradamente.

Las palabras del hechizo para encender velas bailan en mis labios y me tiembla todo el

cuerpo presa de una venganza que lucha por liberarse. Pero peleo contra el feroz deseo de liberar el hechizo, que no solo incineraría a Damion sino, probablemente, a toda la ciudad de Valgard.

Damion se aprovecha de mis dudas y entorna los ojos decidido. Antes de que me dé tiempo a parpadear ya ha pronunciado un hechizo.

Se me escapa un grito al notar las correas que brotan de su varita: se me enroscan en el cuerpo, me roban todo el aire de los pulmones y me inmovilizan. Damion me tira al suelo y mi cabeza impacta contra la piedra.

Se pone encima de mí con un brillo de excitación en los ojos mientras me clava la varita en un costado y con la otra me agarra del cuello. Me esfuerzo por respirar mientras él me aprieta cada vez más fuerte y noto todo su peso sobre mí.

—Cómo voy a disfrutar sometiéndote —se regodea mientras yo empiezo a ver unos puntitos bailando en mis ojos.

Justo cuando empiezo a desmayarme oigo los pasos de unas botas avanzando por el suelo del balcón.

De pronto, Damion se aparta y yo vuelvo a respirar y recupero la visión al tiempo que las correas que me inmovilizaban se disipan convertidas en humo negro.

Lukas está allí. Está muy enfadado. Arrastra a Damion por el suelo de piedra mientras yo trato de respirar tomando grandes bocanadas de aire. Ahora es Lukas quien tiene la varita de Damion en la mano. La lanza por el balcón. Y a continuación empotra a Damion con fuerza contra uno de los árboles de piedra.

—¡Ella es mía! —ruge Lukas antes de pegarle un puñetazo en la cara con tanta fuerza que oigo un crujido.

Damion queda tendido en el suelo y Lukas se sienta encima de él y empieza a golpearle en la cara con fuerza mientras el hermano de Fallon grita con la nariz y la boca llenas de sangre.

Yo me alejo de ellos para evitar que puedan alcanzarme sin querer.

Lukas se detiene, se pone en pie y recula mirando a Damion con los puños apretados.

Damion se da media vuelta tosiendo y escupiendo sangre, y sollozando se pone de rodillas. Extiende las palmas de las manos en señal de rendición.

Yo aguanto la respiración pensando que todo ha terminado.

Pero, para mi sorpresa, Lukas vuelve a cebarse con él, lo tira al suelo de una patada y después empieza a patearle el costado una y otra vez hasta que Damion grita pidiendo clemencia.

Tengo miedo de que Lukas no pare. En su expresión arde algo tan violento que me preocupa que vaya a matar a Damion Bane.

El hermano de Fallon hace un patético esfuerzo por alejarse arrastrándose a gatas, pero Lukas lo ataca con más rabia todavía, pues la debilidad de su presa parece provocarlo más que apaciguarlo.

Me doy media vuelta cuando oigo el repugnante sonido de un hueso al romperse.

Se oyen pasos en la escalera y después en el balcón, corren hacia nosotros y doblan la esquina. Y entonces una voz masculina grita:

—¡Lukas, para!

Lukas se detiene sin dejar de mirar fijamente a Damion con el puño lleno de sangre. Permanece así un buen rato antes de levantar la vista lentamente para mirar a los ojos a su padre, el comandante mayor Lachlan Grey.

El padre de Lukas viene flanqueado por cuadro soldados gardnerianos, entre ellos mis guardias, y todos observan la situación con asombro. Sparrow aparece por detrás de todos ellos, y entonces me doy cuenta, presa de una asombrosa ráfaga de agradecimiento, de que ella debe de haber sido quien ha alertado a Lukas y a los demás soldados.

Mi salvador sigue teniendo la respiración muy acelerada y no parece inmutarse por su presencia. Los soldados le rehúyen la mirada. El único que no se achica es su padre.

—No puedes matar al hijo de un miembro del Consejo de Magos —le dice Lachlan con rabia en los ojos.

Lukas mira a Damion, después vuelve a mirar a su padre y esboza media sonrisa.

—Él también es comandante —le recuerda Lachlan enfadado.

Lukas no se inmuta y sigue apretando los puños.

—Te quitaré el título —lo amenaza su padre, pero me doy cuenta de que no hace ademán de acercarse a él, ni tampoco lo hacen los demás soldados.

A Lukas se le escapa una risita desdeñosa.

—Y te arrestaré —continúa diciendo su padre.

Lukas mira a su padre con incredulidad y vuelve a mirar a Damion, que está tendido inconsciente en el suelo.

Todos observamos, aguantando la respiración, mientras él delibera un buen rato; y al final se retira.

Los soldados suspiran aliviados y también reculan. Parece que ninguno quería intentar arrestar a Lukas Grey.

—Llevadlo a mi médico —ordena Lachlan a los soldados señalando a Damion, pero sin dejar de mirar a su hijo.

Los soldados se apresuran a cumplir órdenes y se llevan el cuerpo flácido de Damion por las escaleras.

«Damion ha percibido mi poder. —El aterrador pensamiento me da vueltas en la cabeza—. Querido Gran Ancestro, los Bane no pueden saber quién soy.»

Lachlan Grey le hace señas a Sparrow para que se marche, y ella se vuelve hacia mí. Me lanza una mirada de profunda advertencia antes de marcharse tras los soldados.

Yo me levanto muy despacio. Me tiemblan las piernas y el poder resbala por mis líneas de afinidad.

Lachlan me mira profundamente disgustado, y después se vuelve hacia su hijo.

—Lukas. Tenemos que hablar —le dice con aspereza mirándome de nuevo con el mismo desdén—. En privado.

Lachlan se aleja algunos pasos, se vuelve un momento para dar a entender con una mirada furiosa que espera que Lukas lo siga, y se marcha. Sus pesados e iracundos pasos resuenan por la escalera de piedra.

Lukas me lanza una rápida mirada. Soy incapaz de descifrar su expresión y tampoco puedo interpretar lo que transmiten sus poderes, pero advierto un eco de violencia que todavía arde en sus ojos. Se da media vuelta y se marcha detrás de su padre.

Yo trato de controlar mi respiración, todavía me cuesta coger aire. Me alejo de la barandilla del balcón y sigo escuchando sus voces más abajo, sintiendo la gélida brisa del océano acariciándome la cara y el cuello.

—... echando a perder toda tu carrera, ¿por qué? —pregunta la áspera voz de Lachlan —. ¿Por una chica que no te quiere?

—Es mía.

—Ella pertenecía a Damion antes de que te colaras en la ceremonia de compromiso y amenazaras a todos los presentes. Por una chica a la que tuvieron que obligar a comprometerse contigo. ¡Vyvian Damion te engatusó! Para que te comprometieras con una chica a la que solo Damion hubiera querido. ¿Crees que te eduqué para que te convirtieras en un necio?

«Él me salvó. Lukas me salvó. Santísimo Gran Ancestro, él me salvó de que me obligaran a comprometerme con Damion Bane.»

—Es una alborotadora y una ramera —continúa diciendo su padre—. Está a un paso de ser una selkie...

—Ten cuidado.

La voz de Lukas es grave y amenazadora.

Los dos guardan silencio un momento, y yo percibo la tensión que flota en el aire y descubro que Lachlan Grey se siente intimidado por su hijo.

—Eres un necio —dice Lachlan al fin—. Esta chica es una traidora. ¿Esta es la forma que tienes de dar la espalda a tus tradiciones? Ya sé que no querías comprometerte, pero

burlarte así de un ritual sagrado, elegir a una chica que se ha echado a perder con esa desagradable lascivia, procedente de una familia de traidores…

—¿Has terminado?

Ahora Lukas ha adoptado un tono desafecto.

—No, no he terminado —espeta Lachlan enfadado—. No matarás a Damion Bane. ¡Prométemelo!

—Si vuelve a tocarla, lo mataré —contesta Lukas con una serenidad irrefutable.

Vuelven a quedarse en silencio.

—Deberías dejar que Damion se la quedara —le aconseja su padre; parece que esté hablando con los dientes apretados—. Él la hubiera hecho entrar en razón a palos. Te sugiero que hagas lo mismo.

Oigo el ruido de sus pasos y Lachlan pasa por mi lado sin advertir mi presencia, de camino a las escaleras para bajar. Entonces aparece Lukas.

Cuando me ve se queda inmóvil.

Yo me quedo helada y se me acelera el corazón, no estoy preparada para enfrentarme a él.

Una ráfaga de poder de fuego corre por sus venas en busca del mío, y adopta una expresión tan apasionada que me sorprende.

—Elloren, ¿estás bien?

Hay tanto poder corriendo por mis líneas en respuesta al suyo que me estoy mareando.

—Sí —me obligo a decir asintiendo.

Me tiende la mano con una mirada ardiente en los ojos.

—Entra conmigo —me propone, y yo noto cómo me rodean sus descontroladas llamas.

Mi fuego salta hacia el suyo y, por un momento, lo único que quiero es darle la mano y rendirme a nuestra embriagadora atracción.

Pero vacilo.

Nuestro poder de fuego es cada vez más tórrido, y puedo sentir la emoción de Lukas en él, ardiendo con el mismo calor.

Aprieto el puño peleando contra la atracción. Porque si nuestras manos se juntan y Lukas nota mi poder, sé que se dará cuenta, sin ninguna duda, de que soy la próxima Bruja Negra.

# 5

# Aliada

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Me siento en la piedra del balcón durante un buen rato sin dejar de mirar a Lukas a los ojos. Él sigue tendiéndome la mano mientras su fuego me rodea presa de una extraña fuerza discordante.

Mi poder tira hacia él hasta tal punto que puedo sentir que, si me abandono a la atracción, mi cuerpo podría pegarse al suyo por voluntad propia.

No le doy la mano.

Una perturbación estremece el fuego de Lukas y a su rostro asoma una expresión muy confusa. Su fuego se apaga automáticamente y su escrutadora mirada desaparece tras una expresión más severa. Retira la mano y yo me levanto sola. Me aliso la falda arrugada con las manos temblorosas y me llevo una mano al cuello dolorido horrorizada al recordar lo que acaba de ocurrir.

El fuego de Lukas resurge de nuevo.

—Tendría que haberlo matado —dice, y yo vuelvo a mirarlo a los ojos: dos pozos de fuego verde.

Sostengo su ardiente mirada mientras voy dejando de temblar poco a poco y la reacción de mi poder va perdiendo fuerza.

Nada es lo que parecía, y la cabeza me da vueltas ante los nuevos descubrimientos.

Lukas me salvó de acabar comprometida con un monstruo. Jamás conspiró con mi tía para destruir a mi tío y obligarme a comprometerme. Todo fue cosa de tía Vyvian: ella enfrentó a Damion Bane y a Lukas para conseguir su objetivo.

Y Lukas cayó en su trampa para salvarme de un destino espantoso.

Ahora lo entiendo todo.

Recuerdo a todos los magos de nivel cinco que me rodeaban aquel día y veo con claridad la depravada estrategia de mi tía. Tía Vyvian no solo lo organizó todo para que yo me comprometiera con Damion Bane. También se preocupó de organizar una guardia lo bastante numerosa como para que Lukas no pudiera conseguir su propósito peleando. Cuando ya estaba segura de que yo no podía escapar, lo más probable es que avisara a Lukas en el último minuto y le diera un ultimátum…

Comprométete con Elloren… o la verás comprometida con Damion Bane.

Me estremezco y suspiro asombrada y decidida al mismo tiempo.

—Necesito hablar contigo, Lukas.

Me responde frunciendo el ceño y en ese momento lamento nuestras diferencias.

«Ojalá pudiera contártelo todo —me lamento—. Necesito un amigo, y necesito ayuda. No tienes ni idea de lo mucho que nos jugamos. Si consigo sobrevivir, me convertiré en un arma que podría derrotar a Vogel.»

Recuerdo que Lukas me dijo que considera a Vogel un loco. Y que no aprueba la intolerancia religiosa que se está apoderando de Gardneria por culpa del Gran Mago.

—¿Hay algún sitio al que podamos ir? —insisto dispuesta a suplicar si es necesario.

Lukas aprieta los dientes y mira por detrás de mí como si se estuviera esforzando por controlar alguna emoción intensa.

Pero entonces me mira a los ojos y me tiende el brazo en silencio.

Yo vacilo por un segundo, desconcertada por su penetrante mirada y el recuerdo de la descontrolada y violenta reacción hacia Damion.

«Damion Bane.»

Con quien yo estaría emparejada si no hubiera sido por la intervención de Lukas.

«De por vida.»

Alargo la mano y entrelazo mi brazo con el de Lukas con cuidado de no rozarle la mano.

Sigo las largas zancadas de Lukas por el Auditorio del Consejo de Magos. El lejano sonido de la música de la orquesta y el zumbido de las voces de los invitados va aumentando a medida que nos acercamos al claustro abarrotado, rodeado de árboles y con una constelación de estrellas en el techo. Caigo presa de una sensación surrealista cuando entro cogida del brazo de Lukas Grey; de pronto veo el recuerdo de nuestro compromiso a través de una óptica muy distinta. Me estremezco mentalmente al recordar cómo le dije gritando que le odiaría para siempre.

Y al pensar que lo más probable es que todas las personas de aquella sala lo sepan.

Los magos me lanzan miradas de censura mientras disfrutan de sus copas de ponche escarlata, y yo soy plenamente consciente de la tensión que arde en el fuego reprimido de Lukas y del roce de los suaves azulejos bajo mis pies descalzos. Un joven soldado con rasgos aristocráticos se acerca a nosotros con aspecto de llevar un buen rato buscando a Lukas. Enseguida reconozco a Thierren, el mago de nivel cinco que me acompañó fuera de la tienda de Lukas en la provincia celta y que formó parte de mi escolta hasta la casa de los Grey.

—¿Dónde están los Bane? —pregunta Lukas con un tono muy agresivo que parece esconder un: «Para poder matarlos a todos».

Thierren me mira con una expresión tan impasible como la de Sparrow. Vuelve a centrarse en Lukas y contesta:

—Se han llevado al comandante Bane al médico —afirma escuetamente—, y el comandante Sylus Bane se ha ido con él. A la maga Fallon Bane se la han llevado a la base militar de Valgard para interrogarla. —Vuelve a mirarme—. Por atacar a otra maga utilizando sus poderes.

Temo automáticamente por Sparrow.

—¿Has visto a una chica urisca con la piel de color lavanda? —le pregunto preocupada por si los Bane pudieran haberle hecho algo antes de irse—. Es mi doncella, y necesita que alguien la acompañe a casa.

Thierren pierde un momento su mirada impasible y alza mucho las cejas mirándome con curiosidad.

—Está bien. Va en un carruaje de camino a casa de los Grey —me asegura.

—Informa a la base de Valgard —le ordena Lukas a Thierren, y el joven recupera automáticamente su vacía expresión militar—. Me reuniré contigo más tarde.

Thierren asiente, me lanza una nueva mirada cargada de preguntas, y se marcha, dejándonos a Lukas y a mí solos y rodeados por una muchedumbre de desconocidos que conversan a la luz de las velas, la mayoría de los cuales me fulminan con la mirada con evidente desdén.

Miro los astutos ojos de Lukas y entre nosotros brilla un destello de complicidad que me provoca un escalofrío en las líneas de afinidad, nuestra atracción mágica es imposible de reprimir.

—Conozco una biblioteca que estará vacía —dice Lukas ignorando la poderosa chispa que ha brotado entre nosotros.

—Bien —contesto tratando de ignorar yo también su desconcertante atracción—. Llévame.

Sigo a Lukas por un largo pasillo. Va muy erguido y aprieta los dientes tratando de controlar sus poderes. Guarda silencio mientras me guía por los serpentinos pasadizos, subimos por unas escaleras y continuamos por más pasillos, advirtiendo, a medida que avanzamos, que el sonido de la música se va disipando.

Al final llegamos a un pasillo aislado iluminado por antorchas; está muy alejado de los invitados, y Lukas me guía hasta una pequeña y oscura biblioteca.

Una vez allí, me suelta el brazo y desenvaina la varita. Mis líneas de afinidad reaccionan automáticamente a ella. Lukas se da media vuelta, se acerca a una de las antorchas y murmura el hechizo para encender velas. La antorcha se enciende automáticamente.

Le observo mientras se pasea por la estancia encendiendo todas las antorchas con actitud decidida, y los lujosos detalles de la biblioteca van cobrando vida poco a poco.

Tengo que admitir que tiene un porte estupendo: es alto y atlético, tiene los hombros anchos y se mueve con elegancia. Mi magia sigue tirando sin cesar hacia sus líneas de afinidad, y eso me incomoda. La atracción de su magia no tiene nada que ver con el embriagador y poderoso fuego de Yvan. La magia de Lukas es como una fuerza contra la que tengo que luchar para seguir completa.

Incómoda, me doy media vuelta y clavo los ojos en la repisa de mármol de la chimenea apagada que tengo al lado. Es de un brillante tono negro y está decorada con vides que se entrelazan por toda la superficie. El color esmeralda de las líneas es tan luminoso que casi brillan, y la superficie está tan pulida que parece un espejo. Por un momento me siento abrumada por la impresionante belleza de esa pieza de artesanía.

—Qué mármol más bonito —comento sin pensar paseando la mano por las líneas verdes y sintiéndome extrañamente atraída por ella.

Me acaloro asombrada cuando me doy cuenta de lo que es.

No es mármol. Es madera.

Pícea alfsigr, de las alturas del norte del bosque Borial. Es densa como el granito. Ya había oído hablar de esta madera, había leído sobre ella, pero jamás la había visto ni la había tocado. Mientras paseo el dedo por su brillante superficie, una ráfaga de calor me trepa por el brazo y mis líneas de tierra se estremecen y cobran vida; entonces me viene a la cabeza la imagen de una pícea verde con las hojas ligeramente plateadas.

—Es madera élfica —murmuro hipnotizada por el efecto que el mueble está provocando en mis líneas.

Como Lukas no me contesta, vuelvo la cabeza sin dejar de pasear el dedo por esa madera tan fascinante.

Él me está mirando un poco apartado, con los brazos cruzados y una expresión

cansada.

—¿Qué quieres, Elloren?

Su fuego da un breve tirón hacia mí y percibo las emociones encontradas que anidan en él.

Sostengo su mirada beligerante recordando la difícil historia que hay entre nosotros. No me cabe ninguna duda de que lo ocurrido habrá perjudicado su reputación. Probablemente lo habrá convertido en el blanco de muchas burlas. Es muy posible que todos los presentes en el edificio sepan que yo me resistí al compromiso. Los sacerdotes hablan, y también los guardias de rango inferior. E imagino que los Bane habrán ido hablando de mi comportamiento por todo Valgard.

Lukas sabía muy bien que esto era lo que pasaría si se unía a mí para siempre. Pero aun así lo hizo para protegerme. Incluso aunque muy probablemente sepa que estoy enamorada de otro.

Trago saliva y dejo resbalar la mano por la madera hasta dejarla caer, y los temas importantes que debo abordar se abalanzan sobre mí. Asuntos que son más grandes que Lukas, Yvan y yo.

«¿Puedo confiar en ti, Lukas? —me pregunto mientras observo su alta figura—. Necesito poder confiar en ti.»

—Ne… necesito tu ayuda —admito vacilante.

—¿Con qué?

Su tono es áspero y receloso.

Intento encontrar una mentira creíble, pero las palabras se me enredan en la garganta, porque no podemos mentirnos el uno al otro. Lukas me mira esbozando una incipiente sonrisa que no llega a asomar a sus ojos, y yo caigo presa de la frustración y la rabia al percibir lo poco receptiva que es su actitud.

«Cálmate, Elloren —me advierto—. Le necesitas. Y Chi Nam te dijo que es posible que esté de parte de la Resistencia.»

—Estoy preparada para asumir mi lugar a tu lado —me esfuerzo en decir, aunque la frase me sale un poco forzada y tensa.

Sin embargo, no es del todo mentira. Solo he elegido las partes que son ciertas. Y he ocultado la parte de la verdad que cambiaría el mundo.

Lukas suelta una risa amarga.

—¿En serio, Elloren? ¿Como mi pareja? Entonces ¿podemos sellar nuestro compromiso y consumarlo esta misma noche?

Me mira con cinismo, como si ya conociera la respuesta.

Cada vez estoy más desesperada.

—Me dijiste que eras mi amigo. —Se me entrecorta la voz al decir la palabra y doy un paso hacia él—. Lukas, necesito tu ayuda. Y necesito saber de qué parte estás.

Aguanto la respiración consciente de que la última pregunta es peligrosa.

Él aparta la mirada y niega con la cabeza, como si estuviera librando un conflicto interior.

Al ver que se niega a ceder, caigo presa de una acalorada frustración.

—Fallon me ha dicho que estáis juntos.

Soy incapaz de decirlo sin que se me note el disgusto en la voz.

Él suelta una carcajada desdeñosa y me lanza una mirada sarcástica.

—No, Elloren. No estamos juntos. ¿Y tú estás con el celta?

Se le ha borrado la sonrisa y algo parecido a los celos brilla en sus ojos. Vuelve a apartar la mirada y aprieta los dientes.

«Sí, Lukas —quiero gritarle sintiendo la punzada de dolor—. Estoy con Yvan. Pero también es verdad que nunca podré estar con él del todo.

»Porque estoy comprometida contigo.»

Los dos guardamos silencio un momento. Y cuando Lukas vuelve a mirarme está frunciendo el ceño con amargura y algo que jamás había visto antes en él: un profundo dolor.

Mi rabia se desmorona.

Su espantosa madre tiene razón: Lukas podría haberse comprometido casi con cualquier mujer de Gardneria. Él tampoco quería comprometerse. Pero lo hizo.

Por mí.

Dejo caer los hombros y suspiro mirándole con una nueva y sumisa comprensión.

—Si no hubieras intervenido, Damion me hubiera obligado a comprometerme con él —digo con la voz teñida de rabia al pensar en todo lo que habrá tenido que soportar Aislinn—. Después me hubiera llevado a su casa y me hubiera violado. Y esa sería mi vida. Cada día.

Lukas me mira apretando los labios.

Y entonces me doy cuenta de algo.

—Ya me has salvado la vida dos veces.

Me fulmina con la mirada.

—Él no te habría matado, Elloren.

—Sería como estar muerta.

—No —dice negando con la cabeza muy serio—. Habrías encontrado una forma de enfrentarte a él.

—Quizá. Pero aun así, tenías razón. Cuando me obligaste a comprometerme contigo,

estabas siendo un amigo.

Lukas suspira y abandona su pose hostil.

—¿Qué es lo que quieres?

Estoy a punto de decir: «Soy la próxima Bruja Negra y necesito protección».

Sin embargo digo:

—Ya te lo he dicho. Estoy preparada para ocupar mi sitio a tu lado.

—No. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has vuelto a Gardneria?

Todo me viene a la cabeza de golpe: mi misión imposible, mi poder incontrolable y por tanto inútil, todos mis seres queridos en peligro.

Mi vida en grave peligro.

—Porque no tengo adónde ir —confieso con la voz entrecortada.

Lukas me observa con curiosidad.

—Te ayudaré —dice al fin con un tono grave y firme.

Se me saltan las lágrimas y respiro hondo algo temblorosa superada por la gratitud y buscando la forma de expresarlo.

—Volvamos dentro —propongo gesticulando en dirección al Auditorio del Consejo—, y bailaré contigo. Le diré a todo el mundo lo contenta que estoy de estar comprometida contigo. Ya sé…, ya sé que comprometerte conmigo, en especial después de cómo me resistí…, las cosas que dije… Sé que debe de haber perjudicado tu reputación.

Lukas levanta la vista hacia el techo y niega con la cabeza antes de volver a mirarme a los ojos con una expresión dura.

—No me importa lo que piensen. —Hace un gesto para señalarnos—. Sobre esto. Sea lo que sea.

Una conocida y ardiente tensión despierta entre nosotros, y puedo notar, por la intensidad con la que me está mirando, que él también lo siente. Mi incómoda conciencia de sus poderes aumenta al recordar las veces que nos hemos besado, bastante apasionadamente, y el embriagador tirón de nuestras líneas de afinidad.

Reculo un poco avergonzada de la reflexiva atracción que siento por Lukas y su poder después de haberle entregado mi corazón a Yvan.

—Tengo que reunirme con Marcus Vogel antes de que dé su discurso —dice Lukas rompiendo lo que parecía un hechizo momentáneo entre los dos.

—¿Por qué?

—Quiere reunirse con todos los comandantes de nuestra guardia. Aunque creo que Damion Bane no asistirá.

Lo dice completamente serio, solo brilla un ligero odio en sus ojos.

De pronto me asalta el miedo por lo que Damion pueda sospechar de mí ahora.

«Voy a tener que decirte quién soy, Lukas. Pero… ¿de qué parte estás? Tengo que saber de qué parte estás.»

—¿Cuándo tienes que reunirte con Vogel? —pregunto.

Frunce el ceño y mira el reloj.

—Ahora.

Me resulta extraño verle tan desdeñoso. Tiene una actitud muy descarada, y no puedo evitar sentir que algo importante ha cambiado en él.

—Entonces deberías irte —insisto preocupada de que el único aliado que tengo allí con auténticos poderes pueda estar flirteando con una evidente rebelión.

Lukas no hace ademán de moverse.

—Que espere —dice con un tono áspero y rebelde que me deja intrigada.

Nadie hace esperar al Gran Mago. Nadie. Ni siquiera un mago con tanto poder. Ni siquiera un comandante del ejército.

—No le hagas esperar —le advierto con evidente cautela.

Lukas me observa atentamente y noto cómo un hilillo de su fuego tira hacia mí. Sé que se da cuenta de que puedo sentir lo que piensa de Vogel y que estoy de acuerdo, y esta conexión mental que compartimos me sienta muy bien. Lukas asiente, como si compartiera mi opinión.

—Iré a buscarte después del discurso de Vogel —me promete.

—Ya te buscaré yo.

Me tiende la mano.

—Dame un pelo de tu cabeza, Elloren.

Me asalta la confusión y me alejo un poco de él.

—¿Por qué?

Aprieta los labios.

—Tengo una runa rastreadora noi —dice—. Con ella puedo amplificar la magia de mi varita para conjurar un hechizo de búsqueda. —Me lanza una mirada significativa—. Creo que sería buena idea que no te perdiera de vista.

Lo pienso mientras alzo una ceja asombrada de que utilice hechicería noi. Los gardnerianos tienen terminantemente prohibido mezclar su magia con la hechicería de otras regiones. Y Lukas no puede cargar runas porque no es un mago de luz, por lo que una vu trin con hechicería rúnica debe de haber cargado la runa que está utilizando él.

—¿Estás aliado con las vu trin? —le pregunto con descaro y el pulso acelerado.

Por un momento da la impresión de que esta vez sea Lukas quien esté intentando aplastar la mentira que es incapaz de verbalizar.

—Compartimos objetivos similares —contesta con una mirada desconfiada.

Envalentonada por lo que acaba de reconocer y por el desafío de Lukas hacia las estrictas normas gardnerianas, levanto la mano, me arranco un pelo y se lo doy.

Él se mete el pelo en el bolsillo de la túnica, me lanza una mirada cargada de ardiente y muda solidaridad, y se marcha.

# 6

## La varita negra

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Flores de hierro.

Las han traído para el discurso de Vogel y brotan de los incontables jarrones negros que rodean todo el Auditorio del Consejo y el vestíbulo al que da paso.

Han atenuado las luces para ensalzar el sagrado brillo etéreo de las flores, y la oscuridad me proporciona cierto grado de anonimato mientras me interno en la muchedumbre de gardnerianos. Están reunidos justo delante de las puertas abovedadas del Auditorio, donde todos los magos con su brazalete blanco intentan echar una ojeada hacia el interior mientras murmuran entre ellos con ansiosa expectativa.

Esperando a Vogel.

Gracias a las intensas luces azules de la sala, los matices escarlata de mi vestido han desaparecido tras el tono negro de la tela, y ahora se ve mejor el brillo verde de mi piel, apagando mi individualidad y ayudándome a fusionarme con el paisaje general de este vasto mar de magos.

Una pesadilla de conformidad.

Desconcertada por lo bien que encajo aquí, me acerco al jarrón que tengo al lado y pellizco una de las delicadas flores de hierro. La cojo con los dedos y froto un pétalo con el pulgar y el índice tratando de serenar mis emociones revueltas. Los pétalos, suaves como el terciopelo, se mueven en una perezosa espiral, y su suave brillo azul me transporta por un momento a una época más sencilla.

Había un gran guayaco cerca de la cabaña de mi familia en Halfix, justo detrás de nuestro pequeño establo. Cada año, cuando la primavera llegaba a su máximo esplendor, el suelo del bosque que se extendía bajo el guayaco se llenaba de brillantes flores azules, pues los árboles florecían tarde. Recuerdo lo contentos y embelesados que

estábamos Rafe, Trystan y yo cuando por fin florecían; casi podía escuchar la voz de Trystan gritando: «¡Ren! ¡Han florecido! ¡Ven a verlo!».

Siento una punzada de dolor que me provoca una añoranza muy intensa por mis hermanos. Miro la flor luminiscente que tengo en la mano y mi dolor enseguida da paso a una creciente rabia concentrada como un rayo en ese potente símbolo del poder gardneriano.

«Gardneria. El monstruo que está a punto de destruir el mundo.»

Noto una ráfaga de fuego en mis líneas de afinidad cuando aprieto el puño capturando la flor en el interior de mi mano, la aplasto y la tiro al suelo viendo cómo el brillo de la pulpa ha quedado reducido a un apagado azul medianoche. Con los ojos entornados, vuelvo a mirar el Auditorio abarrotado del consejo.

Alrededor de la tarima hay incontables antorchas azules sujetas por postes de hierro, y la orquesta que hace un rato tocaba sus instrumentos ha desaparecido. Por detrás del estrado veo una gigantesca bandera gardneriana que cuelga de los oscuros guayacos de la pared, y toda la escena está envuelta en una parpadeante luz azul.

Me acerco como puedo a la puerta abierta del auditorio y me cuelo dentro.

Ante mí tengo un mar de gardnerianos vestidos de negro que aguardan muy pegados los unos a los otros bajo el altísimo techo abovedado que está sostenido por las ramas de los guayacos, y en su superficie se puede ver un denso dosel de hojas pintadas.

—Vogel está poniendo orden en el mundo —murmura con respeto el mago que tengo delante a los gardnerianos que lo rodean mientras voy captando fragmentos de conversaciones por toda la estancia.

—Manifestando la luz del Gran Ancestro…

—Asegurando la protección de nuestros hijos…

—Luchando contra la marea de malignos. Expulsando a los invasores de las tierras gardnerianas.

—Acercando el comienzo de la bendita era del esquilado…

Siento un gran resentimiento mientras escucho cómo giran en torno a sus delirios religiosos, todos tan ajenos al dolor que están apoyando.

Me viene a la cabeza una imagen de las turbas gardnerianas arrasando Verpacia. Mi compañera de la cocina, Bleddyn, tendida semiinconsciente en la sombra de un callejón. El rostro ensangrentado de Olilly y sus orejas mutiladas. El pánico de la pequeña Fern abrazando su muñeca para proteger las orejas puntiagudas de su compañera.

El hijo pequeño de Andras, Konnor, escondiendo el rostro en el pecho de Brendan el día que asesinaron a sus padres lupinos. Todo el pueblo de Diana asesinado.

Las brasas arden lentamente en mis líneas mientras yo deambulo por las sombras de

los guayacos que hay al fondo de la sala y reprimo el deseo de pegar la mano al tronco que tengo detrás y reducir a cenizas todo el auditorio.

Respiro hondo tratando de serenarme y dejo que las tranquilizadoras palabras de Chi Nam me resuenen en la mente.

«Contrólate, niña.»

Pero estoy tan alterada que no veo la salida.

Miro las hojas pintadas en el techo abovedado mientras noto cómo se me traga la ira y la desesperación. Aislinn está en alguna parte de Valgard comprometida con Damion Bane. Mi querida amiga está atrapada en las fauces de la pesadilla inconcebible que podría haber sido mi vida.

«Vendré a buscarte, Aislinn —juro proyectando mi juramento hacia Valgard con toda la fuerza de una promesa solemne—. Lo juro por el Gran Ancestro. Encontraré la forma de sacarte de ahí.»

Entonces me acuerdo de Sparrow, que también está atrapada en Valgard con Effrey.

Sparrow, que esta noche me ha salvado la vida.

«A ti también te ayudaré, Sparrow. A ti y a Effrey.»

Veo movimiento en la tarima y me pongo derecha mientras todo el mundo se concentra mirando hacia delante. La excitación flota en el aire.

Un desfile de magos de nivel cinco se coloca al fondo de la tarima, seguidos de un montón de comandantes militares, entre ellos veo a Lukas y a su padre, seguidos de sacerdotes y miembros del Consejo de Magos, y todos se van colocando en un largo arco delante de los soldados.

Marcus Vogel hace su aparición en la sala y sobre la tarima, seguido de dos guardias del consejo, y la estancia estalla en un frenesí de veneración.

Los vítores son ensordecedores, los magos que me rodean aúllan su nombre, la mujer que tengo al lado empieza a llorar de alegría y grita una y otra vez:

—¡Que el Gran Ancestro te bendiga para siempre!

No estaba preparada para la rabiosa emoción que me embarga al ver al Gran Mago Marcus Vogel por primera vez después de la masacre del pueblo de Diana y Jarod. El fuego ruge por mis líneas y noto un hormigueo en la mano derecha que da paso a un calor abrasador. Me la escondo en la manga por miedo a que mi mano se convierta en una bola de lava.

Vogel se acerca al frente de la tarima y levanta una mano en señal de bendición, y la muchedumbre se va quedando en silencio, todos miran a su bendito Gran Mago. Vogel observa la multitud con ojos de halcón. Va ataviado con una túnica tan negra como un bosque quemado y con el pájaro blanco bordado en el pecho.

En la mano sostiene una oscura varita gris.

El vengativo fuego de mis líneas ruge con más fuerza en cuanto la veo, y aprieto el puño notando cómo una chisporroteante energía se adueña de la runa para detectar demonios que Sage me grabó en el abdomen.

Me quedo de piedra, alarmada, pensando en lo que podría significar.

Y entonces Vogel alza la varita.

Una oleada de oscura afinidad invisible me atraviesa desde la otra punta de la sala, y su punzón afilado se interna directamente en mis líneas. Cuando advierto que me he quedado completamente inmóvil, se me contrae todo el cuerpo y se me encoge el estómago.

Un destello carmesí me ilumina la vista, y la sala se queda negra.

Respiro hondo presa de un repentino y claustrofóbico pánico. La imagen del auditorio, la bandera gigante, la muchedumbre de magos…, todo desaparece.

Ahora me rodean un montón de sombras negras.

Se forma una imagen en la sombra que se me está acercando: la negra silueta de las ramas quemadas contra el cielo rojo, el árbol negro fundiéndose con la humeante sombra. Y entonces, ¡puf!, tanto la oscuridad humeante como el árbol desaparecen, la estancia bañada en luz de color zafiro vuelve a aparecer ante mí. Ya no soy presa de Vogel.

Me tambaleo intentando controlar mi pánico y de pronto tomo conciencia de algo:

Vogel es todavía más poderoso. Y es por la varita.

Esa varita negra que tiene en la mano.

Puedo sentirlo por cómo su poder palpita por la sala dibujando una extraña espiral.

Miro desesperada hacia la otra punta del auditorio. Los magos que me rodean parecen ignorar la realidad de la criatura que tienen delante.

Marcus Vogel vuelve a levantar ambas manos y yo me encojo preparada para recibir otro ataque de sus sombras. Pero esta vez controla su poder.

El único mago de luz del consejo da un paso adelante. Lleva las prendas negras marcadas con brillantes runas verdes, y su pelo cano y su barba blanca fluyen a su espalda y se deslizan por la parte delantera de su túnica como si de un río blanco se tratara. El mago levanta la varita y dibuja en el aire una runa de amplificación verde que se queda suspendida frente a Vogel.

—Rezad conmigo, magos —entona el Gran Mago mirando a la multitud. Sus palabras suenan amplificadas gracias a los poderes de luz, y su elegante voz resuena por todo mi cuerpo. Vogel cierra los ojos y empieza a recitar la bendición del Gran Ancestro, a la que todos los presentes se unen con pasión:

Oh, querido Gran Ancestro. Purifica nuestras mentes. Purifica nuestros corazones. Purifica Erthia de la mancha de los malignos.

Todos los presentes se llevan el puño derecho al corazón. Todo el mundo excepto yo, claro. Y Lukas, que permanece tieso como un clavo asiendo la empuñadura de la varita que lleva envainada al costado mientras mira con descaro al Gran Mago Vogel. Me asombra el rechazo que demuestra Lukas por formar parte de aquella ceremonia comunitaria, y me parece temerario. Como también me ocurrió la primera vez que lo vi en su tienda, vuelvo a advertir que Lukas pertenece a la pequeña minoría de magos que todavía lucen el antiguo uniforme militar.

Vogel abre los ojos y mira a la multitud.

—Queridos magos —dice con ardiente importancia—. Esta noche vamos a celebrar lo que nos ha traído el Gran Ancestro.

Hace una pausa y sus devotos aguardan en silencio. El ruido que emana de la multitud ha quedado reducido al crujido casi imperceptible de las prendas de seda.

—El Gran Ancestro nos ha traído una victoria tras otra sobre las razas paganas que intentan destruirnos —proclama Vogel—. Que pretenden contaminar nuestras tierras. Esclavizarnos. Y corromper todo lo que es sagrado. Por eso el Gran Ancestro ha potenciado nuestra magia rúnica, emplazándonos a protegernos de los malignos con runas fronterizas y el propósito sagrado.

Vogel hace una pausa mientras observa la multitud y los magos que tengo alrededor se inclinan hacia delante como si quisieran empaparse de todas sus palabras.

—Queridos magos —entona con un tono que resuena con fuerza—, conseguiremos expulsar a los malignos de nuestras tierras. Los contendremos para que no puedan acercarse a nuestros hijos. Limpiaremos esta tierra y proclamaremos la era del esquilado en toda Erthia.

La multitud se deshace en aplausos y agresivos vítores mientras a mi cabeza viene de repente la imagen de esa extraña línea de luz verde que se extiende por toda la bahía de Malthorin.

Y entonces me asalta una terrible certeza.

«Está construyendo una frontera rúnica.»

Para evitar que los no gardnerianos puedan entrar. Para conseguir que los uriscos que están atrapados en las islas Fae no puedan escapar hacia el este. Y, con el tiempo, para que cualquiera que quiera escapar al Reino de Oriente se quede atrapado en Gardneria.

«Incluyéndome a mí.»

—Ha amanecido una nueva era, magos —afirma Vogel cuando los aplausos y los

vítores se disipan y la multitud vuelve a guardar silencio—. La era del esquilado ha llegado —dice Vogel con un tono tan siniestro que aguijonea el pánico anclado en mi corazón. Hace una pausa; se ha adueñado de toda la estancia, y todo el mundo le presta atención—. La Gran Profecía ha llegado —afirma con terrible seguridad.

Escucho asombrada los murmullos confusos que recorren todo el auditorio. Los magos miran a Vogel y después se miran entre sí con evidente sorpresa. También hay magos en la tarima que parecen confusos, incluyendo a Lukas, que parece mirar a todos cuantos le rodean en busca de alguna pista que le indique a qué se está refiriendo Vogel.

Los únicos que no parecen sorprendidos son los miembros del Consejo de Magos que han asistido, pues todos aguardan con una serenidad que exuda confianza y triunfo.

Un cuervo desciende volando de las ramas entrelazadas del techo abovedado y se posa en el hombro de Vogel, y la punzada que siento en la runa del abdomen empeora de golpe. Tengo un mal presentimiento.

—Hemos encontrado al gran demonio ícaro de la profecía —anuncia Vogel. Su voz resuena por toda la estancia.

Se oyen jadeos por todo el auditorio y, por un momento, no termino de comprender las palabras de Vogel.

—Hemos localizado al demonio alado en las islas Noi —sigue diciendo—. Se ocultaba tras un glamour y se hacía llamar Yvan Guriel.

Las palabras me impactan como si alguien me estuviera golpeando el corazón con un martillo. Palidezco.

«No. No.»

—Los paganos noi estaban ocultando al gran demonio en su base militar de Oonlon —sigue diciendo el Gran Mago con un tono tan afilado como la cuchilla de una espada—. Estaban perfeccionando su poder con la intención de emplear esa arma de destrucción contra el Reino Mágico.

Vogel guarda silencio y yo me esfuerzo por respirar, me esfuerzo por pensar.

—El demonio es hijo de Valentin Guryev —explica muy despacio—. No se llama Yvan Guriel, sino Yvan Guryev. Y es hijo del demonio que mató a Carnissa Gardner, nuestra gran Bruja Negra.

Se me revuelve el estómago y siento vértigo. La multitud estalla en vítores. Puedo sentir el destello de sorpresa de Lukas desde la otra punta de la estancia mientras en mi corazón solo resuena una palabra.

«Yvan. Yvan. Yvan.»

—Y por gracia del Gran Ancestro —aúlla Vogel por encima de la multitud alterada—, el demonio ícaro ha sido derribado. Yvan Guryev, el maldito hijo de Valentin Guryev, está

muerto.

# 7

# Flores de hierro

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Un violento rugido de triunfo se desplaza por la multitud como una ola, todos los presentes gritan y aúllan levantando el puño hacia el cielo en señal de celebración por la muerte de Yvan.

Se me aflojan las rodillas y me tambaleo hacia atrás; estoy a punto de caerme. Echo la mano hacia atrás y me agarro al tronco del guayaco que tengo a la espalda, posando la mano sobre la madera.

La magia invisible de mis líneas estalla.

El poder se desliza por mi interior como un infierno salvaje y el calor me inunda las líneas presa de una ira asesina que se alimenta de la ferocidad, el dolor y de mi corazón roto. El impulso de liberar mi poder de fuego y arrasar toda la ciudad de Valgard se apodera de mí con una fuerza increíble, y sé que, si me quedo un solo segundo más, reduciré esta ciudad a cenizas.

Doy media vuelta y me marcho.

Cruzo corriendo la entrada del auditorio, esquivo a los soldados, que me miran con sorpresa, y bajo por la escalinata. Salgo del auditorio y me adentro en una arboleda llena de guayacos sin pensar en las ásperas raíces que me arañan los pies.

Corro hasta que dejo atrás la entrada negra del bosque y toda la madera, hasta llegar al océano, hasta que noto el tacto de una piedra fría bajo los pies y me encuentro ante un acantilado rocoso y el océano. El saliente está ligeramente iluminado por el brillo de las flores de hierro de los guayacos.

Me detengo y contengo la respiración mientras miro la brillante línea verde que cruza la bahía a lo lejos.

La bilis me trepa por la garganta.

Me flaquean las piernas y me dejo caer de rodillas en la piedra de la cornisa presa de unos feroces sollozos mientras me azota la áspera brisa del océano y las olas negras impactan con fuerza contra las rocas que hay debajo.

Lloro hasta que apenas puedo respirar. Hasta que tengo los ojos tan hinchados que apenas los puedo abrir. Hasta que el dolor me apelmaza el pecho, la garganta y los ojos.

Yvan.

Mi amor. Mi único amor.

Muerto.

Asesinado.

Jamás volveré a verte.

Lloro, destrozada, con ganas de gritarle al cielo. Deseando proyectar mi poder contra Vogel y contra todos los soldados de Gardneria antes de que puedan atacarme a mí.

—Yvan —sollozo en voz alta haciéndome añicos—. Yvan.

Lloro durante un buen rato, hecha un ovillo, apretando los ojos con fuerza y con la frente pegada a la piedra helada.

«Yvan… —pienso con agonía, perdida y a la deriva, y en una tierra demasiado brutal como para hacer mi propio camino—. ¿Qué querrías que hiciera?», pregunto al fin, como si él pudiera escuchar mi pensamiento.

La firme respuesta de Yvan resuena en mi cabeza.

«Lucha contra ellos.»

Me quedo paralizada con un sollozo atrapado en la garganta presa de una despiadada claridad.

El poder de Vogel es espantoso, y está creciendo.

El poder de su varita está creciendo. Su varita oscura…

La varita negra.

Todavía noto una pequeña punzada de dolor residual en la runa para rastrear demonios que tengo en el abdomen.

Vogel utilizará el malvado poder de esa varita contra todo lo que me importa y contra todas las personas a las que amo. Contra todo lo bueno que queda en el mundo.

Nada ni nadie está a salvo.

Las palabras que me dijo Yvan el día que descubrí que soy la Bruja Negra brillan en mi cabeza como una baliza.

«Esto es más grande que nosotros, Elloren. Si nadie les planta cara, ganarán.»

Recuerdo la mirada exacta que vi en el hermoso rostro de Yvan cuando me dijo eso mismo. Un rostro que no volveré a ver jamás.

El dolor intenta destrozarme de nuevo y el llanto amenaza con volver a derramarse sin freno. Pero de pronto a mi lado se enciende una esfera de luz de color zafiro seguida de una brillante línea azul que se interna en la arboleda, y percibo el fuego de Lukas.

«La runa rastreadora noi.»

Cuando me vuelvo, Lukas sale de la arboleda y se acerca al acantilado de piedra.

Nos miramos a los ojos y el fuego arde en mis líneas. Al ver su uniforme de mago siento una rabia tan intensa que le hubiera derribado si hubiera tenido un trozo de madera en la mano.

Me pongo de pie sintiendo una ráfaga de intensa furia en la sangre al mismo tiempo que la mirada de Lukas se intensifica tanto como la mía. Los dos nos quedamos atrapados en una caótica llamarada.

—Elloren —dice con ardiente apremio—, ¿hay alguien aparte de tu tía y de mí que sepa que estabas con el ícaro de la profecía?

El fuego se desata por mis líneas y levanto la palma de la mano.

—Para —le pido apretando los dientes y el otro puño mientras noto cómo me atenaza esa necesidad dríade de decirle la verdad—. Dímelo —le ordeno a Lukas con la voz entrecortada por la ira—. Dime que has roto con Vogel. Dime que solo estás aquí con ese espantoso uniforme porque estás planeando utilizar tu posición para destruirlo.

La mirada de Lukas es tan feroz como la mía.

—Sí, Elloren —confiesa al fin con un tono duro como el acero.

El asombro me golpea y el mundo vuelve a cambiar. Porque Lukas Grey no puede mentirme y yo puedo percibir la verdad de sus palabras en la intensa corriente de su fuego.

Parpadeo tratando de ajustarme lo más rápido posible a su asombrosa confesión. Noto que está reprimiendo una explicación más detallada, una explicación que necesito escuchar.

Porque él sigue llevando su uniforme. Y necesito saber que no solo ha roto con Vogel, sino con toda Gardneria.

Porque la maldad de Vogel es más grande que el propio Vogel.

Lukas da un paso hacia mí.

—Elloren —dice con un tono cada vez más urgente—, ¿quién más lo sabe?

«Me da igual —quiero espetarle mientras las lágrimas asoman a mis ojos—. Yo le quería.»

Pero entonces en mi cabeza suena otra voz.

La de Yvan.

«Sobrevive, Elloren.

»Sobrevive y lucha contra ellos.»

—Yo… No lo sé —me obligo a decir mientras el dolor amenaza con brotar de mi garganta.

«Te quiero, Yvan. Te quiero.»

—Tenemos que irnos —dice Lukas, su tono todavía es apremiante, pero esta vez habla con más delicadeza—. Elloren, si lo descubren te matarán. No deberías estar en Gardneria.

Le miro fijamente a los ojos con la voz teñida por el horror.

—No estoy a salvo en ningún sitio.

El pánico asoma la cabeza y me esfuerzo para no sucumbir a sus garras.

«Lukas, corro tanto peligro que no sé qué hacer.

»Pero si peleo, mataré a todo el mundo. Incluso a ti.»

—Necesito tu protección.

«O me matarán.»

—Antes hablaba en serio —dice con absoluta sinceridad—. Si necesitas mi protección, la tendrás.

Me abruma la irremediable necesidad de ser sincera y soy incapaz de contenerla.

—Yo le quería —digo con la voz entrecortada—. Yo quería a Yvan.

En los ojos de Lukas brilla una punzada de dolor.

—Lo sé —dice al fin con cierta aspereza, pero entonces su mirada se torna inesperadamente ardiente—. Soy tu amigo, Elloren. Siempre lo seré. Deja que te ayude.

Aparto la mirada superada por la muestra de aprecio de Lukas mientras lucho contra un dolor aplastante. Las lágrimas me abrasan las mejillas. De pronto añoro tanto a Yvan que el sentimiento amenaza con desmontarme.

Lukas se acerca y me coge de las manos con delicadeza, y yo dejo que lo haga. Siento la firmeza de sus manos alrededor de las mías mientras lloro y las olas chocan contra las piedras a los pies del acantilado. Él alarga la mano para acariciarme la mejilla, y yo ladeo la cabeza contra su palma mientras lloro. Me mira con los ojos verdes llenos de una inesperada compasión que me parece un salvavidas. Entonces baja el brazo para volver a cogerme de la mano liberando sus líneas de fuego y de tierra, dejando que sus ramas se enrosquen a mi alrededor con actitud protectora. Su afinidad de fuego busca la mía mediante pequeñas y ardientes sacudidas, y entonces, al no encontrar ninguna resistencia, se desliza por mis líneas con fluidez.

Es como verter alcohol en el fuego.

Me estremezco de pies a cabeza. El fuego me enciende la vista y mis poderes brotan con una fuerza monstruosa colisionando y mezclándose con los de Lukas en una

repentina oleada: poderes de fuego, tierra, aire y agua, todos se abalanzan sobre su magia.

Lukas inspira hondo y se pone tenso. Me aprieta las manos con más fuerza y mi poder lo sobrepasa.

Y en un breve y asombroso segundo me doy cuenta de que…

«Me he vuelto más poderosa que Lukas Grey.»

Me asusto y aparto las manos de él. Me tambaleo hacia atrás y aprieto el puño sintiendo cómo el poder sigue deslizándose por mis líneas buscando a Lukas. Me arde la mano.

El mundo que nos rodea se ha extinguido y la esfera de luz zafiro se ha apagado.

Miro nerviosa a mi alrededor con la respiración acelerada.

Las flores de hierro que tenemos detrás se han oscurecido y de los árboles emana un palpable pánico.

Lukas lanza una mirada asesina hacia la arboleda y después vuelve a mirarme a mí: él también tiene la respiración acelerada y el fuego desatado.

—Por todos los dioses, Elloren. Tu poder ha aumentado.

Tengo la cabeza hecha un lío.

«Dile quién eres. Necesitas decírselo. Damion lo sospecha, y no estará inconsciente para siempre.»

Pero soy incapaz de pronunciar las palabras. Me quedo atrapada en una agónica indecisión mientras la advertencia de Ni Vin resuena en mi cabeza:

«No dejes que los gardnerianos descubran quién eres».

—Elloren —insiste Lukas acercándose a mí y adoptando un tono áspero que no admite discusiones—. Dime qué te ha pasado. ¿Qué ha acelerado tus poderes de afinidad a ese nivel? Si pudieras acceder a él…, es el nivel de poder de una Bruja Negra.

Le miro muy perturbada por la intensidad de mi poder. Él me agarra del brazo con fuerza y me mira con fuego en los ojos.

—Sé que has vuelto por algún motivo que me estás ocultando —susurra con evidente preocupación—. Dime qué está pasando.

Pero me resisto con terquedad.

«No, Lukas. No hasta que sepa que has terminado con toda Gardneria, no solo con Vogel.»

Lukas me suelta el brazo de golpe y se aparta de mí visiblemente enfadado.

Me empieza a palpitar la cabeza y la evidente frustración de Lukas provoca un creciente vacío en mi interior.

«Rafe, Trystan, ¿dónde estáis? Yvan ha muerto y os necesito. No sé en quién confiar.»

—¿Dónde están mis hermanos? —le pregunto con la voz entrecortada por la angustia —. ¿Tienes alguna pista de su paradero? ¿Están vivos?

Lukas me fulmina con la mirada, es como si estuviera enfadado consigo mismo por sentirse atraído por mí.

—Sí —dice al fin, y su rabia parece apaciguarse—. Por lo que yo sé, sí.

Siento un alivio punzante y se me vuelven a saltar las lágrimas.

Él vuelve a mirar hacia los árboles envueltos en sombras y los estudia con atención unos minutos. Luego vuelve a mirarme alzando una ceja inquisitiva.

—Lukas… —digo. Me palpita la cabeza y los pensamientos brotan sin control. «Soy la Bruja Negra. Y todo el mundo querrá matarme o someterme. Quiero decirte la verdad. Quiero confiar en ti.» Cierro los ojos y me llevo las manos a la frente. Noto la penetrante mirada de Lukas—. No sé qué hacer —transijo consciente de que la situación me supera.

Demasiado.

Lukas sigue callado.

—Tienes razón —me sincero al fin abriendo los ojos y mirando con odio hacia el auditorio del consejo—. Tengo que irme de aquí. —Vuelvo a mirarle fijamente—. Contigo.

Lukas asiente y yo sostengo su apasionada mirada sintiéndome superada por el dolor y el calor residual del gran poder que me recorre las líneas.

—Necesito unos zapatos —admito.

«Además de la habilidad de controlar un poder con el que podría destruir el mundo entero.»

Lukas me mira arqueando una ceja y observa los pies descalzos que asoman por debajo de mi falda. Me mira con incredulidad, después asiente, levanta el brazo y me lo tiende para que me agarre a él.

Una ráfaga de poder de fuego se desliza entre nosotros cuando entrelazo el brazo con el suyo y dejo resbalar la vista hasta las marcas de compromiso de Lukas, idénticas a las mías. Pero, entonces, un tirón de poder más fuerte arrastra mi vista hasta su varita.

Aprieto el puño con fuerza y reprimo la necesidad de cogerla sintiendo cómo mi poder continúa creciendo.

Respiro hondo varias veces y consigo controlar mi poder al mismo tiempo que intento seguir las grandes zancadas de Lukas.

Nos alejamos del océano y cruzamos la tenebrosa arboleda. Cuando salimos del bosque y nos acercamos a una fina hilera de pinos, me asalta la incómoda sensación de que alguien me observa.

Vuelvo la cabeza para mirar por encima del hombro y siento una punzada de pánico.

La densa arboleda de guayacos ha recuperado su brillo como si hubiera resucitado, y su resplandor luminiscente de color zafiro es incluso más potente que antes.

«Bruja Negra.»

Las palabras me rozan como un puñado de hojas secas agitadas por el viento y me doy rápidamente la vuelta con la piel de gallina. Puedo sentir el engreído desafío de los árboles, como si la arboleda estuviera haciendo una demostración de poder.

Siento un repentino tirón en mis líneas que me encoge el estómago.

Un tirón que procede de los árboles.

—Los árboles están tirando de mis líneas —le digo a Lukas.

—No pueden hacerte daño —me tranquiliza en voz baja. Se vuelve para mirar los árboles—. Yo también noto su hostilidad, pero solo es un aura. Hazla retroceder con tu fuego.

Enfadada, invoco mi fuego de afinidad y lo proyecto en una ola invisible en dirección a los árboles.

Toda la arboleda retrocede. Puedo sentirlo en mi interior, y la tensión desaparece de mis líneas.

Es como si los árboles me hubieran soltado, pero noto cómo intentan recuperar el control.

Me indigno todavía más y les lanzo otra ráfaga de llamas invisibles.

«Sé mi enemigo —le espeto al bosque—. Inténtalo. ¿Qué importancia tiene uno más? Si intentas venir a por mí, estarás jugando con fuego.»

Incluso al pensar en eso, noto cómo el poder de mi abuela se desliza por mis líneas de afinidad.

Se adapta.

Formando ramas negras, un fuego más alto, una corriente de viento más intensa, y un chorro de agua más constante.

Vuelvo a mirar la empuñadura de la varita de Lukas, embelesada y aterrorizada al mismo tiempo del abrumador deseo que siento de coger esa varita y proyectar mis poderes a través de ella.

# 8

# Portal

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Durante el camino de vuelta a casa de los Grey, Lukas guarda silencio y yo también, los dos parecemos atrapados en una silenciosa batalla interior acerca de cuánto debemos revelar, mientras, al mismo tiempo, yo peleo contra un dolor que amenaza con partirme en dos. Los haces de luz que derrama una lámpara colgada se balancean por el rostro de Lukas mientras vamos el uno sentado frente al otro en el elegante carruaje de su familia.

Él mira por la ventana como si estuviera perdido en sus propios pensamientos tormentosos, y frunce el ceño con fuerza mientras el carruaje avanza por los extensos campos de cultivo que se extienden entre la ciudad y la casa de su familia.

Advierto un serio peso en la conducta de Lukas que sofoca su habitual arrogancia. De vez en cuando me mira con los dientes apretados, y me observa como si estuviera tratando de resolver un rompecabezas especialmente irritante. Después aparta la vista mientras yo le observo con la misma confusión, destrozada por un dolor insoportable.

Y abrumada por la certeza del demoníaco poder de Vogel.

Un poder que está creciendo y pronto será imparable. Las fuerzas de Vogel están organizadas y alineadas, mientras que las fuerzas que podrían hacerle frente cada vez están más arrinconadas. Y la Resistencia parece obstinada en destruir una de sus armas más poderosas.

Yo.

Miro por la ventana y paseo la vista por un enorme campo de maíz. La luz de la luna proyecta su luz sobre los pequeños tallos creando una escena tan lúgubre como mis propias emociones.

Cuando me vuelvo hacia Lukas, me está mirando tan concentrado que me incomoda. Agacho la vista y, absorta, me paseo el dedo índice por las marcas de compromiso pensando en la absoluta permanencia de los intrincados bucles.

Son unas marcas de compromiso bonitas. De eso no hay duda.

Una preciosa jaula que me hubiera alejado para siempre de Yvan.

De pronto el carruaje se balancea.

Alargo los brazos y me apoyo en las paredes del carruaje intentando no caerme hacia delante.

Antes de tener siquiera la oportunidad de reaccionar, el coche vuelve a sacudirse, con energía, y yo me agarro con fuerza mientras el vehículo acelera y empieza a tambalearse precariamente de un lado a otro. Ahora el movimiento de las lámparas es caótico, y los haces de luz se agitan descontrolados por el interior del carruaje.

Miro a Lukas. Él también se ha apuntalado y parece tan sorprendido como yo.

El aullido aterrorizado de un hombre cruza el aire de la noche y los caballos relinchan. Lukas desenvaina la varita y mira por la ventana con rabia mientras me hace gestos para que me mantenga alejada.

Yo también miro por las ventanas con los ojos muy abiertos y analizo la oscuridad con desesperación. De pronto me asalta una horrible certeza.

—Lukas…

El carruaje vuelve a sacudirse con violencia.

Lukas alarga la mano y me coge con fuerza del brazo; me aguanta mientras los dos nos esforzamos para no perder el equilibrio; noto su cuerpo tenso mientras el carruaje se tambalea sin control y empieza a desviarse de la carretera.

Tropezamos con un bache especialmente profundo y el carruaje vuelca y aterriza de lado.

Siento una punzada de dolor cuando mi cabeza impacta contra el cristal y Lukas se cae encima de mí. La lámpara colgada se hace añicos y los cristales caen sobre nosotros; la luz se apaga.

Miro a mi alrededor aturdida mientras Lukas se levanta alejándose de mí bajo una lluvia de cristales. Me siento. Veo unas lucecitas que se acaban convirtiendo en las estrellas que veo brillar en el cielo por la ventana que tengo encima. El suelo del carruaje ha quedado a mi espalda y tengo el techo delante. El corazón me va a mil por hora. Todo está en silencio, salvo por el tintineo de los cristales rotos que van cayendo sobre nosotros.

—Han venido a por mí —digo con la garganta contraída por el miedo, y apenas capaz de distinguir a Lukas en la oscuridad.

—¿Quién ha venido a por ti?

—Una kin hoang.

Lukas me mira desconcertado. Me sujeta del brazo y los cristales salen despedidos por todas partes. Después me pone de espaldas y presiona la varita con más fuerza.

—Sujétate a mí —me ordena con aspereza—. ¡No te sueltes!

Me sujeto a su túnica mientras él levanta la varita y murmura un hechizo con los dientes apretados.

Una neblina brillante brota de la punta de la varita. Le cubre primero a él y después a mí, como si fuera una segunda piel. El escudo mágico me recubre como si fueran millones de minúsculas moscas que saltan en mi piel al tiempo que un zumbido metálico corta el aire.

La parte central del techo del carruaje estalla envuelta en una nube de serrín. Acto seguido, un destello plateado vuela hacia mi cabeza y colisiona contra mi nariz, protegida por el escudo.

Echo la cabeza hacia atrás dolorida por el impacto y cierro los ojos al recibir el golpe. El afilado objeto colisiona con el escudo de Lukas, rebota en la base del carruaje y acaba desplomándose a nuestros pies.

Se me revuelve el estómago.

«Una estrella plateada.» La estrella asesina de una mercenaria kin hoang.

Lukas se vuelve hacia mí justo cuando una cortina de estrellas atraviesa el techo del carruaje. Yo grito mientras me impactan en el pecho, la cabeza, las piernas; finalmente se clavan en la base del carruaje. Me sujeta con fuerza. Es como recibir el impacto de una roca cubierta por una manta, y cada impacto deja un nuevo y palpitante dolor. Las estrellas chocan las unas contra las otras al caer al lado del carruaje.

Y entonces todo termina. Ahora el techo del carruaje parece una loncha de queso Gruyere, llena de agujeros irregulares provocados por las estrellas asesinas.

Lukas saca la varita por el techo del coche, me coge con fuerza, se queda inmóvil, y murmura las palabras de otro hechizo.

Yo reculo cuando una explosión de fuego brota de su varita, eliminando toda visibilidad cuando las llamas nos envuelven y fluyen alrededor del escudo mágico. Es como cuando yo intenté utilizar una varita de verdad, mi desierto infernal, y los demás sonidos quedan aislados por el rugido del fuego. El brillo de las llamas me obliga a cerrar los ojos y lo envuelve todo con su calor. La pared del carruaje que tengo debajo cede y nos desplomamos a una cavidad que no puedo ver presa del calor que emana del escudo de Lukas.

Lukas me estrecha con fuerza y me agarro a él. No puedo abrir los ojos. Hay

demasiada luz.

Por detrás de los párpados veo cómo la luz roja se vuelve naranja, después amarilla y azul. Y finalmente negra.

Abro los ojos y jadeo.

Estamos en cuclillas sobre una ardiente pila de cenizas y escombros, rodeados por un perímetro de suelo chamuscado; lo único identificable es una rueda de carro negra que sigue girando patéticamente en el aire. Los caballos están muertos, tienen el cuello abierto, y también nuestro desafortunado cochero, cuyo cuerpo quemado yace tendido en el suelo chamuscado, con el cuello abierto y empapado en sangre. Me horrorizo al ver a ese pobre inocente asesinado de esa forma tan espantosa.

Oímos el ruido de unos cascos que se alejan a través de la humareda: una mujer a caballo, tanto su uniforme rúnico como su animal son negros como la noche, y cabalga por el campo de maíz que tenemos delante.

Corre hacia la luna.

Lukas me agarra del brazo con más fuerza y me ayuda a levantarme. Todavía noto el contacto del incómodo escudo pegado a la piel.

—Vamos —me ordena mientras sale en persecución de la kin hoang arrastrándome con él.

Nuestra atacante va agachada sobre el caballo y gana distancia muy deprisa, y reconozco el estilo de su oscura túnica gris marcada con las brillantes runas noi. Lleva una cinta gris atada en la cabeza y la espada rúnica asida a la espalda.

Su uniforme pertenece a las kin hoang, no hay duda de que es una de las asesinas de élite de las vu trin.

Voy tropezando con los tallos del maíz mientras me esfuerzo para seguirle el paso a Lukas, medio corriendo, medio arrastrada: los elegantes zapatos de encaje que Lukas me ha conseguido no son el mejor calzado para perseguir asesinas.

Lukas se para y, sin soltarme el brazo, alza de nuevo la varita y pronuncia las palabras de otro hechizo antes de que la jinete pueda llegar a lo alto de la colina.

De su varita brota una ráfaga de fuego dirigida directamente a la espalda de la mujer.

Justo antes de que la ráfaga de fuego la alcance, un brillante portal rúnico rodeado de runas de color zafiro aparece de la nada en lo alto de la colina, cuyo interior plateado fluye como el cristal fundido. Y por un momento oculta la luna.

La hechicera cabalga directamente hacia el portal y se deja engullir por el líquido dorado. Jinete y caballo desaparecen de nuestra vista justo cuando Lukas golpea el portal con otra ráfaga de fuego. Las llamas se enroscan y rodean el portal incendiando las plantas de maíz que lo rodean.

Lukas me suelta el brazo y corre hacia el portal maldiciendo entre dientes.

Yo miro a mi alrededor con asombro. El destrozado carruaje que hay al fondo del campo sigue humeando, y desde donde estoy puedo distinguir las siluetas de los caballos y el cochero muertos en la carretera.

Vuelvo a lamentar la muerte de aquel desconocido inocente y también de los animales.

Me vuelvo hacia Lukas, que sigue frustrado delante del brillante portal y las mazorcas en llamas.

Con la respiración acelerada, y mareada debido al trauma del ataque, me desplomo y dejo caer las manos mientras noto cómo me ceden las piernas. Tengo la cabeza llena de preguntas.

¿Las vu trin han enviado más asesinas a acabar conmigo? ¿Qué les ocurrió a Chi Nam y a mis demás aliadas vu trin? ¿Vendrá a por mí todo el ejército de las vu trin?

¿Debería decirle a Lukas quién soy?

Ahora los restos del escudo no son más que un leve zumbido en mi piel que enseguida se disipa. Cuando el escudo desaparece, vuelvo a percibir el olor acre del humo.

Sigo allí encorvada un buen rato, tratando de recuperar la respiración. Con las emociones cada vez más agitadas, me levanto la falda para comprobar si tengo los tobillos muy rasguñados, después respiro hondo, me levanto, y subo por la colina en dirección a Lukas. Me duele todo, los impactos de las estrellas, los tobillos arañados, y los latidos que siento en la cabeza y la nariz.

Cuando llego a su lado, Lukas está rodeando el portal, que está desapareciendo lentamente. Ya solo queda un escaso rastro de su forma original. Lukas pasa la mano a través de él, como si lo estuviera evaluando con admiración y frustración a partes iguales.

—Las noi tienen mucho talento para crear portales —sentencia apretando los labios.

Respira hondo y, con resignación, envaina la varita y después se saca otra varita de debajo de la túnica.

Una varita marcada con unas runas noi muy brillantes.

Alza la varita y murmura un hechizo nuevo en dirección al borroso portal. Y entonces estalla envuelto en una finísima niebla y desaparece.

Por un momento ambos nos quedamos allí, mirando el lugar donde estaba el portal.

—¿No podrías haberla utilizado antes? —le pregunto al fin advirtiendo que no es precisamente contrario a combinar distintas magias.

—No —contesta negando con la cabeza—. Era imposible abrir este portal. Y de todas formas está fuera de mi alcance. Las vu trin son muy buenas creando portales. La verdad

es que está muy bien hecho.

Me quedo mirando las marcas del suelo, las huellas que el caballo ha dejado en la tierra, la línea de huellas que va directamente desde nuestro carruaje destruido hasta donde estaba el portal, donde las marcas desaparecen de golpe.

—Elloren —dice Lukas con un tono muy controlado.

Levanto la vista y se me encoge el estómago al percibir la inconfundible intención de su tono.

Me mira fijamente.

—¿Por qué quería matarte una asesina de élite?

Abro la boca, pero no sale nada. Todavía no estoy segura de si confío lo bastante en su lealtad como para decirle la verdad, y soy incapaz de verbalizar las mentiras que me vienen a la cabeza.

Él se queda allí plantado, como si estuviera dispuesto a esperar toda la noche si fuera necesario.

Arrastro el pie hacia delante para evitar que el zapato me toque el talón, donde ya estoy notando que tengo una ampolla. Tengo la cabeza hecha un lío y soy incapaz de formar ni un pensamiento razonable.

—Quizá… ¿quizá les recuerde a mi abuela? —consigo decir al fin.

Lukas piensa en lo que le he dicho mientras sigue clavándome la mirada.

—Elloren —repite como si se estuviera esforzando mucho por no perder las formas—, ¿cuánto hace que sabes que te buscan las kin hoang?

Vacilo pensando en lo absurdo que ha sido no decírselo.

—Hace unos días.

Lukas mira hacia el cielo como si estuviera pidiendo fuerzas para no perder la compostura antes de volver a mirarme.

—Quizá en adelante esa sea una de las primeras cosas que debas decirme. Justo después de saludar.

Yo asiento agradecida y con la cabeza todavía dolorida debido al golpe que me he dado contra la pared del carruaje.

—¿Te persigue alguien más? —pregunta—. ¿Asesinos de cualquier clase? ¿Lo que sea?

—No lo sé —admito.

Guardo silencio y él aprieta los dientes mientras me mira. Soy muy consciente de que sabe que hay muchas cosas que no le estoy diciendo.

Lukas suspira y se masajea el puente de la nariz. Después vuelve a envainar la varita marcada con runas bajo su túnica y me mira detenidamente.

—Ven —dice al fin haciéndome señas para que vuelva a seguirlo hasta la carretera—.

Esta es una carretera principal. Requisaremos el primer carruaje que aparezca y te asignaremos la debida guardia.

# 9

# Cautiva

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

No tarda mucho en aparecer otro carruaje y acabo sentada delante de una pareja de ancianos gardnerianos que me miran con evidente reserva durante el viaje de vuelta a Valgard. Lukas va sentado fuera con el cochero, desde donde puede vigilar, varita en mano.

Mientras el carruaje avanza, la abrumadora conmoción que me embargaba al principio da paso a la asfixiante certeza de que no viviré para ver un nuevo día.

Me agarro al olmo escarlata de mi asiento tratando de reprimir el temblor que se ha adueñado de mí mientras trato de poner orden en mis pensamientos. En el fondo de mi mente aparece la imagen del árbol del que ha salido la madera: hojas dentadas y un tronco lleno de surcos. Pero la preciosa imagen solo consigue borrar parte de mi miedo.

Al poco me apeo delante de un puesto militar en las afueras de Valgard tratando de caminar con las piernas temblorosas.

El cuartel está iluminado por antorchas sostenidas sobre largos mástiles metálicos, y el lugar está compuesto de una colección de estructuras oscuras con paredes hechas de troncos de guayaco, cuyas ramas retorcidas se entrelazan en el tejado. Justo enfrente hay un vigiladísimo edificio en forma de árbol. Ese edificio es mayor que los otros y luce la bandera gardneriana en lo alto, que ondea azotada por la cálida brisa de la noche.

Lukas avanza hacia ese edificio central. El titilante brillo ambarino de las antorchas ilumina su alta figura mientras él se enfrasca en una conversación con un mago de nivel cinco que ha salido a recibirnos y que luce en el uniforme la insignia que lo identifica como capitán.

El capitán asiente con seriedad mientras Lukas le explica una versión un tanto alterada de lo ocurrido. En esta nueva versión, la hechicera kin hoang asesinó

brutalmente al cochero y a los caballos, y después intentó atacar a Lukas. Al darse cuenta de que él era superior, la hechicera se marchó y huyó por un portal rúnico. Justo antes de escapar amenazó diciendo que no solo volvería a por Lukas, sino también a por mí, su prometida.

Relata la historia con mucha tranquilidad, y el soldado la acepta sin dudar asintiendo con seriedad y murmurando con asombro. Me alivia y me sorprende al mismo tiempo que Lukas pueda mentir tan bien a los demás.

El capitán se vuelve hacia el centinela y recita una lista de nombres de soldados. El centinela se marcha decidido. Enseguida regresa flanqueado por un pequeño contingente de jóvenes magos, entre ellos Thierren, siempre tan serio.

Thierren me mira un segundo con un destello de cautela en los ojos que me revuelve todavía más las emociones.

La mayoría de los jóvenes soldados asienten con solemne deferencia cuando Lukas les da sus firmes órdenes. Thierren se limita a escuchar con el rostro impasible hasta que le veo intercambiar una ardiente mirada cómplice con Lukas.

Me pregunto por la naturaleza de la evidente alianza entre Lukas y Thierren mientras aguardo entre las sombras de la noche con las mangas bajadas para ocultar mis antebrazos. Ya no puedo escuchar todo lo que dice Lukas debido al traqueteo del carruaje de nuestros salvadores al marcharse, y la aparición de uno nuevo, que llega seguido de más soldados a caballo. Del edificio principal salen seis soldados más, dos de ellos ataviados con capas negras con las cinco franjas plateadas de la élite maga.

Todos se dirigen a Lukas con decidida cadencia.

Un joven soldado inexpresivo se presenta ante mí ocultándome momentáneamente la visión de Lukas.

—Su carruaje, maga Gardner —me indica con firme insistencia mientras me hace gestos para que le siga hasta el coche que acaba de llegar.

Vacilo con el corazón acelerado mientras miro a Lukas para asegurarme de que subir a ese carruaje no me va a poner en más peligro.

Él me mira un momento y hace un gesto con la cabeza en dirección al vehículo: el mensaje está claro:

«Sí, sube».

Accedo y agacho la cabeza para seguir al joven soldado con la esperanza de que las sombras de la noche ocultarán el cardenal que me palpita entre los ojos. Al levantar la vista advierto que el nuevo carruaje no lo va a conducir un civil, sino dos soldados más, y que el coche luce la cresta de la guardia de magos.

Mientras me acompañan a la puerta del carruaje llegan más soldados a caballo. Caigo

presa del pánico al darme cuenta de que hay una fina línea que divide mi posición como aristócrata protegida y la de prisionera militar.

«¿Sospecharán estos soldados quién soy? ¿Adónde me van a llevar? ¿Lukas controla del todo la situación?»

Subo al coche y me acomodo en un asiento tapizado con terciopelo tensándome al escuchar el clic de la puerta al cerrarse, y aprieto y abro los puños en un fútil intento por relajarme.

Me sobresalto cuando la puerta se abre de golpe.

Lukas sube al carruaje y toma asiento delante de mí. Después cierra la puerta y me mira.

Se me atenaza la garganta.

—¿No vas a ir ahí? —le pregunto haciendo gestos hacia el exterior del carruaje—. ¿Para vigilar?

—No —dice con una expresión desafiante—. Tenemos que hablar.

El carruaje da un tirón hacia delante y enseguida nos rodean un montón de soldados a caballo. Thierren y los dos soldados de nivel cinco ataviados con capa están entre ellos, y puedo verlos de vez en cuando por las ventanas del coche.

—¿Todavía vamos a casa de tus padres? —le pregunto muy nerviosa.

Lukas ladea la cabeza y analiza mi cautelosa conducta.

—Sí.

Me lanza una mirada que dice: «¿Por qué? ¿Deberíamos ir a alguna otra parte?». Después alarga una mano y corre una de las cortinas, y después la otra.

Trago saliva.

Lukas se recuesta en el respaldo del asiento y roza con una mano la empuñadura de la varita envainada.

—Tu nariz —me dice señalándose el puente de la suya—, tienes un cardenal.

Yo me llevo la mano a la nariz. La tengo dolorida, pero no tanto como el resto del cuerpo.

—Vuelve a explicarme por qué la élite de asesinas vu trin quiere matarte —insiste.

Me lo quedo mirando presa del pánico y abro la boca preparándome para confesar una verdad que podría cambiar el mundo. Pero entonces recuerdo la severa advertencia de Ni Vin y me entran las dudas.

Lukas parece ser enemigo de Marcus Vogel, eso está claro, y sí que creo que es mi amigo y mi aliado. Pero también parece muy encantado en el ejército gardneriano.

Y que le guste mucho ser gardneriano.

Y no permitiré que me utilice como arma ninguna facción del ejército gardneriano con

motivos cuestionables.

Yo lucharé para la Resistencia y solo para la Resistencia.

Dejo caer la cabeza sobre las manos. Me froto los ojos y el golpe que tengo en la cabeza mientras pienso en lo mucho que me gustaría tener un portal mágico que me llevara hasta mis hermanos.

—Me he dado un buen golpe en la cabeza, Lukas —me lamento con el corazón acelerado y desesperada por desviar su atención hasta que pueda descubrir más cosas sobre sus intereses. Le miro de reojo para comprobar si he despertado su compasión.

Lukas parece impasible y sigue clavándome los ojos.

Bajo las manos para agarrarme al asiento sintiéndome como una hormiga atrapada bajo la punta de un palo. Encuentro instintivamente la madera que asoma por la orilla del asiento, justo por debajo del cojín de terciopelo negro. La rasco con la uña.

«Pino plateado.»

Suave y endeble. Y barata. Todo el carruaje es de poca calidad, no tiene nada que ver con el elegante carruaje de la familia de Lukas, con su madera todavía más elegante. Se me cuelan algunas astillas de pino por debajo de las uñas.

«Uniforme y porosa.»

Ligera como la brisa de la primavera y salpicada de diminutos recovecos que poder llenar de poder.

Pequeñas chispas de magia invisible brillan bajo mis uñas, suben por mi brazo, atraviesan mi miedo y mi dolor, la sensación me recuerda a la luna brillando sobre el agua, e invita al poder a acercarse a mis manos, trepar por mis dedos y deslizarse por mis líneas. Mi temblor nervioso se serena, los latidos que sentía por todo el cuerpo desaparecen cuando los poderes de fuego y tierra empiezan a chisporrotear en mi interior. Me muerdo el interior de la mejilla y flexiono los dedos tratando de ocultar el efecto que me está provocando la madera, sintiéndome tan expuesta como si tuviera diez varitas saliendo de mis uñas.

—Les has mentido a los soldados —digo esforzándome por ignorar las chispas.

Lukas medita sobre lo que he dicho y frunce el ceño pensativo.

—Si los gardnerianos descubren que las kin hoang han venido a matarte, sospecharán del poder que ellas puedan haber percibido en ti. Y te llevarán de inmediato ante Vogel.

Me mira las manos y yo dejo de apretar los puños al darme cuenta de lo raro que debe de parecer que no deje de hacer eso. Y las conclusiones que se podría sacar de ello.

—Eres gardneriano, Lukas —le recuerdo aprovechando para intentar descubrir si sigue aliado con Gardneria a pesar de no estar del lado de Vogel. Está hablando de los

gardnerianos como si fueran un grupo que él frecuenta desde la periferia, cosa que me da esperanza.

Pero no me está escuchando. Me está observando con una idea en la cabeza.

—Te voy a hacer un examen de varita.

El poder vuelve a trepar por mis dedos, es como una rama de pino prendiéndose fuego. Puedo sentir toda la estructura del carruaje a la vez, incluso las ruedas… noto cómo se deslizan por la áspera carretera.

—Es una pérdida de tiempo —me burlo con el corazón desbocado—. Ya me han hecho el examen de varita varias veces.

«En una ocasión lo hizo mi tío, que enseguida descubrió que su sobrina de tres años era la Bruja Negra y decidió esconderla; otra vez en la universidad, con una varita bloqueada; otra de las veces con Yvan, cuando quemé un bosque entero. Y por fin con las hechiceras vu trin, que ahora quieren matarme.»

Lukas me clava los ojos.

—Dame la mano derecha —insiste tendiéndome la suya.

—¿Por qué?

Me llevo la mano al regazo con actitud protectora para tratar de acallar el chispeante poder.

Lukas sigue extendiendo la mano.

Le miro la mano sabiendo que si me niego solo alimentaré sus sospechas. Reticente, le tiendo la mano abrumada por la certeza de que me estoy dejando arrastrar por una profunda e ineludible corriente.

Lukas me coge la mano y me levanta la manga del vestido con delicadeza.

Tengo el brazo cubierto de los cardenales que me han dejado las estrellas de la asesina.

—Estaba decidida a matarte —comenta con un tono un tanto asombrado mientras me gira el brazo para inspeccionarlo bien.

—¿Tú crees? —espeto nerviosa—. Pensaba que solo era una advertencia. No parecía muy convencida.

Lukas me mira y frunce los labios, como si burlarse de un intento de asesinato fuera de mal gusto, y después sigue inspeccionándome el brazo mientras, muy concentrado, piensa en algo.

—Puedo sentirlo. —Desliza la mano por mi muñeca y pasea el pulgar por la palma de mi mano. El contacto va dejando un reguero de pequeñas chispas que me ponen todavía más nerviosa—. El poder está justo debajo de tu piel —murmura—. Más que antes. Mucho más.

Yo aparto la mano mientras intento encontrar una forma de contener la verdad.

—Mi tío me hizo un examen de varita —insisto obviando la parte de la gran explosión —. También me lo hicieron en la universidad. Y… probé una varita mientras estaba fuera. Y siempre obtuve el mismo resultado. No quiero someterme a más exámenes.

Frunce el ceño con curiosidad.

—Entonces ¿has vuelto como espía?

—¿Qué? —espeto—. ¿Para la misma gente que intenta matarme?

—Dímelo, Elloren.

—He venido buscando protección —insisto.

Lukas vuelve a recostarse en el asiento.

—Yo apostaría a que has vuelto buscando mucho más que eso. —Su decidida mirada es extraordinaria—. Creo que has vuelto buscando información.

Se mete la mano en la túnica, saca la piedra rúnica azul de Chi Nam y me la tiende para que pueda verla.

El pánico se apodera de mí. Me llevo la mano al bolsillo sin pensar y palidezco al descubrir que está vacío.

Lukas esboza una sonrisa oscura:

—¿Has perdido algo?

«No lo sé. Jamás la había visto.» Las mentiras se me pegan a la garganta, atrapadas como peces en una red.

Él sonríe con más ganas. Ladea la cabeza y sostiene la piedra con despreocupación con la mano apoyada sobre el muslo.

—¿Te dijo Chi Nam que nos conocemos? —Hace girar la piedra entre los dedos—. Llevamos entrenando juntos muchos años. Es como jugar al gato y al ratón.

—¿Quién es el ratón? —pregunto nerviosa.

Lukas se ríe y esboza una sonrisa astuta.

—Vamos cambiando. —Entorna los ojos con actitud reflexiva—. Si Chi Nam te quisiera muerta, ya estarías muerta. Así que debes de gozar de sus favores por algún motivo. No te habría dado esto de no ser así. —Frota la piedra tratando de activarla—. Y, sin embargo, su pueblo quiere matarte. Qué interesante.

—No todas —espeto cada vez más apremiada por la necesidad de ser sincera con él—. Quizá solo… solo la que vino a por mí…

—Y esa ha venido a por ti porque… —insiste.

Me muerdo el labio tratando de reprimir la verdad. Las astillas de madera que tengo bajo las uñas están proyectando pequeñas espirales de energía hacia mis muñecas. La

necesidad casi irresistible de decírselo todo es como una avalancha tratando de liberarse.

Lukas me observa durante un largo y agónico rato mientras va haciendo girar la piedra en la mano. Después, cuando parece haber resuelto el misterio, aprieta la piedra con fuerza y se inclina hacia delante clavándome sus ojos verdes.

—Esto es lo que yo pienso. Creo que trabajas para la Resistencia y que te has aliado con las vu trin. Pero de alguna forma han percibido el creciente poder de tus líneas. Un poder que podrías pasar a tus hijos, provocando así otra crisis con otra Bruja Negra. Quizá hayan valorado la idea de matarte. —Guarda silencio un momento esperando una reacción—. Pero Chi Nam se lo pensó mejor, ¿verdad? Te está dejando vivir porque quiere algo. —Parece tomarse mi obstinado silencio como una afirmación y se recuesta con satisfacción—. En cualquier caso, por lo menos hay una hechicera que se sintió alarmada por el poder que llevas dentro. Lo suficiente alarmada como para ir en contra de los deseos de Chi Nam.

Hago tamborilear los dedos mientras me debato interiormente. Si no le digo la verdad a Lukas, seré más vulnerable a futuros ataques. «Y quizá Damion sospeche quién soy.» Pero decirle la verdad a Lukas sería igual de peligroso si sigue aliado con los gardnerianos de alguna forma. Una parte de mí quiere aferrarse a él y no soltarlo. Otra parte quiere arrancarle la piedra rúnica de la mano, bajar del carruaje de un salto y huir.

—¿Irías tras ella? —le pregunto—. De la hechicera que escapó cruzando el portal.

Lukas niega con la cabeza.

—No tengo ni idea de adónde conduce ese portal. E imagino que ya recibiría el castigo de su propio pueblo si de verdad fue en contra de las órdenes de Chi Nam. Las decisiones de Chi Nam tienen bastante peso. —Hace rodar la piedra hasta las puntas de sus dedos y después se la acerca a los ojos, arrastrando mi mirada también—. Elloren, ¿por qué te dio esta piedra rúnica Chi Nam?

«Rodea la verdad, Elloren. Deja que se crea su propia versión de los hechos.»

—Chi Nam me la dio… por si me encontraba en apuros. Para ayudarme…

—No —me corta negando con la cabeza—. Chi Nam no hace obras de caridad. Es una despiadada defensora de su pueblo. —Se mete la piedra en el bolsillo y se inclina hacia delante poniéndose serio—. ¿Qué quería que averiguaras al enviarte aquí?

Me muerdo la cara interior de la mejilla tratando de contener la respuesta, pero se me escapa antes de poder reprimirme.

—¿Qué es lo que mató a los lupinos, Lukas? Es esa varita, ¿verdad? La varita negra de Vogel.

Silencio.

La pregunta se queda suspendida en el aire entre nosotros, oscura y terrible.

La engreída mirada de Lukas ha desaparecido, y sus ojos son duros como la piedra. Y hay algo más en su mirada que me provoca mucha inquietud: miedo.

—Esa varita… —Lukas me mira a los ojos—, esa varita es la más poderosa que he visto jamás. Sí, creo que tuvo algo que ver con la masacre de los lupinos.

Noto cómo un escalofrío me resbala por la espalda al recordar el efecto paralizante que tiene sobre mí la varita de Vogel. La repentina destrucción del pueblo de Diana, la masacre de todos los lupinos en una sola noche, provocó unas ondas de expansión que llegaron a todos los reinos. El poder de esa varita es monstruoso, tanto que incluso Lukas le tiene miedo.

—Me dijiste que no estabas aliado con Vogel —le digo inclinándome también hacia él y adoptando un tono de voz más serio al tiempo que le clavo los ojos. Después miro la esfera de Erthia que lleva en el pecho—. Y, sin embargo, aquí estás, luciendo el uniforme militar gardneriano después de haber supervisado la anexión de Celtania. Lukas, tengo que saberlo. ¿Todavía estás aliado con los gardnerianos de alguna forma?

Lukas se retira apretando los labios como si ahora fuera él quien se estuviera esforzando para ocultarme la verdad.

—¿Qué me estás escondiendo? —le presiono.

Pasamos por encima de un bache y la lámpara del carruaje se balancea. Por un momento nos quedamos los dos rígidos mirándonos a los ojos. Lukas descorre un poco la cortina y mira fuera. Cuando parece convencerse de que todo va bien vuelve a correr la cortina y se inclina hacia mí.

—No, Elloren —dice con sequedad—. No estoy aliado con Vogel ni con los gardnerianos. Llevo un tiempo tratando de descifrar las complejas defensas de las que se rodea Vogel. Para poder matarlo. Y acabo de empezar a reclutar magos de alto nivel que puedan trabajar para las vu trin en el caso de que consigamos derrocar al gobierno gardneriano.

Me lo quedo mirando asombrada y muy aliviada. Porque sé que lo que dice es verdad, pues Lukas y yo somos incapaces de mentirnos.

—Te toca —me desafía mirándome a los ojos—. Explícame exactamente lo que está pasando con tu poder.

Se me seca la garganta y la noto apretada.

—Ha crecido —admito con un susurro ronco apenas suficiente para verbalizar la abrumadora verdad que pelea por liberarse—. Más de lo que crees.

—Pues demuéstramelo —me dice.

Me retiro un poco al oír eso.

—¿A qué te refieres?

—Bésame —me dice con aspereza.

Abro los ojos abrumada por la confusión, además de sentir un instantáneo rechazo ante la idea de traicionar la memoria de Yvan de un modo tan clamoroso.

Pero no hay nada sugestivo en el tono de Lukas.

Es un desafío. Una indicación. Y de pronto entiendo perfectamente lo que me está pidiendo.

—Puedo saber el alcance exacto de tu poder con un beso —dice—. Ya lo sabes. Es la mejor forma. Dame un beso, Elloren. Enséñame lo que escondes en tu interior. Enséñame exactamente qué es lo que asustó a las hechiceras.

Noto cómo palidezco por la aprensión. El poder que se está internando en mis líneas procedente de la madera que tengo bajo las uñas empieza a aturdirme.

«Enséñaselo, Elloren. No está aliado con Vogel ni con los gardnerianos. E Yvan querría que vivieras y que estuvieras protegida. Deja que Lukas sienta todo tu poder. Solo tendrás que darle un beso para que lo vea.»

—Tengo más poder que mi abuela —le advierto mirándole a los ojos al tiempo que se me atenaza la garganta y se me acelera el corazón como si me estuviera preparando para lanzarme en picado desde un acantilado.

Lukas entorna más los ojos. Se desliza un poco más hacia delante y apoya la mano en mi nuca.

—Elloren —dice ahora con más delicadeza y con una mirada compasiva—, enséñamelo.

Levanto el brazo para tocarle la cara con la mano temblorosa.

En cuanto mis dedos entran en contacto con la piel de su mejilla, las astillas que tengo debajo de las uñas chispean en respuesta al poder de fuego de Lukas, y la madera me sensibiliza toda la mano. Puedo sentir todas y cada una de las líneas de poder de Lukas justo por debajo de su piel.

Fuego, tierra, aire, y una pequeña línea de agua.

Nuestros poderes encajan a la perfección, línea a línea.

Por el brazo me desfila una sinuosa hilera de chispas de mi poder invisible, que se van encendiendo al salir por las yemas de mis dedos para internarse en Lukas. Mi poder colisiona con el suyo en una ardiente y explosiva ráfaga, y siento un torbellino de poder oscuro que me atraviesa.

Abrumada por la sensación, hago ademán de apartar la mano, pero Lukas me coge de la muñeca y me obliga a seguir tocándole la piel. Cada vez tiene los ojos más abiertos.

—Hay fuego en tu piel —dice con la voz ronca—. Es como una antorcha.

Con aspecto de estar muy asombrado, Lukas se lleva mi mano a los labios y me besa la palma decorada con las marcas de compromiso, como si quisiera percibir algo en ella, y después la vuelve a dejar sobre la mejilla.

Mi poder vuelve a dar un fuerte tirón y me recorre otra ráfaga de magia que se abalanza hacia Lukas extendiéndose por la piel de su mejilla. De pronto la palma de mi mano se funde con él y adopta un brillo ardiente mientras nuestras líneas intentan fusionarse y entrelazarse las unas con las otras.

Me resulta imposible resistirme a la intensa atracción de su poder, ocultar el repentino deseo de mis líneas y la salvaje atracción de nuestras afinidades idénticas, que arden a través de mi dolor y mi miedo.

Y ya solo queda la magia.

—Antes tu fuego solo estaba presente en tus besos. —En la voz de Lukas puedo percibir el deseo que también hay en él de sentir mi poder—. Ahora lo tienes por todas partes.

Nos miramos fijamente mientras yo intento controlar el siniestro poder que quiere fusionarse con el suyo con tanta desesperación. Que tira con fuerza hacia sus líneas.

Lukas se acerca y posa sus labios en los míos.

Cuando mi poder destructor fluye hacia el suyo, jadeo pegada a su boca. Mi magia se fusiona enseguida con él y aumenta hasta convertirse en una ola de intenso poder que me obliga a cerrar los ojos y me atraviesa de pies a cabeza.

Lukas se retira un poco.

—Ponme la otra mano en la piel —dice con la voz entrecortada mientras me sujeta por ambos lados de la falda para acercarme a él.

Yo deslizo la mano por su cuello y noto otra descontrolada ráfaga de poder fluyendo a toda velocidad hacia él.

Lukas me besa con fuerza y la sensación de nuestros poderes fusionándose es sorprendente y arrolladora. En cierto sentido, y aunque lo oiga enterrado en un rincón muy recóndito de mi mente, sé que estamos cruzando demasiadas líneas peligrosas, y que lo estamos haciendo demasiado rápido, pero el fuego hace que me resulte imposible frenar.

La espiral de fuego que nos engulle crece y es delirantemente caliente. Nuestras líneas de afinidad encajan con una fuerza imparable. Fuego contra fuego. Ramas que se entrelazan. Aire que se une a una ráfaga tormentosa para alimentar las llamas. Nuestros poderes combinados acarician todas nuestras líneas y resulta imposible resistirse a él.

Lukas me estrecha con más fuerza. Yo jadeo notando cómo todo se estremece y se torna carmesí. El fuego está por todas partes, me atraviesa a mí, lo atraviesa a él, oigo un

rugido en los oídos que bloquea todo el sonido, y noto cómo a él se le tensan todos los músculos del cuerpo al tiempo que siento su grave rugido en mi boca. Ya no existe nada más que nuestros fuegos combinados, el resto del mundo ha desaparecido.

Aparto las manos de la piel de Lukas completamente abrumada, y el fuego se desvanece lo suficiente como para que ambos nos demos cuenta de que el carruaje se ha detenido.

Dejamos de besarnos y nos volvemos justo cuando Oralyyr abre la puerta; la seria sirvienta urisca de los Grey nos mira muy asombrada.

Me quedo de piedra cuando mi mente asimila la imagen que veo a su espalda.

Justo detrás de Oralyyr está el Gran Mago Marcus Vogel con sus ojos de color verde serpentina clavados en Lukas, y con la varita negra envainada al costado.

Siento una punzada de terror.

Vogel está acompañado del padre de Lukas, un joven sacerdote y un numeroso contingente de magos de nivel cinco. Y detrás de ellos veo todavía más soldados.

El Gran Mago me mira por un segundo y la imagen de su sombrío árbol muerto me viene a la cabeza.

—Enhorabuena, comandante Grey —dice Vogel volviendo a posar en Lukas su reptiliana mirada—. Parece que has provocado una guerra.

Lukas me mira y yo me aparto de él tratando, desesperada, de hacer desaparecer la imagen del árbol muerto. Baja del carruaje con cautela y yo le sigo con el corazón acelerado. Miro a mi alrededor mientras Lukas evalúa la situación: el número de soldados, la severa expresión de su padre, y la sorprendente presencia de Vogel. Nadie se atreve a hacer ni un comentario sobre nuestro aspecto desaseado, y de pronto me asalta la sensación de que la mano de alguna criatura maligna está a punto de apoderarse de mí.

—Hemos sido atacados por una kin hoang —le dice Lukas a Vogel sin dejar de mirar a su alrededor con actitud vigilante mientras explica la versión falsa de los hechos. Lukas se saca la piedra rúnica de Chi Nam del bolsillo y se la tiende a Vogel para que pueda inspeccionarla—. Sospecho que estaba buscando esto.

Vogel coge la pequeña piedra rúnica y la hace girar en la mano antes de clavar su penetrante mirada en Lukas.

—Parece demasiado sacrificar una vu trin por un premio tan pequeño.

Lukas alza las cejas como confuso.

—Solo había una kin hoang. No un ejército.

Vogel se limita a mirarlo. Lukas se vuelve hacia su padre para que le aclare lo que está ocurriendo, pero Lachlan Grey está fulminando a su hijo con la mirada.

El joven y delgado sacerdote que hay a la izquierda de Lachlan lo mira con desdén. Viste una túnica muy elegante, y tiene los mismos ojos verdes que Lukas.

—¿A qué estás jugando, Lukas? —le pregunta.

A estas alturas, Lukas ya ha vuelto a recuperar su habitual expresión de calma impenetrable. Se vuelve hacia mí y gesticula con despreocupación hacia el joven sacerdote.

—Elloren, me parece que no has tenido el placer de conocer a mi hermano Silvern.

Este ignora los cumplidos de Lukas.

—Has sido atacado por una kin hoang —espeta—, cosa que en Gardneria es el equivalente a una declaración de guerra sin cuartel, ¿y así es como reaccionas?

Tiende la mano hacia mí como si yo fuera el origen de todos los problemas y desgracias de su ilustre familia.

—Escapó por un portal, Silvern —contesta Lukas como si estuviera hablando con un necio—. No había mucho que hacer al respecto en ese momento.

Por un instante da la impresión de que Silvern pierde la capacidad de hablar y que todas las palabras se le amontonan en la garganta amenazando con estallar.

—Han asaltado una parte de nuestro contingente del este —dice Lachlan muy serio.

La cautelosa calma de Lukas desaparece un momento.

—¿Quién?

—Las vu trin —contesta su padre—. Han aniquilado la base que teníamos apostada en la cordillera del Paso del Este. Y ahora se están agrupando cerca del paso y se están preparando para el siguiente movimiento. Tienen dragones.

Me quedo de piedra.

«Un ejército. Están mandando un ejército a por mí.»

Vogel ladea la cabeza sin dejar de mirar a Lukas.

Un pánico horrible se apodera de mí. Pienso en pequeñas víboras del desierto. Vogel tiene la misma mirada: rápida, mortal y completamente desprovista de piedad.

—Acabamos de detener un contingente bastante numeroso de kin hoang que se dirigían a vuestro carruaje —le dice Vogel a Lukas con un tono de voz suave como una cuchilla—. Llevaban planos de la casa de tu familia. Y tenían archivos con todos los detalles de tu comandancia y tus viajes. —Le clava los ojos—. Así que, comandante Grey, todo ello nos conduce a una única evidente pregunta: ¿qué puedes tener, aparte de esta única piedra rúnica, que puedan querer las vu trin?

El mundo adopta un aire onírico y todo lo que nos rodea retrocede. Lukas vuelve la cabeza para mirarme un segundo y cada parpadeo es una ola de profunda comprensión que lo engulle mientras me observa con una urgencia feroz.

«Lo sabe. Lukas lo sabe. Sabe que soy la Bruja Negra.»

Cuando todo vuelve a su sitio no hay tiempo de reaccionar.

Cuando se vuelve hacia Vogel, el rostro de Lukas se transforma en una máscara impasible.

—No lo sé, excelencia.

Yo me encojo por dentro, como un ratón acorralado contra una pared observando cómo van apareciendo los gatos, sabiendo que solo es cuestión de tiempo antes de que muestren un gran interés por mí.

—Una cosa es jugar a juegos de guerra con Chi Nam —le dice Vogel a Lukas—. Y otra muy distinta es organizar un ataque arbitrario. ¿Cuándo pensabas informar acerca de la piedra rúnica robada?

Lukas aprieta los dientes.

—Cuando fuera relevante.

Por la mirada gélida de Vogel queda claro que es exactamente la respuesta equivocada. Se vuelve hacia su padre.

—Envía a la cuarta división a proteger el paso. —Vuelve a clavarle los ojos a Lukas—. Comandante Grey, tienes que acompañarme a la base de Valgard. Tenemos muchas cosas de las que hablar.

Los guardias de Vogel nos rodean.

Lukas le hace una respetuosa reverencia.

—Claro, excelencia. ¿Puedo pedirle que me dé un momento para organizar la protección de mi prometida?

El Gran Mago vuelve a clavarme sus ojos de serpiente y unas sombras serpenteantes brotan hacia mis líneas. Yo me pongo tensa; estoy clavada en mi sitio y soy incapaz siquiera de respirar. No consigo apartar los ojos de la varita negra que Vogel lleva envainada al costado; apoya el puño sobre ella con despreocupación. Se vuelve hacia Lukas y el hechizo se rompe, el aire vuelve a mis pulmones, mi cuerpo queda libre y Vogel asiente.

Lukas se acerca a Thierren, que aguarda a un lado con el resto de los guardias que nos han acompañado hasta allí. Le da una serie de instrucciones que solo consigo distinguir a medias mientras el Gran Mago los observa con una intensidad maléfica.

Lukas y Thierren conversan durante algunos minutos más mientras los demás soldados, Lachlan Grey y el sacerdote Silvern también hablan en voz baja. El padre de Lukas le hace una pregunta a Vogel atrayendo su serpentina mirada.

Lukas parece aprovechar la distracción de Vogel y vuelve a acercarse a mí lanzando una rápida mirada al Gran Mago.

—Volveré a buscarte cuando pueda —afirma con una expresión y un tono extrañamente formales. Me da un tenso abrazo y un beso de despedida.

Cuando sus labios me tocan la mejilla, me agarra del brazo con fuerza.

—Tu poder —me sisea al oído para que nadie pueda oírlo—. ¿A cuánto puedes acceder?

Yo espeto la respuesta aterrorizada.

—A todo.

Lukas se retira. Y cuando me mira a los ojos me horroriza ver miedo en ellos. Miedo por mí. Vuelve a acercarse y, agarrándome el brazo con más fuerza, susurra:

—No se lo digas a nadie.

Me siento incapaz de respirar, pero me esfuerzo por asentir. Noto cómo está intentando transmitirme una extrema sensación de peligro con la mirada.

Los guardias de nivel cinco de Vogel se acercan a nosotros y aguardan a que Lukas los siga.

Él me suelta el brazo y me lanza una última e intensa mirada. Me asusta lo mucho que vacila antes de irse. Sin él soy increíblemente vulnerable. Pero no hay elección. No con Vogel esperando.

Lukas oculta sus sentimientos y se despide de mí inclinando la cabeza.

Y se marcha.

# 10

# Órdenes

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

«Escapar.»

Es lo único en lo que pienso mientras observo las recias espaldas de los guardias apostados tras los ventanales de mi habitación.

La ansiedad me constriñe el pecho.

Más soldados a caballo se acercan a los guardias que hay fuera. Me doy la vuelta y contemplo la robusta puerta de guayaco del dormitorio, sé que hay dos soldados más apostados justo en la entrada.

«Una trampa que nos ha atrapado a Lukas y a mí.»

Me viene a la cabeza una imagen de la maléfica varita negra de Vogel además del recuerdo de sus aterradores poderes. Unos poderes con los que me consumirá si descubre quién soy.

Pero entonces aparece la imagen de otra varita, una varita capaz de proyectar la imagen de un árbol brillante que podría destruir el árbol negro de Vogel.

Una varita que tengo yo.

La varita blanca.

Escondida tras el lateral de la cama, me arrodillo y saco la varita de la profecía del forro de mi bolsa de viaje. La luz de las antorchas y de la estufa de leña me ilumina mientras voy separando, con las manos temblorosas, los pliegues del pañuelo en el que está envuelta la varita. A pesar de que la habilidad de la varita para canalizar el poder se quedó inactiva la última vez que la probó Trystan, el poder brinca por mis líneas en cuanto la veo, y da fuertes tirones hacia la pálida empuñadura.

Me muero por tocarla, y voy con mucho cuidado para que la madera en espiral no entre en contacto con la piel de mi mano. Me la quedo mirando casi hipnotizada. Su

madera es tan hermosa... Es de color perla y proyecta un ligero brillo.

Como si tuviera una estrella guía en sus brillantes profundidades.

De pronto me embarga la sensación de que la varita me está mirando y siento un escalofrío en las líneas.

Sin previo aviso, la imagen de unos pájaros blancos me viene a los ojos, después veo un árbol negro y a continuación un destello de luz brillante: las imágenes se suceden las unas a las otras. Echo la cabeza hacia atrás empujada por la ráfaga de energía que me atraviesa, y me embarga la repentina e innata sensación de lo importante que es que tenga cerca esta varita.

Y que no deje que Vogel le ponga las manos encima.

Con el corazón acelerado, envuelvo la varita con el pañuelo, me la meto en el lateral de la bota y la oculto bajo la falda.

Mi sensación de peligro aumenta y cada vez tengo más ganas de pegar las manos a toda la madera que veo y proyectar un infierno de fuego.

Aprieto el puño, me siento en una de las sillas tapizadas que hay junto a la estufa de leña y me saco las astillas de pino de debajo de las uñas. Después me inclino hacia delante y me presiono los ojos con las manos respirando con dificultad y tratando de no perder el control.

«Tranquilízate, Elloren. Tienes que ser fuerte. ¿Qué querrían tus hermanos que hicieras? ¿Qué querrían que hicieras todas las personas que te quieren?»

La feroz imagen de Diana Ulrich me viene a la cabeza, mi hermana lupina siempre se muestra valiente ante cualquier peligro. Me aferro al recuerdo de la inquebrantable valentía de Diana mientras mi respiración se va normalizando y mi corazón va adoptando un ritmo más normal.

Cuando he conseguido aplacar un poco mi salvaje necesidad de tocar madera, me siento bien, me apoyo la mano derecha sobre la rodilla con la palma hacia arriba y observo mis marcas de compromiso.

Me vuelvo un segundo hacia los guardias que están apostados en los ventanales.

«Si Lukas no vuelve, puedo salir por la ventana, agacharme por entre los arbustos y escapar. Y me cogerán.»

Aprieto el puño con fuerza; estoy desesperada.

«¿Vogel te mandará a buscarme, Lukas? ¿Qué voy a hacer si te ha mandado a algún lugar lejos de aquí?

»Me escaparé, eso es lo que haré.

»¡Ja! ¡Siempre que las vu trin no me maten primero! Y si no lo consiguen, los gardnerianos no tardarán en descubrir que las vu trin no van a por Lukas... Van a por

mí.»

Me quedo allí sentada, enfrascada en un tira y afloja conmigo misma, cuando el ruido de una puerta abriéndose se cuela en mis pensamientos y se me acelera el pulso.

Oigo unas fuertes pisadas en la sala de estar contigua a mi dormitorio y me levanto rápidamente de la silla para acercarme a hurtadillas a la puerta de la estancia.

La inflexible voz de Lachlan espeta:

—Podéis retiraros.

Se oyen más pasos de pisadas cuando los soldados que estaban apostados en la puerta de mi dormitorio se marchan, y sus pasos se van apagando hasta que la puerta que hay al otro lado de la sala de estar vuelve a cerrarse con firmeza.

Y se hace el silencio.

—Bueno… —dice al fin la voz de Lachlan con un tono grave y serio—. Te han bajado de categoría.

—Temporalmente.

Me inunda el alivio al oír la impertérrita voz de Lukas.

«Gran Ancestro, está aquí.»

Descorro el pestillo rezando para que el padre de Lukas no escuche el suave clic del metal. Abro un poco la puerta y miro por la pequeña abertura.

Lukas está junto a una chimenea encendida de la sala, cuya luz se derrama sobre las estanterías y las paredes encastadas entre los árboles. Oigo el tintineo del cristal cuando se sirve una bebida roja del decantador. Coge la copa y apoya un codo con despreocupación sobre la repisa de mármol negro de la chimenea, se pone de costado mientras se toma su bebida y observa a su padre con una mirada penetrante.

Lachlan hace gala de la misma actitud despreocupada que su hijo. Tiene una mano apoyada en el respaldo de una silla y la otra sobre la cadera, pero puedo percibir la ira contenida que emana de Lachlan Grey en oleadas.

—¿Puedo saber por qué tenías una piedra rúnica de Chi Nam? —pregunta con un tono peligrosamente contenido.

Lukas le lanza una sonrisa astuta.

—Es un trofeo.

Se saca la piedra del bolsillo de la túnica y se la lanza a su padre, que la coge con destreza.

Lachlan observa la pequeña piedra de ónice. La runa de la piedra desprende un suave brillo de color zafiro y me pregunto si Lukas ha estado examinando la hechicería con la que se grabó la runa. Lachlan vuelve a mirar a su hijo.

—¿Vogel ha permitido que te la quedaras?

—Por ahora.

Lachlan frunce el ceño y hace girar la piedra con los dedos.

—¿Las vu trin han tomado la División Trece por una piedra rúnica robada?

—He atentado tres veces contra la vida de Chi Nam. Atentados falsos, claro. Para mandarle un mensaje. —La malicia brilla en los ojos de Lukas—. Y me parece que se han enfadado.

«Oh, Lukas. Qué mentiroso.»

Su padre frunce el ceño, le devuelve la piedra y se dirige a él con severidad:

—Borra esa sonrisita de tu cara. Has provocado una guerra.

—Que no pueden ganar. En la que están malgastando todas sus fuerzas de occidente. Y todo por una misión suicida mal planificada provocada por el orgullo.

Lachlan fulmina a su hijo con la mirada.

—¿Qué ha dicho Vogel acerca de tus jueguecitos?

Lukas se queda mirando su copa.

—Me parece que por una parte le han divertido. —Se le oscurece la expresión—. Por otra parte no.

—Llevas demasiado tiempo entrenándote con esa mujer.

Lukas esboza una sonrisa felina.

—Es inteligente. Y maravillosamente impredecible.

—Esto no es ningún juego.

—Eso me han dicho. Que tengo que redimirme matándola. —Niega con la cabeza con evidente consternación—. Qué desperdicio.

—Lukas, es evidente que tienes talento y poder. —Ahora Lachlan escupe las palabras —. Pero harías bien en demostrar siquiera una parte del compromiso y la seriedad de tu hermano. Esa mujer es una vu trin. Y además es su hechicera más poderosa. Y ahora, gracias a ti, estás implicado en una guerra con su pueblo. Y, sin embargo, tú sigues hablando de ella con cariño. ¿Dónde está tu lealtad?

Lukas endurece la expresión.

—Al entrenar con ella, padre, descubro qué pueden hacer. Los límites de su hechicería rúnica.

Lachlan guarda silencio mientras parece considerar su argumento.

Su hijo hace girar el líquido de la copa con despreocupación y los destellos dorados del fuego se reflejan en el cristal.

—Tengo un mes para asesinar a Chi Nam, o Vogel me quietará la comandancia. Y me pondrá a las órdenes de Damion Bane.

—Quizá sea un incentivo que puedas comprender y obedecer.

Lukas esboza una sonrisa ladeada.

—Y tengo que controlar a mi querida prometida.

Se me eriza el vello de la nuca.

—La chica de los Gardner es problemática —le advierte Lachlan fulminándole con la mirada—. Has disgustado mucho a tu madre al comprometerte con ella, y ya sabes lo que yo pienso de esa chica.

—Sí, bueno, los dos habéis olvidado lo que lleva en la sangre.

Lachlan agacha la cabeza con actitud reflexiva mientras el fuego chisporrotea en la chimenea.

—No hay duda de que procede de uno de los linajes más fuertes —admite con sequedad—. No hay ninguno mejor.

—Vogel siente el poder que hay en ella —dice Lukas muy seguro—. Sabe que no puede acceder a él, pero lo más probable es que nuestros hijos fueran más poderosos. Vogel quiere que engendre un ejército de magos con la sangre de Carnissa Gardner. —Alza la copa a modo de brindis—. Insiste en hacer una ceremonia de Consumación. Mañana por la noche.

Palidezco de repente.

«Está mintiendo. Tiene que estar mintiendo.»

—Vogel presidirá la sagrada ocasión en persona y restablecerá el hechizo —sigue diciendo Lukas.

Vuelvo a caer presa de un impotente asombro. De pronto la estancia parece cambiar, es como si las paredes se cernieran sobre mí.

«No. No puedo estar cerca de esa varita negra.»

Lukas toma otro sorbo de su copa y mira a su padre con los ojos entornados.

—Imagina la gran cantidad de poder que Vogel percibe en ella, padre. Lo bastante como para dedicar su noche a ver cómo nuestro compromiso se sella como es debido, incluso mientras una hechicera vu trin se dedica a planificar juegos de guerra por el paso del este.

Cuando Lachlan vuelve a hablar, lo hace con asombro:

—Entonces ¿tenemos que organizar tu ceremonia de Consumación en un solo día? ¿Con una guerra a punto de estallar?

—Ya han sofocado el ataque de las vu trin. Y la ceremonia puede ser algo íntimo.

El tono de Lachlan se torna rígido de ira.

—¿Es que has olvidado quién eres?

—No tengo tiempo para toda la absurda parafernalia relacionada con las ceremonias de consumación.

—¡La va a presidir el Gran Mago Vogel!

Asombrada, me aparto un poco de la puerta mientras me viene a la cabeza todo lo que implica una ceremonia de Consumación formal, además del miedo que tengo de ese ejército decidido a acabar conmigo.

Vuelvo a mirarlos muy alterada.

Se están observando fijamente, ninguno de los dos cede ni un ápice.

Al final Lachlan suelta un gran suspiro.

—Bueno, por mucho que tu madre odie a esa chica, sí que quiere tener nietos que lleven nuestro poder. Y no hay duda de que no los vamos a conseguir de tu piadoso hermano.

Lukas toma un sorbo de su bebida con un brillo en sus ojos verdes.

—¿Ves, padre, como mi falta de devoción tiene algunas ventajas?

Lachlan vuelve a enfadarse.

—Pues entonces sella ya el compromiso y deja embarazada a esa chica. Y rápido. —Me indigno al escucharlo. Lachlan le mira con desdén—. Por lo que he visto antes, por lo menos en eso no se te resistirá mucho.

Lukas le sonríe con indolencia y yo cada vez estoy más enfadada. Una rápida y potente corriente de fuego se desliza por mis líneas.

Lachlan niega con la cabeza y suaviza su expresión airada.

—Un nieto aliviará el golpe de este desastroso compromiso y tranquilizará a tu madre. Ella odia a esa chica.

—Lo dejó bien claro cuando intentó imponerle los Banes a Elloren.

El tono de Lukas es meticulosamente agradable, pero yo también percibo el repentino aumento de su fuego.

Su padre lo fulmina con la mirada.

—Tu madre percibe su rebeldía, y yo también. Esa chica necesita una mano firme que la encauce.

—Comparada con Chi Nam no creo que vaya a significar un gran desafío para mí.

Lachlan le lanza una mirada cargada de ironía.

—Ya imagino que no.

«Oh, Lachlan, maldito bastardo. No tienes ni idea.»

Los dos se miran fijamente durante largo rato.

Lachlan mira a Lukas con los ojos entornados.

—¿Por qué la has dejado campar a sus anchas durante más de un mes? Y sé sincero conmigo esta vez.

Lo dice muy calmado, pero se adivina la rabia bajo su tono, y yo espero aguantando la

respiración.

Lukas mira a su padre a los ojos.

—Estaba bastante ocupado con la anexión de Celtania. —Se le oscurece la expresión mientras contempla la copa que tiene en la mano—. Y estaba decidiendo si iba a disponer de ella o no.

Vuelve a clavarle los ojos a su padre, que asiente aparentemente satisfecho con la explicación. Pero yo estoy cada vez más furiosa.

—Tiene bastantes golpes —dice Lachlan—. ¿Todos son de la vu trin?

—Algunos —admite Lukas. Aprieta los dientes—. He tenido que meterla en cintura.

Lachlan aparta la mirada.

—Ah. Desafortunado. Pero necesario. —Mira a su hijo de reojo—. Hay mucho poder potencial ahí —comenta—. Vogel tiene razón. Vuestros hijos podrían tener mucho poder. Siempre que tú los controles.

—Los criaremos aquí —dice Lukas aparentemente desinteresado—. Tú y mamá podréis controlarlos como mejor os parezca.

Me lleno de odio. «¿Qué diantre estás planeando, Lukas?»

Lachlan asiente aparentemente satisfecho.

—Ese tío suyo dejó que la chica Gardner y sus hermanos vivieran como salvajes. Y ya ves lo que sale de eso.

Y entonces la rabia se desboca.

Cojo mi mano derecha y me clavo las uñas en la palma tratando de resistirme a la repentina necesidad de proyectar mi poder y atravesar la puerta y a Lachlan Grey; el intenso dolor que siento por el tío Edwin me provoca un impulso violento que es prácticamente imposible de reprimir.

Lukas mira a su padre con una fría sonrisa en los labios.

—¿Hemos terminado, padre? Tengo asuntos que atender.

Lachlan se pone tenso.

—¿Adónde vas?

Lachlan deja la copa, le lanza a su padre una mirada cómplice y señala mi dormitorio con la barbilla.

—A seguir con mis clases de obediencia.

El poder ruge en mis venas y me clavo las uñas con más fuerza en la mano derecha.

—Mantenla pura hasta mañana por la noche —insiste Lachlan—. ¿Me has oído? Diviértete con ella como quieras, pero mantenla pura para la ceremonia de Consumación. Ya has pisoteado bastante la tradición.

—La conservaré pura —le promete Lukas sin mucha convicción mientras se acerca a

mi dormitorio.

En cuanto desaparece de la vista de su padre, Lukas deja de sonreír. Y en su rostro aparece una expresión de urgencia.

Yo cierro la puerta con el corazón acelerado y un infierno deslizándose por mis venas. Necesito tiempo para dispersar mi poder. Y para discernir qué es verdad y qué es mentira de todo lo que acabo de escuchar.

«Venir aquí ha sido un terrible error.»

La idea va ganando peso a medida que la magia de mi interior va aumentando, y siento una intensa punzada de rebeldía en las entrañas.

Me dejo llevar por el impulso, me acerco a la puerta y vuelvo a echar el pestillo.

# 11

# Alianza

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

La cerradura de latón de la puerta se llena de unas minúsculas tiras negras y se abre.

Lukas abre la puerta, entra en el dormitorio y la cierra, después vuelve a echar el pestillo y las tiras negras desaparecen.

Me mira con una ceja arqueada.

—¿De verdad pensabas que podías impedir que entrase?

Vuelve a mirar el cierre de la puerta antes de lanzarme una mirada de incredulidad.

Yo cojo un cepillo de madera del tocador que tengo al lado y le apunto con actitud amenazante sintiendo cómo mi poder fluye hacia la madera con soltura.

Me tiembla el brazo y doy un paso atrás sintiendo cómo me engulle la rebeldía.

—He oído todo lo que habéis dicho tu padre y tú, Lukas. Y ahora me vas a escuchar a mí. No pienso dejar que tú ni Vogel ni nadie me controle. Y no pienso consumar este compromiso.

Lukas observa el cepillo con tranquilidad. Asiente, mira hacia la puerta y luego vuelve a mirarme a mí.

—Elloren —dice con un tono controlado en el que puedo percibir un ápice de urgencia —. Suelta el cepillo.

—No sé qué creer —le espeto notando cómo un poder caótico me recorre el brazo en dirección al cepillo de arce plateado—, pero si una sola de las cosas que le has dicho a tu padre es verdad, me enfrentaré a ti, Lukas. Y no tienes idea de lo que soy capaz.

Me tiende la mano en un gesto conciliador.

—Te he besado. Puedo hacerme una idea bastante buena. —Hace girar la mano y me la muestra con la palma hacia arriba mientras me habla con un tono relajado y firme al mismo tiempo—. Elloren, dame el cepillo.

Yo bajo un poco el cepillo. Tengo los dientes apretados y la mano me tiembla con indecisión.

Lukas pierde la paciencia, se acerca a mí muy decidido, me quita el cepillo, abre las puertas de la estufa de leña y lo tira al fuego, donde las llamas lo engullen. Después se acerca a la ventana y cierra las cortinas.

Se da media vuelta y se dirige a mí con un decidido susurro:

—Tienes que contármelo todo.

Mi indignación aumenta.

—¿Es verdad algo de lo que le has dicho a tu padre?

Lukas me mira preocupado.

—No. Excepto la parte sobre que Vogel ha insistido en celebrar una ceremonia de Consumación formal.

Le fulmino con la mirada. Tengo la cabeza hecha un lío.

—Quiero poder confiar en ti.

Lukas suspira sin dejar de mirarme.

—Elloren —dice sereno pero firme—, no puedo mentirte. Ya lo sabes. Igual que tú no puedes mentirme a mí. —Esboza una sonrisa ladeada—. Créeme, lo he intentado.

Lo medito a pesar de estar hecha un lío. Tiene razón. En realidad, nuestra compulsión dríade parece estar cogiendo fuerza.

Lukas sonríe con más ganas.

—Venga. Inténtalo —me anima—. Intenta mentirme. Dime que… —Guarda silencio un momento como si estuviera buscando una mentira adecuada. Después me mira a los ojos y me sonríe—. Dime que no te parezco atractivo.

Me lo quedo mirando con la boca abierta, demasiado agobiada para ponerme a bromear ahora. Me pongo derecha y le fulmino con la mirada entornando los ojos.

—No me pareces…

Las palabras se agarrotan como un muro cerrándose en mi garganta. Es como asfixiarse pero sin falta de aire. Me esfuerzo por decir la mentira, por lanzarle las palabras, pero no salen. Así que suelto un rugido de desesperación.

Lukas sonríe con más ganas.

—Yo tampoco podría decirlo.

—¡Me pareces exasperante! —espeto—. Ya está, eso sí que es fácil de decir. —Me alejo de él con las emociones revueltas y le miro con rabia—. Chi Nam es amiga mía. No quiero que la mates, aunque te lo hayan ordenado. Fue buena conmigo cuando nadie más quiso serlo.

Lukas suelta una astuta risotada. Se saca del bolsillo la piedra rúnica de Chi Nam y me

la da.

La acepto y me la vuelvo a meter en el bolsillo de la túnica pasando los dedos por encima de la suave piedra con la esperanza de percibir su relajante aura. Tengo las emociones muy revueltas.

Lukas se inclina hacia mí.

—Chi Nam es amiga de la agenda política de las vu trin. Punto. —Levanta un dedo y me lo pasa por el cuello con suavidad—. Si te interpones, te cortará este precioso cuello que tienes sin dudarlo ni un segundo.

Yo me alejo de él y reculo hasta la cama con dosel que tengo detrás.

Es demasiado, me supera escucharlo hablar con esa seguridad acerca de que alguien pueda asesinarme. Miro a mi alrededor, toda la situación me parece surrealista y siento mucha presión. Encuentro el poste de la cama y me agarro a la madera de guayaco sintiendo cómo mi inestable poder despierta en mi interior.

Lukas vuelve a ponerme la mano en el brazo recuperando su mirada de urgencia.

—Dime exactamente a cuánto poder puedes acceder.

Se me saltan las lágrimas mientras me agarro con fuerza al poste.

—A más del que tenía mi abuela —digo con la voz ronca—. Me llevaron al desierto. Para entrenarme.

—¿Las vu trin?

Asiento con aspereza.

—Me dieron una varita muy endeble. Dije el hechizo para encender una vela. —Guardo silencio echando la vista atrás. En mis labios se dibuja una mueca temblorosa—. Había un océano de fuego. Si no se hubieran protegido bajo un escudo, hubiera matado a todas las que estaban conmigo. Maté al caballo de Ni Vin. Lo fundí.

El asombro asoma a los ojos de Lukas. Respira hondo.

—¿Y lo hiciste con el hechizo para encender una vela?

Asiento y se lo cuento todo.

Cuando Lukas vuelve a hablar lo hace despacio y con énfasis, con un tono inquietantemente decidido.

—Como mucho tenemos dos días antes de que las vu trin te maten o Vogel descubra que eres la Bruja Negra.

Siento todavía más pánico y cada vez estoy más desesperada.

—¿Podemos salir de aquí?

—Estamos rodeados por la guardia de Vogel al completo.

—¿Y qué vamos a hacer?

Me mira fijamente.

—Planearemos una distracción y escaparemos.

Empiezo a entenderlo.

—La ceremonia de Consumación.

—Sí —afirma Lukas—. Es muy posible que Vogel nos haya dado una forma de eludirlo al obligarnos a hacer esto.

Vuelvo a sentir mucho miedo al pensar que tengamos que acercarnos a esa varita negra.

—Lukas, la varita de Vogel tiene un poder demoníaco, y la utilizará para reconfirmar el hechizo.

Lukas asiente con los dientes apretados y una mirada intensa.

—Tendremos que arriesgarnos a que reconfirmen la magia con esa varita. No se me ocurre ninguna forma de evitarlo.

Un torbellino de emociones se apodera de mí.

—Pero ¿crees que tendremos alguna posibilidad de escapar?

—Es posible. Creo que una ceremonia de Consumación formal podría proporcionarnos la mayor distracción posible. Los gardnerianos adoran las ceremonias de consumación. La emoción indirecta de la desfloración de una virgen. Y no de una virgen cualquiera, sino de la nieta de Carnissa Gardner.

La rabia que me embarga borra el pánico de un plumazo.

—Eso es de muy mal gusto, Lukas.

—Todo el tinglado es de muy mal gusto —admite sorprendiéndome—. Y vamos a utilizarlo en su contra.

Siento una fuerte punzada de triunfo ante la idea de utilizar las desagradables tradiciones gardnerianas sobre el compromiso como arma contra ellos.

—¿Cuándo nos marcharíamos? —me aventuro a preguntar.

Lukas vacila.

—Solo se me ocurre un momento.

Le doy vueltas a toda la situación hasta llegar a ese posible momento.

La Bendición del Dominio. Tendrá que ser entonces. La mañana posterior a la ceremonia de Consumación, y justo antes del desayuno de Consumación. Cuando *El Libro de la Antigüedad* dice que la pareja tiene que adentrarse a solas en el bosque para esparcir las cenizas de un árbol quemado como símbolo del dominio del Reino Mágico sobre Erthia, y el tiempo que la pareja pasa en el bosque es indefinido.

—La Bendición del Dominio —digo.

Me mira con complicidad.

—Tendrá que ser entonces.

Y entonces comprendo lo que implica todo aquello. La reconfirmación de nuestro compromiso no sería solo una treta. Para poder escapar de Vogel, tendríamos que sellarlo de verdad, y la consumación de nuestra unión tendría que ser total si queremos sellar el poder. Una vez consumado, las marcas de compromiso treparían por nuestras muñecas y serían bendecidas por el sacerdote durante el desayuno de Consumación.

Bendecidas por Vogel.

Y después de eso vendría la Bendición del Dominio. Siento cómo me trepa por el cuello un calor incómodo. Y siento mucho dolor. Las cosas no deberían haber sido así. Yo debería estar con Yvan.

«Él querría que yo sobreviviera.» Incluso aunque eso significara olvidarme de mi corazón roto para aliarme con otra persona en todos los sentidos.

—La bendición nos dará una buena oportunidad —digo sintiendo cómo la tenaz voluntad de escapar crece en mi interior, a pesar de que el dolor sigue extendiéndose por mis emociones.

—Es el único hueco que veo en su defensa —dice Lukas con las cejas arqueadas—. Me marcharía ahora mismo si pudiera. Pero estamos rodeados. Y nos vigilan de cerca. A los dos.

Entonces siento un pánico distinto.

—¿Crees que Vogel sabe quién soy?

Lukas vacila un segundo y mi pánico arde con rabia.

—No —dice al fin—, si lo supiera ya te tendría bajo custodia. Pero creo que sospecha que eres una traidora como tus hermanos. Vogel puede oler la rebeldía y, Elloren, tú apestas.

Me indigno.

—No como tú, con tu incuestionable obediencia.

—No se cuestionan mi lealtad —contesta Lukas—. Solo mi moralidad y mi seriedad.

—Y tu devoción —apunto con rabia.

Lukas hace un ruidito amargo.

—Dirás mi completa falta de devoción.

Nos miramos a los ojos un momento compartiendo una nueva complicidad.

—Probablemente la consumación serene las sospechas que tienen sobre nosotros —admito mirándolo de soslayo.

Asiente y me lanza una mirada cínica.

—Tendrás que mostrarte sumisa. Y dar la impresión de que estás bajo mi control.

—Ya lo sé —espeto sintiendo cómo mi fuego despierta solo al pensarlo—. Pero hay una cosa que quiero dejar clara, Lukas. A pesar de lo que piensen ellos, no pienso dejar que

me controles. Y jamás seré tuya. Incluso aunque sellemos el compromiso.

Ahora es la mirada de Lukas la que arde.

—Somos amigos —dice—. Y como tales, iguales. Quiero que tú seas la única que se controle. Y quiero que consigas controlar tu poder.

Empujada por ese sentimiento, pienso en cómo Lukas renunció a su control sobre mí después de nuestro compromiso. Cuando por ley podría haber controlado todos mis movimientos.

Observo su intensa mirada mientras parte de mi rebeldía se reduce. Le creo. Y sé que hemos llegado a una inesperada pero genuina alianza.

Una alianza que podría servir para algo más grande y más importante que nosotros dos.

Como si fuera consciente de mis sentimientos encontrados, Lukas esboza una sonrisa seria.

—Haz el papel de la comprometida sumisa de momento. Cuando estés entrenada y sepas utilizar tu poder, Vogel se sentirá intimidado por ti. Además de todos los demás habitantes de Erthia.

Lo miro nerviosa, incapaz de evitar que rebrote la ira en mi voz.

—He escuchado toda la conversación que has mantenido con tu padre, ¿sabes? Le encanta la idea de que me pegues.

Lukas suelta una corta risotada teñida de disgusto.

—Porque funciona muy bien. Él me pegaba a menudo cuando yo era un niño.

Me estremezco al escucharle decir eso y nos miramos compartiendo un momento de sinceridad emocional. Indignada en su nombre, le lanzo una mirada cargada de solidaridad.

—Eres la viva imagen de la sumisión.

Lukas vuelve a reírse, pero después se le borra la sonrisa. Ahora en su mirada brilla una auténtica preocupación. Por mí.

Respiro hondo mirando nuestras respectivas muñecas y las marcas de compromiso que las decoran.

—Tengo que admitir —digo presa de la rebeldía— que a una parte de mí le encanta la idea de utilizar las horribles tradiciones del Reino Mágico contra ellos. En especial por lo que representan para las mujeres.

—Es verdad —admite con un astuto destello en los ojos—. Por eso la vamos a convertir en un arma. Y la apuntaremos directamente hacia ellos.

Sus palabras hostigan mi rebelión mientras vuelvo a mirar las líneas idénticas de nuestras manos, sintiéndome aliviada de que Lukas sienta el mismo respeto que yo por

los sacramentos «sagrados» del compromiso y la consumación.

Llegamos a un acuerdo sorprendentemente sólido.

—Hubo un tiempo en que consideré muy en serio la posibilidad de comprometerme contigo —admito—. Quiero que lo sepas. Y no era solo por tu dinero. O tu poder.

Un cálido destello se ilumina en los ojos de Lukas mientras su fuego de afinidad escapa por un momento a su control.

—Elloren —dice con un tono apasionado—, yo quería comprometerme contigo desde el primer momento en que te vi.

Siento una punzada de remordimiento y dolor al escuchar su apasionada confesión. Se me saltan las lágrimas y parpadeo tratando de contenerlas. Porque sí que siento algo por Lukas, pero la pérdida de Yvan es como llevar una espina clavada en el corazón.

Abrumada por el conflicto y el dolor, miro a Lukas y me pierdo en sus ojos verde bosque. Él levanta la mano para acariciarme la mejilla, el pelo, y lo hace con delicadeza y una expresión ligeramente dolida. Conmovida por su intento de consolarme, me seco las lágrimas y contemplo esto nuevo que ha surgido entre nosotros al tiempo que asimilo el nivel de la emoción en los ojos de Lukas.

Estoy devastada por la pérdida de Yvan. Pero las circunstancias no van a permitir que mi corazón tenga tiempo de recuperarse. Y Lukas está aquí, dispuesto a luchar a mi lado. Dispuesto a arriesgar su propia vida por mí y unirse a mí en todos los sentidos.

—Quiero que sepas —le digo un tanto vacilante— que con el tiempo… creo que podría sentir por ti más que una amistad. Posiblemente mucho más. Pero ahora mismo…

El dolor que siento por Yvan me oprime el pecho y me roba las palabras.

Lukas entorna los ojos, el dolor que hay en ellos se tiñe de comprensión. Deja resbalar la mano hasta mi hombro, pero su contacto sigue siendo suave y tranquilizador, y con el pulgar me acaricia la seda de la túnica.

Cuando por fin consigo hablar de nuevo tengo la voz ronca.

—No puedo sellar el compromiso contigo solo para escapar. No si vamos a consumarlo. Ya sé que nos están obligando a hacerlo, pero… si voy a estar comprometida contigo del todo, quiero estarlo verdaderamente.

Lukas guarda silencio, y da la impresión de que los dos podamos sentir el sísmico cambio emocional que está ocurriendo entre nosotros.

—Yo quiero estar comprometido contigo —afirma Lukas con seguridad—. Del todo.

Con la sensación de que estoy a punto de saltar desde un acantilado altísimo, le doy la espalda al dolor y miro fijamente sus profundos ojos verdes.

—Muy bien, Lukas —digo sosteniendo su ardiente mirada—. Vamos a sellar de verdad este compromiso.

A Lukas se le cambia la cara y en su expresión puedo ver el reflejo de esta nueva decisión.

—Mañana por la noche —dice al fin en voz baja—. Mi madre lo organizará todo.

Se me eriza el vello de la nuca, pues la mención de su madre me recuerda los peligros que me acechan y se internan en este momento de cercanía entre nosotros.

—Lukas, estoy segura de que tu madre está detrás del ataque de los Bane.

Él frunce el ceño.

—Damion Bane tardará bastante en volver a atacarte —dice con un duro brillo en los ojos—. No voy a matar a Chi Nam, pero él sí que está en mi lista.

Me asalta la inquietud.

—Es posible que Damion sospeche algo sobre mí. Sé que percibió mi poder cuando me atacó.

—Ya hará mucho que nos habremos marchado antes de que sus sospechas tengan alguna importancia.

—Pero tu madre..., ella es una amenaza real. Quiere expulsarme del reino. O algo peor.

—Bueno, no puede expulsarte —dice sucintamente—. No con Vogel presidiendo la consumación. Y en cuanto haya la mínima posibilidad de que te deje embarazada, te dejará en paz.

Toso y hago un enfático gesto agitando ambas manos en el aire.

—Nadie me va a dejar embarazada.

Lukas me lanza una mirada incrédula.

—Elloren, claro que no. Tengo raíz de sanjire.

Me alivia escuchar que tiene la raíz para prevenir el embarazo, pero aun así no puedo evitar indignarme ante la crueldad de Evelyn y Lachlan Grey, en especial contra las mujeres.

—Tu familia es repugnante —le espeto.

Lukas se pone tenso y la rabia y el infinito dolor que se reflejan por un momento en su expresión son tan intensas que enseguida me arrepiento de haberlo dicho.

Aprieta los labios.

—Sí, Elloren, ya sé que tengo una familia repugnante.

Avergonzada, sostengo la intensa mirada de Lukas tratando de transmitirle que lamento la brusquedad de mis palabras a pesar de que el sentimiento que he expresado sea cierto. Compartimos una aparente complicidad y se le suaviza la expresión. Yo me llevo la mano a la frente dolorida y me masajeo mientras le doy vueltas a todo tratando de reconstruir las piezas de este plan de evasión.

—Entonces… nuestro compromiso quedará sellado mañana por la noche —digo.

Lukas asiente.

—Y nos iremos a la mañana siguiente.

Se me escapa una carcajada al escuchar su atrevido eufemismo.

—Querrás decir que huiremos para salvar la vida.

Lukas no se inmuta y sigue mostrándose igual de seguro.

—Tendremos que viajar por las montañas para evitar las hostilidades actuales del paso del este, pero sí, tendremos que llegar a oriente lo más rápido posible. Y de allí a las tierras Noi, donde te entrenaré para que aprendas a utilizar tus poderes y organizaré mi ejército.

Le miro incrédula.

—Las vu trin quieren matarme, Lukas.

—Haremos que cambien de opinión.

—Pero…

—Las convenceremos por la fuerza, si hace falta. Necesitamos sus dragones.

—¿Crees que podemos llegar a las tierras Noi por el desierto?

—Ese es el comodín de toda esta historia, pero creo que podremos llegar hasta allí. Si tenemos suerte. La consumación debería darnos el tiempo suficiente para llegar al Reino de Oriente. —Lukas suspira con fuerza—. En cualquier caso, tenemos que llegar allí lo más rápido posible, porque Vogel está protegiendo la frontera con runas.

Se me encoge el corazón cuando pienso en Sparrow, en Effrey y en todos los uriscos, los smaragdalfar y los fae que siguen atrapados en el Reino de Occidente. Todos los que no consigan cruzar a tiempo quedarán atrapados por las runas de Vogel.

Atrapados por la varita negra.

Pero si él puede atrapar a todo un país con su poder recién descubierto, ¿qué ocurrirá cuando nos haga el hechizo de reafirmación con su varita?

—Lukas, quiero que me digas todo lo que sabes sobre la varita de Vogel —le pido con insistencia.

—Lo haré —me promete—, pero, por ahora, tú y yo tenemos que concentrarnos en sacarte de aquí y llegar al este del paso. Después podremos prepararnos para entrar en guerra contra Vogel y su varita negra. Ahora que estamos debidamente armados.

Me lleno de esperanza.

—Entonces ¿también tienes un arma?

Lukas sonríe como si mi pregunta le hiciera gracia.

—Sí, Elloren. Tú.

Me asombro mientras me esfuerzo tratando de acostumbrarme a esta nueva realidad

a la que debo hacer frente.

Aliada con Lukas Grey. A punto de huir al Reino de Oriente. A punto de huir para salvar la vida mientras ambos reinos vienen a por mí.

Porque soy un arma.

La cabeza me da vueltas y de pronto recuerdo algo que debo decirle.

—También tengo una varita. —Alargo el brazo, me saco de la bota la varita blanca envuelta en un pañuelo y se la tiendo para que pueda inspeccionarla mientras la varita emite su suave brillo luminiscente—. Ya sé que te va a parecer imposible, pero creo que es la varita de la profecía. Aunque… es posible que esté inactiva. Trystan no fue capaz de hacer ningún hechizo con ella la última vez que lo intentó. —Frunzo el ceño frustrada—. No tengo forma de demostrarlo. Pero… creo que puede contener una fuerza primordial, como la varita negra de Vogel. —De pronto me asalta el recuerdo de cómo me quedé inmóvil bajo el influjo de la varita negra de Vogel en el campo de la torre norte… y cómo mi varita pareció llenarme de ramas brillantes para romper el hechizo de Vogel. Se me ocurre una idea nueva—. Creo que las dos varitas podrían ser enemigas.

Lukas alza una ceja.

—¿Enemigas?

—Creo que mi varita podría ser opuesta a la varita de Vogel, como en los mitos.

—¿Una fuerza opuesta latente?

Dejo caer los hombros consciente de lo absurdo que debe de sonar todo aquello. Lukas adopta una expresión indescifrable mientras parece valorar mi fantástica historia.

—Quizá algunos de los mitos sean ciertos —dice—, y hayamos entrado en territorio mitológico. Yo probaré tu varita, Elloren. Cuando salgamos de aquí. ¿Vale?

Suspiro aliviada, asiento y vuelvo a guardarme la varita en el lateral de la bota desviando la vista hacia los cuartos de los sirvientes. De pronto recuerdo que estaría muerta si Sparrow no hubiera ido a por Lukas cuando Damion me atacó. Y Effrey no es más que una niña inocente. Si escapamos y los dejamos allí…

—Mis doncellas —digo—. No podemos abandonarlas aquí cuando nos marchemos. Sparrow me salvó la vida.

Lukas asiente.

—Ya lo he organizado todo para que vengan. Elloren, Sparrow se ha ofrecido a organizar una red de espías uriscos para mí.

Aquello me coge completamente desprevenida, pero enseguida me acostumbro a la idea. Sparrow parece ocultarse tras una fachada de autoprotección. Solo he visto una parte de la fuerza que tiene, pero ya me ha quedado muy claro que hay algo feroz e inflexible bajo su disfraz de doncella servil y sumisa.

—Aislinn Greer también vendrá con nosotros —digo de pronto—. No pienso marcharme sin ella.

Lukas se queda de piedra.

—¿La prometida de Damion Bane?

—Bueno, él está bastante incapacitado ahora mismo.

Esboza una sonrisa ladeada y le brillan los ojos.

«Oh, le gusta la idea, golpear a Damion cuando todavía está fuera de juego.»

—¿Eso es un sí? —le presiono.

—Eso lo atraerá a mí. —Sonríe con más ganas y a mí se me eriza el vello de la nuca. Su mirada es gélida: el rostro de un depredador justo antes de atacar—. Por lo visto hemos dejado algunos asuntos por resolver. Sí, Elloren. Podemos llevarnos a Aislinn Greer.

Por un momento siento todo el alcance del poder que le late bajo la piel, el intenso y desatado peligro que habita en él. Sí, mi poder supera al suyo, pero el suyo sigue siendo asombroso. Y él lo controla perfectamente. No como yo.

De pronto me siento acobardada al pensar en intimar con él. Ya es lo bastante terrible tener que meterse en la cama con alguien para escapar del Reino de Occidente, pero esto… esto es como acostarse con un tigre. Un tigre con un brutal poder de fuego.

—Lukas…, yo… —Por un momento me cuesta controlarme, el recuerdo de lo que he sentido solo besándole me provoca más aprensión—. Yo nunca he estado con nadie. —Hago un gesto entre nosotros—. No de esta forma que estamos planeando.

Busco en sus ojos algún brillo que me dé a entender que comprende lo que le estoy diciendo.

Lukas arquea una ceja.

—Es solo que…

Vuelvo a intentarlo, pero no hay forma. Me resulta muy difícil y vergonzoso intentar compartir estos sentimientos tan íntimos con él, pues los gardnerianos no hablan de estas cosas. Y si ni siquiera puedo hablar de ello, ¿cómo diantre voy a ser capaz de meterme en la cama con él?

Me enderezo e intento sostener su penetrante mirada, pero no lo consigo.

—Quiero ser clara. Tendrás que ir a mi ritmo.

Lukas parece sorprendido, pero cuando habla su voz es grave y tranquilizadora.

—Claro.

—A veces puedes ser impredecible y agresivo —le digo.

Se ha puesto serio y veo el fuego ardiendo en sus ojos verdes.

—Elloren, no lo seré. Con esto no.

Su tono inesperadamente empático despierta algo puro y vulnerable en mi interior.

Me muerdo el labio cuando noto que se me vuelven a saltar las lágrimas.

Lukas me pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y se acerca un poco más. Me mira y me habla con un tono grave y firme:

—No consumaremos nuestro compromiso hasta que te sientas cómoda.

—Trae alcohol —le digo recordando el efecto sedante del tirag de Valasca.

—Traeré un poco de vino —propone.

—Un vino fuerte —insisto.

—Elloren —dice Lukas acariciándome la mejilla con suavidad y una expresión amable —, no lo necesitarás.

Estoy completamente tensa, pero consigo asentir.

Me mira confundido sin dejar de fruncir el ceño. Esboza una sonrisa ladeada y su sedosa voz adopta un registro más íntimo cuando se inclina hacia mí.

—No tienes por qué preocuparte, Elloren. Se me da muy bien.

Su intento por tranquilizarme provoca el efecto completamente opuesto. De pronto me siento muy avergonzada y me alejo de él.

—No quiero saber esas cosas sobre ti. No quiero ser una más… de tus conquistas. —Se me llena la cabeza de imágenes de Lukas con otras mujeres. Trago saliva sintiéndome muy incómoda y miro hacia la ventana, al suelo iluminado por el fuego, a cualquier parte menos a él; y en ese momento es cuando me doy cuenta de que Lukas no me ha dicho nunca que me quiere. Y yo tampoco se lo he dicho a él—. Yo quería compartir esto con alguien a quien le importara —digo con la voz entrecortada.

Lukas me acaricia el brazo.

—Importará.

Su voz es fuerte y decidida, y una ráfaga de su fuego tira hacia mí.

Yo niego con la cabeza; no puedo mirarle a los ojos.

—Tú no lo entiendes. Es imposible. Yo quería que esto fuera… significativo.

«Con alguien a quien quisiera y que me quisiera a mí.

»Con Yvan.»

Cuando por fin consigo levantar la vista y mirar a Lukas, en sus ojos veo una tormenta de emociones tan intensa que el rubor me trepa por el cuello. Veo dolor en sus ojos. Y me sorprende y me avergüenza haberle hecho daño sin querer.

—Lukas, lo siento…

Deja caer las manos y se endereza, como recomponiéndose. Pero yo puedo notar las emociones revueltas que ahora brotan de él en oleadas. Noto que se está esforzando para no perder el control en su postura tan rígida, en su evidente intento por frenar su fuego repentinamente desbocado.

Cuando por fin vuelve a hablar lo hace con sequedad.

—Mañana quédate aquí hasta que mande a alguien a buscarte.

—Lo haré —acepto cargada de remordimiento y sintiendo una incómoda formalidad hacia él.

—Intenta dormir un poco —dice apartando la mirada—. Tendrás que estar despejada.

Trago saliva y le miro interesada.

—Tú también.

Lukas me lanza una mirada enigmática, da media vuelta y se marcha.

# PARTE III

# 1

# Amenaza

SPARROW TRILLIUM

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Sparrow mira a Lukas Grey completamente asombrada. Lo que les acaba de decir a ella y a Thierren podría cambiarles la vida.

Podría cambiar el mundo entero.

—¿Elloren Gardner es… la Bruja Negra?

Sparrow a duras penas consigue pronunciar las palabras; la cabeza le da vueltas como si estuviera atrapada en un torbellino.

—¿Estás seguro? —le pregunta Thierren a Lukas.

La luz del único candil que hay sobre la mesa de la despensa parpadea sobre todos ellos mientras las sombras de la medianoche oscurecen la mansión.

—Ella misma me lo ha confesado todo acerca de su poder —le contesta Lukas con una mirada cómplice—. Y yo he percibido su magnitud. Es muchísimo más potente que el mío.

Sparrow contempla la solemnidad que se refleja en el rostro de Thierren, sus severos rasgos esculpidos bajo la parpadeante luz del candil.

—¿Y confiáis en su palabra? ¿Seguro que está de nuestra parte? —les pregunta Sparrow a los dos.

Mira fijamente los ojos verde pino de Thierren en busca del motivo por el que el castigado y cínico Thierren se creería una cosa como esa sin pestañear.

—Tener intensos poderes de tierra significa que los dos poseen linajes dríades —explica Thierren mirando a Lukas—. Y eso quiere decir que no se pueden mentir el uno al otro. Es físicamente imposible.

El profundo impulso rebelde de Sparrow se intensifica mientras observa a esos dos magos, encantada de escucharlos blasfemar con esa facilidad acerca de su sangre de fae

del bosque, una sangre que el maldito libro sagrado de los magos niega tajantemente. Una sangre que para Sparrow es evidente, habida cuenta de la fijación que los gardnerianos tienen con los árboles, y por dominar los bosques. Además del brillo de su piel.

Sparrow reflexiona acerca de ese nuevo dato acerca del linaje dríade de aquellos magos mientras la noticia de Lukas sigue dando vueltas en su cabeza como si fuera una explosión rúnica; le cuesta incluso respirar.

—Entonces ¿es imposible que Elloren y tú os digáis una sola mentira? —insiste.

—Así es —admite Lukas—. Y puedo percibir las afinidades de Elloren cuando la toco, cosa que significa que puedo percibir con claridad sus emociones y sus poderes. Es la maga más poderosa que ha visto Gardneria. Es capaz de provocar un océano de fuego recitando únicamente el hechizo para encender una vela. Y está completamente en contra de Vogel.

Sparrow inspira hondo tratando de calmarse mientras los tres guardan silencio unos segundos y el aire chisporrotea con las explosivas ramificaciones de la nueva situación.

Al final resulta que Fallon Bane no es la Bruja Negra.

«Holly Am'eth.»

Por todos los dioses.

—Entonces ¿la auténtica Bruja Negra está dispuesta a luchar en nuestro bando? —consigue decir Sparrow al fin sin acabar de creérselo todavía. Y al mismo tiempo… sí que se lo cree. Ya ha escuchado a Evelyn Grey hablando acerca de los «traidores» hermanos de Elloren Gardner. Y sobre la inclinación que tiene Elloren de relacionarse con lupinos y elfos.

E ícaros.

—Es muy posible que Elloren sea lo único que pueda inclinar la balanza de poder en contra de Vogel —afirma Lukas con serenidad y muy despacio, como si quisiera esperar a que todo el mundo asimilara bien lo que está insinuando.

—Pero Vogel no sabe quién es —apunta Thierren, sin duda poniendo voz a las conclusiones que se están formando en la mente de Sparrow.

—No, no lo sabe —admite Lukas entornando los ojos—. Pero pronto lo sabrá. Y tengo que sacar a Elloren de aquí antes de que él se dé cuenta de que la Bruja Negra está justo aquí.

Entonces Sparrow entiende mucho mejor la situación de Elloren Gardner.

—Las vu trin lo saben, ¿verdad? —supone Sparrow mirando a Lukas—. Por eso han intentado matarla. No iban a por ti.

Lukas esboza media sonrisa mirando a Sparrow, evidentemente impresionado.

—Hay todo un ejército de hechiceras vu trin buscando a Elloren.

Y pronto también la buscarán otros ejércitos.

Sparrow alza una ceja al escucharlo e intercambia una mirada con Thierren, en cuya expresión se adivina la comprensión del extremo peligro que supone todo aquello.

—Entonces ella es el arma más poderosa de toda Erthia —le dice Sparrow a Lukas clavándole los ojos—. Y quieres que te ayudemos a sacarla de aquí sin que nadie se dé cuenta. Con un montón de ejércitos a punto de cernerse sobre ella.

—Ayudadme a sacarla —dice Lukas—, y yo os llevaré a ti, a Thierren y a Effrey hasta oriente. Junto a Elloren. A quien después entrenaré para que aprenda a utilizar su poder y pueda derrotar a Vogel y a la guardia de magos al completo. —Lukas sonríe mirando a Sparrow con desafío en los ojos—. Estoy seguro de que la situación tiene cierto atractivo para ti.

Sparrow valora las posibilidades con el pulso acelerado.

El poder de Vogel está adquiriendo niveles monstruosos, asombrando a los habitantes de ambos reinos, y la rápida creación de su frontera rúnica ha cogido a todo el mundo por sorpresa. Así como su anexión de parte del Reino de Occidente en cuestión de semanas al tiempo que empezaba a poner las miras en oriente.

Inevitablemente.

Si nadie lo detiene, y pronto, no quedará ni un metro de tierra segura en toda Erthia.

«Pero una Bruja Negra… —piensa Sparrow sonriendo ligeramente—, eso podría poner alguna traba a los planes de Vogel».

Después recuerda lo amable que ha sido Elloren Gardner con Effrey, al contrario que Fallon Bane. Apenas consigue reprimir una sonrisa al pensar en cómo se va a tomar Fallon Bane la noticia de que Elloren Gardner es, en realidad, la auténtica Bruja Negra.

«Eso solo ya bastaría para ayudar a Elloren Gardner a esquivar a varios ejércitos.»

Además del hecho de que oriente va a necesitar todas las armas a su alcance para detener a Vogel.

A la muchacha urisca se le contrae el pecho. Porque desea desesperadamente salvar a Effrey de lo que está por venir.

Vuelve a mirar a Thierren a los ojos fijamente y comparten una conversación. Ninguno de los dos se hace ilusiones acerca de los riesgos que están en juego. Las probabilidades son complejas.

El poder del asqueroso Reino Mágico.

Thierren la mira decidido y Sparrow se da cuenta de que piensan lo mismo.

—¿Estás seguro? —le pregunta a Thierren.

—Vámonos a oriente —contesta y, por un momento, Sparrow se deja arrastrar por el

poder y el consuelo de su alianza.

Reafirmada, la urisca se vuelve hacia Lukas.

—Está bien —le dice—. Vamos a arriesgarnos. Vamos a sacar de aquí a la Bruja Negra.

Lukas asiente poniéndose serio mientras los observa como para valorar su nivel de compromiso. Cuando ya parece satisfecho, sus ojos brillan con dureza.

—La oportunidad para escapar será muy breve. Esto es lo que necesitaré que hagáis.

Unas horas después, la luz del alba, que se cuela por uno de los pasillos del piso superior de la mansión a través de la claraboya de vitrales, perfila a Sparrow con su luz tenue. Se apresura por el estrecho pasillo flanqueado por árboles, con un candil en la mano y la cabeza hecha un hervidero.

De pronto ve el reflejo de un relámpago que ilumina todo el vestíbulo con su resplandor blanco.

Sparrow se detiene en la entrada del pasillo, abre la puerta del armario de ropa del hogar y se mete en la espaciosa estancia. Deja el candil y coge una pila de sábanas blancas muy bien dobladas de encima de una estantería que tiene delante, espabilándose para terminar sus tareas de la mañana con su habitual competencia para que Oralyyr y la maga Evelyn Grey no puedan sospechar que está ocurriendo algo.

Y poder tener tiempo de robar comida y el resto de las cosas que necesitarán para su largo viaje, un viaje al que Sparrow espera que ella, Effrey y Thierren consigan sobrevivir, con una frágil esperanza anidada en el pecho.

Hasta ese momento las expectativas de Sparrow no han sido muy buenas, pero ahora…

Si Elloren Gardner consigue dominar su poder y luchar para la Resistencia, de pronto todo puede ocurrir:

La derrota de Vogel y sus fuerzas.

La derrota de Fallon Bane y sus hermanos.

La liberación de las islas Fae.

«Y Effrey, Thierren y yo nos marchamos del Reino de Occidente mañana por la mañana —piensa Sparrow ilusionada—. Por fin.»

Por fin ese escurridizo sueño ya no es algo inalcanzable.

Sparrow está preparada y su corazón prácticamente canta de valor mientras ella estrecha las sábanas con fuerza y se da la vuelta para coger el candil.

—Tú eres nueva, ¿verdad?

Sparrow se sobresalta al escuchar la pregunta y se queda de piedra al escuchar esa profunda y sedosa voz. Se da media vuelta con el corazón acelerado para encontrarse con el hermano sacerdote de Lukas.

Silvern Grey.

Ella se pega las sábanas limpias al pecho y las estrecha con actitud protectora, como si quisiera levantar un muro de protección entre ella y ese mago.

Silvern Grey es una versión más delgada, malvada y sin poder de Lukas, inferior a él en todos los sentidos y, por lo que la joven ha oído decir de él, muy resentido por ello. Sus esculpidos rasgos gardnerianos son afilados y aristocráticos, viste una túnica sacerdotal muy bien planchada y de la mejor seda, y tiene unos gélidos ojos verdes idénticos a los de Evelyn Grey.

Y está apoyado en el marco de la puerta bloqueándole la salida. Inquietantemente despierto e… interesado.

Sparrow mira por detrás de él justo cuando un trueno retumba en las paredes de guayaco de la mansión y a la urisca se le acelera el corazón.

Ya ha visto aquella mirada muchas veces.

Y los sacerdotes son los peores.

Agacha la cabeza con actitud deferente, ocultando su figura, tratando de parecer neutral y poco amistosa:

—La maga Evelyn quiere que le cambie las sábanas ahora mismo.

Se acerca cautelosamente a la puerta, a su lado, esperando para que él se retire, pero Silvern no se mueve. En la mirada interesada de sus ojos aparece una expresión vidriosa, se le acelera el corazón y traga saliva mirándola de arriba abajo.

Sparrow se alarma todavía más.

—Debo irme, mago —insiste evitando el contacto visual y avanzando de nuevo hacia él con la esperanza de que se aparte.

Pero, en lugar de apartarse, Silvern entra en el armario y la agarra del brazo. A Sparrow se le cierra el estómago.

—Quédate un rato —ronronea mirándola pero sin verla realmente, y Sparrow sabe perfectamente lo que ella es para él en ese momento—. O tendremos que hablar de las islas Fae. Tendré que pedirte tus documentos de trabajo. Para asegurarme de que están en orden.

Lanza su amenaza con serenidad, pero con una puntería devastadora. Sparrow cae presa del pánico mientras intenta soltarse, pero él la agarra con más fuerza.

—Por favor, mago —suplica Sparrow sintiéndose como si se estuviera ahogando en unas aguas oscuras sin fondo—. La maga Evelyn me estará buscando —insiste tratando

de convencerlo de sus mentiras.

—Shhhh —ronronea Silvern mientras le pasea el dedo por el cuello.

Sparrow recula hasta el estante que tiene detrás y Silvern se acerca, le quita las sábanas y la sujeta de los brazos.

La joven se indigna, apoya las palmas de las manos sobre el pájaro blanco que Silvern lleva bordado en el pecho y lo empuja con fuerza para alejarlo.

Él se enfada y la agarra de las muñecas para apartarse sus manos del pecho.

—Para —sisea mientras la empuja con fuerza contra el estante empotrando todo el mueble contra la pared de detrás—. Estate calladita —le ordena mientras la observa con una caliente mirada libidinosa y proyecta su cálido aliento en su cara.

Sparrow piensa en las islas Fae y en sus documentos de trabajo falsos mientras se plantea desesperada la posibilidad de coger el cuchillo que lleva escondido bajo la falda. El cuchillo que Thierren le ha enseñado a utilizar.

«No puedes atacarlo con un cuchillo —piensa Sparrow—. Si descubre que vas armada hará que os detengan a ti y a Effrey y os mandarán a la cárcel de las islas Pyrran. Y si le matas, no solo estarás destruyendo vuestra oportunidad de huir hacia oriente… También podrías acabar con la posibilidad de que Elloren Gardner escape. Cosa que volvería a poner a la Bruja Negra en manos de Vogel.»

Si Thierren o Lukas estuvieran allí, detendrían a Silvern.

Pero no hay nadie.

Envalentonado, Silvern se pega a ella y se entierra en su cuello, y Sparrow intenta escapar cada vez más desesperada.

El sacerdote se empotra contra ella con fuerza como para dar mayor énfasis a su intención:

—¿Es que quieres volver a las islas? —ruge con un deseo salvaje en los ojos, y alarga el brazo para cogerle la falda y tirar de ella hacia arriba mientras Sparrow se esfuerza todo lo que puede por volver a bajársela—. ¿Quieres volver por donde has venido?

«No puede encontrar el cuchillo. Si lo encuentra…»

—Silvern.

Una apremiante voz femenina se oye en la puerta abierta.

Silvern se queda de piedra mientras él y Sparrow se vuelven hacia el sombrío vestíbulo. La joven urisca se queda asombrada.

La maga Evelyn Grey aguarda entre las sombras.

El hermano de Lukas se aparta de Sparrow de un salto y se vuelve hacia su madre con el aspecto de un animal arrinconado.

—Tu padre te está buscando —le espeta Evelyn con frialdad clavándole sus ojos

verdes.

Sparrow casi no puede ni respirar o moverse mientras reza para que Evelyn Grey no haya visto el cuchillo que lleva escondido en la espinilla.

Silvern se despide de su madre con una inclinación de cabeza y se marcha dejando a Sparrow a solas con la maga Evelyn Grey.

La estancia se queda en silencio salvo por el distante murmullo de los truenos.

Evelyn mira a Sparrow de arriba abajo y la joven intenta no acobardarse bajo su intenso escrutinio.

—Tienes que ponerte ropa más ancha y taparte ese pelo violeta con un gorro —le ordena Evelyn con firmeza—. Y termina más pronto con tus tareas para evitar quedarte a solas con los hombres de esta casa. Estás aquí para servir, no para tentar.

Sparrow se indigna y siente muchísimas ganas de desenvainar el cuchillo.

—Aléjate de mi hijo. —Evelyn Grey pronuncia cada una de sus palabras con mucho énfasis—. Si descubro que sigues siendo una distracción para él, no me importará que Lukas te haya contratado. Me haré con tu contrato de trabajo y te llevaré de vuelta a las islas Fae yo misma. ¿Me has entendido?

Sparrow pelea contra el temblor que se ha adueñado de todo su cuerpo y contra el deseo de abandonarse a la rabia. De tirar a esa mujer al suelo y defenderse.

Pero Evelyn Grey tiene todo el poder del mundo.

Los gardnerianos tienen todo el poder del mundo.

Sparrow asiente parpadeando para evitar que se le salten las lágrimas cargadas de rabia y esforzándose para no desenvainar su cuchillo.

—Le mataré —ruge Thierren desenvainando su varita con los ojos verdes anegados de rabia.

Sparrow niega con la cabeza mientras se esfuerza por contener las furiosas lágrimas que amenazan con escapar y, con una expresión tensa en el rostro, se acurruca contra Thierren en un pasillo desierto.

Él apenas puede contener la rabia y su poder de nivel cinco prácticamente brota sin control. Sparrow puede sentir la energía revuelta en el aire.

Hay momentos, como ese, en los que ella se esfuerza para no odiar la imagen exterior de ese mago: su evidente aspecto gardneriano, el brillo verde de su piel acentuada por la oscuridad de la estancia.

Su espantoso uniforme de la guardia de magos.

Su alianza es tan complicada que a Sparrow le cuesta asimilarla, y siente tanta rabia contra los magos que no consigue mantener a Thierren al margen.

Los dos están muy traumatizados por lo que han vivido. Thierren con sus constantes pesadillas, la culpabilidad que tanto lo debilita y el feroz deseo de luchar por todos los fae; unos fae que probablemente quieran destruirlo si alguna vez los encuentra. Y Sparrow, que no deja de soñar con magos que la acechan y la amenaza que suponen tanto para ella como para su querido Effrey, y para el pequeño dragón con el collar rúnico al que tanto cariño ha cogido.

—No puedes matar a Silvern Grey —insiste con firmeza.

—No puede tratarte así —dice Thierren enfurecido apretando la varita con fuerza.

Sparrow se indigna.

—Pues claro que puede —espeta dando rienda suelta a su rabia. Años y años de rabia contenida—. ¿Cómo te crees que me ha ido la vida? ¿Cómo te crees que vivimos nosotros? Vuestros magos nos tratan así todo el tiempo. —En el fondo Sparrow sabe que Thierren no merece que vierta sobre él toda su rabia, pero le está costando mucho reprimir lo que lleva tanto tiempo conteniendo—. Es un milagro que no me hayan violado. Repetidamente.

El dolor asoma a los ojos de Thierren mientras una tormenta de emociones ruge en los de la joven urisca, que pierde el control al darse cuenta de que necesita apartar la vista del rostro de ese mago.

—Sparrow —dice Thierren al poco adoptando un tono más delicado en esa ocasión.

Ella le mira y se hace el silencio cuando sus miradas se encuentran. Sparrow sostiene su mirada consternada y se le encoge el corazón.

Durante las últimas semanas, Thierren ha demostrado ser un auténtico aliado para ella y para Effrey, y ha encontrado la forma de verla casi a diario. No la ha tocado ni una sola vez y tampoco la ha mirado de esa forma. Ha sido tan bueno con ella que ha habido ocasiones en las que Sparrow ha estado muy cerca de olvidar que es un mago y entre ellos se ha formado un frágil vínculo de amistad.

La joven urisca se acerca un poco a Thierren ansiosa por encontrar algo de consuelo, pero incapaz de dejar de verlo como un mago.

La presa de su interior se quiebra y es incapaz de contener la inundación.

—Thierren —jadea cerrando los ojos para bloquear la visión de su uniforme. Entonces se le escapan las lágrimas y con ellas se libera un abismo de dolor.

—Eres muy valiente —le dice él mientras Sparrow derrama lágrimas cargadas de rabia con los ojos cerrados—. Te admiro más de lo que jamás llegarás a imaginar —admite con la voz entrecortada.

La presa que hay en el interior de Sparrow se quiebra del todo mientras un pequeño espacio seguro se abre entre ellos. Y ella asiente aceptándolo.

—Conseguiremos llegar a oriente —le dice Thierren con decisión—. Me aseguraré de que tanto Effrey como tú consigáis llegar.

—¿Cuándo nos marchamos? —consigue preguntar abriendo los ojos llenos de lágrimas para mirarle. La preocupación que advierte en la mirada de Thierren la ayuda a ignorar su aspecto de mago y su terrible uniforme.

—Mañana por la mañana —afirma él. Su expresión adopta un tono violento—. Y si Silvern vuelve a acercarse a ti, le mataré.

—No lo harás. —Sparrow le mira a los ojos—. Seguro que podré evitarlo un día más.

Thierren se debate interiormente, pero ella sabe que la respeta lo suficiente como para escucharla.

Y que sabe que esa no es su batalla.

—Llévanos a Effrey y a mí hasta oriente —le pide Sparrow con decisión—. Y lleva también a Lukas y a la chica Gardner. —Entonces la rabia se apodera de sus palabras—. Después vuelve con ellos, aliado con las fuerzas de las vu trin y con cualquiera que quiera acompañarte. Y libera las islas Fae.

# 2

## El pariente más allegado

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Me miro en el recargado espejo de vides esmaltadas que tengo delante mientras Sparrow me peina la melena con un cepillo de roble negro que ha cogido de otro dormitorio. Cada vez que me pasa el cepillo por el pelo con soltura, tira de mi cabeza hacia atrás con suavidad; las dos estamos solas en mi dormitorio. Effrey se ha instalado en los aposentos del servicio que tenemos al lado y le está sacando brillo a la cubertería de plata que se utilizará durante la cena de Consumación, y puedo escuchar el tintineo de la plata al otro lado de la puerta abierta.

Los rayos de luz de primera hora de la tarde se cuelan por las ventanas, por donde se ve cómo se está formando la próxima tormenta a lo lejos. Los jardines están extraordinariamente en calma, con las rosas rojas erguidas apuntando al cielo. No sopla el viento ni tampoco llueve.

Todo el mundo está como suspendido.

Pero la trampa que está a punto de atraparnos a Lukas y a mí está al acecho, como el aire preñado de tormenta.

Me siento perdida sin Lukas y desearía que estuviera aquí, a pesar de la tensión que hay entre nosotros y del permanente dolor que me atenaza el corazón por la ausencia de Yvan.

Inspiro hondo, algo temblorosa, y miro a la joven que aguarda junto a mí en el reflejo.

En el rostro lavanda de Sparrow advierto una sutil tirantez que no vi la noche anterior. Me doy cuenta de que es como Trystan, de esas personas que se protegen tras una fachada para ocultar todas sus emociones; y apenas dan unas pocas pistas. Crecer con Trystan me ha convertido en una experta en percibir esas sutilezas, y enseguida me

queda claro que Sparrow está teniendo problemas para mantener su perpetua expresión inmutable.

—Imagino que Lukas te habrá dicho que nos marchamos todos —me aventuro a comentarle pensando que llegados a este punto lo mejor es ser clara.

Sparrow baja el cepillo y se queda inmóvil.

Nuestras miradas se cruzan en el espejo y la tensión que flota en el aire se torna repentinamente tirante.

—Vendremos con vosotros mañana por la mañana —susurra con un tono tan esperanzado como inquieto.

Se me acelera el corazón en respuesta a su franco acercamiento y asiento, empujada de pronto a formar una estrecha alianza con aquella joven.

Sparrow me mira a los ojos. Ha desaparecido su mirada servil y ahora aprieta los labios. Es un alivio no estar mirando ese muro que siempre levanta y poder ver a la auténtica Sparrow, una joven rebosante de desafío contra la pesadilla gardneriana.

—Dijo que tenías poder —susurra.

Me siento palidecer. Es un cambio enorme escuchar esa verdad tan explosiva en boca de ella, y de pronto las dos quedamos desprovistas de todo artificio.

Asiento.

Una chispa de rebeldía brilla en sus ojos color amatista. Baja la voz hasta convertirla en un susurro casi inaudible.

—Lukas dice que eres más poderosa que Fallon Bane.

Percibo el deseo de venganza en su voz, y en ese momento me convenzo de que Sparrow tiene mucho en contra de Fallon.

—Sí —le contesto algo vacilante.

«Pero no tengo ningún control sobre mi poder. No soy la bendición que tú crees que soy», estoy a punto de decirle a modo de advertencia, pero me pregunto si sería confesar demasiado.

Nos quedamos mirándonos en el espejo mientras el intrincado reloj de guayaco que descansa sobre la repisa a nuestra espalda va marcando los segundos en la esfera blanca rodeada de delicadas flores de hierro lacadas. Aquí todo es perfectamente gardneriano, al contrario que el caótico fuego que me recorre las venas.

—Si le dices a alguien quién soy —le digo a Sparrow con un ronco susurro—, me matarán o me entregarán a Vogel.

Ella me mira fijamente.

—Las fuerzas de oriente van a necesitar todas las armas a su disposición para luchar contra los magos —afirma convencida—. No se lo diré a nadie.

Levanta el cepillo y vuelve a pasarlo por mis largos mechones. Me lanza una breve y seria sonrisa cargada de solidaridad, y su inflexible mirada alivia parte de mi aprensión.

A continuación empieza a trenzarme el pelo. Se va deteniendo de vez en cuando para colocarme unas horquillas con brillantes hojas de color esmeralda por entre las trenzas. Yo la observo tratando de aliviar mi ansiedad y mi ardiente magia de fuego, mientras mi pelo empieza a adoptar un resplandeciente brillo verde.

Miro hacia la puerta de guayaco cerrada consciente de que el mago de nivel cinco Thierren Stone está apostado al otro lado.

—Thierren está aliado con Lukas, ¿verdad? —le pregunto.

La actitud que el joven guardia demuestra cuando está con Lukas sugiere alguna clase de alianza.

Ella adopta una expresión recelosa.

—Sí —dice evidentemente intranquila, y yo me pregunto por qué.

Se oye la grave voz apagada de Thierren al otro lado de la puerta y la joven urisca deja de peinarme un momento. Ambas nos volvemos hacia el sonido justo cuando la puerta de mi dormitorio se abre de golpe.

Me quedo de piedra al ver a tía Vyvian entrando en el dormitorio; me clava los ojos.

Sparrow deja de tocarme el pelo y a mí se me quedan los pulmones sin aire y por un momento casi no puedo ni respirar.

Tía Vyvian tiene una expresión refinada en el rostro, pero en sus ojos brilla un decidido propósito. Está tan imponente como siempre. Lleva una túnica negra y una falda larga con bordados que recuerdan a los brotes de helecho, y los pendientes que adornan sus elegantes orejas y su gargantilla están confeccionadas con auténticos helechos barnizados.

—Déjanos solas —le ordena a Sparrow mientras se quita los guantes de ante negro y señala con la cabeza en dirección a la portezuela del servicio.

Sparrow ha recuperado su habitual expresión indescifrable. Se despide de mi tía inclinando la cabeza y con los ojos clavados en el suelo, deja el cepillo con elegancia y se marcha.

Yo me quedo helada cuando tía Vyvian se coloca detrás de mí, coge el cepillo y empieza a cepillarme la parte de la melena que todavía no tengo trenzada mientras me lanza una mirada gélida a través del espejo.

Me viene a la cabeza la imagen de mi tío Edwin, apaleado y desplomado en el suelo, y me provoca una rabia tan intensa que una oleada de poder me brota de los pies y se desliza a toda velocidad hasta mi mano derecha. La ráfaga de poder es tan intensa que

tengo miedo de que salte de mi mano y se proyecte hacia toda la madera de la estancia sin necesidad de pronunciar ningún hechizo.

Aprieto el puño al tiempo que todos los trozos de madera de la estancia se iluminan en mi mente, incluyendo el cepillo que tiene en la mano tía Vyvian.

—Has estado bastante tiempo fuera, Elloren —dice tía Vyvian con un suave tono gélido. Me pasa el cepillo por el pelo con tanta fuerza que mi cabeza se echa hacia atrás y siento una punzada de dolor en el cuero cabelludo. Se me acelera el corazón y mi actitud se torna cada vez más desafiante al encontrarme con su amenazadora mirada en el espejo.

«Crees que me has atrapado, maldita bruja —digo mentalmente—, pero no tienes ni idea de con quién estás tratando.»

—Me obligaste a comprometerme contra mi voluntad —le suelto con la misma frialdad apenas capaz de resistirme al impulso de quitarle el cepillo de la mano, apuntarlo hacia ella y envolverla en una esfera de fuego.

Ella relaja el cepillo y yo echo la cabeza hacia delante fulminándola con la mirada. Pero entonces me coge del pelo con fuerza y vuelve a tirar de mi cabeza para atrás.

Yo jadeo dolida por el tirón en el cuello y ella se inclina hacia mí con los dientes apretados.

—Ya sé quién eres —sisea—. Tú y tu tío y tus hermanos. Sois peores que los traidores. —Esboza una mueca despiadada—. Sois unos *staen'en*, todos vosotros, igual que vuestros padres. —Yo también la fulmino con la mirada sin achicarme ante el insulto que me ha dedicado en lengua antigua—. Y tú eres la peor de todos ellos, ¿verdad? —Se le quiebra la voz al susurrar—. No solo estabas en la cama con un celta. Estabas en la cama con el ícaro hijo del demonio ícaro que mató a mi madre.

Siento una punzada de dolor al escucharla mencionar a Yvan, pero enseguida vuelvo a caer presa de la rabia.

Me coge del pelo con más fuerza.

—Todo esto empezó con Edwin —espeta—. Él os convirtió en traidores a ti y a tus hermanos, ¿verdad? Intentó destruir nuestro linaje familiar. Y todo por esa fulana urisca de la que se enamoró.

Me quedó asombrada. «¿De qué está hablando?»

Me mira con más rabia y esboza media sonrisa.

—¡Vaya! ¿No sabías nada de la fulana urisca? —ronronea como si hubiera advertido mi sorpresa en el reflejo del espejo—. No me sorprende. Yo acabo de descubrirlo. Por lo visto, hace algunos años, Edwin se estuvo divirtiendo con una tendera, y después la

mandó a oriente con todo su dinero. ¿Nunca te preguntaste por qué tu tío era tan pobre? ¿O cómo había despilfarrado toda su herencia?

Cada vez estoy más confusa. Y siento tantas emociones encontradas que me cuesta mantener la compostura. En un solo segundo, las cien piezas del rompecabezas que era el tío Edwin se colocan en su sitio en mi cabeza.

Que el tío Edwin se negara a tener sirvientes uriscos.

Que al tío Edwin le afectara tanto escuchar que algún urisco o cualquier persona había sido deportada.

Que el tío Edwin me mantuviera a mí y a mi poder escondidos del Consejo de Magos, un consejo que utilizaría mi poder contra los uriscos y contra cualquiera que no fuera gardneriano.

Al comprenderlo todo se me saltan las lágrimas. «¿Por qué nunca nos contaste lo que escondías en tu corazón, tío Edwin? —me pregunto devastada—. Deberías haberlo dicho.»

La tía Vyvian vuelve a tirarme del pelo y yo aprieto los dientes presa de la ira.

—Nos tenía a todos engañados con sus pretextos —espeta—. Sus divagaciones. Y entretanto aguardaba para corromper a toda la familia con esa fulana urisca. Pero la traición de Edwin termina aquí. Y también la tuya.

Me suelta el pelo y se pone muy derecha recuperando una expresión de relajada serenidad, pero sin poder ocultar la rabia que arde en sus ojos.

—Te van a tener vigilada todo el tiempo —dice—. Estamos todos de acuerdo: Evelyn, Lachlan, Lukas y yo. Lukas te dejará embarazada todas las veces que pueda. Porque el linaje de mi madre perdurará. El legado de poder de nuestro pueblo no está en manos de los Bane.

Levanta el cepillo y vuelve a pasármelo por el pelo, esta vez con normalidad, pero yo estoy completamente tensa y noto el fuego que me recorre las líneas.

—Tú y Lukas mezclaréis vuestra sangre y traeréis a este mundo magos con un poder increíble —dice dándose importancia, como si de pronto tuviera alguna retorcida alianza conmigo—. Tu hija, Elloren, será la próxima Bruja Negra.

Yo suelto una risotada desafiante sin poder reprimir el odio que le tengo.

Tía Vyvian abre un poco los ojos, como si de pronto me estuviera viendo con absoluta claridad. Pero entonces recupera su sonrisa, la sonrisa de una jugadora que sabe que va diez pasos por delante de su oponente.

—Ya tenemos bastante idea de dónde están tus hermanos, Elloren —me dice con tono sedoso.

Se me encoge el corazón y mi rebeldía implosiona de golpe. «Rafe. Trystan. ¿Dónde?

¿Dónde están?»

Ella vuelve a cepillarme el pelo, aunque esta vez lo hace con más delicadeza; a continuación retoma con habilidad el trenzado que me estaba haciendo Sparrow en cada lado de la cabeza.

—Tenemos espías por todas partes. —Le brillan los ojos y a mí me atraviesa una punzada de pánico—. Tengo ganas de ver esas marcas de consumación trepando por tus muñecas mañana por la mañana —dice con diversión—. Si te resistes a Lukas Grey o le rechazas de algún modo, si intentas escapar o si vuelves a salirte del camino establecido una sola vez más, me ocuparé personalmente de que capturen a tus hermanos y los maten de la forma más cruel posible. ¿Me entiendes?

Oigo los latidos de mi pulso acelerado presa del pánico. Asiento reprimiendo el temblor que se ha adueñado de mí.

Tía Vyvian deja de mirarme con agresividad y esboza una sonrisa triunfal.

«Disfruta de tu momento mientras dure, bruja —le digo mentalmente—. No tendrás que esperar a que el linaje de la Bruja Negra se manifieste en nuestros hijos. Lo tengo yo. Yo tengo el poder.»

Tía Vyvian me hace otra trenza en el pelo y coloca algunas hojas brillantes más por el peinado mientras yo noto cómo el poder se interna en mí desde el suelo y se desliza por mis líneas de afinidad. Deja el cepillo y me dedica una sonrisa complacida: ha restablecido su dominio y la asombrosa rebelión de su familia ha sido sofocada. Y ahora se ha trazado una nueva trayectoria a la que puede mirar esperanzada mediante la que recuperará su altísimo estatus social.

Inclina la cabeza.

—¡Chica! —grita con aspereza, y milagrosamente Sparrow entra en la estancia con la cabeza agachada.

Me asombra lo bien que adopta Sparrow su sumiso servilismo, pero también me afecta mucho. Me doy cuenta de que esa habilidad tiene un precio muy alto. Y me pregunto cuál será la historia de Sparrow.

La joven urisca aguarda con la cabeza agachada y el rostro impasible.

—Termina con esto —le ordena la tía Vyvian con despreocupación señalándome con desdén—. Yo volveré con la modista a las cinco.

Se coloca bien la falda y alisa la tela. Es como si yo ya no estuviera en la estancia. No soy más que una prisionera, sin voz ni voto.

—Sí, maga —dice Sparrow inclinando la cabeza con deferencia.

Tía Vyvian me mira de arriba abajo con actitud triunfal.

Y después se da media vuelta y sale del dormitorio cerrando la puerta a su espalda.

Yo suelto un suspiro tembloroso mientras miro el reflejo de Sparrow en el espejo, y mis líneas de afinidad de fuego estallan en llamas. Bajo la vista y me doy cuenta de que me tiemblan las manos.

Probablemente Sparrow se dé cuenta, pues se vuelve hacia el servicio de té que tenemos detrás, coge una taza y me la pone delante; a continuación me sirve un fragante té de vainilla.

El vapor brota del líquido mientras ella sirve la bebida, y el dulce y reconfortante aroma me serena. Yo me llevo las manos temblorosas al regazo y me masajeo la mano derecha mientras reprimo mentalmente mis líneas de afinidad tratando de recuperar algo parecido al control.

Mis ojos se encuentran con los de Sparrow en el espejo.

—Ella mató a mi tío —le digo con la voz ronca e implacable.

La joven urisca se queda de piedra un momento, con la tetera en la mano, y cuando habla lo hace en un tono sereno y relajado:

—Y matarán a todas las personas a las que quieres si no sobrevives para enfrentarte a ellos.

Sus ojos de color amatista me miran con tanta intensidad que me queda clarísimo lo mucho que está en juego.

A mis ojos asoman lágrimas cargadas de venganza y yo la miro asintiendo con sequedad.

—Los derrotarás —me asegura vertiendo un poco de leche en mi taza de té al tiempo que me lanza una mirada dura como el acero—. Porque tienes que hacerlo.

—No sé cómo controlar mis poderes —admito con la garganta atenazada.

—Pues aprenderás a hacerlo —contesta dejando la tetera y mezclando la leche y el té con una cuchara de plata.

Coge un plato de porcelana de la mesita con dos panecillos de pasas y también un plato de plata con nata montada, me los deja delante encima del tocador y se pone a untar la nata sobre uno de los panecillos.

—Por favor, para —le digo sujetándole la mano; no puedo soportar que siga sirviéndome. No he hecho nada para merecer sus serviles atenciones—. Por favor, deja de servirme y siéntate. —Hago gestos en dirección a la silla acolchada que tengo al lado y le digo con la voz ronca—: Corre las cortinas si quieres, pero, por favor, siéntate y toma una taza de té. Y come algo si te apetece.

Sparrow se detiene y me mira con los ojos entornados. Pero entonces deja la cuchara y vuelve a la mesita donde aguarda el servicio de té. Se sirve una taza y se sienta a mi lado.

Yo tomo un sorbo de té caliente mientras ella se prepara un panecillo con nata y le da un mordisco.

Durante un momento, tomamos té y nos comemos los panecillos compartiendo un significativo y amigable silencio mientras nos miramos la una a la otra.

Dejo la taza y observo las marcas de compromiso que tengo en las manos notando cómo se me encoge el estómago. Muy pronto esas líneas treparán por mis muñecas.

Esta noche.

Vuelvo a pensar en Yvan y siento una punzada de dolor. En los intensos y compasivos ojos de Yvan. En su preciosa voz. En sus besos.

En lo mucho que le quería.

—Lukas y yo tenemos que consumar este compromiso —le digo a Sparrow sonrojándome al nombrar el tema prohibido—. No hay otra forma.

Ella asiente con una grave expresión estoica.

—No. No la hay. —Vacila y me lanza una mirada cargada de astucia, pero no es desagradable—. ¿Hay alguien más? —me pregunta con dulzura.

La angustia me aplasta y se me quiebra la voz bajo el peso del dolor.

—Está muerto.

Ella guarda silencio durante un buen rato.

—Lo siento —dice al fin.

Asiento, las lágrimas me empañan la vista y tardo un momento en poder volver a hablar.

Sparrow vuelve a tomar un sorbo de té y enseguida me doy cuenta de que comparte la elegancia de mi tía. Es encantadora. Muchísimo. Con su pelo y esa piel lavanda, su elegante porte aristocrático. No me cabe ninguna duda de que es una de las personas más hermosas que he visto en mi vida.

Me indigno al recordar que los soldados magos solían acosar a las trabajadoras de la cocina en la Universidad de Verpax. En especial a las jóvenes y hermosas.

—¿Cómo te tratan aquí? —le pregunto sin poder evitar que se me escape la directa y atrevida cuestión.

Sparrow se queda de piedra, después baja la taza y me mira con la misma franqueza.

—Lukas es bueno conmigo. —Adopta un aire pensativo—. Creo que lo sería aunque no fuéramos aliados. Le gustan las cosas bien hechas. Pero es justo. Y no considera que los uriscos debamos ser sometidos de esta forma.

Su confesión me anima mucho, pero no me sorprende. Recuerdo muy bien la aparente amistad de Lukas con la elfa Orin. Cada vez tengo más claro que Lukas es un rebelde.

—¿Y el resto de la familia? —insisto.

Ella se estremece un poco y aprieta los labios.

—Evelyn Grey es desagradable, igual que su marido. Pero el hermano de Lukas…, él es especialmente problemático. Sus… atenciones… son difíciles de evitar.

Su intención queda clara por el dolido desdén que asoma en sus ojos y la rabia que impone a su tono.

Recuerdo la arrogante y despiadada actitud de Silvern Grey y me enciendo de rabia.

—Sparrow…

Ella niega con la cabeza para evitar que me preocupe.

—Nos marcharemos a tiempo —dice, y le tiembla un poco el labio, cosa que me destroza. Pero ella vuelve a negar con la cabeza haciendo una mueca de dolor—. Silvern… ha intentado propasarse esta mañana. —Adopta una expresión angustiada que refleja su disgusto—. Me alegro de que nos vayamos. Si me quedara mucho más tiempo aquí, tendría que pedirle ayuda a Lukas para quitarme a su hermano de encima, y eso… complicaría las cosas.

Asiento muy seria, advirtiendo que para Sparrow hay mucho más en juego de lo que yo imaginaba. Sí, estoy a punto de aliarme con Lukas en todos los sentidos posibles para que podamos salir del Reino Mágico mañana por la mañana y escapar de este peligroso lugar. Pero el plan significa la libertad para Effrey, Sparrow y también para Aislinn.

Ellos también podrán escapar de esta espantosa y retorcida sociedad.

«Este perfecto y piadoso Reino Mágico.»

Mis líneas de fuego arden serenamente mientras cojo mi taza de té; ya no me tiemblan las manos. No sé cómo conseguirá Lukas sacar a Aislinn, pero confío en su palabra. Y también confío en que intentará sacar a Sparrow y a Effrey.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —inquiero preguntándome por qué no sigue trabajando en la tienda de la modista.

Me mira con dureza.

—Fallon Bane percibió mi rebeldía. El día que viniste a la tienda de la maga Florel y desafiaste a Fallon, yo sonreí. Ella se dio cuenta. Y después colaboré en la confección de tu vestido.

Me mareo un poco al recordar el día en que insistí para que la maga Florel me hiciera el vestido con la tela que había elegido Fallon.

—Santo Ancestro —jadeo, presa del remordimiento—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya —insiste Sparrow—. Todo fue cosa de Fallon. Ella consiguió que le cerraran la tienda a la maga Florel y nos contrató a Effrey y a mí. Después nos mandó a las islas Fae. Algunos meses después, Effrey y yo escapamos en una barca.

«Santísimo Gran Ancestro —pienso—. ¿En barca?» El mar Vóltico es conocido por sus

peligrosas e impredecibles corrientes. Por no mencionar los krakens. Intento imaginar a Sparrow y a la pequeña Effrey aferradas a una endeble barquita, empujada por una corriente fría, arriesgando sus vidas para escapar de las islas Fae.

—Dime cómo es —le digo—. La vida en las islas Fae. Si puedes.

Quiero saber la verdad. Necesito conocer toda la verdad acerca del lugar donde se ha confeccionado la elegante seda de mi carísimo vestido de consumación. Del lugar donde se cultivan la mayor parte de los alimentos que como. Sé que hay muchísimas fábricas y granjas en las islas Fae. Y los gardnerianos siempre hablan maravillas de esos lugares remotos: los uriscos bien empleados y muy productivos para servir al benévolo Reino Mágico.

—Por favor —insisto—. Cuéntame la verdad.

Sparrow me mira fijamente, como si me estuviera analizando. Después deja la taza de té, deja las manos en el regazo… Y me cuenta su terrible historia.

Más tarde, ese mismo día, estoy observando mi reflejo, esta vez ante el largo espejo dorado del elegante vestidor que hay junto a mi dormitorio, y rodeada por la vaporosa nube de perfume de flores de hierro con el que me han rociado. Por la ventana se van viendo las siluetas de los rayos de la tormenta que todavía no se ha desatado.

Tía Vyvian y la maga Zinya Blythe, la modista de pelo cano de Evelyn Grey, me observan con gélida aprobación, y me clavan sus frías miradas a través del espejo.

Mi tía parece una noche estrellada.

Se ha puesto un vestido de terciopelo, negro como la medianoche, y decorado con las conocidas constelaciones gardnerianas, hechas con diamantes, y cuyas siluetas narran distintos episodios de nuestro libro sagrado. En las orejas y el cuello lleva varias joyas de diamantes con la forma de la constelación de Galliana Raven: unas estrellas que, unidas, parecen un pájaro extendiendo las alas.

Miro mi reflejo en el espejo de cuerpo entero y observo la elegante y letal criatura que tengo ante los ojos.

Tengo el pelo salpicado con un brillante puñado de hojas de color esmeralda, llevo una corona de gemas en forma de hojas sobre la frente, y los cardenales que antes tenía en la cara y el cuello han desaparecido gracias al tónico de árnica que me han aplicado en la piel.

Y mi túnica y mi falda de consumación…

Me sientan como un guante, y la tela es de un color verde bosque que solo está permitido para las ceremonias de consumación, pues el propósito es el de realzar el

profundo brillo verde de la piel de los magos, ese resplandor del que dicen que es la marca del favor del Gran Ancestro. La tela tiene un bordado de hojas verdes y llevo la túnica atada a la espalda con un lazo de seda negra. Me han maquillado los ojos con una gruesa línea negra, y los labios, los párpados y las uñas de color verde oscuro.

El efecto general es fascinante. Poderosamente hermoso.

Y llevo la varita blanca escondida bajo la falda, envuelta en su paño y metida bajo las medias de color esmeralda, pegada a la cadera derecha. Mi mano se muere por cogerla.

—Estás preciosa —dice mi tía Vyvian con aspecto de estar brevemente superada por el momento. Y advierto que la modista también parece ligeramente emocionada, pues sus ojos verdes me contemplan con aprobación.

La situación me parece surrealista. Me miro al espejo y recuerdo la última vez que tía Vyvian me transformó y consiguió que pareciera mi poderosa abuela.

«Y ahora soy la Bruja Negra.»

Por un momento me pregunto qué habría pasado si hubiera habido una Erthia alternativa en la que me hubiera criado tía Vyvian…

¿Qué clase de monstruo sería yo?

—Está preparada —le dice tía Vyvian a la maga Blythe clavándome los ojos—. Dejadnos.

La maga Blythe agacha la cabeza con educación y se marcha junto a Sparrow, que cierra la puerta a su espalda.

Tía Vyvian se coloca detrás de mí y toca las cintas de encaje de mi espalda. Noto un hormigueo en la columna en respuesta a su conocido contacto. Después me sonríe a través del espejo, une las puntas del encaje y estira de las cintas con más fuerza, mucha más de lo que permite el decoro, pues de pronto toda mi figura destaca y tengo los pechos completamente pegados a la túnica.

—Este es el momento —ronronea mientras yo me esfuerzo por respirar— en el que se supone que debo explicarte qué debes esperar de tu bendita noche de consumación. —Se inclina hacia delante y me aparta algunos mechones del hombro. Y a continuación arquea las cejas con actitud sugerente y baja la voz—: Es mi deber, como tu pariente femenina de mayor edad, desvelarte los secretos de la alcoba de consumación para que sepas qué debes esperar de las atenciones de un hombre durante esta sagrada noche. —Se le borra la sonrisa y adopta una expresión hostil mientras me clava los ojos a través del espejo—. Pero no pienso revelarte conocimiento alguno. Espero que él te coja desprevenida en todos los sentidos. Que te ate si tiene que hacerlo. Que te pegue si es necesario. Y que sea lo más bruto posible.

De pronto recupera la compostura. En sus ojos sigue brillando un odio atroz, pero en

sus labios se dibuja una cruel sonrisa. Levanta el brazo y pasa una de sus uñas perfectas por las marcas de compromiso que tengo en la mano.

Yo me estremezco y peleo contra las ganas que tengo de darle una bofetada.

—Quiero ver esas marcas en tus muñecas mañana por la mañana —me dice—. Después de que él te tome repetidas veces. —Se endereza y suspira—. Pero no vas a recibir ningún consejo de mi parte esta noche. No habrá ninguna apacible y tranquilizadora conversación que te prepare para lo que viene. Sin duda no la mereces.

Se asoma por encima de mi hombro y entorna maliciosamente los ojos entonando la tradicional frase de consumación con los dientes apretados.

—*Sanguin'in*, Elloren.

«Mancha las sábanas de sangre.»

Y después me dedica una última mirada gélida, se da media vuelta y sale de la habitación envuelta en una elegante nube de amenaza, cerrando la puerta a su paso.

Siento una ráfaga furiosa y caótica de poder tan caliente en mis líneas que de pronto me muero por ir al encuentro de Lukas, pero no puedo. Porque mientras yo sigo prisionera aquí, él está preparando nuestra evasión. Igual que muy probablemente lo estén haciendo Sparrow, Effrey y Thierren.

Siempre que Lukas y yo nos convirtamos en una auténtica pareja, uniéndonos en todos los sentidos.

El dolor me engulle mientras me miro al espejo. Recuerdo lo que sentí cuando Yvan me abrazó la última vez que estuve con él, y las palabras que me susurró al oído.

«Espérame.»

Se me encoge el corazón y, por un momento, el dolor es insoportable.

«Se ha ido, Elloren. Tienes que dejarle marchar.»

Lucho contra las lágrimas mientras intento enterrar el dolor que siento por Yvan en lo más profundo de mi mente. Y cuando mis ojos vuelven a posarse en mi reflejo me descubro ante una mirada apasionada y dura.

Estoy rodeada de amenazas, Vogel y su varita negra me están acechando.

E Yvan querría que sobreviviese a todos ellos.

Porque me quería. Y porque siempre supo que esta lucha era mayor que nosotros.

Y sé todas estas cosas con mayor certidumbre que ninguna otra. Algo a lo que sé que Yvan querría que me aferrase.

Si quiero sobrevivir, no tengo tiempo para pensar en mi dolor.

# 3

# Lealtad

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Tic-tac, tic-tac.

El pequeño reloj que hay sobre la cómoda de madera de guayaco cuenta los minutos que faltan para que Lukas y yo estemos formalmente comprometidos…, el tiempo que falta para que tenga que enfrentarme a Vogel. Le echo una última mirada al espejo de cuerpo entero, a esa brillante criatura verde decorada con hojas en la que me he convertido.

Una criatura que es exactamente como mi abuela.

Mientras me miro al espejo me asaltan una multitud de emociones: miedo, asombro, rebelión. Además de la absoluta conciencia del poder de la Bruja Negra que llevo en las líneas de afinidad. Y de las paredes que se están cerniendo sobre mí y sobre ese poder.

Oigo unas voces, me acerco a la puerta del vestidor y la abro. Me detengo en el umbral de la puerta. Asombrada.

Mi guardia, Thierren Stone, está en mi dormitorio, muy pegado a Sparrow, y los dos hablan en voz muy baja, enfrascados en una seria conversación.

Están demasiado cerca el uno del otro como para conocerse solo de pasada.

Thierren está inclinado hacia ella, con el recio hombro apoyado en el marco de la puerta cerrada. Le clava sus ojos verdes y ella le mira con la misma pasión. Thierren alarga la mano para tocarle el brazo a Sparrow justo cuando ella me ve.

La joven urisca se sobresalta y me clava una mirada de color amatista justo cuando Thierren me ve también, y los dos se separan enseguida, como si quisieran ocultar su vínculo. Yo me quedo allí plantada, mirándolos.

«¿Son amigos íntimos? ¿Amantes incluso?»

Pienso en el tío Edwin y en su amante urisca. Es peligroso cruzar esas líneas aquí, en el Reino de Occidente.

«¿Por eso Thierren rompió con los gardnerianos?»

Veo que está comprometido, pero el compromiso nunca llegó a consumarse, pues sus intrincadas marcas se detienen justo en sus muñecas.

—Deberías dejarnos —le dice Sparrow a Thierren mirándome algo incómoda.

Él le lanza una breve y reticente mirada, pero asiente con sequedad. Me observa un momento con una expresión indescifrable y sale de la estancia cerrando la puerta a su espalda para retomar su puesto.

Entro en el dormitorio.

—Sparrow —digo ansiosa por tranquilizarla—, si tú y Thierren estáis juntos…

Ella me lanza una mirada tranquilizadora.

—Somos aliados, nada más.

Un destello de luz amarilla parpadea en la estancia desde lo alto irrumpiendo en sus palabras, y yo reculo debido a su intensidad. Las dos levantamos la vista, asombradas.

Ha aparecido un brillante círculo dorado en el techo de madera de guayaco.

Se oye un débil ¡pop! cuando el interior del círculo estalla tras una forma rúnica geométrica, y tanto Sparrow como yo reculamos un poco.

La miro cada vez más asustada.

—¿Qué es esto…?

Hay otro crepitante estallido dorado cuando desaparece la madera que hay justo debajo de la runa y un hombre se descuelga por el agujero y aterriza en el suelo sin apenas hacer ruido.

Casi se me sale el corazón por la boca mientras me tambaleo hacia atrás y a mi mente acude una visión inmediata: tez pálida, pelo rubio, ojos pintados de negro, labios negros, ropa negra. Y una espada rúnica curva aferrada con sus guantes negros.

Un asesino ishkart del norte.

—¡Thierren! —grita Sparrow mientras yo observo al intruso presa del pánico.

El asesino ruge y se abalanza sobre mí mientras me tambaleo hacia atrás. Entonces todo ocurre al mismo tiempo.

Thierren irrumpe en la estancia, desenvaina la varita mientras la puerta que da a los aposentos de los sirvientes se abre y aparece Effrey con la palma extendida. De la mano de la niña brota un brillo púrpura. El asesino me coge del brazo y yo intento resistirme mientras él alza la espada y a mí se me escapa un grito de terror.

Justo antes de que el asesino me aseste el golpe con su espada, una criatura blanca cruza la estancia en diagonal desde la rama de la esquina e impacta contra el cuello del

asesino; y el impacto lo aleja de mí. Doy un paso atrás justo cuando una racha de fuego violeta sale disparada contra el asesino procedente de la mano de Effrey, y una lanza de hielo brota de la varita de Thierren y atraviesa el pecho del intruso, que arquea todo el cuerpo hacia atrás envuelto en una bola de llamas violetas.

La espada rúnica del asesino cae sobre la alfombra cuando él se desploma en el suelo. Deja escapar un húmedo gorjeo pateando mientras intenta alcanzar el pequeño dragón blanco que tiene pegado al cuello.

«Un dragón. Hay un dragón en mi dormitorio.»

Doy otro paso atrás mientras el asesino sigue pateando y la alfombra empieza a incendiarse. Las llamas violetas han consumido las costuras de la ropa del intruso, y el dragón sigue mordiéndole el cuello sin piedad. Entonces advierto que el dragón lleva un collar marcado con unas intensas runas verdes.

Otro destello de fuego violeta brota en dirección al hombre y vuelvo la cabeza hacia el origen de las llamas para encontrarme con la brillante palma violeta que Effrey tiene extendida hacia el asesino. La niña tiene la otra mano alzada, con la que sostiene una gran amatista, y le mira con los ojos abiertos presa del pánico.

—¡Reprime tu fuego de geomancia! —le ordena Thierren a Effrey mientras desenvaina la espada para clavársela al asesino en el pecho y proyecta una ráfaga de agua con la varita para apagar todo el fuego violeta. El cuerpo del asesino se convulsiona, se estremece y finalmente se queda inmóvil.

Los asustados ojos púrpura de Effrey me miran justo cuando yo ato cabos.

«Effrey es geomante. Solo los varones uriscos son geomantes. Y eso significa que Effrey es un niño.»

Miro a Sparrow y la veo preparada para atacar, con un cuchillo rúnico en la mano y los ojos clavados en la sangrienta escena, y una mancha de sangre en su túnica de sirvienta.

Thierren tira la espada y se acerca a la urisca cuando ella baja el cuchillo.

—Sparrow —dice con un tono muy apasionado—, ¿estás herida?

—Estoy bien. Estoy bien —insiste ella casi sin aliento mientras mira a Effrey asombrada—. Effrey —le dice al niño muy preocupada al ver lo asustado que está—: Está muerto. Estamos bien.

Thierren se vuelve hacia mí con la varita todavía en la mano.

—Elloren, ¿estás herida?

No consigo que me salgan las palabras, por lo que niego con la cabeza y el corazón acelerado.

«Ha estado a punto de matarme. Ha estado a punto de matarme.»

Un fuego caótico me recorre las líneas.

El dragón levanta la cabeza como si pudiera sentir el repentino aumento de mi fuego de afinidad, tiene el hocico blanco lleno de sangre roja. La criatura entorna sus ojos rojos como rubíes, y yo noto el impacto del poder de fuego invisible del animal, un poder tan fuerte que me arranca un jadeo, pues su rojísimo fuego wyvern trepa por las líneas de mi afinidad.

El dragón echa la cabeza hacia atrás como si estuviera muy sorprendido. Después agacha la cabeza y se queda muy quieto sin dejar de mirarme, enrosca todo el cuerpo y una intensa sensación de peligro flota en el aire.

—¡No, Raz'zor! —grita Effrey abalanzándose sobre mí.

Yo reculo cuando la bestia despliega las alas y emprende el vuelo abalanzándose sobre mí al mismo tiempo que Effrey salta hacia él y consigue cogerlo de las patas.

El dragón suelta un graznido al verse atrapado y suspendido boca abajo, como un pollo enorme al que llevasen al matadero.

La criatura ruge con ferocidad, se retuerce y le enseña los dientes a Effrey, y el chico se esfuerza para evitar que la criatura llegue a morderle. Tanto Effrey como Sparrow sueltan una retahíla de ruegos en urisco mirando al dragón.

Y el animal le sisea algo que parece una buena cantidad de insultos en idioma wyvern.

—Ordénale que renuncie a su ataque —le pide Thierren a Effrey apuntando al dragón con la varita.

Effrey mira al dragón muy fijamente y el animal le devuelve la mirada con la misma intensidad, y yo me doy cuenta justo en ese momento de que Effrey no solo es un varón urisco, también es uno de los pocos varones uriscos que puede comunicarse mentalmente con los dragones.

Señalo al dragón con un dedo tembloroso.

—¿Cómo has conseguido ese dragón?

Todos guardan silencio mientras el dragón se conforma al fin, ruge y me fulmina con la mirada.

Miro a Effrey y me dirijo a él con la voz temblorosa.

—Estás hablando mentalmente con el dragón, ¿verdad?

El pequeño dragón suelta lo que parece otra retahíla de palabrotas.

—¿Te importaría compartir conmigo lo que está diciendo? —le pregunto a Effrey, que parece que esté a punto de echarse a llorar.

Ahora el dragón está jadeando y la rabia asoma a sus ojos, rojos como rubíes, mientras él lanza una pequeña ráfaga de fuego hacia mí. Miro el reloj, muy alarmada. Tengo que enfrentarme a Vogel dentro de menos de una hora.

Me vuelvo de nuevo hacia Effrey muy impaciente.

—Por favor, Effrey. Dime qué está diciendo el dragón.

Effrey vacila y mira a Sparrow antes de rendirse.

—Raz'zor dice que puede sentir tu poder y que sabe que eres la Bruja Negra. Dice que ha oído advertencias acerca de tu existencia en el bosque. Y que los dragones están del lado del bosque.

Una ira nacida de la desesperación brota en mi interior. Doy un paso hacia la pequeña bestia y clavo los ojos en la brillante mirada asesina del dragón.

—Dile a tu dragón que el maldito bosque se equivoca conmigo. Yo soy amiga de los wyvern.

Effrey, Sparrow y Thierren me miran asombrados, como si no esperasen mi repentina demostración de desafío.

El niño se vuelve y mira intensamente al dragón, que sisea y espeta insultos con mayor intensidad si cabe.

De pronto la bestia se agita con fuerza y escapa de las manos de Effrey.

El niño grita alarmado y yo me tambaleo hacia atrás cuando el dragón se abalanza sobre mí dibujando una ráfaga pálida que cruza el aire.

Raz'zor impacta contra mi pecho con una fuerza sorprendente y yo resbalo y me desplomo sobre la alfombra forcejeando con la criatura mientras él me clava los dientes en el hombro.

Aúllo dolorida y mis líneas de afinidad tiran hacia el dragón con una fuerza poderosa mientras Effrey, Sparrow y Thierren intentan quitarme a la pequeña bestia de encima, que deja de morderme el hombro y se queda laxo permitiendo que Effrey lo coja en brazos mientras yo me levanto.

El dragón me clava su mirada de fuego y me observa asombrado. Después sisea otra retahíla de sonidos ininteligibles sin dejar de mirarme muy intensamente, como si estuviera ofendido y muy confuso.

Effrey me mira sorprendido con una mano sobre una de las alas del dragón.

—Raz'zor dice que estás vinculada a los wyvern —traduce—. Dice que tienes fuego wyvern en tus líneas de maga.

Yo me llevo la mano al doloroso mordisco que tengo en el hombro comprendiendo el significado de las palabras del dragón.

«Yvan.»

—¿Cómo es posible? —pregunta Sparrow.

Todos me están mirando completamente confusos, especialmente el dragón, que no me quita los ojos entornados de encima.

—Estoy aliada con los wyvern —le digo al dragón con la voz teñida de dolor al recordar el apasionado y feroz beso de Yvan.

Cuando me dio su fuego wyvern.

—Si me matas —le digo con la voz entrecortada por los recuerdos de Yvan—, eres un necio.

La criatura suelta un largo siseo, pero después se tranquiliza y me lanza una mirada inquisitiva.

—No te matará —sigue traduciendo Effrey—, pero… quiere saber la verdad. Quiere tocar tu mente con la suya.

Miro a Effrey completamente boquiabierta.

—¿Cómo?

El niño se lleva un par de dedos a la frente.

—Piel contra escamas.

Sostengo la feroz mirada del dragón recordando que hubo un tiempo en que tuve miedo de Naga, y me embarga un valor temerario.

—Está bien —digo arriesgándome—. Suéltalo.

Sparrow vacila, pero Raz'zor no pierde ni un solo segundo en pensarlo. La criatura se lanza con fuerza hacia delante soltándose de nuevo de los brazos de la urisca, vuela hacia mí y aterriza con fuerza sobre mi pecho, empujándome hasta que vuelvo a desplomarme sobre la alfombra.

—Raz'zor —espeta Thierren dando un paso adelante con la varita en alto.

Yo me quedo muy quieta con el pulso acelerado mientras el dragón me mira, me clava las garras en los hombros y me observa con los ojos rojos y emanando muchísimo calor. Ignora a Thierren y pega las ardientes escamas de su frente contra la mía. Mi fuego brota en respuesta a la cercanía del dragón. Tiene los dientes pegados a mí.

Las invisibles ráfagas del fuego del dragón se cuelan en mi interior y yo jadeo sintiendo cómo su poder arde por mis líneas. Puede que Raz'zor solo sea del tamaño de un pequeño cordero, pero hay un torrente de poder en su compacto cuerpo de reptil. Un poder enorme. Sus venas rebosan poder, es como si estuviera conectado a un volcán. Como si estuviera unido al centro de la mismísima Erthia.

Y me doy cuenta de que ese dragón podría tener más poder que Naga.

El dragón sisea.

—Raz'zor dice —traduce Effrey asombrado— que tú salvaste a Naga la Libre.

El dragón aparta la cabeza y de sus ojos desaparece esa mirada asesina, aunque sigue brillando la confusión.

Yo respiro hondo para tranquilizarme.

—Sí, Raz'zor —afirmo al pensar en el recuerdo agridulce—. Yo ayudé a rescatar a Naga.

«Con Yvan. Y mi familia y mis amigos», pienso sintiendo una punzada de dolor al darme cuenta de que el dragón solo es capaz de leer parte de mis pensamientos y no todos.

Raz'zor vuelve a pegar su frente a la mía y vuelvo a sentir otra ráfaga de su poder en las líneas. Después se separa de mí, agita las alas y aterriza en el suelo delante de mí.

Me quedo un momento sentada en el suelo mientras él sigue clavándome la mirada, y noto su fuego interior brotando con indignación al tiempo que suelta un siseo cargado de empatía.

—Raz'zor dice que eres la pareja de un dragón wyvern, pero que vas a consumar tu compromiso con otro —traduce Effrey mirándome con evidente confusión.

En los pequeños ojos de rubí del dragón brilla una tormenta de indignación, y su fuego crece lentamente mientras yo me pongo en pie. El dragón escupe chispas rojas, me enseña los dientes y me ruge.

Effrey ha adoptado una expresión de seria preocupación.

—Dice que los wyvern te dieron su fuego y que no deberías vincularte a otro. Está muy enfadado.

Yo fulmino al dragón con la mirada enfadada también y debatiéndome entre el dolor que siento por Yvan y la indignación.

—No acepto tu censura, dragón —le espeto mientras a mis ojos asoma un torrente de lágrimas de ira—. Está muerto.

Raz'zor ladea la cabeza y se queda muy quieto, ahora tiene una mirada inquisitiva y me clava sus ojos de rubí con una intensidad inquebrantable.

—Elloren —dice Thierren con una asombrada mirada de simpatía—, ¿estabas con el ícaro? ¿Con Yvan Guryev?

Mis emociones sucumben al dolor al escuchar su querido nombre. Asiento.

Raz'zor suelta una serie de graves siseos y todo el mundo guarda silencio un momento.

—Raz'zor dice que lamenta tu pérdida —traduce Effrey con solemnidad.

—Gracias —me obligo a decir con la voz ronca mientras me resbala una lágrima por la mejilla que me apresuro a limpiar.

Cuando vuelvo a mirar al dragón, él me está observando de un modo distinto, con una ardiente gravedad en los ojos.

—Raz'zor quiere decirte —continúa Effrey—: sé fuerte, amiga de los wyvern. Naga la Libre enviará a los seres alados como sus mensajeros. Ella reunirá a los dragones de

occidente y oriente. Y ella será nuestra salvadora.

Me embarga una repentina esperanza.

—Entonces ¿sabes dónde está Naga? —le suplico de pronto al pequeño dragón casi olvidando que ha estado a punto de cortarme el cuello hace solo un momento.

«Naga está viva. Bendito Gran Ancestro, está viva.»

Se me saltan las lágrimas mientras miro al dragón a los ojos y él emite una serie de rugidos.

Después guarda silencio.

—Raz'zor dice que controlará su fuego —anuncia Effrey al fin—. Dice que romperá con el bosque en este sentido y no te matará, aunque seas la Bruja Negra.

Mi esperanza da paso a la incredulidad, y fulmino al dragón con los ojos.

—Te lo agradezco mucho, Raz'zor.

El dragón entorna los ojos, como si lo estuviera reconsiderando, y vuelve a sisear, más fuerte en esta ocasión.

—Pero no promete lealtad —enmienda Effrey con precavida seriedad.

«¿Qué?» No entiendo nada. Es como si hubiera aterrizado de pronto en alguna corte draconiana y no conociera las normas.

Sea como sea, la promesa de lealtad parece útil.

Estos dragones terminan creciendo mucho. Imagino a Raz'zor con el tamaño de Naga. Y recuerdo cómo Naga, incluso cuando su tamaño mermó durante su larga recuperación, fue capaz de sumir a la mayor parte de la guardia de la cárcel de Valgard en un feroz infierno.

—¿Sabes qué, Raz'zor? —suelto envalentonada—. Está bien. Tú sigue deliberando acerca de tu lealtad mientras los gardnerianos se hacen cada vez más fuertes. Pero, por favor —le digo mientras mi fuego crece en mi interior—, tómate todo el tiempo que necesites. En serio. Mientras los gardnerianos arrasan tu querido bosque, esclavizan a todos los wyvern y se van apoderando lentamente de toda Erthia.

El dragón me mira asombrado y echa hacia atrás su pequeña cabeza como si estuviera ofendido.

Me vuelvo muy enfadada hacia Sparrow y Thierren.

—¿Cómo habéis conseguido un dragón libre?

—Era un cebo —interviene Effrey.

—Cebo para dragones de las profundidades —añade Sparrow.

—Yo lo liberé —comenta Effrey con una pizca de desafío en la voz que me sorprende.

Miro a Effrey un tanto confusa.

—Pero… es poderoso. Puedo percibirlo. Incluso a pesar de ser tan pequeño.

—No es pequeño —contesta Effrey sacudiendo la cabeza con complicidad—. Es un dragón adulto. Es pequeño por culpa de este collar rúnico. Pero cuando lleguemos a las islas Noi encontraremos una forma de quitárselo.

Abro los ojos y vuelvo a mirar a Raz'zor observando el collar que lleva en el cuello, una banda metálica grabada con intensas runas verdes.

—¿Por qué diantre echarían a perder un dragón tan poderoso utilizándolo como cebo? —les pregunto a todos.

El fuego de Raz'zor se intensifica como si no le gustara lo que he dicho.

Effrey aprieta los labios, es evidente que es reticente a contestar. Entonces mira a Raz'zor y dice:

—Es un dragón de luna. Traen mala suerte.

«Ah.» Había olvidado la vieja superstición del Reino de Occidente. Porque los dragones blancos se parecen a la diosa dragón del Reino de Oriente. Cosa que los convierte en unas criaturas que traen suerte en el este y mala suerte en el oeste.

Suspiro con fuerza y me froto la cabeza, que ha empezado a dolerme.

—Bueno —digo masajeándome las sienes y mirando a Effrey—, así que tú eres un chico geomante. —Me vuelvo hacia Sparrow y Thierren—. Vosotros dos sois aliados. —Le lanzo una mirada incisiva a Raz'zor—. Tú eres un dragón adulto al que utilizaban como cebo para atraer a dragones de las profundidades y que también es émpata. —Vuelvo a mirar a Effrey—. Y tú puedes comunicarte mentalmente con los dragones. —Todos guardan silencio y me observan a su receloso y unido modo, cosa que en este momento me resulta un tanto indignante—. Solo quería aclarar lo evidente. —Vuelvo a mirar a Sparrow y gesticulo en dirección a Raz'zor—. Me hubiera gustado que me contaras todo esto.

La urisca asiente y me mira un poco seria.

—Quizá debería haberlo hecho.

Suspiro y me vuelvo hacia Raz'zor, resignada a afrontar esa nueva y surrealista situación, mientras tomo la repentina decisión de ir a por todas.

—Deberíamos unir fuerzas, Raz'zor.

El dragón me fulmina con la mirada; parece estar un poco sorprendido.

—¿Acaso tienes algo que perder? —insisto—. Quizá yo sea el único ser de Erthia más desafortunado que tú.

De pronto puedo sentir el dolor del pequeño dragón en el modo en que está agitando su fuego interior. Agacha ligeramente la cabeza, casi acobardado. Y entonces me doy cuenta de que una parte de él, muy en el fondo, está muy desanimada. Me recuerda

cómo los gardnerianos trataron a Ariel y de pronto mi corazón se conmueve por ese pequeño y amenazante dragón y tomo una rápida y temeraria decisión.

Si este pequeño dragón quiere formalidad, tendrá formalidad.

Y si yo soy la Bruja Negra, ha llegado el momento de ser la Bruja Negra.

Me estiro todo lo que puedo mirando fijamente al dragón.

—Prométeme lealtad, dragón de las profundidades —le desafío—. Si consigo controlar mi poder y llegar a las islas Noi de una pieza, encontraré a Naga y lucharé por los wyvern. Por los wyvern libres.

El dragón me observa larga y concentradamente, como si estuviera considerando algo peligroso. Nos miramos a los ojos mientras todo el mundo aguarda en silencio y la tensión vibra en el ambiente.

Y entonces el fuego de Raz'zor se solidifica en una agitada corriente caliente y él entorna los ojos. Se acerca a mí arañando la alfombra con sus garras y olfatea el aire, como si me estuviera oliendo. Se para delante de mí, levanta la cabeza y vuelve a sisear algo.

Effrey lo mira fijamente con evidente sorpresa y traduce lo que ha dicho su amigo:

—Dice: «Te juraré fidelidad, Bruja Negra, amiga de Naga la Libre».

Parpadeo mirando asombrada al dragón, sorprendida de que mi técnica formal haya funcionado de verdad. Me recompongo rápidamente mientras le miro. Acerco al dragón un brote de mi fuego de afinidad invisible, y me responde con otro brote de fuego rojo que se une al mío.

—Dragón libre —le digo—, acepto tu juramento. —Suelto el aire y dejo caer los hombros—. Necesitaré toda la lealtad posible, Raz'zor.

Raz'zor mira a Effrey.

—Tienes que tenderle el brazo —me dice Effrey muy serio—. El vínculo de lealtad requiere un pacto de sangre.

Miro al dragón asombrada.

—¿Cuánta sangre? Ya me has mordido.

—Solo unas gotas —explica Effrey, pero no me gusta cómo me está sonriendo el dragón.

Aunque es un dragón aliado.

Pienso en Rhys, el segundo de Cael, y me pregunto si esa clase de relación es lo que un dragón entiende por lealtad. Me decido y me subo la seda cubierta de joyas de la manga para tenderle la muñeca de la mano derecha al dragón.

Raz'zor se abalanza sobre ella en un periquete, y antes de que pueda pensar siquiera en apartar la mano, me clava los dientes en la muñeca atravesándome la piel con sus

colmillos, y noto un cálido pinchazo, pero solo un poco, como cuando un gato muerde en señal de advertencia. Se queda un rato pegado a mí y noto cómo tira de mi poder de fuego. Cierro los ojos y respiro hondo notando cómo se me llena todo el cuerpo de un delicioso calor rojo que siento como una ola de poder puro.

Raz'zor me suelta: tiene fuego en los ojos. De mis heridas brotan unas gotas de sangre de un color rojo tan brillante como el fuego del dragón, y después desaparecen al mismo tiempo que el dolor que sentía en el hombro, y noto una nueva ola de calor que me recorre al tiempo que mi visión se tiñe de rojo.

Como si hubiera absorbido sus llamas.

«Bruja Negra, estamos vinculados.»

Asombrada, noto cómo algo en mi cabeza tiembla al escuchar el siseo de Raz'zor en mi mente.

El dragón me lanza una astuta mirada cómplice.

Parpadeo asombrada y miro a Effrey.

—Me acaba de hablar —digo sin aliento—. En mi mente.

—Tú también puedes hacerlo —dice el niño con entusiasmo—. Concéntrate en lo que quieres decir y después transmíteselo con un suspiro.

Pienso en mi pregunta. Me concentro en ella con todas mis fuerzas. Después se la transmito al dragón con una fuerte exhalación. «¿Qué significa tu juramento de lealtad, Raz'zor?»

«Tienes mi fuego», me contesta con firmeza.

Me quedo paralizada, asombrada de poder comunicarme de ese modo, pero me recompongo enseguida.

«Necesito tu ayuda —le proyecto con renovado propósito—. Necesito aliados.»

«Tienes mi lealtad.»

Sin pensar le mando a Raz'zor una ráfaga de invisible fuego wyvern dorado y él vuelve a acogerlo uniéndolo a una embriagadora ráfaga de su fuego rojo; nuestras llamas unidas proyectan un intenso color naranja. De pronto tengo la sensación de poseer más fuerza en los músculos. Mi sangre está más caliente y por mis líneas de afinidad de fuego corre desbocado un fuego wyvern de intenso color naranja.

«Nuestros fuegos —le digo asombrada— se alimentan el uno al otro.»

«Así es como lo hacemos —me dice Raz'zor—. Una manada de wyvern comparte su fuego y alimenta el fuego de los demás. Y ahora somos una manada.»

Una manada de dos.

Miro al asesino ishkart que yace tendido en el suelo. Se está haciendo tarde y no solo hay un cadáver en medio de la habitación, sino que, dentro de pocos minutos, tía Vyvian

volverá para acompañarme a la ceremonia de Consumación.

Vuelvo a sentir la necesidad de tener conmigo la serenidad y la competencia de Lukas.

—Hay que decirle lo del asesino a Lukas —le digo a Thierren, y él asiente.

—Yo se lo haré saber —me asegura.

—¿Qué vas a hacer con el cuerpo? —le pregunto.

—Lo rodearé con un hechizo de congelación y lo esconderemos debajo de la cama. Para cuando el hechizo desaparezca ya nos habremos marchado todos.

Mira el agujero del techo y después la alfombra chamuscada llena de sangre.

—Yo impediré que entren —le dice Sparrow a Thierren, quien asiente aceptando la propuesta sin decir una palabra.

Vuelvo a mirar al asesino y su espada rúnica; las runas doradas brillan por toda la hoja del arma. Trago saliva sintiendo cómo un pánico gélido me trepa por la espalda.

—Thierren, ¿qué probabilidad hay de que hayan mandado a más de un asesino a por mí?

—La probabilidad es bastante alta —contesta sin vacilar mirándome con franqueza—. Teniendo en cuenta que las fuerzas de oriente ya saben que eres la Bruja Negra.

«Pues ya está.» Todas las personas de esa habitación saben que soy la Bruja Negra, pero siguen allí, ninguno ha salido huyendo de la bruja de la profecía. Son un sorprendente grupo de aliados, pero aliados al fin y al cabo.

Unos aliados por los que me siento agradecida.

Sparrow mira el reloj del estante y me clava una mirada decidida.

—Tenemos que lavarte y arreglarte el vestido. Rápido. Ya casi es la hora.

# 4

# La consumación

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Tía Vyvian me sujeta del brazo con fuerza mientras me conduce por el oscuro vestíbulo principal de la mansión de los Grey y yo avanzo seguida del siseo de mi falda decorada con hojas. No me dice nada y mira fijamente hacia delante, pues he dejado de ser digna de conversación, y su silencio me pone nerviosa; además de sentir cada vez más miedo de Vogel.

A ambos lados del pasillo hay sendas hileras de antorchas de fuego esmeralda; nos flanquean apoyadas en sus soportes decorados con vides, y el espacioso y oscuro pasadizo está envuelto en luz verde. Las llamas verdes lamen la oscuridad creando la ilusión de que las cenefas ondulantes de la alfombra se retuercen como una serpiente bajo mis pies. A ambos lados, los troncos y las ramas de guayaco se elevan y se enroscan en el techo abovedado. Por entre las ramas entrelazadas asoman unos paneles de cristal por los que se puede ver el tormentoso cielo de la noche, y toda la decoración crea la ilusión de que estamos en el corazón de un bosque ancestral.

La silueta de un relámpago se recorta en el cielo seguida por el rugido de los truenos.

Miro con cautela las alcobas sombrías imaginando las siluetas de asesinos al acecho con el pecho encogido por el miedo y una tormenta de fuego recorriéndome las líneas. Junto a cada una de las antorchas hay apostado un mago de alto nivel, y veo cómo me miran con expresión impasible.

Hay muchos magos de nivel cinco en el mismo sitio.

Tía Vyvian me guía hacia un arco enorme formado por dos grandes guayacos inclinados, y al llegar nos detenemos en el umbral.

La entrada del salón está flanqueada por seis soldados de nivel cinco, pero todo eso palidece en comparación con lo que tengo delante.

Un túnel forestal.

Creado por dos largas hileras de magos de alto nivel. Cada uno de los soldados sostiene una rama de pino que inclina hacia el camino central que se extiende delante de mí. Los soldados sostienen las ramas hacia abajo y bloquean la visión de lo que hay al otro lado.

Este túnel oscuro es algo tradicional, un símbolo de los tiempos oscuros, cuando los magos estaban confinados en las sombras de los «bosques impíos». Pero saberlo no reduce el miedo que me embarga cuando tía Vyvian me suelta el brazo.

Parece una cueva ineludible.

Y al final de esa cueva me espera Vogel.

Se me acelera el pulso cuando tía Vyvian me da un pequeño empujón y yo entro en el túnel, obligándome a avanzar mientras las ramas que tengo detrás y sobre la cabeza se ciernen sobre mí de forma que me quedo completamente a oscuras. Percibo un intenso olor a pino, y solo una ligera bruma de luz verde se cuela por el denso follaje mientras yo avanzo con cautela hacia lo que me espera más adelante.

Cuando llego al centro del camino, las ramas que tengo delante se retiran al mismo tiempo y veo a Marcus Vogel aguardando al final del túnel.

Su pálida mirada verde me golpea como un puño y me quedo helada; la fuerza del impacto me provoca un pánico primitivo e intenso, y despierta en mí una punzada de desafío.

Vogel aguarda detrás de un altar hecho con un tronco de guayaco retorcido, y está flanqueado por dos guardias militares. Está bañado en luz esmeralda, por lo que los rasgos de su elegante rostro emiten un intenso brillo verde.

Y tiene la varita negra en la mano.

La varita que yo llevo pegada al muslo palpita con una repentina y urgente energía que se apaga rápidamente, como si hubiera decidido retirarse.

Como si se estuviera escondiendo de un monstruo.

Reprimo una ráfaga de sofocante y amorfo pánico y me obligo a mover las piernas en dirección a Vogel sintiendo cómo mi rebeldía va en aumento.

Las ramas que están suspendidas sobre mí se retiran de golpe y la ola verde desaparece de pronto cuando Lukas se acerca al altar.

Se me encoge el corazón al verle. Está arrebatador, y soy incapaz de despegar los ojos de su alta silueta.

Lukas me mira a los ojos y veo que él también se para a observarme con atención. Deja resbalar los ojos por mi cuerpo con una ardiente intensidad mientras yo olvido mi miedo y mi ardiente rebeldía. Me asombra ver a Lukas vestido con un color distinto al

negro. Como yo, va ataviado con los profundos tonos verdes de la consumación, que ensalzan el verde bosque de sus ojos y el brillo verde de su piel, y la seda de sus prendas está perfectamente diseñada para complementar su robusto físico.

«Mi aliado. Un rebelde, igual que yo.»

Me asalta el feroz deseo de escaparme con Lukas mientras la opresiva mirada de Vogel me acecha como una presa. Sin despegar los ojos de Lukas, cruzo la distancia que nos separa advirtiendo una intensa urgencia en su expresión reflejada en la tensión de su fuego de afinidad.

Me paro junto a él, nos damos la mano enseguida y nos las estrechamos con fuerza. Él me aprieta con más fuerza mientras sus poderes se internan en mí y rodean mi magia con sus finas tiras, y su fuego se apodera de mi poder de tierra empujado por una ola abrasadora.

Reafirmada por el controlado poder de Lukas, miro a mi alrededor.

En el techo hay una cúpula de ramas de pino suspendida sobre la estrella sagrada del suelo. De las ramas cuelgan numerosos candiles de cristal que forman una constelación verde, y debajo de esas estrellas de fuego hay un auténtico mar de magos, que aguardan sentados en la estancia rodeados de antorchas. Y todos ellos proyectan una ligera luz esmeralda gracias al reflejo de la luz verde de los candiles.

Trago saliva y me preparo.

Es como si hubieran mandado invitaciones de última hora para la ceremonia de Consumación de Lukas a todos los gardnerianos influyentes y a la mayoría de los altos cargos militares. La familia de Lukas y tía Vyvian están sentados en primera fila, y todos me miran con acritud. Detrás de Vogel veo una fila de sacerdotes, soldados y dos guardias.

En la estancia solo hay gardnerianos, pues está prohibido que los «paganos» presencien la ceremonia sagrada de Consumación, y el clásico brillo gardneriano está amplificado por la luz verde de los candiles. El impacto es impresionante, es como si alguien hubiera derramado la luz de mil estrellas sobre todos los asistentes, aunque a mí me inquieta la opresiva uniformidad de los presentes.

Con los dedos entrelazados, Lukas me guía hasta mi sitio frente a él en el altar y después me suelta la mano. Con el corazón acelerado, me esfuerzo por conservar el valor estando tan cerca de Vogel. El Gran Mago se cierne sobre nosotros y no percibo ni rastro de su poder siniestro en el aire.

Lukas me tiende las manos con las palmas hacia arriba y me mira mientras yo coloco las manos sobre las suyas y nos cogemos con fuerza. A continuación vuelve a proyectar otra ardiente oleada de su poder de afinidad por mis líneas.

Pero entonces en el altar aparece otro par de manos que sostienen la empuñadura espiral de la varita negra con sus elegantes dedos.

Por un momento mis ojos se posan sobre la varita y todo lo que la rodea se vuelve borroso, como si se fragmentase. Aguardo, sin aliento, a que aparezca en mi mente el oscuro e invasor árbol de Vogel, su aterrador vacío, pero…

Nada.

No percibo ni un ápice del eclipsador poder de Vogel.

Le miro y él me clava sus pálidos ojos. Esboza una gélida sonrisa que me provoca un escalofrío por la espalda. Es como una serpiente enroscada que aguarda su momento, y me asombro al recordar el alcance de su maldad. Cómo llevó a los gardnerianos a asesinar a los lupinos, utilizando nuestra religión para justificar la espantosa masacre. Toda la familia de Diana asesinada sin piedad. Sus padres. Su pequeña hermana Kendra…

En mi interior nace una ira vengativa, es como una tormenta que busca la forma de emerger por los poros de mi piel. Una repentina ráfaga de poder brota de mí y tira hacia el altar de madera de guayaco que hay bajo la palma de mi mano. Lukas me aprieta con fuerza la mano derecha y tira un poco hacia arriba para romper el contacto con la madera mientras yo le miro a los ojos y respiro hondo algo temblorosa hasta conseguir serenar un poco el poder.

—Queridos magos —anuncia Vogel beatíficamente paseando la vista por la silenciosa y expectante multitud—, estamos aquí reunidos para celebrar esta sagrada ceremonia de Consumación. —Hace una pausa y vuelve a escanear la estancia con expresión solemne —. Estamos reunidos en presencia del santísimo Gran Ancestro para celebrar la unión de estos dos magos, que se unirán entre ellos y con el Reino Mágico. Con el eterno dominio de la tierra, el fuego, el agua, el viento y la luz. —Vogel se vuelve hacia un grupo de sacerdotes y asiente—. Traed el elemento de fuego.

Uno de los sacerdotes se adelanta portando una vela sobre un largo soporte de plata. Deja la vela en el semicírculo que se extiende justo ante el altar, y después regresa junto a los demás sacerdotes.

Lukas me lanza una feroz mirada de complicidad, me suelta las manos y después retrocede para desenvainar su varita de un ágil movimiento. Se acerca a la vela y la observa tranquilamente mientras Vogel levanta las manos, cierra los ojos y entona la tradicional bendición del fuego.

—Que el Gran Ancestro bendiga vuestra unión y os proporcione el dominio del fuego para que podáis engendrar magos que controlen el fuego en pos de la gloria del Gran Ancestro.

Se supone que ahora Lukas tiene que apagar la llama con los dedos o con ayuda de un rápido hechizo. Todo esto es simbólico, pues la mayoría de los magos no tienen poderes.

Pero Lukas está contemplando la llama como si le pareciera divertido. Como si estuviera jugando mentalmente con ella. Murmura una serie de hechizos por lo bajo y después agita la varita en dirección a la llama.

La llama de la vela brota de la mecha hacia arriba y después estalla provocando un infierno tan grande como una rueda de molino que arranca un jadeo a la multitud. Después retira la mano derecha y las llamas regresan a su varita, que adopta un intenso brillo dorado mientras él hace girar la ráfaga de fuego alrededor de su cabeza como un lazo. A continuación dibuja un arco con el brazo y el fuego se dirige hacia las antorchas que rodean la estancia. Se oye otro jadeo cuando las llamas de Lukas cambian de verde a dorado el fuego de todas las antorchas provocando una oleada de calor y luz amarilla que nos envuelve a todos.

Después da un paso atrás y baja la varita con aire despreocupado. Se da media vuelta y le sonríe con astucia a Vogel, que le devuelve la sonrisa con frialdad. En apariencia, Lukas emana su serenidad habitual, pero yo percibo el fuego contenido en su interior.

Me quedo mirándole asombrada mientras las antorchas recuperan el color verde sintiéndome muy agradecida de saber que es mi aliado. Ya sabía que era poderoso, que estaba muy bien entrenado y que controlaba a la perfección su poder de nivel cinco. Pero no tenía ni idea de que lo controlaba con esa autoridad.

Un sacerdote se acerca y se lleva la vela al mismo tiempo que otros dos sacerdotes traen una pequeña mesa y un vial de cristal que contiene un pequeño ciclón en su interior. Dejan la mesa con el vial encima y se retiran un poco mientras Vogel entona la segunda oración elemental.

—Que el Gran Ancestro bendiga vuestra unión y os proporcione el dominio del viento para que podáis engendrar magos que controlen el aire en pos de la gloria del Gran Ancestro.

Lukas sonríe un poco mientras murmura una serie de hechizos por lo bajo y apunta con la varita.

El vial adopta un ardiente brillo blanco que desaparece tras una explosión luminosa. Reculo al mismo tiempo que todos los presentes cuando el ciclón se libera y se eleva hacia arriba, y el viento empieza a soplar por la estancia y a azotarme el pelo, y la luz de las antorchas parpadea mientras el ciclón va subiendo y se extiende por la estancia hasta formar un cielo de nubes tormentosas.

Lukas apunta hacia arriba con la varita y lanza una fina línea de fuego hacia las nubes. La llama se ramifica dibujando brillantes rayos. Después echa la varita hacia atrás y las

nubes descienden y se contraen hasta formar una espesa esfera que da vueltas delante de él escupiendo relámpagos. A continuación, murmura un hechizo y la tormenta contenida se disipa tras una cortina de humo mientras los magos presentes emiten sonidos de grato asombro.

Me vuelvo hacia el público y veo que Evelyn Grey está mirando a su hijo con orgullo. Y entonces su mirada cambia y se posa sobre mí. Su expresión adopta un odio atroz.

Vogel entona la oración de dominio sobre la luz mientras uno de los sacerdotes trae una piedra de luz élfica dorada y la deja en el suelo. Lukas empuña su varita y apunta hacia la luz élfica. La cubre con una lluvia de chispas amarillas y, con mucha habilidad, reduce la piedra a cenizas de un solo golpe. Después traen el agua, y Lukas le lanza fuego y la convierte en una nube de vapor.

Entonces Lukas baja la varita y mira a Vogel.

—Mago —dice este con formalidad—, nos has demostrado tu dominio sobre el fuego, el viento, el aire y la luz.

Vogel vuelve la cabeza hacia los sacerdotes, que se acercan una vez más, esta vez portando un pequeño arbolito en un tiesto. Me quedo embelesada al verlo.

El retorcido abeto tiene un aspecto ancestral, como si alguien hubiera encogido un enorme árbol viejo y lo hubiera plantado en ese recipiente de porcelana negro, donde sus agujas resplandecen con tonos plateados.

Los sacerdotes dejan el árbol en el suelo, y yo lo contemplo hipnotizada sintiendo cómo me embarga la oleada de amor que brota del arbolito. En mi interior también se erige una ola de amor cuando me asalta una imponente sensación de alianza.

—Magos —entona Vogel—, por favor, levantaos.

El mar de magos se pone en pie.

Ya sé que ahora viene la parte fundamental de la ceremonia de Consumación. El varón siempre termina la ceremonia matando un árbol; cuanto más alto es el estatus de la familia, más raro es el árbol. Al día siguiente la pareja se adentra a solas en el bosque para celebrar la Bendición del Dominio y esparce las cenizas del árbol muerto en el bosque, a los pies del árbol más grande que encuentren, en señal de advertencia a los bosques impíos.

De pronto surge en mí una inexplicable compasión por el árbol y siento mucha inquietud.

Este árbol en miniatura ha estado oculto. Este abeto tan raro. Puedo sentir su triste aislamiento. Criado en cautividad y talado del bosque…

«Dríade.»

Me sobresalto al escuchar el susurro del árbol en la cabeza provocándome una

eufórica oleada de afecto por ese arbolito, a la que enseguida sigue la aparición del miedo.

«No lo matéis», implora todo mi ser.

Vogel levanta los brazos.

—Que el Gran Ancestro bendiga vuestra unión y os proporcione el dominio de la tierra para que podáis engendrar magos que controlen la tierra en pos de la gloria del Gran Ancestro.

Cuando Lukas se acerca al árbol empuñando la varita, me asalta el pánico alimentado por mi cautivadora conexión con el arbolito.

«No. No lo mates», suplico en silencio apenas incapaz de contenerme.

Oigo una única palabra que me atraviesa el corazón.

«Dríade.»

Siento una oleada de adoración tras otra y vuelvo la cabeza para descubrir que Vogel ha adoptado un repentino interés en mí. Veo de reojo que Lukas levanta la varita.

Me vuelvo hacia él presa del pánico.

«No, Lukas. No…»

Antes de que yo pueda protestar, las llamas brotan de la varita de Lukas y engullen al arbolito en una explosión de fuego.

El árbol grita en mi cabeza y su agonía me atraviesa mientras mis líneas de afinidad se contraen y se me rompe el corazón.

«Gran Ancestro. No.»

Me asalta el dolor. Un dolor inconsolable. Apenas escucho la plegaria final de Vogel, que es entonada por todos los asistentes. Tampoco soy consciente del brazo de Lukas, que me rodea mientras yo sigo mirando la montaña de cenizas que hay en el suelo.

Miro a Lukas con la respiración desacompasada y los ojos llenos de lágrimas.

Él entorna los ojos y me mira con curiosidad, y yo me esfuerzo por recuperar el control. Tengo que alejarme de todo esto ahora mismo. De Vogel y de todos estos magos.

De esta horrible ceremonia en la que se asesinan árboles inocentes.

—Elloren —susurra Lukas mirándome con inconfundible impaciencia, como si quisiera recordarme el peligro al que nos enfrentamos.

Yo vuelvo a mirar las cenizas del árbol recordando todo lo que está en juego. No puedo echarlo todo a perder por la muerte de este árbol.

Las lágrimas me empañan la visión mientras dejo que Lukas vuelva a guiarme hacia el altar, donde alarga el brazo para cogerme las manos una vez más. Sus líneas de fuego y tierra se internan en mí y se entrelazan con las mías tratando de consolarme. Pero yo no tengo consuelo.

Vogel alza su varita negra por encima de nuestras manos.

—Lukas Grey y Elloren Gardner —entona—. Os uno con el poder del Gran Ancestro. Os uno con la gloria del Gran Ancestro. Os uno ante todo el Reino Mágico del Gran Ancestro.

Esboza una incipiente sonrisa cuando apoya la punta de su varita sobre nuestras manos entrelazadas.

En cuanto la varita de Vogel entra en contacto con la piel de mi mano derecha, un ligero hormigueo se desliza por mis marcas de compromiso y todas las antorchas que nos rodean chisporrotean y escupen fuego verde, como inquietas por el destello de poder que flota en el aire.

Sin previo aviso, el árbol oscuro de Vogel me atraviesa las líneas y me quedo sin aire en los pulmones. Las manos de Lukas tiemblan alrededor de las mías y la runa que tengo en el abdomen empieza a doler.

El mundo se desvanece y mi mente cae presa de una desagradable sensación mientras las sombras se ciernen sobre mí desde todas partes y se apaga la luz, hasta que ya solo queda la imagen de un árbol gigantesco.

El árbol crece de golpe y yo tengo la repentina sensación de estar suspendida en el aire como una marioneta, colgada y aterrorizada mientras unas cuerdas de sombra me rodean.

Me quedo allí suspendida en la oscuridad, sin ningún control sobre mi cuerpo, completamente a merced del hechizo de Vogel. Quiero gritar, pero no puedo respirar y el grito se me queda atrapado en la garganta.

Y entonces… algo se interna en mí.

Otra sombra, es como una serpiente que brota de la varita negra de Vogel. Se interna en mis líneas de afinidad de tierra y me abruma la paralizante sensación de ser observada por los pálidos ojos verdes de Vogel, además de percibir la presencia de un montón de pálidos ojos grises que me acechan en la oscuridad.

Observándome.

Me doy cuenta completamente horrorizada de que no es solo a Vogel a quien percibo en mis líneas, sino a un ejército de sombras que avanzan empujadas por el poder del Gran Mago.

Y todo sale de la varita negra que Vogel tiene en la mano.

Las sombras se deslizan por mis líneas de afinidad, poniéndome a prueba, dándome tirones. Y entonces se agudizan, como el filo de miles de cuchillos atravesándome las líneas.

Jadeo al sentir el dolor, estoy desesperada por gritar, pero la sombra de Vogel se me

enrosca en la garganta y aprieta con fuerza.

Y entonces, con la misma rapidez con que ha llegado la invasión, todo desaparece cuando la varita negra se despega de mi mano derecha. El invisible apretón de Vogel en la garganta se afloja, el árbol sombrío se desvanece y yo vuelvo a ver todo lo que me rodea.

Me llevo la mano al cuello esforzándome por respirar con normalidad, y Lukas hace lo mismo con una de las manos apoyadas en el altar, sobre el que ahora descansa con la respiración entrecortada.

Lukas me mira horrorizado y alarga el brazo para cogerme en un gesto de desesperada protección. Pero no puedo centrarme en él, pues todo el poder de afinidad de la estancia se cierne de golpe sobre mí y me quedo atrapada en él, consumida de repente.

Soy como un barco sorprendido por una tormenta de poder. Antes solo era capaz de percibir parte del poder de Lukas debido a nuestra afinidad y cada vez tenía una mayor percepción del fuego de Yvan, pero de pronto soy hiperconsciente de todas las líneas de poder elemental de los magos que me rodean, salvo las de Vogel. Miro a mi alrededor presa de un pánico salvaje y asaltada por el poder elemental de todos los magos de alto nivel que me rodean, y su magia me ruge en los oídos.

Hay cuatro magos de nivel cinco flanqueando a Vogel y percibo con claridad cómo sus respectivos poderes de viento, fuego, tierra y agua brotan hacia él, sus líneas de afinidad emergen de sus cuerpos y se internan en la varita de Vogel como una corriente salvaje succionada por un negro abismo.

Y viajan directamente hacia esas cosas que tienen tantos ojos.

Miro a Lukas desorientada por el ataque de todas aquellas afinidades. Se me saltan las lágrimas y me agarro a él intentando decirle, solo con los ojos, que Vogel se ha convertido en un auténtico monstruo.

Me pica la piel de las manos y agacho la vista para ver cómo mis marcas de compromiso y las de Lukas empiezan a avanzar, enroscándose y girando, aumentando su tamaño hasta detenerse justo antes de llegar a las muñecas. Suelto una de las manos de Lukas y contemplo asombrada la palma de mi mano sellada mágicamente, y entonces intercambiamos una mirada desesperada mientras el poder de toda la estancia provoca un huracán por mis líneas y yo me desequilibro.

Vuelvo a poner la mano sobre el altar para sostenerme y me sobresalto cuando Vogel coloca la suya sobre la mía y el fuego de Lukas explota y se abalanza hacia mí con actitud protectora.

Yo me encojo acobardada al sentir el contacto de Vogel, pero él sonríe y sigue tocándome aparentemente complacido por mi reacción y esperando arrastrarme a una

confrontación. Me clava sus largos dedos en la piel y me mira con sus brillantes ojos mientras su negra sombra vuelve a internarse en mí desplazando toda la magia del salón.

—Cuánto poder —ronronea Vogel.

Cierra los ojos e inspira hondo mientras su poder tira de mis líneas de afinidad. Y yo tengo la horrible sensación de que, aunque se está conteniendo, podría arrancarme las líneas de afinidad y quedárselas, como hace con los magos que lo flanquean.

—Está todo ahí —me dice, y es como si de pronto fuéramos los únicos magos de la estancia. Me clava su despiadada mirada y todo lo demás se desvanece—. El poder de Carnissa está en ti. Y más. Tu fuego es superior al suyo.

El poder de Lukas aumenta y me estrecha con más fuerza. Como si hubiera estado evaluando a Vogel y esta vez estuviera preparado para enfrentarse a él. El poder de fuego de Lukas adopta una fuerza furiosa mientras fluye para rodearme y repeler el hechizo de Vogel, y a mí me preocupa que el Gran Mago pueda percibir esa rebelión por lo que es, como si poseyera mi extraña habilidad para percibir el poder, una habilidad que de algún modo ha potenciado.

Vogel me suelta la mano y se lleva el poder de mis líneas con la fuerza de un látigo, y yo vuelvo a marearme cuando todas las afinidades de la estancia regresan a mí con una intensidad renovada y se internan en mis líneas.

El Gran Mago se vuelve hacia Lukas y lo mira con los ojos entornados, como si hubiera percibido su rebeldía. Esboza una pequeña sonrisa, como si le divirtiera esa posibilidad.

—Quiero que me la traigas mañana por la mañana —dice mostrando interés—. Para hacerle un examen de varita.

Noto otra ráfaga del fuego de Lukas en mi interior y el pánico se apodera de mí asaltándome por entre la tormenta de poder que me acecha.

Cuando por fin habla, Lukas es completamente sincero:

—No hace mucho que le he hecho el examen yo mismo —comenta con serenidad—. No es capaz de acceder a su poder.

Vogel vuelve a clavarme su pálida mirada y yo aparto la vista mientras me esfuerzo por contener un violento brote de poder que se mezcla con la magia desatada de la estancia.

—Tráemela después de la Bendición del Dominio —dice Vogel ignorando el intento de Lukas por disuadirlo—. Le haré el examen de varita yo mismo.

Lukas vacila un segundo.

—Claro, excelencia —obedece inclinando la cabeza con elegancia, pero yo puedo sentir

cómo sus poderes de tierra se reagrupan formando lanzas que apuntan directamente a Vogel.

—Por la mañana quiero ver los cambios en esas marcas de compromiso —advierte Vogel—. Vuestras líneas combinadas serán algo formidable. Mostraré mucho interés en los hijos que engendréis.

Ahora Lukas está muy enfadado; lo percibo en la forma en que me rodea su poder de fuego mientras fulmina a Vogel con la mirada.

El Gran Mago sonríe con brillo en los ojos.

—*Sanguin'in* —le dice a Lukas.

«Mancha las sábanas de sangre.»

La indignación hierve junto a mi poder. Ese dicho tradicional es como un horrible encargo. Como si Vogel estuviera desafiando a Lukas a forzarme y hacerme sangrar de la forma más invasiva posible.

Lukas sostiene la espantosa e insondable mirada de Vogel.

—*Sanguin'in* —le contesta como si fuera una amenaza, pero esta vez dirigida a Vogel en lugar de a mí.

El Gran Mago esboza una gélida y astuta sonrisa, y da un paso atrás, envaina la varita y extiende los brazos para entonar la oración de consumación final. Apenas soy capaz de repetir las palabras debido a la tormenta de magia elemental que me rodea, las llamas invisibles que me abrasan, las ramas y las esquirlas de hielo, el rugido del viento en mis oídos.

—Elloren —dice Lukas. Su voz atraviesa el remolino de poder. Advierto una feroz impaciencia en su mirada y me aferro a ella con desesperación mientras la cacofonía de poder embiste mis líneas de afinidad.

De pronto me parece recordar que debemos besarnos.

Lukas rodea el altar, me abraza y acerca los labios a mi boca extendiendo sus manos en mi espalda al tiempo que me estrecha con fuerza.

Yo me estremezco al sentir la intensa ráfaga de fuego que me atraviesa. Sus oscuras ramas se entrelazan con mis castigadas líneas de tierra y se fusionan de un modo que jamás había ocurrido antes. Mi mareo desaparece cuando Lukas me coge la mano derecha y me besa, proyectando su poder por mis líneas, y enfatizando mis afinidades con las suyas. Ha empujado el poder invasor de la estancia y vuelve a centrar mi magia.

Y, por increíble que parezca, formando un escudo con nuestros poderes combinados justo por debajo de mi piel.

Cuando se separa de mí, le arden los ojos y tiene una expresión decidida.

Decidida por mí.

La multitud aplaude y a mí me embarga la sensación de que mis ramas se van recomponiendo mientras el fuego residual de Lukas fluye por mis líneas. Todavía me da vueltas la cabeza, y sigo siendo hiperconsciente del poder de toda la sala, pero he recuperado bastante el equilibrio.

Lukas me coge con firmeza de la mano mientras miramos hacia los invitados y mi tempestuoso poder se fusiona con el suyo.

Entonces me doy cuenta de que estamos vinculados de verdad. No de la forma que imagina Vogel. Lukas no pretende dominarme. Es mi aliado, y juntos somos una fuerza unificada.

Contra el Reino Mágico.

Estrecho la mano de Lukas con fuerza y él me devuelve el gesto, y nuestros poderes perfectamente afines se entrelazan con fuerza.

Fuego con fuego. Tierra con tierra. Aire con aire y agua con agua.

Un vasto muro de poder mago.

# 5

## Bosque privado

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Lukas y yo entramos en nuestra recepción de Consumación acompañados de un firme contingente de guardias magos. Dos magos de nivel cinco nos abren el paso y otros cuatro nos siguen de cerca mientras entramos en el arboreto acristalado de la mansión. Siento una aguda ansiedad ardiendo en el pecho: la sensación de amenaza es tan persistente que está empezando a parecerme relajante.

Lukas me coge con fuerza de la mano derecha y yo me aferro a él con la misma intensidad. De este modo, mientras nos adentramos en el arboreto que hay en el invernadero, él consigue mantener nuestros poderes fusionados en un escudo que me recubre las líneas. Ante nosotros hay un montón de árboles, y el camino bajo nuestros pies está cubierto de brillantes piedras negras. De los candiles de cristal esmeralda que cuelgan de las ramas de los árboles emana una luz verde que envuelve este bosque interior con una celosía de sombras y luz verde, creando una escena verdaderamente hermosa.

Pero nada puede aplacar mi intranquilidad.

Mi profundo pozo de poder ruge con fuerza justo por debajo del escudo que Lukas ha creado alrededor de mis líneas, y lo golpea sin parar. La intensa magia de Lukas crepita por encima de mi poder como una densa red que mantiene mi poder bajo control y me protege de la tormenta de magia de la estancia mientras el disperso miasma de poder que emana de los magos de alto nivel que nos rodean intenta traspasarlo sin descanso.

Aun así, Lukas es incapaz de protegerme de una de las cosas más peligrosas de toda la casa.

De mí misma.

Porque mi apetito por la madera se ha vuelto salvaje.

Aprieto con fuerza la mano de Lukas para reprimir el feroz deseo de apoderarme de cada trozo de madera que veo.

Cada rama.

Cada tronco de árbol.

La estructura de guayaco del arboreto.

Cada varita.

Vogel ha cambiado mi poder de algún modo intrínseco; estoy convencida. Cuando me tocó la mano con su varita negra e invadió mis líneas con su espantoso poder, aceleró mi incipiente habilidad de percibir poder y me hizo más vulnerable al mismo tiempo. Si me separo de Lukas y de su magia, puedo notar cómo el escudo que ha creado empieza a degradarse como una red que se descompone, y el poder que me rodea se abre paso a golpes.

Me aferro a Lukas mirando a mi alrededor. Mi falda bordada silba a mi paso y brilla bajo la luz esmeralda; percibo el exuberante olor de la vegetación en el aire. Estoy rodeada por una maravillosa variedad de árboles, algunos de los cuales no había visto antes pero sí había imaginado al tocar sus respectivas maderas, y que ahora puedo contemplar ante mí en todo su esplendor.

Eucaliptus arcoíris de las islas Salish con sus troncos de colores.

Árboles dragón con sus curiosas copas.

Hayas uriscas cubiertas de musgo.

Lukas y yo pasamos por debajo de un grupo de glicinias alfsigr en flor, cuyas perfumadas flores plateadas cuelgan en racimos tintados de luz esmeralda; son unos árboles tan hermosos que se me encoge el corazón al verlos, incluso a pesar de la terrible situación en la que nos hallamos.

Como tienen las raíces podadas y los han alejado del bosque, de estos árboles no emana odio. Solo una evidente curiosidad. Y susurran con suavidad a mi paso, es como una suave brisa.

«Dríade.»

Siento un poco de remordimiento al recordar el arbolito de la ceremonia de Consumación y el amor que había proyectado en mí. Cómo me reconoció como una dríade hasta descubrirse en las garras de esos monstruosos asesinos de árboles. La espeluznante imagen de Lukas haciendo estallar el arbolito me hace estremecer, y tengo que pelear contra el rebrote de ese confuso conflicto.

Levanto la vista hacia el dosel de ramas de la glicinia y de pronto me asalta la idea de que sería el escondite perfecto desde el que cualquier asesino podría acecharme

internándose entre las ramas entrelazadas. Thierren había dicho que le contaría a Lukas lo del ataque, pero ¿lo había hecho?

Llegamos al final del arboreto y se me encoge el corazón.

Lukas contempla mis ojos tensos y me lanza una mirada como diciendo: «¿Estás lista?». Yo le estrecho la mano con más fuerza y asiento.

Salimos de entre los árboles y se oyen los aplausos: nos recibe una multitud de magos envueltos en luz verde. Todos se ponen en pie y nos felicitan mientras nosotros recorremos el pasillo central. Están reunidos alrededor de diversas mesas repartidas por el lujoso espacio abierto a uno de los lados del arboreto. Justo detrás de los invitados veo una orquesta y, delante de la pared de cristal del invernadero, se extiende una pista de baile.

Las mesas están cubiertas por manteles de seda salvaje de color verde bosque y dispuestas con copas de cristal y porcelana negra. En el centro de cada una de ellas descansa un candelabro hecho con ramas de árbol secas, y las velas están hechizadas para que proyecten luz verde.

Tanto Evelyn Grey y Lachlan Grey como tía Vyvian me miran con fría formalidad cuando pasamos por delante. Silvern exhibe un absoluto desdén que me esfuerzo por no devolverle mientras la multitud sigue aplaudiendo, y Lukas me guía hasta la pista de baile para el tradicional primer baile de Consumación.

Me asombra advertir la gran cantidad de soldados magos que hay apostados en el exterior del arboreto y cuyas rígidas siluetas se ven perfectamente a través del cristal.

Un auténtico ejército.

Al otro lado de los guardias se extiende una amplia vista del acantilado de Valgard, y las luces de la ciudad brillan a lo lejos, alrededor de la bahía de Malthorin. Y por encima del agua flota la línea verde de la nueva frontera rúnica de Gardneria, un amenazador recuerdo del creciente poder de esta tierra.

Pierdo el valor.

«¿Cómo conseguiremos Lukas y yo burlar a todos estos soldados? ¿Y dónde están Vogel y sus guardias y el grupo de sacerdotes que estaban en la ceremonia de Consumación?»

La orquesta empieza a entonar las primeras notas de *Deep Forest*, la tradicional pieza que suele tocarse tras la ceremonia de Consumación. Lukas me acompaña hasta la pista de baile, me coge entre sus brazos y empezamos a bailar mientras otros magos se van reuniendo en el borde de la pista. Me topo con la amargada mirada de Evelyn Grey y con la engreída expresión de triunfo de tía Vyvian, que no deja de contemplar a su gran premio, Lukas Grey.

Lukas me hace girar con habilidad agarrándome con firmeza de la cintura y sin soltarme la mano derecha, y los invitados aplauden con suavidad y murmuran palabras de admiración.

Él parece más sereno que nunca, pero yo puedo sentir la enérgica corriente que recorre cada una de sus líneas de poder ardiendo con una tensión letal.

Preocupada, me pego un poco más a Lukas y me inclino para susurrarle al oído. Él reacciona estrechándome con más fuerza.

—¿Has hablado con Thierren?

Un relámpago brilla a través del techo de cristal.

—Sí —contesta con complicidad; es la respuesta de alguien que ha analizado la amenaza y la tiene controlada.

Me lanza una mirada intensa como para advertirme que guarde silencio, y yo imagino que probablemente sepa lo del dragón de Effrey y lo de sus poderes de geomancia.

—No me sueltes —susurra estrechándome la mano con fuerza para proyectar un mayor énfasis a nuestro baile—, así podré utilizar tu poder para alimentar el escudo.

Me lanza una breve y crucial mirada mientras yo pienso preocupada que Vogel podría haber alterado mi magia de forma irreversible de algún modo intrínseco.

Probablemente de algún modo corrupto.

Sin el escudo de Lukas, el poder de la varita negra de Vogel ha convertido mi extraña habilidad para percibir la magia en algo debilitante. Soy como un libro abierto y ahora toda la magia elemental de la estancia puede fluir en mí, mis líneas están al descubierto y son desastrosamente vulnerables.

Las notas que toca el violín de la pieza van creciendo como una marea mientras Lukas nos guía por la pista de baile, y los dos nos hemos dejado arrastrar por nuestro vínculo musical como lo hicimos cuando tocamos juntos, pero la necesidad que siento de hablar con él me atenaza casi con tanta fuerza como el escudo mágico que crepita por mis líneas.

La multitud vuelve a aplaudir cuando la pieza llega a su fin y Lukas me estrecha con dramatismo clavándome su mirada ardiente mientras yo empiezo a sentir un pánico impreciso trepándome por la nuca. La varita blanca que llevo dentro de las medias empieza a vibrar contra mi muslo cuando una inquietante punzada de poder se eleva en el aire como la niebla, y la runa que Sage me hizo en el abdomen se carga de energía.

Me vuelvo para ver cómo Marcus Vogel emerge de la arboleda del invernadero y empieza a recorrer el pasillo central de la recepción captando la atención de todos los presentes.

Me entra el pánico, pero a esa sensación se suma un palpable desafío.

Vogel llega acompañado de un largo contingente militar y con sus cuatro inseparables magos pegados a los talones seguidos de los dos jóvenes guardias. Las largas zancadas de Vogel prácticamente irradian poder. Y lleva la mano sobre la empuñadura de la varita negra, envainada al costado.

Lukas sigue agarrándome con firmeza de la mano derecha y noto cómo su poder ruge ardiente por encima del mío. Vogel se acerca y dirige sus pálidos ojos hacia mí, rápido como un áspid, y noto una palpable punzada en mis protegidas líneas.

Cuando veo la expresión de sorpresa que asoma a los ojos de Vogel siento auténtico terror.

«Estás intentando entrar, ¿verdad? —advierto estrechando la mano de Lukas con fuerza—. Estás intentando colarte en mis líneas. Pero no esperabas que hubiera un escudo, ¿eh?»

Vogel pasa de largo y ocupa su lugar en una mesa muy bien dispuesta junto a la pared de cristal. Nos sonríe con benevolencia a Lukas y a mí, y después le hace un gesto permisivo a la orquesta alzando una mano. Los músicos empiezan a tocar otro vals mientras Vogel toma asiento y las parejas llenan la pista de baile, y mi corazón amenaza con perforarme el pecho.

Reprimiendo las ganas de salir corriendo de allí, sigo a Lukas cuando me aleja de Vogel en dirección a una larga mesa presidencial dispuesta junto a una cascada envuelta en luz verde, y me hace gestos para que me siente cerca del centro, flanqueada por su familia y al lado de tía Vyvian.

Mi tía se levanta cuando me acerco y la constelación de su vestido brilla con fuerza, los diamantes reflejan los rayos de luz verde. Su permanente expresión engreída me revuelve el estómago.

Pero ni siquiera la aversión que siento por tía Vyvian consigue hacerme olvidar la atención de Vogel. Tengo la sutil sensación de percibir una magia sombría invisible que resbala por el suelo, como una niebla retorcida que se desliza hacia la magia de fuego y tierra que Lukas ha proyectado alrededor de mis líneas. Cuando está a punto de acariciar el escudo se alza como una negra ola siniestra.

—Que el Gran Ancestro os bendiga —dice mi tía cogiéndome del brazo y besándome en ambas mejillas, y yo me estremezco al sentir su contacto. Se separa de mí y me mira con una expresión altiva poniendo mucho énfasis en cada palabra al decir—: Maga Elloren Grey.

Siento un escalofrío por todo el cuerpo al escuchar mi nuevo nombre por primera vez.

La rotundidad del nombre atraviesa mis defensas y desentierra una punzada de dolor por Yvan, pero me recompongo rápidamente. Podría haber sido Elloren Bane, pienso

desconsolada. Y Damion hubiera descubierto mi poder y me hubiera lanzado a las garras de Vogel.

A las garras de la varita negra.

Cuando mi tía saluda a Lukas y se recrea admirando su alta figura, siento un renovado agradecimiento por la amistad de mi nueva pareja. Lo abraza y él le devuelve el gesto con una postura recia, pero sigue cogiéndome de la mano y noto cómo su fuego da un tirón.

En dirección a mi tía.

—Por fin —le dice tía Vyvian a Lukas con un tono sedoso—. Enhorabuena a los dos. Espero que vuestra unión dé muchos frutos.

—Oh, no me cabe duda —contesta él con un brillo subversivo en los ojos.

«Ya lo creo que dará frutos —le digo mentalmente a mi tía—. Y si intentas hacer daño a mis hermanos, volveré a por ti con todas mis fuerzas.»

Un grupo de sirvientes uriscos emerge de la arboleda del invernadero portando bandejas llenas de comida. Todos ocupamos nuestros asientos, y yo me alegro de que de pronto haya tanta actividad.

Una esbelta joven urisca más o menos de mi edad se acerca a la mesa, deja una gran bandeja de plata sobre un poyete y empieza a servirnos una exquisitez tras otra de un menú elaborado alrededor del tema central del bosque. Va anunciando cada uno de los platos con un tono formal mientras una suntuosa fragancia flota en el aire.

—Urogallo con glaseado de píceas, magos —dice sirviendo el plato de porcelana negra con la brillante carne cubierta de tiernas agujas de pícea—. Esferas de polen de pino rellenas de colmenillas silvestres. Ensalada de hojas de tilo con raíz de bardana a la brasa.

Coge un decantador de color verde esmeralda y nos sirve en unos vasos de cristal verde la tradicional bebida de la ceremonia de Consumación, un refresco hecho con flores de saúco, hojas de sasafrás y sirope de abedul. Nuestras miradas se cruzan por un momento mientras me sirve la bebida. Ella se apresura a apartar la mirada con sus brillantes ojos azules llenos de miedo y adopta una postura desesperadamente prudente.

Se me hace un nudo en el estómago cuando pienso en su situación. Con la frontera gardneriana a punto de cerrarse y los no gardnerianos a punto de ser expulsados de tierras magas para finales de año, ¿la deportarán a las islas Fae? ¿Y luego qué? Vogel habla abiertamente de la era del esquilado, momento en el que se supone que los no gardnerianos deben ser aniquilados o esclavizados. ¿Cómo sobrevivirá esta joven?

Miro a través del cristal del invernadero en dirección a la brillante frontera verde que se extiende por la bahía de Malthorin. Me vuelve a la cabeza todo lo que Sparrow me ha

contado sobre las islas Fae y siento un renovado propósito.

Hay que aplastar a Vogel y a su ejército y liberar las islas Fae. Hay que reducir a cenizas todo este sistema represivo. Es la única forma de liberar a esta chica. Para evitar que todo el mundo acabe dominado por Vogel.

Yo incluida.

Presa de una rebeldía renovada, finjo adoptar una postura sumisa y agacho la cabeza, dejo caer los hombros mientras la sirvienta se marcha y el aire se llena con el murmullo de la conversación y el tintineo de la plata al rozar la porcelana. Lukas finge ignorarme mientras se enfrasca en una conversación con su padre, que está sentado a su lado, acerca de la situación política actual, pero por debajo de la mesa sigue estrechándome la mano con fuerza.

Observo toda la comida que tengo delante con un nudo en el estómago. Noto cómo los bordes del escudo empiezan a degradarse debido al efecto de mis emociones revueltas sobre mi fuego de afinidad y también la incesante presión de la magia de la estancia.

Quizá percibiendo cómo se está agitando mi fuego, Lukas me aprieta la mano y lanza una nueva corriente de fuego hacia mí, y a continuación una potente línea de magia de tierra que me rodea las líneas de afinidad. Su escudo gana firmeza, se apodera de mi magia y la relaja.

«Puedo notar lo que estás haciendo —intento transmitirle con una mirada—. Gracias.»

Lukas asiente y me mira con complicidad.

La tradicional fila de invitados empieza a formarse para pasar por la mesa a darnos la enhorabuena, y un grupito de soldados de nivel cinco se para delante de nosotros mientras tía Vyvian se levanta y se aleja para conversar con un pequeño grupo de miembros del Consejo de Magos.

—Te deseo una feliz consumación, comandante Grey. —Un mago de barba negra felicita a Lukas al tiempo que le hace un saludo. Yo retrocedo al percibir el intenso poder de agua y aire que emana de él, una descarga de magia casi lo bastante poderosa como para atravesar el escudo de Lukas. El mago me mira con un desagradable atrevimiento —. Tu doncella parece un poco asustada.

—Pues claro —comenta el soldado que está a su lado sonriéndome con cordialidad—. Esta noche va a ver su espada de cerca, ¿verdad?

Todos miran a Lukas, pues él es el único al que incluyen en la broma.

Me sonrojo indignada mientras intento no despegar los ojos de la mesa. No tengo ningunas ganas de ver cómo se regodean mientras disfrutan de su conocimiento privado de eso a lo que están aludiendo, detalles de los que he sido excluida solo porque soy una

mujer. Y de pronto me doy cuenta de que no está bien que ellos sepan tanto y yo sepa tan poco.

—Ya basta, Hale —dice Lukas con un tono agradable, pero en su voz hay una advertencia inconfundible que basta para perturbar su magia colectiva.

—Feliz consumación —dice el soldado que está junto a Hale inclinando un poco la cabeza y recuperando rápidamente la formalidad—. Espero que vuestra unión engendre magos para el poder y la gloria del Gran Ancestro.

Los demás soldados se unen a sus deseos y se marchan.

—*Sanguin'in* —espeta con alegría Hale al marcharse lanzándome una mirada casi lasciva, y los demás se unen a la tradicional ovación.

Mi fuego reacciona erigiéndose con un calor incómodo y miro a Lukas con ganas de lanzarle una ráfaga de fuego al siguiente que diga *Sanguin'in*.

Él me acaricia los dedos de la mano como si percibiera la rabia en mis líneas. Me lanza una mirada decidida y se levanta tirándome lentamente de la mano.

—Ven conmigo, Elloren.

Sintiéndome acosada por las amenazas de los invitados e indignada por nuestras tradiciones, me levanto y dejo que Lukas me arrastre hasta un pasillo mientras su escudo se hace añicos a causa del impacto de mi magia. Nos internamos agachados por la arboleda del invernadero hasta refugiarnos en un pequeño grupo de pinos plateados. La fragancia que desprenden es intensa y especiada, pero apenas consigue cruzar el furioso flujo de mi poder y el ataque de poder externo contra mis líneas.

Lukas me abraza y noto su fuego, es una ráfaga caliente e impaciente. Y enseguida me doy cuenta de que está fingiendo que nos hemos escapado para besarnos.

—Ahora percibo otras cosas aparte de tu magia —le susurro desesperada rozándole la oreja con los labios—. Percibo la magia de todo el mundo. Cuando Vogel internó su poder en nosotros durante la ceremonia de Consumación, despertó algo en mí. Puedo percibir todas y cada una de las líneas de afinidad de los presentes.

—Me lo había imaginado —me contesta separándose un poco para mirarme muy serio —. Ha amplificado algo en los dos. Yo también puedo percibir mucho mejor tus poderes. Puedo sentir su fuerza y cómo fluye incluso sin tocarte.

Me asombra mucho lo que me acaba de decir, pues yo sé que Lukas nunca ha sido capaz de percibir mi magia sin tocarme, y que el mío es el único poder que era capaz de percibir.

—¿Tú también puedes percibir el poder de los demás invitados? —le pregunto.

Niega con la cabeza.

—No. Solo el tuyo. Y cuando no te toco solo lo percibo levemente. Pero cuando nos

besamos… —Guarda silencio un momento y noto cómo su poder tira hacia mí—. Es como si tus líneas fueran tan claras como las mías.

—Yo también percibo tus líneas de afinidad con más claridad —le digo algo temblorosa—, y también es más intenso cuando nos tocamos.

Lukas sonríe un poco al escucharlo y alza las cejas.

—Va a ser una noche interesante.

Yo le miro con el ceño fruncido, sorprendida de lo mucho que le gusta bromear en momentos difíciles. Y muy preocupada por el efecto de Vogel sobre nuestros poderes.

—¿Y si Vogel ha corrompido nuestros poderes de forma irreversible?

Lukas frunce el ceño.

—No creo que nos haya vertido sus poderes. No percibo nada nuevo. Probablemente haya intentado invadir nuestras líneas de forma permanente, pero ha acabado amplificando nuestro poder externo.

—Esa varita que tiene… —susurro—. Lukas, con ella es capaz de apoderarse de la magia de otros magos.

Él se separa un poco más y me mira a los ojos con una expresión oscura.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Los cuatro soldados que siempre lleva detrás…, su poder fluye directamente a la varita negra. Cuando no me estás protegiendo con tu escudo puedo sentirlo claramente. Pienso que esa varita suya le da la habilidad de apoderarse de la magia de otras personas y controlarla.

Lukas piensa en lo que he dicho y aprieta los dientes.

—Ya me he dado cuenta de que no suele separarse de esos soldados. Y tampoco de los dos guardias. —Entorna los ojos con aire reflexivo—. Pero no percibo que haya unido su poder al nuestro.

—Yo tampoco, pero si puede atar a esos magos a su varita, eso significa que quizá también nos lo podría hacer a nosotros. Y probablemente a toda la guardia gardneriana.

Me pongo todavía más nerviosa mientras reflexiono acerca de esos nuevos descubrimientos y sobre las probabilidades que tenemos de escapar.

Lukas y yo estamos rodeados por un ejército de gardnerianos, y es posible que otro ejército de vu trin esté de camino para atacarme en cualquier momento. Asesinos de todas clases podrían estar al acecho.

Y Vogel podría estar a punto de descubrir que soy la Bruja Negra.

Si no lo sabe ya.

—Vogel… me está proyectando su poder —le digo a Lukas un tanto vacilante—. Puedo

sentirlo. Está poniendo a prueba el escudo. Lukas..., tengo miedo.

Lukas me mira fijamente mientras me pasea el pulgar por la mano con lenta deliberación, como si estuviera tratando de percibir el flujo de poder que hay en ella. La temperatura de mi poder ha aumentado tanto bajo su escudo que apenas puedo pensar.

Me acaricia la espalda y me clava su intensa mirada verde.

—Bésame, Elloren —dice con tono grave y delicado. Levanta la mano para acariciarme la mejilla mientras mira de soslayo a la multitud que aguarda al otro lado de los pinos—. Estás tan nerviosa que echas a perder el escudo. Y me resulta más fácil acceder a tu poder cuando estamos pegados.

Yo asiento y Lukas me besa.

Nuestros poderes colisionan con fuerza y noto cómo a él se le entrecorta la respiración cuando le agarro la mano y la túnica con más fuerza. Me estrecha aún más, me pasa una mano por la cabeza y su fuego se interna en mí mediante una ardiente ráfaga.

Jadeo con los labios pegados a su boca y me estremezco mientras Lukas me besa con tanta intensidad que cada una de mis líneas de afinidad se tensa y crece como el fuego de un volcán. Después se vuelve algo más calmado cuando Lukas retiene mi poder de fuego y lo reconduce por un río controlado; la violenta ráfaga de mi fuego se estabiliza. Yo tiemblo mientras Lukas me da un beso largo e intenso y enrosca su magia en mis líneas.

A continuación se separa un poco de mí y me clava su ardiente mirada; los dos tenemos la respiración acelerada.

—¿Mejor? —me pregunta.

Asiento mientras me abraza y noto cómo su calor vibra por mis líneas, que vuelven a estar protegidas por su escudo.

—Mucho mejor —le contesto dedicándole una pequeña sonrisa.

—Bien. —Sonríe—. Seguiré besándote luego.

—Muy bien —consigo decir casi sin aliento a causa de la fuerza de nuestra atracción mágica.

Nos quedamos callados un momento y la cruda naturaleza de nuestra situación se abre paso a través de la niebla de nuestro deseo.

—¿Estás preparada para marcharte? —pregunta Lukas mientras su ardiente mirada se torna curiosa y seria.

—Gran Ancestro, ya lo creo.

Me ruborizo más en cuanto lo digo sabiendo que las últimas barreras que quedan entre nosotros están a punto de desaparecer. De pronto soy mucho más consciente de su

cuerpo: su mano en mi cintura, nuestros cuerpos pegados el uno al otro, y puedo percibir que el apetito de nuestra atracción ha aumentado en los dos.

Y entonces siento una emoción distinta.

Lukas y yo nos hemos besado en más de una ocasión, a veces hemos llegado a fusionarnos de un modo bastante apasionado.

Pero este es un gran paso para los dos.

—¿Sabes? —le digo—, tía Vyvian ha venido a verme antes. Para decirme que no pensaba revelarme ninguno de los secretos de la noche de Consumación. Ha preferido dejarme con la impresión de que mi cuerpo estaba a punto de recibir un ataque militar.

Lukas alza una ceja y esboza una sonrisa ladeada.

—Pues esa no es la noche que yo había imaginado.

—Es un alivio escucharlo, Lukas —le digo muy enfadada—. Esto no está bien, ¿sabes? Que haya tenido que ignorar todo esto solo porque soy mujer.

Me coge la otra mano y me la acaricia con suavidad mirándome con afecto.

—Estoy seguro de que enseguida te pondrás al día.

Le fulmino con la mirada.

—Esa no es la cuestión.

Me mira con atención.

—Ya sé que no es la cuestión.

—Estoy enfadada. Por muchas cosas.

—Bien —dice perdiendo la sonrisa—. Agárrate a eso. Es mucho mejor que el miedo.

Le observo con atención: mi guerrero rebelde.

A sus ojos asoma un brillo travieso.

—Cuando te haya «poseído» —dice con evidente desdén por la idea—, rodearé tus líneas con un escudo mejor—. Me mira con complicidad—. Pero en cuanto pueda tendré que enseñarte a protegerlas por ti misma. Eres demasiado vulnerable, no puedes depender así de mis poderes.

Le miro con agradecimiento sintiéndome mucho más tranquila gracias a su humor y a su sinceridad. Me siento muy agradecida de poder contar con su amistad y de pronto me doy cuenta de lo mucho que está sacrificando al ponerse de parte de la Resistencia. Dispuesto a arriesgar su vida para ayudarme a escapar y a sobrevivir a Vogel. Y entonces me doy cuenta de que no me importa tanto ser Elloren Grey mientras me enfrento a mi propio destino.

—Está bien —le digo mirando las marcas de nuestras manos entrelazadas. Levanto la vista para volver a encontrarme con su convincente mirada—. Confío en ti. Larguémonos de aquí. Vamos a cambiar estas marcas.

Nos acercamos a la mesa de Vogel y tengo la sensación de que todo el poder de la estancia se hace a un lado de pronto.

El Gran Mago me clava sus penetrantes ojos claros y yo tengo que resistirme al impulso de encogerme. Es como una estrella negra, todo lo que hay en el mundo ahora orbita alrededor de él y de esa varita negra.

—Nos marchamos ya, excelencia —comenta Lukas sin inmutarse mientras yo sostengo la mirada fija de Vogel y espero a que su poder sombrío se interne en mí, pero él lo retiene esta vez.

Pienso en los lupinos, en los refugiados que huyen tratando de salvar sus vidas, en el daño que Vogel le está haciendo al mundo, mientras mi fuego de afinidad se encabrita y arde justo por debajo del escudo de Lukas.

«Disfruta de tu momento mientras puedas —digo en silencio—. Si alguna vez consigo dominar mi poder, volveré a por ti.»

De pronto se oye un graznido en el cielo. Levanto la cabeza al mismo tiempo que Lukas y la mayor parte de los invitados que nos rodean, y todo el mundo murmura con inquietud mientras se oyen más graznidos y la música de la orquesta se apaga.

Una bandada de dragones amaestrados surca el cielo mientras los invitados estallan en sonidos de sorpresa observando a los dragones a través del techo de cristal. El suelo tiembla cuando van aterrizando uno tras otro, iluminados por la luz verde de las antorchas que arden al otro lado de la pared de cristal del arboreto. Veo soldados subidos a lomos de los dragones, y más soldados a caballo que rodean la mansión.

Lukas y yo intercambiamos una rápida mirada y su fuego escupe una pequeña llamarada mientras el mío hace lo propio por debajo del escudo, e imagino que esto es tan inesperado para él como para mí.

Se recompone rápidamente.

—¿Hay nuevas sospechas de algún ataque de las vu trin? —le pregunta a Vogel.

El Gran Mago lo mira entornando sus ojos claros.

—Parece que las vu trin se han rendido. Pero tenemos que garantizar la seguridad de todos los miembros del consejo y de los altos mandos militares hasta que estemos seguros. —Vogel sonríe y me lanza una mirada cómplice—. Y tenemos que proteger bien a la nieta de Carnissa Gardner, ¿no crees?

Percibo la ráfaga de tensión en el fuego de Lukas mientras mis esperanzas de escapar implosionan y el pánico se apodera de mí.

Esto supera con creces el dispositivo de seguridad que suele programarse para una ceremonia de Consumación y el posterior desayuno.

Esto es un ejército para vigilar a la Bruja Negra.

—Escoltad al mago Lukas Grey y a su preciosa pareja, Elloren Grey, hasta sus aposentos de consumación —entona Vogel enfocando sus pálidos ojos en los soldados que tiene a la izquierda.

Después me mira entornando los ojos y noto una ráfaga de su poder deslizándose por encima de mis líneas protegidas al tiempo que siento una extraña picazón en la runa del abdomen.

Diez magos de nivel cinco se separan del dispositivo de seguridad que rodea a Vogel y se acercan a Lukas y a mí, y yo palidezco al percibir la suma de su poder combinado. La presión que su poder combinado ejerce sobre el escudo de Lukas es devastadora. Y no va dirigida a él.

Sino a mí.

—Gracias, excelencia —le dice Lukas a Vogel inclinando la cabeza con educación—, pero no es necesario que nos asigne un dispositivo tan numeroso.

—Insisto —contesta Vogel—. Para su protección. Ellos os escoltarán hasta vuestros aposentos y os acompañarán al desayuno de Consumación mañana por la mañana. —Me mira—. Y después a su examen de varita. Nunca estamos del todo seguros, ¿verdad?

Lukas se queda mirando a Vogel un momento y le hace una tensa reverencia.

—Gracias, excelencia.

La permanente sonrisa de Vogel es la sonrisa de alguien que va diez pasos por delante de todo el mundo.

—*Sanguin'in* —dice mirándome fijamente.

Se me acelera el pulso y Lukas me estrecha la mano con más fuerza mientras me guía, y yo noto una ráfaga de su poder de fuego deslizándose por mis líneas. Mi fuego tira a su vez hacia el de Lukas mientras sigo sus largas y decididas zancadas con diez soldados de nivel diez pegados a los talones.

# 6

# Noche de Consumación

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Cuando llegamos a sus aposentos, Lukas me acompaña hasta el otro lado de la puerta de guayaco, se lleva un dedo a los labios para darme a entender que guarde silencio sin soltarme la mano en ningún momento. Después cierra la puerta y echa el cerrojo para aislarnos de los diez magos de nivel cinco que aguardan fuera.

Pero no consigue eliminar la presión de su poder.

Un poder que va dirigido a mí.

El aura de sus poderes combinados me ha alterado las líneas de afinidad, que se han entrelazado las unas con las otras, y noto cómo los extremos del escudo se empiezan a degradar otra vez debido al incesante asalto de tanto poder.

Estoy completamente tensa. Lukas me coge de la mano y me guía por un pasillo flanqueado por guayacos hasta que llegamos a otra puerta que conduce a su dormitorio. Una vez dentro también cierra la puerta y echa el pestillo. Después desenvaina la varita y la utiliza para abrir una caja negra lacada que hay en un estante empotrado en las paredes con árboles incrustados; las oscuras ramas de los árboles se entrelazan sobre nuestras cabezas. Abre la caja y veo una buena cantidad de runas noi negras, y su sombrío brillo de color zafiro ilumina el aire que las rodea proyectando un aura azulada.

Lukas saca cuatro de las piedras rúnicas y las deja en el estante, después vuelve a envainar la varita, rebusca algo por debajo de la costura del pantalón y se saca una varita escondida, una varita marcada con runas noi. Con la punta de la varita va tocando cada una de las piedras rúnicas mientras murmura hechizos, y el brillo de las runas se intensifica. Yo le sigo. Todavía tenemos las manos unidas para conservar el escudo. Lukas coloca una de las piedras a los pies de la puerta del dormitorio y las otras a los pies de cada una de las paredes restantes de la estancia.

Nos desplazamos hasta el centro del dormitorio y Lukas levanta el brazo, apunta con la varita que ha dejado en la puerta y murmura otro hechizo.

Una energía estática sisea por encima de nuestras manos unidas al mismo tiempo que de la varita de Lukas emerge una ráfaga de luz blanca en dirección a la runa. En cuanto colisiona con ella, de las otras tres piedras emergen unas líneas azules, que como si de una telaraña se tratara, se entrelazan para recubrir la superficie de la puerta, las paredes y el techo de la habitación, y terminan fundiéndose en las superficies.

Parpadeo asombrada al ver cómo desaparecen las líneas y cómo Lukas utiliza la magia combinada. De pronto desaparece la presión procedente del exterior de la estancia, y ya solo percibo el poder de Lukas. Tanto su poder como el mío son capaces de atravesar el escudo interno, pues está construido con nuestros poderes combinados.

Lukas me suelta la mano y yo me asusto y me preparo para sentir de nuevo el ataque de la magia combinada de los guardas, pero… nada.

—Ahora podemos hablar sin problemas.

Él se da media vuelta y me mira.

—Ya no puedo sentir la magia de los guardias —admito impresionada.

—Es porque he levantado una barrera rúnica.

Me lo quedo mirando sorprendida.

—Eres bastante hábil utilizando la magia noi prohibida —apunto desafiándole con ironía.

Lukas sonríe y me lanza una mirada ardiente.

—¿Mi falta de pureza mágica te resulta decepcionante?

El brillo travieso que asoma a sus ojos me provoca un inquietante calor que me recorre las líneas. Le lanzo una mirada juguetona.

—Sigues siendo muy mal gardneriano.

Se le escapa una carcajada.

—Es verdad. —Me mira—. Pero tú también.

Nos miramos y entre nosotros salta una chispa de tensión que me recuerda lo mucho que va a aumentar el nivel de nuestra alianza.

Desvío la mirada con las mejillas encendidas y suspiro nerviosa al pensar que voy a cruzar un montón de líneas con él, pero al mismo tiempo me siento muy aliviada de haberme alejado de Vogel y del resto de los magos.

—Una noche más —pienso en voz alta volviéndome para mirar al hombre al que estoy a punto de entregarme.

—Sí, Elloren —dice mientras camina para coger otra piedra rúnica de la caja y la coloca en la base de la pared que tiene delante—. Una noche hasta que todo se desate.

Disfruta del breve respiro.

Toca la piedra con la punta de su varita rúnica y murmura otro hechizo. Las paredes que nos rodean se cubren de un ligero brillo azul.

Arqueo una ceja.

—¿Qué hace esta runa?

Lukas se levanta y me mira.

—Evita las barreras mágicas. Por lo menos hasta que nos marchemos. —Levanta la vista y examina el brillo azul que recubre el techo. Cuando parece satisfecho con su trabajo, deja la varita rúnica junto a la caja de piedras—. He desactivado su magia. —Me mira arqueando una ceja—. Alguien había hecho que un mago de luz colocara runas en mi dormitorio.

—¿Y qué son?

—Absorben el sonido y permiten que otra persona pueda escuchar el eco más tarde. Un hechizo complejo. Los magos de luz tardan varios meses en activar esa clase de runas, y solo se pueden utilizar una vez.

Entonces lo entiendo todo.

—¿Las hizo poner Vogel para poder escucharnos?

—Creo que sí —admite con aire sombrío y una expresión de aparente disgusto—. Y, quizá, para escuchar todo lo que pase esta noche entre nosotros. —Se me revuelve el estómago y Lukas me mira con complicidad—. Y por lo menos yo preferiría que todo lo que pase entre nosotros esta noche sea privado.

—¿Eso significa que han traído aquí al mago de luz del consejo?

—Sí, Elloren —contesta Lukas muy serio—. También significa que Vogel cree que eres lo bastante importante como para invertir en tu persona una magia rúnica muy compleja. Para poder anticiparse a tu siguiente movimiento.

Cuando advierto que dice «tú» en vez de «nosotros» me inquieto.

—¿Crees que Vogel ya se ha dado cuenta de quién soy? —murmuro.

—Es posible —contesta con sinceridad.

—Y entonces ¿por qué no se ha enfrentado a mí?

—Porque por encima de todo es un fanático religioso. —Lukas aprieta los labios con mofa—. Y en *El Libro de la Antigüedad* pone que no se deben hacer hechizos nuevos desde la ceremonia de Consumación hasta la Bendición del Dominio. Y no creo que Vogel supiera quién eres hasta que ha hecho el hechizo de consumación.

El miedo me atenaza la garganta y suspiro esforzándome por no dejarme arrastrar.

—Lukas —digo con la voz apelmazada—, ¿cómo vamos a burlar a todos esos soldados? Vogel tiene un ejército de magos de nivel cinco rodeando la mansión. Incluso dragones.

Me lanza una mirada depredadora.

—Cuando vean el cambio en nuestras marcas de compromiso mañana por la mañana, sus defensas se relajarán. —Se le oscurece la mirada—. Pero las nuestras no.

—Pero ¿cómo conseguiremos despistarlos? ¿Crees que la Bendición del Dominio nos dará el tiempo suficiente?

Lukas da un paso hacia mí con un brillo letal en los ojos.

—Durante la bendición nos concederán ese tiempo a solas en el bosque del que habla *El Libro de la Antigüedad*. Vogel es un fanático y siempre quiere que se sigan las instrucciones del Libro al pie de la letra. Ese es su punto débil, y nos vamos a aprovechar de ello. Así les sacaremos ventaja.

Yo niego con la cabeza.

—Tienen dragones. No tenemos muchas posibilidades.

Lukas se acerca, me toca el brazo con suavidad y yo noto el pálpito de su calor deslizándose por mis líneas.

—Elloren —dice con un tono de voz grave y empático—, ¿confías en mí?

Empujo el miedo y miro a mi alrededor, a las inesperadas piedras rúnicas, y pienso en la creativa fusión que hace Lukas de los distintos sistemas mágicos, y mi confianza en él aumenta. Sé que nunca nos hubiera llevado por ese camino si no creyera de verdad que tenemos posibilidades de escapar.

Nos miramos a los ojos y Lukas me sonríe con su cálida mirada verde rebosante de resolución.

—Confío en ti —le digo.

Él me proyecta una caricia mágica por las líneas.

—Bien —dice, y me siento abrumada por la emoción que brilla en sus ojos.

Aparto la vista ansiosa por no pensar en lo que podría ocurrir mañana, y me concentro en la elegante artesanía de las piezas que hay en el dormitorio de Lukas. Todo está hecho de color negro medianoche y verde bosque, y hay una biblioteca enorme empotrada en una de las paredes. Un fuego ruge en la chimenea, que está frente a los pies de una cama enorme.

Trago saliva al ver la cama y siento un hormigueo producto de los nervios.

La ropa de cama es muy elegante: hay una colcha de color verde oscuro con una intrincada representación de un arce de río, y debajo veo unas sábanas negras como la medianoche. Hay un dosel de color verde bosque sostenido por ramas de ébano, que se han pulido con cera de abeja hasta sacarles brillo.

La cama está flanqueada por dos mesitas de noche sobre las que descansan sendas lamparitas con pies de guayaco esculpidos en forma de troncos, y cubiertas por unas

pantallas en forma de exuberantes toldos de hojas. Hay una silla de madera de caoba con un acolchado de terciopelo negro junto a uno de los laterales de la cama, y tengo una preciosa alfombra bajo los pies con una representación de vides negras sobre un fondo negro. Los intrincados bordados me recuerdan los tapices que Wynter hacía cuando estábamos en la Torre Norte, y siento una pequeña punzada de dolor en el pecho.

«¿Dónde estás ahora, Wynter? ¿Sigues en tierras amaz? Por favor, no te me vayas igual que Yvan.»

Antes de dejarme arrastrar por el dolor, me esfuerzo por olvidar lo mucho que añoro a mi familia y a mis amigos, pues esta noche necesito bloquear todo lo que he dejado en el mundo exterior. Este dormitorio y Lukas. Es lo único que existe. No hay mejor elección. Ahora soy Elloren Grey, y Lukas y yo tenemos que sellar nuestro compromiso para poder escapar.

Vuelvo a concentrarme en el lujo que me rodea y me acerco a la cama para deslizar el dedo por el bordado negro que adorna el dosel de la cama. Noto el tacto suave de la seda bajo los dedos; de las esquinas cuelgan unas pequeñas borlas negras. Paso la mano por la madera del poste y la magia se interna en mis líneas. Roble negro.

Me está mirando con la mano apoyada en el respaldo de la silla tapizada con terciopelo. Tiene el fuego controlado, pero yo percibo su presencia, cálida y palpitante.

Miro la cama con incomodidad y después le vuelvo a mirar a él sintiéndome un poco vulnerable.

—Lukas —le digo con la voz temblorosa—, quiero que sigamos comprometidos cuando lleguemos a las tierras Noi.

Me mira a los ojos.

—Yo quiero seguir comprometido contigo independientemente de dónde vayamos.

—No, lo que quiero decir es que, si llegamos a las tierras Noi… —sigo diciendo algo vacilante—, quiero que sigas estando tan comprometido conmigo como yo lo estoy contigo.

—Elloren, nuestro compromiso es permanente. Y después de esta noche, el hechizo de consumación también lo será.

—No, solo es permanente para mí —contesto resentida—. Porque soy mujer. Tú puedes estar con otras personas.

Cuando entiende lo que quiero decir se le iluminan los ojos.

—No lo haré —me asegura—. Solo quiero estar contigo.

Lo dice con tanta seguridad que algo se relaja en mi interior. Asiento mirándole a los ojos y compartimos lo que parece una mirada cómplice.

—Siéntate. Relájate —me ofrece—. Esta noche estás a salvo. Y lo que pase entre

nosotros no tendrá nada que ver con lo que haya podido contarte tu tía. No pienso forzarte, a pesar de lo que haya dicho.

Le miro frunciendo el ceño.

—Puedes llegar a ponerte bastante agresivo cuando quieres.

—Es cierto —admite abriendo un armario que hay debajo de una estantería y saca dos botellas y un sacacorchos. Se pone de pie y vuelve a mirarme a los ojos—. Pero yo jamás forzaría a nadie. Nunca.

Asiento y respiro hondo mientras me siento a los pies de la cama frente a él pasando los dedos por encima de la delicada tela de una rama que hay bordada en la colcha que tengo debajo. Lukas ha aplacado parte de mi ansiedad, pero las amenazas externas todavía me tienen tensa y preparada para cualquier enfrentamiento. Y por muy tranquilizador que esté siendo, lo de esta noche me da un poco de miedo.

Lukas deja las botellas y el sacacorchos en una mesita que hay junto a la silla y me mira con el ceño fruncido.

—Elloren —me dice con un tono comprensivo—, ya sé que esta situación no es ideal. Ya te lo he dicho. Todo ha ido demasiado rápido, y hubiera preferido cortejarte primero.

Asiento tensa como la cuerda de un arco, incapaz de esconder el peligro y el trauma de esta noche. Y las entrometidas tradiciones gardnerianas que se inmiscuyen en algo tan íntimo y personal.

—Me han molestado mucho las bromas que han hecho sobre esto —le digo con sinceridad gesticulando en dirección a la cama incapaz de reprimir la rabia—. Todas esas bromas acerca de que me clavarías tu «espada» y que repitieran tantas veces lo de *sanguin'in*.

Todavía siento la vergüenza que me han hecho pasar y tengo ganas de rebelarme contra las tradiciones gardnerianas que me han arrebatado esta experiencia.

Lukas me mira muy serio y se acerca a mí tomándose muy en serio lo que le he dicho. Alarga la mano y me acaricia el hombro dibujándome un círculo con el pulgar en la piel.

—Es como una broma de la que soy el objeto pero que no comparto —digo resentida. Frunzo el ceño mirando la cama y después le miro de nuevo a él—. Me han ocultado todo esto y me han dejado fuera de las bromas porque soy mujer y… eso no está bien.

De pronto me doy cuenta de lo íntimas que son las confesiones que le estoy haciendo a Lukas en este momento. Él parece sorprendido por mi sinceridad, pero sigue mirándome muy concentrado. Estoy enfadada —mucho— y me estremezco al pensar en lo injustas que son nuestras tradiciones con las mujeres.

—Elloren —dice Lukas cogiéndome de las manos para levantarme de la cama con delicadeza. Me habla con un tono grave cargado de empatía—. Estamos juntos en todo.

Incluyendo esto. Y no es una broma. Para mí no.

Esbozo una mueca de desdén.

—Mañana todos te preguntarán por «tu espada» mientras me miran con lascivia.

—Y algún día tú podrás proyectar tu magia directamente hacia ellos y envolverlos con tu fuego.

Le miro alzando una ceja inesperadamente conmovida por ese violento sentimiento. Y por su comprensión. Por el hecho de que no se lo esté tomando a la ligera.

—Esta noche estás acertando en todo, Lukas.

Él se ríe un poco y levanta la mano para acariciarme la mejilla mirándome con cariño.

—Bien. Lo digo en serio.

Su relajante contacto alivia el temblor que me ha provocado el enfado y yo me esfuerzo por normalizar la respiración. Hago un gesto con la barbilla en dirección a las botellas recordando que le pedí que trajera alcohol.

—Entonces ¿tenemos algo para beber? —comento—. Qué bien.

Lukas sonríe y me suelta las manos.

—Creo que te gustará.

Le miro con curiosidad mientras él se aleja para coger una de las botellas y el sacacorchos.

Me lanza una mirada rebelde al tiempo que introduce el sacacorchos en lo alto de la botella.

—Son vinos elaborados con productos de árboles.

Yo alzo la ceja al escucharlo y él saca el corcho de la botella con un pop.

—Espero que sean fuertes.

—Para nada —admite volviendo a dejar la botella en la mesa—. Mañana tenemos que estar despiertos. No nos vamos a emborrachar, pero sí que son relajantes. Cada uno tiene sabor a una madera distinta.

—Que… bien —digo mientras él saca el corcho del sacacorchos—. Lukas…, estoy muy nerviosa.

Se para un momento y me mira a los ojos.

—Haré todo lo que pueda por tranquilizarte —me asegura. Después vuelve a colocar el corcho en la boca de la botella—. Este es un buen vino, Elloren. Imagino que nunca habías bebido vino.

«He tomado tirag con Valasca —pienso—. Demasiado.»

—No, nunca he tomado vino.

—Pues este te gustará.

Coge dos copas cristalinas de un estante.

Vuelvo a sentarme en la cama y cojo una botella de cristal que hay sobre la mesita que tengo al lado. Lleva un lazo dorado bordado con letras ishkart.

—¿Qué es esto?

—Aceite de Ellusia. —Guarda silencio un momento, como si no supiera qué decir—. Para luego.

Le quito el tapón a la botella y huelo el contenido. Vainilla. Rosa. Jazmín.

—¿Para qué es? —pregunto volviendo a taparla.

Él vuelve a vacilar con la botella en la mano.

—No quiero hacerte daño, Elloren.

Me siento un poco confusa durante un momento. Y entonces me ilumino y se me acalora el rostro.

—Tienes mucha práctica desflorando vírgenes, ¿no? —le pregunto enfadada y muy avergonzada.

Lukas sonríe y vierte un poco de vino en cada una de las copas.

—No. Tú serás la primera.

Coge las copas, se acerca a la cama y me tiende una.

Yo cojo aturdida la copa y observo el líquido de color miel a la suave luz de la lámpara.

—Somos únicos, tú y yo —dice Lukas sentándose en la silla de terciopelo delante de mí con la copa en la mano—. Nuestras afinidades encajan a la perfección. —Señala la cama con la copa—. Y yo diría que en esto también encajaremos.

Tomo un sorbo de vino un poco preocupada.

El sutil dulzor de la bebida me llena la boca y abro los ojos sorprendida. Está increíblemente bueno. Seco y suave, con un regusto a madera.

—¿Qué es esto? —pregunto maravillada pasándome la lengua por el labio superior mientras noto cómo el alcohol me calienta las líneas de tierra. Se me iluminan los ojos—. Ah, ya sé. —Cierro los ojos embelesada y me viene a la cabeza la imagen de un árbol conífero con las ramas bajas—. Mmm. Cedro.

Cuando abro los ojos, Lukas está paladeando el vino mirándome fijamente.

—Muy bien. Ha envejecido en barricas de cedro durante varios años. Solo los magos con líneas de tierra muy fuertes pueden percibir los árboles en el vino.

—Oh, Lukas. —Tomo otro sorbo y dejo que el vino se deslice por mi lengua sintiendo cómo los árboles me acarician las líneas—. Está buenísimo.

Me está mirando con admiración y cariño.

—Me gusta que sepas valorar las cosas buenas. La buena música, el buen vino. —Contempla su copa—. ¿Cómo han podido ilegalizarlo? Los gardnerianos son idiotas.

Tomo otro sorbito sintiendo cómo el precioso cedro me abraza y relaja la tensión de

mi cuerpo y mis emociones hasta el punto de que todos los pensamientos reprimidos empiezan a brotar a la superficie. Me viene a la cabeza el atractivo rostro de Yvan y me acuerdo de sus abrazos, su beso wyvern, sus alas alrededor de mi cuerpo…

«Yvan.»

El dolor me engulle y me atenaza mientras me viene a la cabeza ese doloroso pensamiento:

«Se supone que esto tenía que ser contigo, Yvan. Se suponía que íbamos a estar juntos».

Vuelvo a tomar un poco de vino desesperada por conseguir que el embriagador sabor del cedro se lleve mi dolor.

«Se ha ido, Elloren. Tienes que dejarle marchar.»

Respiro hondo y me estremezco mientras el efecto del vino me va calando y la visión del árbol va aliviando mi dolor.

Me quito los zapatos con hojas bordadas y arrugo los dedos contra la alfombra protegidos por las medias. Tengo las rodillas casi pegadas a las de Lukas. Dejo la copa en la mesa y le miro, ahí sentado, tan cómodo, con la cadera echada hacia delante y apoyado sobre un codo con la copa en la mano.

—¿Has estado con muchas mujeres? —le pregunto un poco vacilante.

Lukas toma un poco de vino y me lanza una mirada un poco recelosa.

—Con algunas.

Me duele escucharle decir eso. «Es absurdo», me regaño. Ya ha dejado claro que tiene experiencia.

Debe de sentir que me ha afectado, porque alza un poco las cejas.

—Pero si sirve de algo, nunca he estado con otra maga.

Intento desprenderme del ridículo dolor que es lo bastante fuerte como para abrirse paso por la calma del vino.

—Qué sorpresa —admito.

Él suelta una carcajada.

—No he querido interferir con el culto gardneriano a la virginidad. —Hace girar el vino dentro de la copa con actitud reflexiva—. Nuestra sociedad es muy susceptible en ese sentido.

Me estremezco al pensar en las opciones que quedan.

—Entonces ¿has estado con sirvientas uriscas? —le pregunto con recelo pensando en cómo Silvern había ido tras Sparrow.

Lukas me mira con incredulidad.

—No, Elloren. Yo no apruebo eso.

Cada vez me siento más confusa.

—Por favor, dime que nunca has estado con una selkie.

—Pues claro que no. Ya te lo había dicho.

Le miro frunciendo el ceño.

—Si no has estado con selkies ni con sirvientas, entonces ¿con quién?

Sé que estoy siendo indiscreta, pero toda la situación es indiscreta.

Lukas suspira con fuerza.

—¿Tanto te importa saberlo, Elloren?

«No, probablemente sea mejor no saberlo —pienso—. Pero sigo pensando que no puedo estar contigo si has abusado de alguien en el pasado.»

—Sí —le digo—. Necesito saberlo.

Inclina la copa y observa el reflejo de la luz en el vino.

—Cada año llegaban vu trin nuevas a la base de Verpacia. Estaban lejos de casa. Se sentían solas. Y ellas tienen una visión moral muy distinta en cuanto a… —Señala la cama con la copa—. Hubo dos ocasiones en que surgió una atracción mutua con chicas de rango similar al mío. Y decidimos explorarla.

Me lo quedo mirando con la boca abierta. Se ríe.

—No hagas preguntas de las que no quieras saber la respuesta, Elloren.

Entorno los ojos.

—Tienes una vida amorosa muy complicada.

Suspira y me mira de arriba abajo.

—Pues sí.

—¿Vu trin? —No consigo hacerme a la idea—. ¿Con sus estrellas asesinas y sus espadas rúnicas?

Se le escapa una pequeña carcajada.

—Me gustan las mujeres peligrosas. —Alza la copa en mi dirección a modo de brindis —. Como es evidente.

—Eso está bien —le digo con ironía—, dado que esta noche podrías arriesgar tu vida. Teniendo en cuenta que mi poder es superior al tuyo en casi todos los sentidos.

—Esta vez estoy preparado —contesta Lukas con un brillo travieso en los ojos—. Y tu poder está controlado porque está protegido bajo un escudo. —Deja la copa en la mesa y se dirige a abrir la otra botella lanzándome una mirada sensual que me provoca un escalofrío cálido en las líneas—. Quiero que pruebes este también.

Observo a Lukas mientras sirve un poco de vino escarlata en ambas copas. Tomo conciencia de su aspecto sintiendo cómo mi fuego despierta. Imaginando la forma de su

cuerpo bajo la túnica. Asimilando sus suaves y musculosos movimientos. Sus profundos ojos verde bosque.

Coge su copa y me da la mía.

Tomo un sorbo.

—Mmm. —Me paso la lengua por los labios—. Sabe a… cerezas ahumadas. Y…, oh, es roble.

Cierro los ojos y respiro hondo mientras el árbol de ramas negras se despliega ante mí; mis líneas de tierra se enroscan a todas sus ramas. Abro los ojos y le sonrío.

Él se inclina hacia delante pegando las rodillas a las mías.

—Quiero besarte los labios mientras todavía saben a este vino.

Se me abren un poco más los ojos y siento cómo el calor me trepa por la cara al tiempo que mis líneas de fuego centellean con fuerza.

Lukas pasea la mirada por mi cuerpo hasta llegar a mis ojos.

—Tenemos que disfrutar de las cosas buenas mientras podamos, Elloren. Nos queda un duro camino por delante. Con pocos lujos. —Suspira como resignado—. Después de esta noche, lo más probable es que tengamos que dormir en el suelo durante un tiempo.

Pienso en lo que ha dicho mientras los dos callamos tomando vino en agradable silencio. La madera crepita suavemente en la chimenea y la suntuosidad del vino me relaja las líneas. Me doy cuenta de que Lukas está siendo muy considerado conmigo. Está conteniendo su fuego. Pero también sé que no quiero pasarme la noche entera esquivándolo.

Respiro hondo, me levanto y me doy la vuelta. Después le miro por encima del hombro.

—Necesitaré ayuda con los lazos —le digo con el corazón acelerado mientras mi magia tira con fuerza para fundirse con la suya.

El fuego de Lukas suelta una llamarada y se alimenta del mío, y las llamas de nuestros respectivos fuegos se elevan rápidamente y se lamen entre ellas.

Le observo sin respirar mientras él deja la copa y se levanta de un solo movimiento, notando cómo su fuego rodea el mío cuando se acerca.

Me acaricia los brazos con delicadeza y yo suspiro algo temblorosa; su contacto multiplica el calor y mis líneas se abalanzan hacia las suyas. Pasea las palmas de las manos por mis brazos hasta posarlas sobre mis hombros.

Noto cómo su calor se desliza por mi espalda y se me corta la respiración. Y me encanta cómo huele. Cierro los ojos, me apoyo en su pecho y respiro hondo volviéndome para enterrar la mejilla contra su cálido cuello mientras su fuego emite otra llamarada.

«Madera de las profundidades del bosque. Pino.»

Lukas desliza las manos entre nosotros y se mueve solo un poco mientras sus hábiles dedos de pianista me desabrochan rápidamente los lazos. Después tira hacia arriba de mi túnica de consumación y yo levanto los brazos para que él me la quite por encima de la cabeza y la deje caer al suelo dejando al descubierto la camisola verde que llevo debajo. Bajo los brazos mientras Lukas vuelve a abrazarme y de su fuego escapa una ardiente llamarada.

Le miro por encima del hombro con la respiración entrecortada, dejándome arrastrar por una repentina expectativa y la embriagadora sensación de sus llamas internándose en las mías.

Noto su aliento cálido pegado a la oreja.

—Quítate la falda. Por favor —me susurra con un tono sugestivo.

Mi fuego se acelera y nuestros respectivos poderes se recargan.

Me doy media vuelta y me siento en la cama asombrada de lo inestable que estoy a causa de los nervios, y me quito la falda.

Cuando ya solo llevo la finísima camisola de seda, las bragas y las medias de seda verde, me encuentro con la ardiente mirada de Lukas. Todavía llevo la varita pegada al muslo por dentro de una de las medias. La saco y la dejo sobre la mesita de noche que tengo al lado. A continuación me tumbo en la cama disfrutando de la sensación del fuego de Lukas, que chispea pegado al mío. Al tenderme noto los bultitos de la colcha rozándome la piel desnuda que asoma por encima de las medias. Cierro los ojos y disfruto del sabor de las cerezas que todavía tengo en la lengua mientras siento cómo los árboles me acarician las líneas.

El fuego de Lukas se apaga un momento y yo abro los ojos justo cuando él está sacando algo de la bolsa de piel que hay junto a la silla. Una botellita. Del interior coge algo que parece una minúscula raíz y me la da.

—Toma, Elloren.

—¿Raíz de sanjire? —le pregunto.

Asiente.

Le tiendo la palma de la mano y él me da la raíz para prevenir el embarazo. Yo me la llevo a la boca.

Es amarga y me sonrojo al pensar en el objetivo del remedio. En lo que está a punto de pasar. Le miro con la ceja arqueada.

—Pensaba que tenías que fecundarme.

Él niega con la cabeza y vuelve a sentarse cogiendo la copa.

—Es posible que esa sea la frase menos sensual que nadie haya dicho en toda Erthia.

—Mmmm… —concedo mientras paseo el dedo por el bordado de la colcha.

Lukas se pone serio mientras me mira y noto cómo su fuego palpita en mis líneas.

—Esa tela es muy fina.

—También es muy suave —bromeo mordiéndome el labio.

—Mmmm.

Su fuego vuelve a llamear en mi dirección, el calor es cada vez más insistente.

—Tu fuego —le digo mientras su calor alimenta el mío—. Está empezando a hacerme sentir muy relajada.

—Bien —dice—. Porque cada vez tengo más ganas de quitarte esa camisola.

Trago saliva. La tensión aumenta.

Acalorada por nuestra atracción de afinidad, me siento y descuelgo las piernas por un lateral de la cama. Cojo la copa y tomo un sorbo de vino, hago girar el líquido y lo observo mientras las ramas del roble me abrazan relajando todas mis líneas.

—¿De dónde sacaste la runa que llevas en el antebrazo? —me pregunta Lukas con tranquilidad mirándome fijamente.

—Me la hizo Sagellyn Gaffney —le explico—. Cuando estuve en Cyme. Resulta que es una maga de luz. También me colocó una runa para percibir demonios.

Me levanto la camisola con descaro para enseñársela y noto cómo Lukas se desconcentra un momento cuando contempla la runa de mi abdomen desnudo. Su mirada se torna un poco líquida antes de mirarme a los ojos.

—¿Estuviste en Cyme? —me pregunta casi sin aliento.

Asiento mirando la copa y el precioso color escarlata del vino reflejando la luz del fuego.

—Allí es donde tomé alcohol por primera vez —le confieso esbozando una sonrisa traviesa—. Una noche tomé demasiado tirag con Valasca Xanthrir.

El asombro recorre todas las líneas de Lukas. Se inclina hacia delante con el fuego revuelto.

—¿Acabas de decir que estuviste tomando tirag en Cyme con Valasca Xanthrir?

—Ajá.

Le sonrío y tomo otro sorbo de vino.

Lukas respira hondo con actitud reflexiva.

—Pues nuestras probabilidades de sobrevivir acaban de mejorar mucho. Siempre que consigamos cruzar el Paso, claro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque las vu trin están aliadas con las amaz. Y cuando les digan que eres la Bruja Negra, las amaz enviarán a la cabecilla de la guardia de la reina a por ti.

Yo alzo las cejas.

—Pues es una suerte. Es amiga mía.

Lukas ladea la cabeza y suspira.

—Es un alivio saber que probablemente Valasca Xanthrir no quiera matarnos. ¿Cómo es que acabaste tomando tirag con ella?

Le cuento la historia de Marina la selkie y que tuvimos que viajar hasta la ciudad amaz de Cyme para conseguir la ayuda de las amaz y poder liberar a todas las selkies, y cómo allí me encontré con Sage Gaffney.

—Aquella noche me dolía mucho la cabeza —le digo—, y Valasca me dio un poco de tirag. Tomé bastante, y enseguida me di cuenta de que el alcohol me hace sentir… —esbozo una lenta sonrisa— bastante relajada. Más o menos como tu fuego.

A los ojos de Lukas asoma un brillo sugerente. Me proyecta una cálida llama.

—¿Te gustaría sentirlo mejor?

Mi poder se abalanza hacia él y una ráfaga de magia se interna en sus líneas, y Lukas se estremece al notarlo. Yo le sonrío.

—Sí.

Mi descarada mirada parece divertirle. Se pone de pie, me quita la copa de la mano, la deja sobre la mesa; se quita la túnica y la tira sobre el respaldo de la silla.

Verlo medio desnudo me sorprende y siento una punzada de intenso deseo. Trago saliva mientras paseo los ojos por su atractiva figura.

Lleva un cuchillo marcado con runas noi pegado a uno de los brazos. Y otra pequeña varita rúnica pegada al otro. Su pecho es muy musculoso. Se ve terso, tiene una pequeña sombra de vello oscuro en el centro y su piel emite una tenue luz verde.

El caminito de vello negro desaparece en sus pantalones.

Se me calientan las líneas y vuelvo a subir los ojos hasta su rostro, y descubro que ahora su sonrisa se ha vuelto felina.

Lukas se quita la varita, el cuchillo y las fundas, y lo deja todo en la mesita al lado de mi varita. Después se sienta, se quita las botas y se mete las manos por las perneras de los pantalones, de donde saca los cuchillos rúnicos que llevaba pegados.

—¿Estás seguro de que no los vas a necesitar? —le digo con tono desafiante.

—Por peligrosa que seas, lo dudo mucho —bromea. Deja el segundo cuchillo junto al primero y me sonríe—. Cada vez estás más simpática.

—Eres muy atractivo.

Me sonríe y coge la varita.

—Túmbate —me pide con delicadeza.

Le obedezco y él murmura un hechizo. Unas finas líneas negras brotan de su varita y me rodean el cuerpo dibujando una suave red que me provoca unas chispas deliciosas,

algunas sofocadas por la ropa, otras muy placenteras cuando me tocan la piel desnuda.

Se me acelera la respiración y las chispas me provocan una deliciosa vibración que se me mete dentro, y se me escapa un gemido.

—Qué agradable, Lukas.

A sus ojos asoma una mirada carnal.

—Es mucho más divertido sin ropa.

Me lo quedo mirando durante un tenso momento mientras las líneas se disipan y desaparecen. Y le digo con dulzura:

—Pues quítamela.

Lukas se queda inmóvil un momento. El fuego crepita en la chimenea. No nos movemos ninguno de los dos.

Se acerca a mí con la agilidad de un gato y la cama cede a su peso. Me mira con una intensidad abrasadora y desliza las manos hasta el centro de mi camisola como si estuviera decidiendo por dónde va a empezar primero.

Me la quita de tres decididos tirones. El resto de mi ropa desaparece de un único y hábil movimiento. Destila la ardiente intensidad de un artista. Sin vacilar. Sin torpeza.

Se tumba y se apodera de mis labios pegándose a mí. Noto su musculoso cuerpo junto al mío, excitantemente duro y cálido al tacto. Nuestros fuegos de afinidad se abalanzan el uno sobre el otro, nuestras líneas de tierra se entrelazan rápidamente, y noto cómo las llamas de afinidad de Lukas pelean contra su cuidadoso control.

Parece dominarlas y retenerlas de la misma forma que lo hizo cuando tocamos juntos. Ahora me toca con más delicadeza y sus líneas de fuego están más contenidas. Me espera y deja que la intensidad vaya aumentando mientras me besa con ardor y su fuego me acaricia las líneas; el calor brota y se encoge de nuevo, es un baile. Sube y baja. Me provoca al retirarse. Y después comparte conmigo un ardiente vislumbre de todo su poder.

Yo voy alcanzándolo lentamente y empezamos a encontrar el ritmo del otro, vacilando cada vez menos, explorando el cuerpo y el poder del otro. Me recreo tocando sus musculosos muslos. El hueso de su cadera que asoma por debajo del pantalón. La caricia de mi poder justo en esa zona. Lukas me toca con firmeza y mi poder llamea con un ardiente deseo por él.

Y las sorprendentes cosas que traspasan la feroz bruma de nuestro poder combinado.

Sus uñas, con las que me roza con suavidad las palmas de las manos, me provocan un hormigueo que resbala por todo mi cuerpo. La asombrosa sensación de su boca sobre mi pezón y los círculos que me dibuja sobre la punta. Su delicioso calor. Las exquisitas visiones de su cuerpo medio desnudo moviéndose contra el mío.

Se cambia de postura sobre la cama y se sienta sin dejar de mirarme. Tiene la varita en la palma de la mano.

—Túmbate boca arriba —me propone con la voz ronca.

Yo le obedezco atrapada en su anzuelo. Lukas murmura un hechizo con la voz ronca por el deseo, y vuelve a proyectarme las líneas de chispas.

—Mmmm.

Soy como un gato tumbado a la luz del sol, y me estiro lánguidamente dejándome arrastrar por el placer que me fluye por las líneas. Lukas va moviendo la varita por mi cuerpo muy concentrado, y va desplazando la chispeante magia hacia abajo mientras caigo presa de una creciente y deliciosa tensión.

Las líneas se fusionan justo entre mis piernas y me sobrecoge una repentina explosión de éxtasis estremecedor, se me arquea el cuerpo cuando se me escapa un grito y un calor palpitante me envuelve. Una oleada tras otra. Y tarda un rato en disiparse. Cierro los ojos, estiro el cuello y suspiro con fuerza.

Y entonces Lukas se acerca a mí.

Se tumba medio desnudo encima de mí y pega su duro deseo justo allí donde mi placer sigue palpitando. Yo todavía tengo los ojos medio cerrados. Disfruto de la increíble sensación que ha creado Lukas contoneando la cadera para aferrarme a ella. Y al hacerlo me pego a él.

Él se separa un poco de mí; escucho un clic y noto cómo se desabrocha el cinturón.

Abro los ojos y aparto rápidamente la mirada: de pronto la habitación da vueltas, se me acelera el corazón y el fuego ruge por mis líneas. Me muerdo el labio inferior y vuelvo a notar el sabor a cereza y a roble. Después trago saliva y me aventuro a mirarle el cuerpo. Noto cómo el calor me trepa por el cuello y aparto de nuevo la mirada al notar la salvaje inquietud que se abre paso por la bruma de deseo.

Lukas vuelve a tumbarse encima de mí y noto el calor de su piel pegada a la mía.

Me vuelvo y veo la luz del fuego reflejada en la botella de aceite. Lukas destapa la botella con una mano, la inclina y se vierte unas gotas en los dedos.

Percibo el aroma floral y a vainilla del aceite.

Después se apoya sobre el codo, me pasa la mano sobre el abdomen y la va deslizando lentamente hacia abajo, y yo noto el calor del aceite que va dejando a su paso. Sus dedos dejan un reguero de calidez que va aumentando de temperatura. Lukas dibuja espirales en la piel desnuda de mis caderas y después desliza los dedos hacia abajo sin dejar de mirarme para asegurarse de que le doy permiso en todo momento.

Asiento y suspiro al tiempo que le estrecho con fuerza.

Le vuelvo a mirar: está completamente desnudo y la nerviosa sorpresa se mezcla con

una dura punzada de deseo al mismo tiempo que el calor me trepa por la cara y se me extiende por el pecho. Verle así me resulta muy íntimo. Se me acelera la respiración.

El cuerpo de un hombre. Excitado.

Lukas se coloca sobre mí y me da un largo y sensual beso. Un apetito más intenso se apodera de mí mientras nuestros respectivos fuegos se abalanzan el uno sobre el otro, y yo le pego a mí.

Y entonces noto la presión y una punzada de dolor que me arquea el cuello: jadeo asombrada.

Lukas se detiene una vez completamente enterrado en mí, me sujeta de la cadera con una mano y no deja de besarme. Respira con fuerza mientras me espera, controlando la situación, y yo voy sintiendo cómo el dolor que he notado cuando ha entrado va desapareciendo. Vuelve a acercarme la boca a los labios y me besa intensamente, proyectando una serie de raíces que se entrelazan con mis líneas.

Espera a que me relaje y a que mis caóticas líneas se alisen y se calienten. Y después empieza a moverse dentro de mí, despacio al principio.

Jadeo sintiéndole dentro de mí. Es abrumador. Pero un cálido placer palpita para equilibrar el dolor, y yo me arqueo hacia él mientras su fuego se estremece en mi interior y empiezo a sentir un creciente placer.

Los movimientos de Lukas son suaves y están deliciosamente acompasados con los movimientos de su boca y su lengua, y con su forma de agarrarme con fuerza para después relajarme.

Con la serenidad de su poder.

Nos vamos sincronizando poco a poco, voy encontrando su ritmo mientras noto las crecientes oleadas de placer y de su fuego agitándose en mi interior. Echo la cadera hacia delante para acompasar sus movimientos y noto cómo sonríe pegado a mi boca.

Cuando por fin vuelvo a notar esa ráfaga explosiva, ya no es tan estática como la anterior, y el ligero dolor que siento alrededor de él me contiene un poco. Pero un placer más dulce y exquisito palpita en mi interior fusionando raíces, ramas sinuosas y fuego estremecedor, y aliviando el dolor. Suspiro y deslizo los dedos por la musculosa espalda de Lukas.

Su control empieza a ceder mientras él aumenta el ritmo y su caricia es cada vez más apasionada, empujada por un creciente apetito y el fuego que corre desbocado por sus líneas para internarse en las mías. Cada vez siento más calor.

Empujada por el instinto, le rodeo con las piernas y pego la boca a la cálida piel de su cuello mientras él se mueve. Convoco todo mi poder y proyecto un fuego abrasador y una magia que se bifurca por sus líneas.

Lukas pierde el control.

Empuja con energía y la respiración entrecortada; me estrecha con fuerza.

—Elloren…

Me arranca un jadeo con una última embestida que me inunda de calor mientras él ruge y se agarra a mí, y noto cómo su fuego me recorre todo el cuerpo abrasándome las líneas.

Apoya la barbilla en mi hombro y noto su cálido aliento. Tiene todos los músculos del cuerpo duros como rocas.

Me mira fijamente.

Con los ojos abiertos. Totalmente. Indefenso.

El salvaje afecto que brilla en ellos me deja de piedra, y me cuesta mucho no apartar la vista de tan intenso que es.

Después de un buen rato, la respiración de Lukas se acompasa y la salvaje y ardiente intensidad de su mirada se apaga.

Nos quedamos allí abrazados un rato. Los dos parecemos sorprendidos.

Lukas sale de mi cuerpo con delicadeza mientras yo me aferro a él todavía perdida en una niebla de magia y calor.

—No, no te vayas —protesto.

Se ríe por lo bajo mientras se aparta de mí y se tumba boca arriba, mira al techo con una mano sobre su musculoso abdomen y la respiración entrecortada.

Noto cómo se abre un vacío entre nosotros y me pego a él aferrándome a su brazo. Pero él parece repentinamente perdido en sus pensamientos, distante.

Todavía estoy afectada por la fuerza de nuestros poderes combinados, superada por un mareo apacible y cálido, pero soy consciente de que ha sido absolutamente considerado conmigo por cómo me ha tratado. Solo siento un pequeño y palpitante dolor donde antes estaba él, mezclado con el caliente placer residual.

Lukas se vuelve y me mira a los ojos.

—Todavía estoy atrapada en tu fuego —le digo.

Me desliza un dedo por el costado.

—Yo estoy atrapado por todo tu ser —dice con la voz ronca—. Eres tan bonita, Elloren. Eres… preciosa.

Me está mirando el cuerpo con admiración, como si fuera una obra de arte. Después me mira a los ojos y el afecto que brilla en ellos me llega al corazón.

Levanto la mano y me asombro al ver que las marcas de compromiso han cambiado, pues ahora tengo unas intrincadas cenefas nuevas en las muñecas que emiten un brillo verde.

Lukas levanta su muñeca, con las mismas marcas, y desliza un dedo por mis marcas.

—¿Ya te he metido en cintura? —bromea provocándome un escalofrío al repasarme las marcas con el dedo.

Se me escapa la risa e incluso a pesar de nuestra atracción mágica consigo lanzarle una mirada desafiante.

—No.

Lukas suelta una carcajada grave y satisfecha.

—Bien. —Me toca la punta de la nariz y esboza una sonrisa traviesa antes de clavarme una seria mirada—. Aférrate a eso.

Se le borra la sonrisa y a sus ojos vuelve a asomar ese ardiente fuego.

Y después aparece de nuevo el conflicto.

Lukas vuelve a tumbarse boca arriba y se queda mirando otra vez al techo con una expresión indescifrable.

Yo estoy demasiado relajada a causa del fuego que sigue deslizándose por mi interior como para sentirme dolida por su lejanía. La atracción de su poder, el salvaje placer de estar con él…, todo fluye en espiral y me sume en un sueño negro y profundo.

# 7

# Cenizas

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Cuando por fin abro los ojos, el brillo del alba está iluminando el dobladillo de las cortinas en la ventana.

Lukas ya se ha levantado. Incluso a la temprana luz de la mañana advierto que se ha duchado. Percibo el olor a jabón mezclado con ese aroma a bosque tan suyo. Lleva unos pantalones recién planchados y tiene el pecho descubierto; está metiendo el cinturón por las presillas.

Me desperezo un tanto desorientada y me encuentro con la intensa mirada de Lukas. Deja resbalar los ojos hasta mi pecho y veo un brillo de interés en ellos mientras se abrocha el cinturón.

Me miro y me despierto de golpe avergonzada al darme cuenta de que estoy completamente desnuda. Cojo la sábana que tengo enroscada al cuerpo de cualquier manera y tiro de ella para cubrirme los pechos.

Mi primer pensamiento es: «Esto está mal. Esto no es lo que se suponía que tenía que pasar». El incómodo recuerdo me vuelve a hacer pensar en lo que no nos hemos dicho nunca el uno al otro: «Te quiero».

Se me acelera el pulso y se me revuelven las emociones.

Lukas no para de hacer cosas. Parece estar muy concentrado en algo mientras coge la túnica y se la pone, después se inclina para escribir algo en una lista que ha empezado sobre la mesita de noche. Me va mirando de vez en cuando con una expresión indescifrable.

Siento un gran vacío en mi interior. Me quedo allí, quieta, mi turbia desnudez contrasta con su fría y rígida eficiencia.

«Esto ha sido un error. Un terrible error.»

Y lo peor es que he disfrutado.

El arrepentimiento me engulle junto a la certeza de que he perdido algo para siempre. Me llevo la mano a la cabeza y me paso los dedos por el pelo enredado.

Se suponía que debía experimentar esto con Yvan. Pero lo he echado a perder con un hombre que quizá se preocupe por mí y me respete, pero que jamás me ha dicho que estuviera enamorado de mí.

Para escapar.

La parte racional de mi cabeza tiene muy claro que Lukas y yo no hemos hecho esto por capricho. Que nos hemos aliado como dos buenos amigos para escapar de Gardneria y pelear por todas las cosas buenas del mundo. Pero soy incapaz de ignorar la salvaje oleada de culpabilidad y emoción que me arrastra con su resaca.

Ya no podré disfrutar de este descubrimiento con Yvan, cada sensación nueva y fresca para los dos. Ya no me abrazará después y me susurrará palabras bonitas. Eso se ha perdido para siempre. Esa primera vez con alguien que te quiera de verdad.

Me hago un ovillo en la cama, sintiendo frío a causa de mi desnudez, cierro los ojos y me esfuerzo para no echarme a llorar.

«Quiero que vuelva mi tío. Quiero decirle que todo ha salido mal y que se está descontrolando. Que hizo bien en protegerme. Y que no sé qué hacer, porque tengo que decidir frente a elecciones imposibles. Quiero hablar con él y que me consuele.

»Quiero irme a casa.»

Lukas se ha quedado muy quieto. Ya no le oigo moverse.

Pero noto cómo me mira.

Me preparo recordando lo poco comprensivo que fue Lukas cuando me atacaron aquellos ícaros en Valgard. Cómo me gritó que tenía que ser más dura. Y pienso que le odiaré con todas mis fuerzas si me dice algo parecido ahora mismo.

—Elloren.

Su tono de voz es más suave de lo habitual.

Yo abro los ojos empañados por las lágrimas y me lo encuentro a los pies de la cama tendiéndome la mano.

—No puedo levantarme —le digo con aspereza—. Estoy desnuda.

El arrepentimiento me desgarra y cierro los ojos tratando de olvidarlo todo.

«¿Qué he hecho? ¿Por qué he decidido hacer esto?»

«Para salvar mi vida —me recuerda una discreta parte de mi mente—. Y para luchar y poder salvar muchísimas vidas.»

Oigo cómo se mueve.

—Elloren.

Ahora está más cerca de mí.

Abro los ojos y veo que está arrodillado casi al nivel de mis ojos.

Me mira fijamente.

—Cuando te haya llevado a un lugar seguro, te cortejaré como es debido.

Me dan ganas de echarme a reír al escuchar su proposición imposible.

«¿Un lugar seguro?»

La idea se abre paso por mi dolor y tomo conciencia de nuestra imposible situación. Yo jamás estaré segura. Solo puedo estar en absoluto y terrible peligro. Personas que me odian. Personas que quieren matarme y verme sufrir.

Personas que solo me ven como un arma que poder utilizar o a la que destruir.

Todo me atenaza. El auténtico peligro latente para tantas vidas si no consigo sobrevivir y aprendo a pelear. Pero mis probabilidades de sobrevivir… son terriblemente malas.

«No quiero morir, no quiero morir», pienso angustiada con cada latido de mi corazón.

Estoy asustada. No solo estoy asustada, estoy aterrorizada. Me pongo a temblar.

Lukas me coge del brazo con fuerza.

—No estás sola.

La forma en que lo ha dicho me deja de piedra. Abro los ojos y le miro. Está tan convencido… Como si fuera un hecho irrefutable.

No basta para llenar el vacío que tengo en el corazón, o para borrar el paralizante miedo que me atenaza, pero la seguridad de su voz reconstruye cierta parte de mí. Lo bastante como para que me limpie las lágrimas y pueda coger la túnica que me está tendiendo.

Me las ingenio para ponerme la túnica bajo la sábana y le lanzo una mirada reprobadora cuando veo que no aparta la vista. Pero cuando me tiende la mano, la acepto.

Lukas me mira de arriba abajo mientras me levanto y me quedo asombrada al descubrir lo descarado que puede llegar a mostrarse. Esbozo una mueca mientras me abrocho la túnica.

Le arden los ojos. Levanta la mano y me acaricia la nuca y sube por mi pelo; después me acaricia la mandíbula con el pulgar al tiempo que proyecta una ráfaga de fuego de afinidad que se desliza por mi interior, y tanto el fuego como el movimiento de su mano me relajan.

Cierro los ojos y tiro de su llama. Noto cómo se me relaja la respiración y eso alivia el pánico mortal que siento. Cuando ya me siento más tranquila, levanto la vista para mirarle.

Lukas asiente con relajada aprobación, como si se hubiera dado cuenta de que me he tranquilizado. Sonríe.

—Si el mundo no estuviera a punto de acabar y si ya te hubiera cortejado como es debido, te quitaría la túnica, te tumbaría en la cama y volvería a amarte.

Desliza el dedo por el cuello de mi túnica mientras yo le miro asombrada.

La sencilla y directa lujuria que es capaz de mostrar en un momento como este es tan escandalosa que se me escapa una risa incrédula. Por la diversión que veo asomar a sus ojos me doy cuenta de que está utilizando su descarado humor para tranquilizarme.

De pronto me doy cuenta de que intentar acercarse a Lukas es como aliarse con una cobra. Es un consuelo inquietante, pero consuelo al fin y al cabo.

Y por mucho que deseo que alguien me abrace, lo último que necesito ahora mismo es un aliado sentimental. Lukas puede ser frío y desagradable a veces, pero necesito a alguien duro. Y este hombre peligroso y despiadado me está prometiendo que me sacará con vida del reino del oeste. Aunque eso suponga un riesgo para él.

Me asalta una punzada de inesperado agradecimiento.

Levanto la mano y la pongo en su hombro, me inclino y le doy un beso en los labios.

Los ojos de Lukas se oscurecen de deseo cuando me separo un poco de él.

—Si vuelves a besarme así —me dice burlón con un tono aterciopelado—, volveré a amarte. Y pasaré de Vogel.

Le paso la mano por el pelo y deslizo el pulgar por su labio inferior asombrada de la ráfaga de deseo que me abruma. Bajo la mano y me separo de él.

Me está mirando fijamente con su depredadora mirada.

Respiro hondo cada vez más decidida.

—Estoy lista. Vámonos de aquí.

—Elloren —dice vacilante, pero más serio—. Tengo que escudar tu magia. Prepararte para Vogel. Y será más fácil hacerlo si te beso.

Asiento consciente de que, de pronto, esto es algo muy distinto.

Lukas me pone la mano en la cabeza, tira de mí y me besa con decisión. Jadeo al notar la ráfaga de poder que proyecta en mi interior y, de nuevo, al sentir cómo su poder tira de mis líneas de tierra con fuerza, arrebatándome el control de mi poder y entrelazándolo con mis demás líneas apoyado por su propia magia, que lo rodea todo. Para lenta y metódicamente ir creando un muro que lo rodea todo capa por capa, que se extiende por debajo de mi piel.

Hecho de sólida e impenetrable magia.

Lukas y yo avanzamos por el centro de la arboleda que crece en el arboreto. Vamos cogidos de la mano. Yo llevo la varita envuelta en el paño y escondida de nuevo en las medias. Y Lukas lleva la piedra rúnica de Chi Nam en el bolsillo. Nuestro pequeño ejército de magos de nivel cinco nos pisa los talones. Me muero de ganas de escapar; estoy muy alterada, y percibo la tensión que vibra por el fuego contenido de Lukas.

Todo emite una luz roja. La luz verde de la noche anterior ha sido reemplazada por un sinfín de candiles rojos que cuelgan de las ramas de los árboles y proyectan un brillo escarlata que lo envuelve todo. Al otro lado de los ventanales, las nubes de tormenta están tan bajas que sus bulbosas siluetas grises casi tocan el techo de cristal del arboreto.

Es como si el cielo se cerniera sobre nosotros.

Cuando nos acercamos al final de la arboleda y salimos para encontrarnos con la densa multitud de magos que nos esperan fuera, mis líneas de fuego llamean contra el escudo de Lukas.

Los truenos rugen sobre nuestras cabezas mientras yo miro a mi alrededor.

Han adaptado el enorme espacio acristalado para el desayuno de Consumación, y ahora toda la decoración emite un ligero brillo rojo como símbolo de mi desfloración: aprieto los dientes indignada por la indiscreta tradición.

Sobre los manteles rojos de las mesas descansan jarrones repletos de rosas rojas junto a los candiles de cristal rojo rubí que cuelgan de los candelabros de hierro que hay en cada mesa. Incluso las tradicionales prendas negras que vestimos Lukas y yo lucen intrincados bordados rojos, acentuados por el oscuro cielo de la mañana y sus siniestras nubes.

Cuando entramos, todos los presentes se ponen en pie e irrumpen en un sonoro aplauso.

Me encuentro con la mirada de Vogel, que me clava sus ojos desde la otra punta de la estancia, y un fuego defensivo ruge en mi interior y presiona el escudo de Lukas.

Vogel aguarda junto al pequeño altar de guayaco de nuestra ceremonia de Consumación que hay junto al muro de cristal del arboreto. Detrás del cristal veo un ejército de soldados junto a una manada de dragones amaestrados, cuyas negras siluetas aguardan mirando hacia fuera como si fueran un grupo de estatuas demoníacas.

Desvío la mirada hacia la varita negra que Vogel tiene en la mano.

Mi varita cobra vida pegada a mi muslo emitiendo un zumbido apremiante que percibo incluso a través del trapo en el que está envuelta. Siento una presión repentina, como un pequeño tirón que brota de mi varita, se desliza por mis líneas y resbala por mi mano derecha en dirección a la varita de Vogel.

Y entonces el tembloroso zumbido que emite se desvanece y la varita vuelve a ser solo un trozo de madera inerte. Como si hubiera corrido a esconderse.

Tía Vyvian y la familia de Lukas están sentados a una mesa cerca de Vogel, junto a lo que parece la gran parte del Consejo de Magos. Tras ellos aguardan los dos guardias personales de Vogel, los cuatro soldados que están mágicamente unidos a él y una hilera de soldados de nivel cinco, y todos nos miran a Lukas y a mí muy concentrados.

La aprensión me atenaza con fuerza la garganta.

Hay muchísimos soldados de nivel cinco. Y la guardia personal de Vogel se ha triplicado respecto a la de la noche anterior.

Percibo una sensación amorfa procedente de la poderosa magia que zumba en el aire, como una feroz tormenta a punto de internarse en mí, pero no me abruma. Su magia colectiva se queda suspendida por encima del poderoso escudo que Lukas ha tejido bajo mi piel reduciendo la presión mágica a una ligera e incómoda presión y una punzada estática en el aire.

Con el corazón acelerado, agacho la vista hacia el entramado de baldosas negras del suelo mientras me agarro con fuerza a la mano de Lukas, y juntos avanzamos por el pasillo central en dirección a Vogel.

Los educados aplausos prosiguen cuando nos detenemos frente al altar y yo sigo mirando sumisamente hacia abajo con la respiración entrecortada.

Noto cómo Vogel me clava su maléfica mirada.

Percibo su varita negra, su poder es como una ola que palpita lentamente.

Parece haber controlado su poder con la misma firmeza con la que Lukas ha contenido el suyo, y no deja entrever ni rastro de su vasto alcance. Por un momento deseo, frustrada, poder tener el mismo control.

Un control que me proporcionaría el dominio mágico de todos los magos de la sala, salvo quizá de Vogel.

Me aventuro a levantar la cabeza y veo que los padres de Lukas y el beato de su hermano me están mirando con frialdad, mientras que tía Vyvian me observa con engreído triunfo. Todos tienen los ojos clavados en la mano con la que estoy cogiendo a Lukas.

Me sonrojo. Ya sé lo que están mirando: las marcas de consumación que se deslizan por mis muñecas, el cambio de las cenefas que demuestra la consumación del compromiso.

Siento una punzada de rabiosa humillación que se desliza por mis líneas. Me siento expuesta, utilizada.

Como si fuera el juguete de toda esta gente.

Lukas me estrecha la mano con fuerza y la levanta hacia arriba tal como manda la tradición. El aplauso vuelve a hacerse oír y algunos hombres vitorean a Lukas, y entonces comprendo que he dejado de ser una persona para todos menos para él, quien sé que odia esto tanto como yo. Pero para ellos no soy más que alguien a quien fecundar. Un conducto hacia el poder de mi abuela que se ensalzará gracias al legado de los Grey. Una familia leal a Marcus Vogel.

Lukas baja nuestras manos entrelazadas y los aplausos y los vítores se van apagando.

Vogel me sonríe y después hace lo propio con Lukas, parece complacido. Me tiende la mano para que le dé la mía y yo obedezco mientras me esfuerzo por reprimir un pequeño temblor al sentir sus dedos extrañamente cálidos sobre los míos, y me aferro a Lukas con fuerza con la otra mano.

No intento ocultar lo molesta que estoy, y los labios me tiemblan tanto como la mano. Sé que todos lo interpretarán como la angustia propia de las doncellas tras haber descubierto, con la debida inocencia, los secretos de la alcoba de consumación. Pero de pronto me asalta una rabia infinita mientras Vogel observa con lascivia mis marcas de consumación.

Este hombre mató a la familia de Diana. Y a su lado, y observándome con atención, está la mujer que mató a mi querido tío Edwin. Estas son las personas culpables de que todos mis seres queridos se hayan ido al este a enfrentarse a un destino desconocido para mí. Estas son las personas que me están obligando a escaparme sin saber si lograré sobrevivir.

El fuego llamea en mis líneas y ruge contra el compacto escudo de Lukas; un hilillo especialmente violento lo atraviesa claramente.

Vogel frunce los labios, como si hubiera percibido mi repentina ráfaga de fuego. Mira a Lukas con aprobación sin soltarme la mano.

—Entonces ¿la has hecho tuya?

La ira sigue agitándome las líneas, a pesar de lo mucho que me estoy esforzando por controlarme.

—Sí —contesta Lukas relajadamente.

—Su línea de fuego —dice Vogel toqueteándome la mano—. Es fuerte. ¿Puedes sentir el poder de su abuela en ella?

Lukas sonríe.

—Sí.

Vogel me clava su penetrante mirada mientras me agarra con fuerza y me clava las uñas en la mano.

Yo me estremezco de raíz y respiro hondo mientras unas ramas negras serpentean en

mi interior deslizándose por encima del fuego que se me ha escapado y por el escudo de Lukas, y de pronto me quedo paralizada y soy incapaz de deshacerme de Vogel. El poder de la varita negra del Gran Mago rodea el escudo de Lukas y proyecta una punzada de dolor en mis líneas.

Vogel entorna sus gélidos ojos y me mira con una complicidad inquietante mientras se retira. Cuando parece satisfecho, me suelta la mano y yo me esfuerzo por respirar al ver que ya no percibo la sofocante presión de su poder en mis pulmones.

Entonces me pega la varita negra a la mano y yo retrocedo asustada.

Lukas reacciona inmediatamente: dirige sus invisibles líneas de afinidad hacia Vogel y yo le estrecho la mano con más fuerza para advertirle que debe controlar su poder.

—Está escrito —me dice Vogel mientras la madera de su varita se me interna en la piel —. Ser disciplinado por un mago honrado es una bendición para la pareja.

El fuego de Lukas vuelve a rugir y se enrosca a mi alrededor con una feroz protección. Cuando le miro advierto que le ha clavado los ojos a Vogel y le mira con evidente odio.

El asombro se abre paso por mi terror. No estoy acostumbrada a ver cómo Lukas pierde la serenidad.

Vogel ignora a Lukas y me mira con intensidad. Y entonces aprieta más la varita. Su magia impacta contra mí como una ráfaga de rabioso fuego que colisiona contra el escudo de Lukas.

El escudo se comba con fuerza hacia dentro y yo me aferro con más fuerza a su mano; estoy a punto de doblarme hacia delante al notar cómo el fuego oscuro de Vogel ruge sobre la superficie del escudo. Lo está bombardeando. Es como si estuviera intentando destruirlo para apoderarse de mí.

Entonces se relaja de golpe.

Me tambaleo; me hubiera caído si no fuera porque Lukas me está agarrando de la mano y por su sólida ráfaga de fuego.

—Tráemela después de la Bendición del Dominio —ordena Vogel con un brillo fanático en sus pálidos ojos—. Para el examen de varita.

Lukas sigue agarrándome de la mano con fuerza.

—Claro, excelencia —contesta, sereno como el ojo de una tormenta.

Yo aguardo sin respirar mientras Vogel agacha la cabeza agradeciendo el gesto de Lukas.

—He preparado una escolta. Para que os acompañe al bosque durante la bendición.

Siento una repentina punzada de pánico.

«Tenemos que adentrarnos solos en el bosque. Nuestra única posibilidad de escapar depende de ello.»

—Excelencia —contesta Lukas con absoluta serenidad, apenas muestra un ligero asombro—, en el Libro pone que los magos, una vez consumado el compromiso, deben adentrarse solos en el bosque.

Vogel esboza media sonrisa.

—También pone que «es una bendición conseguir que un mago no se desvíe del camino correcto».

Vogel hace un gesto con la mano y dos magos de nivel cinco dan un paso adelante. Parecen jóvenes pero duros, y yo percibo, al otro lado del escudo de Lukas, las poderosas afinidades de aire y agua que rugen en el interior de los soldados.

Entonces comprendo presa del pánico que Vogel ha percibido mis líneas y las de Lukas con precisión milimétrica. Los poderes de afinidad de estos dos soldados magos son completamente opuestos a los míos y los de Lukas, y entre los dos poseen el agua y el aire suficientes como para dominar el fuego de Lukas y arrasar sus poderes de tierra.

En lo más profundo de mi corazón acelerado sé que, si yo pudiera controlar mis poderes, Lukas y yo no tendríamos ningún problema para vencer a estos dos letales guardias. Pero Lukas no puede derrotarlos solo.

Sus líneas de tierra se enroscan alrededor de las mías con asustada urgencia, como si estuviera tratando de reforzar esa barrera mágica entre nosotros y ellos. Pero su esfuerzo es en vano.

Estamos atrapados.

Y nos superan. Porque yo no soy capaz de controlar mi poder.

Lukas y yo salimos del invernadero y nos adentramos en el enorme jardín de rosas que hay al lado. El bosque se extiende a continuación, más allá de la verja de hierro que rodea la mansión.

El fuego de Lukas ruge con fuerza mientras avanzamos seguidos de los magos de agua y aire, además de un contingente formado por cinco magos de nivel cinco. El ejército de magos y dragones militares que rodean la propiedad está mágicamente concentrado en nosotros.

Noto un hormigueo en la piel de los brazos provocado por la tormenta de poder de afinidad que tenemos a la espalda y lucho contra mi creciente aprensión.

El viento empieza a soplar con fuerza y las nubes se espesan, mientras Lukas y yo avanzamos por el camino de piedras negras que cruza el jardín. Los finos tacones de color escarlata que me dio tía Vyvian resuenan contra las piedras, y el viento de la mañana huele a rosas rojas. Miro por encima del hombro y veo cómo Vogel, tía Vyvian,

Lachlan Grey y el resto de la familia de Lukas nos está observando fijamente desde el otro lado de los ventanales del arboreto.

Una rígida brisa sopla por el jardín y mece los rosales mientras nos acercamos a la verja de hierro. Lukas pega la varita a la runa verde que hay en la verja y murmura un hechizo, después vuelve a envainar la varita y abre las puertas.

La cruzamos y nos acercamos al bosque.

«Bruja Negra.»

En mi mente suenan las hostiles palabras que me dedica el bosque que se extiende ante nosotros, un bosque por donde se supone que debemos escapar.

Lukas me lanza una mirada cómplice justo antes de internarse entre los árboles, y yo noto cómo reprime su ardiente fuego. Nos adentramos en el bosque sin decir absolutamente nada, con las manos entrelazadas, mientras Lukas proyecta su invisible aura de fuego hacia los árboles hostiles a modo de advertencia.

Las sombras se ciernen sobre nosotros mientras Lukas me interna en el bosque, prácticamente arrastrándome, y yo intento seguirle el paso con mis diminutos zapatos de tacón seguida de nuestros guardias.

En el cielo brilla un relámpago y se oye el rugido de un trueno.

Poco después, Lukas se detiene y se saca del bolsillo de la túnica una bolsa de terciopelo que contiene las cenizas del árbol que destruimos durante la ceremonia de Consumación. Finge examinar el bosque en busca del árbol más adecuado en el que verter las cenizas a modo de sagrada advertencia, mientras yo me preparo para la estrategia que planeamos justo antes de salir de la habitación para el desayuno de Consumación.

Una estrategia que conseguirá que la forma que tienen los gardnerianos de tratar a las mujeres se vuelva en su contra.

Lukas se concentra en un altísimo roble negro. Pero en lugar de verter las cenizas a los pies de su tronco y recitar la Bendición del Dominio, deja caer la bolsa al suelo, tira de mí y me besa con fuerza. Mis pies se arrastran por el suelo del bosque cuando él me empuja contra el tronco y la esencia del árbol retrocede con violencia.

Yo gimoteo con dramatismo y finjo resistirme a Lukas, pero él me agarra con fuerza «obligándome» a besarle mientras refuerza mi escudo interno y tira con fuerza de mi poder.

Yo finjo resistirme hasta que al final consigo soltarme.

—¡Para! —le ordeno lanzando una mirada suplicante a los guardias, que se han quedado plantados en formación cerca de nuestro árbol. Como era de esperar, todos se dan media vuelta claramente sorprendidos e incómodos. Y un poco divertidos.

Lukas me agarra con más fuerza y esboza una mueca intimidante.

—Tú no me ordenas que pare. Eres mía. ¿Acaso tengo que azotarte como hice ayer por la noche?

Estoy temblando, y eso es bueno. Aunque el temblor es debido a los nervios que me produce saber lo que vamos a intentar hacer a continuación.

—Escúchame —ruge Lukas acercándose a mi oído mientras coge la varita a escondidas.

Se pega más a mí mientras susurra un hechizo tras otro, en una voz demasiado baja como para que los guardias puedan oírlo, inundando sus líneas con su poder y con el mío.

Entonces Lukas me da un empujón, se da media vuelta y dibuja un arco con la varita.

De la punta brotan unas densas vides en forma de lanzas que se clavan en las cabezas de los guardias antes de que tengan siquiera ocasión de levantar sus varitas.

Los soldados se desploman en el suelo, pero uno consigue gritar, cosa que sé lo que va a provocar.

Lukas y yo intercambiamos una mirada decidida mientras yo rodeo el árbol para coger las recias botas que él le había pedido a Thierren que dejara aquí para mí. Me quito los zapatitos y me pongo las botas.

Me coge de la mano y empezamos a caminar a toda prisa por el bosque.

Se oye una voz masculina procedente de la casa.

—¡Por allí!

El pánico me atenaza mientras Lukas y yo corremos por una ladera rocosa hasta llegar a lo alto de una colina. Por entre dos enormes rocas se abre un claro que nos proporciona una vista general de los jardines.

Vemos un gran contingente de magos de nivel cinco que corren hacia el lugar por donde nos hemos internado en el bosque, varitas en mano, y otro grupo se sube a los dragones para salir en nuestra búsqueda.

Caigo presa del pánico.

—Lukas, son demasiados. No tenemos tanta ventaja como para…

Se oye una enorme explosión que reduce la realidad a un destello de cegadora luz azul.

Lukas se abalanza sobre mí para protegerme con su cuerpo y los dos nos quedamos pegados al suelo; la explosión me ha dejado casi ciega. Tengo el corazón acelerado y noto cómo me aporrea las costillas. Nos levantamos como podemos y contemplamos la escena.

Toda la mansión y los terrenos que la rodean están anegados por brillantes llamas azul zafiro. Los dragones graznan. Los soldados gritan mientras las brillantes llamas

azules y un fuego añil se extiende por el aire.

Me pongo completamente tensa sin poder creer lo que veo a continuación. Unas veinte vu trin vestidas de negro atraviesan el infierno y asaltan la mansión desde el este lanzando estrellas y liquidando a soldados y dragones mediante ráfagas de fuego rúnico azul y sibilantes armas rúnicas.

Por entre la nube de humo azul veo a un soldado mago lanzando una ráfaga de agua con su varita. Derriba a dos vu trin justo cuando la hechicera que venía por detrás de él le lanza una brillante estrella que se le clava directamente en el cuello. Después la soldado se abalanza sobre él y le atraviesa la espalda con una espada al mismo tiempo que recibe el impacto de una ráfaga de estrellas plateadas procedentes de la dirección contraria. El mago se arquea y se desploma en el suelo envuelto en una explosión de fuego azul.

Oigo un rugido en lo alto y levanto la vista justo cuando seis dragones noi de color zafiro atraviesan las nubes de tormenta como un grupo de flechas en dirección a la casa lanzando ráfagas de fuego dorado para acabar con el resto de los soldados y de los dragones.

Me quedo mirando el rugiente infierno con la boca abierta. Las vu trin que aguardan en la periferia de la explosión se gritan órdenes en el idioma noi mientras sus dragones azules rodean la mansión y aterrizan en los terrenos circundantes.

«Están todos muertos», advierto aturdida.

Vogel.

Casi todo el Consejo de Magos al completo.

Tía Vyvian.

Toda la familia de Lukas.

«Muertos. Todos muertos. Todos los que han asistido a la consumación.»

Estoy paralizada; me fallan las piernas. Porque sé quién es el auténtico objetivo de esta invasión vu trin.

Yo.

Me vuelvo hacia Lukas y le veo contemplando la escena con asombro, y cuando me mira, en sus ojos brilla una devastación momentánea.

«Toda su familia.»

—Lukas..., tu familia...

—Para. —Adopta una expresión dura como el acero y consigue hacerme callar con solo una palabra—. Ya tenemos la distracción que necesitábamos —dice con la voz ronca. Vuelve a mirar hacia el enorme fuego que ha arrasado la casa de su familia—. Y no creo que las vu trin nos hayan visto.

Se oye otra explosión cercana a la de las ardientes llamas azules, pero ese incendio es gris y escupe llamaradas plateadas.

De las llamas brotan lanzas plateadas que se dirigen a las vu trin y a sus dragones acabando rápidamente con ellos, mientras una figura oscura emerge de entre las llamas grises. Alza la varita, de la que brota un fuego oscuro, y las armas rúnicas no parecen tener ningún poder contra él.

Vuelvo a caer presa de un renovado terror.

Marcus Vogel.

Santísimo Gran Ancestro, no.

Es imposible, increíble, horrible, pero ha sobrevivido.

Marcus Vogel se vuelve y otea los alrededores en llamas, donde yacen innumerables magos, hechiceras vu trin y dragones, los cadáveres repartidos por los jardines.

Vogel alza los ojos hacia las colinas donde nos hemos escondido y levanta la varita negra.

Lukas me tira al suelo y se pone encima de mí, me sujeta de la cabeza con ambas manos y me besa con fuerza internando todo su poder de afinidad en mi escudo.

Me agarro a sus brazos con fuerza y tiro de su poder, que se desliza por mis líneas ocultando hasta el último ápice de mi magia.

Jadeo al sentir el impacto del poder oscuro de Vogel desde el otro lado del bosque, y todo mi cuerpo se estremece contra Lukas. Su poder nos embiste como una marea ineludible y se me oscurece la vista, incluso a pesar de que Lukas sigue proyectándome su poder aferrándose a mí con fuerza.

Y entonces la ola de magia oscura pasa por encima de nosotros y se interna en el bosque, se ramifica, buscándome mientras el fuego oscuro ruge y todo el mundo se transforma.

# 8

## Evasión

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Valgard, Gardneria***

Me aferro a la mano de Lukas y corremos montaña arriba por el bosque mientras los palos y las ramas me arañan las piernas y los brazos: la desesperación acelera mis pasos. Por encima de nuestras cabezas oímos el batir de las alas y me agacho cuando tres siluetas de color azul zafiro pasan volando por encima de nosotros.

«¡Más dragones vu trin!»

Lukas cambia de dirección y yo me esfuerzo por ignorar el dolor que siento en el costado. Avanzo con la sensación de que tengo los pulmones llenos de cristales, y los bordados rojos de mi falda no dejan de engancharse en los arbustos y de rajarse cada vez que tiro de la tela para soltarla.

El rugido de los dragones y el estruendo de las explosiones procedentes de los puertos de Valgard me aceleran el pulso, y mi corazón amenaza con abrirme un agujero en el pecho a golpes mientras corremos. Lukas recibe con firmeza mi mirada rebosante de pánico.

Corremos por un camino que cruza el bosque y después seguimos por entre los árboles oyendo otra explosión a lo lejos. Yo sigo agarrada a la mano de Lukas mientras corremos colina arriba y después bajamos por un terraplén donde pierdo momentáneamente el equilibrio y él me agarra cuando resbalo.

En cuanto consigo recuperarme corremos hacia una arboleda de cicuta. Me quedo de piedra y me paro en seco junto a Lukas al ver al gardneriano con capucha que emerge de entre las sombras de los altísimos árboles: un joven de elegantes facciones que nos mira impaciente con sus ojos de color verde pino.

«¡Thierren!»

Nos hace gestos hacia delante y le seguimos hasta la sombra de la cicuta, donde aguardan tres caballos ensillados preparados para partir.

Purasangres malthorin con el pelaje de color caoba. Criados para correr. Y todos llevan sendas alforjas colgadas a los costados.

Thierren le lanza a Lukas un saco lleno hasta los topes. Él lo coge con habilidad, saca las prendas que hay dentro y me tiende una sencilla túnica negra y una falda de montar.

—¿Dónde están Sparrow y Effrey? —pregunto—. ¿Y Aislinn?

—A salvo —me asegura Thierren.

—Póntelo —me ordena Lukas señalando la ropa. Después se señala la cara con el dedo —. Quítate el maquillaje y deshazte de las joyas.

—¿Qué ha pasado? —le pregunta Thierren a Lukas con sorpresa mientras el otro se quita la túnica con bordados rojos.

Lukas lleva un montón de armas pegadas al cuerpo. Lleva más de las que vi la noche anterior, la mayoría son cuchillos rúnicos noi con brillantes runas de color zafiro en la empuñadura. Y en el costado lleva envainada la otra varita con runas noi grabadas en la madera de ébano.

—Las vu trin han asaltado la casa —le explica con aspereza a Thierren apretando los dientes mientras se pone una sencilla túnica de lana.

Yo me doy media vuelta, me quito la túnica de consumación, me pongo rápidamente la nueva y me limpio el maquillaje con ayuda de la túnica que me acabo de quitar mientras otra explosión suena en dirección a la ciudad.

—Vogel ha sobrevivido —le dice Lukas a su compinche lanzándole una rápida y portentosa mirada mientras yo tiro de la falda de montar por debajo de la falda de consumación—. Sabe quién es Elloren. Y sospecha que está viva. Nos ha mandado un hechizo de búsqueda.

Thierren se queda de piedra, como si esa información le hubiera impactado tanto como un golpe.

—¿Durante el día? —pregunta con un grave tono de voz mientras yo me quito al fin la falda de consumación.

Lukas asiente devolviéndole una mirada de tal trascendencia que me impacienta. Me quito los pendientes y el collar de rubíes junto con el resto de los adornos que llevaba en el pelo y me lo meto todo en el bolsillo.

—Tenemos que sacar a Elloren del Reino de Occidente. —Lukas desenvaina la varita con las runas grabadas—. Y rápido. —Se vuelve hacia mí con un brillo decidido en los ojos—. Remángate, Elloren —dice con un tono que no admite disputa—. Voy a crear otro escudo bajo tu piel para que a las vu trin también les cueste más encontrarte.

Me subo la manga sin decir una sola palabra y le tiendo el antebrazo. Él me pega la punta de la varita a la piel y murmura un hechizo en voz baja.

De la punta de la varita brota una ráfaga de luz azul que me rodea la muñeca y el brazo provocándome un hormigueo. A continuación, clava una rodilla en el suelo y baja la varita hasta los pies, agacha la cabeza y murmura otro hechizo.

De la punta de la varita brota una segunda ráfaga de luces azules. Se extienden por la tierra del bosque dibujando una red brillante que se desliza en la dirección por la que hemos venido y se desvanece casi tan rápido como ha aparecido.

—¿Qué ha sido eso? —le pregunto.

—Hechicería antirrastreo noi. —Se levanta y observa un momento el suelo del bosque —. Una de las runas de la varita está programada para esto.

Su vasto conocimiento sobre magia combinada es como abrir una puerta a lo desconocido.

—Tienes que enseñarme a hacer todas estas cosas —le digo impaciente.

Lukas me mira con aprobación.

—Lo haré —me promete levantándose la túnica y dejando entrever el brillo de su piel al envainar de nuevo la varita.

Thierren mete la ropa que nos hemos quitado en la alforja de uno de los caballos y nos da a Lukas y a mí sendas capas idénticas a la suya. Nos las atamos al cuello, montamos en los caballos, nos ponemos las capuchas de las capas y seguimos avanzando por el bosque por un camino hosco y serpenteante mientras las explosiones y el rugido de los dragones siguen sonando a lo lejos.

Al final llegamos a lo que parece una torre vigía celta abandonada con la parte de arriba quemada y cubierta de liquen. Las explosiones que resuenan desde la ciudad son ahora ligeros alborotos que se mezclan con los truenos de la tormenta que lleva más de un día preparándose para descargar. Y me imagino que cuando eso suceda será bastante violenta.

Rodeamos la esquina de piedra de la edificación y mi corazón da un brinco.

«Aislinn.»

Me siento tan aliviada que me debilito por un momento.

Aguarda con Sparrow y Effrey junto a dos caballos más atados a un poste. Los enormes corceles negros de Frezia van cargados con sus respectivas alforjas, y también veo que Effrey luce unos anteojos plateados nuevos ante sus asustados ojos violeta. Por encima de ellos, Raz'zor aguarda posado sobre la rama de un árbol como si fuera una especie de pájaro reptiliano; me clava sus ojos rojos.

Aislinn viste igual que yo, lleva un sencillo conjunto de estar por casa, una capa sobre

los hombros y la cara oculta bajo la sombra de la capucha. Tiene unas ojeras espantosas y me mira con una intensidad que transmite perfectamente la larguísima y espantosa batalla que lleva a la espalda.

—Aislinn —digo con la voz entrecortada desmontando y acercándome a ella. Las dos nos fundimos en un emotivo abrazo—. Lukas te ha sacado —digo mientras la estrecho contra mí—. Gracias al Gran Ancestro.

Aislinn se separa de mí y me agarra de los brazos mientras mira a Lukas y a Thierren, que le están explicando a Sparrow lo que ha ocurrido y ayudan a Effrey a subir a uno de los caballos.

—Me ha sacado Sparrow —me dice Aislinn con la voz temblorosa—. Y también sacó a mis dos doncellas. Tenemos que ir a recogerlas y llevarlas al este. —La impaciencia le ilumina los ojos—. Elloren…, Sparrow me ha dicho que eres la Bruja Negra. Has sido tú desde el principio.

Me muerdo el labio y asiento mientras advierto lo que parece un cardenal en la mejilla de Aislinn y otro más reciente en la base del cuello.

Me asalta la rabia.

—Estás herida —le digo mientras una ráfaga de fuego me recorre las líneas—. ¿Te lo ha hecho Damion?

Mi amiga contrae el rostro y la respuesta es evidente; aparta la mirada. Siento un gran deseo de venganza además del impulso de hacerme con todas y cada una de las ramas que hay en el suelo del bosque.

Quiero ir a por Damion Bane. Quiero acercarme a él con una rama o una varita en la mano y terminar lo que empezó Lukas.

La rabia me arde en la garganta, pero enseguida siento una punzada de culpabilidad.

«Se suponía que debía de ser yo quien se comprometiera con ese monstruo. No tú.»

—Lo siento mucho, Aislinn —le digo con la voz trémula por la rabia—. Pagará por esto. Te lo juro, algún día pagará por esto.

Aislinn sacude la cabeza con una expresión dolida. Tiene una profunda arruga entre los ojos que antes no tenía. Pero cuando vuelve a mirarme, sus ojos arden de rebeldía.

—Me voy a unir a los lupinos, Elloren.

Respiro hondo en respuesta a su decidida afirmación.

—Llegaremos al Reino de Oriente —le digo con la voz un poco ronca—. Y volverás a estar con Jarod.

Mi amiga esboza una mueca de pura angustia y baja la voz:

—Jarod ya no me querrá. Damion hizo cosas…, me obligó a hacer cosas… —Aparta la mirada frunciendo el ceño, disgustada. En su expresión se refleja el peso de su dolor—.

Me amenazó con hacerle daño a mi doncella si no le obedecía. —Vuelve a mirarme a los ojos y su mirada está tan castigada que me recorre un escalofrío—. Yillya solo tiene doce años. Tenía que protegerla… —Aparta de nuevo la mirada, como si no pudiera soportar el alcance de su vergüenza—. Los lupinos se emparejan de por vida —dice con aspereza limpiándose una lágrima con el reverso de la mano, y vuelve a mirarme con una expresión vengativa—. No, Jarod ya no me querrá. Pero quiero que él me convierta en lupina. Para poder volver a por Damion Bane siendo lupina.

Por mi espalda resbala un estremecimiento tan letal como la expresión de Aislinn. Y recuerdo la ferocidad de Diana.

—Elloren. —El tono impaciente de Lukas me obliga a olvidarme por un momento de Aislinn. En las manos tiene las riendas de nuestros dos purasangres, y me está clavando sus ojos verdes. Me he dado cuenta de que se ha apartado de Thierren y Sparrow, que aguardan junto a los caballos de Frezia y el purasangre de Thierren. Effrey se agarra a la crin de su caballo con aspecto de estar nervioso—. Tú y yo debemos irnos, ahora —insiste.

Me quedo de piedra cuando me doy cuenta de que se refiere solo a nosotros dos. Quiere que dejemos que Aislinn y los demás viajen solos hasta el este.

De pronto lo veo todo claro.

Tenemos que separarnos.

Todo el poder de Gardneria y las fuerzas de las vu trin están centrados en cogerme o matarme. Y si viajamos juntos podría hacer que el peso de todas esas fuerzas cayera sobre Aislinn, Sparrow, Effrey y Thierren. Y Lukas y yo nos podemos desplazar con mayor rapidez si viajamos solos.

«Bruja Negra», ruge una grave voz en mi mente.

Mientras la cabeza me da vueltas, levanto la vista y veo que Raz'zor me está mirando fijamente desde la rama del árbol, tan sereno como un depredador al acecho. Las palabras que me manda son feroces, pero desprovistas de ira.

Son un desafío. Una llamada a la batalla.

Miro fijamente los ojos rojos del dragón y noto cómo se interna en mí una ráfaga de su fuego escarlata que me obliga a respirar hondo y con decisión.

Me vuelvo hacia Aislinn e, inspirada por la recia ferocidad y el fuego de Raz'zor, me obligo a ser valiente, incluso aunque los muros de Erthia se ciernan sobre mí.

—Nos veremos en el este —le digo a mi amiga—. Cuando tus ojos emitan un brillo ambarino.

Aislinn asiente y las lágrimas le empañan la vista al abrazarme, y yo me doy cuenta, presa de una repentina angustia, de que hay muchas posibilidades de que nos estemos

abrazando por última vez. No hay garantías de que sobrevivamos a este viaje hacia el este.

Oigo una nueva explosión a lo lejos y vuelvo la cabeza hacia la ciudad.

Montamos en nuestros respectivos caballos. Lukas me ayuda primero a mí y después a Aislinn; y yo miro por última vez a nuestros aliados. Aislinn, Sparrow, Thierren y Effrey, que va sentado delante de Sparrow y me mira a través de sus nuevos anteojos con cara de miedo.

Se me encoge el corazón al ver a ese niño, tan pequeño y bueno, que tiene que huir para salvar la vida.

Ningún niño debería verse obligado a huir de ningún sitio para salvar su vida.

Me encuentro con los ojos de Sparrow, sentada detrás de Effrey, con las riendas en la mano. En sus ojos de color amatista brilla una intensa determinación.

—*Uush'ayil moreethin orma'thur* —me dice en urisco, y no me hace falta entender el idioma para saber lo que está diciendo.

«Ponte a salvo. Escapa. Sobrevive para luchar contra ellos.»

Asiento y se me atenaza la garganta cuando me vuelvo hacia Aislinn y ella me lanza una última mirada rebosante de ferocidad antes de que todos emprendamos la marcha: Aislinn, Sparrow, Thierren y Effrey en una dirección, y Lukas y yo en otra; y siento un terrible vacío en el pecho al perder de vista a mi amiga.

Raz'zor me sigue de cerca, volando de una rama a otra mientras yo sigo a Lukas. Él mira al dragón y después me lanza una mirada precavida.

«Bruja Negra.»

Percibo el saludo de Raz'zor en el fondo de mi mente, junto a una repentina conexión y la presión visceral de la lealtad. El cálido brillo del rojo fuego wyvern centellea en mis líneas protegidas.

De pronto siento una protectora preocupación por el fiero dragón, junto a la absoluta certeza de que hay que sacarlo del Reino de Occidente.

Y alejarlo de mí.

«Ve con Sparrow, Effrey y los demás —le digo a Raz'zor con el pensamiento mientras Lukas acelera la marcha—. Tienes que protegerlos. Llévalos hasta las tierras Noi. Y lucha por ellos si es necesario.»

Me vienen a la cabeza imágenes de una roja venganza.

Derramamiento de sangre. Garras. Llamas carmesíes lamiendo el cielo.

Y después una sola palabra:

«Lealtad».

Una ráfaga de fuego rojo me atraviesa y emite un brillo rojo ante mis ojos. El fuego

rojo se abalanza contra el escudo de Lukas para enroscarse alrededor de mis líneas de fuego, y yo respiro hondo sintiéndome todavía más fuerte. De pronto comprendo la poderosa ventaja de este juramento de lealtad sintiendo todo el peso de la alianza con Raz'zor.

«Si me has dado tu lealtad —le digo mentalmente—, hazme caso. Ve con ellos. Mantenlos a salvo.»

Raz'zor alza el vuelo hacia el dosel de hojas del bosque, una ráfaga blanca contra el color verde oscurecido por la tormenta.

«Encontraré las tierras Noi —me dice—. Y lucharé contigo.»

«Serás de los pocos», le confieso al pequeño dragón.

«Así sea, liberadora de Naga la Libre.»

En mi mente brilla otra imagen de fuego rojo y el dragón atraviesa el follaje de los árboles batiendo las alas. Oigo un rugido seguido de un borrón blanco.

Se oye otra explosión a lo lejos que sobresalta a los caballos, y una fuerte ráfaga del fuego de Lukas me rodea con actitud protectora. Se vuelve para mirarme con un brillo decidido en los ojos, y después gira ligeramente a la derecha y yo le sigo de cerca.

# 9

# Guerra

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Bosque de Caledonia, Gardneria***

Lukas y yo cabalgamos por estrechos caminos desiertos mientras el oscuro bosque se cierne sobre nosotros sin apenas reprimir su hostilidad, que se palpa en el aire cargado con la electricidad de los relámpagos. Los dos llevamos la capucha puesta y los candiles rúnicos que llevamos prendidos a las alforjas emiten un ligero halo de luz escarlata.

Los sonidos de las explosiones y los rugidos de los dragones se oyen apenas sofocados por la distancia, pero de vez en cuando pasa algún dragón vu trin graznando sobre nuestras cabezas, en dirección al oeste, y a mí se me encoge el corazón. Tengo que recordarme que la luz de nuestros candiles está hechizada por runas amaz y solo es visible de cerca.

Los dragones que pasan volando no pueden verla.

Los dragones que me están buscando.

Un rato después, Lukas me hace gestos para que me detenga, se baja del caballo, ata la yegua junto a un arroyo y me pide por señas que haga lo mismo.

—Tengo que restaurar el hechizo antirrastreo —me explica—, para que las vu trin no puedan encontrarte. Y los caballos necesitan descansar.

Me bajo de la yegua y la llevo junto al arroyo, como ha hecho él, y me tomo un momento para darle las gracias al animal; después me acerco a Lukas, que está desenvainando la varita rúnica.

Me mira el antebrazo. En el cielo brilla un relámpago y se oye el rugido de un trueno.

Me levanto la manga de la túnica y le tiendo el brazo. En cuanto veo las marcas del compromiso consumado me viene a la cabeza una imagen de la casa de Lukas envuelta en una bola de fuego azul.

—Lukas —le digo mientras me coge la palma de la mano, posa la punta de su varita en la piel y murmura un hechizo—. Siento lo de tu familia.

Él me mira a los ojos y en ellos veo brillar un angustiado conflicto. Su fuego de afinidad ruge y después se modera como si lo hubieran aplastado con fuerza.

—¿Tú lamentas haber perdido a tu tía? —dice con una agresiva emoción en la voz sin dejar de tocarme la piel con la punta de la varita.

La confusión se apodera de mí.

Tía Vyvian era de mi familia. Una persona que había estado presente en mi vida desde que yo era pequeña. Pero ¿cómo iba a lamentar haber perdido a una persona que había amenazado a mis hermanos? ¿Que me había utilizado como arma para conservar su poder político y se había alegrado ante mi posible dolor?

¿Que era responsable de la muerte de mi querido tío Edwin?

Mi airado conflicto da paso al intenso dolor que siento por mi tío.

—No —me obligo a decir con la voz ronca. De pronto mi fuego es un caos inconexo que golpea con fuerza la cara interior del escudo de Lukas—. No lamento su muerte.

Él desliza los dedos por las pequeñas runas grabadas en la empuñadura de su varita como si estuviera tocando un instrumento complejo. De la varita brotan unos hilos azules que se deslizan por mi piel.

Le observo preocupada notando el hormigueo de la hechicería rúnica.

—Pero, Lukas —insisto—, estamos hablando de toda tu familia…

Sus líneas de fuego rugen con asombrosa ferocidad. Pero entonces sus llamas invisibles retroceden una vez más cercadas por su magia de tierra. Me clava sus ardientes ojos verdes.

—No lamento su muerte —espeta presa de una nube de emociones encontradas, y vuelve a concentrarse en lo que está haciendo con la varita.

Su confesión me deja asombrada, cosa que es todavía más sorprendente, pues no podemos mentirnos el uno al otro y percibo la verdad en sus palabras. Pero entonces intento imaginarme una familia llena de tías Vyvian. Y me doy cuenta, compungida, de que toda la vida de Lukas ha sido así. Nadie se ha preocupado realmente de él. Todas las personas que vivían con él adoraban y anhelaban tener más poder y prestigio por encima de cualquier otra cosa.

—¿Lamentarías que yo muriera? —pregunto. Se me escapa la pregunta mientras la hechicería rúnica me resbala por la piel.

Él guarda silencio un momento sin despegar los ojos de la magia azul que se me enrosca en la muñeca.

—Sí, Elloren. —Me mira a los ojos—. Lamentaría tu muerte durante el resto de mi

vida.

Al ver su apasionada mirada, le proyecto una ráfaga de calor. Es la misma mirada que me lanzó la noche anterior, cuando fusionó su deseo y su poder con los míos.

En sus ojos arde puro deseo.

Y algo incluso más intenso.

Nuestros fuegos se fusionan en una caricia y se me saltan las lágrimas mientras me pierdo en la mirada emocional de Lukas y la red de luces azules se interna en mi brazo y se une al escudo que tengo bajo la piel reforzando la barrera.

Sobre nuestras cabezas se oye otro trueno que se cuela en nuestro vínculo momentáneo.

Lukas levanta la vista hacia el cielo oscuro y me mira con intranquilidad soltándome la mano y envainando de nuevo la varita.

—Tenemos que irnos —dice acariciándome el brazo.

—¿Hasta dónde crees que podemos llegar antes de que se desate la tormenta?

Esta parte de Gardneria es conocida por sus tormentas, y cuanto más tiempo tardan en descargar, más violentas son cuando por fin lo hacen.

Y esta lleva un buen rato contenida.

—A la base de la cordillera de Caledonia —afirma Lukas cuando los estallidos de los relámpagos le iluminan el contorno de la cara confiriéndole un aspecto implacable—. Hemos de alejarnos todo lo que podamos de Vogel. Solo disponemos de una pequeña ventana de tiempo.

El pánico me atenaza.

—¿Antes de qué?

Los truenos rugen y los relámpagos se recortan en el cielo.

En los ojos de Lukas brilla una advertencia.

—Antes de que caiga la noche y Vogel pueda rastrearte con ayuda de una magia más potente.

La tormenta sigue contenida, como una bestia enorme que nos acecha pacientemente. A medida que el día va dejando paso a la noche, las nubes espesan y se hinchan con rabia, escupiendo truenos y relámpagos como un puño cargado de rabia, pero conteniendo el torrente de agua.

De vez en cuando, Lukas me hace señas para que me pare a su lado y, cuando desmontamos, me mira con impaciencia. Me rodea con el brazo y me da un beso apasionado proyectando en mi interior sus poderes de fuego y tierra para alimentar el

escudo que llevo bajo la piel. El vasto alcance de su poder siempre me arranca un jadeo y me estremezco pegada a él mientras los caballos se mueven nerviosos a nuestro lado. Y cada vez que lo hace, el aura opresiva de los árboles retrocede, como si pudieran percibir el asombroso nivel de poder que hay en juego.

Mientras avanzamos por el bosque me descubro anhelando que llegue la siguiente parada, para que Lukas me arrastre con sus apasionados besos y el horrible mundo que nos rodea desaparezca por un momento durante ese breve espacio de tiempo en el que el poder de Lukas se fusiona con el mío.

Sobre nosotros se cierne un atardecer iluminado por los relámpagos, y el bosque empieza a cambiar. De pronto nos encontramos con árboles altísimos cuyos gigantescos troncos reflejan el parpadeo rojo de nuestros candiles rúnicos amaz.

El bosque Sithoy de Caledonia.

Cuando nos adentramos en este bosque famoso en toda Erthia, miro a mi alrededor con asombro y excitación. Un bosque sobre el que solo había leído en los libros y había percibido al tocar su madera roja.

Apenas nos hemos internado algunos pasos en el Sithoy, cuando el aura de los árboles que nos rodean empieza a cambiar. Su ira proyecta una fuerza claustrofóbica, como un profundo y poderoso rugido que presiona contra mis líneas.

Levanto la vista y siento un poco de vértigo al mirar con preocupación el alejado dosel del Sithoy iluminado por los relámpagos.

Los árboles de hojas negras del bosque Sithoy son más altos que la catedral de Valgard, y tanto Lukas como yo tenemos que esforzarnos el doble para empujar su aura hostil, de lo contrario enseguida empezamos a sentir que algo invade nuestras mentes y nos cuesta pensar. Incluso a pesar de que los dos vamos lanzando ráfagas de fuego invisible contra ellos, es como si apenas pudiéramos contener a estos árboles nuevos.

Mientras serpenteamos por entre sus gigantescos troncos, tengo la sensación de que nos miran con un odio atroz. Y me inquieta pensar que su aura colectiva no solo me presiona las líneas, también se interna un poco en ellas. De forma intermitente.

Como si quisieran descubrir mi torrente de poder.

—Los árboles que hay aquí —le digo a Lukas mirando con recelo a mi alrededor— son peligrosos.

Él me mira mientras cabalgamos.

—Yo también noto la fuerza de su poder, Elloren. Pero son como un mago de nivel uno. No tienen acceso a su poder. No dejes que te intimiden.

Proyecta otra ráfaga de poder invisible, pero apenas sirve para aplacar el rencor de los árboles.

Y también ese sutil roce contra mis líneas que atraviesa con tanta facilidad el escudo de Lukas.

«No os dejáis intimidar fácilmente, ¿verdad?», les digo mentalmente a los gigantescos árboles sintiéndome asediada por su ondulante invasión.

Los truenos son ahora más insistentes y en el cielo no para de parpadear un relámpago tras otro mientras el aire se enfría rápidamente. Me está costando mucho deshacerme del frío que se me ha colado en los huesos, no importa lo mucho que tire de mi fuego de afinidad o que apoye las manos en el cuello del caballo.

La noche desciende sobre nosotros cuando empieza a soplar un viento cargado de tormenta que agita con fuerza las hojas del bosque, y las enormes ramas de los árboles se mecen cuando el viento ulula al pasar entre ellas. Enseguida empieza a caer del cielo una ligera llovizna. El paisaje rojo se torna rocoso y empinado a medida que Lukas y yo nos vamos acercando a la cordillera de Caledonia, dejando atrás, al fin, esta parte del bosque Sithoy.

Los robles, arces y encinas que nos rodean ahora son más pequeños y están más separados.

Y tienen menos capacidad para internar su poder en mis líneas.

Ante nosotros se abre un pequeño claro. Está salpicado de rocas negras y en uno de los extremos hay un montículo rocoso. Me estremezco cuando un relámpago da paso al atronador rugido de los truenos, y los caballos se sobresaltan; la fría y fina lluvia empieza a apretar salpicando los árboles y empapándome la capa y la cara.

Lukas se para y desmonta invitándome a hacer lo mismo; se toma un momento para tranquilizar a su agitada yegua. Atamos los caballos a las puertas del bosque bajo una aislada arboleda de robles que nos proporcionan una espesa capa de hojas bajo la que refugiarnos.

—Quédate un momento con los caballos —me dice, y yo obedezco con el pelo azotado por el viento, que cada vez aúlla con más fuerza y me obliga a apaciguar a los animales inquietos.

Lukas se dirige al centro del pequeño claro, alza la varita y murmura una serie de hechizos en voz baja mientras la intensa lluvia y el violento viento se ceban con él.

Me estremezco al ver cómo se sueltan unas ramas y rodean a Lukas formando una estrecha espiral; enseguida se unen varias más al ciclón de madera hasta que dejo de ver a Lukas. A continuación, la espiral se abalanza hacia delante haciendo un agujero en la pared de roca del montículo. Lukas reaparece. La madera impacta contra la piedra y él enseguida emplea las ramas para construir una cúpula pegada al agujero ayudándose de su poder de tierra, que fluye alrededor de las ramas y las ciñe con habilidad.

Lukas trabaja con eficiencia mientras la tormenta se convierte en un violento diluvio, y yo me quedo asombrada, tanto por la demostración de magia de tierra como por la capacidad que tiene para permanecer relajado ante cualquier situación conflictiva.

Mientras le observo a través de la cortina de lluvia, veo que hace una puerta en la estructura y que inclina el techo para crear una especie de toldo. A continuación se acerca a la casita que ha creado, apunta a la entrada con la varita y murmura otro hechizo.

Del recinto salen unos escombros que Lukas lanza al bosque haciendo ondear el brazo. Después pronuncia otro hechizo y de su varita brota una ráfaga de espesa niebla que desprende una inquietante luz roja procedente de nuestros candiles.

En el cielo resuena otro trueno ensordecedor acompañado del dibujo de las horquillas de los relámpagos entre las nubes, que incluso aterrizan en el bosque, no muy lejos de donde nos encontramos. Se me acelera el pulso al ver lo cerca que ha caído. Sigo tranquilizando a los caballos asustados, dándoles palmaditas en el cuello y susurrándoles en un tono relajado: cada vez llueve más fuerte.

—Deberíamos proteger las alforjas de la lluvia —dice Lukas acercándose a mí con la capucha bajada. En su pelo negro se empiezan a formar algunos rizos de agua.

Descolgamos las alforjas y los candiles de los caballos y, a continuación, les aflojamos las monturas. Me disculpo con mi caballo con una palmadita por no quitársela del todo y cepillarlo como es debido, pero tenemos que dejarlas como están por si acaso hay que salir huyendo a toda prisa. Cojo las alforjas y los candiles, y sigo a Lukas, casi corriendo, hasta el refugio, con la esperanza de que los caballos tengan suficiente con la protección natural que les proporcionan los árboles. Por lo menos, con lo mucho que llueve por aquí, tienen un montón de hierba para comer.

Nos agachamos y entramos en el refugio justo cuando la tormenta empieza a descargar con violencia, y la lluvia forma una cortina impenetrable tras la que rugen los truenos y brillan los relámpagos.

Lukas hinca una rodilla en el centro del refugio iluminado por el brillo escarlata de los candiles que ha dejado a su lado. Alza la varita y murmura un hechizo mientras echa la otra mano hacia atrás, con la palma hacia delante, como si quisiera extraer algo de la varita.

Noto cómo se me calienta todo el cuerpo al tiempo que la lluvia desaparece de mi cara, la falda, mi piel, y fluye hacia la varita de Lukas para acabar convertida en una espesa esfera de agua que se queda suspendida en el aire, justo sobre la punta de la varita.

Se quita el agua que él lleva encima y alimenta la esfera suspendida, para después

lanzar la bola de agua fuera por la pequeña entrada del refugio. Ahora tengo el cuerpo y la ropa seca y estoy mucho más calentita. Ya no huele tanto a humedad.

Lukas se concentra y señala el techo del refugio. Agita la varita de un lado a otro con elegancia, sus movimientos son como los de un director de orquesta. De la punta de la varita brotan unos hilillos negros que se deslizan por el techo de la estructura creando una superficie cada vez más hermética. Después envaina la varita, se quita la capa y la cuelga en la entrada.

La estructura que ha hecho no es muy grande. Solo lo bastante grande como para que los dos podamos sentarnos cómodamente en el musgo y lo bastante alta como para poder ponerse de pie si se agacha un poco.

—Lukas —me aventuro a decir cuando comprendo la inmensidad de la situación. Me mira a los ojos—. ¿Crees que Vogel nos encontrará aquí?

—No me parece muy probable. Hemos cruzado una gran extensión de bosque. No conozco ningún hechizo de rastreo que tenga tanto alcance. Y una bestia de rastreo tendría que seguir tu olor, cosa que es casi imposible con esta lluvia. —Me observa con atención—. Pero es como si Vogel hubiera accedido a algún sistema de magia primordial…

—Magia demoníaca —le corrijo con firmeza.

Lukas asiente con seriedad.

—Es posible. Quizá no se puedan aplicar las viejas reglas mágicas. La varita de Vogel parece estar amplificando su poder, y no estoy muy seguro de lo que es capaz de hacer.

Me resbala un escalofrío por el cuello justo cuando un sonoro bum, bum, bum suena sobre nuestras cabezas atravesando el coro de la tormenta.

Se me activan todas las alarmas y los dos miramos hacia arriba, el sonido es como un trueno más violento y rítmico. Miro a Lukas con preocupación y oímos una sucesión de graznidos en el aire.

Lukas y yo nos acercamos rápidamente a la abertura del refugio, apartamos la capa y miramos fuera.

Mi chispa de alarma estalla al ver varios relámpagos iluminando el cielo que dejan ver una manada de dragones militares gardnerianos cruzando la tormenta justo por encima de las copas de los árboles.

Un montón de dragones domesticados volando con decisión hacia el este.

—¿Qué significa esto? —pregunto cuando la gigantesca manada parece haber pasado de largo.

—Parece que los gardnerianos han acabado con todas las vu trin —razona Lukas con seriedad mientras otea el cielo con los ojos entornados y la cara salpicada por la lluvia—.

Probablemente las fuerzas magas se estén reuniendo cerca del paso del este con el objetivo de prepararse para una invasión del Reino de Oriente.

Las consecuencias de esa posibilidad me atenazan la garganta.

El reino en el que están casi todas las personas que me importan. El reino que supone la única esperanza para miles y miles de personas.

Recuerdo las historias que me contó Yvan acerca de las manadas de dragones gardnerianos atacando a los pueblos celtas. Hijos y familias enteras destruidas. Pueblos enteros arrasados. Me horroriza imaginar que esa pesadilla podría repetirse sobre los habitantes del Reino de Oriente.

—Yo he provocado esta situación —jadeo notando cómo mi fuego de afinidad golpea el escudo de Lukas con una intensidad angustiosa—. La guerra ha estallado por mi culpa. Van a destruir la vida de miles de personas. Y no puedo evitarlo.

Lukas me mira con incredulidad, me coge del brazo y vuelve a meterme en el refugio. Vuelve a tirar de su capa para tapar la entrada.

—Elloren —me dice con firmeza sin soltarme el brazo—, esta guerra hubiera sucedido con o sin ti. ¿Crees que Vogel se hubiera olvidado del Reino de Oriente si no hubieras aparecido? —Alza las cejas con creciente incredulidad—. No. Lo hubiera invadido y hubiera esclavizado a su gente. La única diferencia es que, si tuviera a su Bruja Negra, todo habría ocurrido mucho más rápido. —Me clava su mirada intensa—. Ahora mismo probablemente esté mandando rastreadores de la quinta división para que puedan localizar nuestro rastro en cuanto pase la tormenta. Escúchame con atención: eres la única amenaza que se interpone en el camino de Vogel, y aprenderás a luchar contra él. Potencialmente eres el arma más mortífera que se haya visto jamás en ambos reinos.

«La única arma de la profecía que queda», pienso con una claridad terrible mientras un dolor espantoso me retuerce el corazón. Pero soy un arma inútil debido a mi incapacidad para controlar mis poderes, mientras que el ejército de dragones de Vogel se cierne sobre mis familiares, amigos e incontables inocentes.

¿Y si Vogel me encuentra antes de que consiga controlar mi poder?

—Vogel no puede encontrarme —insisto con aspereza cogiéndole de la mano—. Si me coge, me obligará a ir al este. Y me convertirá en un monstruo…

Lukas mira la mano con la que estoy cogiendo la suya y entrelaza los dedos con los míos.

—Elloren —dice mirándome intensamente mientras mi poder gira como un ciclón por mis líneas y golpea su escudo—, tienes que conseguir controlar tu poder. Vas a acabar atravesándome el escudo. Y si Vogel conjura un hechizo de búsqueda y da con la dirección que hemos tomado, conjurarás todo aquello que tanto temes.

Me esfuerzo por hacer lo que me pide. Hacerme con el control de mi poder y presionarlo con mis líneas, pero mi fuego de afinidad brota con unas ráfagas demasiado caóticas y no consigo controlarlas. Mi mente entra en una espiral de pánico y mi poder aporrea la magia de Lukas, y yo peleo contra la pesadilla en la que estoy atrapada.

A mi alrededor hay un bosque lleno de árboles que me estrangularían con sus ramas si pudieran y me arrancarían las líneas de afinidad del cuerpo. Y, más allá, no tengo ningún lugar seguro donde entrenar. Incluso el Reino de Oriente es un peligro para mí. Tendremos que colarnos como podamos, ya que las vu trin me quieren muerta.

Y la varita que llevo escondida en las medias, la mítica fuerza del bien, no es rival para la varita negra de Vogel.

Se esconde de la varita de Vogel.

Al pensar en la terrible situación se me acelera el corazón.

—Tengo miedo, Lukas —confieso con la voz cada vez más espesa mientras mi poder golpea su escudo con violencia—. No puedo controlarlo. No soy capaz de controlar mi poder.

Lukas me mira muy preocupado sin soltarme; aprieta los dientes.

Mediante un decidido movimiento, se acerca a mí, me pega a él y me besa para proyectar su fuego en mis líneas.

Jadeo pegada a él notando cómo me recorre su magia, un poder asombrosamente caliente e intenso. Enreda los dedos en mi pelo y me estrecha con fuerza. La intensidad de sus afinidades me recorre alimentándose de mi descontrolado poder con un calor muy intenso. Se fusiona con él, se hace con el control y recoloca el escudo.

Yo me pego a él mientras me besa y su poder me atraviesa con un feroz y contenido infierno. Una ola tras otra de ardiente poder. Arrasando mis miedos mientras la embriagadora sensación de su controlado poder sigue entrando a borbotones para apoderarse del mío.

Entonces Lukas se separa de mí con los ojos verdes llenos de fuego.

El poder palpita en mi interior, tengo la respiración acelerada y la piel muy caliente, y todo mi cuerpo arde debido a la intensidad de nuestros poderes combinados. Pero gracias a su control, que ahora me recorre las líneas, mi magia ya no es caótica e irregular.

Es controlada y letal.

Él se separa un poco y esboza media sonrisa; alza la mano y me acaricia la mejilla con su palma caliente.

—Mucho mejor.

Yo trago saliva, acalorada y abrumada por la fuerza de nuestro poder combinado. Y

desesperada por aprender a controlarlo y que Vogel no me encuentre.

—Necesito tu poder para sobrevivir a esto —le digo completamente consciente de la situación.

—No será siempre así —contesta con decisión—. No cuando consigas cierto control sobre tu magia. Y, Elloren, lo conseguirás. Pero tienes que aprender a controlar tus emociones, y rápido. Cuando salgamos del reino te enseñaré a controlar tu poder y a escudarte sola. Es una magia compleja, pero lo conseguiremos. Te enseñaré todo lo que sé sobre magia.

Asiento y me obligo a respirar tranquilamente mientras Lukas me acaricia el hombro con el pulgar y noto el reguero de chispas que siguen a su cálida caricia. Le miro a los ojos, me está observando fijamente envuelto en una oscura luz roja.

—Elloren, eres más fuerte de lo que piensas —insiste con firmeza—. Estoy convencido. Siempre lo he pensado. Aunque creas que no estás capacitada para esto. Lo estás.

Quiero creerle. Quiero ser lo bastante fuerte como para enfrentarme a esto y luchar. Y la firme fe que Lukas tiene en mí fortalece una pequeña parte de mi maltrecho valor. Nunca me ha consentido y en ocasiones le he odiado por ello. Pero siempre ha creído en mí.

—A veces tengo la sensación de que tú me entiendes mejor que nadie —confieso—. Mejor de lo que me entiendo a mí misma.

Esboza una ligera sonrisa divertido.

—Eso es porque te entiendo mejor que nadie. Elloren, nuestras afinidades encajan a la perfección. Te conozco por dentro y por fuera, igual que imagino que tú me conoces a mí. Y puedo percibir tus emociones en tu fuego.

Asiento notando un hormigueo que me trepa por el cuello y el afecto que siento por Lukas me calienta las líneas.

—Es más que eso.

—Ya lo sé —admite con un brillo travieso en los ojos—. Los dos somos rebeldes con el mismo origen.

Gardnerianos. Nacidos en la misma cultura opresiva. Los dos hemos sido obligados a pelear contra las mismas mentiras, mitos y restricciones religiosas.

—Eso es una parte —admito—, pero también es más que eso, Lukas.

Algo muy intenso brilla en su mirada y el silencio que compartimos es cada vez más emocional y sincero.

—Ya lo sé —admite.

—Tú me ayudas a ser fuerte.

Lukas niega con la cabeza y frunce el ceño.

—No. Nos ayudamos el uno al otro a ser fuertes.

Su sentimiento es tan bondadoso y sincero que mi cálido afecto se derrama en mi fuego, y por un momento desearía encontrar una forma de derribar el muro de dolor que rodea mi corazón, incluso a pesar de saber que es posible que quizá nunca llegue a desaparecer.

Amé a Yvan con todo mi ser, y quizá nunca consiga recuperarme de la pérdida, pero empiezo a notar que mi corazón ha abierto un pequeño espacio para Lukas.

Y entonces me doy cuenta de que las sombras no pueden destruir un corazón con tanta facilidad.

—Quiero que me beses —le digo a Lukas deseando poder llenar ese vacío de mi corazón con él y con su fuego y tenerle siempre ahí. Para borrar las sombras.

Lukas me mira con pasión.

—Elloren, te besaré toda la noche si quieres.

Las ganas que tengo de estar pegada a él estallan y enseguida se convierten en una llamarada.

—¿Has traído la raíz de sanjire? —le pregunto con la voz ronca y el corazón acelerado.

La pregunta se queda suspendida en el aire entre nosotros, como escrita en llamas, y nuestros respectivos poderes tiran con fuerza hacia el otro.

Lukas resopla incrédulo y me lanza una mirada apasionada y cómplice. Se mete la mano en el bolsillo de la túnica, saca el frasco y me lo da. Cuando lo destapo, en el cristal del frasco se refleja la luz carmesí del candil, saco un trocito de raíz y me la meto en la boca.

Me mira con fuego en los ojos mientras mastico y trago.

Nos observamos un buen rato mientras el calor calienta el aire entre nosotros. Entonces Lukas me abraza y me pega los labios al oído.

—¿Estás segura, Elloren?

—Estoy segura —contesto mientras nuestros respectivos poderes se entrelazan y chispean con ardor—. Te deseo —le digo muy convencida—. Y juntos somos más fuertes.

—Entonces ¿lo hacemos por el bien de los reinos? —ronronea Lukas.

Noto cómo su grave voz retumba en mi interior acompañada del ardor de su poder.

—Por el bien de los reinos —acepto rindiéndome a la atracción mientras nuestras afinidades empiezan a entrelazarse.

Lukas me besa y su calor me atraviesa mientras los truenos rugen sobre nuestras cabezas; nuestros poderes se fusionan y todo el mundo queda envuelto por el fuego.

# 10

## Perseguida

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Bosque de Caledonia, Gardneria***

Cuando despierto, descubro que Lukas no está en el refugio. Oigo sus pasos fuera y ya no llueve. Ya no se oyen dragones cruzando el cielo.

Mis líneas de afinidad están revueltas.

Es como si, durante la noche, el bosque me hubiera atravesado las líneas con un gancho diminuto, después hubiera tirado de ellas en todas direcciones, dejándome con la sensación de que soy una mosca atrapada en una gigantesca telaraña.

Tejida entre los árboles.

Tensa por haber dormido en el suelo, y con la inquietante sensación de estar atrapada en los árboles, me pongo la ropa con torpeza y me meto la varita envuelta en su trapo en un lateral de la bota. A continuación salgo al aire frío y húmedo de la mañana.

Lukas está tensando las cinchas y amarrando las alforjas a los caballos, y su silueta masculina está rodeada de la misteriosa luz gris del alba, una bruma suspendida en el aire que le da al bosque un aspecto etéreo, como si todas sus asperezas hubieran desaparecido.

Nuestras miradas se cruzan.

Lukas entorna los ojos.

—Elloren, ¿qué pasa?

Miro a mi alrededor asombrada de percibir la repentina ausencia de la ira del bosque.

—Los árboles —digo con la voz seca por la inquietud—, noto cómo tiran de mis líneas. Con más fuerza que antes. Es como si estuvieran tratando de desorientar mi poder para que no me llegue a la mano.

Observo el suelo que nos rodea. Cuando encuentro una rama que parece una varita la cojo y el poder de afinidad que tengo dentro se abalanza hacia ella.

—Elloren, no pueden hacerte daño —insiste Lukas—. No son más que conductores de poder…

—Cógeme la mano —le pido—. Dime qué sientes.

Lukas se coloca detrás de mí y me rodea la mano con las suyas. Yo aprieto el puño alrededor de la ramita y apunto hacia el bosque que tenemos delante.

La mera acción provoca un evidente tirón de mi magia. Los hilos de poder que tengo enganchados a las líneas tiran con fuerza y yo me vuelvo para mirar a Lukas.

Ha entornado los ojos y alterna la mirada entre la rama y los árboles envueltos por la niebla.

Estos árboles están misteriosamente calmados.

—¿Ya no percibes su hostilidad? —le pregunto con la voz todavía ronca debido al dolor que me provoca la tensión en el brazo.

Y debido a mi creciente alarma.

Lukas lo piensa mientras guarda silencio con aparente concentración, como si estuviera escuchando el aire.

—No —dice al fin.

Caigo presa de una espantosa certeza:

—Es porque me han atado.

Lukas niega con la cabeza.

—Eso no tiene sentido. Los árboles no pueden utilizar su poder.

—¿Y un bosque entero puede reprimir la magia de alguien?

Lukas se queda inmóvil y de pronto nos envuelve a los dos una oscura comprensión. Observa con atención el bosque que nos rodea, como si estuviera midiéndose con un enemigo al que había subestimado, y luego vuelve a clavarme su penetrante mirada.

—Saldremos del bosque y liberaremos lo que sea que les hayan hecho a tus líneas. ¿Cómo va el escudo? —pregunta sin soltarme las manos.

—Sólido.

Como es normal, con la cantidad de poder que generamos la noche anterior. Se me acalora el rostro solo de pensarlo mientras fulmino con la mirada al bosque con la sensación de que estamos rodeados de un ejército colérico.

Que aguarda pacientemente para atacar.

Me resbala un escalofrío por la espalda.

—Necesito salir del bosque, Lukas.

Asiente y termina de colocar las alforjas mientras yo me acerco para montar y levanto el pie para ponerlo sobre el estribo.

De pronto una ráfaga de magia me alcanza la espalda y lo veo todo negro.

Me arqueo y me desplomo en el suelo. No puedo respirar y me quedo completamente rígida. La imagen del árbol negro se cuela en mi visión y sus ramas se recortan como los relámpagos por encima del escudo de Lukas.

Y entonces la ráfaga de magia desaparece, como si alguien me hubiera cortado de golpe unas ataduras. El fuego recorre mis líneas y la oscuridad se desvanece reemplazada por el abrazo y el intenso beso de Lukas, que alimentan mi escudo con su poder.

Me esfuerzo por respirar con la boca pegada a los labios de Lukas, sorprendida de descubrirme de rodillas y temblando junto a él.

Los árboles se han retirado y se han relajado, como si ellos también estuvieran horrorizados. Como si hubieran sentido el poder de Vogel.

Pero mi escudo está intacto.

Lukas se separa un poco y pega la frente a la mía. Los dos tenemos la respiración acelerada y me estrecha con fuerza mientras yo me aferro desesperada a su fuego. Pero ni su magia ni su escudo consiguen aliviar el pánico que se ha apoderado de mí.

—Vogel sabe que sigo viva.

Lukas traga saliva y se retira un poco más, y yo me doy cuenta de que tiene la frente salpicada de sudor y una expresión tensa en el rostro debido al evidente esfuerzo mágico.

—Sí —reconoce inquieto—. Y debe de tener cierta idea de por dónde nos hemos ido.

—Viene a por mí.

Lukas asiente y aprieta los labios.

—Sí. Pero con suerte habremos salido del reino antes de que nos encuentre. Tenemos que marcharnos. Ahora.

Nos levantamos y subimos a los caballos a toda prisa.

Las dudas me asaltan cuando cojo las riendas de mi yegua.

—¿Y cómo vamos a conseguir cruzar la cordillera de Caledonia antes de que nos encuentre Vogel? —Un macabro sarcasmo brota potenciado por la desesperación—. ¿Es que tienes un dragón escondido en alguna parte que pueda sacarnos volando por encima de las montañas?

Lukas azuza al caballo, pero no me sonríe.

—Llegaremos al este cruzando un portal noi. Lo utilizaremos para cruzar del todo las montañas y llegaremos directamente al desierto del este.

Su revelación me deja de piedra.

—¿Cuánto hace que sabes lo del portal? —le pregunto.

—No mucho —dice abriendo la marcha—. He visto su ubicación en tu piedra rúnica.

—¿Y está cerca? —quiero saber.

—A un día de camino —contesta con el tono de alguien decidido a enfrentarse con un ejército de demonios para llegar hasta allí.

—Pues vamos a por ese portal —afirmo acelerando el paso, muy decidida—. Vamos a alejarnos ya de Vogel y de todos estos árboles.

Nos dirigimos hacia el norte durante todo el día mientras rodeamos la imponente cordillera de Caledonia, cuyas cumbres nevadas se ven a través de las copas de los árboles. Los árboles parecen ignorarnos después de haber sido alcanzados por el hechizo de Vogel, y la presión que ejercen en mis líneas ha disminuido mucho.

«Aferraos a mí mientras podáis —les digo mentalmente muy enfadada—. Pronto cruzaré un portal y escaparé de vuestras garras.»

El crepúsculo gris empieza a descender y yo sigo a Lukas, que sale del bosque y se encamina por una carretera rodeada de árboles; las sombras de la noche se van alargando y nosotros cada vez vamos más rápido.

Poco después empezamos a escuchar el leve sonido de unos cascos a nuestra espalda, que cada vez se oyen con más fuerza.

Tengo mucho miedo, pero Lukas no se desvía. Mira hacia atrás una vez y mantiene la dirección, pero yo me doy cuenta de que coge las riendas con una mano y coloca la otra cerca de la varita que lleva envainada al costado.

Yo miro hacia atrás con el pulso acelerado y veo dos figuras encapuchadas que se acercan a nosotros a lomos de sendos purasangres uriscos con decisión.

Respiro hondo deseando poder blandir la varita que llevo en la bota.

—Lukas —susurro con aspereza mientras aceleramos, pero, antes de poder decir nada más, los jinetes nos alcanzan y se colocan a ambos lados con el rostro oscurecido por las capuchas de las capas.

Se me contraen los pulmones y se me tensan los músculos cuando me preparo para pelear.

—Hola, Chi Nam, Valasca —dice Lukas muy tranquilo soltando la varita.

Me quedo de piedra al ver que uno de los jinetes se quita la capucha y advierto, con mayor asombro todavía, que es Valasca. Su pelo de punta emite un brillo azul y negro a la tenue luz de la tarde, y en su rostro azul de orejas puntiagudas se dibuja una expresión divertida. Me clava sus ojos oscuros rebosantes de diversión.

—Vaya, hola, Elloren —dice con un tono travieso mientras todos aflojamos el paso—. Me alegro de verte.

Me vuelvo hacia el otro lado con el corazón acelerado y veo que Chi Nam también se ha quitado la capucha. El rostro arrugado de la hechicera rúnica noi me clava sus ojos negros y esboza una sonrisita mientras sigue cabalgando junto a Lukas con el pelo blanco recogido en una trenza y el bastón rúnico envuelto en un trapo negro y sujeto a un lateral del caballo.

Me vuelvo hacia Valasca.

—Santo Ancestro —jadeo aliviada. Miro las empuñaduras de los cuchillos rúnicos de Valasca que se divisan cuando se le entreabre la capa, y las runas que los decoran emiten un suave brillo azul noi mezclado con el tono escarlata propio de las amaz—. ¿Cómo nos habéis encontrado? —pregunto asombrada.

Chi Nam señala a Lukas con el pulgar.

—Este. Ha contactado conmigo utilizando la piedra rúnica que te di. —Le dedica a Lukas una sonrisa calculadora—. Así que dinos, mago Grey, ¿qué probabilidades crees que tenemos de mantenerla con vida?

Lukas se ríe.

—Ahora son mejores.

En su voz adivino más alivio del que había percibido nunca, y me doy cuenta de que encontrar a Chi Nam y a Valasca no era muy probable y que Lukas se ha arriesgado mucho.

Pero probablemente fuera nuestra única oportunidad.

Chi Nam sonríe al mirarlo.

—Veo que por fin te pasas al bando correcto.

Lukas deja escapar una risa.

—Yo diría que en este momento estamos en el bando más impopular de todos.

Valasca hace un ruidito desdeñoso.

—El riesgo siempre es mucho más interesante.

—Me alegro mucho de verte —le digo a la hechicera todavía sin poder creérmelo.

—¿Sabes que las amaz me mandaron a matarte? —me contesta con ironía, y de pronto me siento un poco incómoda.

—No me puedo creer que las amaz también vayan a por mí —contesto pensando que toda la situación es completamente surrealista.

Valasca me mira arqueando la ceja.

—No hay duda de que sabes cómo entrar en escena. —Esboza una sonrisita mientras observa nuestro pequeño grupo, y después vuelve a clavarme su irreverente mirada y niega con la cabeza—. Bueno, Bruja Negra, esto sí que no me lo imaginaba—. Desliza la

vista hasta mis renovadas marcas de compromiso y me mira con complicidad—. Los tiempos difíciles traen amantes interesantes, ¿no te parece?

Antes de que pueda sentirme avergonzada por su broma, Valasca aprieta las piernas, le da una orden a su caballo en idioma noi y se marcha galopando y adelantando a Lukas.

—Venga —nos grita al tiempo que nos hace gestos con la mano—, si queremos que Elloren siga con vida, tenemos que hacer un salto a través de un portal que nos lleve hasta el desierto del este.

# 11

# Hechicería rúnica

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Bosque de Caledonia, Gardneria***

Cabalgamos en dirección nordeste por un camino sucio que cruza un denso bosque de pinos; Lukas y Chi Nam van en cabeza y Valasca cierra la marcha mientras desciende la noche. Nuestro camino está iluminado por la luz carmesí que emiten nuestros candiles rúnicos amaz y la esfera de luz azul que Chi Nam ha conjurado para que flote sobre la punta de su bastón rúnico, que ahora lleva asido en diagonal a la espalda. De vez en cuando, Valasca saca su aguja rúnica, murmura un hechizo noi y proyecta una red de líneas azules que ocultan mágicamente nuestras huellas.

En mi cabeza oigo unas palabras pronunciadas con rencor.

«Bruja Negra.»

Noto un hormigueo en el cuello al mirar de soslayo al bosque de pinos; los inmensos abetos sitka son casi tan altos como las encinas del Sithoy. Reconozco las gruesas agujas de estos abetos, sus troncos escamados y los conos colgantes. Durante mi infancia había tenido muchas visiones sobre estos árboles mientras cortaba y lijaba madera con el tío Edwin, pues la madera de estos abetos es perfecta para transmitir sonidos.

Es perfecta para hacer violines.

El feliz recuerdo se desvanece mientras cabalgamos entre sus maliciosos troncos. Las palabras acusadoras de los árboles son como una ráfaga de viento que no deja de soplar en mi mente mientras una inquietante conciencia brota de sus auras tratando de tirar de mis líneas.

Me recuerdo que pronto saldremos del bosque y me alejaré de su capacidad para encorsetar mi poder.

—¿Sabes algo de lo que ha pasado? —le pregunta Lukas a Chi Nam.

—Nuestras fuerzas acabaron con la mayor parte del Consejo de Magos cuando asaltaron la mansión de tu familia —le dice, y entonces vacila—. He oído que toda tu familia murió.

Lukas aparta la mirada y yo puedo sentir la punzada de intensa emoción que palpita en su línea de fuego. Se me encoge el corazón por él y al pensar que jamás ha tenido una familia que le quisiera. Se vuelve hacia Chi Nam y le dice algo en el idioma noi con mucha soltura, a lo que ella responde también en noi y con la misma seriedad, como si le estuviera ofreciendo sus condolencias.

—¿Tomaron el edificio del Consejo de Magos? —le pregunta Lukas volviendo de nuevo a la lengua común.

Chi Nam asiente.

—Y sus archivos, además de las bases de Valgard y Verpacia, antes de que la guardia de magos derrotara a nuestras fuerzas. Ahora Vogel está movilizando a sus propios hombres hacia el este del paso de Verpacia para desplegarlas por el desierto. —Mira a Lukas muy seria—. Ha declarado la guerra a las tierras Noi y ha reclutado a todos los magos adultos varones. También ha declarado la ley marcial en Gardneria y se ha hecho con el control absoluto del gobierno.

—Eso era inevitable —contesta Lukas con cinismo.

—Por lo visto ni siquiera se planteó la posibilidad de crear un nuevo consejo —apunta Chi Nam adoptando también un tono satírico—. Y los gardnerianos no lo cuestionan. En cualquier caso, la guerra ya es una realidad. Vogel va a celebrar un mitin multitudinario esta noche en Valgard. Han mandado halcones rúnicos a todas las bases militares.

—No tardará mucho en avanzar hasta el Reino de Oriente —advierte Lukas.

—Bueno, todavía no puede hacerlo —contesta Chi Nam con aspereza; su cerrado acento todavía enfatiza más sus palabras—. Primero tiene que cruzar una buena extensión de desierto. E incluso a pesar de tener tantos dragones como ha conseguido amaestrar, siempre es difícil cruzar las tormentas de la zona central del desierto. —Frunce los labios y niega con la cabeza—. Pero tienes razón. Vendrá a por nuestro reino. Y tendremos que recibirlo con un poder abrumador.

Chi Nam se vuelve para mirarme por encima del hombro y yo me esfuerzo para devolverle el gesto.

Es increíble que esté aquí. Protegiéndome a pesar de las órdenes expresas de su propio ejército, cuando podría haber luchado junto al ahora diezmado regimiento de hechiceras vu trin contra el ejército de Vogel y sus dragones.

Cosa que significa que Chi Nam apuesta a que yo soy estratégicamente más importante para la batalla en ciernes que todas las fuerzas que las vu trin puedan tener

desplegadas en el Reino de Occidente.

Se me encoge el corazón al pensar en cómo me debe de estar viendo en este momento: como un arma apocalíptica.

O quizá como todas las armas de Erthia con forma humana.

—¿Kam Vin y Ni Vin están bien? —le pregunto a Chi Nam—. ¿Y Chim Diec? —añado preocupada por saber qué ha sido de las mujeres que me salvaron la vida en el desierto cuando las demás vu trin quisieron acabar conmigo. Valasca vuelve su rostro azul hacia mí y se pone tensa al escuchar mencionar a su amada Ni Vin.

—Nilon está bien —me informa Valasca sin rastro ya de su tono bromista de antes—. Ha regresado a tierras Noi con Kamitra. Chimlon también ha vuelto a tierras Noi.

Valasca emplea la forma más larga e informal de los nombres de Ni Vin, Kam Vin y Chim Diec, dejando claro que tiene una estrecha relación con las tres.

—¿Las castigaron por haberme dejado escapar? —pregunto preocupada.

Valasca niega con la cabeza.

—Solo seguían las órdenes de Chi Nam. —Alza una de sus cejas oscuras en dirección a la hechicera—. Aunque sí que hay orden de arresto para Chi Nam. Pero tendrán que cogerla primero.

Esboza una sonrisa traviesa y la poderosa hechicera le devuelve el gesto con una mirada de sólida autoridad.

—Me parece que hemos descubierto el arma que acabó con los lupinos —les digo, y todos me miran; de pronto la tensión flota en el aire.

Chi Nam frunce sus labios marrones.

—La varita negra de Vogel. Ya lo sabemos. Por lo visto Vogel ha resucitado algo que jamás debería haber vuelto a este mundo. Una cosa que no se veía desde las guerras élficas.

—Me proyecta la visión de un árbol negro —le explico—. Y de un bosque muerto. Y en todo ello hay un poder demoníaco.

Les hablo a Valasca y a Chi Nam sobre la runa smaragdalfar para rastrear demonios que Sage me hizo en el abdomen, y cómo el poder de Vogel la enciende como si fuera una baliza.

—Creo que es el Wor —afirma Chi Nam con seguridad.

Yo frunzo el ceño, confusa.

—¿Qué es eso?

—La fuerza opuesta al Zhilin —aclara Valasca mirándome de nuevo con penetrante intensidad.

Recuerdo la palabra que emplean las noi para referirse a la varita blanca: la llaman

Zhilin. El diente sagrado de su diosa dragón Vo, que solo puede blandir como si fuera una aguja rúnica el portador que elija la diosa, la Vhion.

Según Valasca y Chi Nam, yo soy la Vhion de la Zhilin.

Pero jamás había oído hablar del Wor.

—¿Todavía tienes la Zhilin? —me pregunta con cierta preocupación en la voz.

—La llevo en la bota.

Valasca suspira aliviada y ella y Chi Nam intercambian una rápida mirada.

—Deberíais saber que mi varita… parece que se ha quedado sin poder —confieso—. Tengo la sensación de que se esconde de la varita de Vogel

—La Wor es poderosa —concede Chi Nam lanzándome una seria mirada por encima del hombro—. Pero ten fe en la Zhilin, *toiya*. Quizá en este momento su poder dependa de la fe que tiene en ti.

Quiero agarrarme a esas palabras y sentirme mejor, pero no hay forma. En este momento necesito aprender a controlar mi poder. No necesito tener fe.

—Vogel está acechando a Elloren con su varita —le dice Lukas a Chi Nam—. Está proyectando hechizos de rastreo. Y puede hacerlo tanto de día como de noche.

—Y el bosque está intentando reprimir mi magia —añado—. Piensa que estoy de parte de Vogel.

—Parece que será mejor que nos esfumemos cuanto antes por ese portal —nos dice Valasca.

Chi Nam espolea su caballo para que apriete el paso y coge la delantera.

Al poco nos desviamos del camino y nos adentramos en el bosque Sitka en fila de uno aminorando el paso mientras zigzagueamos por entre los gruesos árboles de los abetos.

A medida que nos internamos en el bosque, la sensación de que los árboles están tirando de mis líneas es más y más intensa, y miro preocupada a Lukas, que cabalga delante de mí. Él se vuelve hacia atrás como si hubiera percibido mi atención, y su tensa expresión refleja mi preocupación, como si él también pudiera percibir la agresividad de los árboles. Alza un poco los hombros, agacha la cabeza y proyecta una ráfaga de fuego invisible hacia los árboles, y yo noto cómo el tirón en mis líneas se alivia un poco.

Llegamos a un claro que se abre cerca de un saliente rocoso en la vertiente occidental de la cordillera de Caledonia.

Chi Nam cabalga hasta una imponente pared de roca. La esfera de luz de color zafiro suspendida sobre el bastón que lleva asido a la espalda proyecta una luz que se balancea en la pared.

Desmonta y todos la seguimos.

—Manda a los caballos al pueblo más cercano —le ordena Chi Nam a Valasca antes de

mirarnos a Lukas y a mí—. No podemos llevarnos los animales, y a veces se asustan al ver lo que estoy a punto de hacer.

Con la mayor eficiencia de la que somos capaces, desmontamos las alforjas de los caballos, pero les dejamos los arreos puestos. Valasca les murmura unas palabras afectuosas y los acompaña de vuelta al bosque, y los caballos relinchan animadamente como si estuvieran conversando con ella mientras la otra les habla en urisco. De pronto recuerdo que Valasca, como todas las amaz, lleva una marca rúnica que le proporciona la habilidad de comunicarse mentalmente con los caballos.

Chi Nam se saca una serie de piedras rúnicas noi del bolsillo mientras se acerca al muro de piedra. Se agacha y coloca las piedras en la base, a continuación se levanta y murmura un hechizo noi mientras pasea los dedos de una mano por encima de las runas azules que lleva grabadas en su bastón.

Las piedras rúnicas que ha dejado en la base del muro se iluminan.

Chi Nam desenvaina una aguja y la utiliza para dar unos golpecitos en la superficie plana del muro de piedra dibujando un arco.

Alzo las cejas asombrada cuando de pronto aparece una hilera de runas incandescentes siguiendo el movimiento que ella dibuja con la aguja. Enseguida empieza a tomar forma el contorno de una puerta hecho con runas de color zafiro que rotan sobre sí mismas.

La forma del portal es parecida a la de los portales noi por los que crucé cuando viajé desde Verpacia al desierto del este y durante el camino de vuelta.

—El portal tardará más o menos una hora en cargarse —le dice Chi Nam a Lukas por encima del hombro, y después continúa dando golpecitos con la aguja por todo el contorno del portal, lo que hace aparecer algunas runas brillantes más pequeñas.

—¿Quién más conoce la existencia de este portal? —le pregunta Lukas colocándose detrás de mí y adoptando un tono que me eriza el vello de la nuca.

—Solo yo —le asegura ella.

—¿Y adónde conduce? —pregunto.

Chi Nam esboza una sonrisa críptica.

—A un sitio que a Vogel le costará mucho encontrar y mucho más llegar.

Valasca vuelve a nuestro claro de luz azul con actitud decidida y un saco de piel negra sobre su musculoso hombro. Se acerca a mí.

—Quítate la capa y la túnica —me ordena.

No entiendo nada.

—¿Por qué?

—Te voy a ocultar tras un glamour.

Abro los ojos desconcertada, pero obedezco; me quito la capa y la túnica de lana, y me quedo con mi fina camisola verde bosque, la falda de montar y la ropa interior.

Valasca mete la mano en el saco y de su interior emerge un puño rodeado de finísimas cadenas de oro. Las cadenas reflejan los rayos de luz azul procedentes de la hechicería rúnica de Chi Nam mientras Valasca se dedica a desenredarlos. Las cadenas tienen unas minúsculas runas circulares de brillante color verde.

—¿Son runas smaragdalfar? —pregunto.

Valasca no levanta la vista de su tarea.

—Sí.

Alzo las cejas. Runas de los elfos de las minas.

Me acuerdo de Fyon Hawkkyn, mi profesor de metalurgia smaragdalfar, a quien expulsaron de la universidad y que ahora colabora en secreto para la Resistencia. Y también de los refugiados smaragdalfar que he visto en mi vida, la mayoría de ellos huyendo de los elfos alfsigr. Muchos eran niños, y todos se dirigían al este. Igual que nosotros.

Valasca señala mi camisola.

—También tienes que quitarte eso.

Me sonrojo.

—Quieres que me desnude… ¿aquí mismo?

Miro a Lukas y él arquea una ceja, como si le divirtiera que me importe que pueda verme sin mi camisola teniendo en cuenta nuestro apasionado encuentro de la noche anterior, sin apenas nada de ropa.

—Elloren —insiste Valasca tendiéndome las cadenas desenredadas que ahora lleva extendidas sobre el brazo y le cuelgan de la mano—. No hay tiempo para el recato. Tenemos que protegerte, y rápido.

Cada vez más ruborizada, bajo las manos, me desabrocho la camisola y la dejo resbalar por mis hombros dejando al descubierto mi pecho al frío aire de la noche: noto cómo se me pone la piel de gallina.

Valasca mira las runas que tengo en el abdomen y en el antebrazo, y asiente complacida.

—Sage Gaffney sabe lo que hace —dice con despreocupación, cosa que me resulta muy rara. Como si se supusiera que tengo que ponerme a hablar tranquilamente sobre runas para detectar demonios estando medio desnuda.

Asiento tan avergonzada que soy incapaz de formar una sola frase coherente.

Valasca me pasa una de las cadenas por encima de la cabeza con una expresión de absoluta concentración, y el collar se descuelga por uno de mis pechos. Después

desenvaina su aguja rúnica y toca una de las runas recitando un hechizo. Todas las runas del collar cobran vida y adoptan un brillo esmeralda mucho más intenso.

El brillo verde natural de mi piel desaparece y yo jadeo.

Valasca me cuelga otro de los collares y lo toca con la aguja. Las runas se iluminan y mi piel adopta un color gris pálido.

—¿Me estás convirtiendo en una elfa? —le pregunto tan asombrada que casi olvido que estoy prácticamente desnuda.

Ella asiente.

—Sí. Porque en las tierras Noi sienten bastante simpatía por los elfos. Y les permiten cruzar el desierto sin problemas.

Me pone otra de las cadenas y la activa con su aguja.

Noto un hormigueo en el cuero cabelludo. Me cojo un mechón de pelo y lo miro sorprendida de ver que lo tengo gris.

Cuando me cuelga la siguiente cadena noto un tirón de las orejas. Me las toco: ahora las tengo más largas y de punta.

Otro collar más, y siento un pequeño pinchazo en los ojos: de pronto lo veo todo gris.

Y la siguiente viene acompañada de un fuerte pellizco en las manos y los brazos. Bajo la vista y veo que mis marcas de compromiso y mis runas han desaparecido.

Alzo una de mis manos grises desprovistas de marcas de compromiso.

—¿Esto significa…?

—No —me interrumpe Valasca con aspereza lanzando una breve mirada hacia Lukas —. Seguís comprometidos. —Se vuelve hacia mí—. Y sigues teniendo las runas de Sage. Todo está escondido bajo el glamour.

Da unos últimos toquecitos en las runas de las cadenas y los collares se me hunden en la piel hasta convertirse en tatuajes. Entonces las runas pierden su brillo.

Valasca observa la camisola arrugada que sostengo sobre mi pecho desnudo.

—Ya no vas a necesitar esa ropa. —Se agacha y saca de la bolsa la tradicional túnica elfhollen de color gris pálido y unos pantalones a juego, que llevan bordado un diseño de estrellas blancas. Se pone derecha y me tiende las prendas—. Ponte esto.

Me pongo el atuendo tradicional de los elfhollen asombrada de parecer e ir vestida igual que una auténtica elfa fae de las montañas.

—¿Esto es permanente? —le pregunto a Valasca mientras me abrocho los botones de la túnica ceñida, notando el contacto de la varita blanca en el lateral de la bota, que ahora llevo escondida bajo los pantalones grises en lugar de estar bajo mi larga falda negra de montar.

Niega con la cabeza.

—Puedo quitarte el glamour cuando quiera. Pero por ahora es mejor que no te parezcas tanto a la Bruja Negra.

—¿Cómo conseguiste ese glamour? —pregunta Lukas, que parece muy impresionado. Yo me pongo la capa sobre mi nuevo atuendo—. Ni siquiera sabía que se podía hacer algo así.

Valasca se vuelve hacia él.

—Es único. Pertenecía a Ra'Ven Za'Nor.

El nombre me suena.

—Ah, sí —dice Lukas mirando a Valasca—. El príncipe smaragdalfar que está dando tantos problemas a los alfsigr.

El amor de Sage Gaffney. El padre de su bebé ícaro.

Valasca sonríe al mirar a Lukas.

—Mmm. Está dando que hablar en ambos reinos. —Hace un gesto en dirección a mi pecho—. Ra'Ven utilizó esos collares rúnicos para ocultarse tras un glamour celta durante unos cuantos años y mientras huía de los gardnerianos y de los alfsigr. Yo extraje su glamour de los collares e implanté uno nuevo. Y reforcé el vínculo.

—Pero si nos encontramos con algún elfhollen —comento preocupada—, sabrán que soy un fraude. No hablo su idioma.

Miro a Lukas recordando que él habla con soltura el elfhollen y otros idiomas.

—Ah —dice Chi Nam mientras trabaja en el reciente portal—, eso podemos arreglarlo.

Se pone derecha y contempla su obra. Del arco de runas en rotación ahora brotan unos hilillos de luz azul. Cuando parece satisfecha, envaina su aguja, coge su bastón y ocupa el lugar de Valasca delante de mí entregándole el bastón a Lukas con su esfera de luz azul suspendida sobre la empuñadura.

Chi Nam se mete la mano en el bolsillo y saca una piedra rúnica plana y cristalina que lleva grabada la runa noi más intrincada que he visto en mi vida, un infinito diseño circular de líneas de brillante color zafiro.

Levanta la mano y sostiene la piedra junto a mi oreja derecha, después cierra los ojos y murmura una retahíla de frases en idioma noi que no entiendo, salvo por algunas palabras sueltas.

De la piedra brotan algunas líneas calientes que se extienden por mi cabeza y me rodean las orejas.

—*Koi na vu'lon nishun ta'noi. Koi na vu'lon nishun ta'noi. Koi na vu'lon nishdas* entenderme. Dime algo cuando puedas entenderme.

Me quedo de piedra cuando de pronto me doy cuenta de que puedo comprender sus palabras noi.

—¡Te entiendo! —exclamo atónita.

Chi Nam me separa la piedra de la cabeza, se aleja un poco de mí y me habla en idioma noi.

—Te he colocado una runa *koi'lon* detrás de la oreja. Ahora podrás comprender la mayoría de los idiomas de ambos reinos. —Alza la piedra cristalina en la palma de la mano, sus runas de color zafiro rotan lentamente y ahora la luz que emiten se ve un poco más apagada, como si estuviera gastada—. Estas *koi'lon* son poderosas. Hay que reunir años de hechicería concentrada para formar el poder de traducción que anida en ellas. Y ahora el poder de la piedra está en ti.

La miro asombrada sin acabar de creerme que sea capaz de entenderla.

Sin problemas.

—Tócate la runa que tienes detrás de la oreja —me anima Chi Nam, a quien mi asombro parece divertir—. Y piensa en una palabra que conozcas en idioma noi. Al hacerlo tendrás la traducción y, además de entender el idioma, serás capaz de hablarlo. Y después dime algo en ese idioma.

Se me acelera el corazón. Estoy emocionada. Levanto la mano y presiono la runa proyectando en mi cabeza las palabras noi para decir «no» y «gracias»: *nush* y *khuy lon*. A continuación respiro hondo y digo:

—¡No me puedo creer que sea capaz de hacer esto! —exclamo encantada en idioma noi. Miro a Lukas—. ¿A él también le vas a poner la runa? —pregunto mirando a Chi Nam.

—Yo hablo noi —me explica Lukas en un noi excelente. Gesticula hacia mi oreja y sigue hablando en el idioma de Chi Nam—. Y la koi'lon que ha empleado para marcarte tendrá que recargarse con traducciones antes de poder volver a utilizarla. Y eso lleva años. —Mira a Chi Nam—. Me imagino que no tendrás otra koi'lon, ¿no? Con lo controladas que las tiene tu guardia wyvern.

Chi Nam niega con la cabeza.

—No. Tendremos que conseguirte una en Noilaan.

—¿Por qué las tienen tan controladas? —pregunto asombrada en noi.

Lukas me mira.

—El lenguaje es poderoso. Y esta forma de hechicería proporciona una gran ventaja a sus militares y a su consejo.

Me vuelvo hacia Valasca.

—¿Tú también tienes una de estas marcas rúnicas?

—Claro —contesta en noi, esbozando una sonrisa incrédula—. Soy la cabecilla de la guardia de la reina. Y nuestra guardia está aliada con los guardias wyvern noi.

Se coloca el pelo por detrás de la oreja y me mira de soslayo.

Y ahí están, las tenues líneas azules de la runa circular koi'lon, acurrucadas en el interior de las rayas negras de los tatuajes rúnicos que le adornan la piel.

Valasca sonríe.

—Pero yo soy medio noi y medio urisca. Y hablo ambos dialectos también sin la koi'lon.

Los miro a todos impresionada por la capacidad que tienen para hablar otros idiomas y por la hechicería dialéctica. Pero entonces me asalta una duda que me preocupa:

—¿Se me ve la marca de la koi'lon?

Chi Nam niega con la cabeza.

—Ha quedado oculta por el glamour. Es completamente invisible.

Se guarda la koi'lon gastada en el bolsillo de la capa y saca una piedra plana en forma de estrella marcada con runas de color zafiro en las puntas y con una runa más grande en el centro.

—Estate quieta —me ordena alargando las manos para cogerme la cabeza—, esto podría dolerte un poco.

Y prácticamente me clava la piedra en forma de estrella en la cabeza.

Me arqueo contra su mano y jadeo notando una ráfaga de poderosa energía que me recorre, atraviesa el escudo de Lukas y se me interna en las líneas; el dolor enseguida se transforma en un escozor que se acumula bajo mi piel. Me estremezco cuando un destello de luz azul irradia de mí en todas direcciones antes de desaparecer junto a la picazón.

—Tanto Vogel como las vu trin intentarán buscarte —me explica Chi Nam retirando la piedra en forma de estrella y agarrándome del hombro—. He reforzado ese escudo mágico en el que tanto habéis estado trabajando—. Le lanza a Lukas una mirada de aprobación cuando recupera el bastón que él le estaba sosteniendo—. Buen trabajo, joven.

Lukas sonríe y me pone la mano en la espalda, y una ráfaga de nuestro fuego impacta contra ese punto de contacto.

Le miro.

—¿Estoy muy distinta? —le pregunto en la lengua común un tanto reticente a saber su respuesta: quiero que Lukas me reconozca.

Me dedica una sonrisa cómplice mientras me mira de arriba abajo con sus intensos ojos verdes.

—Tus rasgos son casi iguales. Excepto las orejas. Y estarías preciosa en cualquier forma, Elloren. Te sienta bien el gris.

Siento cómo se desliza por mi interior una agradecida calidez, y mis líneas de tierra buscan las suyas hasta entrelazarse con ellas, gesto que enseguida se convierte en una caricia mutua. Lukas ríe en silencio y me lanza una mirada muy sugerente.

Yo me miro la mano derecha y la giro de un lado a otro.

Gris como la tormenta.

Me muevo nerviosa sintiéndome refrescantemente libre con una ropa con la que me puedo mover con libertad después de haber pasado tanto tiempo con ese restrictivo atuendo gardneriano.

—El mago Grey y yo deberíamos ir a comprobar el perímetro —anuncia Chi Nam apoyándose en su bastón mientras evalúa a Lukas.

—¿Eso quiere decir que me estás reclutando? —le pregunta Lukas a Chi Nam divertido.

—Así es —afirma la hechicera con brillo en los ojos encaminándose hacia los árboles y haciéndole gestos a Lukas para que la siga—. Vamos, joven mago. Proyectaremos una red de tu magia combinada con mi hechicería para saber si hay algo acechando a Elloren.

Lo dice con despreocupación, pero en la mirada que intercambiamos percibo cierta advertencia.

—No te separes de Valasca —me ordena Lukas acariciándome el brazo, pero me lo ha dicho muy serio, y yo asiento.

—Ten cuidado —le digo aferrándome con fuerza a sus líneas de afinidad.

Veo asomar la emoción a sus ojos.

—Tendré cuidado —me asegura.

Y entonces Lukas empuja mi magia con suavidad mientras él y Chi Nam desaparecen en la oscuridad del bosque.

# 12

# Ojos negros

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Bosque de Caledonia, Gardneria***

Valasca y yo nos miramos envueltas en la titilante luz zafiro del portal. Lo único que se oye es el zumbido de los insectos. Se ve el diminuto brillo de las luciérnagas que pasan volando a nuestro alrededor.

—Así que eres la Bruja Negra —dice Valasca apoyada con despreocupación en una de las rocas del claro, pero me mira intensamente.

Asiento sosteniéndole la mirada.

—¿Sientes la tentación de matarme?

Se le escapa una risotada que no asoma a sus ojos.

—No.

—¿Es porque tengo esto?

Alargo la mano y me saco la varita de la bota, le retiro un poco el trapo y se la enseño. Emite un ligero brillo, casi siempre da la impresión de que haya una luz etérea atrapada en su interior. Como si alguien hubiera metido luz de estrella en el centro de la varita.

Siempre tan hermosa y misteriosa. «Y, sin embargo, tan desprovista de poder», pienso con tristeza.

Sin poder comparada con la varita negra de Vogel.

Valasca observa la varita con asombro unos segundos. Niega con la cabeza y frunce el ceño.

—Ya sé que no estás de parte de los gardnerianos, Elloren.

Yo adopto un tono un tanto amargo:

—Entonces ¿crees en la varita pero no crees en la profecía?

Ella respira hondo y me mira fijamente.

—Pienso que la profecía viene de los árboles. —Mira hacia el bosque envuelto en la oscuridad de la noche antes de volver a clavarme sus ojos—. Y, por lo que nos has contado, parece que los árboles no te tienen en alta estima.

—Eso es evidente.

—Todas las herramientas de adivinación que utilizan los seers, Elloren…, todas proceden de los árboles. Tus sacerdotes blanden palos con símbolos sagrados. Los noi adivinan el futuro leyendo hojas de ginkgo biloba. Los ishkartan tienen objetos sagrados de madera. Y podría seguir. —Se pone derecha y camina hacia mí—. Pero a lo que me refiero es que siempre es madera. Todo sale de los árboles. Los árboles deben de conocer el poder que posees y te temen por ello. Por lo que hizo tu abuela y lo que están haciendo los gardnerianos en grandes extensiones de bosque. —Asiente como si se estuviera dando la razón y me mira con picardía, como si estuviera encantada consigo misma por entenderlo todo tan bien—. Pienso que muchas de las teorías de la profecía están basadas en la verdad, pero considero que son muy partidistas.

—¿Estás diciendo que crees que todas esas profecías están predispuestas en mi contra? —le pregunto asombrada.

—Exactamente.

La miro parpadeando y con la cabeza hecha un lío a causa de las posibles consecuencias de esa posibilidad. Distintas versiones de la misma profecía errónea profesadas por casi todas las religiones de ambos reinos.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —le pregunto muy preocupada—. Con los dos reinos y el bosque en mi contra.

Valasca esboza una sonrisa cargada de rebeldía.

—Cambiamos la profecía. Sacamos a la Bruja Negra del Reino de Occidente, y después demostramos que los árboles y el resto del mundo se equivoca.

Pienso en el mar de fuego asesino que soy capaz de conjurar. En el caballo muerto de Ni Vin. En la visión de ese campo de batalla y las innumerables personas muertas que había en él.

—Quizá no se equivoquen —le advierto—. Mi poder… es horrible, Valasca.

Se acerca a mí apretando los dientes.

—Y vamos a necesitar hasta la última gota de ese terrible poder espantoso para acabar con Vogel.

Niego con la cabeza.

—No lo entiendes. Mi poder es peor que el de mi abuela. Y los árboles… —Miro el bosque engullido por la noche—. Ellos lo saben. Y están luchando activamente contra él. Creo que ese es el motivo de que estén intentando contener mi poder de alguna forma.

—Pues entonces tendremos que alejarte de ellos.

De vuelta al desierto.

Yo vuelvo a envolver la varita en el trapo y me la meto en el bolsillo de la túnica. Cuando vuelvo a mirar a Valasca, ella me está observando con aprobación.

—He visto que tus marcas de compromiso han cambiado —dice con cierta cautela—. Tú y Lukas… ¿ahora sois amantes?

Asiento sintiendo un cálido hormigueo en el cuerpo al admitirlo.

—Asumo que la consumación fue de mutuo acuerdo viendo cómo os relacionáis.

Respiro hondo.

—Sí. Le he cogido mucho cariño en muy poco tiempo. Y ya sabrás que hace mucho tiempo que no está de parte de los gardnerianos. También he descubierto que me salvó de acabar comprometida con Damion Bane.

Valasca me mira asombrada.

—Entonces ¿sabes cómo es Damion? —le pregunto.

—Es un sádico —espeta—. Todos los Bane lo son.

—Pues Lukas evitó que yo acabara comprometida con él.

Me está observando otra vez muy atenta y alza las cejas con aire inquisitivo.

—Lukas y yo necesitábamos una distracción —le explico respondiendo a su silenciosa pregunta—. Tuvimos que sellar el compromiso para poder escapar de Vogel.

—Así que ahora eres Elloren Grey.

Asiento muy consciente del gran cambio que ha dado mi relación con Lukas.

—Sí. Del todo.

—Pues enhorabuena. —Valasca me mira y alza una de sus oscuras cejas. Esboza una sonrisa ladeada y baja la voz—: ¿Y cómo se le da?

Me la quedo mirando perpleja. Y entonces me arden las mejillas. La facilidad con la que Valasca pregunta por intimidades de las que los gardnerianos no hablan nunca me coge desprevenida.

«Fue abrumador. Increíble. Y lo volvimos a hacer ayer por la noche.»

—Es muy hábil —confieso de pasada cada vez más avergonzada.

Valasca deja escapar una risita y sonríe, a sus ojos asoma un brillo travieso. Y, por mucho que me avergüence su descaro, también me encanta la capacidad que tiene para hacer chistes, incluso en las peores circunstancias, como hace mi hermano Rafe. De pronto siento una punzada de añoranza, pues jamás olvido las ganas que tengo de ver a mis hermanos.

Me miro la mano gris con mis marcas de consumación ocultas bajo el glamour.

—Lukas ha sido muy buen amigo —le explico a Valasca con la voz entrecortada al

recordar la última conversación que tuve con ella acerca del amor. Sobre Lukas e Yvan.

El dolor que sigue enterrado en mi corazón emerge de pronto.

Valasca parece notar mi cambio de humor y me mira con preocupación.

—Elloren —dice bajando la voz con compasión—, he oído lo que le pasó a Yvan Guriel. Y… sé quién era. Y lo que significaba para ti. Lo siento.

Asiento y se me llenan los ojos de lágrimas que amenazan con derramarse. De pronto, toda la fuerza del dolor que llevo conteniendo se apodera de mí y empieza a asfixiarme.

Sacudo la cabeza con la garganta asfixiada y por un momento soy incapaz de hablar.

—Yo le quería —consigo decir al fin con la voz ronca—. Le quería con todo mi corazón. —Vuelvo a guardar silencio mientras las lágrimas me nublan la vista y me tiemblan los labios de la emoción, y apenas soy consciente de que estoy poniendo palabras a lo que siento—. Perdí algo muy importante.

Se me escapan las lágrimas y me quedo sin palabras.

Valasca se acerca a mí y me coge de los brazos.

—Elloren —dice con un tono serio y amable al mismo tiempo—. Mírame.

La miro a los ojos con la expresión contraída por el dolor.

Ella me lanza una mirada muy significativa.

—Perderás cosas importantes —dice con mucha empatía y sequedad. Con una rotundidad horrible. Aguarda completamente tiesa mientras me mira a los ojos, como si quisiera asegurarse de que la estoy mirando de verdad, de que estoy escuchando con atención lo que me está diciendo—. Perderás una cosa tras otra. ¿Lo entiendes? Así es la guerra. Eso es lo que supone luchar contra alguien como Vogel.

Asiento con la cara llena de lágrimas y ella me agarra con fuerza.

—Lo más probable es que pierdas todo lo que te importa en este mundo. Y yo también. Y también Lukas Grey. Y Chi Nam. Y todas las personas que se comprometan con esta lucha. Pero lo harás para que otras personas no pierdan esas cosas.

Vuelvo a asentir con una expresión dolida reconociendo la verdad que rebosan sus palabras. Pienso que ella ya ha perdido a Ni Vin, pues ha elegido quedarse para proteger a su pueblo en lugar de ir a oriente.

—Escúchame, Elloren —dice sin soltarme—. Mi pueblo necesita salir de este reino. Necesito llevármelas a todas al Reino de Oriente. Y una vez allí necesito que utilices tu poder para protegerlas. Ahora ya has conocido a mi pueblo. Has visto a los niños. A las madres. A las ancianas. Las has visto con tus propios ojos.

Pienso en todas las amaz que he conocido, en esas mujeres riendo y cantando, en las niñas pequeñas con sus ciervos. En los bebés. Y en mi querida amiga Wynter, que se refugia en sus tierras.

Entonces Valasca adopta una expresión inquietante.

—Ahora dime qué crees que Vogel y sus aliados quieren hacerles.

No hace falta que le diga nada. La miro a los ojos reprimiendo las lágrimas.

—Creo en ti —me dice con rotundidad—. Por eso me he puesto de tu parte y estoy aquí. Y necesito que te desprendas de todo lo que te importa por algo mucho mayor que todo eso. ¿Entiendes lo que te estoy pidiendo?

Sostengo su feroz mirada cada vez más temerosa de mi propio poder.

—No sé cómo controlar mi poder.

—Aprenderás. Debes tener fe. Ya no puedes seguir teniendo debilidades. Te vamos a necesitar.

Su tono insistente cala profundamente en mí y entiendo perfectamente lo mucho que está arriesgando… Lo que están arriesgando también Lukas y Chi Nam.

—Sabes… —le digo sintiendo cómo mi resentimiento aumenta a medida que me voy convenciendo—, todo esto sería mucho más sencillo si el bando para el que he decidido luchar no intentara acabar conmigo.

Valasca deja escapar una risotada.

—Anímate, Elloren. Solo porque el bando bueno esté intentando destruirte no significa que no te necesitemos.

Le lanzo una mirada cargada de ironía.

—Eso no me consuela.

Me sonríe con calidez.

—Si te has metido en esto por los ánimos, te vas a llevar una buena decepción.

—Me conformaría con un poco menos de hostilidad.

Valasca levanta la cabeza de pronto, como si hubiera oído algo que hubiera llamado su atención. Mira hacia el bosque mientras las luciérnagas parpadean a nuestro alrededor y los insectos zumban.

Adopta una expresión confusa y ladea la cabeza como si tratara de escuchar algún sonido en el aire.

—Los caballos… Puedo percibirlos a lo lejos. Se han topado con algo —dice como distraída—. Algo malo…

Se oye un ruido en los matorrales que tenemos a la espalda y las dos nos volvemos. Valasca me suelta cuando percibimos el sonido de la grave voz de Lukas y el tono más agudo de Chi Nam enfrascados en una conversación en idioma noi.

De pronto noto un escozor en el abdomen.

Caigo presa del pánico y me llevo las manos a la tripa.

—La runa…

Me vuelvo hacia Lukas y Chi Nam justo cuando aparecen en el claro y clavo los ojos en algo que se mueve por detrás de ellos. Apenas se ve salvo por la luz rúnica que emana, es una cosa negra, angulosa, que les pisa los talones zigzagueando entre los árboles a una velocidad aterradora. Y es alto... Monstruosamente alto.

—¡Detrás de vosotros! —gritó señalando a esa cosa.

De las sombras emergen unos ojos brillantes de insecto, muy por encima de la cabeza de Lukas, con una mandíbula monstruosa y un cuerpo segmentado debajo.

Todo ocurre en un abrir y cerrar de ojos.

Lukas y Chi Nam se apartan de un salto y dan media vuelta justo cuando esa cosa horrible emerge del bosque: una especie de híbrido entre una mantis y un escorpión gigante y grotesco. Tiene un cuerpo negro y quitinoso, y unas patas delanteras muy recias. Y su cabeza... es horrible y aterradora. Tiene forma de pala y unos gigantescos ojos brillantes de color negro llenos de minúsculos ojitos grises, como si tuviera alguna enfermedad. Parece que sus ojos se estuvieran multiplicando. También tiene el cuello lleno de ojos, y los costados de su cuerpo están cubiertos de runas verdes y otras hechas de sombras grises.

Una de las recias patas delanteras de esa cosa se desploma sobre Lukas, que se agacha y se aleja del alcance de la criatura. Se quita la capa y desenvaina la espada.

Valasca desenvaina su espada rúnica y Chi Nam alza su bastón.

—¡No utilicéis hechicería! —les grita Lukas a Valasca y a Chi Nam mientras esa cosa emite un fuerte y espantoso grito, y él vuelve a agacharse para esquivar otro poderoso ataque de las recias patas de la bestia—. ¡Lleva una runa de desviación!

Lukas adopta una actitud vikinga que me deja asombrada. Se abalanza sobre la bestia y la ataca con fuerza para después esquivar sus golpes con destreza, como si estuviera bailando con ella. Entretanto yo cojo una piedra y retrocedo hasta el muro marcado con las runas.

Valasca también se quita la capa y empuña su espada rúnica buscando el mejor sitio por donde atacar. Y entonces es cuando veo el pincho que tiene en su cola de escorpión, una púa negra y brillante que flota suspendida sobre su cabeza.

—¡Cuidado con el aguijón! —les grito lanzándole la piedra y alcanzándole justo en medio de la cabeza.

Anonadada de ver que he conseguido dar en el blanco, doy otro paso atrás mientras la bestia me clava sus malignos ojos.

En mi cabeza aparece la imagen de un árbol negro. De sus ramas brotan unas sombras y siento el maléfico vacío de Vogel, como un millón de arañas que se arrastran por mis líneas escudadas.

La criatura salta hacia mí y yo la esquivo gritando al tropezar y caer sobre una roca. Lukas se abalanza hacia mí blandiendo su espada con los dientes apretados, ruge y consigue amputarle dos de sus negras patas de un solo golpe.

La mantis se desploma hacia un lado emitiendo un aullido entrecortado y de su cuerpo mutilado emana un icor negro. Lukas sigue clavándole la espada hasta que consigue cortar la punta de la cola venenosa de la criatura y la mitad de la zarpa que tiene más cerca.

La criatura sigue clavándome los ojos mientras la punta de la pata que le queda se desploma y arrastra su cuerpo mutilado y quitinoso hacia mí, hasta que Lukas alarga el brazo y le hunde la espada en el cuello de un poderoso golpe.

El escorpión pierde la cabeza y se desploma. Los restos de la criatura se contraen y de ella brota un líquido negro y las entrañas, que huelen como la carroña podrida.

Lukas suelta la espada maldiciendo entre dientes y con la respiración agitada mientras fulmina con la mirada a la criatura mutilada.

Valasca y Chi Nam corren hacia él, pero yo no puedo moverme. Apenas puedo respirar. Tengo la espalda pegada a la piedra y tiemblo tanto que apenas soy capaz de controlar mis extremidades. Estoy paralizada por el terror que me ha causado esa cosa. Y el poder de Vogel sigue enroscándose alrededor de mis líneas.

Lukas me clava los ojos.

—Elloren —me dice con aspereza—, ¿estás herida?

—No —consigo espetar.

—Entonces espabílate —me ordena.

Contemplo el enorme monstruo descabezado presa de otra ola de horror devastador.

—Vogel va a esclavizar mi poder —jadeo con la voz temblorosa, abandonada a un pánico que está dando paso a la histeria. Vogel está aquí. Puedo sentir su poder oscuro pegado a mis líneas, deslizándose por mi cuerpo—. Se apoderará de mis líneas y os matará a todos.

—Incorpórate, Elloren —ruge Lukas acercándose a mí—. Esta lucha es muy larga. Y se acaba de duplicar. Tienes que ser más dura. Ahora mismo.

—Él está en mis líneas —aúllo muy asustada y viendo todavía el árbol negro de Vogel en mi cabeza—. ¿Es que no lo entiendes? Se va a adueñar de mi poder…

—No está aquí —me ruge—. Solo es un yugo, deshazte de él.

—¡No es un yugo! ¡Es real!

Adopta una expresión brutal, desenvaina la varita y siento una punzada del poder de afinidad de Lukas tan intensa que es como si de pronto me hubiera impactado una oleada de viento huracanado. Retrocedo hasta el muro de piedra y jadeo mientras el

fuego de afinidad ruge por mis venas, va subiendo de temperatura hasta arder y por fin engulle el árbol negro y lo hace desaparecer; su poder de tierra se interna en mí, se apodera de mis ramas y me empotra contra el muro, donde me acurruco temblando.

No quepo en mí del asombro al ver que Lukas sigue proyectando su poder contra mí, cada vez con más fuerza, incluso después de haber borrado el poder de Vogel de mis líneas.

—¡Defiéndete! —me espeta Lukas—. ¡Defiéndete de mi yugo!

El inesperado ataque mágico de Lukas me tiene asombrada. Miro a Valasca implorándole ayuda. Pero su mirada es tan dura como la de Lukas. Desenvaina su aguja rúnica y me apunta con ella; en la punta aparece una runa amaz que ella proyecta hacia mí hasta que impacta en mi pecho con una lluvia de chispas rojas y ejerce todavía más presión sobre mi magia.

Miro desesperada a Chi Nam. Empuña su bastón rúnico y lo apunta en mi dirección. Del arma brota un brillante rayo de luz azul que se interna en mis líneas y las aplasta hasta que apenas puedo respirar.

Me esfuerzo por respirar mientras su cruel ataque combinado asalta despiadadamente mis líneas.

Pero entonces mi miedo y mi angustia empiezan a disiparse empujados por una rabia que no deja de crecer. Respiro hondo con el pecho constreñido y les clavo los ojos mientras arranco poder de la tierra, de las raíces que serpentean bajo la tierra.

Y mientras me levanto, extraigo todo el poder que puedo de los árboles.

El poder no deja de crecer en mi interior, justo por debajo de la magia combinada de Lukas, Valasca y Chi Nam, hasta que es tan intenso que empiezo a temblar, aprieto los puños, me clavo las uñas en la piel y me tenso de pies a cabeza. Y entonces suelto el aire con tanta fuerza que la exhalación se convierte en un aullido gutural de rabia y proyecto todo mi poder hacia ellos con una fuerza abrumadora.

Lukas se tambalea hacia atrás y por poco se cae al tiempo que sus líneas de fuego y tierra se contraen, y todas las runas del bastón rúnico de Chi Nam y de las espadas rúnicas de Valasca pierden su brillo y dejan de verse.

Camino lentamente hacia ellos cargada de poder y rabia; la indignación que me ha producido su ataque conjunto parece haber adquirido vida propia.

—¡Atrás! —les grito indignada por su crueldad—. ¡No me ataquéis con vuestra magia!

Esbozo una mueca y empiezo a acercarme a Lukas muy enfadada notando cómo mi poder me aporrea las líneas.

Está muy acalorado, suda y en sus ojos brilla una mirada feroz. Se acerca a mí con una sonrisa salvaje en los labios.

—Ah, por fin. Por fin. ¡Aquí está la Bruja Negra! ¡Me preguntaba cuándo se dejaría ver!

Siento otro brote de rabia repentino. Desenvaino la varita, le arranco el trapo que la envuelve y la clavo en el cuello de Lukas sintiendo cómo todo mi poder se abalanza hacia ella.

—No vuelvas a atacarme nunca —le rujo mientras el poder me recorre con una intensidad letal—. Podría acabar contigo aquí mismo si quisiera.

Él se acerca un poco más a mí ignorando la varita que le he clavado en el cuello.

—Sí, Elloren —me sisea—. Podrías. ¡Y por eso tienes que dejar de actuar como si fueras débil y ser una guerrera sin importar qué clase de criatura espantosa te aceche!

Me asalta la conciencia y mi rabia implosiona bajo el peso de su inmensidad.

Aparto la varita del cuello de Lukas y doy un vacilante paso atrás con la cabeza hecha un lío tras haber hecho frente a mi primer ataque militar.

Estoy a punto de enfrentarme a Vogel y a todo el ejército de Gardneria, y probablemente también a todos los alfsigroth, los noilan y los ishkartan; y todos enviarán a las criaturas más espantosas para aniquilarme.

No estoy preparada en absoluto para enfrentarme ni a la tercera parte de ese destino.

«¿Cómo puedo ser la Bruja Negra cuando me atacan incluso mis aliados?», pienso indignada empezando a perder la fe.

De pronto me viene un rostro a la cabeza que detiene mi descenso a los infiernos.

La nieta de Fernyllia, la pequeña Fern.

Me acuerdo de la niña y de cómo su manita se aferró a mi falda llorando mientras abrazaba a su muñequita de trapo, Mee'na. Aquella espantosa noche, cuando las turbas de gardnerianos empezaron a atacar a los uriscos y a cortarles las puntas de las orejas.

«Yo te protegeré. Todos te protegeremos», le prometí aquella noche.

Y entonces me pregunto si la pequeña Fern estará en las tierras Noi abrazada a su querida muñeca en ese momento: ¿estará a salvo?

No lo estará durante mucho tiempo si esas bestias van a por ella.

Y menos si Vogel va a por ella.

Entonces me viene otra imagen a la cabeza: un ejército de millones de insectos de mil ojos volando hacia el Reino de Oriente. Y Fern, huyendo de ellos mientras una gigantesca pata se abalanza sobre su pequeño cuerpo…

«No.»

Inspiro hondo y acerco la mano a la varita.

«Yo te protegeré. Todos te protegeremos.»

Pierdo la vista por la oscuridad del bosque y observo los árboles hostiles; sé que Lukas

tiene razón.

Tengo que ser fuerte. Incluso a pesar de las pocas probabilidades de éxito que tenemos. Incluso a punto de afrontar un ataque espantoso.

Porque esto es más grande que todos nosotros.

De pronto veo un brillo con el rabillo del ojo y levanto la vista: hay un vigilante posado sobre las oscuras copas de los árboles. Mientras lo contemplo, el brillante pájaro de marfil desaparece de mi vista.

Jadeo asombrada. Me siento escarmentada e inspirada por esa visión. Todavía detecto cierta angustia en mi interior, pero encuentro la fuerza para acallarla.

—Necesito que me ayudéis a luchar como una guerrera —admito mirando a mis tres aliados—. Yo no estoy entrenada como vosotros. Yo soy fabricante de violines y farmacéutica. Jamás he visto un combate. Necesito vuestra ayuda.

—Te entrenaremos —afirma Lukas con una mirada apasionada.

—¿Cuánto falta para que podamos irnos? —le pregunta Valasca a Chi Nam con un tono urgente—. No podremos entrenar a nadie si acabamos siendo pasto de estos insectos demoníacos.

Ahora el portal emite una luz plateada y advierto que las runas del bastón de Chi Nam y de las espadas rúnicas de Valasca vuelven a estar cargadas.

—Ya falta poco —contesta Chi Nam mientras observa atentamente el brillante portal, y yo me vuelvo a esconder la varita en el bolsillo de la túnica notando cómo mi poder se apaga.

Lukas clava sus ojos en Chi Nam y en Valasca.

—Manteneos alerta. Podría haber más escorpiones. Suelen moverse en manadas.

Valasca me mira.

—Si la runa que llevas en el abdomen vuelve a escocerte, nos avisas. ¿Entendido?

Asiento mientras Lukas hinca una rodilla en el suelo y estudia los restos del cuerpo de la mantis dándole unos golpecitos con la varita. Al mirar su asqueroso cadáver se me revuelve el estómago. De las runas oscuras que tiene en el tórax emanan unos hilillos de humo.

—¿Qué es? —pregunto obligándome a mirarlo.

—Un escorpión del desierto —afirma Lukas examinando la carcasa de la criatura—. No son autóctonos del Reino de Occidente.

—Pero sí que son muy comunes en el desierto de oriente —añade Valasca—. Sin embargo, este… ha sido corrompido por alguna forma de magia retorcida. Tiene un aspecto muy raro.

La miro.

—¿Son muy distintos a este?

—Pues te aseguro que no es la clase de criatura que quieres encontrarte si vas desarmada. —Valasca deja escapar una seria risotada sin apartar la vista de la criatura—. Pero este… —Entorna los ojos—. Este está raro…, como alargado.

Recuerdo a los marfoir, los espantosos asesinos elfos que vinieron a por Wynter, y lo poco natural que era su figura alta, con esos cuernos de humo gris y esos ojos grises como de insecto…

Observo los ojos que rodean a los principales ojos del escorpión.

—¿Normalmente tienen tantos ojos?

Valasca niega con la cabeza.

—No. Los escorpiones normales tienen dos ojos y punto.

Lukas señala una de las runas gardnerianas que hay grabadas en el cuerpo del escorpión. Y después me mira a mí.

—Elloren, eso es una runa de desviación. Tienes que saber identificarlas.

Observo con atención la runa circular y su grabado telescópico.

—¿Para qué sirve? —pregunto recordando con qué energía advirtió a las demás de su presencia.

—Las runas de desviación duplican el poder de la magia o la hechicería y la proyectan contra la persona que la formuló en primer lugar —explica dando golpecitos sobre el diseño verde—. Se tarda años en cargar una de estas. Requiere una hechicería rúnica muy compleja. —Frunce el ceño mirando a Chi Nam con un brillo receloso en los ojos—. Por lo visto se fabrican muchísimas runas en el Reino de Occidente teniendo en cuenta que hay solo un mago de luz en el consejo.

—¿Crees que Vogel tiene magia de luz? —pregunta Valasca alzando una de sus cejas negras.

—Es posible —contesta Lukas observando la criatura—. Además de poseer una varita capaz de amplificarla. —A continuación desliza la punta de la varita por una de las runas oscuras que adornan el enorme tórax de la criatura. De esas runas siguen emanando unos hilillos de humo. Mira a Chi Nam—. Es la primera vez que veo esta clase de runas.

—Deben de ser fruto de la magia demoníaca. —Chi Nam observa las runas junto a Lukas—. Ellas son las que han activado la runa de Elloren.

Coloca la punta de su bastón rúnico sobre una de las runas oscuras. Unos hilillos de humo fantasmagórico trepan por su bastón y, por un momento, transforman todas las runas noi de color azul y las tiñen de color gris, sus diseños adoptan formas espirales que parecen girar hasta el infinito.

Chi Nam aparta el bastón con aspecto de estar extrañamente asombrada.

—Estas runas están repletas de una magia elemental muy rara. —Las runas del bastón de Chi Nam recuperan el azul noi y empiezan a emitir unas formas cambiantes, como si quisieran proyectar una compleja advertencia. Chi Nam mira a Lukas—. Me parece que nos enfrentamos a algo muy nuevo.

—O muy antiguo —la corrige Valasca muy seria mirando el escorpión con renovada alarma—. Algo creado por la varita negra. Como en los mitos.

De pronto se oye un aullido animal a lo lejos, y todos nos volvemos hacia el sonido.

—Los caballos —jadea Valasca con alarma en la mirada.

Se oyen más gritos desgarradores seguidos de una serie de minúsculos chirridos, y yo noto una fuerte punzada en el abdomen. Me vuelvo hacia Lukas.

—Hay más. Y se están acercando.

Lukas coge la espada y se coloca frente a mí mientras Chi Nam se dirige al portal. Yo cojo piedras y me meto algunas en el bolsillo. Valasca empuña una segunda espada y blande sus dos armas con fuerza reculando lentamente hacia mí mientras un escorpión con mil ojos cubierto de runas aparece en el claro haciendo rechinar los dientes y volviendo la cabeza de un lado a otro.

Y después otro.

Y otro.

Y otro.

Todos con sendas runas de desviación en el abdomen. Y todos alargados de ese modo tan extraño.

Las criaturas se detienen un momento cerniéndose sobre Lukas y Valasca, y ladean sus cabezas observándolos. Lukas y Valasca se agachan adoptando posiciones de ataque y alzando sus armas.

—Chi —dice Lukas tranquilamente. Demasiado tranquilo—. Necesitamos el portal ahora.

—Ya casi está cargado del todo —le asegura ella con la misma serenidad que él.

Acerca su mano llena de runas al portal, y su piel adopta un brillo azul mientras la ondulación plateada del portal va ganando intensidad y empieza a cubrirse de franjas doradas.

Por extraño que resulte, los escorpiones se quedan esperando mientras observan a Lukas con sus aguijones en alto.

En el claro aparecen tres criaturas más y a mí se me acelera el pulso.

Valasca mira hacia el portal retrocediendo y agarrándome con fuerza del brazo, como si estuviera preparándose para lanzarme a través de él en cuanto se active.

Ahora las criaturas castañetean y hacen unos horripilantes sonidos metálicos con los

dientes. De pronto advierto que el escorpión que está más cerca de Lukas, el más alargado, también es el que tiene un mayor número de ojos repartidos por el cuello. Y tiene dos más en las patas delanteras, como si fueran el resultado de alguna enfermedad.

Se da la vuelta y me clava el pálido ojo verde que tiene en el centro de la cabeza.

Doy un vacilante paso atrás mientras todas las bestias vuelven sus respectivas cabezas y me clavan sus innumerables ojos.

El pánico me engulle cuando todas se abalanzan sobre mí al mismo tiempo.

Valasca me empuja hacia atrás y el escorpión más grande golpea a Lukas lanzándolo hacia un lado con una de sus patas delanteras al mismo tiempo que nos ataca con su aguijón. La guerrera maldice entre dientes y me empuja con un poco más de fuerza, después me suelta y salta hacia delante blandiendo su espada mientras Lukas se enfrenta a tres de las bestias. Va amputando extremidades y colas venenosas mientras las criaturas chillan y se desploman a nuestro alrededor.

Yo echo el brazo hacia atrás para lanzarle una piedra a un escorpión justo cuando su afilada pata delantera aterriza delante de mí atravesando mi capa y mi túnica, y me roza el hombro hasta atravesar la punta de la tela, inmovilizándome contra el suelo de piedra a mi espalda. Yo peleo con todas mis fuerzas con la piedra y consigo soltarme el brazo mientras el más grande de los escorpiones se acerca para observarme; y me quedo horrorizada.

Es el más espantoso de todos, tiene todo el cuello lleno de ojos.

El monstruoso insecto alarga la cabeza hasta quedarse a un palmo de la mía y me clava todos sus ojos.

Observo atentamente el único ojo verde de la cabeza del bicho y de pronto lo reconozco:

«Es el ojo de Vogel».

Grito presa del dolor mientras las extremidades negras de Vogel se internan en mí y destruyen el escudo de Lukas. Al violento asalto enseguida sigue la percepción del fantasmagórico poder de Vogel internándose en mi cuerpo y rodeándome las líneas; su sombra invasora me inmoviliza y me arrebata el control de mi propio cuerpo. Estoy atrapada en el interior de la magia negra de Vogel, atrapada en su espantoso yugo y rodeada de sus espirales de humo negro.

Pero entonces miro atentamente el interior del cruel ojo sin alma de Vogel y mi miedo da paso a una explosión de rabia que estalla en mi interior. Rabia por los lupinos. Rabia por la pequeña Fern. Rabia por todas y cada una de las personas que se están viendo obligadas a huir por culpa de este monstruo.

«¡Defiéndete! —grita algo en mi interior mientras la rabia corre desbocada por mis

líneas alimentando mi poder—. Pelea contra Vogel con todo el poder que tienes. Lucha contra su yugo.»

De pronto mi sed de venganza es como una ola imparable. Respiro hondo y proyecto todo mi poder contra el oscuro yugo de Vogel. Mi fuego brota con fuerza y mi poder de tierra toma forma hasta convertirse en una serie de lanzas asesinas.

Miro fijamente el ojo de Vogel, suspiro con fuerza y le lanzo todo mi poder de una única ráfaga.

La imagen del árbol negro del Gran Mago se hace añicos y su oscuro poder se despega de mí en cuanto rompo su parálisis con una dolorosa explosión de agonía.

De pronto, y sorprendentemente liberada del yugo, mi poder recorre todas mis líneas aliviando el dolor. Aprieto los dientes, agarro la piedra con más fuerza y la estampo contra el ojo de Vogel.

El gigantesco escorpión Vogel recula dejando escapar un furioso grito justo cuando Lukas se abalanza sobre él dibujando un brillante arco con la espada que atraviesa el cuello de la criatura. El escorpión se tambalea y acaba desplomándose en el suelo mientras Lukas lo empala con rabia.

Entonces se acerca el escorpión pequeño chasqueando los dientes, pero ahora estoy preparada para luchar. Rujo de rabia y balanceo el brazo para lanzarle la piedra contra los ojos. La criatura se estremece y esquiva mi ataque sin dejar de empujarme contra el muro apretando los dientes.

Entonces suena un feroz grito de batalla a su espalda.

Valasca se abalanza sobre la espalda de la criatura, le pasa el brazo por delante del cuello y desliza la hoja de su espada por sus ojos principales. El escorpión retrocede y Valasca cae de su espalda, mientras el bicho me suelta el brazo. De la cabeza de la criatura brota el icor negro y grita con tanta fuerza que temo que vayan a estallarme los oídos.

Al verme libre de pronto, me aparto del escorpión justo cuando él vuelve a atacarme con su pata delantera, impactando contra el muro de roca y pasando justo por encima de mi hombro; entretanto, dos escorpiones más se acercan y atacan también a Valasca.

Del portal brota un brillante rayo de luz dorada.

—¡Ya está cargado! —aúlla Chi Nam en idioma noi.

Valasca se gira justo cuando el más grande de los dos escorpiones que quedan se acerca y la ataca son su zarpa a una velocidad cegadora. Se oye un silbido metálico cruzando el aire cuando Lukas atraviesa la extremidad de la criatura y amputa la parte inferior antes de que llegue a empalar a Valasca. Otro de los bichos ataca a Lukas y le

alcanza en el hombro, donde le hinca la zarpa en una explosión de sangre. El impacto lo tira al suelo y yo tengo la sensación de que el corazón se me va a salir por la boca.

—¡Lukas! —grito abalanzándome hacia delante justo cuando Valasca corre hacia mí con una expresión implacable.

Me agarra de los dos brazos, me da la vuelta y me lanza de cabeza hacia el ondulante lago dorado del portal.

# PARTE IV

# 1

# Vonor

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Desierto Agolith, zona noroeste***

Me envuelve un brillo dorado y me adentro en las profundidades del portal. Cuando aterrizo en el suelo mis manos impactan contra una piedra negra como la noche, y tengo todo el cuerpo cubierto de arena fina.

Toso y miro a mi alrededor muy desorientada.

Estoy en una cornisa muy elevada y encerrada en una cúpula rúnica traslúcida; ante mí se extiende un paisaje desértico dramáticamente surrealista cubierto de arena rojiza. El paisaje está salpicado de gigantes formaciones rocosas y algunos árboles. Están envueltos por una tenue luz rubicunda que emana de las estrellas y la luna, que no emiten la habitual luz blanca, sino un brillo carmesí. En el cielo, en dirección este, flota un cúmulo de nubes negras envuelto en relámpagos.

Siento una intensa desesperación por Lukas.

Me obligo a levantarme justo cuando Chi Nam cruza el interior del portal y unos rayos dorados emanan de una silueta rúnica que ahora está marcada en la colina que tengo delante. A continuación aparece Valasca, cubierta de sangre, arrastrando a Lukas, que todavía está más ensangrentado, y siento una ráfaga de su fuego de afinidad atravesándome con violencia.

—¡Lukas! —grito corriendo a su encuentro mientras él suelta la espada y se tambalea hasta caer de rodillas.

Hinco una rodilla a su lado y le cojo del brazo contemplando la profunda herida que tiene en el pecho y en el hombro. Lleva la túnica hecha jirones y tiene el poder descontrolado. Está muy pálido, el habitual brillo verde de su piel ha desaparecido bajo un blanco verdoso enfermizo.

Del portal brota un grito y la gigantesca pata de un escorpión cruza su brillante centro, y yo me abalanzo con actitud protectora sobre Lukas justo cuando Chi Nam corre hasta el portal y estampa su bastón contra la roca provocando otra explosión de luz dorada. El ondulante interior del portal desaparece tras una lluvia de chispas amarillas, y la pata del animal se desploma en el suelo junto a ella.

—Necesitamos aluriem para detener el sangrado —le imploro a Chi Nam echando mano de mi formación como farmacéutica y rasgando la túnica rota de Lukas para poder verle mejor la herida. Se me encoge el corazón al ver la profundidad de la herida que tiene en el pecho y en el hombro. Tiene el pecho lleno de sangre, hay muchísima…

—Cógelo de la espalda —ordena Chi Nam agachándose frente a Lukas con una expresión decidida en el rostro y la aguja rúnica en la mano; y entonces recuerdo cómo me curó la cabeza cuando me hirieron con una estrella asesina.

Rodeo a Lukas con el brazo sintiendo cómo su fuego descontrolado brota de él vaciándose rápidamente, como una estrella que se apagara. Está jadeando, tiene tensos todos los músculos del cuerpo y una expresión agónica en el rostro.

Su poder debilitado se aferra al mío como si se estuviera ahogando. Chi Nam dibuja una runa azul en el aire justo por encima del pecho y el hombro de Lukas, después atraviesa la runa con la punta de su aguja y la arrastra por toda la hendidura sangrienta seguida de un reguero dorado que emana calor.

Lukas ruge y se arquea contra mi brazo echando la cabeza para atrás. Todo su cuerpo parece estar al límite; y el poco poder que le queda trata de seguir aferrado al mío. Pero noto cómo se le escapa.

—¡No! —rujo, dispuesta a remover toda Erthia con tal de salvarle la vida.

Le agarro de la cabeza y la giro hacia mí.

—Bésame —espeto con rabia.

Lukas aprieta los dientes con los ojos vidriosos del dolor y acerca la boca a mis labios.

Le beso y vierto mi poder en sus líneas con todas mis fuerzas. Siento cómo se me calienta la piel, y el calor se interna en él mientras se aferra a la parte de atrás de mi túnica y sus líneas vacías conectan con mi poder. La magia chispeante de Chi Nam nos recorre a ambos mientras me aferro a él sin dejar de alimentarle con mi poder.

Un buen rato después, mi flujo de poder empieza a encontrar cierta resistencia en sus líneas. Me retiro con la frente tan sudada como la de Lukas. Su piel ha adoptado un tono verde más intenso, y ahora sus líneas de fuego palpitan con el mismo calor que me está abrasando las líneas. Entretanto, Chi Nam dibuja una línea de runas azules a ambos lados de su herida dorada.

Lo siento con claridad: el poder de Lukas es más fuerte, pero sigue demasiado agotado

como para ponerse en pie por sí mismo.

—Te besaré otra vez si es necesario —le digo con pánico en la voz.

Las llamas asoman a sus ojos y alarga el brazo para cogerme de la cabeza y darme otro febril beso. Enrosco la lengua a la suya y proyecto una ráfaga de fuego tras otra en sus líneas; y sus líneas de tierra, que no dejan de engrosarse, giran en espiral alrededor de las mías.

—Para —ordena Chi Nam cuando vuelvo a retirarme y mi fuego fluye alrededor de las prósperas llamas y líneas de tierra de Lukas—. Si sigues así se embriagará de poder. Dale la mano y deja que su poder se vaya restaurando solo.

Le cojo de la mano muy preocupada y Chi Nam conecta con líneas de hechicería azul los pares de runas que ha proyectado a lo largo de la herida de Lukas. Ahora la herida es una franja dorada. Lukas tiene la piel quemada pero ya no le sale sangre, y advierto que se ha cauterizado mágicamente.

Chi Nam golpea las dos primeras runas y las líneas de hechicería azul se ciñen con más fuerza.

A Lukas se le escapa un rugido y yo me estremezco al percibir su evidente sufrimiento, aunque al mismo tiempo me asalta la feliz convicción de que vivirá. Me cuesta incluso tragar saliva abrumada como estoy por el alivio que se me ha instalado en la garganta.

—Estate quieto y deja que se asiente —le dice Chi Nam mientras se levanta—. La herida debería estar mucho mejor dentro de unas horas.

Y se marcha a ocuparse de Valasca mientras su hechicería sigue fluyendo por la herida de Lukas en forma de corriente azul.

Me mira.

—¿Has luchado contra su yugo? —me pregunta con los dientes apretados.

Me doy cuenta de que está hablando de Vogel. Durante el ataque del escorpión.

—Sí —le contesto con las lágrimas en los ojos que no he podido reprimir al escuchar la ronca voz de Lukas y sentir cómo su poder va ganando intensidad.

—Uno de los escorpiones tenía marcado el ojo de Vogel —le digo mientras me resbalan algunas lágrimas de alivio por las mejillas.

Lukas cierra los ojos aferrándose a mí con fuerza y absorbiendo poco a poco mi poder.

Valasca da un grito sofocado y me vuelvo hacia ella. Está tendida en el suelo con las piernas extendidas en el suelo de piedra y el pantalón roto. Desde donde estoy veo la larga herida que tiene en el muslo. El dolor se refleja en su rostro mientras Chi Nam proyecta su hechicería lumínica sobre su sangriento corte y lo cose con habilidad.

Cuando veo las lágrimas que le resbalan por las mejillas me siento muy preocupada.

—Valasca…

Ella me mira y niega con la cabeza como si quisiera quitar importancia a mi miedo.

—Mi herida no es profunda. No es eso. Es… —Aprieta los ojos con fuerza y se echa a llorar—. Los caballos. Vogel no los mató. Se los llevó.

Me estremezco.

Pienso en los preciosos caballos con los que escapamos y recuerdo la habilidad que tiene mi amiga para leer la mente de esos animales. Cosa que significa que ella percibió el miedo que pasaron los animales cuando fueron atacados por esas criaturas.

Si Vogel se los llevó…, ¿en qué espantosas criaturas los convertirá? ¿En alguna versión alargada de ellos mismos con mil ojos y desprovistos de alma?

Suspiro algo temblorosa mientras Lukas sigue nutriéndose de mi poder para llenar el suyo.

—¿Dónde estamos? —le pregunto a Chi Nam.

Ella se levanta y se acerca al portal, donde las débiles runas de la estructura siguen rotando contra el muro de piedra de la montaña. Alza su aguja rúnica, murmura un hechizo y empieza a dar golpecitos en las runas, como si fueran códigos.

—Estamos en el desierto Agolith del Noroeste —dice en el idioma noi mientras golpea las runas—. Bienvenida a mi Vonor.

Yo me sitúo mentalmente en el mapa de los reinos.

El desierto Agolith del Noroeste. Al este de la cordillera de Caledonia.

Inquietantemente cerca de Gardneria.

—No entiendo lo que significa Vonor —le digo viendo que la runa de traducción que llevo detrás de la oreja parece incapaz de encontrar un buen equivalente en la lengua común.

Chi Nam me dedica una sonrisa.

—Un Vonor es un santuario Lo Voi. —Se vuelve hacia el portal y las runas se iluminan en reacción al movimiento de su aguja—. Muchas ancianas capaces de crear portales tienen su propio Vonor. Un lugar que nadie más conoce y donde podemos practicar nuestra habilidad en soledad, en un lugar tan remoto que probablemente no podría encontrar nadie. Este Vonor está situado en medio de la naturaleza y rodeado por todas partes de tormentas violentas.

Gesticula hacia el horizonte mirando por encima del hombro.

El grupo de nubes negras que hay reunidas en el horizonte está escupiendo relámpagos y yo observo el espectáculo con inquietud: la oscuridad que las envuelve parece impenetrable. La tormenta tiene el aspecto de una cordillera que se extiende paralela a nosotros. La luna escarlata flota sobre ella como si fuera una advertencia sangrienta.

—Gran Ancestro —jadeo volviéndome hacia Chi Nam mientras ella se acerca a la última runa del portal y le proyecta el código con sus golpecitos.

—Esas nubes de tormenta se llaman ha'voor —me explica levantándose y dándose media vuelta; mira el horizonte con los ojos entornados—. Las crearon los wyvern Zhilon'ile después de la guerra de los Reinos. Son virtualmente imposibles de cruzar. —Se apoya en su bastón rúnico y señala la franja gris que flota en el horizonte—. Esa tormenta forma parte de una cadena de tormentas mucho más extensa que viajan por todo el desierto. Si intentas volar por encima de ellas, te alcanzan con sus relámpagos. No importa lo alto que seas capaz de volar. —Me sonríe con astucia—. Es muy difícil, tanto para los gardnerianos como para las vu trin.

—Vogel marcó uno de los escorpiones que nos atacó con su ojo —le advierto—. Nos estaba espiando a través de él. También había conseguido un montón de runas de desviación que os han sorprendido mucho a todos. Me parece que no sabemos de qué es capaz.

—He creado una ilusión en toda esta zona —me dice Chi Nam con tono severo, como si pretendiera desafiar directamente a Marcus Vogel. Levanta la vista—. Y el escudo rúnico que tenemos sobre nuestras cabezas es de nivel militar. Muy parecido al que protege las tierras amaz y las Noi.

Al escucharla alzo una ceja y observo la cúpula translúcida que se extiende sobre nosotros recordando la cúpula protectora que flota sobre la ciudad amaz de Cyme. Este escudo encierra toda la zona como si fuera una gigantesca burbuja; es una esfera prácticamente invisible salpicada de runas curvas noi que emiten una luz tenue.

—Cuando dices que has creado una ilusión… ¿te refieres a que la has ocultado bajo un glamour? —pregunto.

Chi Nam asiente.

—Es una descripción bastante acertada. Si pasaras por aquí y mirases en nuestra dirección desde lo alto o desde lejos, solo verías una montaña rocosa. A menos que te acercases mucho.

Oírlo me tranquiliza, pero solo hasta cierto punto. Tengo la sensación de que solo es cuestión de tiempo antes de que Vogel encuentre la forma de penetrar en toda esta hechicería y se cuele aquí para hacerse con su Bruja Negra.

—Vogel podría mandar hechizos de rastreo —consigue advertir Lukas a pesar del dolor—. Y ahora mismo Elloren no está protegida.

—Estamos demasiado lejos como para que ningún hechizo de rastreo pueda alcanzarnos desde Gardneria —contesta Chi Nam—. Y los hechizos de rastreo no pueden atravesar esta cúpula, ni aunque estén amplificados.

—No sabemos de qué es capaz —insiste Lukas—. Tenemos que llevarla lo más al este posible.

Lukas mira hacia el portal y yo sigo la dirección de sus ojos y veo cómo las brillantes runas de la entrada giran lentamente contra el muro de la montaña.

Mis ojos se detienen en la pata del escorpión amputada que hay justo delante y me estremezco.

—Entiendo que lo estás cargando de nuevo, ¿no? —le pregunto a Chi Nam—. ¿Para seguir viajando hacia el este?

—Exacto —me asegura mientras se acerca a la entrada de una cueva poco profunda que hay junto al portal y da unos golpecitos con su aguja en la pared interior de la cueva.

Aparece una puerta hecha con una sólida masa de runas giratorias, y las sombras de la cueva se tiñen de luz azul.

—Ahora la trayectoria del portal está programada para llevarnos hasta las tierras Noi —me confirma mientras de la puerta brotan unos hilillos de luz azul—. Hasta la runa correspondiente en el bosque Dyoi. Pero tarda un poco en cargarse para un pasaje. Y más para cuatro. Y no está precargado, como ocurría con el portal que utilizamos para llegar hasta aquí. Incluso empleando toda la magia que tengo almacenada, tardará semanas en cargarse lo suficiente como para que todos podamos cruzar esas tormentas y llegar al Reino de Oriente.

«¿Semanas?»

La miro preocupada.

—¿Cuántas semanas?

—Quizá cuatro.

Advierto una ligera indecisión en sus ojos negros que no quiero ver, pero la veo con claridad. Ella, Valasca y Lukas intercambian sendas miradas serias, y yo cada vez estoy más preocupada. En las caras que han puesto puedo adivinar lo improbable de que pase tanto tiempo antes de que Vogel nos encuentre. Y entonces me doy cuenta de que esto es una apuesta.

Una apuesta que podríamos perder.

«¿Quién necesita buenas probabilidades? ¿Qué tendría eso de divertido?»

Siento una punzada de morbosa diversión al recordar haberle dicho eso mismo a Trystan. Y al pensar en eso, vuelvo a sentir una punzada de añoranza por mis hermanos; levanto la vista al cielo y sigo el camino de las constelaciones hacia el este.

«¿Dónde estáis, Rafe y Trystan?», me pregunto sintiendo unas ganas de volver a verlos tan intensas que sería capaz de enfrentarme a cualquier criatura que Vogel pudiera mandarme solo para poder volver a estar con ellos.

—Iré a comprobar el perímetro —anuncia Valasca, y se obliga a ponerse en pie con un tenso rugido y la espada rúnica en la mano.

Comprueba el estado de su pierna dando un pequeño saltito. Todavía tiene la herida envuelta por una capa de brillo azul y cubierta por un pedazo de tela.

—Ten cuidado con los murciélagos fantasma —le advierte Chi Nam justo cuando el interior de la cueva emite un brillo azul y la piedra desaparece revelando el pasaje azul del Vonor.

Valasca le sonríe y empuña su espada con un brillo letal en sus ojos negros.

—Deberías advertirles a ellos, Chilon.

Chi Nam le lanza una mirada censuradora al escucharla utilizar con ese descaro su nombre informal, y en el aire flota una explosión de poder que proyecta una ráfaga de energía azul que se cuela por mis líneas. Pero entonces Chi Nam adopta una expresión divertida y suspira con fuerza, como si quisiera resignarse a sus rebeldes compañeros de aventura.

Valasca empuña la espada rúnica con fuerza, se encamina hacia la cúpula rúnica y alza la palma hacia ella. Cuando toca la cúpula, de su mano brotan unos rayos azules y ella la cruza sin ningún esfuerzo. A continuación se dirige a un camino que serpentea por la ladera frente a nuestra cornisa rocosa.

—¿Qué son los murciélagos fantasma? —le pregunto a Chi Nam muy nerviosa.

—Una especie de murciélagos depredadores —contesta Lukas con esfuerzo debido a su respiración agitada—. Los crearon durante las guerras élficas con ayuda de magia negra. No son difíciles de vencer si eres capaz de resistirte a su ataque psíquico.

Advierto con preocupación el dolor que se refleja en sus ojos mientras él proyecta un hilillo de fuego que se abraza al mío y percibo una fuerza sólida en su poder.

—Se alimentan de miedo —añade con competencia—. Se apoderan de él. Lo amplifican. —Esboza una sonrisa de medio lado—. Lo que significa que tú tendrás que cazarlos.

Para que aprenda a controlar mi miedo.

Pienso en ello y en la escasa ventana de tiempo que tengo para entrenar antes de que podamos cruzar el portal hacia el este.

«Conseguí desprenderme de Vogel —pienso mientras miro la mano gris con la que estoy cogiendo la brillante mano verde de Lukas—. Yo conseguí desprenderme de Vogel con magia.»

Y encontrando mi valor.

—Muy bien, mago Grey —le digo repentinamente preparada para enfrentarme a lo que sea que él, Valasca y Chi Nam tengan pensado para mí—. Iré a cazar algunos

murciélagos fantasma.

Las recuperadas líneas de fuego de Lukas se llenan de chispas que nos recargan a los dos de energía.

Me lanza una mirada irónica.

—Estarás aniquilando murciélagos fantasma en un abrir y cerrar de ojos, maga Grey.

Siento cómo me recorre otra ráfaga de calor al enternecerme inesperadamente al escuchar mi nuevo nombre.

—Aquí tanto la vida salvaje como el clima son bastante peligrosos —me advierte Chi Nam mirándome con astucia. Se acerca a Lukas y a mí apoyándose en su bastón—. Pero son nuestros buenos amigos, toiya. Eso es lo que hace que a Vogel y a los alfsigr les cueste tanto atacar esta zona con fuerzas aéreas. —Esboza una sonrisa letal—. Y es lo que nos permitirá entrenarte durante este corto paréntesis. Para que puedas luchar con nosotros contra Vogel y su varita negra.

# 2

## Desierto Lair

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Desierto Agolith del Nordeste***

—¡He traído la cena! —anuncia Valasca mientras sube por la ladera y vemos asomar su pelo puntiagudo por entre las rocas.

La fresca brisa que sopla en el desierto agita mi pelo gris mientras la veo ascender y contemplo su figura esbelta envuelta en la luz carmesí de la luna y las estrellas.

Lukas me está rodeando con el brazo y me tiene cogida por la cintura. Chi Nam, él y yo estamos reunidos alrededor de un pozo para hacer fuego, y yo estoy apoyada sobre mi capa ensangrentada, que tengo hecha una bola a la espalda.

Valasca vuelve a apoyar la palma de la mano en la cúpula y la cruza con una enorme serpiente pitón sobre el hombro y un montón de ramitas debajo del brazo.

Deja la serpiente muerta y las ramas en una piedra plana, saca un cuchillo y empieza a desollarla.

—He echado un vistazo por ahí —nos explica con alegría, y yo me siento aliviada al ver que ha recuperado tan bien el ánimo—. No hay ni rastro de hydreenas o murciélagos fantasma. Aunque sí que he visto un pequeño nido de escorpiones.

—¿Es-escorpiones? —tartamudeo, y por poco se me cae la taza de té caliente que tengo entre las manos.

—Aquí son normales —me explica haciendo un gesto despreocupado con el cuchillo—. Seguro que acabaremos comiéndonos unos cuantos.

Alzo la ceja y ella me lanza una mirada traviesa como si quisiera ver cómo reacciono.

—Muy bien —le digo sin inmutarme—. A mí me gustan con mucha sal.

Valasca se ríe.

—Esa es la actitud.

—Entonces ¿esta cueva va a ser nuestra cúpula? —le pregunta Lukas a Chi Nam haciendo un gesto con la cabeza en dirección a la luz azul de la entrada.

—Lo será, joven mago —afirma un tanto desafiante mientras se toma su taza de té.

—Bienvenido a la Resistencia, mago Grey —le suelta Valasca a Lukas mientras desuella la serpiente—. ¿Esperabas encontrar el nivel de lujo de Valgard?

Lukas esboza una sonrisita.

—No. Pero no diría que no a una copa de vino Issani ahora mismo.

Cambia de postura y se estremece un poco. La hechicería azul de Chi Nam sigue brillando por la herida diagonal que se extiende por su pecho desnudo y le llega hasta el hombro, y yo percibo el dolor que siente en los movimientos de su magia alrededor de la cicatriz.

Valasca se saca una petaca del bolsillo de la túnica y se la pasa a Lukas adoptando una expresión más seria, como si también pudiera sentir su dolor.

—Tirag —le dice.

Él la mira con agradecimiento, acepta la petaca, la abre y le da un trago sorprendentemente largo para tratarse de alguien que me ha dicho que toma alcohol con mucha moderación.

Suspira algo tembloroso mientras yo le observo las heridas.

El corte ha mejorado mucho y ahora ambas partes se ven limpiamente unidas. Paseo la vista por su musculoso pecho y me entretengo asimilando su atractiva forma. Siento un cálido hormigueo independiente de mis líneas, y de pronto me avergüenzo de estar mirándolo de esta forma, pero cuando le miro a los ojos me doy cuenta de que me está sonriendo con picardía, como si pudiera leerme la mente. A pesar del dolor que está sintiendo, Lukas me manda una ráfaga de calor, y yo me sonrojo y aparto la vista.

—No deberías hacer eso —le susurro—. Deberías reservar tu fuego para curarte.

Lukas me lanza una mirada seductora, sonríe, y después se toma otro buen trago de tirag.

Desconcertada y atraída por él a partes iguales, alzo las palmas de las manos en dirección al fuego asombrada de nuevo por el color gris de mi piel.

Cuando vuelvo a mirar a Lukas me doy cuenta de que vuelve a parecer dolorido. Toma otro sorbo de tirag y la caótica fuerza de su poder de fuego alrededor de la herida se apaga un poco.

Valasca extiende el palo con la carne ensartada sobre la boca de la hoguera, y la grasa que resbala por la carne blanca de la serpiente empieza a chisporrotear al contacto con las llamas.

Se oye el graznido de un búho a lo lejos.

Poco después, Valasca me tiende una brocheta con varios trozos de carne.

—Adelante, gardneriana —dice con brillo en los ojos negros—. No te va a morder. Ahora seguro que no.

Tengo que admitir que huele bien. Le doy un mordisquito y me quedo asombrada. Es una sabrosa mezcla entre el pollo y el pescado blanco.

—Está… buena.

Lukas me mira divertido. Se acerca y su fuego se abalanza hacia mí con una repentina y sincera cercanía, probablemente animado por la gran cantidad de tirag que ha bebido.

Por un momento se me empaña la vista debido a la gran cantidad de calor que me está mandando al tiempo que me acaricia las líneas de un modo muy placentero. Yo me esfuerzo por seguir respirando con normalidad mientras Chi Nam nos sirve un poco más de té a todos.

—¿Estás borracho? —le pregunto.

—Quizá un poco —admite—. Pero ahora el dolor es más soportable.

—Me estás proyectando unas oleadas enormes de poder de fuego.

Esboza una sonrisa ladeada.

—Que he extraído de ti.

—Parece que estás un poco mejor —observo con astucia.

Lukas suelta una risotada y me lanza una mirada ardiente antes de ponerse serio.

—¿Te molesta el fuego? No estoy seguro de poder contenerlo.

Lo pienso un momento. Esto de estar con un Lukas descontrolado es una experiencia completamente nueva.

—No —le digo—. Me alegro de que ya no te duela tanto.

—Me has salvado la vida —comenta poniéndose muy intenso de repente.

Alzo la cara interior de la muñeca. La cicatriz que me dejó el ícaro que me atacó en Valgard se sigue viendo a pesar del glamour.

—Había llegado mi turno.

Él vuelve a sonreír y toma otro sorbo de tirag mientras todos comemos y Chi Nam y Valasca se enfrascan en una detallada conversación acerca de las guardias de la noche y la custodia del escudo.

Mientras me tomo el amargo té de Chi Nam en una taza negra sin asa con un dibujo de un dragón de color marfil, paseo la vista por las formaciones rocosas en forma de arco del desierto Agolith. Todo está iluminado por el suave brillo escarlata de la luna, y las constelaciones están repartidas por el cielo como un millón de rubíes luminiscentes; aquí el cielo hace magia con los astros. Y en el horizonte la tormenta refulge, esperando como una serpiente hecha de relámpagos.

Valasca echa más leña al fuego y yo me quedo mirando los restos de carne de serpiente que chisporrotean en la hoguera.

—¿Valasca y tú también me enseñaréis a cazar pitones? —le pregunto a Lukas mientras observo la roja luz del fuego que se refleja en los duros y salvajemente atractivos rasgos de su rostro y su cuerpo.

Él me dedica una lenta y soñolienta sonrisa con los ojos cada vez más entornados por la bebida.

—Elloren, vas a ser capaz de arrasar ciudades enteras. Me parece que también podrás matar una o dos serpientes.

«Arrasar ciudades enteras.»

Ya sé que en parte lo dice de broma, pero sus palabras me recuerdan lo que soy en realidad y me revuelven las emociones, y de pronto soy consciente de las olas de cansancio emocional y físico que me engullen. Me apoyo en el hombro bueno de Lukas y él reacciona acercándome un poco más a su cuerpo, y noto cómo me roza el pelo con la mejilla al ladear la cabeza hacia mí. Respira hondo y entonces, para mi gran asombro, me da un beso en la sien, dulce y largo, mientras su fuego crepita por mis líneas.

Lukas no es nada reservado en la intimidad, pero siempre se ha mostrado reservado y formal en público, y me siento confusa y atraída por su abierta demostración de afecto.

—¿Quieres un poco? —me pregunta con un tono relajado ofreciéndome la petaca de tirag de Valasca.

—Me parece que tú lo necesitas más que yo —contesto con ironía rechazando su ofrecimiento a pesar de lo tentador que es.

Una parte de mí quiere acabar con el perpetuo dolor que me acompaña, así como el miedo que me da pensar en el futuro y los espantosos recuerdos de esta tarde. Quiero olvidar que existen unas fuerzas oscuras que quieren destruirme, a mí y a todas las cosas que quiero. Y quiero olvidar que Lukas ha estado a punto de morir esta noche y lo mucho que me ha afectado esa posibilidad.

Pero también quiero estar despejada, en especial mientras Lukas esté herido y tan afectado por la bebida.

—¿Cuánto tiempo crees que tardaré en aprender a utilizar la varita? —le pregunto.

Respira hondo muy pensativo.

—Podría llevar cierto tiempo. —Me mira con los ojos vidriosos y mis ojos se dejan arrastrar por la sensual curva de sus labios, que emiten un ligero brillo verde en la oscuridad—. Yo me he estado entrenando de forma intensiva desde que era un niño —me explica—. La magia elemental es compleja y cuesta dominarla. Y la capacidad para

escudarse es la más complicada. Pero mañana por la mañana nos limitaremos a empezar desde el principio.

—Y pondremos en común todo lo que sabemos acerca de los sistemas mágicos conjuntos para protegerla —añade Chi Nam lanzando miradas cómplices a Lukas y a Valasca; el fuego de la luz hace que su expresión parezca todavía más formidable—. Las fuerzas de ambos reinos nos atacarán con todo lo que tengan —advierte—. No podemos permitirnos ser simplemente letales. Tenemos que ir un paso por delante de ellos en todo momento y conocer sus sistemas mágicos mejor que ellos.

—En eso yo tengo ventaja —presume Valasca cogiendo la taza de té con ambas manos y apoyando los codos en las rodillas mientras se inclina hacia el fuego—. Porque mi pueblo conecta todos los sistemas rúnicos. Para nosotros no existe esa tontería de que mezclar distintas magias es un ataque a los dioses. Y gracias a eso somos más fuertes. En realidad, en las tierras amaz valoramos la diversidad.

Lukas se ríe, hace una mueca de dolor y la mira alzando una ceja.

—Hasta cierto punto.

Valasca reconoce que no le falta razón y se encoge de hombros.

—Está bien, hasta cierto punto. Menos con los hombres.

La sonrisa irónica de Lukas brilla en la oscuridad.

—Que no es poco.

La otra pone los ojos en blanco.

—Sí, bueno, estoy aquí, ¿no? Y no te estoy matando. —Adopta una expresión felina—. Al menos, todavía.

Lukas asiente sonriendo.

—Tomo nota.

Le miro sorprendida.

—¿De verdad podría matarte?

Lukas se vuelve hacia Valasca y se miran durante un buen rato, midiéndose tranquilamente, y pasea los ojos por los cuchillos que ella lleva prendidos a los brazos, a la cintura y al pecho. Después se vuelve hacia mí y asiente con afabilidad.

—Probablemente. Es la líder de la guardia de la reina. No se llega a ocupar ese puesto sin talento. Probablemente sea capaz de esquivar cualquier hechizo que pudiera lanzarle.

—Podrías intentar atacarme con una espada —le sugiere ella.

Lukas la mira con ironía.

—Imagino que no podría.

Valasca suelta una risotada.

—Yo también imagino que no podrías.

Él la mira con astucia y da otro trago a la petaca de tirag esbozando una pequeña mueca de dolor al levantar el brazo.

—¿Todavía te duele mucho? —le pregunto mientras Valasca y Chi Nam se ponen a hablar acerca de cómo conectar runas de distintos sistemas mágicos.

—Antes me dolía mucho —admite respirando hondo y mirándome muy serio, aunque después esboza una sonrisa perezosa—. Pero cada vez me siento mejor. —Pasea sus ojos por mi cuerpo gris y su poder de tierra me acaricia las líneas—. Este color gris... Eres preciosa —comenta con la voz ronca—. Pareces una tormenta a punto de estallar. —Sonríe como si le divirtiera su propio comentario y la pasión arde en sus ojos—. Me vas a engullir.

Alzo una ceja al escuchar su efusiva expresión y encantada de descubrir a ese Lukas más abierto y desatado. Empieza a dibujar una provocativa espiral en el lateral de mi cintura con el pulgar. Miro a Valasca y me sonrojo al ver la divertida y cómplice mirada que me está lanzando desde el otro lado de las llamas.

—¿Habías bebido tanto alguna vez? —le pregunto a Lukas mirándolo a los ojos mientras él me pasea por el cuerpo sus dedos de pianista.

—No —admite—. Pero tampoco había experimentado tanto dolor. —Algo cambia en la expresión de sus ojos y arde en ellos al mirarme—. Ni había deseado tanto algo.

Trago saliva atrapada en la pasión de su mirada, y una tensión cada vez más intensa flota en el aire entre nosotros.

—¿Qué es lo que deseas? —le pregunto bastante convencida de lo que me va a contestar.

Lukas se pone serio.

—A ti.

Advierto un deseo frustrado en su voz. Y soy muy consciente del silencio de Chi Nam y Valasca, que sin duda nos están prestando toda su atención, a pesar de mirar hacia otro lado.

—Deberíamos dormir todos un poco, ¿eh? —dice Chi Nam dejando su taza de té y levantándose con ayuda de su bastón rúnico—. Valasca y yo nos turnaremos para hacer guardias, pero lo más probable es que no sea necesario. Aquí estaremos protegidos.

Desenvaina su aguja rúnica y la levanta.

Las runas de la cúpula que nos rodea se iluminan y nos envuelve una luz de color azul zafiro cuando las runas se ponen a girar lentamente y yo noto cómo me recorre una rápida corriente mágica.

Chi Nam baja la aguja y la cúpula parpadea hasta desaparecer casi por completo, ya

solo se percibe la tenue marca de algunas de las runas flotando en el aire.

—Estas son las mismas runas que protegen el Wyvernguard —nos informa en noi—. Así que descansad un poco esta noche. De momento estamos a salvo. —Me señala con su bastón rúnico—. Mañana empieza tu entrenamiento.

Lukas le tiende a Valasca su petaca de tirag y ella se levanta para aceptarla; la agita un poco antes de darle la vuelta para demostrar que está vacía con una sonrisa en los labios.

—Apuesto a que no sientes ningún dolor, gardneriano —bromea en noi devolviendo la enigmática sonrisa de Lukas mientras se vuelve a meter la petaca en el bolsillo de la túnica—. Será mejor que duermas la mona, mago Grey. Gracias por salvarnos el culo.

—Me parece que ha sido cosa de todos —le contesta él hablando con soltura en noi al tiempo que agacha la cabeza con cordialidad.

La hechicera se ríe y le lanza una mirada irónica antes de lanzar un poco de arena al fuego, lo que deja la colina envuelta en oscuridad, iluminada solo por las runas del brillante bastón de Chi Nam y la luz carmesí de la luna y las constelaciones. El frescor de la noche del desierto me rodea, pero queda perfectamente contenido por el insistente fuego de Lukas, que sigue corriendo desbocado por mis líneas.

Me miro la piel gris y mis uñas de color pizarra, que a esta luz parecen de color azul oscuro; todavía estoy un poco asombrada de descubrir que ya no desprendo mi habitual brillo verde.

Me levanto y le tiendo la mano a Lukas, pero él se levanta por sí solo, apretando el puño mientras flexiona con cuidado el brazo herido, y a continuación suspira aliviado cuando comprueba su capacidad de movimientos. La magia rúnica que le recubre las heridas emite ahora un apagado brillo azul, y el corte de su pecho ya no es una herida abierta, sino que se ha soldado milagrosamente y está prácticamente curado.

Seguimos a Chi Nam y a Valasca hacia la cueva, y Lukas sigue mis pasos.

Me vuelvo para contemplar su alta figura y descubro que tiene los ojos clavados en mí, y una ráfaga de su fuego ruge por mis venas. Siento una inquietante excitación mezclada con una profunda gratitud por todo lo que ha arriesgado por nosotras esta noche.

En cuanto entramos en el Vonor de Chi Nam nos envuelve una cálida luz azul. La luz y el calor emanan de unas grandes esferas de cristal que cuelgan de unos ganchos de hierro en las paredes, en cuyo interior rotan sendas runas noi. Estamos rodeados por una estancia circular cubierta por una alfombra de color añil que parece ser una combinación entre una biblioteca, una armería y una cocina. En las paredes hay varias estanterías empotradas donde aguardan libros en distintos idiomas, además de una gran variedad de armas rúnicas y un enorme mapa del continente de los reinos.

Hay más runas noi repartidas por toda la cueva, iluminando el espacio con su luz azul,

algunas están incrustadas en los muros, otras están suspendidas en el aire y repartidas por toda la periferia de la estancia, y algunas están alrededor del marco de la puerta por la que acabamos de entrar. Y también hay runas de otras clases: algunas runas amaz, de color escarlata, y también reconozco algunas runas smaragdalfar de color esmeralda, una de ellas idéntica a la runa que Sage me grabó en el abdomen.

—¿Esto está protegido contra los demonios? —le pregunto a Chi Nam señalando la runa verde esmeralda.

Chi Nam esboza una sonrisa aprobadora y asiente.

—Veo que estás prestando atención. Bien. Pronto aprenderás los distintos sistemas rúnicos. Así podremos enseñarte a utilizar varitas grabadas con hechicería combinada.

Seguimos a Chi Nam a través de una entrada ante la que hay una cortina negra con runas, nos adentramos por un pasillo estrecho hasta llegar a una biblioteca no muy grande, y cruzamos una armería bien surtida.

Cuando llegamos a la cortina que hay ante la siguiente puerta, Chi Nam aparta la tela con runas para revelar lo que parece ser una zona para dormir, y sobre el suelo de piedra hay otra alfombra circular de color añil. Apilados cuidadosamente contra la pared veo varios sacos de dormir y algunos almohadones bordados; uno de los sacos ya está extendido sobre la alfombra del suelo.

—Vosotros podéis coger ropa de cama de aquí —nos dice Chi Nam—. Val —le dice a Valasca—, puedes quedarte a dormir en mi habitación. —A continuación se vuelve otra vez hacia nosotros y señala un estrecho pasillo que se adentra por una red de cuevas—. Tengo una sala de meditación. —Me mira y después vuelve a mirar a Lukas, como si estuviera intentando evaluar la situación que hay entre nosotros—. Lukas, tú puedes utilizar esa estancia, y, Elloren, tú eres libre de quedarte allí también o dormir aquí con nosotras.

Se me acalora el rostro ante ese reconocimiento formal de Lukas y mi compromiso ya consumado.

«Maga Elloren Grey.»

De pronto vuelvo a recordar que Lukas y yo nos hemos comprometido en serio, cosa que despierta un montón de poderosas emociones encontradas.

Le miro y veo que me está observando fijamente con una expresión indescifrable, pero su poder sigue fluyendo sin sutilezas. No es nada controlado, como suele ser, sin duda por efecto del tirag. Al contrario, me recorre las líneas con un ardor desmedido.

La invitación está clara.

Con la cabeza hecha un lío a causa de la sugerente caricia mágica de Lukas, trago saliva y cojo dos sacos de dormir y dos almohadones antes de que él pueda ofrecerse a

ayudar.

—Te lo agradezco —le digo algo incómoda a Chi Nam y cada vez más confusa—. Estoy segura de que estaremos bien en tu sala de meditación.

Valasca tose y ríe divertida al mismo tiempo y me lanza una mirada cómplice mientras extiende su ropa de cama. Chi Nam se limita a asentir y su inteligente mirada se pasea por nosotros una última vez antes de marcharse para su primer turno de centinela.

Me aprieto la ropa de cama contra el pecho y me aventuro por el estrecho pasillo muy consciente de que Lukas me está siguiendo. Un descontrolado fuego me lame la espalda mientras cruzamos la cortina de la estancia de meditación de Chi Nam.

Al contrario de lo que ocurre en el resto de las estancias, aquí no hay runas en las paredes ni suspendidas en el aire. Solo veo un único candil que emite un suave brillo azul.

Contra la pared de roca hay un pequeño altar. Sobre él descansa un platito para quemar incienso y una pequeña estatua de un dragón de color marfil rodeado de pájaros blancos, y me acuerdo de Raz'zor. Hay algo que parece un texto religioso noi junto al dragón, la piel negra del altar tiene grabada la imagen de Vo, la diosa dragón de color marfil de la estatua, además de varias campanitas de distintos colores.

—Ya puedo yo, Elloren —se ofrece Lukas con un tono grave mientras me tiende la mano para que le dé parte de la ropa de cama. La sonrisa ladeada de sus labios juega con mis pensamientos.

Me tiembla la mano cuando le doy a Lukas un saco de dormir y un almohadón, muy consciente de la apasionada mirada que me está lanzando y de lo caliente que es su fuego.

Él deja el saco junto a la pared y lo extiende con un suave movimiento, después se sienta sobre él mirándome muy relajado.

Yo extiendo mi ropa de cama cerca de la pared opuesta, a varios palmos de él, y me tumbo, cada vez más confusa por el modo en que el fuego de Lukas busca el mío.

Me sonríe.

—¿Estás manteniendo una distancia educada?

Yo trago saliva desconcertada por lo consciente que soy de su masculinidad y de lo atractivo que se ve su cuerpo esmeralda envuelto por la suave luz azul de la estancia. Me está costando mucho resistir mis poderes de fuego y de tierra a su continua atracción.

Observo cómo se quita los cuchillos rúnicos que lleva pegados bajo las perneras del pantalón y deja las dos varitas junto a la almohada; después se tumba, se vuelve hacia mí y me mira fijamente. Y yo noto la atracción de su fuego mientras le miro a los ojos.

Entonces Lukas recupera cierto control sobre su poder y proyecta un hilo de fuego, lento y seductor. Me roza, pero lo hace de un modo más intenso que de costumbre. Es una caricia. Larga y lenta. Yo miro incómoda hacia la cortina de la puerta notando cómo el calor me trepa por las mejillas y el cuello.

Y entonces Lukas se retira, sonriendo, como si me estuviera esperando.

Los dos guardamos silencio durante un rato. Lo único que interrumpe la quietud del momento es la creciente agitación de mi pecho, que aumenta a medida que la tensión crepita en el aire entre nosotros.

De pronto me siento temeraria y le proyecto mi fuego.

Lukas sonríe cogiendo mi línea y tirando de ella. Después me manda una ráfaga de poder que provoca mis líneas, y su calor me acaricia con lascivia mientras yo me esfuerzo para seguir respirando acompasadamente.

Sigo allí tumbada, mientras todo mi cuerpo palpita acalorado, y el placer irradia de mí hasta que lo noto crecer en mi interior. Los dos tenemos la respiración muy agitada, su poder fluye en mi interior y el mío fluye en él, y nuestras ramas se entrelazan. Le lanzo una pequeña ráfaga de fuego seguida de otra más intensa que le recorre todo el cuerpo. Lukas me dedica una mirada sensual y luego extrae una cascada de fuego de mi interior mientras su poder se enrosca en mis líneas.

Nos quedamos allí tumbados un buen rato y nuestras líneas de fuego y tierra se acarician entre sí con creciente intimidad, hasta que Lukas se estremece y me mira con un deseo tan feroz que sé que arrasará con la preocupación que me asalta cada vez que pienso que hay gente durmiendo al otro lado del pasillo.

Me tiende la mano con firme insistencia.

—Ven aquí.

No hay ni un ápice de delicadeza en su petición. Es firme y está empujada por esa abrumadora necesidad, salvajemente atractiva e intimidante al mismo tiempo.

Miro hacia la cortina con las runas grabadas.

—Lukas, no. Nos van a oír…

Esboza media sonrisa con el deseo ardiendo en sus ojos, pero sigue tendiéndome la mano.

—Pues vámonos a otro sitio.

Vuelvo a percibir firmeza en su tono. Un áspero deseo.

—Estás herido —le recuerdo abrumada por el que está despertando en mí.

—Todavía me duele un poco el hombro —admite con un brillo travieso en los ojos—. Pero el resto de mi cuerpo está perfectamente.

Por un momento quiero ser temeraria, dejarme arrastrar por su abrumadora pasión y

dejar que me ame como él quiera. Como si percibiera mi vacilación, Lukas alarga la mano con mayor insistencia perdiendo toda traza de diversión. Pero se ha puesto demasiado intenso, está demasiado afectado por el tirag y demasiado dominante. No acepto su mano.

Adopta una expresión tensa y frustrada, aprieta el puño de la mano que me estaba tendiendo y la retira respirando con fuerza. Un torrente de su fuego se abalanza sobre mis líneas, y cuando le miro a los ojos, en su mirada veo un apetito tan intenso que me deja aturdida.

Cuando me habla lo hace con un tono grave y apasionado.

—Te deseo más de lo que he deseado nada en toda mi vida.

Sé que no se está refiriendo solo a este momento. No se está refiriendo a la posibilidad de amarme ahora mismo. Me está diciendo algo más importante.

Conmovida por su demostración de sentimientos y deseo, levanto la mano para recordarle las marcas que llevo debajo del glamour.

—Estamos comprometidos. Ya me tienes.

Su fuego emite una áspera llamarada y él aparta la mirada.

—No, Elloren —afirma con un dolor muy distinto en la voz—. No es verdad.

Se queda mirando al techo y su torrente de fuego se desvanece, y ahora solo noto el frío de la cueva y el aguijón del dolor.

Porque sé que es verdad. Le he cogido cariño a Lukas. Mucho, en realidad, en muy poco tiempo. Y en muchos sentidos. Y la otra noche me entregué a él sin reservas, me rendí a nuestra feroz atracción y al deseo de dejarme llevar por nuestra perfecta afinidad. Deseando borrar el dolor que vive alojado en mí y con ganas de amarle tanto como él me ama a mí.

Porque aunque Lukas no me haya declarado su amor, puedo sentirlo en su fuego. Abrumador en su intensidad, ardiente y sólido.

Pero yo solo puedo corresponderle con una pequeña parte de mi corazón, porque el resto está roto por haber perdido a Yvan, y quizá siga roto para siempre. Y sé que él también lo percibe.

Me quedo despierta un buen rato, perdida en una bruma de conflicto, culpabilidad y la horrible imagen de los pálidos ojos verdes de Vogel mirándonos a todos, hasta que al final se me cierran los ojos y caigo presa del sueño.

# 3

# Los árboles del desierto

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Desierto Agolith del Norte***

Me despierto de golpe y por un momento me siento desorientada al descubrirme sola en la cueva. Pero me sitúo enseguida al ver el altar de Chi Nam, la pequeña estatua de la diosa dragón Vo, el uniforme militar noi que aguarda doblado a mi lado y el cinturón negro para armas que hay encima.

Y la ropa de cama de Lukas recogida.

Bajo la vista para mirar mi atuendo elfhollen salpicado de sangre. Mi piel gris tormenta.

Y entonces lo recuerdo todo: el mundo a punto de entrar en guerra, el ataque del escorpión, el horrible yugo de Vogel, cómo conseguimos escapar a través del portal. Las apasionadas palabras de Lukas y su fuego descontrolado.

Mi incapacidad para corresponder sus sentimientos.

Me levanto lamentando la ausencia de Lukas y con muchas ganas de ir a buscarlo, lo siento en las emociones y en mis desprotegidas líneas.

Tropiezo con mi reflejo en la campana de meditación plateada que cuelga de la pared y me sobresalto al advertir lo distinta que estoy. Parezco una tormenta viviente, tengo la melena gris muy despeinada; los ojos y las pestañas de un gris brillante, la piel del color de las nubes de tormenta y los labios de un gris todavía más oscuro.

Y las orejas tan curvas como la hoja de una hoz.

Me quito las ropas elfhollen y me pongo el uniforme negro noi, las botas y el cinturón de armas, y a continuación me atrevo a tocar la superficie de la varita con la mano. Toco su empuñadura espiral, pero se niega a proyectarme poder alguno. Desconcertada por la naturaleza quijotesca de la varita blanca de la profecía, me la envaino en el cinturón, y

después observo las runas militares de color zafiro que hay en las costuras del uniforme y me quedo de piedra, abrumada por la trascendencia de este momento.

Ha llegado la hora de ser una guerrera.

De afrontar mi destino.

Hoy.

Hoy aprenderé a dominar mi magia.

Envalentonada por la idea de que la amenaza de Vogel se cierne sobre mí y el resto del mundo, recojo mi ropa de cama y me interno en el estrecho pasillo, cruzo la habitación de Chi Nam y sigo por otros pasillos hasta que llego a la estancia principal del Vonor.

La puerta que conduce fuera deja entrever el cielo púrpura del alba, y por ella se cuela el sonido de la grave voz de Lukas hablando en noi.

Echo un vistazo y le veo sentado con Chi Nam y Valasca alrededor de una mesa que deben de haber sacado a la cornisa y sobre la que descansa un candil rúnico. El aire es fresco y el tinte violeta del cielo destaca por debajo de las apagadas estrellas carmesíes que todavía se ven en el cielo.

Me quedo mirando la túnica vu trin desabrochada de Lukas; ahora luce en el pecho, el abdomen y las palmas de las manos una serie de brillantes runas noi de color azul zafiro y algunas runas amaz de color escarlata. Está leyendo detenidamente un espeso texto marcado con diagramas rúnicos y parece enfrascado en una conversación con Valasca, junto a quien señala varias páginas de otros textos que tienen extendidos sobre la mesa ante ellos. Chi Nam los escucha en silencio mientras disfruta de una humeante taza de té. Su bastón rúnico está apoyado en un saliente rocoso a su lado y en él brillan una mayor variedad de runas que la pasada noche: runas verdes smaragdalfar, runas amaz, con su característico color escarlata, y runas doradas ishkart, todas repartidas por entre las runas azules de las noi.

Por entre los textos, veo repartidas varias varitas; mis dedos se mueren por tocarlas y siento una ráfaga de poder deslizándose por mis líneas.

Lukas levanta la vista alertado por mi fuego, y me mira a los ojos.

Tiene el pelo de punta de habérselo lavado, y su musculoso pecho ya está prácticamente curado, ya solo se ve una fina cicatriz roja que lo cruza de punta a punta. Mis líneas de fuego empujan hacia él.

Entre nosotros arde un destello de intensidad, el fuego de Lukas retrocede y él lo subyuga a la fuerza tratando de controlarlo.

Salgo del Vonor lamentando advertir su controlado comportamiento y confusa tras haber descubierto el auténtico alcance del amor de Lukas. Y lamentando saber el motivo por el que se está cerrando a mí.

Pero nada de esto importa comparado con lo que tenemos entre manos, y sé que Lukas y yo tendremos que dejar nuestras complejas emociones a un lado para concentrarnos en la batalla.

—Estoy preparada —les digo sosteniendo la intensa mirada de Lukas—. Enseñadme a utilizar la varita.

—Relaja la mano. —La grave voz de Lukas me habla con suavidad al oído mientras me pasea el dedo por el pulgar que tengo pegado a la varita—. No se trata de aplastarla. Imagínate que es el arco de un violín.

Cuando me rodea la cintura con el brazo y me pega a él cogiéndome la mano con sus dedos de pianista, mis líneas fluyen hacia las suyas sin control. Sus sinuosos movimientos me provocan un cálido hormigueo que se desliza por mi interior y yo me esfuerzo para no perder la concentración.

Está pegado a mí. Su poder contenido aguarda a solo unos centímetros del mío. Y me ha quitado el escudo con el que me envolvía las líneas, lo que todavía hace más difícil resistirse a su atracción.

Sé que él también lo siente, pues tiene la piel tan caliente como yo.

Aflojo los dedos bajo la mano de Lukas mientras me preparo para dejar que proyecte su magia a través de mí con el objetivo de hacerme una demostración de control sobre el hechizo para encender velas.

Frunzo el ceño y clavo los ojos en el desierto que se extiende ante nosotros notando la magia que me trepa por los talones y se desliza por mis líneas en busca de la madera.

«Abeto rojo», me informó Lukas cuando me dio esta varita. Madera extraída de estos árboles rojos que salpican los confines del arenal que se extiende ante nosotros. Junto a los abetos hay tres baobabs rayados con sus oscuros troncos llenos de agua. Y al otro lado crecen varias palmeras que se enroscan por debajo de una de las muchas formaciones rocosas en forma de arco típicas de este desierto, además de algunas yucas. Y entre ellos se ven algunos grupos de árboles que parecen muertos o disecados.

Todos los árboles aguardan quietos y en silencio. No hay ni un ápice de hostilidad flotando en el aire.

Siento un escalofrío en la espalda.

Porque noto cómo me miran.

—Una varita es como un instrumento —me explica Lukas ignorando la intensa atracción de nuestras afinidades—, y la magia es la música.

Le miro de soslayo por encima del hombro.

—Una música capaz de arrasar ciudades enteras.

Lukas esboza media sonrisa.

—Aun así. Tú eres músico. Es algo que puedes entender de forma intuitiva.

Decidida a concentrarme a pesar de la seductora atracción que siento por Lukas, entorno los ojos mirando el paisaje. El sol del alba se abre paso por entre las nubes cargadas de tormenta y empieza a teñir los arcos de piedra roja con un suave halo rosado.

Por entre las nubes de tormenta que siguen suspendidas en el horizonte brillan algunos relámpagos.

—Estoy lista —anuncio muy nerviosa.

—Bien —contesta Lukas. Su voz es una grave tentación que amenaza con destruir mi concentración—. Ahora, pronuncia el hechizo para encender una vela.

Me quedo de piedra.

Me vuelvo hacia él negando con la cabeza.

—Dijiste que ibas a proyectar tu poder a través de mi mano —insisto—. No puedo liberar mi poder. No es seguro.

—Yo lo controlaré —me contesta muy sereno.

—No, Lukas. —Me separo de él y me giro agitando una mano en el aire—. Si quieres que haga esto, tenéis que separaros de mí y protegeros bajo un escudo.

Lukas me lanza una mirada cínica.

—Elloren, para el examen de varita utilizaste una de verdad. Ahora solo tienes una astilla que he sacado de una rama. Además… —baja la voz y me clava los ojos—, creo que conozco bastante bien tu poder.

Yo niego con la cabeza, inflexible, recordando el río de fuego. Mi río de fuego.

—No —protesto con empatía—. No lo conoces, Lukas.

Chi Nam interviene desde donde lo está observando todo junto a Valasca.

—Tiene razón. Si quieres que Elloren emplee su magia, tendrás que apartarte y crearemos un escudo conjunto. Yo ya he presenciado lo que puede hacer.

—Por lo visto, hace que su abuela parezca un niño dríade jugando con palitos —comenta Valasca—. Si yo fuera tú, andaría con cuidado.

Alza su cantimplora de agua en mi dirección a modo de brindis y esboza una amplia sonrisa.

Lukas la mira. Después me dedica una pequeña sonrisa, se da media vuelta y se marcha hacia donde aguardan las dos, Chi Nam apoyada en su bastón y Valasca sobre una roca roja que hay a los pies de un gigantesco arco de piedra. La guerrera tiene su habitual sonrisa chulesca en los labios y me mira con expectación.

Chi Nam da unos golpecitos con el bastón y aparece una bruma azul acuosa que los envuelve a los tres. A continuación, Lukas desenvaina la varita, murmura un hechizo y proyecta una magia oscura que se entrelaza con el escudo de la hechicera. Valasca saca su espada rúnica y la pega al escudo, y toda la estructura parpadea y se tiñe del color azul de las amaz.

Lukas se apoya en la piedra de Valasca con su despreocupación habitual sin despegarme los ojos.

—¿Estáis seguros de que estáis bien protegidos? —le pregunto a Chi Nam recordando la gran cantidad de tiempo que emplearon las vu trin en protegerse contra la devastadora destrucción de mi magia.

Chi Nam se apoya sobre su bastón y asiente.

—Entre los tres disponemos de mucho más poder.

Trago saliva con fuerza y me vuelvo hacia la vasta extensión de arena roja que tengo delante. A medida que el sol se va alejando de las nubes de tormenta, el calor va ganando terreno.

Aprieto los dientes tratando de contener los nervios, alzo la ramita y empiezo a murmurar el hechizo para encender velas.

El poder empieza a rugir en el suelo bajo mis pies y después me sube por las piernas provocándome un hormigueo que se va convirtiendo en una intensa corriente.

Y entonces todo el poder brota hacia mi mano derecha como una flecha lanzada desde un arco y luego se sacude hacia atrás.

Mi poder da un fuerte tirón y abro los ojos como platos al notar cómo las líneas de afinidad se contraen con tanta fuerza que me quedo sin aire en los pulmones. La presión se duplica y yo me doblo hacia delante y caigo de rodillas al suelo como si hubiera sido víctima de algún ataque coordinado. Y de pronto noto de dónde proceden los múltiples puntos de tensión.

De los árboles del desierto.

Jadeo tratando de respirar inmovilizada por mis propias líneas, mientras Lukas grita mi nombre a lo lejos y el poder sigue rebotando desde mi mano derecha internándose de nuevo en mis líneas y amontonándose en mi interior. Un calor insoportable arde dentro de mí, y entonces se sacude con violencia hacia fuera y el mundo se envuelve en llamas.

Llamo a Lukas a gritos mientras el fuego me nubla la visión y me atraviesa. Todo el mundo está engullido por el fuego.

Oigo que Lukas grita un hechizo incoherente a través del feroz rugido de ese infierno, y una violenta ráfaga de viento me azota tirándome al suelo y apagando rápidamente el fuego. En el aire flota una columna de humo negro.

Lukas cruza la cortina de humo a toda la velocidad, se pone de rodillas y me coge. Chi Nam y Valasca le siguen de cerca; el escudo ha desaparecido. Lukas agita la varita y empieza a rugir urgentes hechizos que hacen desaparecer el humo con un torbellino de aire.

—Elloren —dice con una feroz urgencia, mucho más alterado de lo que le he visto en la vida y mirándome muy preocupado mientras yo toso intentando respirar.

Miro a mi alrededor muy asustada.

El paisaje está intacto. Lukas, Chi Nam y Valasca están bien. Y todos me observan alarmados.

—¿Qué ha pasado? —pregunto con la voz enronquecida por el humo—. Había llamas por todas partes…

—Has salido ardiendo —me explica Valasca—. Había mucho fuego.

—Has explotado —dice Chi Nam.

Me vuelvo hacia los árboles presa de una terrible certidumbre.

—Han sido los árboles —les digo indignada, presa de una certeza cada vez más sólida —. Han rastreado mis líneas. Llevan semanas haciéndolo y al final han conseguido divisarlas con claridad. Han empujado mi poder hacia dentro alejándolo de mi mano derecha. Han esperado el momento adecuado y me han atacado.

Miro a Lukas a los ojos e intercambiamos una mirada cómplice.

Se vuelve indignado hacia los árboles, después vuelve a mirarme aparentemente alterado.

—¿Estás diciendo que se han infiltrado del todo en tus líneas?

Mi rabia arde descontrolada.

—¡Estoy diciendo que han intentado asesinarme! El único motivo por el que estoy viva es que…

Y lo veo claro.

«Porque Yvan me besó y soy inmune al fuego.»

Respiro hondo, me estremezco y aprieto el puño de la mano derecha. Después vuelvo a mirar a Lukas.

—He sobrevivido porque tengo fuego wyvern en las líneas y no puedo quemarme.

De Lukas emana una ráfaga de fuego invisible cargada de celos, que viene y va en un segundo.

—Déjame leerlas —dice Lukas—. Deja que te lea las líneas.

Asiento; ya sé lo que me está pidiendo. Me sujeta con más fuerza, me estrecha y me besa. Su fuego se interna en mí y sus ramas se entrelazan con mis líneas enredadas. Pero está todo mal, el mapa de mis líneas está completamente enredado.

Se retira y dirige su incisiva mirada a Chi Nam.

—Tiene razón. Los árboles deben de haber enredado sus líneas de afinidad mientras cruzábamos el bosque. Y después han esperado a que estuviera desprotegida para atacar. —Mira los árboles como si los viera de un modo completamente nuevo—. Qué astutos —masculla entre dientes.

—¿Qué estás percibiendo en ella? —le pregunta Chi Nam.

Él vuelve a mirar a la hechicera.

—Le han atado las líneas de tal forma que ahora apuntan hacia su interior.

—¿Y eso qué significa? —quiere saber Valasca.

—Si Elloren intenta hacer algún hechizo con otra magia que no sea la de fuego, su poder se duplicará y la matará.

La horrible consecuencia cristaliza a toda prisa.

—Lukas —digo—, ¿cómo voy a aprender a controlar mi poder?

—No puedes —contesta con aspereza—. De momento.

En mi interior brilla una rabia que arde como el fuego.

Indignada y cubierta de hollín, me doy media vuelta y me voy hacia el árbol del que he percibido el tirón más intenso, el gran baobab que hay delante de la arboleda de abetos rojos.

Aprieto los dientes con rabia, paso la palma de la mano sobre el tronco negro del árbol y le lanzo una ráfaga de poder de fuego de afinidad invisible que trepa por mis líneas enredadas.

El aura del árbol parpadea, desde su vasta copa hasta sus raíces.

En el interior del árbol ruge una rabia tan intensa como la que siento yo, y los demás árboles enseguida se unen al mismo sentimiento; entonces me doy cuenta de lo profundas que son las raíces del árbol y de que están las unas enroscadas con las otras.

Que descienden…

Descienden…

Y descienden…

Kilómetros y kilómetros de raíces que se extienden por todo el desierto hasta internarse en los bosques más densos del reino.

«Bruja Negra.»

«Bruja Negra.»

«Bruja Negra.»

Las palabras retumban en los confines de mi mente. Resonando una y otra vez desde todos los árboles con una acusación despiadada.

—¿Queréis que gane Vogel? —le grito al árbol, a todos los árboles, mientras aprieto la

mano derecha contra el tronco del baobab y lucho con desesperación contra el control colectivo que están ejerciendo sobre mis líneas—. ¿Eso es lo que queréis para el mundo?

De pronto la imagen del áspero tronco que tengo delante desaparece y en su lugar veo la imagen de varios árboles gritando a mi alrededor.

Un fuego negro ardiendo en un bosque.

Cielos de humo rojo.

Kilómetros y kilómetros de bosques arrasados.

Y caminando por las cenizas del bosque hay un sacerdote gardneriano con una capa y la capucha puesta, con una varita en la mano hecha de sombras negras. Buscando algo con ahínco con sus clarísimos ojos verdes, y seguido de una bruma de sombras a su espalda.

Le sigue otra figura que enseguida se materializa entre las sombras. Una joven vestida con la clásica ropa negra gardneriana y empuñando una varita en forma de espiral. Y de su cabeza emergen unos cuernos hechos de sombras.

Con los ojos grises.

Soy yo.

Cuando desaparece esa imagen retorcida de mi persona, la bilis me sube por la garganta.

Me tambaleo hacia atrás convencida de que no es solo una visión. Son los bosques del Reino de Occidente siendo arrasados por Vogel. A continuación me busca para que yo lo destruya todo todavía más rápido.

Cuando me convierte en una de sus criaturas oscuras.

—¡Yo no soy su aliada! —les grito a los árboles con desesperación—. ¡Liberad mis poderes! ¡No soy quien vosotros creéis que soy!

—Elloren.

Lukas me apoya la mano en el hombro.

—¡Liberadme! —vuelvo a gritarles a los árboles soltándome de Lukas y enfrentándome al bosque.

«¿Estáis contentos? —les digo mentalmente—. Estoy completamente en contra del Reino Mágico, y vosotros habéis inutilizado mi poder. Bien jugado, árboles idiotas.»

—Elloren.

Lukas me llama con serenidad, pero me gira hacia él con firmeza.

Me enjugo las lágrimas con brusquedad.

—No sirve de nada. —Alargo la mano indignada en dirección al gigantesco baobab—. No puedo liberarme. No puedo acceder a mis poderes.

—De momento no —reconoce Lukas—. O te matarás. Lo siento, Elloren. Pero de

momento no puedes tocar ninguna varita.

# 4

# Entrenamiento militar

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Desierto Agolith del Noroeste***

—Entonces eso es lo que hay —dice Valasca cruzándose de brazos delante de Chi Nam —. ¿No podemos liberar a Elloren de los árboles?

Enfadada, paseo la vista por la arena roja del desierto en dirección a los árboles y los maldigo mentalmente.

Chi Nam me coge con fuerza de la mano derecha mientras con la otra desliza los dedos por las runas de su bastón. Me estremezco al notar una energía azul que parpadea ante mis ojos y recorre mis líneas a toda velocidad.

Todas las runas noi del bastón de la hechicera proyectan una brillante luz de color zafiro.

Entonces me suelta la mano y las runas noi de su bastón se atenúan. Pone cara de preocupación y mira a Lukas y a Valasca.

—No tenemos el poder suficiente como para romper el bloqueo de todo el bosque —dice—. Tendremos que esperar a llegar al este. Necesitaremos la ayuda de muchas hechiceras y magos para liberar el poder de Elloren y proteger sus líneas de la manipulación del bosque.

—Tendrán que ser hábiles contrarrestando la resonancia rúnica —comenta Lukas.

—¿Qué es eso? —pregunto.

Me mira.

—Es la habilidad de crear runas para contrarrestar todos los aspectos de un sistema mágico complejo. Las hechiceras con esas habilidades son capaces de descomponer hechizos elementales y crear runas capaces de desmantelar cada una de las partes de un hechizo. La magia de los árboles es compleja.

—Podríamos limitarnos a acabar con todos estos árboles —sugiere Valasca fulminándolos con la mirada.

—No es mala idea —espeto, aunque me asalta un extraño conflicto casi instintivo al pensarlo.

—El daño ya está hecho —opina Lukas apretando los dientes con frustración—. Solo malgastaríamos nuestros esfuerzos y nuestra magia. Y quizá disminuyese el poder al que puedo acceder yo.

—Tampoco serviría para desenredar las líneas de Elloren —añade Chi Nam.

Lukas suspira.

—Los árboles son la fuente de nuestro poder, ya que somos parte dríade. Los gardnerianos se esfuerzan mucho por esconderlo, pero es innegable.

—Vogel está arrasando con enormes extensiones de los bosques del Reino de Occidente —comenta Valasca con acritud—. Eres consciente de ello, ¿verdad?

—Sí, bueno, parece que Vogel está extrayendo su magia de otra fuente —explica Lukas.

Valasca suspira con frustración.

—Entonces ha llegado la hora de trazar un plan alternativo. —A sus ojos asoma un brillo obstinado. Me mira ladeando la cabeza—. Le enseñaremos a utilizar las armas rúnicas.

—Creo que es lo mejor que podemos hacer ahora mismo —accede Lukas.

Chi Nam se apoya con fuerza en su bastón y mira a Lukas con entusiasmo.

—Quizá pueda amplificar las runas de las armas con sus afinidades. Como haces tú.

—¿Eso no me hará explotar? —espeto fulminando a los árboles con los ojos.

—No —me asegura Chi Nam—. No estarás accediendo directamente a tu magia. Solo estarás estimulando las runas con tus afinidades. —Le lanza una mirada cómplice a Lukas—. Es parecido a lo que hacéis entre vosotros, que os podéis proyectar magia el uno al otro.

Valasca frunce el ceño, pensativa.

—¿Alguna vez has blandido un arma, Elloren?

Yo niego con la cabeza frustrada y un tanto desmoralizada. Quizá sea imposible liberarse del yugo de todos los bosques de Erthia.

Así que vuelvo a no tener poderes. Otra vez.

Posiblemente para siempre.

Y todo porque los árboles son unos estúpidos ignorantes que acaban de sellar su destino, y el nuestro.

Lukas, Chi Nam y Valasca guardan silencio y me miran con preocupación mientras mi

maltrecho fuego de afinidad brota de mis poderes enredados a trompicones.

—Elloren…

Lukas me toca el brazo, pero yo me aparto.

No merezco su consuelo. Le he puesto en un gran peligro. Los he puesto a todos en un gran peligro.

Por nada.

Chi Nam chasquea la lengua y se acerca hasta mí. Me pasa el brazo por encima del hombro y me sigue abrazando cuando advierte que me tenso asaltada por un intenso remordimiento.

—Toiya —me dice con firmeza y amabilidad—, tienes que decidir ahora mismo que no puedes rendirte. Jamás.

—Bueno, eso no es tan fácil —contesto con la voz entrecortada.

Ella se ríe por lo bajo y me estrecha el hombro.

—¿Acaso alguno de nosotros te ha prometido que vaya a ser fácil?

Se me escapa un ruidito amargo, y Lukas y Valasca sonríen.

—No —admito de mala gana—. En absoluto.

Chi Nam esboza una pequeña sonrisa.

—En las tierras Noi tenemos un dicho: cuando el destino cierra una puerta, a veces es la llave más improbable la que vuelva a abrir esa cerradura, ¿mmm? No lo olvides.

Siento un escalofrío de puro fuego que me recorre la espalda y miro a Lukas, que me está observando con complicidad. El calor de su abrasador abrazo invisible atraviesa mi frustración y mi desesperación, consiguiendo que me anime un poco.

Las probabilidades han pasado de ser malas a imposibles, pero ellos siguen estando aquí. Creyendo en mí.

Sin abandonar.

—Está bien —me rindo conmovida por su apoyo colectivo—, vamos a probar algunas llaves.

—Tendremos que lanzarnos y empezar por donde sea más fácil —dice Valasca cambiando de marcha con su habitual eficiencia. Desenvaina uno de sus cuchillos rúnicos, en cuya empuñadura negra hay tres runas giratorias que emiten el clásico brillo noi de color zafiro—. Toma —dice tendiéndome el arma por la parte de la empuñadura.

Yo la acepto y noto el rugido de las runas en los dedos.

—Veamos a qué nivel de principiante nos enfrentamos. —Valasca observa un grupo de baobabs secos, cuyas ramas desnudas se recortan contra el brillante cielo rosado. Señala el más largo, que también es el que tengo más cerca—. Lanza el cuchillo contra ese tronco.

Yo miro con rabia los árboles vivos que me tienen prisionera y, por un momento, me planteo la posibilidad de lanzarles el cuchillo a ellos, pero se activa en mi interior mi reticencia a lastimarlos.

«Podríamos ser aliados», les recrimino mentalmente completamente frustrada.

Valasca se coloca detrás de mí, me coge del brazo y me demuestra cómo tengo que coger el cuchillo. Yo sigo sus instrucciones y agarro la empuñadura con suavidad al tiempo que pego el dedo índice a la hoja del cuchillo.

La guerrera señala una de las runas de la empuñadura, tiene un diseño telescópico y un pequeño punto de lo que parece una parpadeante luz azul en el centro.

—Coloca el pulgar sobre la runa central. —Me mira con complicidad—. Es fuego elemental.

—¿Estás segura de que no voy a explotar? —le pregunto con amargura.

Valasca se ríe.

—El cuchillo no tirará de tu poder. Solo amplificarás las runas que coincidan con tu afinidad. Si fueras una fae de agua, amplificarías de forma natural las runas que contuviesen poder de agua.

—Marcaré el objetivo —se ofrece Chi Nam señalando el tronco del baobab con su bastón rúnico, de donde emana una luz azul en dirección al árbol. En el tronco aparece un círculo azul que contiene otro círculo azul más pequeño.

—Mírame con atención —me pide Valasca—. Te enseñaré cómo se hace.

En cuanto Chi Nam se aparta, Valasca desenvaina un cuchillo muy parecido al que me ha dado, coloca el pulgar sobre la runa, echa el brazo hacia atrás y lanza el cuchillo a toda velocidad.

Este sale disparado hacia delante y se clava muy cerca del centro del objetivo emitiendo un golpe sordo, de donde brota una pequeña explosión de fuego azul que parece una estrella fugaz.

Valasca me sonríe y después alarga el brazo en dirección al objetivo a modo de elegante invitación.

Yo doy un paso adelante y agarro el cuchillo con fuerza mientras miro el objetivo como si fuera un adversario imponente.

—Adelante, gardneriana —me anima Valasca.

Yo echo el brazo hacia atrás y me preparo para disparar dudando que vaya a ser capaz de acercarme siquiera al árbol, y mucho menos al objetivo.

La varita blanca empieza a emitir un zumbido contra mi cintura. Del cuchillo brotan unas líneas verdes translúcidas y dibujan un arco en el aire en dirección al tronco del árbol, como si se extendiera un camino brillante entre el arma y el objetivo.

Desconcertada por la extraña visión y el repentino despertar de la varita, parpadeo y bajo el cuchillo.

Las brillantes luces verdes desaparecen.

—¿Habéis visto eso? —les pregunto asombrada.

—¿Ver el qué? —pregunta Valasca frunciendo el ceño.

—Las líneas —contesto advirtiendo que el zumbido de la varita también ha mermado. Señalo al árbol—. He visto unas líneas verdes. Y mi varita estaba zumbando contra mi cintura.

Chi Nam se endereza agarrando el bastón con más fuerza, y me clava los ojos.

—Pruébalo otra vez —me anima—. Pero esta vez lanza el cuchillo.

Echo la mano hacia atrás y la varita vuelve a emitir el mismo zumbido. Las brillantes líneas verdes recortan el cielo dibujando una trayectoria perfectamente visible y todo lo que la rodea se torna borroso. Proyecto el brazo hacia delante mientras las líneas se contraen y me asalta una sensación peculiar que me indica el momento exacto en el que debo soltar el cuchillo, justo cuando todo se vuelve borroso, salvo la trayectoria hasta el objetivo.

Suelto el cuchillo y el arma surca el aire siguiendo las líneas brillantes, gira dos veces sobre sí misma antes de clavarse en el tronco con un fuerte sonido seco: justo en el centro del objetivo que ha marcado Chi Nam.

De pronto se produce una explosión de llamas azules que engullen el tronco, y entonces vuelvo a verlo todo con claridad.

Me vuelvo asombrada hacia ellos.

Valasca silba y se gira hacia Lukas, que parece igual de asombrado y mira el árbol con la boca abierta.

—Bueno, esto lo cambia todo —canturrea Valasca riéndose y mirándome con aprobación—. Un tiro espectacular.

—Ha sido la varita —explico maravillada y un poco abrumada mientras el tronco del árbol chisporrotea en el interior de la bola de fuego azul—. Ha guiado el tiro.

—Dame la varita, Elloren —me dice Lukas tendiéndome la mano.

Desenvaino la varita y me quedo de piedra.

Su habitual brillo blanco ha sido sustituido por una luminiscencia verde, y su gélida empuñadura espiral ahora es cálida.

—Se ha puesto verde —exclamo asombrada notando cómo la energía de la varita palpita en mi mano.

Como si estuviera despertando de su letargo.

—Es como si estuviera despertando —le digo a Lukas casi sin aliento mientras se la

tiendo.

Él coge la varita y se aleja de nosotras hasta adentrarse a cierta distancia en la arena roja del desierto. Se detiene, alza la mano y después la baja señalando hacia la tormenta que flota en el horizonte.

Nada.

Lo intenta unas cuantas veces sin que ocurra nada, y el brillo verde de la varita adopta una tonalidad más oscura.

Lukas se da media vuelta y regresa con nosotras.

—Cuando la cojo yo parece volver a su letargo —le comenta a Chi Nam entregándome la varita, y yo la envaino de nuevo.

—Porque tú no eres el auténtico portador de la Zhilin —afirma Chi Nam antes de mirarme con asombro—. Dadle otro objetivo —les dice a Lukas y a Valasca sin quitarme los ojos de encima.

Lukas desenvaina los cuchillos rúnicos noi que lleva pegados a los brazos.

—Toma —dice entregándome dos de ellos.

Gesticula en dirección a otro baobab muerto que tiene en el tronco un agujero mientras con la otra mano me roza un poco la cintura.

—Apunta a ambos lados de ese agujero —dice—. A medio camino. Con los dos cuchillos al mismo tiempo. Sin poder rúnico.

Me coloco bien los cuchillos hasta que consigo empuñarlos como me ha enseñado Valasca, y Lukas se retira.

Me enderezo, miro el tronco del árbol con atención y echo ambos brazos hacia atrás mientras las líneas verdes vuelven a aparecer ante mí, esta vez formando dos trayectorias claras que brotan de los cuchillos en dirección a ambos lados del tronco, y todo lo que rodea las trayectorias idénticas se vuelve borroso. Aprieto los dientes echando los brazos hacia atrás y lanzo los cuchillos justo cuando las trayectorias verdes se contraen. Los cuchillos surcan las líneas hasta clavarse en los objetivos emitiendo un firme crac al mismo tiempo.

Me vuelvo asombrada y con el corazón acelerado, y Valasca suelta una retahíla de palabrotas en idioma noi, algunas tan subidas de tono que me sonrojo y todo.

Lukas se ríe y mira a Valasca con incredulidad.

—¿Te dejan decir esas cosas en territorio amaz?

La guerrera resopla y le mira de reojo.

—No estamos allí, ¿no?

—Bueno, esto nos abre algunas posibilidades muy interesantes —comenta Chi Nam sonriendo.

—Ya lo creo —concede Valasca con picardía—. Tiene una puntería excelente y la amplificación rúnica es perfecta. —Se vuelve hacia mí muy sonriente—. Por lo visto tenemos un nuevo plan, Elloren Grey, viendo que de momento no puedes ser la Bruja Negra.

La miro y parpadea asombrada con mis nuevas habilidades.

Ella me sonríe con más ganas.

—Te vamos a convertir en el equivalente a una guerrera amaz.

Durante el resto de la mañana, Valasca y Lukas me piden que vaya lanzando varias armas diferentes contra los troncos de baobab secos bajo la atenta mirada de Chi Nam, y todos mis lanzamientos terminan con idéntico resultado.

Puntería perfecta.

El brillo del sol calienta como un horno. Yo retrocedo y observo el cuchillo rúnico que acabo de lanzar. Se ha clavado en el centro del círculo que Valasca había dibujado a bastante distancia de donde yo me encontraba.

Y los resultados han sido los mismos incluso en las ocasiones en que le he dado la varita a Lukas.

Puntería perfecta. Una puntería que me da la varita blanca. Incluso aunque no esté en contacto con ella o no la esté sosteniendo.

Es como un obsequio de poder.

Me esfuerzo para acostumbrarme a mi repentina transformación.

Llevo toda la vida sintiéndome completamente desprovista de poder. Y había vuelto a sentirme así enseguida al descubrir mi completa falta de control sobre mi poder y cuando, después, los árboles me lo habían arrebatado. Pero ahora la varita me ha concedido un poder real. Es pequeño comparado con el poder de una Bruja Negra, pero es poder al fin y al cabo.

En mi interior despierta una embriagadora esperanza, y no la puedo contener.

Valasca lanza una peligrosa mirada a Lukas y a Chi Nam.

—Vamos a añadir hechicería rúnica a la mezcla.

Desenvaina la larga espada que lleva pegada al muslo. En uno de los laterales de la empuñadura hay infinidad de pequeñas runas amaz que giran sobre sí mismas, y en el otro lado veo un intrincado grabado de la diosa amaz en tonos perla, y está decorada con pequeñas piedras rojas. La guerrera me tiende el arma.

Rodeo la empuñadura con los dedos y pego el dedo a una de las runas. Al hacerlo las runas dejan de girar.

—Este es Ash'rion —me dice Valasca muy seria—. Es un cuchillo sagrado. Uno de los cuchillos rúnicos más poderosos que ha fabricado mi pueblo. Su poder elemental no tiene parangón.

Lukas la mira divertido.

—¿Y cómo lo has conseguido?

Ella le mira con cierto fastidio.

—Lo cogí prestado.

Él se ríe.

—Eres una hereje. Este es el cuchillo que utilizáis en las ceremonias religiosas, ¿verdad?

La guerrera se encoge de hombros con indiferencia.

Lukas alza una ceja.

—Cruzar importantes límites religiosos y entregar a la Bruja Negra un objeto religioso sagrado. Seguro que así las amaz se ponen de nuestra parte.

Chi Nam mira a Lukas con astucia.

—El futuro es de aquellos que son capaces de saltarse los rígidos límites preconcebidos.

Lukas le dedica una sonrisa feroz.

—Creo que el futuro será de aquellos que consigan vencer a Vogel y a sus criaturas oscuras.

Chi Nam asiente y se ríe al decirle algo a Lukas en un dialecto oscuro que mis runas no consiguen traducir y que le arranca una sonrisa cómplice a Lukas, quien asiente también a su vez.

—Pero siempre he sabido que eras un sacrílego —le dice Chi Nam empleando de nuevo la lengua común—. Por eso siempre me has caído bien, a pesar de lo que yo hubiera preferido.

—Te caigo bien porque casi puedo contigo —le espeta Lukas con otra sonrisa.

—Ten cuidado, chico —le responde la anciana sonriendo—. Esta batalla no la ganarán los presumidos.

—¿Cómo utilizo la espada? —pregunto agarrando la empuñadura mientras las runas vibran contra mi piel proyectando un zumbido estático.

—¿Se lo demostramos? —le pregunta Lukas a Valasca lanzándole una mirada desafiante al tiempo que desenvaina su propia espada rúnica.

—Pensaba que no lo dirías nunca —contesta la otra muy sonriente recuperando el Ash'rion. Le lanza a Lukas una mirada traviesa mientras se colocan el uno a escasos metros del otro—. Ahora estás en mi territorio, gardneriano. —La depredadora sonrisa

de Valasca se ensancha—. Esto será divertido. He imaginado este momento muchas veces. Es una pena que ahora estemos en el mismo bando.

Lukas le lanza una mirada de fingida advertencia mientras palpa la empuñadura de su espada y después echa el brazo hacia atrás con elegancia y se prepara para atacar.

—No me dejes lisiado de por vida.

Valasca niega con la cabeza como si lamentara la situación.

—Me encantaría que siguiéramos siendo enemigos mortales. —Adopta una postura de pelea—. Venga, cuervo. Adelante. Demuéstrame lo que sabes hacer.

Él sonríe y de pronto tengo la sensación de que sus líneas arden. Veloz como el rayo, ataca a Valasca con su espada y alrededor del arma aparece una ráfaga de fuego que se abalanza sobre la guerrera.

Ella levanta la espada a toda velocidad y en mi cabeza se proyecta la imagen de un espejo haciéndose añicos cuando la ráfaga de fuego impacta con la hoja de la espada de Valasca. Ella baja el arma deshaciéndose del fuego y esquiva el ataque de Lukas, cuyo fuego impacta contra un pequeño arbusto que queda envuelto en llamas azules.

—Gané —presume la guerrera con los ojos rebosantes de bélica alegría.

—Solo estoy calentando —se defiende el otro con una sonrisita, y de pronto puedo ver el fuego plateado que le recorre las líneas.

Sin previo aviso, Lukas desenvaina la varita y la agita en dirección a Valasca. De la punta de la varita brotan unos rayos blancos.

La guerrera desenvaina una segunda espada en un abrir y cerrar de ojos, y desliza los dedos por las runas empuñando ambas armas en forma de aspa. El rayo de Lukas impacta en el centro de la equis y rebota hacia él.

Entonces se apunta a sí mismo con la varita y crea un escudo dorado que le rodea el cuerpo. El rayo impacta en él y desaparece tras una lluvia de chispas.

—Enséñame a hacer eso —le dice a Valasca evidentemente impresionado mientras se desprende del escudo.

La guerrera lo mira con incredulidad.

—Las técnicas para desviar el poder de los magos son un secreto militar amaz.

Pero Lukas sigue impertérrito.

—Enséñame.

Valasca se ríe y le mira entornando los ojos.

—Hay algunas cosas que jamás compartiré contigo, gardneriano.

Él sonríe y le lanza una mirada sugerente.

—Hay muchas cosas que jamás compartirás conmigo, Valasca.

Siento una punzada de celos.

—¡Oye!

Los dos se vuelven hacia mí con sendas miradas de divertida incredulidad al presenciar mi reacción territorial. Me muerdo el labio, avergonzada por cómo he reaccionado a su tonteo, y me sonrojo.

Lukas me dedica una cálida mirada y me proyecta un hilillo de fuego invisible que me acaricia las líneas. Yo me estremezco al sentir el escalofrío que me provoca su fuego y le miro con vergüenza incapaz de reprimir una sonrisita al advertir su afecto.

Mi pareja.

Mis marcas de compromiso están ocultas por el glamour, pero de pronto ya no me parecen una jaula, incluso aunque esas señales me aten a él. Mi rubor se intensifica mientras el fuego de Lukas arde en mi interior y yo pienso en todas las formas en las que no me importa estar emparejada con él.

—Vosotros dos, dejad de flirtear —nos regaña Chi Nam, y después le hace gestos a Valasca—. Dale el Ash'rion a Elloren.

La guerrera sonríe y se acerca a mí para entregarme el arma, y yo enseguida noto la energía estática de las runas haciéndome cosquillas en la mano.

Miro a Chi Nam.

—¿Tú peleas igual que ellos? —le pregunto con mucha curiosidad por conocer sus habilidades.

Lukas y Valasca también se vuelven hacia ella como si fueran dos panteras observando a la cabecilla de la manada.

Chi Nam esboza una sonrisa de medio lado, como si mi comentario le hubiera hecho gracia. Mira a Lukas y a Valasca.

—Atacadme —les dice casi con cariño.

—Apártate, Elloren —dice Lukas mientras empuña una varita y una espada mirando a Chi Nam con respeto.

Yo me aparto mientras Valasca coge dos espadas. Ella y Lukas se agachan mientras Chi Nam desliza los dedos por su bastón rúnico.

Los otros dos intercambian una rápida mirada.

Apenas me da tiempo de percibir cómo Lukas proyecta su fuego a través de la varita y la espada, así como Valasca carga las espadas con su energía rúnica, y a continuación ambos atacan a Chi Nam con su magia, con tal intensidad que yo retrocedo viendo cómo su fuego estalla y se bifurca en el aire.

Su magia combinada impacta contra la hechicera, y se oye un ensordecedor crujido, tan fuerte que me duelen los oídos, y aparece un escudo alrededor de la hechicera, que por un momento queda atrapada bajo una red de caóticos rayos azules.

Entonces la anciana inclina el bastón y la red de rayos sale disparada hacia Lukas y Valasca; los tira de espaldas y los dos se quedan tendidos en el suelo como dos peces atrapados en una red. Los dos han perdido las armas, que han soltado al caer, y ahora ya no pueden alcanzarlas.

Chi Nam se vuelve hacia mí y se apoya tranquilamente en su bastón como si no hubiera gastado apenas energía, y me mira con astucia mientras pequeños haces de luz azul chisporrotean a su alrededor. Desliza los dedos lentamente por las runas de su bastón y las redes de energía que inmovilizaban a Lukas y a Valasca desaparecen.

Ellos se levantan, se sacuden la arena roja de la ropa y recuperan sus armas. Después inclinan la cabeza delante de ella en señal de evidente respeto.

Chi Nam se concentra en Valasca y hace un gesto hacia mí señalando con el dedo.

—Pon a prueba su poder elemental.

La guerrera vuelve a mi lado mientras yo sostengo la espada entre ambas viendo como las numerosas runas amaz de color escarlata brillan en su empuñadura.

—Bueno, Elloren —me dice—, puede que esta sea nuestra espada elemental más compleja. Todas estas runas corresponden con fuerzas elementales en una forma u otra: fuego, rayo, agua, hielo, etcétera, y todas han sido cargadas previamente utilizando hechizos. Puedes proyectar tu poder elemental con la espada colocando los dedos en unas runas específicas. —Le lanza una mirada escrutadora a Lukas—. Tienes que evaluar a tu oponente y tratar de adivinar con qué tipo de magia te va a atacar para poder elegir el elemento que te irá mejor para defenderte. Por ejemplo, el agua neutraliza el fuego.

—Eso no debería costarme mucho —le digo—. He percibido vuestra magia antes de que la emplearais. —Gesticulo hacia Lukas—. He sentido cómo se intensificaba su fuego antes de que atacara con la espada y también he sentido cómo se formaban sus rayos antes de que los proyectara con la varita. —Alzo el cuchillo Ash'rion—. Y he tenido una visión de alguna especie de hechicería de espejo antes de que la utilizaras para desviarlo.

Lukas se acerca a mí muy serio.

—¿Has percibido todo eso?

Asiento.

—De la misma forma que puedo percibir mi poder de afinidad en magos y fae.

Dirige su calculadora mirada hacia Valasca y Chi Nam, y las posibilidades brillan en sus ojos.

—Es mágicamente empática —le dice Chi Nam a Lukas—. Aunque es raro que sea tan fuerte. Hasta ahora solo había visto niveles bajos de empatía mágica en algunos magos y fae muy poderosos, y solo tenían la capacidad para percibir otras afinidades o hechizos

fae. Si puede percibir cómo se carga el poder de las runas, significa que Elloren debe de poseer poder de luz, aunque latente.

Valasca vuelve a silbar.

—Una superhabilidad para combatir.

Chi Nam esboza una astuta sonrisa y se vuelve hacia mí:

—¿Sabes qué significa eso, Elloren?

La cabeza me da vueltas.

—¿Que podría acabar siendo muy buena con las armas rúnicas?

Chi Nam se ríe a carcajadas enseñando todos sus dientes.

—Significa que, cuando controles todos los sistemas rúnicos y aprendas a colocar bien los dedos —hace un gesto en dirección a Lukas y a Valasca—, serás capaz de vencer a estos dos.

Lukas y Valasca me miran con un gozo letal.

—Vamos a necesitar todos los manuales de runas amaz y noi —les dice la anciana sin dejar de mirarme como si fuera una puerta que de pronto está abierta de par en par—. Enseñadle las combinaciones elementales. —Me mira—. Espero que seas tan hábil como este. —Señala a Lukas con el pulgar y le dedica una gran sonrisa—. Es una de las personas con más habilidad para manipular las runas con los dedos que he visto en mi vida.

—El piano —dice Lukas levantando la mano—. Tocar un instrumento tiene muchas aplicaciones en las artes marciales rúnicas. —Me mira y esboza media sonrisa—. Elloren también es muy hábil con los dedos, pues es una gran violinista. Es muy hábil con las manos.

El brillo sugerente que asoma a sus ojos me ruboriza de nuevo, pero también valoro mucho su aprobación.

—Esto no va a ir siempre de cerebrales ejercicios rúnicos —me advierte Valasca—. Vamos a entrenarte duro. Empezaremos hoy mismo con los sistemas rúnicos, pero te lo advierto: mañana por la mañana voy a empezar a tratarte como trataría a cualquier aprendiz militar amaz. Convertirse en guerrera no es solo aprender a dominar la magia y las armas. Tienes que ser mental y físicamente dura.

Observo la dura mirada de Valasca y recuerdo cómo me vine abajo cuando nos atacó el primer escorpión.

—Me parece bien —accedo animada por la idea de convertirme en una persona más dura y conseguir dominar parte de mi poder—. Entréname como una amaz.

A los ojos de la guerrera asoma un brillo feroz.

—No te va a gustar, gardneriana.

Me estremezco al percibir el desafío en sus palabras.

Y al comprender que probablemente tenga razón.

De pronto aparece una bandada de cuervos de color violeta que captan mi atención y miro por detrás de Valasca. Los pájaros se posan sobre las ramas del baobab muerto. Recogen las alas y se vuelven hacia nosotros en completo silencio.

Me asalta la inquietante sensación de que todos los pájaros me están mirando.

Y los árboles también.

## PARTE V

Decisión del Gran Mago

El Gran Mago proclama que se ha declarado la guerra entre el Reino Mágico de Gardneria y las tierras Noi. Se emplearán las fuerzas que sean necesarias para someter a los agresores noi y sus fuerzas vu trin a fin de proteger el Reino Mágico.

Mandato interno de la Guardia de Gardneria

Ordenado por el Gran Mago Marcus Vogel

Iniciar la búsqueda militar de Elloren Gardner, heredera del poder de Carnissa Gardner.

Mandato del cónclave noi

6’203’68

Declaración de guerra contra Gardneria y todos sus aliados por sus agresiones contra los pueblos del Reino de Oriente.

Se empleará todo el poder de las fuerzas vu trin para sofocar cualquier amenaza contra tierras Noi.

Mandato interno de las fuerzas militares vu trin

Ordenado por Vang Troi, comandante de las fuerzas vu trin

Orden de búsqueda y captura para Elloren Gardner, la próxima Bruja Negra.

# 1

# Zalyn’or

WYNTER EIRLLYN

***Mes seis***
***Ciudad de Cyme, capital de Amazakaran***

Wynter se envuelve con sus alas raídas, como si de una manta se tratara, mientras avanza por los pasillos de cortinas violetas del Auditorio de la Reina flanqueada por cuatro soldados amaz, dos delante y dos detrás.

Se prepara nerviosa para hacer acto de presencia en la cámara del consejo de la reina Alkaia, que la ha citado de forma inesperada. Tiene la cabeza hecha un lío y sus pensamientos se agitan como un barquito atrapado en una tormenta, pues no consigue encontrar el motivo por el que la reina amaz puede haberla citado de ese modo tan inesperado, precisamente la misma tarde que se ha declarado la guerra entre Noilaan y Gardneria.

Wynter percibe perfectamente la tensión desafiante que flota en el aire de Cyme desde que se ha declarado la guerra, y toda la guardia amaz se ha movilizado para hacer frente a las potenciales hostilidades que puedan surgir tanto con Gardneria como con los elfos alfsigr. Todas las soldados amaz y las aprendices que ha conocido hasta el momento han sido reclutadas por las bases militares que se asientan en los territorios amaz.

Amazakaran.

El último reducto. La única porción de tierra del Reino de Occidente que no ha sido anexionada por Gardneria o Alfsigroth.

Los territorios lupinos han caído.

Verpacia ha caído.

Celtania ha caído.

Y, ahora, dos poderosos ejércitos se ciernen sobre el umbral de Amazakaran, y el único aliado militar de las amaz ha desaparecido, pues las fuerzas vu trin de occidente han sido arrasadas por los gardnerianos en un solo día.

Wynter se estremece al recordar las aterradas preguntas que hacían los niños amaz en distintas lenguas.

«Mamá, ¿los gardnerianos y los alfsigr vendrán a hacernos daño?»

«Muth'li, ¿nos van a enviar a sus dragones? ¿Qué pasará si mandan a sus dragones?»

«Tita, si mamá Tith'lin se va a luchar contra los gardnerianos, ¿la matarán? Dile que se quede en casa. No quiero que la maten».

Y siempre las mismas respuestas, argumentadas de distintas formas y en diferentes idiomas, con los mismos tonos impostados y tranquilizadores…

«El escudo rúnico que protege nuestra tierra aguantará, cariño. Tienes que confiar en nuestra valiente reina y en nuestras valientes soldados.»

«Aquí estás a salvo, *toiya*. El escudo no dejará que entren los dragones.»

«No te pasará nada, amor mío. Nuestras valientes soldados nos protegerán. Y yo también.»

Pero los niños perciben la duda que subyace, y no consiguen apaciguar su miedo.

Porque la situación es una pesadilla que no deja de avanzar.

Las fuerzas militares de las amaz son impresionantes. Pero son muy inferiores en número comparadas con los ejércitos unidos de los gardnerianos y los alfsigroth. Y eso significa que lo único que se interpone entre las amaz y la absoluta aniquilación es el escudo rúnico en forma de cúpula que se extiende sobre los territorios amaz.

Mientras ella se debate inmersa en sus pensamientos y sigue avanzando por los pasillos, sus pájaros se arremolinan a su alrededor. Hay toda clase de pájaros, una ola aviar que parece desplazarse con Wynter allá donde va y la rodea con su asombroso espectáculo de color.

Oropéndolas con plumas amarillas brillantes como el fuego.

Golondrinas negras con la espalda salpicada de brillo azul.

Diminutos colibríes que proyectan una reluciente paleta de tonos esmeralda, zafiro y rubí.

Pinzones dorados, tan brillantes como el sol.

Y las rapaces… Ahora son tres búhos, incluso a la luz del día. Y gavilanes y halcones, depredador y presa pactando una cautelosa tregua para poder traer sus mensajes a Wynter, algunos con frenéticos canturreos, otros mediante duras imágenes. Pero todos con idéntico contexto aterrador…

«Advertencia. Advertencia. Advertencia.»

«¡Bosques en llamas! ¡Elementos corrompidos! ¡El sacerdote con una varita de sombras retorcidas!»

Ahora siempre está ahí, el miedo de que el mundo natural haya empezado a

desmoronarse.

Y en el centro de todo… la temida portadora del fuego. La asesina de bosques.

La Bruja Negra.

Wynter ha intentado tranquilizar a los pájaros respecto a su amiga Elloren Gardner, pero siempre han recibido sus palabras con una explosión de pánico.

«¡Bruja Negra! ¡Bruja Negra! ¡Bruja Negra!»

«¡Destruye los árboles! ¡Lo destruye todo!»

Las soldados que van delante de Wynter reducen el paso y ella aminora la marcha ante las cortinas que hay a la entrada de las estancias del consejo, y los pájaros que acompañan a Wynter se posan sobre las vigas de olmo que hay en lo alto, donde se pueden admirar los grabados de la serpentina silueta de la diosa.

Al otro lado de la cortina de serpientes que se extiende ante Wynter se oye una conversación sofocada.

Una de las soldados que aguarda ante ella se vuelve y le clava los ojos como diciendo: «¿Estás lista?».

Wynter se prepara y asiente, a pesar de tener la sensación de que el corazón le va a salir por la boca.

La soldado alarga su recia mano azul y retira la cortina.

Wynter se queda de piedra. En el centro de la estancia rodeada de tapices carmesíes y ante la reina Alkaia y el resto del consejo hay una elfa alfsigr. La joven elfa viste ropas celtas de color rojo, tiene el pelo corto, blanco como el alabastro, y sus desnudas orejas asoman por entre su pelo revuelto.

La elfa se vuelve para mirarla por encima del hombro, y observa a Wynter con sus intensos ojos plateados.

Entonces es cuando la reconoce.

Sylmire Talonir. Una de las pocas alfsigr que fue lo bastante valiente como para ser abiertamente amable con Wynter cuando estuvo en Alfsigroth. Hija de nobles y prima de la rebelde hechicera rúnica Rivyr'el Talonir.

Ahora debe de tener unos trece años. Es más alta que la última vez que la vio, ya es más mujer que niña. Pero es evidente que sigue siendo la misma Sylmire, tan salvaje como siempre, de lo contrario no estaría en medio de aquella estancia rodeada de tapices carmesíes delante de la reina Alkaia y su consejo de ancianas.

Las ancianas del consejo están sentadas en semicírculo delante de Sylmire. La impresionante guardia de la reina también está presente, y aguardan con actitud marcial detrás del consejo, con las armas preparadas, y con sus rostros amaz adornados con tatuajes rúnicos. La mejor guerrera de la reina, Alcippe Feyir, está justo detrás de Alkaia,

con el rostro rosa casi lleno de tatuajes rúnicos, la melena rosada recogida con numerosos moños, y una gran cicatriz que le baja por el cuello.

Wynter vacila en el umbral mientras sus pájaros se cuelan en la estancia y se posan sobre las vigas en forma de estrella de las que cuelgan los tapices que cubren tanto el techo como las paredes. Tras la reina Alkaia se alza una imagen gigantesca de la gran diosa que se recorta contra la tela escarlata, y rodeando a la diosa se ve una bandada de pájaros que vuelan hacia el techo y se confunden con la inquieta bandada de Wynter.

—Wynter Eirllyn —la saluda Sylmire clavándole sus ojos plateados mientras Wynter avanza por la alfombra en dirección a la joven con su esbelta y encorvada figura envuelta con las alas.

El tono irónico y la orgullosa pose de Sylmire son tal como recordaba Wynter, pero esta chica está estresada. Mucho. Wynter lo percibe en la mirada angustiada que asoma entre sus pestañas blancas, por la forma en que aprieta sus pálidos labios.

Y en lo nerviosos que pone a los pájaros.

Wynter lanza una mirada inquisitiva a Alkaia, a continuación se pone de rodillas y se inclina ante la reina hasta pegar la frente en la alfombra.

—Puedes levantarte, Wynter Eirllyn —le ordena la reina con amabilidad y firmeza.

Wynter se endereza, pero se queda de rodillas.

Sylmire sigue de pie y aguarda con un puño apoyado en la cadera.

«¿Cómo ha llegado hasta aquí?», se pregunta Wynter todavía asombrada por su presencia. Sylmire está a punto de llegar al Elian'thir, la ceremonia con la que los alfsigr celebran la mayoría de edad de sus jóvenes. Un tiempo en que estará rodeada de familiares y sacerdotisas, el peor momento del mundo para marcharse de Alfsigroth y viajar a tierras amaz.

—Debes arrodillarte ante la reina antes de hacer tu petición —comenta Alcippe con su voz grave y sonora clavándole los ojos rosa cuarzo a Sylmire; cada una de sus palabras es una orden que más vale obedecer.

Sylmire mira a la gigantesca guerrera, que va armada con un hacha.

—No pienso hacer eso —espeta sin miedo. Frunce los labios con actitud desafiante—. Yo no me arrastro ante nadie.

—Deja que se quede en pie —ordena la reina Alkaia con serenidad sin apartar su astuta mirada esmeralda de la muchacha—. A veces la verdad requiere duras palabras. E incluso acciones más duras. Ha hecho un viaje muy largo. Un viaje que imagino arriesgado. —Alza la palma de la mano—. Habla, niña.

—Vengo a pedirle su protección —anuncia Sylmire con cierto tono desafiante.

—¿De quién? —pregunta la reina Alkaia muy tranquila.

—De los elfos alfsigr. —De pronto Sylmire parece perder el valor. Le tiembla el labio incluso a pesar de lo tensa que se ha puesto, como si se estuviera preparando para pelear —. Vienen a por mí. Y si me encuentran me matarán.

Las ancianas de consejo murmuran mirando a la joven con recelo. Wynter ve la seria mirada de la otra elfa alfsigr que hay en la estancia, aparte de ella y de la joven Sylmire.

Ysilldir Illyrindor.

La alta y esbelta guerrera de la guardia de la reina que aguarda junto a Alcippe.

Ysilldir lleva la melena llena de trenzas y las líneas negras de sus tatuajes rúnicos amaz destacan sobre el alabastro de la piel de su cara, el cuello y las manos. Lleva un arco y un carcaj colgados a la espalda.

—¿Y por qué querrían matarte los alfsigr, niña? —pregunta la reina Alkaia.

Sylmire se mete la mano en la túnica y saca un brillante collar de plata. Lo coge de la cadena y lo alza para que la reina pueda verlo, y su reluciente colgante rúnico refleja la luz de los candiles al balancearse.

—Me escapé de Alfsigroth antes de cumplir los trece años —explica Sylmire—. Justo antes de mi Elian'thir. Para evitar que me obligaran a llevar esto.

—Es un Zalyn'or, ¿verdad? —dice la reina asintiendo para sí—. Conozco bien ese collar. Os dan uno a todos los alfsigr cuando alcanzáis la mayoría de edad. Forma parte de vuestro ritual religioso, ¿verdad?

La reina se vuelve hacia Ysilldir para que se lo confirme.

—Sí, mi reina —contesta la guerrera con un acento muy elegante idéntico al de Wynter, una inflexión propia de los alfsigr, inconfundible a pesar de llevar allí cinco de sus veintiún años. Ysilldir mira a Sylmire y frunce el ceño blanco con actitud inquisitiva —. Todos recibimos el collar cuando cumplimos los doce años. Y lo integran en nuestra piel para siempre utilizando poder rúnico.

Ysilldir se baja el cuello de la túnica dejando al descubierto la parte superior de su pecho. Sobre su piel blanca se ve el tatuaje de un collar con su colgante, todo decorado con numerosas runas alfsigr.

Wynter siente un hormigueo en la piel al pensar en la huella de su Zalyn'or, oculta bajo la tela de la túnica.

—Es el hechicero rúnico del consejo real alfsigr quien nos tatúa el Zalyn'or —sigue explicando Ysilldir—. El collar nos imprime el conocimiento de nuestra religión y nuestras tradiciones.

A Wynter no le pasa por alto el desdén en el tono de Ysilldir, y sabe muy bien de dónde procede.

Ha paseado en más de una ocasión con Ysilldir durante sus patrullas por Cyme, y su

amiga le ha explicado los motivos por los que había escapado de Alfsigroth. Le confesó que cuando empezó a intuir la opresión de los elfos smaragdalfar comenzó a replantearse su deseo de ser una hija dócil y de complacer a su familia y a su pueblo. Con el tiempo, Ysilldir empezó a darse cuenta de que los pocos elfos que cuestionaban alguno de los edictos de la monarquía alfsigr o de sus sacerdotisas, o bien desaparecían o eran desterrados a las minas, donde eran recluidos con los elfos smaragdalfar.

Y entonces, un día, Ysilldir escuchó cómo sus padres hablaban sobre la intención que tenían de casarla con alguien que había elegido el círculo de sacerdotisas alfsigr. Un hombre serio y muy rígido veinte años mayor que ella.

Huyó a tierras amaz ese mismo día, apenas incapaz de soportar el deseo abrumador de regresar, un impulso tan fuerte que por poco acaba con su deseo de escapar.

—El Zalyn'or no es solo una forma de impartir conocimiento acerca de las costumbres de los alfsigr —la interrumpe Sylmire casi con un rugido—. Está infectado con poder primordial. Un poder oscuro. Y controla la mente de las personas.

Se oye un susurro de incómodos murmullos.

La reina Alkaia espera pacientemente a que se acalle mientras mira fijamente a la muchacha.

—¿Cómo es posible? —pregunta—. Ante ti hay dos de tus hermanas alfsigr, y ambas tienen el Zalyn'or grabado en la piel. Pero las dos controlan sus pensamientos.

—No del todo. —Sylmire mira a Wynter y a Ysilldir—. No son lo que parecen ser. Ni siquiera son lo que ellas piensan que son.

La reina Alkaia se pone seria.

—¿A qué te refieres, niña?

Sylmire agarra el collar con fuerza y lo levanta un poco más.

—Este collar no solo sirve para impartir conocimiento acerca de la religión y la cultura alfsigr. Nos obliga a creer en la supremacía de esas cosas. Y reprime los impulsos rebeldes y también el deseo físico. —Sylmire esboza una mueca de repugnancia mientras mira el collar como si fuera una serpiente peligrosa—. Convierte a quienquiera que lo lleve en un eunuco obediente del estado alfsigr.

De pronto es como si en la estancia hubiera detonado una runa de fuego, pues todas las ancianas del consejo se ponen a hablar a la vez.

La reina Alkaia levanta la mano y espera a que todo el mundo se calle sin dejar de mirar a Sylmire.

—Tanto Wynter Eirllyn como Ysilldir Illyrindor han escapado de alfsigroth y son contrarias a la mayoría de las costumbres de los Alfsigr —señala la reina—. ¿Cómo podrían disentir si ese collar ejerce sobre ellas el control que dices que tiene?

—Solo las personas más rebeldes poseen mentes que consiguen sobrevivir parcialmente. —Sylmire se vuelve hacia Ysilldir y después hacia Wynter, y las mira con preocupación—. Sois fantasmas de vuestro verdadero yo. Prisioneras de las runas sombrías.

Wynter se queda de piedra.

No. No puede ser verdad.

La única prisión en la que Wynter cree estar encerrada es su destino como ser demoníaco: una bestia ícara deargdul.

En los jóvenes ojos de Sylmire arde un fuego plateado.

—Estas dos chicas deben de ser algunas de las personas con mayor voluntad de todas las tierras alfsigr. Es lo único que explica que su libre albedrío haya superado la imposición del Zalyn'or.

La sala vuelve a llenarse de murmullos.

Sylmire vuelve a mirar a Wynter.

—Tu hermano Cael y su segundo, Rhys…, ellos también son rebeldes. De lo contrario, jamás habrían podido luchar contra la atracción del Zalyn'or. Es el único motivo por el que fueron capaces de romper con Alfsigroth y apoyarte como lo hicieron, incluso a pesar de que los alfsigr quieran acabar con todos los ícaros. —Sylmire guarda silencio un momento y su discurso se torna vacilante; frunce sus pálidas cejas con preocupación—. Wynter…, Cael y Rhys fueron repudiados por el consejo real alfsigr poco después de que regresaran a Alfsigroth. Justo antes de que yo me escapara. Los pusieron bajo custodia militar. —Traga saliva—. Lo más probable es que los destierren a las minas por haber ayudado a un ícaro a escapar.

Wynter jadea. La noticia es como un golpe directo al corazón. Su amado hermano Cael, su protector y apoyo inquebrantable. Y el bondadoso y amable Rhys, tan inteligente, su fiel amigo de la infancia.

Ambos son miembros de las clases superiores de los alfsigr.

Siente un miedo atroz al pensar que los podrían desterrar a las minas, donde correrían el riesgo de acabar asesinados a manos de los smaragdalfar, como venganza por la terrible crueldad con la que los alfsigr han tratado a los elfos smaragdalfar de las minas.

Wynter se queda inmóvil por un momento. Apenas puede respirar siquiera mientras se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo que dice esta chica sobre el Zalyn'or no puede ser cierto, mi reina —interviene Ysilldir. Lanza una mirada protectora a Wynter antes de volverse hacia Sylmire—. Yo soy

una guerrera amaz —afirma levantando su estilizada barbilla blanca—. Lo dejé todo atrás para venir aquí. Incluso a pesar de llevar la marca del Zalyn'or.

—Porque tu mente libre es fuerte como el acero —insiste Sylmire sin ceder ni un ápice —. Es tan fuerte que una parte de ella ha resistido al control.

Ysilldir ignora sus palabras y mira a la reina.

—Mi reina, no veo ninguna verdad en…

—¿Te cuesta olvidar a los iluminados? —le inquiere con aspereza Sylmire.

Ysilldir se queda de piedra mientras los versos del libro sagrado de los alfsigr brotan en la mente de Wynter y la sumen en la rancia certidumbre de su naturaleza pecaminosa, una bestia alada. Desterrada para siempre por los iluminados.

Un ícaro maldito.

Esa conocida e incontenible necesidad brota…

«Expiar, expiar, expiar.»

—¿El temor a ser desterrada de la única fe verdadera te produce pesadillas? —insiste Sylmire presionando a Ysilldir, y Wynter siente la verdad de las palabras de Sylmire en sus huesos, pues sus sueños están poblados de pesadillas en las que es desterrada de la luz de los iluminados y cae al abismo bajo la superficie del mundo.

«Expiar, expiar, expiar.»

Ysilldir le clava sus ojos plateados a Sylmire con una expresión dura, como si la joven alfsigr pudiera ver el alma de Ysilldir.

—Y el Zalyn'or no solo controla sus creencias religiosas —le explica a la reina Alkaia—. También elimina los impulsos románticos. —Vuelve a mirar a Ysilldir—. ¿Nunca te preguntas por qué no sientes ningún deseo por nadie?

—Hay muchas personas que no sienten deseo —contesta Ysilldir claramente alterada —. Es normal para algunos…

—No para todo un país —la interrumpe Sylmire. Se vuelve hacia Wynter—. ¿Alguna vez has visto que tu hermano Cael se sienta atraído por alguien? ¿O a Rhys?

—Hay muchísimos alfsigr —le rebate la reina Alkaia con cierta impaciencia—. Es evidente que sienten deseo.

—Solo cuando el consejo real alfsigr y las sacerdotisas lo permiten —explica Sylmire—. El mago rúnico del consejo retira una parte del poder del Zalyn'or cuando le conceden a una pareja el derecho para concebir un hijo. Y retiran el poder rúnico del Zalyn'or solo por un día.

Wynter piensa en aquello a pesar de la preocupación que siente por Cael y Rhys. Y el reflexivo deseo que tiene de negar todo lo que está diciendo Sylmire.

«Control mental.»

La ícara endereza sus frágiles hombros y se obliga a afrontar todo aquello, incluso aunque haya una emoción en su interior que se rebela contra aquellas ideas subversivas.

Sí, es cierto que ni Cael, ni Rhys, ni Ysilldir ni ella han sentido nunca la chispa propia del deseo romántico por la que se sienten atraídas casi todas las personas no alfsigr que la rodean. Wynter siempre había dado por hecho que los alfsigr eran distintos en ese sentido. Que eran más refinados y que estaban desprovistos de esos sentimientos tan turbulentos.

Pero ¿y si se debe a que han reprimido una gran parte de sus pensamientos y deseos?

Wynter se lleva la mano a la marca del Zalyn'or que tiene en el pecho, justo por debajo de la tela de su túnica amaz de color púrpura. Un color púrpura que le cuesta mucho vestir, pues todas las prendas que no son alfsigr le parecen impías.

—Hace un año obligaron a mi hermana a ponerse uno de estos collares —le explica Sylmire a la reina Alkaia; le tiemblan los labios de la rabia—. Y cambió. Ahora no es ni la sombra de lo que era. Es como si la hubieran encadenado por dentro. Llevo un año intentando salvarla, colándome en el consejo real alfsigr y en las casas de los gremios. He rebuscado en sus archivos secretos. Y he descubierto cosas.

—¿Qué cosas? —inquiere la reina.

—Las sacerdotisas alfsigr se apropiaron de runas deargdul'thil durante las guerras élficas, cuando las naciones de Erthia se erigieron contra el poder de los demonios deargdul'thil y su Aguja Negra. Las sacerdotisas sabían que se trataba de magia negra, pero pensaron que ellas, como portadoras de la única fe verdadera, tenían el poder de blandirla para hacer el bien. —Sylmire aprieta los labios—. La utilizaron para crear el Zalyn'or y obligar así a nuestras gentes a rendir obediencia a nuestra fe, nuestra cultura y a la jerarquía de nuestro consejo. Y así es como nos hemos fortalecido y como hemos podido encarcelar a los elfos smaragdalfar sin mucha disconformidad, además de aprovecharnos de su trabajo, con el que nos hemos enriquecido.

—Pero ahora el consejo real alfsigr y las sacerdotisas están preocupadas. Se dice que Marcus Vogel se ha hecho con la herramienta oscura primordial que se empleó durante las guerras élficas y que la está blandiendo en forma de varita negra, lo que le permitiría crear sus propios hechizos Zalyn'or. —Sylmire va mirando a todas y cada una de integrantes del consejo—. Le permitiría controlar las mentes de todas aquellas personas que llevaran la marca del collar Zalyn'or. Y llegar a imponer la supremacía gardneriana en todo el reino y dominar dos ejércitos.

Se hace un tenso silencio.

Wynter mira a Ysilldir, que tiene la misma preocupación en los ojos, y se da cuenta horrorizada de que lo que Sylmire les está explicando es verdad. Y que tanto ella como

Ysilldir podrían acabar siendo esclavas del Zalyn'or y no ser más que las sombras de sí mismas.

Con la mente controlada.

—Hemos intentado despegar el Zalyn'or de la piel de Ysilldir para estudiar sus runas —comenta la reina Alkaia con recelo, como si las ramificaciones de todo aquello se estuvieran ordenando en su mente—. Pero ni todas nuestras hechiceras rúnicas unidas han sido capaces de quitarle el tatuaje rúnico.

Sylmire aguanta la mirada de la reina sin un parpadeo.

—Solo un hechicero o hechicera rúnica alfsigr puede eliminar el tatuaje. Está dispuesto en el hechizo. Y solo hay dos hechiceros en tierras alfsigr.

La reina Alkaia esboza una triste sonrisa.

—Entonces ¿estás sugiriendo que solicitemos la ayuda de la hechicera rúnica del consejo real alfsigr para este asunto?

—No —contesta Sylmire con sequedad—. Sugiero pedirle ayuda a mi primo, Rivyr'el Talonir. El otro hechicero rúnico. Él podría ser el único que pueda salvar a quienes llevan la marca del Zalyn'or.

La estancia se llena de exclamaciones de indignación.

La reina Alkaia se encierra en sí misma.

—Es un varón.

Los ojos de Sylmire se encienden.

—¡Se ha quitado su propio Zalyn'or y se ha rebelado contra los alfsigr! ¡Se ha marchado a oriente para aliarse con los wyvernguard noi! ¡Él puede destruir esas runas! ¡Tiene que destruirlas!

La reina Alkaia se pone tensa y entorna sus ojos verdes.

—Es un varón. Y, por tanto, una abominación. No podemos luchar contra una abominación empleando otra abominación. Perderíamos los favores de la diosa. Tenemos que encontrar otro modo. —Vuelve a guardar silencio mientras observa a la frustrada Sylmire—. Sylmire Talonir —anuncia la reina al fin—, es de extrema importancia que descubramos si lo que dices es cierto, más allá de cualquier duda razonable.

Sylmire le sostiene la mirada a la reina mientras aprieta los dientes con terquedad.

—La prueba está ante usted y a su lado. —Mira a Ysilldir—. Ysilldir Illyrindor, ¿te cuesta negarte a la idea de que todo lo que no es alfsigr es corrupto, impuro y maligno?

Ysilldir se estremece bajo la atenta mirada de todas las presentes. Es evidente que a la guerrera le cuesta admitir sus pensamientos opresivos.

—Yo… siempre había supuesto que me llevaría un tiempo —tartamudea— olvidar las

mentiras que me habían enseñado en Alfsigroth.

Sylmire mira a Wynter y una dolida compasión suaviza su dura mirada.

—Wynter Eirllyn, ¿te ves como el más espantoso de los demonios incluso a pesar de que no te he visto actuar con desconsideración ni una sola vez?

En el interior de Wynter se desata una tormenta emocional que amenaza con asfixiarla.

—¿Te sientes culpable de existir? —la presiona Sylmire—. ¿Te repugnan tus alas solo porque el *Ealaiontorian* te dice que debes sentirte así?

—Para, por favor, te lo suplico —le ruega Wynter haciéndose un ovillo.

Se echa a llorar devastada y los pájaros vuelan hacia ella formando un escandaloso torbellino a su alrededor que la ícara apenas puede oír a causa de su tormenta de emociones, mientras los versos del libro sagrado resuenan en su cabeza:

«Los iluminados vendrán a por los malignos seres alados y limpiarán la tierra de sus actos depravados y sus pecados».

—¿Nunca te preguntas por qué no puedes volar? —prosigue Sylmire claramente indignada en nombre de Wynter—. ¿Por qué no tienes fuego? —Se le encienden los ojos —. ¡Es porque te hicieron creer sus mentiras sobre ti y te robaron el fuego!

—¡Yo no quiero volar! —aúlla Wynter presa de una abrumadora angustia por sus grotescas alas. Deseando ser lo que jamás podrá ser: una alfsigr pura y sin alas, sin tener que cargar esa vergüenza en su espalda. Deseando que alguien coja un cuchillo y se las corte.

«Gran ser iluminado, perdóname por mi gran pecado.»

«Gran ser iluminado, perdóname por mi gran pecado.»

«Gran ser iluminado, perdóname por haber nacido con esta forma de ícaro monstruoso.»

—¡Estoy maldita! —grita Wynter llorando sin parar—. ¡Soy un ser maldito! ¡Ojalá no hubiera nacido!

—¡Ya basta! —ordena la reina Alkaia acallando todas las voces de la estancia.

Un halcón de cola roja, un pequeño búho pigmeo y varios estorninos descienden hasta posarse en los hombros de Wynter, en su regazo, en los contornos de sus alas, y la inundan con su salvaje cariño.

Wynter mira a Sylmire abrumada por la adoración colectiva de los pájaros. La joven elfa la mira también, pero en sus ojos ya no hay rabia, sino tristeza, y también se le han saltado las lágrimas.

—Mira a tu alrededor —le dice Sylmire a Wynter con la voz ronca por la emoción—. Podrías tener un ejército de halcones dispuestos a seguir tus órdenes. Todos los seres

alados de ambos reinos dispuestos a unirse a ti en la batalla contra Marcus Vogel.

Antes de que Wynter pueda responder, se agitan las cortinas que hay en uno de los laterales del estrado del consejo, seguida de un revuelo de telas que da paso a una niña ícara, que entra corriendo en la estancia agitando sus alas negras. La pequeña Pyrgomanche, de cuatro años, corre emocionada hacia Alcippe, y los pájaros se agitan excitados provocando una contagiosa ola de alegría aviar que se apodera de la estancia.

—¡Muth'li Alcippe! —entona Pyrgo contenta cuando Alcippe la coge con sus fuertes brazos y una aglomeración de colibríes rodea a la niña como si de una brillante constelación se tratara.

Wynter observa las espantosas cicatrices, ya casi curadas, que oscurecen los tatuajes rúnicos del rostro y el cuello sonrosado de Alcippe. También tiene algunas cicatrices en el brazo, pues la pequeña Pyrgomanche suele tener pesadillas debido a las traumáticas experiencias vividas. Y cuando la asaltan esos terribles sueños, la pequeña estalla en llamas, no solo por las pesadillas, también por los ataques de rabia que tiene por haber perdido a su madre gardneriana y haber sido encerrada en la cárcel de la que la liberaron Yvan y Elloren. Wynter y las fae de fuego han ayudado a Alcippe a cuidar de la niña en más de una ocasión, pues ellas son inmunes al fuego, mientras que la guerrera no lo es. Y las hechiceras rúnicas amaz han trabajado para marcar la piel de Alcippe con runas que puedan concederle cierta inmunidad al fuego y acelerar la curación de las quemaduras.

Pero no importa el número de veces que Pyrgo queme a Alcippe, la gigantesca guerrera jamás pierde las ganas de criar a esa niña a la que tanto cariño le ha cogido.

Una muchacha adolescente elfhollen-amaz entra corriendo tras Pyrgomanche y se para un momento para hacerle una reverencia a la reina.

—Lo siento, reina madre. Se me ha escapado la niña.

La reina Alkaia alza la mano confundida mientras los pájaros vuelan por la estancia y se posan sobre las vigas justo encima de la niña y sobre Wynter.

—A veces la diosa no actúa según las convenciones —le dice la reina a la chica con una sonrisa benévola en los labios—. A veces nos habla a través de una niña.

El ajetreo de los pájaros se acalla y un colibrí de color verde esmeralda se posa sobre el hombro de Pyrgomanche mientras la niña le sonríe a la reina y se abraza con fuerza a Alcippe.

—Ven conmigo, niña —le dice la reina a Pyrgo tendiéndole sus sabias manos.

Pyrgo agita las alas con excitación y sonríe contenta mientras deja que las mujeres se la vayan pasando hasta llegar a los brazos de la reina Alkaia, que la estrecha con cariño.

Al poco, la reina se retira un poco y la mira con atención.

—Dime, Pyrgomanche —le pregunta sonriendo—. ¿La diosa quiere que contengas tu fuego?

—¡No! —grita Pyrgo contestando la pregunta que tantas veces le han hecho, algo que se suele inquirir a todas las niñas amaz. Pyrgo mira a Alcippe un tanto dudosa, como si se avergonzara de haber contestado tan fuerte.

La reina Alkaia sonríe con más ganas.

—Y dime, niña, ¿la diosa quiere que bajes la voz?

Pyrgo sonríe.

—¡No! —grita.

—¿O que ocultes tu poder?

—¡No!

—¿O que creas mentiras sobre ti misma?

—¡No!

Esa última negación viene acompañada de un rugido.

La reina Alkaia asiente satisfecha.

—Y dime, Pyrgomanche, ¿la diosa quiere que ocultes tus alas?

—¡No! —aúlla la niña con más fuerza que una tormenta, con aspecto de estar a punto de envolverse en una bola de fuego, mientras Wynter cada vez siente más dolor y mayor conflicto.

Por un momento, la reina Alkaia y Pyrgomanche guardan silencio y se miran a los ojos.

—¿Quién eres, niña? —le pregunta la reina poniéndose seria.

—¡Soy la amada guerrera de la diosa! —entona Pyrgo.

La reina asiente con solemnidad.

—¿Y quién te quiere a ti, Pyrgomanche Feyir?

—¡El pueblo libre de Amazakaran!

La reina esboza una sonrisa triunfal mientras anima a la niña a caminar hacia delante.

—Haznos una demostración, Pyrgomanche Feyir, amada hija de Amazakaran, enséñanos tus alas.

Pyrgo se levanta de un salto del regazo de la reina y da unos pasos adelante mirando a la reina en busca de aprobación. Alkaia asiente para animarla. El orgullo ilumina el inocente rostro de Pyrgo, que extiende las alas, brillantes como el ópalo, y en sus ojos brilla una llama dorada, mientras un pequeño halcón se le posa en el hombro.

Todas las integrantes del consejo se ponen en pie y vitorean a la niña, y todas las soldados que aguardan en la estancia saludan a Pyrgomanche llevándose el puño al

pecho. A Alcippe se le llenan los ojos de lágrimas y apoya una orgullosa mano sobre la cabeza de la niña, quien levanta la vista para mirarla con absoluta devoción.

Algo se remueve en el interior de la devastada mente de Wynter, algo pequeño y encadenado que está intentando quitarse los grilletes.

—¿Quiénes son los ícaros, Pyrgomanche Feyir? —pregunta la reina Alkaia por encima de las continuas bendiciones de las ancianas.

—¡Dragones! —contesta emocionada Pyrgo agitando las alas—. ¡Las amadas creaciones de la diosa!

La reina Alkaia mira a Wynter y sostiene su mirada vacilante, incluso a pesar de que la joven sigue atrapada en una despiadada agonía.

—Este es tu futuro, Wynter Eirllyn —insiste la reina con vehemencia mirando a la niña—. Esta es tu verdad. No ese veneno que te inocularon los alfsigr. No son esas mentiras que ese Zalyn'or vierte en tu alma.

La reina mira entonces al grupo de mujeres tatuadas que están reunidas en el consejo.

—Círculo de hechiceras —las llama.

La estancia se queda en silencio mientras todas las mujeres se ponen en pie, todas con sus respectivas agujas rúnicas envainadas en sus cinturones.

—Sí, reina madre —contesta la más anciana de todas ellas; tiene la piel de un azul muy oscuro, y el cabello blanco como la sal. Y lleva las orejas decoradas con brillantes runas amaz de color escarlata.

—Pon a trabajar a todo el círculo con el objetivo de traspasar el poder del Zalyn'or —ordena Alkaia. A continuación dirige sus ojos verdes sobre Sylmire—. Sylmire Talonir, te garantizo la amnistía en las tierras amaz. Colaborarás con el círculo y les explicarás todo lo que sabes. —La reina adopta una expresión más seria—. Ha llegado la hora de liberar a Wynter Eirllyn e Ysilldir Illyrindor, y reunir las fuerzas necesarias para liberar a todas las mujeres de las tierras elfas.

La pequeña chispa de esperanza de Wynter se apaga incluso a pesar de los vítores de apoyo que se oyen por toda la estancia a favor de la declaración de la reina.

Apenas oye nada por encima del agónico rugido que se ha apoderado de ella.

Si el Zalyn'or la tiene prisionera, ella quiere liberarse. Y también quiere que sean libres el resto de las mujeres de Alfsigroth.

Pero lo que más desea es liberar a Cael y a Rhys.

Y ellos son varones.

Wynter nota la humedad fría de las lágrimas resbalando por sus mejillas mientras aguarda, sentada junto a Ysilldir, en una amplia roca con vistas a la ciudad de Cyme. Está anocheciendo. Tienen un denso bosque a la espalda y ante ellas hay un extenso prado, al final del cual se erige la ciudad, que se extiende por toda la cuenca del valle.

Da la impresión de que todos los búhos del bosque hayan salido en busca de Wynter aquella tarde. Tiene un pequeño búho con pálidos ojos dorados y las plumas de tonos caramelo posado en el hombro, y hay muchos más en los árboles que la rodean.

La insistente aura de advertencia flota sobre el silencio que comparten Wynter e Ysilldir. Además de la imagen que proyectan, una sombra retorcida y antinatural.

Asolada por el presentimiento de los pájaros y la punzante preocupación que siente por Cael y Rhys, Wynter se vuelve para observar las tensas líneas del rostro de Ysilldir mientras la guerrera élfica contempla la ciudad; su amiga no tiene la espalda contaminada por esas alas.

Con demasiada conciencia de la presencia de sus malditas alas, Wynter las pliega con fuerza, hasta hacerse daño, como si quisiera castigarse. Como si quisiera provocarles dolor como penitencia por haber nacido ícara.

«Vergüenza. Vergüenza. Vergüenza.»

—¿Cómo crees que seremos sin el Zalyn'or? —le pregunta Ysilldir en el idioma alfsigr colándose en la quietud que compartían y en los torturados pensamientos de Wynter.

—Yo… no lo sé —responde vacilante contenida por la constante advertencia de los búhos, cuyo presagio resulta mucho más intimidante que el sobresaltado canturreo de muchos de sus hermanos aviares.

Ysilldir se vuelve con un brillo en los ojos plateados.

—Tenemos que quitarnos estos collares.

Wynter titubea, reprimida por un deseo interno que la empuja a guardar silencio.

—Es muy cierto, Ysilldir —consigue decir. Respira hondo y pronuncia rápidamente el resto de las palabras antes de que su garganta consiga cerrarse—: Creo que lo que ha dicho Sylmire sobre el Zalyn'or es cierto.

Ysilldir contrae el rostro, pues ella también se está esforzando mucho en dar voz a esos pensamientos prohibidos.

—Todos cambiamos cuando nos pusieron los collares. Mi hermano mayor también cambió. Todas las personas que conozco cambiaron.

De pronto acuden multitud de recuerdos a la mente de Wynter, como si se hubiera movido una roca y ahora hubiera quedado al descubierto una pequeña parte de su mente.

—Recuerdo a mi hermano Cael… antes de ponerse el Zalyn'or.

El rebelde Cael. A quien llevaron antes de tiempo a que le pusieran el collar Zalyn'or, justo cuando cumplió los once años, en lugar de esperar a los doce, como era habitual. Porque estaba descontrolado. Se peleaba con cualquiera que se atreviese a llamar a su hermana «ícara asquerosa».

Se le vuelven a saltar las lágrimas al recordarlo.

Y al recordar al tranquilo Rhys, el mejor amigo de Cael, a quien también llevaron muy pronto a que le impusieran el Zalyn'or. Después de que escribiera un largo panfleto en apoyo a Wynter, lo firmase y lo colgase en la puerta principal de la escuela, para espanto de sus padres, las hechiceras, toda la escuela y el consejo real alfsigr al completo.

Aquel día llevaron a los dos muchachos alfsigr ante el altar alfsigr Ealaiontor'lian.

Wynter se estremece al recordar cómo su querido hermano maldecía a sus padres y a los soldados alfsigr que se lo llevaban a rastras, y la salvaje y suplicante mirada que Cael tenía en los ojos cuando sus miradas se cruzaron.

«¡No te pasa nada malo! —le había gritado—. ¡Te están mintiendo! ¡Tus alas no tienen nada de malo y te quiero! ¡No lo olvides nunca!»

Wynter guarda silencio un buen rato, incapaz de decir nada más, pues el dolor la atenaza. Sus búhos se acercan a ella agitando las alas, como si quisieran cubrirla con un manto de protección.

—¿Cómo eran Cael y Rhys cuando regresaron? —pregunta Ysilldir con un cauteloso hilillo de voz.

Una lágrima brota del ojo de Wynter y resbala por su mejilla.

—Fue como si Cael se hubiera quedado en paz. Su infelicidad..., su rabia..., habían enmudecido. Dejó de pelearse con todo el mundo. Dejó de pelearse con mamá y papá. Pero, aun así, tanto él como Rhysindor me decían a escondidas que los alfsigr se equivocaban conmigo. Que no era cierto que yo fuera uno de los malignos.

Ysilldir mira a Wynter con complicidad.

—Su rebeldía consiguió traspasarlo.

Wynter piensa en ello mientras la inmensidad de las revelaciones de Sylmire empiezan a encajar en su cabeza, incluso a pesar de que la mayor parte quiere retractarse de esas ideas. Pero, incluso a pesar de ello, los pensamientos consiguen salir a la luz empujados por esa chispa de rebeldía que arde en su interior y que se niega a extinguirse.

—¿Cómo eras tú antes de que te pusieran el Zalyn'or? —le pregunta Ysilldir con la voz tan espesa como si la estuvieran reprimiendo.

Wynter se esfuerza por recordar, pues su infancia está envuelta en una bruma, como un sueño difícil de recordar.

Como un sueño con fragmentos borrados.

El pequeño búho que está posado sobre su hombro le entierra la cabeza en el cuello y le manda un aura de afectuosa preocupación, como si quisiera animarla a profundizar un poco más.

—Me escondía en mi habitación —admite Wynter en voz baja—. Era… demasiado duro salir y ver el odio en el rostro de todo el mundo cuando me miraban las alas. Ver lo tristes que se ponían papá y mamá por mi condición. Pero…, a veces, estaba contenta. Cael y Rhys me traían material para pintar y se sentaban conmigo. Y con ellos había momentos en los que era… casi feliz.

Se le vuelve a quebrar la voz cuando aparece en su mente otro recuerdo de la infancia.

Un recuerdo triste.

De los intentos que hacía a escondidas de volar por el aire y a través de las ramas llenas de flores blancas de los ciruelos silvestres, de cómo la primavera le henchía el corazón mientras sus amigos los pájaros revoloteaban a su alrededor y piaban alegres. Y ella se elevaba hacia arriba y sentía cómo las flores blancas la envolvían en un abrazo tan cálido como sus alas bañadas por el sol.

Y el fuerte apretón en el tobillo que tiró de ella hacia el suelo. Los golpes que le propinaron mientras ella gritaba y se hacía un ovillo en la hierba del suelo; sus queridos parientes alados graznando alarmados.

Los golpearon.

Los mataron.

El recuerdo de aquel petirrojo que se desplomó a su lado con un ala doblada bajo el cuerpo.

La expresión aterrorizada en los ojos del pájaro le rompió el corazón mientras ella también recibía golpes en las alas, el intenso dolor que sentía mientras gritaba, suplicaba y prometía que jamás volvería a volar.

Y después se la llevaron de allí para que la educaran las sacerdotisas. La obligaron a leer pasajes del libro sagrado de los alfsigr, el *Ealaiontorian*, una vez, y otra, y otra.

Pasajes que hablaban de la maldad de los seres alados y contra los que se rebelaba todo su ser.

Y entonces conectó con otro recuerdo.

Entró en una estancia donde había un brasero encendido. Se sintió muy atraída por las llamas que bailaban en él y tiraban hacia ella, como si la estuvieran recibiendo con alegría, y el poder de fuego de su interior se calentó y emitió un potente brillo dorado.

Metió el meñique en el fuego y las llamas lo acariciaron sin hacerle ningún daño. Y todo su ser cobró vida.

Sus alas cobraron vida.

Y entonces sintió el impacto de unas manos frías que la apartaban de las llamas con fuerza. La llevaron ante las sacerdotisas. Y la encerraron en una celda donde le vertieron agua congelada por encima una y otra vez mientras ella llamaba a su hermano a gritos hecha un ovillo en el suelo ataviada con su túnica penitente. La golpearon con palos. La obligaron a recitar versos sobre abominaciones que jugaban con fuegos infernales.

Unos versos que le provocaban un gran rechazo.

Y entonces revivió el recuerdo más cruel de todos.

Cuando le llegó el momento de ponerse el Zalyn'or.

En cuanto el collar le tocó la piel, la invadió una espantosa conciencia. Y entonces comprendió, más allá de cualquier duda, que todos los pasajes del *Ealaiontorian* acerca de los malignos era cierto. Y que las hechiceras siempre habían estado en lo cierto.

Ella era una abominación. Sucia, malvada e impura hasta los huesos. Ni siquiera una vida entera de penitencia podría limpiar su espantosa mancha.

Sometida y afligida por la pena, se encerró en su arte y enalteció a los alfsigr alados, ese grupo al que jamás podría pertenecer. Esos seres brillantes y bendecidos.

Al contrario que ella.

Pero había algo más flotando en su interior. Algo que el Zalyn'or no podía extinguir, el amor que sentía por su bondadoso hermano Cael y por Rhys, que se negaron a rechazarla incluso a pesar de llevar el collar.

—¿Tenías fuego? —le pregunta Ysilldir irrumpiendo en sus atormentados pensamientos—. ¿Antes de que te pusieran el Zalyn'or?

Wynter se estremece arrepentida y asiente a duras penas. Lo único que desea es dejar de sentir el cruel peso de su vergüenza, tan expuesta.

—Quiero quitarme este Zalyn'or —dice con la sensación de que aquellas palabras podrían hacer estallar toda Erthia. Se le cierra el estómago y aprieta tanto las alas que parece que se vayan a rasgar.

Ysilldir la mira atónita con sus ojos plateados.

—Yo también.

—Apenas soy capaz de pensarlo siquiera —admite.

—Yo tampoco —se suma Ysilldir—. Wynter… —empieza a decir, pero entonces guarda silencio y sus dudas llaman la atención de Wynter y penetran por la advertencia colectiva de los búhos—. ¿Crees que las otras cosas que dijo Sylmire podrían ser ciertas? Si todos los alfsigr pudieran quitarse su Zalyn'or… —Vuelve a guardar silencio y mira fijamente a Wynter—. ¿Crees que sentiríamos deseo?

Aquello le impacta mucho. No solo la naturaleza de la pregunta, sino la idea de que los

alfsigr pudieran dejar de ser castos si les quitaran el Zalyn'or.

—Quizá —admite, aunque la mera idea de poder sentir esa clase de deseo le resulta demasiado intensa como para considerarla siquiera. Con solo tocar a otras personas ella ya percibe una intensa ráfaga de recuerdos y emociones; la posibilidad de experimentar algo todavía más íntimo, y posiblemente una atracción y un vínculo más fuerte…

—Tamalyyn habló conmigo cuando terminó el Consejo de la Reina —le explica Ysilldir con cierta intranquilidad—. Está convencida de que si nos quitamos el Zalyn'or… Dice que ella y yo estamos destinadas a ser pareja. Y es verdad que jamás he sentido tanta amistad por nadie como por Tamal.

Wynter piensa esperanzada en Ysilldir y Tamalyyn, una joven smaragdalfar tan apasionada y bulliciosa como reservada y contenida es Ysilldir.

Es evidente que Tamalyyn está locamente enamorada de Ysilldir.

—Quizá te sientas más atraída por Tamalyyn si conseguimos liberarnos —comenta Wynter cruzando las líneas rojas de su mente—. Y quizá consigas ser como algunas de las mujeres que hay aquí, que aman libremente.

—¿Y qué me dices de ti, Wynter Eirllyn? —pregunta Ysilldir usando la forma habitual de los alfsigr de emplear los nombres completos—. ¿Hay alguien a quien tú puedas amar apasionadamente?

A Wynter se le encoge el corazón.

Ariel.

—Ha muerto —dice Wynter al fin, apenas capaz de pronunciar las palabras—. La mataron los gardnerianos.

Ysilldir la mira con compasión mientras ella lamenta la desaparición de sus seres queridos, uno a uno.

«Cael, Rhys. ¿Dónde estáis? ¿Los alfsigr os han encerrado en alguna gélida prisión? ¿Os desterrarán a las minas?»

Las dos guardan silencio mientras las luciérnagas empiezan a iluminar el cielo de la noche, los tonos de la puesta de sol se extienden por el cielo de la tarde y una suave bruma rúnica se cierne sobre la ciudad.

—Los gardnerianos vendrán a reclamar estas tierras —dice Ysilldir con un tono de presagio idéntico al de los búhos.

Wynter mira al cielo y observa el contorno brillante de la multitud de runas granates que hay impresas en el escudo casi invisible de la ciudad.

—No podrán cruzar el escudo —afirma.

—Pues nos asfixiarán —contesta Ysilldir frunciendo el ceño en dirección a la cordillera —. Cortarán el comercio. No nos dejarán salir. Nos dejarán encarceladas en las

montañas de Caledonia. —Le clava los ojos a Wynter—. Hasta que Vogel encuentre la forma de entrar.

Una forma de cruzar las runas amaz.

Wynter se estremece ante aquella espantosa idea.

—Cada vez es más poderoso —admite con recelo abrumada por la idea—. Las cosas que me enseñaron mis parientes alados son… increíbles. —Mira a Ysilldir a los ojos—. Su poder raya el límite del mundo natural.

—Y pronto rayará el límite de nuestras mentes.

El miedo se apodera de la ícara.

—Pero… hay una parte de nuestras mentes que nos sigue perteneciendo.

—¿Y qué pasará si encuentra una forma de colarse en ellas y perdemos también esa parte? —Ysilldir niega con la cabeza y la luz escarlata de la ciudad se refleja en los aros que le adornan las orejas—. Wynter Eirllyn, he sido fiel a las amaz desde que llegué aquí hace ya cinco años. Y jamás he disentido de su forma de hacer las cosas. —Frunce sus cejas blancas—. Pero esta vez me temo que nuestra reina se equivoca. Tenemos que encontrar al hechicero rúnico Rivyr'el Talonir. Necesitamos que nos ayude a liberarnos del Zalyn'or. Aunque sea un varón.

Se oye un ajetreo en los árboles y Wynter levanta la vista. Varias bandadas de gorriones, estorninos y muchos otros pájaros descienden hasta sus ramas y entonan al unísono su insistente advertencia:

«Cuidado. Cuidado. Cuidado.

»La sombra se acerca.

»Se acerca. Se acerca.

»Ya está aquí.»

En la cabeza de Wynter aparecen un montón de imágenes, de una sombra posándose en el bosque, rodeando todas las cosas. Decidida a corromper a todos los habitantes del mundo natural y consumir los elementos que fluyen en él.

«Date prisa, Elloren —piensa Wynter abrumada—. Date prisa y accede a tu poder antes de que Vogel nos encuentre.»

Mira hacia los picos de la cordillera.

«La sombra viene a por ti, Elloren», piensa Wynter proyectando el mensaje con su bandada de pájaros.

«Avisadla», les pide resistiéndose a sus protestas y al miedo que le tienen a la Bruja Negra.

«Os equivocáis con ella —insiste Wynter—. Os equivocáis. Así que id a avisarla. Decidle que la sombra ya está aquí.»

# 2

# Desterrado

RHYSINDOR THORIM

***Mes seis***
***Alfsigroth***

A Rhys Thorim le duele todo el cuerpo. Agacha la cabeza y se queda mirando las brillantes manchas de sangre escarlata que tiene en sus blanquísimas ropas alfsigr. Tiene la vista empañada y ve estrellitas debido a la multitud de golpes que ha recibido. La luz del sol le quema los ojos.

Los soldados alfsigr, con sus relucientes armaduras, aguardan impasibles y armados con sus látigos rúnicos blancos, preparados para volver a golpearle en cuanto reciban la orden del monarca alfsigr, Iolrath Talonir.

Rhys respira hondo percibiendo la asombrosa dulzura del aire exterior después de haber pasado tantas semanas encerrado en una prisión. Ha sido su linaje real lo que ha decantado el veredicto final.

Destierro. Sentenciado a vivir en las minas.

Dos palomas alfsigr vuelan sobre su cabeza provocándole más vértigo.

Siente una punzada de dolor todavía mayor al pensar que esos pájaros podrían ser mensajeros que podrían llevarle desgarradoras imágenes de él y Cael ensangrentados en el suelo a su querida Wynter Eirllyn.

El amor que Rhys siente por Wynter es tan intenso que ni el tatuaje del Zalyn'or ha sido capaz de sofocarlo.

Con el sabor de la sangre en la boca, Rhys se vuelve hacia Cael Eirllyn, el hermano de Wynter y el elfo al que está unido en calidad de segundo.

Cael también está a cuatro patas en el suelo de mármol blanco, lleno de sangre y con la respiración agitada, y tiene una mirada desafiante en los ojos. De una de las esquinas de su boca cuelga un hilillo de saliva llena de sangre; su fuerte y musculoso cuerpo no es rival para el poder de los látigos rúnicos.

El hechicero rúnico da un paso adelante.

El alto y severo elfo alza su aguja rúnica y fulmina a Cael y a Rhys con la mirada.

Rhys se estremece al ver la cúpula translúcida hecha de vibrantes runas plateadas que aparece sobre ambos abarcando también un gran círculo del mármol que tienen a sus pies. El suelo que se extiende bajo la cúpula empieza a adoptar la apariencia fantástica de un ondeante lago plateado, incluso a pesar de seguir siendo sólido al tacto.

«Pero no por mucho tiempo», piensa Rhys con un mal presentimiento.

No. Están a punto de lanzarlos al abismo de las minas. Por haber apoyado a Wynter Eirllyn.

Una ícara.

La angustia se apodera de él, tan intensa como el dolor que le late en la espalda.

Pero no le harán cambiar de opinión.

Pueden hacerlo pedazos a golpes: él jamás entregaría a Wynter a los alfsigr. Lo único que lamenta es no poder verla una última vez para decirle lo mucho que la quiere. Lo mucho que la ha amado siempre.

—Caelidon Eirllyn y Rhysindor Thorim —entona el monarca con su túnica de color marfil y los ojos plateados glacialmente fríos rodeado de los elfos del consejo alfsigr y sus fríos soldados; están todos reunidos junto a la protegida entrada del reino de las minas, ante los pálidos muros de mármol decorados con intrincados diseños—. Al dar cobijo a un demonio deargdul os habéis puesto en contra de Alfsigroth y nuestros amados iluminados —sigue diciendo el monarca Talonir—. Por ello seréis desterrados de Alfsigroth, pues no se os considera dignos de residir en las soleadas tierras élficas superiores, el reino elfo impoluto. Estáis infectados con la maldad del deargdul, corrompidos sin posibilidad de redención alguna, y suponéis un peligro para Alfsigroth.

El monarca se yergue y la luz del sol se refleja en sus prismáticos ojos; su tono adopta una dura cadencia oficial.

—Por el delito de negaros a atender la orden directa de llevar a la mujer deargdul Wynter Eirllyn a Alfsigroth, yo os sentencio, Cael Eirllyn y Rhysindor Thorim, a ser desterrados a las minas. Por tanto, sois expulsados del reino élfico, en esta vida y en la siguiente.

A continuación se adelanta una sacerdotisa ataviada con una túnica blanca y una corona de color marfil sobre su melena blanca como la nieve, donde luce un peinado que representa una bandada de pájaros de los iluminados. Lleva varias runas sagradas en la ropa y se acerca acompañada de varios soldados alfsigr con sus respectivos petos plateados.

La adusta hechicera rúnica se coloca tras ella.

Todos cruzan la cúpula rúnica como si estuviera hecha de aire, y las runas emiten un parpadeo plateado cuando entran en contacto con la superficie, pero Rhys sabe que él y Cael se convertirían en piedra si intentaran cruzarla para salir.

Los soldados se ciernen sobre Rhys y Cael, los agarran con sus fuertes brazos y los obligan a darse la vuelta, quedando los dos tendidos boca arriba en el suelo.

Rhys vuelve a ver las estrellas cuando nota el terrible dolor de las heridas que tiene en la espalda. Cael ruge entre dientes y Rhys se vuelve hacia él: su amigo ha echado la cabeza hacia atrás con evidente angustia, y a sus pálidos ojos plateados asoma tanto sufrimiento que a Rhys se le encoge el corazón.

La hechicera desenvaina el cuchillo rúnico que lleva en la cadera y se acerca a Cael, a quien están inmovilizando contra el suelo. Ella clava una rodilla en el suelo, agarra con fuerza la túnica del elfo y desliza la daga por la tela, dejando expuesto su pálido pecho salpicado de cardenales y el tatuaje de su Zalyn'or. A continuación se acerca a Rhys y hace exactamente lo mismo, lo que le provoca una nueva punzada de dolor que se esfuerza por reprimir.

Y entonces la hechicera rúnica presiona la aguja rúnica sobre el Zalyn'or de Rhys, que emite un fuerte zumbido y adopta forma tridimensional: la fina cadena de plata con su oscuro colgante rúnico. Después se acerca a Cael y repite la misma maniobra antes de levantarse con elegancia.

—Ahora ya no sois hijos de Alfsigroth —les advierte la hechicera a ambos al tiempo que les lanza una mirada cargada de repugnancia—. Sois criaturas malvadas del deargdul y, tal como dispone nuestro *Ealaiontorian*, debéis habitar en una fosa de corrupción.

Mareado a causa del horrible dolor, Rhys levanta la vista al cielo azul: los pájaros volando, la cegadora luz blanca del sol, sus rayos fracturándole la visión.

Y entonces cae presa de una devastadora certeza que lo atenaza:

Cuando ellos estén en las minas, Wynter estará sola; justamente cuando más los necesita.

Ellos saben que han conferido nuevos poderes a las sacerdotisas para imponer todas las leyes del *Ealaiontorian*, y que no van a permitir que nadie se salte ni una coma de las rígidas estipulaciones del libro sagrado.

Por eso han vuelto a mandar a los marfoir a por Wynter.

Pero esta vez no han enviado solo a dos. Esta vez son trece de los espantosos asesinos alfsigr.

Rhys forcejea contra los soldados mientras la sacerdotisa vuelve a arrodillarse junto a él, coge la cadena de su Zalyn'or, desliza la hoja de su cuchillo rúnico por debajo y tira

del collar.

Rhys se asusta mucho al pensar que puede perder el Zalyn'or y siente unas repentinas y desesperadas ganas de rogar y suplicar que le permitan conservarlo. Que le permitan retractarse de todas sus blasfemias y hacer penitencia por su corrupción, por haber entretenido esos pensamientos traicioneros.

Limpiar su mente.

Pero aprieta los dientes y lucha contra ese sentimiento, pues el amor que siente por Wynter es mucho más fuerte que el impulso de conservar el Zalyn'or.

La sacerdotisa corta la cadena del collar y saltan algunas chispas. Rhys tiene la sensación de que todo su cuerpo se deforma por un momento. A continuación, la sacerdotisa le quita el collar del cuello y entona las palabras de destierro del libro sagrado, el *Ealaiontorian*, marcándolo para siempre como un ser no-alfsigr.

Un ser contaminado.

Rhys apenas la escucha.

Las emociones emergen en su interior con la fuerza de un volcán y su mente se agudiza al tiempo que el dolor, la rabia y la rebelión se unen en una feroz tormenta en su interior; ante sus ojos brilla por un momento la imagen de un pájaro hecho de una luz cegadora.

Vuelve la cabeza hacia su amigo mientras la sacerdotisa le arranca el collar a Cael y los brazos que lo tenían inmovilizado se retiran; los soldados, la sacerdotisa y la hechicera rúnica se alejan cruzando de nuevo la plateada cúpula rúnica.

Rhys respira hondo enardecido por la rabia incandescente que ruge en su interior. Cada vez más desafiante, enseguida recupera su sentido del equilibrio y empieza a levantarse al mismo tiempo que Cael, que se yergue mostrando su intimidante altura.

Cael mira a los miembros del consejo y a la sacerdotisa, y a sus ojos asoma una expresión sorprendida. Entorna los ojos, que brillan como una tormenta volcánica; aprieta los puños presa de una salvaje rebeldía.

Rhys también se pone bien derecho ignorando el terrible dolor.

Ambos miran de frente a la jerarquía alfsigroth al completo.

—¿Qué habéis hecho? —les espeta Cael con la crudeza de una ventisca—. ¿Qué le habéis hecho a vuestro propio pueblo?

—Haga callar a los malignos —le pide la sacerdotisa al monarca Talonir.

—No intentáis hacernos callar porque seamos malos —ruge Cael—. Nos desterráis a las minas porque ni vuestro querido Zalyn'or fue capaz de someter nuestras mentes. Nos tenéis miedo. Porque no podéis controlar lo que yo digo —apunta a Rhys— o lo que él escribe.

Rhys está hipnotizado por la abierta rebeldía de Cael, por la hermosa y vengativa criatura que tiene ante los ojos. El Cael sometido ha desaparecido. De pronto es como si fuera otro ser.

El Cael que Rhys recuerda de antes del Zalyn'or.

Un Cael enfadado.

—Jamás podréis controlarnos —ruge Cael—. Porque el poder de nuestro pensamiento libre es demasiado poderoso.

—Envíelos a las minas —le ordena Iolrath Talonir a la hechicera rúnica—. El lugar donde residen las criaturas malvadas.

La hechicera rúnica da un paso adelante y apunta con su aguja hacia el suelo que hay bajo los pies de Rhys y Cael.

—¡Larga vida a la Resistencia! —exclama Cael con tanta rabia que tiembla hasta el cielo justo cuando el suelo cede a nuestros pies.

Los brazos de Rhys flotan hacia arriba y se le revuelve el estómago mientras se desploma junto a Cael hacia la oscuridad de las minas. Los dos se precipitan hacia abajo mientras el círculo de luz solar que brillaba sobre sus cabezas se va alejando, los pájaros se hacen pequeños hasta convertirse en unos minúsculos puntitos que salpican la lejana paleta azul.

Rhys grita al impactar contra el suelo y volver a sentir el dolor retumbando en sus heridas mientras el agujero de luz solar que flota sobre sus cabezas se cierra como una niebla que se solidificara.

Silencio.

Y entonces… un repentino fogonazo de luz verde y la asombrosa y punzante emoción del miedo abriéndose paso por el dolor.

Se vuelve al mismo tiempo que Cael hacia la fuente de la luz.

Procede de unas flechas rúnicas, dispuestas en sendos arcos. Varios elfos smaragdalfar se acercan a ellos con expresiones asesinas en sus rostros de color esmeralda.

Y apuntan directamente a las cabezas de Cael y Rhys.

# 3

## Tormenta

VOTHENDRILE XANTHILE

***Mes seis***
***Reino de Oriente***
***El Wyvernguard***

—Tu hermana, Elloren Gardner, es la Bruja Negra.

Trystan se queda de piedra cuando la comandante Ung Li le comunica con seriedad esa noticia que lo cambia todo; el agua de su interior queda suspendida.

El poder de Vothendrile Xanthile también se congela en cuanto toma conciencia del motivo por el que están en los aposentos privados de Ung Li, una torre circular en el pináculo de la isla gemela Wyvernguard del Norte. Y de que estén rodeados de soldados.

De que hayan confiscado la varita de Trystan antes de entrar.

La brillante silueta de un relámpago se recorta en el cielo negro e ilumina por un segundo los tonos azules de la estancia iluminada por candiles. Los truenos resuenan en la cordillera Vo.

—No puede ser —dice Trystan al fin con la voz apelmazada y completamente pálido—. Elloren no tiene poder. Es una maga de nivel uno…

—No —espeta la comandante Li clavándole los ojos a Trystan—. Las vu trin le han hecho el examen de varita.

—No lo entiendo.

—Tu hermana es más poderosa de lo que lo fue tu abuela.

La rotundidad de las palabras de Ung Li provoca un asombro en Vothendrile que ve reflejado en el relámpago que percibe en el poder interno de Trystan.

Vothe también es capaz de percibir, con ayuda de sus sentidos de cambiaformas wyvern, que Ung Li está completamente segura de lo que está diciendo. Y percibe su miedo. Auténtico terror.

Y ella es una de las vu trin más valientes de toda la guardia noi.

A Vothendrile le da vueltas la cabeza.

No solo es la Bruja Negra, es una Bruja Negra más poderosa.

Como si eso fuera siquiera posible.

Trystan está tan alarmado que una tormenta de relámpagos invisibles estalla por sus líneas de afinidad, y Vothe le mira mientras las emociones encontradas que ha empezado a sentir por ese mago se agitan hasta el frenesí.

La antipatía que sintió al principio por Trystan ha demostrado ser difícil de conservar, pues no ha dejado de presenciar, una y otra vez, cómo el mago hacía frente a toda clase de abusos con entereza, negándose a dejarse expulsar del Wyvernguard. Ha visto que está sinceramente resuelto a luchar contra Vogel y sus aliados. Se ha ofrecido para que las vu trin pongan a prueba su magia y encuentren formas de contrarrestarla, incluso a pesar de terminar los entrenos diarios lleno de cardenales y con el brazo muy dolorido.

Pero que su hermana sea la Bruja Negra… Saber que su hermana podría destruir todo el Reino de Oriente…

Eso lo cambia todo.

—¿Dónde está Elloren? —pregunta Trystan con la voz ronca evidentemente consciente de las consecuencias que eso conlleva.

Por un momento reina la indecisión. Ung Li frunce el ceño y Vothendrile respira hondo, pues advierte que su comandante está a punto de darle una noticia devastadora a Trystan.

—Lo más probable es que esté muerta —afirma Ung Li.

Trystan respira hondo y se inclina ligeramente hacia delante mientras su poder de agua se descontrola, y se lleva las manos al abdomen como si acabara de recibir un golpe.

Vothe está a punto de acercarse a él, pero consigue controlarse. En su interior se desata una tormenta, pues el corazón se le retuerce por Trystan, incluso a pesar de estar maldiciéndose por permitirse esos sentimientos.

«Contrólate, zhilon'ile —se dice mentalmente Vothe—. Debes tener claro quiénes son tus enemigos.»

—Tu hermana fue sorprendida por el fuego cruzado cuando nuestras fuerzas occidentales atacaron el Consejo de Magos.

La comandante Li explica lo sucedido con un monótono tono militar, pero Vothendrile se incomoda al advertir la evidente devastación de Trystan.

El mago levanta la vista y la mira a los ojos.

—Pero ¿lo sabes con absoluta certeza? —pregunta con un tono casi suplicante presa de una palpable angustia. A Vothe le cuesta presenciar con entereza la nota de dolida

esperanza que tiñe la voz del mago.

Los ojos de Ung Li se oscurecen.

—Existe una pequeña posibilidad de que siga con vida.

Vothe se queda de piedra al percibir, con sus sentidos wyvern, la nota de falsedad en las palabras de Ung Li.

Al oler la mentira.

«No —piensa Vothe alterado—. Hay muchas posibilidades de que siga con vida, ¿verdad?»

El poder de Vothendrile se agita en su interior, el agua y el viento se enroscan de repente, y la inmensidad de lo que ello podría significar para el Reino de Occidente empieza a girar en su interior con la fuerza de un ciclón.

«Una Bruja Negra más poderosa…

»Viva.»

—Verás carteles por todo el Wyvernguard y por toda la ciudad con la cara de tu hermana —le explica Ung Li mientras su recelo aumenta a medida que ella entierra su ferocidad.

—¿Carteles? —pregunta Trystan, y Vothe percibe su confusión.

—Si tu hermana ha sobrevivido —comenta Ung Li adoptando un tono y una expresión que restan importancia a la posibilidad—, y consigue entrar en el Reino de Occidente, tenemos que dejar claro que debe ser llevada de inmediato ante las vu trin. —Hace una pausa que se alarga un segundo más de lo deseable—. Para su protección.

Esboza una sonrisita tranquilizadora, pero su mirada negra sigue siendo dura como la piedra.

Vothe percibe cómo toda el agua de Trystan se congela.

Le mira de soslayo muy alarmado al darse cuenta de que Trystan lo está percibiendo todo con la misma claridad que él.

Los carteles no son para la protección de Elloren Gardner. Porque si la hermana de Trystan es más poderosa que su abuela…

… eso significa que Elloren Gardner es el arma más poderosa que ha existido jamás en ambos reinos.

Y lo más probable es que las vu trin quieran encontrarla y matarla.

Inmediatamente.

Vothe observa a Trystan con mucha atención.

—Si tu hermana consigue llegar a las tierras Noi —dice con un tono cautelosamente neutro—, lo más probable es que quiera buscarte, a ti o a tu hermano Rafe. Si eso ocurriera, deberás traerla ante nosotras sin demora. ¿Lo entiendes, mago Gardner?

Una ráfaga del poder invisible de Trystan cruza la estancia y acelera el corazón de Vothe. Y, de pronto, Trystan encierra todo su poder en su interior, y su magia de agua y fuego queda tan enterrada que los poderes zhilon'ile de Vothe no pueden detectar ni un ápice de ellos.

Trystan le dedica a Ung Li un saludo formal y rígido golpeándose el pecho con fuerza.

—Sí, comandante —afirma muy serio—. Si mi hermana ha sobrevivido y viene a buscarme, la llevaré ante usted enseguida.

«Mentira», percibe Vothe. Su ardiente conflicto interno se enciende y los relámpagos estallan a través de su poder zhilon'ile mientras se jura que vigilará mucho más de cerca a ese mago, sin importar lo sincera que haya sido la alianza de Trystan con las vu trin hasta ese momento.

Porque es evidente que es incluso mucho más poderoso aliado con su familia.

Con su hermana.

Y esa alianza le acaba de enfrentar a todo el Reino de Oriente.

Ahora Elloren Gardner es la enemiga más buscada del reino, potencialmente más peligrosa que Marcus Vogel, y todas las fuerzas vu trin y zhilon'ile al completo se concentrarán en encontrarla.

Vothendrile se concentrará en encontrarla.

Y si Elloren Gardner no está muerta, pronto lo estará.

# 4

# La invasión de las sombras

TIERNEY CALIX

***Mes seis***
***Reino de Oriente***
***El Wyvernguard***

Tierney contempla las revueltas aguas del río Vo mientras una fina lluvia azota la terraza del Wyvernguard. La noche es negra como una tormenta. Tanto la lluvia como la gélida brisa van cogiendo fuerza a medida que la tormenta avanza desde el norte. Y las olas del río Vo están tan agitadas como las confusas emociones de Tierney.

Cierra los ojos, conecta su poder asrai al agua que la rodea, y hace retroceder la lluvia creando un escudo de bruma justo por encima de su cuerpo. Una vez protegida de las gotas, se mete la mano en el bolsillo, saca el cartel que ha arrancado de la pared y lo desdobla. La luz de color zafiro de la terraza se extiende por el papel.

Está frente a la imagen exacta de Elloren Gardner, plasmada en tinta negra sobre el cartel, y con instrucciones precisas de llevarla ante las vu trin si alguien la encuentra en el Reino de Oriente.

Es una orden militar.

Se pone tensa; tiene la cabeza hecha un lío. Hace una bola con el cartel y lo tira al suelo dejando que la lluvia vuelva a mojarla.

Se había oído un jadeo colectivo cuando la comandante Ung Li informó a los aprendices de vu trin de que habían encontrado a la Bruja Negra. El enorme auditorio principal del Wyvernguard cayó presa del pánico.

Tierney se había tenido que obligar a respirar con tranquilidad mientras intentaba asimilar aquella asombrosa noticia. Y la tensión insoportable que se había adueñado de la estancia.

A pesar del poco tiempo que hace que Tierney es aprendiz vu trin, ya ha oído un montón de historias acerca del reinado de fuego de la última Bruja Negra, pues todos los

habitantes de las tierras Noi habían perdido algún familiar en la guerra de los Reinos.

Durante la conquista de oriente de Carnissa Gardner.

Todo el mundo tiene clarísimo lo que la Bruja Negra le hubiera hecho al Reino de Oriente si ese bendito ícaro celta no la hubiera detenido.

Ahora está a punto de cumplirse la profecía que han dictado todos y cada uno de los seres del Reino de Oriente.

Una nueva Bruja Negra se alza en el horizonte.

Y es todavía más poderosa que Carnissa Gardner.

Y es Elloren.

Tierney se aferra a la barandilla de piedra de la terraza mientras la lluvia resbala por su esbelto cuerpo y los truenos rugen sobre su cabeza.

«¿Cómo se las había apañado Elloren para controlar su poder? ¿Y cómo lo habían averiguado las vu trin?

»¿Y cómo lo había descubierto Elloren?»

»¿Qué hacía Elloren en la línea de fuego durante un ataque al Consejo de Magos?»

»¿Y por qué las vu trin habían atacado al Consejo de Magos?»

La brillante mente de Tierney busca la forma de encajar las piezas.

Hay muchas preguntas por responder, pero hay una de la que Tierney ya sabe la respuesta, y su poder de agua brota y se enrosca alrededor de esa intuitiva certeza.

Elloren Gardner está viva.

Y tanto los gardnerianos como las vu trin saben muy bien quién es.

«Oh, Elloren —piensa Tierney asombrada—. Has provocado una guerra, ¿no? Una guerra que se iba a desatar de todas formas, pero que ahora ha estallado por ti.»

Pero si Vogel no tiene a Elloren hay serias sospechas de que ella pueda intentar entrar en el Reino de Oriente…

Y eso significa que está huyendo.

Y lo más probable es que no esté huyendo solo de Vogel.

Tierney se estremece al imaginar el rostro de su amiga en todos aquellos carteles y de pronto lo ve todo claro.

No están buscando a Elloren para protegerla. Aquello es una cacería. Y Tierney está convencida de ello.

Si los vu trin encuentran a Elloren, la matarán.

Cuando comprende lo que debe hacer, en el interior de Tierney se solidifica una rebelde resolución. Abre las palmas en dirección al río Vo y murmura un hechizo para convocar a sus kelpies.

«Temes por ella.»

Tierney se asusta al escuchar esa voz sobrenatural resonando en su cabeza. Baja las palmas de las manos con los dientes apretados y el corazón acelerado sin dejar de mirar las agitadas aguas del río Vo.

En el cielo se ve el reflejo de un relámpago.

—Sal de mi mente, Viger —espeta tratando de ocultar lo desesperada que está por expulsarlo de sus pensamientos.

Porque lo que está a punto de hacer podría provocar que la metieran en una cárcel militar. Y si Viger lo percibe…

—¿Por qué temes por la nieta de la Bruja Negra? —insiste Viger con su habitual tono insidioso.

Tierney se vuelve enfadada hacia el joven fae de ojos negros. A su alrededor, la lluvia se ha convertido en un halo de niebla que flota suspendido debido al aura oscura que lo rodea. Su mirada es un pozo irresistible y Tierney enseguida cae presa de la atracción.

La parte blanca de los ojos de Viger se tiñe de negro mientras los miedos de Tierney giran a su alrededor, como si fueran el agua de un estanque que alguien revolviera con un palo.

—No intentes someterme, Viger —espeta—. Te lo advierto. No eres el único con poderes.

La silueta de Viger desaparece tras una bruma negra y Tierney lo maldice mentalmente, maldice toda aquella situación apretando los puños.

—¿Por qué temes por ella?

Tierney enardece de rabia cuando se da media vuelta y se encuentra a Viger tranquilamente apoyado en la barandilla de la terraza, extrañamente desprovisto de sus serpientes habituales, sin cuernos, de nuevo con el blanco de los ojos y sin garras.

—Si hablo contigo —le dice Tierney con aspereza—, ¿te quedarás quieto y me ahorrarás todo este teatro de fae de la muerte? Es impresionante y espeluznante, pero ahora no estoy de humor.

Viger se queda sumido en un silencio que solo un fae de la muerte puede conjurar. Es una quietud que parece resonar en el aire en una frecuencia muy grave que llega hasta los huesos y transmite la sensación de estar enterrado en el centro de Erthia.

En este momento, Tierney lo encuentra extrañamente reconfortante, su extraña atracción, su pálida y mórbida apariencia. Su estatus de marginado.

La joven asrai piensa en lo famosos que son los fae de la muerte por no aliarse con nadie. Que siempre se mantienen al margen de todo.

Cosa que habla en favor de Viger en ese momento, por muy aterrador que pueda llegar a ser.

—Os habéis hecho amigos del hermano de Elloren Gardner —advierte Tierney con cierto desafío y con el objetivo de descubrir de qué lado está.

—No es como todo el mundo piensa —afirma Viger mientras la lluvia empieza a caer con más fuerza envolviendo su silueta en un aura de niebla. Todo excepto esos hipnóticos ojos negros—. Estás convocando a tus caballos de agua emparentados con la muerte para que vayan a buscar a la Bruja Negra —deduce Viger con resuelta exactitud.

La magia de Tierney se agarrota y ella se esfuerza por encontrar una mentira creíble para refutarlo. Pero enseguida le queda claro el principal motivo por el que nadie confía en los fae de la muerte y por qué todo el mundo los rehúye.

Es imposible mentirles.

Tierney mira sus inquietantes ojos y decide ir a por todas y dejarle entrar. Es la única forma que tiene de dejarle ver. Tiene que entenderla del todo, de lo contrario podría acusarla de traidora.

La fae asrai respira hondo y se deja ir, abriéndole todos sus miedos.

A Viger se le abren un poco los ojos, y después los entorna con fuerza.

Tierney jadea cuando todo se oscurece, y de pronto tiene la sensación de estar precipitándose desde una gran altura. Se estremece y cae presa de la atracción de Viger. Los envuelve la oscuridad y todo lo demás desaparece: la lluvia, el viento, la luz rúnica de color zafiro que tiñe las olas, todo.

Todo salvo Viger y su mirada infinita.

—Elloren Gardner no es como ellos piensan —dice Tierney contra la oscuridad de Viger; ahora los dos están rodeados por la espesura, y la silueta del fae de la muerte se recorta en una línea plateada contra el fondo negro.

De pronto aparece un cuervo posado sobre su hombro.

—Es la Bruja Negra —afirma él con glacial certeza—. El bosque también lo sabe. Mis cuervos lo saben. —Su voz es tan grave que Tierney puede sentirla en su interior—. Su miedo lo sabe.

Tierney se alza en rebeldía.

—Podría ser, Viger. Pero… ¿no crees que las cosas pueden ser mucho más profundas de lo que todo el mundo cree?

—¿Como tú? —pregunta Viger suave como la seda.

Sus palabras alteran ligeramente los poderes de Tierney, y ella se esfuerza por ignorar lo bien que la hace sentir esa sensación. Sabe muy bien lo extraño que es que se sienta intrigada y aterrada de Viger al mismo tiempo. Los fae de la muerte son como personajes mitológicos que pululan por los confines de aquel lugar, desestabilizando la tranquilizadora sensación de orden.

Sumando la muerte a la mezcla.

«No te revelaré», dice Viger en su mente.

Tierney valora con recelo lo que le ha dicho.

¿Le está diciendo que no la delatará?

—Si pudieras ser un poco menos críptico, Viger —espeta—, sería de mucha ayuda.

«Ya vienen», responde el fae de la muerte con una pequeña sonrisa retirando su hechizo. El viento, la lluvia, el destello de los relámpagos…, todo regresa y los rodea a ambos, empapando el uniforme negro como el carbón de Viger, su pelo de punta, y su pálido rostro y sus orejas.

De pronto se levanta una ola enorme que impacta contra la barandilla, y los kelpies toman forma y saltan hasta la plataforma.

Tierney se vuelve hacia ellos. Los caballos arañan el suelo con sus cascos a medida que van tomando forma iluminados por la luz de color zafiro de la terraza.

Es'tryl'lyan se adelanta y ella se acerca a recibirlo desconcertada por el extraño terror que ve en sus ojos. El kelpie agacha su poderosa cabeza y ella levanta el brazo para abrazarse a su acuosa silueta. El kelpie es suave y sólido, pero está cubierto de agua en movimiento, que también fluye por la mano de la asrai.

Y entonces es cuando lo siente, la intensa ráfaga de alarma que fluye por su ejército de kelpies.

«Cuidado. Cuidado. Cuidado.»

Le asalta la repentina visión que proyectan los propios kelpies.

Tierney cierra los ojos para leer sus pensamientos colectivos y descubre lo que han visto en el bosque Vo.

Pero la oscuridad de Vogel se extiende por los confines de su mente junto a las imágenes de los kelpies.

«¿Qué estás leyendo en sus mentes, Tierney Calix?»

Las palabras de Viger parecen proceder de todos lados al mismo tiempo.

—Algo sobrenatural —contesta ella con la garganta apelmazada—. Animales que no deberían existir. Algunos de ellos tienen un poder desestabilizador. Tienen algo… algo sobrenatural que podría desestabilizar la matriz de la naturaleza.

«¿Qué han descubierto?», vuelve a pensar Viger.

La presencia del fae sobre su cabeza le eriza el vello de la nuca y nota cómo la atracción que ejerce sobre ella se intensifica.

—Son criaturas que solo he visto en los libros. Criaturas del desierto. Como salidas de una pesadilla. —Tierney da la espalda a la oscura y feroz mirada de Es'tryl'lyan y mira a

Viger—. Escorpiones —le explica sin aliento y con el corazón acelerado—. Han descubierto una manada de escorpiones del desierto en el bosque del Reino de Oriente.

# PARTE VI

# 1

# Murciélagos fantasma

ELLOREN GARDNER

***Mes seis***
***Desierto Agolith del Noroeste***

Lukas, Valasca y Chi Nam comienzan mi entrenamiento rúnico intensivo el primer día que pasamos en el Vonor que la anciana hechicera tiene en el desierto. La impaciencia flota en el aire.

Valasca abre un grueso libro noi sobre runas y lo pone sobre la mesa circular que tengo delante. Estamos todos sentados alrededor de la mesa de ónice que hay en la sala cavernosa de Chi Nam. Ante nosotros tenemos varios libros más —todos versan sobre runas—, además de varios cuchillos rúnicos, incluyendo el Ash'rion.

Observo las largas columnas de complejas formas rúnicas mientras Valasca para el dedo índice sobre una línea de escritura noi.

—Estas atraen el poder elemental de fuego —me explica—. Empezaremos por aquí.

—¿Eres rápida memorizando? —me pregunta Chi Nam.

—Bastante —admito mientras estudio las formas, relajada al sentir el brazo de Lukas alrededor de mi cintura—. Cuando estaba en la universidad tuve que memorizar cientos de fórmulas farmacéuticas.

Enseguida me doy cuenta de que algunas de las runas de la página son idénticas a las que hay en la empuñadura del Ash'rion.

—¿Habéis grabado vosotras las runas de algunos de estos cuchillos? —les pregunto a las guerreras.

—Algunas —admite Valasca señalando tres de los cuchillos más pequeños—. Y también las cargué.

—Sage también debe de ser capaz de cargar las runas de las armas, ¿verdad? —pregunto.

Los tres asienten.

—Sagellyn Gaffney puede cargar runas porque es una maga de luz —me explica Chi Nam—. Solo las hechiceras rúnicas y los magos de luz pueden hacerlo.

Miro a Lukas intentando comprenderlo bien.

—Pero tú puedes utilizar un cuchillo rúnico sin ser ninguna de esas dos cosas.

—Sí —reconoce—. Porque las runas ya han sido cargadas con poder por una hechicera rúnica, y yo conozco los hechizos rúnicos que activan algunas de ellas. No poseo la habilidad para cargar runas porque no soy un mago de luz.

—Pero sí que puede amplificar el poder previamente cargado utilizando su poder de afinidad —añade Chi Nam intercambiando una mirada conspiradora con Lukas. Se vuelve hacia mí—. Igual que tú.

—Aunque tú eres exponencialmente más fuerte —puntualiza Lukas esbozándome una sonrisa astuta mientras con el dedo me dibuja un círculo sugerente en la cintura que me provoca una ráfaga de calor.

—Muy bien —digo señalando el libro con muchas ganas de aprender a pelear—. Empecemos.

Chi Nam pasa el resto del día conjurando compleja hechicería para amplificar el poder de las runas alrededor de nuestro portal, mientras Lukas, Valasca y yo leemos con atención los textos rúnicos durante varias horas, hasta que tengo los ojos rojos de tanto mirar las intrincadas formas.

El atardecer desciende sin que me dé cuenta, pues el tiempo parece pararse en el interior del cavernoso Vonor sin ventanas de Chi Nam. No sé cómo hemos acabado hablando noi sin parar mientras Lukas y Valasca me instruyen sin descanso, primero acerca de runas individuales, y después acerca de combinaciones rúnicas cada vez más complejas y sus correspondientes hechizos.

—Feh, Ur, Tey, Oth…

Valasca va recitando los nombres de las runas noi de fuego y tierra para que yo las vaya identificando en la empuñadura del Ash’rion.

Yo voy deslizando el dedo por la suave superficie del arma, localizando las combinaciones de runas cada vez más deprisa gracias a mi formación como violinista, que está resultando tremendamente valiosa por lo que a la velocidad se refiere.

Una combinación para lanzar una explosión de fuego junto al arma.

Otra para proyectar relámpagos.

Otra para lanzar piedras junto al arma.

Otra para abrir un abismo bajo el objetivo al hacer contacto.

—Bien —dice finalmente Valasca mientras el brillo de la luz de color zafiro del Vonor refleja el brillante tono azul cielo de su anguloso rostro. Le sonríe a Lukas—. Mañana la llevaremos por ahí para ver qué puede hacer.

Esa noche salgo a pasear por el saliente protegido del Vonor: necesito estirar las piernas y aclarar las ideas. Tengo la cabeza repleta de formas rúnicas y combinaciones, y llevo el Ash'rion envainado al costado junto a la varita.

La luna carmesí está suspendida en el cielo, un manto salpicado de estrellas rojas. La tormenta que aguarda en el horizonte refleja la muda luz blanca de los relámpagos y desde aquí puedo oír el suave rugido de los truenos.

Por un segundo añoro tener un violín. Para poder tocar una melodía rodeada de este vasto paisaje onírico.

Paseo por el saliente llano que parece rodear la montaña rocosa del Vonor. Mientras observo el escudo translúcido que Chi Nam ha proyectado por encima de la montaña del Vonor, noto la suave caricia del aire frío en la piel. Las tenues runas azules rotan contra la superficie del escudo y el movimiento resulta muy tranquilizador.

Sigo paseando sintiéndome momentáneamente a salvo en ese lugar y con curiosidad por este extraño sitio nuevo al que he ido a parar. El mundo se oscurece a medida que me voy alejando de la entrada iluminada del Vonor y del brillo azul del portal que tenemos al lado.

Doblo una esquina redondeada y me quedo de piedra.

La luz roja se vierte sobre la escena que tengo ante los ojos y emite un brillo púrpura sobre las runas del escudo del Vonor. Hay un sinfín de arcos rocosos repartidos por el desierto, como si algún dios hubiera pintado las curvas con un cepillo gigantesco y sus brochazos rojos se hubieran transformado en piedra.

La cortina de tormenta del horizonte ha empezado a proyectar una luz ambarina y, un poco más cerca, la luna ilumina un rebaño de bestias que se desplazan muy despacio sobre la arena rojiza del desierto.

Alzo el cuello hacia la lluvia de estrellas carmesíes con una sensación surrealista, y no solo por estar en medio de este paisaje desértico onírico, al otro lado de la frontera del Reino de Occidente.

En mi interior se ha encendido una diminuta esperanza.

Tengo poder. Un poder real al que puedo acceder. Porque puedo amplificar runas elementales con el aura de mi poder de afinidad, incluso aunque los árboles me hayan inutilizado las líneas.

Miro las oscuras siluetas de las copas de los árboles que se erigen más allá del saliente.

Árboles mezquites de Agolith.

Las ramas de la arboleda se alzan retorcidas hacia el cielo estrellado, y yo percibo cómo las raíces de esos árboles se internan en el suelo en busca de agua, se entrelazan, y después se extienden durante kilómetros y kilómetros, conectándolos a los bosques lejanos de ambos reinos.

De pronto siento un hormigueo de incomodidad en la piel.

Me están observando.

Con atención.

«Bruja Negra.»

El susurro me acaricia empujado por la suave brisa procedente del desierto y me provoca un escalofrío en la espalda. Noto la intensa mirada de los árboles flotando en el aire.

Me pongo tensa.

Es como si estuviera esperando algo.

Algo que viene a por mí.

Doy un paso atrás mientras miro los huecos oscuros que se abren entre los árboles, y de pronto advierto una silueta oscura escondida.

El corazón me trepa por la garganta y el terror me atenaza; doy otro paso atrás.

Posada sobre una rama y camuflada en la oscuridad de la noche, hay una espantosa bestia parecida a un murciélago. Es tan grande como una pantera, y su figura encorvada, musculosa y negra como la más oscura madera de caoba tiene los ojos sesgados, como los de un lagarto. Desde aquí puedo verle las alas, pero no tiene cuello. Solo una gigantesca mandíbula, con la que aprieta los dientes en silencio.

Y no hay solo uno.

Hay una bandada entera justo detrás del escudo, escondidos entre las hojas de los árboles.

Y todos me están clavando los ojos.

Retrocedo para huir y choco contra un cuerpo cálido que me coge de los brazos. Vuelvo la cabeza con el corazón acelerado.

—Lukas… —Apenas soy capaz de hablar señalando la arboleda—. En los árboles.

—Ya lo sé —dice con una calma letal mirando las bestias camufladas por la noche.

Vuelvo a mirar a los seres alados sintiéndome muy agradecida de estar en este lado del escudo.

—¿Son murciélagos fantasma?

—Sí —afirma soltándome un poco.

—Creo que me están acechando.

Lukas los observa con atención.

—Se sienten atraídos por presas que se acobardan con facilidad. Y pueden sentir el miedo y amplificarlo.

Las criaturas enseñan sus dientes, afilados como cuchillos, y se me pone la piel de gallina en el cuello mientras Lukas deja de cogerme de los brazos.

—Entonces me están acechando.

Él me contesta con un tono poco comprensivo.

—Porque te acobardas cuando te enfrentas a alguna amenaza física.

La rabia se abre paso por el miedo que me atenaza.

—Es muy normal sentir miedo al ver estas cosas, Lukas.

—No —espeta—. No, teniendo la puntería que tienes tú. Y vas armada con una de las espadas rúnicas más poderosas que existen. Estás pensando con tu miedo. No con el sentido común.

—¿Me estás diciendo que si no hubiera ningún escudo no les tendrías ningún miedo? —le pregunto lamentando ser incapaz de controlar el temblor en mi voz.

—No les tengo ningún miedo. —Los mira con frialdad—. Los veo de la misma forma que veo a la mayoría de mis enemigos. Como un rompecabezas que debo resolver. Para encontrar la mejor forma de dominarlos.

Me clava su despiadada mirada y le miro a los ojos. La forma que tiene de afrontar las cosas es brutal. Pero entonces comprendo que necesito aprender a pensar como una guerrera.

—¿Cómo consigues ser tan valiente? —le pregunto frustrada y con lágrimas en los ojos mientras peleo contra el terror que me producen las bestias aladas.

—Con control —reconoce—. Y habilidad. Tienes muchísimo poder, Elloren. El motivo por el que tienes miedo es por tu falta de control y habilidad, además de tu falta de confianza en ti misma. Tienes que superar esa debilidad, o tus enemigos se aprovecharán de ella.

Clava los ojos en los murciélagos y yo vuelvo a sentir miedo al ver sus oscuras siluetas. Noto cómo me tenso de pies a cabeza cuando su hechizo se interna en mí tratando de quebrantar mi confianza.

De inmovilizarme.

Se me cierra la garganta.

—Lukas… —consigo decir presa de un pánico espeluznante.

Él me clava los ojos y después se marcha camino del borde de la cornisa. Sin dejar de caminar, alarga la palma de la mano hacia el escudo. Del contacto emanan unos rayos

azules y, a continuación, Lukas cruza la cúpula translúcida.

Mi miedo aumenta cuando veo que se acerca a la punta de la cornisa colocándose justo delante de las copas de los árboles infestados de murciélagos.

Yo me enfrento al pánico y corro hacia el escudo mientras otra ráfaga de horror estalla por mis líneas enredadas, atenazándome de nuevo los pulmones y paralizándome los pies.

Me esfuerzo por respirar completamente inmóvil y temblando de pánico por Lukas.

Los murciélagos fantasma se alteran al verle, agitan las alas en el interior de los árboles y hacen chasquear los dientes con actitud amenazadora. Como no consiguen hacerle reaccionar, se ponen a olfatear el aire con sus orificios nasales planos y estilizados, haciendo sonidos húmedos y sorbiendo.

Retroceden un poco, como si tuvieran miedo del olor de Lukas. Cuatro de ellos baten sus poderosas alas y se marchan volando.

Lukas desenvaina dos cuchillos rúnicos y los lanza con repentina violencia.

Me estremezco cuando los cuchillos se clavan en los troncos del árbol emitiendo sendos cracs. De las hojas de los cuchillos brotan unos rayos blancos que asustan al resto de las criaturas.

Desorientadas y enfadadas, las bestias rugen esforzándose por no perder el equilibrio sobre las ramas agitadas. Lukas extiende las palmas, marcadas con sus respectivas runas, y los cuchillos regresan volando a sus manos.

Las bestias vuelven a rugir, le enseñan los dientes y se elevan de las ramas para marcharse volando.

Él vuelve a envainar los cuchillos, se da la vuelta y alarga la palma de la mano hacia el escudo para cruzarlo rodeado de un destello de luz azul.

Se detiene delante de mí con una mirada desafiante en los ojos.

Yo le miro asombrada mientras el efecto psíquico de los murciélagos sobre mi miedo se disipa lentamente, pero mi miedo subyacente permanece, y sigo presa de su abrumador eco.

Lukas señala la empuñadura del Ash'rion que llevo envainado en la cadera.

—Podrías haber vencido a esas criaturas o haberlas hecho marchar solo con lo que te hemos enseñado hoy. No debes tenerles miedo. —Alza las cejas—. Por eso a partir de mañana empezaremos a ser más duros contigo. Porque la mayor parte de lo que has de aprender no tiene nada que ver con la magia. Tienes que trabajar tu confianza.

Mientras pienso muy seria en lo que me está diciendo, miro a su espalda y observo la silueta de la mortal bandada de murciélagos que se aleja volando sobre la arena iluminada por la luna.

El miedo que han amplificado en mí va dejando paso a un plomizo presentimiento.

Los dos nos quedamos en silencio un momento. Siento el aire frío mientras me acerco al escudo y noto cómo Lukas me clava los ojos.

Respiro hondo y me estremezco observando la barrera de tormentas a lo lejos y los rayos que se recortan en la cortina de nubes. De momento estamos escondidos, en medio de la nada, pero Vogel acabará encontrándome.

—Quiero aprender a ser valiente —digo con un tono grave y firme—. Como tú.

Siento una ráfaga del fuego de Lukas internándose en mí, y al poco sus brazos se deslizan por mi cintura y se pega a mi espalda. Una ola de emociones me engulle, como una tormenta.

—Voy a aprender a vencer a esos murciélagos sin sentir ni un ápice de miedo —afirmo con un susurro viendo el parpadeo de un relámpago en la cortina de tormenta—. Y pienso pelear contra Marcus Vogel. Sin dejarme intimidar.

—Lo harás —concede Lukas mientras nuestros respectivos fuegos se alimentan del calor palpitante del otro—. Nosotros te ayudaremos a controlar tu poder. —Agacha la cabeza y se entierra en mi cuello; cuando habla su voz es un poco más grave—. Podrías empezar aprendiendo a dominarme a mí.

Noto cómo sus labios dibujan una sonrisa pegados a mi cuello.

Me proyecta más fuego y su calor hormiguea por mi espalda, se interna en mis líneas de afinidad y provoca una intensa punzada de deseo que me acalora.

Le miro con ironía por encima del hombro mientras deslizo las manos por sus musculosos brazos cada vez más abrumada por su poder.

—Me parece que eres mucho más difícil de dominar que los murciélagos fantasma.

Lukas se ríe.

—Sí. Por lo que aprender a dominarme sería tan interesante. —Se pega un poco más a mí y me roza la oreja con los labios repentinamente serio—. Vuelve conmigo, Elloren.

Es evidente lo que me está ofreciendo. Sí, quiere acostarse conmigo, pero hay más. Puedo notar el deseo en su fuego, cómo todo él está orientado hacia mí. Y de pronto… le deseo. Y no solo físicamente. Quiero fusionarme con su ser y hacerlo mío. Porque en este momento él es todo lo que yo necesito ser.

Me doy la vuelta, le doy la mano… y le llevo de vuelta conmigo.

Pasamos junto a la estancia de Chi Nam y Valasca al entrar a la sala cavernosa del Vonor de camino a la sala de meditación de Chi Nam. Lukas coge nuestra ropa de cama y la raíz de sanjire y me guía por un largo pasillo serpenteante que conduce hasta una

pequeña biblioteca en las profundidades de una de las muchas cavernas del Vonor; hay mapas por todas partes, enrollados en las estanterías, colgados de las paredes. Y bajo nuestros pies veo una alfombra negra con la imagen del dragón de marfil. Las paredes están hechas de una brillante piedra de ónice; emite una luz de color zafiro gracias a la luz rúnica procedente del único candil que ilumina la estancia desde un estante.

Cierro la cortina marcada con runas de la puerta con un tirón decidido que siento resbalar por mi espalda, porque aquello parece nuevo. Es como si mi corazón se estuviera abriendo más a él que antes.

Lukas extiende la ropa de cama en el suelo, se saca el frasco de raíz de sanjire del bolsillo de la túnica y lo deja sobre un pequeño nicho que se abre en la pared de la caverna, mirándome fijamente al hacerlo.

Nos quitamos las túnicas y las armas. Lukas me va mirando a los ojos de vez en cuando y yo veo cómo se le flexionan los músculos al moverse. Dejo resbalar los ojos por la dura superficie de su pecho decorado con runas y sus musculosos brazos mientras él se quita las botas y los cuchillos que lleva asidos a las piernas por debajo de los pantalones. El fuego aumenta en mi interior y se desliza por mis líneas ardiendo muy despacio.

Se pone derecho, se desabrocha el cinturón de la varita con ella todavía envainada, y lo deja a un lado mientras yo me quito los pantalones negros noi y me quedo con una camisola negra y las braguitas.

Lukas pasea la vista por mi cuerpo y la escasa ropa que llevo.

Los dos aguardamos sin movernos mirándonos a los ojos. El fuego de Lukas se desliza por mis líneas.

Una invitación.

Mientras le miro se me entrecorta la respiración. Los conocidos rasgos de su rostro. Sus profundos ojos verdes. Su cuerpo duro y el suave brillo verde de su piel. Las marcas de compromiso en sus manos.

Las marcas de consumación en sus muñecas.

Me sonrojo al recordar la noche en que nos unimos. Y la sensación que tuve al percibir su poder desatado.

Es mío. Y ahora sé que es real. Se ha entregado a mí por completo una y otra vez.

Me acerco al estante de piedra donde reposa la botellita con la raíz de sanjire, la cojo y la abro con torpeza, presa de los nervios. Como si esta volviera a ser nuestra primera vez.

Miro dentro de la botella y me doy cuenta de que ya solo queda un hilillo de la raíz.

—Es el último —le digo.

Lukas se pone tenso.

No hace falta decirlo. Los dos sabemos que cualquiera de estos encuentros podría ser el último que pasemos juntos.

—Pues tendremos que hacer que valga la pena —dice, y yo noto cómo palpita su fuego.

Saco la raíz de la botellita y me la meto en la boca sintiendo que Lukas no me quita ojo de encima mientras vuelvo a dejar la botellita en su sitio. El cristal roza la piedra y emite un tintineo que resuena por la estancia en silencio, y una tensión incendiaria carga el aire que flota entre nosotros.

Me vuelvo y me encuentro con los ojos de Lukas. Su fuego arde cada vez con más fuerza y se estremece en mi interior, y yo me enciendo, intimidada y excitada debido al deseo salvaje que anida en él.

Me acerco y me paro delante de él.

—Así que crees que soy hábil con las manos —digo esbozando media sonrisa, nerviosa; de pronto le deseo con todas mis fuerzas.

Lukas no vacila. Me rodea con los brazos y me estrecha. Me apoya los labios en la cabeza y me besa en la sien. Su fuego se desata y percibo la intensa emoción que emana de él por cómo me está abrazando y el modo en que su fuego me rodea las líneas con apetito.

De pronto tomo conciencia de todo. De cómo me he resistido a él por no ser capaz de superar el dolor que sentía por alguien a quien he perdido para siempre. Mientras, Lukas ha arriesgado su vida por mí una y otra vez, y se ha entregado a mí por completo. Y la mirada que tenía la noche anterior…

«Te deseo más de lo que he deseado nada en toda mi vida.»

Me desprendo de las últimas dudas que anidaban en mi corazón y proyecto mi fuego hacia él. Lukas respira hondo y su mirada es cada vez más apasionada.

—Lo siento —le digo con pasión, y se me quiebra la voz al tiempo que aumenta el deseo que siento por él—. Siento haber tardado tanto en quererte como quiero a…

—Shhh —susurra con ternura enterrándome los dedos en el pelo.

Y entonces me estrecha con más fuerza y su fuego se interna en mí mientras nos fundimos en un largo e intenso beso.

—Dame tu fuego, Elloren —susurra Lukas mientras mi poder brota hacia el suyo—. Dámelo todo.

Las llamas de mi interior se desatan y empujo a Lukas contra la pared; le beso apasionadamente. Las suaves curvas de mi cuerpo se fusionan con los duros músculos del cuerpo de Lukas cuando me abraza, nuestras líneas se fusionan, y nos lo damos todo.

# 2

## Fuego oscuro

ELLOREN GREY

***Mes seis***
***Desierto Agolith parte noroeste***

Me despierto del susto al percibir un doloroso frío húmedo.

Se me dispara el corazón y me incorporo mirando a mi alrededor, asustada y con la cabeza mojada. La bruma del sueño se disipa rápidamente mientras me esfuerzo por comprender lo que tengo ante mí.

Parpadeo mirando a Valasca; no puedo parar de temblar. Lleva puesto el uniforme de guerra de las vu trin, me mira con una expresión implacable y tiene un cubo de madera en las manos que, enseguida entiendo, es lo que ha utilizado para mojarme. Me pego la manta gris al cuerpo desnudo presa de la rabia y la vergüenza.

Lukas está justo detrás de ella; también viste la túnica y los pantalones negros de las tierras Noi, y lleva varias armas pegadas al cuerpo. Me mira sin rastro del afecto y la pasión de la noche anterior, y tiene el fuego completamente encerrado.

—¿Qué estáis haciendo? —les grito asombrada.

—Levántate —me ordena Valasca.

—¿Qué? ¡N-n-no! —Me castañetean los dientes al protestar—. ¡Es-estoy desnu-nuda!

—Eso tiene que dejar de importarte —dice Valasca con un tono autoritario.

—¡Pues me importa!

Ella se acerca a mí, me agarra del brazo con aspereza y me levanta de un tirón mientras yo me pego la manta al cuerpo. Me arranca la manta y yo intento cubrirme el pecho con el brazo.

—¿Qué haces? —le aúllo.

Ella se acerca a mí y me ruge:

—Tu entrenamiento empieza ahora mismo, tal como acordamos.

—¡Pero así no!

—¡Sí, así! —me ruge—. ¡Lo vamos a hacer a nuestra manera, Elloren! ¡Y así es como se hace en Amazakaran!

Tengo ganas de gritarles. Quisiera pegarles. Fulmino a Lukas con la mirada asombrada de su cambio de actitud desde la pasada noche, pero él se limita a mirarme con una expresión de inquebrantable resolución.

—¡Estupendo! —grito furiosa y humillada; Valasca tira de mí y Lukas nos sigue mientras yo tiemblo y los insulto mentalmente.

La guerrera tira de mí por un túnel que desciende hasta la base de la montaña donde se encuentra el Vonor. Los escasos candiles que nos vamos encontrando proyectan una tenue luz azul que se abre paso por la oscuridad y se interna en un pasadizo. Salimos a una caverna abovedada donde cada vez se oye con más claridad el rítmico goteo del agua. Por dentro pasa un río de agua negra y el espacio está iluminado por varias runas noi gigantescas grabadas en las paredes de roca gris.

Runas que atraen el agua.

Por un momento me pregunto si Chi Nam habrá creado este río.

Enseguida me doy cuenta de que o bien Valasca o bien Lukas —o quizá ambos— han estado aquí esta mañana. Hay varias armas alineadas en la superficie de una gigantesca roca muy amplia, además de un uniforme y el equipo vu trin, y una toalla, que aguarda perfectamente doblada sobre una mesa de piedra junto a la orilla del arroyo.

—Métete —me ordena Valasca cuando nos detenemos junto al río.

Sin dejar de temblar, meto un dedo del pie en el agua y advierto que está dolorosamente fría. Me vuelvo hacia ella:

—Está demasiado fría…

—Eso tiene que dejar de importarte —contesta empujándome hacia delante.

Caigo de bruces en el agua helada y jadeo sintiendo una punzada que me atraviesa como un cuchillo cuando traspaso la superficie iluminada por las runas. Veo cómo las líneas negras y azules ondean ante mis ojos; el río es muy profundo y no hay nada sólido a lo que agarrarse. Agito los brazos y las piernas en la gélida corriente tratando de regresar a la superficie, tosiendo y escupiendo al emerger, y al fin consigo agarrarme a una roca resbaladiza e irregular de la orilla de piedra sintiendo como la piel prácticamente me arde de lo fría que está el agua.

Con los pies toco un saliente rocoso y me esfuerzo por encontrar algo a lo que agarrarme para salir del río, pero no dejo de resbalar.

Al final consigo subirme al saliente de piedra y me araño la rodilla al hacerlo. Temblando con violencia a causa del frío, cojo la toalla para secarme y fulmino a Valasca y a Lukas con la mirada maldiciendo entre dientes.

Lukas está apoyado en la pared de la cueva, con los brazos cruzados, y me observa con antipatía y desprovisto de su habitual calor.

—¿Ya habéis acabado? —les espeto—. ¿Qué sentido tiene esto?

Valasca me lanza ropa interior limpia. Una prenda noi. Son unas braguitas de lino negro con un dragón blanco bordado.

—De momento ponte solo la dhunya —me ordena, y yo me pongo la ropa interior, y la vergüenza que me da estar desnuda enseguida queda enterrada por un airado resentimiento.

La guerrera desenvaina su aguja rúnica y me observa concentrada mientras yo aguardo allí temblando.

Miro a Lukas en busca de un ápice siquiera de la persona que era ayer por la noche. Del hombre al que me entregué por completo e hice mío. Pero está completamente encerrado en sí mismo. Su actitud es casi agresiva. A cierto nivel comprendo su repentina aspereza, aunque duela. Este cambio tenía que llegar. Mi encuentro con los murciélagos fantasma dejó perfectamente claro que soy demasiado emocional. Que me rindo demasiado rápido al pánico.

Que me derrumbo muy rápido.

Respiro hondo para tranquilizarme e intento controlar mi rabia.

Solo intentan ayudarme.

Valasca examina los tatuajes rúnicos que llevo grabados en el pecho, como si quisiera comprobar la fuente de mi glamour. Después me toca el abdomen con la punta de su aguja rúnica.

La runa smaragdalfar para rastrear demonios que me hizo Sage emite un brillo esmeralda que traspasa mi glamour elfhollen.

—Increíble —murmura la guerrera mirando a Lukas—. Me asombra la potencia que tienen las marcas de una maga de luz.

Niega con la cabeza como asombrada por la capacidad de Sage. A continuación clava una rodilla en el suelo a mi lado y empieza a dibujarme unas brillantes runas noi de color azul por el costado de la pierna. Noto una breve punzada de dolor tras cada una de las marcas, un poco más intenso que cuando Sage me hizo las runas de color esmeralda.

—¿Qué me estás grabando? —pregunto de mala gana mientras se disipa prácticamente del todo la vergüenza que me producía estar allí con el pecho descubierto.

—Una serie de runas que se alimentarán de tus auras de afinidad —contesta Valasca mientras se concentra en grabar las runas—. Amplificarán el poder de las armas rúnicas noi y amaz que resuenan con tus afinidades.

—¿Dónde está Chi Nam? —me intereso aguantando el dolor mientras me pregunto si

ella estará al corriente de las duras técnicas amaz.

—Reforzando el escudo del Vonor —contesta Lukas.

Se hace un tenso silencio mientras la guerrera sigue dibujando muy concentrada las líneas de las brillantes runas de color zafiro por la cara exterior de mis dos piernas y mis brazos. Me esfuerzo para no estremecerme a causa del frío que me provoca el gélido aire de la cueva en la piel desnuda y cada vez más iluminada.

Cuando parece haber terminado con las runas de mis extremidades, Valasca las estudia con atención y se coloca delante de mí para dibujar una serie de runas noi de color azul alrededor de la runa con el fin de rastrear demonios de Sage. Y cuando termina, se pone detrás de mí para dibujarme otra serie de runas por la columna.

Mis líneas enredadas cobran vida y proyectan ráfagas de invisible poder de tierra hacia la aguja mientras ella sigue dibujando. Mis líneas más débiles, las de agua y aire, despiertan bajo el efecto de su hechicería y, asombrosamente, percibo la ligera conciencia, por primera vez en mi vida, de una finísima línea de magia de luz enredada con el resto de mis líneas.

Una línea de luz verde apenas perceptible.

Valasca vuelve a colocarse delante de mí.

—Abre las palmas de las manos —me ordena.

Yo obedezco y ella procede a dibujarme luminosas runas noi en el centro de las palmas, idénticas a las que tiene Chi Nam en las suyas.

—¿Son runas para recuperar armas? —pregunto.

La guerrera asiente.

—Sí. Presiónalas justo en el centro cuando hayas lanzado tu arma, y esta volverá volando hacia tu mano.

Miro a Lukas, que abre la palma de la mano para enseñarme las suyas con una expresión todavía muy intimidante.

Cuando Valasca termina de marcarme la piel, murmura un hechizo rúnico y me da un golpecito con la aguja en el centro del pecho.

Todas las runas se esconden bajo el glamour y dejan de ser visibles bajo el falso tono gris de mi piel.

La guerrera me da entonces el uniforme vu trin y yo me pongo la túnica y los pantalones ignífugos que las guerreras utilizan para combatir. Después me siento en un saliente rocoso y me pongo los calcetines, las botas y el cinturón para las armas, volcando en mis botas la rabia que sigo sintiendo por la aspereza de Valasca y la distancia emocional de Lukas al tirar con fuerza de los cordones.

La guerrera saca mi nueva varita verde de una gran bolsa que está apoyada en la pared

de la cueva, y yo siento un inexplicable alivio al cogerla y envainarla en mi cinturón, consciente de que me la han llevado hasta allí por algo.

Lukas se acerca y ayuda a Valasca a ceñirme los cuchillos rúnicos al cuerpo. Mientras ella me coloca también una serie de estrellas vu trin de plata en diagonal, Lukas me ciñe el cuchillo Ash'rion a la parte superior del brazo. A continuación ella me coloca una funda en el hombro que contiene tres cuchillos más, y Lukas se pone de rodillas delante de mí, me levanta una de las perneras del pantalón, y me ciñe otro cuchillo envainado a la pierna. Valasca hace exactamente lo mismo en el otro tobillo.

Trago saliva mientras Lukas comprueba que tengo la funda bien ceñida con una mirada de seria concentración, y el contacto de sus manos en el cuerpo me recuerda sus caricias de la noche anterior. Sus sinuosas caricias por mis piernas y mis muslos. Cómo murmuraba mi nombre una y otra vez. Ahora no hay ni rastro de aquel ardiente afecto, y su distanciamiento emocional me afecta mucho, incluso a pesar de lo mucho que me estoy esforzando por ver más allá de esas emociones y ser comprensiva.

Una vez ceñidos todos los cuchillos, dejan caer las perneras del pantalón por encima. Después se ponen los dos en pie, se retiran unos pasos y me observan con atención.

—Creo que estamos listos para sacarla —le dice Valasca a Lukas como si yo no estuviera allí mientras los miro con el pelo mojado pegado a la cara.

Él me observa atentamente una vez más, como si yo fuera un objeto. Una espada. Un arma que se pudiera blandir. Asiente y mira a Valasca a los ojos.

—Veamos qué puede hacer.

Durante las siguientes semanas, mientras el portal se carga y se reestructura, Valasca y Lukas me entrenan con rudeza.

Chi Nam es una presencia constante de fondo, y divide su tiempo en reforzar el escudo del Vonor, cargar el portal y supervisar en silencio mi entrenamiento con las armas. Percibo que su guía está por detrás de todo lo que ocurre, pues tanto Lukas como Valasca intercambian mudas miradas con ella, a las que Chi Nam responde asintiendo de un modo casi imperceptible.

Cada mañana, Valasca me despierta tirándome por encima un cubo de agua fría, que ahora ya sé que es una prueba que todas las aspirantes a soldado amaz tienen que superar para aprender a controlar su reacción al malestar. Lo aprendí la segunda vez que me empapó con esa agua desagradablemente helada, cuando la insulté y ella me espetó los motivos de sus acciones.

Adopto una actitud desafiante y enseguida aprendo a levantarme y tirarme yo misma el cubo de gélida agua por encima antes de que lleguen ella y Lukas, después me quito la ropa mientras ellos me observan con los brazos cruzados. A continuación aprieto los dientes y me tiro a la gélida agua del río antes de que Valasca tenga la oportunidad de empujarme.

Y cada día, antes del alba, Valasca refuerza la carga de las runas de mi cuerpo, y luego ellos me colocan las armas y me llevan a una zona de prácticas que han preparado justo al final de la amplia cornisa del Vonor.

Lukas y Valasca han colocado una serie de objetivos de madera que tienen dibujados círculos concéntricos de distintas formas y tamaños. Algunos de los objetivos están colgados de cuerdas dispuestas en las ramas de los árboles que hay al otro lado de la cornisa, con la intención de ayudarme a enfrentarme a objetivos en movimiento.

Me enseñan a lanzar estrellas, cuchillos y lanzas, y a blandir un arco rúnico, pero acaban centrándose en los cuchillos cuando queda claro que estoy más cómoda con el peso y la forma de esa clase de armas.

Me entrenan sin descanso, me obligan a hacer ejercicios para fortalecer mis brazos, los hombros y el pecho, y me enseñan secuencias de artes marciales para que pueda mejorar el control de mi cuerpo y el equilibrio. Me duelen y me arden todos los músculos del cuerpo, pero ellos siguen presionándome hasta que tengo calambres y apenas soy capaz de lanzar ni un solo cuchillo más y mis hombros gritan doloridos.

Me obligan a practicar bajo un calor extremo. En plena noche, con un frío insoportable. Y, entretanto, se esfuerzan para no dejarme dormir, despertándome con agua, metiéndose conmigo, o sencillamente estirándome de los brazos y obligándome a ponerme en pie.

Cuando no estoy entrenando con ellos, estoy con Chi Nam, que me enseña todo lo relativo a los sistemas rúnicos. Mi habilidad con el violín me ayuda a deslizar los dedos con rapidez por las empuñaduras rúnicas y encontrar las combinaciones rúnicas adecuadas cada vez más y más rápido.

Por las noches estoy tan cansada que me quedo dormida en la sala de meditación de Chi Nam antes incluso de que mi cabeza toque el saco de dormir, sola en la estancia, pues ahora Lukas duerme en otra cueva, lejos de mí.

Y, todo este tiempo, Lukas permanece distante y encerrado en sí mismo, y mis emociones están cada vez más revueltas en respuesta al áspero modo en que me ha negado sus ardientes atenciones y su reafirmante fuego, aunque la parte racional de mi mente entiende perfectamente por qué lo está haciendo.

Tanto él como Valasca me han advertido que tengo que aprender a dejar las

emociones a un lado. Mantenerme firme ante la soledad y el aislamiento, el cansancio extremo e incluso el pánico. Pero se me está haciendo prácticamente imposible. Soy como una cuerda raída, peligrosamente a punto de romperse, y mi dolido resentimiento no deja de crecer, hasta que siento ganas de lanzarle a Lukas todas las armas que empuño y acabar así con el dolor que me atenaza.

La vigésima noche que pasamos allí, Valasca sale a cazar y a supervisar la periferia de nuestro campamento, y yo me quedo a solas con Lukas por primera vez desde la última ocasión en que intimamos.

Una brisa gélida sopla en la cornisa delante del Vonor y por encima de las copas de los árboles asoma una parte de la luna carmesí.

Estoy tan cansada que apenas puedo moverme.

Lukas y Valasca me despiertan varias horas antes del amanecer y me duele todo el cuerpo. Quizá cada vez esté más fuerte y esté mejorando con el uso de las armas rúnicas, pero ellos no dejan de ordenarme rutina tras rutina, sin parar.

Lanzo el último cuchillo. El objetivo de madera que tengo delante está repleto de cuchillos y estrellas, todas las armas perfectamente alineadas gracias a la puntería perfecta que me ha conferido la varita. Cada vez lo hago con mayor agilidad y velocidad. La rabia que siento a causa de su implacable y duro entrenamiento aumenta cada vez que lanzo un cuchillo y siento esa punzada de dolor en el brazo. Lanzo la última estrella y me vuelvo hacia Lukas con los ojos en llamas: me niego a seguir.

Me mira con frialdad.

—Otra vez —me ordena.

La rabia se apodera de mí.

Abro las palmas de las manos y utilizo las runas de recuperación para recoger las estrellas que estaban clavadas en el objetivo colgado del árbol que tengo delante. Las armas cruzan el aire hasta impactar contra mis palmas llenas de runas con una fuerza dolorosa, una tras otra, y yo las voy cogiendo y me las voy colocando en la funda que me cruza el pecho en diagonal. Después recupero dos de los cuchillos. A mis ojos asoman lágrimas de rabia. De pronto, la rabia, el dolor y el cansancio que siento son como una ola gigante que soy incapaz de controlar. Lanzo los cuchillos al suelo con un rugido, me arranco la funda de las estrellas y la tiro también al suelo. A continuación, me vuelvo hacia Lukas y proyecto todo el fuego de afinidad que puedo hacia él. Mientras mi fuego invisible lo asalta, él se mantiene firme y me fulmina con los ojos, imperturbable ante mi mágica protesta.

—¿Dónde estás, Lukas? —digo completamente destrozada—. Me entregué a ti la última vez que estuvimos juntos. Y ahora… es como si no significara nada para ti. Dices que es para entrenarme, pero es como si ahora me hubiera convertido en un arma y nada más. —Siento una punzada de dolor mientras mi fuego se abalanza sobre él, pero termina dispersándose sin alcanzar su objetivo; se me quiebra la voz—. Te necesito, Lukas. ¡Y quiero ser más que un arma para ti!

Y de pronto estoy al borde del colapso físico y emocional. Se me saltan las lágrimas al tomar conciencia de la situación. De pensar en aquello a lo que nos enfrentamos. En cómo él ha roto nuestra conexión justo cuando más le necesito.

Pasamos un momento enzarzados en una silenciosa batalla. Lukas me mira con tanta severidad que resulta casi violento.

Y entonces se acerca a mí con una expresión salvaje y su fuego ruge en mi interior. Me besa, se pega a mí y me presiona contra la pared de piedra abrazándome e internando en mí todo su fuego y su afinidad de tierra.

Encendida por la fuerza de su magia, doy rienda suelta al desesperado deseo que siento por él y le lanzo mi fuego. Mis ramas interiores también le buscan y nuestros respectivos poderes se buscan y conectan mientras nosotros nos besamos apasionadamente: su lengua en mi boca, mi lengua en su boca, y nuestros poderes convergen hasta convertirse en un salvaje ciclón.

Lukas se retira un poco. Los dos tenemos la respiración agitada. Pero él sigue abrazándome y me mira con pasión.

—Te quiero, Elloren. ¿Eso es lo que quieres oír?

Me quedo sin habla.

—¿Es eso? —pregunta con la voz ronca—. ¿Eso es lo que quieres?

—Sí —jadeo mientras él me agarra de los brazos con el fuego desatado. Trago saliva, abrumada.

—Te quiero —repite con tanta intensidad que me corta la respiración—. Pero eres la Bruja Negra. Y si quieres sobrevivir a Vogel no podemos consentirte. ¡Y yo quiero que sobrevivas! ¡Pero va a ser casi imposible que alguno de nosotros lo haga! ¿Lo entiendes?

Vuelvo a tragar saliva y asiento con aspereza sin poder respirar apenas. Conmocionada como estoy por su feroz declaración.

Lukas da un paso atrás y recupera su fuego, pero todavía puedo sentirlo.

Se recompone, se pone en jarras y se obliga a respirar con normalidad. Cuando vuelve a mirarme, su expresión es de nuevo distante y ya no queda ni rastro de su fuego. Mira las armas que he tirado.

—Otra vez, Elloren —me ordena.

Doce noches después, estoy sentada junto al fuego en compañía de Lukas, Valasca y Chi Nam. Me duelen todos los músculos del cuerpo, pero me estoy acostumbrando al continuo dolor mientras ellos me presionan cada vez más y más. Día y noche.

Estoy cambiando. Lo noto. Las armas que llevo pegadas al cuerpo empiezan a parecer una extensión de mí misma. Como si fueran extremidades nuevas. Y estoy empezando a conocer con profundidad hasta el último centímetro de esas armas, cada una de las runas de sus empuñaduras y lo que se puede hacer con ellas; los movimientos que tengo que hacer con los dedos para dar con sus múltiples combinaciones empiezan a parecerme tan naturales como las posiciones en las que ponía los dedos sobre los trastes del violín.

Lukas y Valasca han entrenado conmigo en plena noche. Me han despertado más de una vez y me han arrastrado, desorientada, hasta la puerta del Vonor, donde me han lanzado cubos de agua y han intentado intimidarme y desequilibrarme antes de obligarme a librar peleas simuladas que he perdido todas y cada una de las veces.

Pero cada vez me siento más ágil. Más perfeccionada. Y he empezado a salir sola, durante los pocos momentos de que dispongo, para experimentar con algunos de mis lanzamientos y combinaciones rúnicas. Estoy empezando a blandir con eficiencia más de un arma a la vez, siguiendo las guías de la varita, y alcanzo siempre mis objetivos, incluso a pesar de estar mental y físicamente exhausta.

Quizá todavía no sea una guerrera, pero me estoy empezando a sentir como una auténtica aprendiz de soldado. También estoy más cómoda con mi glamour elfhollen, estoy acostumbrándome al gris y voy aceptando mi identidad falsa.

Ya no soy Elloren Gardner, sino Ny'laea Shizoryn.

Me entrenan para que adopte la nueva identidad y consiga resultar convincente al contar mi historia ficticia respondiendo al nombre de Ny'laea. Ahora hablo prácticamente siempre en idioma elfhollen y visto ropas grises elfhollen protegidas por dentro con runas militares noi.

Desde la apasionada declaración de amor de Lukas me siento distinta con él, su distante rigidez ya no es una fuente de dolor para mí, por dura que sea su forma de tratarme. Lukas sigue distante, pero ahora ya comprendo, tanto racional como emocionalmente, por qué está siendo tan duro, y lo acepto.

Sin embargo, de vez en cuando, le sorprendo lanzándome una mirada apasionada y percibo el ardor de su poder tirando hacia mí antes de que él consiga reprimirlo.

El trigésimo sexto día de mi estancia aquí, el sol ilumina el mundo con un brillo letal y calienta el inmóvil aire del desierto. La sombra que se proyecta sobre mí me ofrece un breve respiro de este calor despiadado.

Aprieto con fuerza los cuchillos que tengo en las manos y noto el hormigueo de las runas cargadas bajo los dedos al tirar de mis auras de afinidad.

El sudor me resbala por el cuello mientras miro a Lukas y a Valasca en la arena carmesí del despierto. El aire es tan caluroso que parece que estemos metidos en un horno, y mi uniforme elfhollen es opresivamente caliente. Chi Nam nos observa desde un lateral, serenamente apoyada en su bastón rúnico. Por detrás de ella se erige un gran arco de rocas rojas, pasa por encima de mí, de Lukas y Valasca, y desciende en la arena.

Lukas y Valasca me atacan desde lados opuestos.

Desenvainan las armas en un abrir y cerrar de ojos, y yo percibo enseguida las afinidades que se están utilizando.

Lukas está proyectando fuego a su cuchillo. Puedo verlo y percibirlo con solo mirar su arma, pues mis líneas de afinidad de fuego se tensan cuando veo la imagen de una luz que parpadea en el interior de la empuñadura del cuchillo. Valasca está proyectando poder rúnico para tejer, con una compleja hechicería terrestre, un enjambre de dardos metálicos, y sus auras translúcidas emanan de las runas de su arma y flotan a su alrededor.

Yo muevo los dedos de memoria y los voy colocando según la combinación rúnica correspondiente mientras ellos me atacan a la vez.

El fuego de Lukas ruge alrededor de su arma, y alrededor de Valasca cobran vida cientos de dardos brillantes.

Yo extiendo los brazos y apunto a Lukas y a Valasca.

Su magia es lo primero que impacta contra mis cuchillos. El fuego de Lukas se apaga al quedar sofocado por el agua helada que proyecta una de mis armas, y los dardos de Valasca quedan reducidos a una lluvia de ceniza cuando impactan contra el fuego concentrado de mi otro cuchillo; y sus cuchillos salen disparados en direcciones opuestas por la fuerza de mi poder.

Los dos desenvainan nuevos cuchillos, pero antes de que puedan cargar sus armas, yo recupero las mías y amplifico la hechicería de los cuchillos con un rápido movimiento de dedos. A continuación se los lanzo a Lukas y a Valasca siguiendo las guías que me proyecta la varita.

Los cuchillos impactan en ellos y rebotan hacia los lados; y tanto Lukas como Valasca quedan envueltos en sendas bolas de fuego.

Observo boquiabierta ambas conflagraciones mientras el fuego se disipa rápidamente

contra los escudos translúcidos que tanto el uno como el otro han proyectado a su alrededor.

Los dos esbozan sendas sonrisas satisfechas y me miran con evidente orgullo.

Yo me vuelvo hacia Chi Nam completamente asombrada.

—Lo he conseguido, ¿verdad? —pregunto alucinada—. Lo he conseguido. Los he matado.

Chi Nam sonríe.

—Lo has conseguido, Ny'laea. No hay duda de que los dos están muertos.

Algunas noches después, Lukas y yo estamos junto al escudo de Chi Nam observando a seis murciélagos fantasma desde la cornisa; nos están mirando en silencio con sus ojos despiadados.

La noche anterior había conseguido reprimir mi miedo y utilizar la hechicería rúnica para asustar a las bestias hasta que se marcharon, pero Lukas cree que ha llegado el momento de que me enfrente a ellas sin la protección del escudo.

Expuesta.

Para que practique hasta conseguir controlar mi miedo mientras tengamos la oportunidad, pues mañana cruzaremos el portal y dejaremos atrás sus criaturas fantasma.

Trago saliva mientras Lukas me toca al brazo y mira las bestias camufladas. El aire del desierto es frío y todo está en calma.

—Voy a eliminar una parte del escudo dentro de un momento —me advierte—. Así que prepárate.

Respiro hondo y proyecto una ráfaga de fuego en mis líneas mientras aprieto el cuchillo rúnico y trato de dinamitar mis emociones. Sé que incluso el mínimo ápice de miedo será amplificado por los murciélagos monstruosos e intentarán inmovilizarme con él. Pero aun así una chispa de anticipación consigue traspasar mis defensas y yo me esfuerzo por sofocarla.

—Hay muchos —digo con recelo. Y ya me he dado cuenta de que son rápidos. Son inesperadamente veloces para el tamaño que tienen.

Noto cómo su aura me rodea la mente, como una niebla envenenada, tratando de arrastrar mis emociones hacia el pánico.

Aprieto el cuchillo Ash'rion con fuerza y los voy mirando uno a uno, peleando contra el paralizante miedo con una corriente constante de poder de fuego, al tiempo que me preparo para asustarlos con un rayo.

—Puedes con ellos —me anima Lukas—. Ya nos has ganado a Val y a mí.

Su tono de voz es inesperadamente cálido y siento una ráfaga de afecto que me engulle. Le miro agradecida y atraída por la imagen de su musculoso pecho decorado con runas a la luz carmesí de la luna, cuyo resplandor sofoca ligeramente el brillo verde de su piel. Todavía tiene una fina cicatriz del ataque de los escorpiones que le atraviesa el pecho y el hombro.

Se ha quitado la túnica durante el intenso entrenamiento de esta noche para hacer una demostración de cómo hay que defenderse de un ataque físico; y la instrucción requería unas cuantas llaves para las que teníamos que estar muy pegados.

El calor se desliza ardiente por mis líneas mientras observo su atractivo físico y pienso en cómo esa cercanía nos ha afectado a los dos durante el forcejeo. A Lukas se le ha escapado el fuego unas cuantas veces, y para cuando habíamos terminado sus líneas ardían.

Me envalentono y vuelvo a envainar el cuchillo, me vuelvo hacia él y le proyecto una ardiente ráfaga de fuego para que deje de mirar a los murciélagos.

Lukas se enciende y me lanza una mirada inquisitiva.

La salvaje atracción que siento por él se erige con fuerza y me abandona la prudencia. Porque le añoro. Desesperadamente, en este momento. Tocarle, sentirlo cerca… Es el único momento en el que siento que mi poder es completamente libre, cuando se desprende del yugo de los árboles. Y añoro la forma en que proyecta su fuego cuando me besa. Con sus caricias…

Mi fuego se abalanza hacia Lukas, descontrolado, y levanto la mano y paseo el dedo por su pecho. Por la cicatriz que se hizo protegiéndome. Continúo subiendo por su musculoso hombro presa de un ardor y un deseo que me aturden.

Le miro a los ojos y siento una corriente de su poder en mi interior.

La mirada verde de Lukas es ahora oscura como la medianoche y en ella arde un deseo salvaje.

Envalentonada, dejo resbalar la mano por su cuello y entierro los dedos en su espeso pelo negro. Cierro el puño y le doy un pequeño tirón.

Le deseo. No me interesan ni la cordura ni la prudencia. Le deseo.

Tiro de él y le beso con fuerza presa de un temerario ardor.

Puedo sentir la curva de sus labios, que por un momento se tensan por una diversión que desaparece empujada por la fuerza del fuego invisible que proyecto en su interior, una oleada tras otra, y no puedo parar. Sigo proyectándole mi fuego, quisiera consumirnos a los dos mientras noto cómo el fuego de Lukas va creciendo en su interior y sus poderosas llamas aumentan y se enroscan alrededor de mi repentino infierno.

—Para —me dice con firmeza con la respiración entrecortada y los ojos nublados por la pasión—. No tenemos raíz de sanjire.

Mi poder tira hacia él, sumándose a sus llamas y alimentándolas hasta el frenesí.

—Ojalá tuviéramos raíz de sanjire —digo con frustración y apetito. Le deseo tanto que estoy prácticamente dispuesta a actuar sin pensar.

—Si tuviéramos raíz de sanjire —dice Lukas con el deseo ardiendo en los ojos—, te asaltaría aquí mismo. Contra la pared.

Le sonrío.

—Quizá te asaltaría yo primero.

La salvaje mirada de Lukas adopta un aire de oscura diversión. Levanta la mano y desliza un dedo por el costado de mi pecho dejando a su paso una llama invisible.

—Cuando consigas controlar tus líneas —dice con un tono grave y suave como el terciopelo—, estaré completamente a tu merced.

Le sonrío con más ganas.

—Así es como iniciaré mi reinado de Bruja Negra sobre ambos reinos, obligándote a hacer todo lo que yo quiera.

La mirada divertida de Lukas desaparece como si de repente se hubiera visto superado por las emociones.

—No podemos hacer esto —dice con severidad—. Tengo que ser duro contigo y entrenarte como si fueras un soldado, no podemos flirtear. —El severo tono de su voz se suaviza un poco—. Tengo que ser distante contigo.

Frunzo el ceño frustrada mientras todo mi fuego se abalanza sobre él desesperado por liberarse.

—¿De verdad estoy en el ejército?

Lukas reprime una sonrisa.

—Has sido reclutada.

—¿Ah, sí? ¿En qué ejército?

Me mira fijamente.

—En el mío.

Doy un paso atrás y respiro hondo mientras le observo con evidente deseo.

—¿Qué pasará cuando lleguemos a las tierras Noi? —pregunto presa de una frustración que confiere cierta aspereza a mi tono. Gesticulo con la mano señalándonos a ambos—. ¿Qué pasará entre nosotros?

Lukas sonríe mientras me mira de arriba abajo.

—Que conseguiremos un montón de raíz de sanjire.

—Estás dando por hecho que las noi no te matarán en cuanto pongas un pie al otro

lado de la frontera.

Suelta una risotada.

—No me matarán. Tengo información sobre el ejército gardneriano que ellas necesitan. Y soy poderoso. Las vu trin no son tontas. Querrán hacer un buen uso de mi poder. Sin embargo, a ti sí que querrán matarte. Tendrás que seguir oculta tras este glamour durante un tiempo.

—Entonces doy por hecho que no viviremos juntos.

Lukas sonríe.

—¿Quieres vivir conmigo, Elloren?

«Sí, quiero vivir contigo —pienso—. Y compartir tu cama.»

Pero entonces me doy cuenta de que es mucho más que eso. El sentimiento es mucho más profundo.

Sostengo la ardiente mirada de Lukas.

—Sí —confieso—. Quiero vivir mi vida contigo.

Y cuando lo digo siento una punzada de dolor.

«Yvan.»

«Ya no está —me recuerdo mentalmente tratando de luchar contra el dolor que reaparece en momentos inesperados—. Estás comprometida. Y has consumado el compromiso. Con alguien a quien has cogido mucho cariño. Tienes que olvidarte de Yvan.»

—Al principio no podremos vivir juntos —comenta Lukas con aire reflexivo—. Eso alertaría a las vu trin. —Se acerca, me abraza y me apoya los labios en el pelo. Noto la provocativa sonrisa de su voz—. Tendremos que vernos en callejones oscuros y tabernas de mala muerte.

Yo me aparto un poco de él muy seria.

—Quiero que estemos juntos. Pase lo que pase.

Lukas se pone tan serio como yo y en sus ojos brilla una intensa emoción al tiempo que algo nuevo nace entre nosotros.

—Yo también —confiesa—. Quiero estar contigo. Siempre. Pase lo que pase.

Se me llenan los ojos de lágrimas mientras de mi interior brota un afecto con una fuerza inesperada.

Y amor.

Amor por Lukas Grey.

—Elloren —dice Lukas con pasión antes de estrecharme con fuerza para besarme.

Nuestras líneas de afinidad se entrelazan con la misma fuerza con la que nos abrazamos mientras nos abandonamos al apetito que sentimos el uno por el otro.

Y al amor que sentimos el uno por el otro.

Completamente abrumada, empiezo a cerrar los ojos mientras me dejo arrastrar, tanto por el beso de Lukas como por su ardiente cariño. Pero de pronto me llama la atención un movimiento que percibo en uno de los árboles frente a nosotros.

El brillo de unos ojos depredadores.

Muchos ojos.

Infinidad de ojos en un mismo murciélago alargado. De sus curtidas alas brotan unos hilillos de sombra y la runa de mi abdomen empieza a dolerme.

El miedo me golpea como un martillo impactando en un yunque.

Me separo de él y le cojo con fuerza del brazo; se me quedan los pulmones sin aire, y la confusión arde en los ojos y en el fuego de Lukas.

Vuelve la cabeza siguiendo la dirección de mi mirada justo cuando la barrera rúnica de Chi Nam parpadea y desaparece, como una vela que se apagara sin ningún esfuerzo.

—Lukas —jadeo mientras el murciélago fantasma y varios más extienden las alas y empiezan a bajar del árbol como si fueran uno solo; del murciélago de los ojos infinitos brota el humo. Por instinto llevo la mano al cuchillo Ash'rion al advertir la runa de desviación que la criatura lleva grabada en el pecho—. ¡No uses la magia! —le advierto.

Lukas adopta una expresión salvaje, me empuja hacia atrás, alza la varita y proyecta una ráfaga de fuego que impacta en los murciélagos sin marcas rúnicas cuando estos alzan el vuelo.

Todos los murciélagos, a excepción de la criatura de los ojos infinitos, estallan en llamas y se precipitan al suelo con un grito ensordecedor.

Lukas tira de mí y me coloca detrás de él cuando el murciélago alargado lleno de runas aterriza ante nosotros con un golpe sordo y le ataca con la velocidad de una cobra.

Él lo esquiva y la criatura impacta contra el muro de piedra del Vonor. Se levanta enseguida y Lukas desenvaina la espada, se abalanza sobre la bestia y lo corta por la mitad.

Con un ala y la mitad del cuerpo colgando, el murciélago alargado me clava todos sus ojos y agita el ala que le queda. Clava la punta del ala en la roca como si fuera una daga al tiempo que emite un chirrido, chasquea los dientes y proyecta su cuerpo mutilado hacia mí seguido de un reguero de sangre oscura. Yo desenvaino mi cuchillo.

Lukas vuelve a atacar, alza la espada y al bajarla le amputa la cabeza a la bestia, que se queda con los ojos abiertos, mirándome.

Oímos gritos de dragón en el aire y alzamos la cabeza justo cuando pasan volando por encima de nosotros. La imagen de un árbol oscuro hecho de sombras aparece en mi

mente justo cuando los dragones empiezan a sobrevolar el Vonor dibujando círculos. El pánico me atenaza.

Lukas me mira a los ojos con horrorizada urgencia, me coge de la mano y tira de mí hacia la puerta del Vonor.

Valasca y Chi Nam ya han llegado. Valasca se está colocando sus armas rúnicas, y Chi Nam no deja de dar golpecitos en la estructura del portal con una piedra rúnica, pero el centro del portal se obstina en permanecer de color gris, aún descargado.

Valasca maldice entre dientes y mira a Lukas.

—Las fuerzas de Vogel pueden desmantelar sistemas rúnicos avanzados. Tenemos un problema.

—Vogel está aquí —les digo advirtiendo la fugaz mirada alarmada de Lukas.

Pero entonces adopta una expresión inflexible y mira a Chi Nam.

—¿Cuánto tardarás en tener listo el portal?

—Poco —dice pegando una piedra rúnica al marco del portal mientras el centro de la estructura se ilumina ligeramente. Le mira muy seria—. Pero solo podrá cruzar uno de nosotros. Quizá dos, pero el segundo podría desviarse.

—¿Puedes acelerar el proceso? —la presiona.

—Lo estoy intentando.

Lukas se vuelve hacia mí muy decidido. Me coge de los brazos y me habla con rudeza:

—Elloren. Cuando llegues a las tierras Noi, tienes que encontrar a tus hermanos. Y después, si es que sigue ahí, encuentra a Kam Vin. Avísalos. Avisa a todo el Wyvernguard de lo que viene.

Estoy aterrorizada.

—¡No! ¡No pienso marcharme sin vosotros!

—¡Silencio! —me espeta—. ¡Escúchame! Explícales que Vogel es capaz de desmantelar runas militares avanzadas. Díselo a Kam Vin. Ella te creerá. Ella sabe lo que está ocurriendo en el Reino de Occidente.

Sus palabras me atraviesan. Intento soltarme de sus manos y niego con la cabeza obstinada y cada vez más asustada.

—No. ¡No pienso irme sin ti!

—Elloren. —Lukas me habla con dureza y me agarra con fuerza de los brazos. Entretanto, Valasca me va prendiendo más cuchillos al cuerpo—. Te irás.

La guerrera me mete una bolsa con dinero en el bolsillo de la túnica, después se yergue y me agarra también del brazo con una expresión desesperada e inflexible como el acero.

—Encuentra a Ni —me dice con urgencia y un tono suplicante—. Prométeme que

encontrarás a Ni y le explicarás lo que es capaz de hacer Vogel. Adviértela. Y… —Su expresión se descompone por un segundo y le tiembla la voz—. Dile que la quiero. Prométemelo, Elloren. Prométeme que se lo dirás.

Están sacrificando sus vidas por mí.

Las lágrimas me nublan la vista y niego con la cabeza, desesperada.

—No. Por favor. No.

Los dragones dejan de sobrevolarnos y aterrizan en la vasta extensión de desierto que se abre ante la montaña del Vonor.

Lukas adopta un tono apasionado.

—Elloren, tú no eres débil. Eres una guerrera. Siempre he sabido que eras poderosa. Pero ahora tienes que creértelo. Tienes que sobrevivir. Tienes que luchar contra Vogel. Y debes ganar.

Miro hacia los dragones con los ojos llenos de lágrimas. Los siete jinetes vienen hacia nosotros y puedo divisar sus oscuras y pequeñas siluetas a lo lejos.

Vuelvo a mirar a Lukas horrorizada y devastada.

—Te quiero —le digo.

Lukas se pone tenso un segundo y a su rostro asoma un dolor lacerante. No podemos mentirnos el uno al otro, así que sabe que lo que le acabo de decir es verdad. Yo amaba a Yvan. Y eso no cambiará nunca. Pero con el tiempo he llegado a enamorarme también de Lukas.

Mi pareja. Mi amante. Mi amigo.

Cuando contesta, Lukas tiene la voz teñida de emoción, a punto de quebrarse.

—No hay palabras para explicar lo que siento por ti. Nunca las ha habido.

Mira hacia los magos que se aproximan, me suelta los brazos y se vuelve para desenvainar la varita con una actitud letal.

Noto cómo su poder gana fuerza hasta convertirse en un arma mortal y bien engrasada.

Se aleja de mí y sigue a Chi Nam, que camina hasta el final de la cornisa de piedra y clava el bastón rúnico en la roca. Aparece otro escudo rúnico sobre nosotros que palpita con una luz azul y en él veo una constelación de runas más densa.

Lukas se coloca detrás de ella con la varita preparada. Valasca se pone a su lado con dos cuchillos en las manos.

Yo preparo también los cuchillos con el corazón acelerado. Ahora veo a Vogel con mayor claridad; se acerca a nosotros con el pájaro blanco bordado sobre su túnica sacerdotal y la varita negra en la mano.

Le siguen cuatro magos de nivel cinco y sus dos guardias, pero los guardias están

alterados de un modo espantoso. Les han salido unos cuernos oscuros de la cabeza y tienen los ojos rojos como el carbón en llamas. La runa que tengo en el abdomen empieza a arder.

«Son demonios», advierto horrorizada.

Sin previo aviso, el árbol oscuro de Vogel me impacta como si fuera un puño de afinidad, y de pronto me duelen las manos y las muñecas, como si me las hubieran atravesado con un millón de agujas. Tanto su poder como el dolor me obligan a dar un paso atrás y me roban el aire de los pulmones. Las ramas oscuras de Vogel se enroscan a mis líneas y me inmovilizan mientras yo peleo contra sus ataduras invisibles dejando escapar un grito vengativo.

Lucho contra el poder de Vogel tensando mis líneas con la intención de resistirme a su yugo, pero es demasiado intenso.

Por entre las copas de los árboles que nos rodean aparecen un montón de murciélagos fantasma, y yo me desespero mientras la varita verde empieza a palpitar con una energía frenética pegada a mi muslo.

Quiero soltarme y pelear contra él, pero no puedo moverme. Se ha apoderado por completo de mis líneas enredadas.

De pronto tengo la sensación de que unas brillantes ramas verdes brotan de mi varita y se enroscan en el árbol que ha aparecido en mi mente.

Las sombras que rodean mis líneas se erigen en una explosión de algo que parece una furiosa sorpresa. Sisean a causa del contacto y presionan con más fuerza para aferrarse a mis líneas con más fuerza.

Peleo con todas mis fuerzas contra el yugo de Vogel, pero es inútil. Mi magia reprimida, mi varita y todos mis aliados no son rival para Vogel y su varita negra, es demasiado poderosa.

Vogel es demasiado poderoso.

Él y sus magos se acercan al escudo de Chi Nam y se paran justo delante.

El Gran Mago le dedica una sonrisa lenta y despiadada a la anciana hechicera.

—Tienes algo que me pertenece, Chilon. Dame a mi Bruja Negra.

Chi Nam levanta la barbilla clavándole los ojos a Vogel.

—No podrás llevártela, maldito diablo.

Vuelve a golpear su bastón contra la roca y tanto del bastón como del escudo brotan unos rayos azules.

Vogel observa a Chi Nam completamente inexpresivo, como si se tratara de un insecto particularmente entretenido, y en su elegante rostro se refleja la luz azul de las runas.

De pronto todo queda envuelto en una erupción de luz dorada que cobra vida delante

de mí.

Valasca se vuelve y abre los ojos desmesuradamente mirando hacia mí.

—Está cargado para una persona —avisa con la voz ronca lanzándome una mirada desafiante.

Y entonces todo ocurre en un segundo.

Vogel adopta una actitud despiadada al tiempo que los murciélagos fantasma se lanzan desde los árboles con un graznido colectivo y los magos oscuros de Vogel desenvainan sus varitas.

Todos proyectan sendas ráfagas de fuego.

Lukas se da la vuelta y se abalanza sobre mí justo cuando el muro de fuego que han proyectado los magos oscuros se interna en el escudo de Chi Nam; a continuación impacta contra Chi Nam envuelto en un destello de luz azul y avanza rápidamente hacia nosotros.

Lukas nos coge a mí y a Valasca, y nos mete en el portal. La guerrera sale despedida hacia un lado y yo soy engullida por las profundidades doradas del portal.

Lukas me mira justo cuando el fuego dorado impacta contra su espalda y en sus labios se dibuja una palabra que se traga el rugido de las llamas.

«Elloren.»

Una oleada de luz dorada lo hace desaparecer de mi vista y se traga el sonido mientras yo grito su nombre.

# 3

# Incendio

ELLOREN GREY

***Mes siete***
***Bosque Dyoi, Reino de Oriente***

Desciendo de cabeza por la brillante luz dorada del portal e impacto con fuerza en el suelo de un espeso bosque púrpura bajo un cielo tormentoso a plena luz del día.

Me incorporo muy desorientada apoyando las palmas de las manos en el musgo del suelo y miro a mi alrededor.

Detrás de mí veo el portal suspendido en el aire. Su bruma dorada es vaga e insustancial, y las runas del marco se van disipando hasta tornarse transparentes siluetas que ondean como el agua.

El corazón me golpea el pecho y me abalanzo sobre el portal presa del pánico, a pesar de advertir que se está disipando.

—¡Lukas! —grito en el interior del portal ya evaporado—. ¡Chi Nam! ¡Valasca!

Meto el brazo tembloroso, pero aparece por el otro lado.

—¡Lukas! —grito desesperada.

«Gran Ancestro, no. No. Ha dado la vida por mí. Y Chi Nam…»

La imagen de la poderosa Chi Nam consumida por el fuego oscuro de Vogel, de las llamas impactando contra la espalda de Lukas justo cuando yo era absorbida por el portal, es como si se me clavara un cuchillo en el corazón.

—¡Lukas! —le grito al portal—. ¡Chi! ¡Valasca!

¿Dónde está Valasca? ¿Ha salido disparada a muchos kilómetros de mí? ¿O podría estar en este mismo bosque?

Miro a mi alrededor devastada y con los ojos llenos de lágrimas observando los árboles más altos que he visto en mi vida, que se alzan hasta una altura imposible a mi alrededor.

Y todos son de color púrpura.

Los troncos gigantescos son de un tono medianoche y sus hojas en forma de lágrima son de un intenso color violeta. El suelo del bosque está cubierto por helechos de un suave tono amatista. Y de pronto veo un pequeño lagarto con un intrincado diseño púrpura en la espalda que trepa por el tronco que tengo al lado.

La silenciosa silueta blanca de un relámpago se recorta en el cielo. El repentino rugido del trueno me hace estremecer sorprendida y se me vuelve a encoger el corazón.

Vuelvo a mirar hacia el portal, cuyo brillo dorado ya ha desaparecido, y el arco que lo rodeaba ya no es más que un efluvio de luz rúnica azul.

—¡Lukas! —vuelvo a gritar atragantándome con las lágrimas.

A mi alrededor oigo el canto de pájaros que no conozco y veo una grulla plateada con la cola rizada cruzando el dosel de hojas violetas.

«Estoy en tierras Noi», advierto. En el bosque Dyoi. A kilómetros y kilómetros de ellos.

A kilómetros de Lukas.

—¡Valasca! —grito en el bosque muy afligida.

Oteo los árboles buscándola, gritando su nombre una y otra vez en todas direcciones.

Pero no hay respuesta.

Solo oigo el chirrido de los insectos, los desconocidos cantos de los pájaros y el crujido de las hojas de color púrpura.

A mi cabeza vuelve la imagen de Lukas asaltado por el fuego oscuro de Vogel acompañada de una certeza devastadora.

«Está muerto.»

Y si, por algún milagro, el fuego no le hubiera matado, no hay duda de que a estas alturas Vogel y sus soldados ya le habrán asesinado.

Entierro la cabeza en mis manos mientras las lágrimas me empañan los ojos y me esfuerzo por respirar.

Repito la escena en mi mente una y otra vez. La última vez que he visto a Lukas. La apasionada expresión de sus ojos. Cómo ha dicho mi nombre justo antes de que me alejara de él.

«Me ha salvado. Me ha salvado la vida. Todos me han salvado.»

Levanto la vista y veo que el portal se ha desvanecido del todo.

—¡Lukas! —le grito al vacío sollozando—. Valasca. Chi…

Se me quiebra la voz, abrumada por el dolor, y se me rompe el corazón.

Otro relámpago se dibuja en el cielo seguido de un estruendo ensordecedor. Contraigo el rostro, dolida, justo cuando una palpable certeza se abre paso en la raíz que tengo junto a la palma de la mano. A continuación siento una oleada de amorfa hostilidad

procedente del bosque que me rodea, además de un fuerte tirón de mis líneas de afinidad, en todas direcciones.

Atándolas de nuevo.

«Lo saben-»

Incluso allí, en el Reino de Oriente, los árboles saben quién soy.

Imagino su extensa red de raíces procedente del Reino de Occidente, cruzando el desierto de oriente, trasladando su mensaje de una raíz a otra.

«Bruja Negra.»

La indignación despierta en mi interior con una intensidad sorprendente. Aparto la mano de la raíz y me pongo en pie.

—Así que ya lo sabéis —le digo al bosque esbozando una mueca temblorosa con los labios mientras miro a los árboles—. Sabéis quién soy.

Una oleada de pánico se apodera de mi indignación.

«Estoy sola. En un bosque hostil. En una tierra cuyo ejército quiere eliminarme. Y no tengo ni idea de cómo salir de aquí.

»Y Vogel vendrá a por mí y a por todo el reino.»

El suelo parece temblar bajo mis pies y yo me agacho y me rodeo los muslos con las manos mientras me obligo a respirar hondo y a pelear contra el miedo.

De pronto recuerdo las palabras de Lukas: «Eres una guerrera. Siempre he sabido que eres poderosa. Pero ahora tienes que creértelo tú».

Se me vuelven a saltar las lágrimas al recordar la grave y embriagadora voz de Lukas. Y la confianza inquebrantable de Lukas, Valasca y Chi Nam en mi capacidad para ser fuerte.

«Todos estaban convencidos de que podías convertirte en una guerrera —me digo furiosa engullida por el dolor—. Y lo sacrificaron todo para ayudarte a escapar.

»Tienes que ser fuerte.»

Miro los helechos aplastados sobre los que estaba hecha un ovillo hace un momento, y mis cuchillos rúnicos, que siguen en el suelo, y entonces me asalta una convicción todavía mayor.

«Vogel es capaz de desactivar las runas militares noi. Puede acercarse a la hechicera noi más poderosa y vencerla sin esfuerzo. Lo que significa que podrá entrar en el Reino de Oriente y destruirlo todo y a todos los que lo habitan.»

Me decido.

«Tienes que llegar al Wyvernguard y avisar a las vu trin.»

Me presiono las runas de las manos y los cuchillos se elevan del suelo del bosque y regresan a mis manos.

Los empuño con fuerza.

«No puedes desfallecer —me ordeno apretando las empuñaduras—. Ahora estás sola.»

Envaino los cuchillos con un intenso dolor ardiendo en el pecho, me limpio las lágrimas y me palpo la ropa en busca de las demás armas, los cuchillos que llevo pegados a los brazos y por detrás de los bajos del pantalón, y la varita que llevo envainada al costado.

Está todo ahí.

Los relámpagos parpadean en el cielo. El aire está cargado con la energía de la tormenta incipiente y despierta una nueva energía que me recorre las líneas enredadas. Tengo que llegar a la ciudad noi de Voloi, hogar de los wyvernguard. Y tengo que llegar cuanto antes.

Porque Vogel está a punto de llegar al Reino de Oriente.

La varita negra se está erigiendo.

Frunzo el ceño observando el bosque púrpura que me rodea recordando el mapa que Chi Nam tenía del oeste. Si estoy en el bosque Dyoi, tengo que seguir caminando en dirección este y cruzar el río Zonor y la cordillera Vo. Y después de las montañas, cruzar el río Vo para llegar a Voloi.

Pero no tengo brújula…

De pronto oigo el grito de una niña que se cuela en mis pensamientos y me tenso de pies a cabeza.

Otro grito en la misma dirección. Y a continuación un graznido de insecto que culmina con un chirrido.

Palidezco al recordar el sonido.

Escorpiones.

El terror me atenaza y me inmoviliza un momento.

Y entonces oigo otro grito espeluznante. Una mujer que aúlla asustada en urisco.

Los gritos atraviesan mi pánico como un martillo golpeando un cristal. Desenvaino mis cuchillos y corro en dirección a los sonidos, esquivando árboles, saltando por encima de las gruesas raíces, aplastando los helechos con mis botas.

Más adelante se abre un claro y el bosque da paso a un valle donde la hierba violeta se mece azotada por el viento que sopla antes de la tormenta; los relámpagos parpadean entre las furiosas nubes que hay suspendidas en el cielo.

Me detengo al ver la espantosa escena que tengo ante los ojos.

Una mujer urisca con la piel violeta y una niña pequeña están hechas un ovillo contra una gran roca al borde de un campo. Ante ellas veo una chica gardneriana de unos trece años. Tiene un cuchillo en la mano temblorosa y se enfrenta con una actitud feroz a tres

gigantescos escorpiones que las están acechando. Una de las criaturas es más alta que las otras y tiene una forma un poco alargada, además de llevar varias runas oscuras sobre el tórax y la espalda, incluyendo una runa de desviación.

Me quedo inmóvil un momento mientras la niña pequeña grita y esas criaturas espantosas se acercan a la chica del cuchillo, chasqueando los dientes y graznando, preparándose para atacarla con sus letales patas delanteras y los pinchos venenosos que tienen en sus colas.

La rabia que siento de golpe me libera del miedo y el entrenamiento toma el mando de mis actos. Empuño los cuchillos con fuerza y empiezo a avanzar con cuidado.

Tropiezo con una raíz y piso con fuerza el suelo del bosque.

Los escorpiones se vuelven hacia mí a la vez.

Siento una punzada de alarma y un tirón en la runa para detectar demonios que llevo en el abdomen. Dos de los escorpiones me están mirando con sus profundos ojos de insecto. Pero el tercero, el más alargado, no me mira solo con sus ojos saltones, también me mira con los muchísimos ojos que tiene repartidos alrededor de los primeros. Y en el centro de todos esos ojos tiene uno que no es de insecto. Es un ojo verde claro muy despierto.

Es el ojo de Vogel.

Todas mis dudas se hacen añicos, como la descarga de una tormenta. En un abrir y cerrar de ojos se apodera de mí una intensa rabia y una ráfaga de fuego mágico me cabalga por las líneas.

Lukas. Chi Nam. Los lupinos. Yvan. Todas las personas que ha matado Vogel. Todo el dolor me atraviesa mientras mi fuego estalla en una violenta conflagración.

De mi interior brota un gruñido que va subiendo de intensidad hasta convertirse en un rugido.

—¡Aléjate de ella, maldito bastardo!

Corro hacia el valle empujada por el entrenamiento mientras deslizo los dedos por las runas de ambas empuñaduras y cargo las runas de fuego.

Los escorpiones más pequeños se agazapan para protegerse cuando la varita empieza a emitir un zumbido contra mi muslo y yo alzo los cuchillos viendo las brillantes líneas verdes que se forman en mi campo de visión en dirección a las bestias. Deslizo los dedos por las runas y murmuro los hechizos noi.

Con un aullido gutural, lanzo ambos cuchillos apuntando al cuello de los escorpiones.

Los cuchillos encuentran sus objetivos y las cabezas de ambas criaturas estallan en una bola de ardiente fuego dorado; sus cuerpos se convulsionan y borbotean al caer al suelo.

El escorpión más grande se dirige hacia mí con sus gigantescas y ágiles patas.

Hecha una furia, presiono las runas que tengo en las palmas de las manos, y los cuchillos regresan a mis manos emitiendo sendos ruidos sordos al impactar contra mi piel.

—¿Me ves? —le rujo al escorpión lleno de runas blandiendo con fuerza mis cuchillos mientras me encaro a él—. ¡Bien! ¡Vamos, Vogel! ¡Ven a por mí, bastardo!

De pronto la criatura salta hacia mí por el aire. En mi visión se forman una serie de líneas verdes y yo lanzo mis cuchillos directamente hacia su vulnerable cuello.

El escorpión chirría cuando mis armas le atraviesan la garganta y yo salto hacia un lado justo cuando aterriza y por poco me alcanza en el hombro con la zarpa que tiene en el antebrazo.

Mientras la criatura se revuelve presa de la angustia, un icor negro emana de su cuello, y yo me alejo rodando por el suelo mientras el escorpión intenta alcanzarme con el antebrazo una vez, y otra y otra. Sigo rodando por la hierba mientras oigo gritar a la niña. Me levanto mientras la criatura se encorva y se retuerce.

Todavía muy furiosa, desenvaino otro cuchillo y me acerco a la malvada bestia en busca del pálido ojo verde de Vogel, que está abierto y alerta mientras la criatura gorgotea y chirría, y al fin se queda completamente quieta.

En ese momento no hay nada que pueda saciar mi sed de venganza.

Me acerco a la bestia y miro directamente a su pálido ojo verde.

—Voy a ir a por ti —le espeto a Vogel empujada por la rabia que siento; no hay cabida en mí para otra emoción—. Y me voy a convertir en tu peor pesadilla.

Es imposible que esa criatura pueda tener expresión alguna, pero puedo sentir el frío y vicioso rencor que brilla en ese único ojo.

—Vete al infierno, Vogel —siseo, y a continuación le atravieso el ojo con mi cuchillo.

Me cebo con la criatura hasta que consigo sacarle el ojo de Vogel y todos los demás. Clavándole el cuchillo en la cabeza una y otra vez. Después me enderezo, respiro hondo para tranquilizarme, sintiendo la sed de sangre que me sigue recorriendo las venas mientras observo, parpadeando, la escena que tengo ante mí, y asimilo la realidad del desastre que he causado.

Los dos escorpiones más pequeños están tendidos en el suelo. De sus cabezas calcinadas todavía sale humo, y están dobladas en ángulos imposibles justo por donde mis cuchillos les atravesaron el cuello. El icor negro se vierte sobre la hierba violeta que rodea los cadáveres. La cabeza del escorpión de Vogel es un amasijo de sangre.

El fuego mago me recorre las líneas enredadas y arde furioso. Pero hay algo más. Otra línea de fuego, más caliente todavía y cada vez más fuerte. Siento una punzada de dolor

al advertir que es el fuego wyvern de Yvan.

Presa del asombro, limpio sobre la pálida hierba violeta la sustancia mucosa que recubre mi cuchillo y a continuación me levanto y vuelvo a envainar el arma mientras el fuego wyvern me recorre las líneas.

Extiendo las manos y me presiono las runas de las palmas con los pulgares para recuperar el resto de mis armas.

Las limpio también en la hierba, me pongo derecha y las envaino con absoluta calma.

La mujer, la chica adolescente y la niña siguen apiñadas y me miran absolutamente asombradas. Enseguida me doy cuenta de que la mujer y la niña están enfermas. Mucho. Tienen los ojos inyectados en sangre y manchas rojas en la boca. Su aspecto es febril y están muy delgadas.

La gripe roja.

Y por el aspecto que tienen las dos diría que están en el estadio final de la enfermedad.

La muchacha gardneriana se coloca ante ellas y me clava sus ojos verdes empuñando todavía su cuchillo. Parece completamente tensa, como la cuerda de un violín a punto de romperse. Advierto que todas tienen los rostros en forma de corazón, muy parecidos.

Las observo con atención.

Me fijo en las orejas que asoman por entre la larga melena negra sucia de la muchacha gardneriana. Las tiene serradas, mutiladas, y comprendo, horrorizada, que se las han cortado. Como le hicieron a Olilly, esa terrible noche en que las turbas de gardnerianos atacaron a los uriscos de Verpacia.

Lo que significa que las había tenido de punta.

Miro a la niña urisca y advierto los flecos de tonos esmeralda en sus ojos de color amatista, los mechones de negro gardneriano mezclados con su pelo violeta.

Entonces me doy cuenta de que las dos niñas son mitad gardnerianas, mitad uriscas, y asumo que nadie las miraría con buenos ojos en el Reino de Occidente.

Y lo veo todo claro, el millón de razones por el que probablemente estas tres mujeres huyeran hacia oriente.

Alzo la mano preocupada.

—No hay por qué asustarse —digo sin tener del todo claro si me estoy hablando a mí misma o a ellas, tan asombrada como estoy por lo que acabo de hacer. Me doy media vuelta y observo parpadeando las carcasas mutiladas de los escorpiones: la imagen es surrealista.

«He matado tres escorpiones. Tres.»

Se me saltan las lágrimas al recordar la inquebrantable confianza que han tenido en mí Lukas, Chi Nam y Valasca.

«Teníais razón —les digo mentalmente—. Puedo contraatacar. Puedo ser una guerrera.»

—¿Quién… quién eres? —me pregunta la mujer urisca vacilante empleando la lengua común.

Me vuelvo hacia ella y advierto el áspero miedo que anida en sus ojos de color amatista teñidos de una bruma roja.

«La Bruja Negra», estoy a punto de contestar.

—Soy… —empiezo a decir, pero entonces guardo silencio tratando de poner mis pensamientos en orden, recordando el nombre elfhollen falso que supuestamente debo utilizar en el Reino de Oriente, la identidad elfhollen que Valasca, Lukas y Chi Nam me hicieron aprender—. Me llamo Ny'laea Shizoryn —les digo mientras la voz se me quiebra al sentir otra dolorosa punzada.

Ellas siguen mirándome con los ojos muy abiertos.

Me acerco a ellas, pero me detengo cuando advierto que se estremecen a la vez. La niña solloza y tose aferrándose a la que imagino que será su madre. En los ojos verdes de la niña veo mucha angustia, como si estuviera reviviendo el ataque de los escorpiones una y otra vez. Está muy delgada. Demasiado. Como su madre.

Caigo presa del pánico mientras en mi cabeza se van enumerando los conocimientos farmacéuticos que poseo acerca de su enfermedad. Morirán en pocos días si no consiguen la tintura de norfure. Y la urgencia de su situación se lleva mi dolor por un momento.

—¿Dónde estamos? —les pregunto sintiendo otro fogonazo de calor dorado en las líneas.

La adolescente mira a la mujer con aire inquisitivo, pero su expresión es cada vez más confusa al ver que la mujer permanece recelosamente callada. Sin embargo, la muchacha se pone derecha con aire de seguridad, como si estuviera luchando contra su propia intimidación, y me clava sus penetrantes ojos verdes.

—Estamos en el bosque Dyoi —afirma aferrada a su cuchillo.

De pronto vuelvo a pensar en lo extraño que es todo. Aquí estoy, en el Reino de Oriente, junto a mis hermanos y tantas otras personas a las que quiero mucho. Trystan y Rafe. Diana, Jarod y Andras. Tierney, Naga y Sage, otros aliados y amigos. Y probablemente todos estén en alguna parte de estas tierras.

—¿Tenéis brújula? —le pregunto a la chica mientras un rayo parpadea sobre nuestras cabezas seguido de un sonoro trueno.

Ella asiente con el ceño fruncido. Se saca una brújula dorada del bolsillo tan alerta como un soldado, dispuesta a cruzar el mismísimo infierno para mantener a salvo a la

niña y a la mujer.

—Necesito tu ayuda —le digo a la muchacha—. No sé por dónde debo ir.

Ella se lo piensa apretando los labios; su mirada es impenetrable.

—Te ayudaré —afirma al fin. En sus palabras se adivina una temeridad repentina, como si súbitamente hubiera tomado la decisión de saltar desde un acantilado.

Asiento al escucharlo, animada y emocionada de la evidente valentía que demuestra ante la gran dificultad que comporta.

—Y yo os protegeré —le prometo.

El aire parece parpadear y deformarse. De pronto veo un grupo de translúcidos pájaros blancos que se posan en los hombros de la muchacha, la niña y la mujer, y la varita empieza a palpitar contra mi muslo.

Se me encoge el corazón cuando recuerdo las otras ocasiones en las que esos vigilantes se me han aparecido.

Para infundirme compasión hacia la heroica Ariel.

Para guiarme hacia Marina.

He visto vigilantes sobre los hombros de niños smaragdalfar refugiados. Y también vi vigilantes sumidos en una gran tristeza cuando los lupinos fueron asesinados.

Los vigilantes me llevaron hasta la varita que llevo envainada al costado.

Y ahora están allí, con esa muchacha y su familia.

Me anima mucho pensar que puede haber una fuerza más poderosa en el mundo. Una fuerza del bien que se preocupa por los oprimidos.

Incluso aunque ese poder palidezca en comparación con el poder de la varita negra.

Recuerdo haber hablado con Sage acerca de la varita de la profecía, la varita que ambas podíamos empuñar.

«La fuerza del bien parece muy débil», le advertí.

«Entonces tendremos que fortalecerla —me contestó Sage con absoluta decisión—. Creo que nos necesita.»

Miro a las mujeres que están ante mí mientras los vigilantes desaparecen y la varita vuelve a quedarse en calma.

«Quizá se empiece así —pienso con lágrimas en los ojos—. Ayudando a los demás.»

Siento otra ráfaga de calor recorriéndome las líneas, dorada y muy poderosa.

Miro a mi alrededor intentando entender lo que ocurre.

Noto asombrada cómo el poder de los árboles retrocede ante esa repentina ráfaga de calor.

—¿Qué ocurre? —me pregunta preocupada la chica.

El fuego dorado ruge en mi interior, y antes de que pueda contestar, las llamas se

intensifican. Pero enseguida me doy cuenta de que no es calor mágico. No. Reconozco esa cualidad dorada tan excepcional. Su conocida picazón.

No es un calor vago o amorfo. Es direccional. Se abalanza sobre mí desde el nordeste y me resulta tan familiar como mi propio corazón y mis propias líneas. Es un calor que he sentido de un modo íntimo en más de un beso. Un calor que se ha internado en mí muy de cerca.

Siento que me mareo al comprenderlo.

«Yvan. Es el calor de Yvan.»

Estoy convencida. Tanto como de mi propia existencia.

«Santo Ancestro.»

Me quedo sin aliento mientras el fuego wyvern corre por mis líneas y me rodea con una fuerza abrumadora.

«¿Yvan está vivo?»

Las lágrimas me resbalan por las mejillas y proyecto mi fuego hacia el calor que se abalanza sobre mí. Enrosco las llamas con las de ese fuego mientras recorren hasta el último de mis rincones y las puedo ver arder al final de mi mente, alimentadas por el eco de una sola palabra. Una palabra proyectada desde el Gran Ancestro desde ni se sabe cuántos kilómetros de tierra. Una palabra con tanta pasión que provoca un ciclón de añoranza, deseo y feroz dolor en mi interior.

Elloren.

# Agradecimientos

En primer lugar quiero darle las gracias a mi marido Walter por su constante y entusiasta apoyo. Te quiero.

A mis épicas hijas: Alex, Willow, Taylor y Schuyler; gracias por apoyarme en esto de ser escritora y por ser tan maravillosas. Os quiero.

Quiero mandar todo mi amor a mi difunta madre, Mary Jane Sexton, y a mi difunta amiga Diane Dexter. En los momentos más difíciles siempre pienso en lo mucho que creíais en mí y en mi serie. Vuestro reconfortante legado no deja de inspirarme.

Quiero mandar un agradecimiento especial a la escritora Ileana por ayudarme a editar la parte más complicada de este libro. Tus ánimos y tus propuestas significaron mucho para mí; gracias por compartir conmigo tu amistad y tu gran talento.

Gracias a mi suegra, Gail Kamaras, y a mi cuñada, Jessica Bowers, por todo vuestro apoyo. Os quiero, chicas. Desde aquí mando mi reconocimiento a mi brillante hermano escritor, Mr. Beanbag, por ser siempre tan maravilloso y apoyarme tanto.

A las escritoras Cam M. Sato y K., mis colegas del grupo de escritura internacional; gracias por compartir conmigo vuestro increíble talento y amistad semana tras semana. Me siento privilegiada por estar en este viaje de escritura con vosotras.

Gracias a la autora-editora Dian Parker por compartir tu increíble talento conmigo, y a la escritora Eva Grumprecht por ser una inspiración. Gracias a Liz Zundel por compartir conmigo tu talento como escritora y por tu amistad, en especial durante esta compleja edición. Te quiero, Liz. Y gracias, Betty, te mando todo mi amor. Gracias, Suzanne. Tu apoyo durante este último año ha significado mucho para mí.

Quiero mandar un millón de gracias a mis colegas escritores de Inkyard Press. No solo estoy abrumada por vuestro talento, también me siento muy agradecida por vuestro apoyo y vuestra amistad. A los escritores de Utah y a los bibliotecarios de Texas: me siento muy feliz de conoceros a todos. Gracias por vuestro apoyo. A YALSA (Young Adult Library Services Association) y a los bibliotecarios que me han apoyado a mí y a mis series, sois maravillosos. Gracias, Jessie.

Y quiero dar las gracias a los escritores Cerece, Nan, Kelly, Abigail, Laura, A., Shaila, Jennifer, Summer, Ira, Erin, Stephanie, Keira, G., Abby, McCall, Liz, Lia, P., Joel, Laura,

R., C., Meg, Sierra, Jon, J., and V., y al resto de los escritores que me han apoyado durante el último año (también mando un agradecimiento especial a esa comunidad privada de escritores en Facebook; me siento muy afortunada de teneros). Gracias, Lorraine, por tu positivo apoyo. Gracias, compañera de cuarto de la universidad. ☺ Gracias al taller de escritores de Burlington por compartir vuestro talento y vuestros conocimientos conmigo. Gracias, Mike Marcotte, por todo lo que me enseñaste acerca de mi página web. Gracias a todos los escritores de Vermont (sois un montón) que apoyáis mi serie. Os lo agradezco mucho a todos. También quiero dar las gracias al Vermont College de Bellas Artes por el gran apoyo que me han brindado durante todo el año. Sois toda una inspiración. Agradezco a la liga de escritores de Vermont por ser tan maravillosos. Gracias a Dan y a Bronwyn (os quiero, chicos), y gracias, John G., por vuestro apoyo y amistad. A todos los bibliotecarios de la biblioteca de Kellogg Hubbard por ser tan entusiastas y por apoyar mi serie: mi más sincero agradecimiento. Gracias a todas las librerías que se han mostrado tan entusiastas con mis series, incluyendo Phoenix Books, de Burlington, Vermont; Bear Pond Books, de Montpelier, Vermont; y la librería Next Chapter, en Barre, Vermont. También quiero dar las gracias a los libreros que trabajan en la sección *young adult* en Barnes & Noble, Burlington, Vermont, por vuestro arrollador entusiasmo.

A todos los blogueros y escritores de todo el mundo que me han apoyado a través de las redes: sois divertidísimos y maravillosos. Estoy disfrutando mucho de sentirme acompañada de todos vosotros mientras escribo esta serie. Os agradezco mucho vuestras notas, cartas y grandes ideas. A los lectores que hacen las lecturas previas de mis manuscritos: gracias por vuestras perspicaces sugerencias y vuestra visión de conjunto.

Quiero dar las gracias a dos de mis escritoras favoritas, Tamora Pierce y Robin Hodd, por vuestro apoyo y vuestros elogios. Nunca os lo podré agradecer lo suficiente.

Gracias a las talentosas lectoras para los audiolibros, Julia Whelan, Jesse Vilinsky y Amy McFadden.

Y mi más cálido agradecimiento a todo el personal de Inkyard Press y Harper-Collins, que tanto me han apoyado mientras escribía la serie. No puedo creer que tenga la suerte de trabajar con gente con tanto talento. Gracias a Natasha Wilson, editora ejecutiva de Inkyard Press y mi maravillosa editora, y también a Connolly Bottum, editora adjunta, por todo. Tashya, estoy encantada de estar trabajando contigo durante el resto de la serie. Y gracias a la editora Lauren Smuslki, por mejorar tantísimo todos los libros en los que hemos trabajado juntas. Gracias a Reka Rubin y a Christine Tsai, del equipo de

derechos de Harlequin, por ser tan admiradoras de Las crónicas de la Bruja Negra, y por haberos esforzado tanto por llevar mis libros a los lectores de todo el mundo. Gracias a Shara Alexander, Laura Gianino, Linette Kim, Bess Braswell, Brittany Mitchell, y a todo el personal de marketing y publicidad que han ayudado a promocionar la serie. A Kathleen Outdit y Mary Luna, del talentoso equipo artístico de Harlequin: jamás llegaré a agradeceros lo suficiente mis espectaculares portadas y mapas. También quiero dar las gracias al equipo de ventas por su apoyo, y en especial a Gillian Wise, por el entusiasmo que siempre ha mostrado por Las crónicas de la Bruja Negra. También estoy muy agradecida al equipo de promotores digitales y redes sociales: Eleanor Elliott, Larissa Walker, y Olivia Gissing, Marianna Ricciuto, Brendan Flattery, y al equipo de propiedad digital. Y gracias a Ingrid Dolan, directora del equipo de revisión editorial, y a la editora de estilo Gina Macedo, por hacer un trabajo tan maravilloso (¡me encantaron tus notas!), y a Tamara Shifman, directora de los correctores de pruebas.

Y para terminar quiero dar las gracias a mi maravillosa agente, Carrie Hannigan, a Ellen Goff y a todo el equipo de H. G. Literary, por todo vuestro apoyo y por creer en Las crónicas de la Bruja Negra durante tantos años. Os mando todo mi amor.

Título original: *The Shadow Wand*

© 2020, Laurie Forest

Edición publicada en acuerdo con Harlequin Books S. A.

Primera edición: marzo de 2022

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y hechos son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de manera ficticia. Cualquier parecido con personas de la actualidad, vivas o muertas, establecimientos o hechos es mera coincidencia.

© de la traducción: 2022, Laura Fernández
© de esta edición: 2022, Roca Editorial de Libros, S. L.
Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
**actualidad@rocaeditorial.com**
**www.rocalibros.com**

Composición digital: Pablo Barrio

ISBN: 9788418014871

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

# Índice

Mapas
Profecías
Prólogo
PRELUDIO
1
2
3
4
5
PARTE I
1
2
3
4
5
6
7
PARTE II
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11

PARTE III
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
PARTE IV
1
2
3
4
PARTE V
1
2
3
4
PARTE VI
1
2
3
Agradecimientos